

Dean R. Koontz

# Fuego frío

Traducción de  
Carmen Palmer Villalonga

Título de la edición original: *Cold Fire*  
Traducción del inglés: Carmen Palmer Villalonga  
cedida por Plaza & Janés Editores, S.A.  
Diseño: Emil Tróger  
Ilustración: Luis Barquero

Círculo de Lectores, S.A.  
Valencia, 344, 08009 Barcelona  
1357949108642

Licencia editorial para Círculo de Lectores  
por cortesía de Plaza & Janés Editores, S.A.  
Está prohibida la venta de este libro a personas que no  
pertenezcan a Círculo de Lectores.

© 1991, Nkui, Inc.  
© de la traducción: Carmen Palmer Villalonga  
© Plaza & Janés Editores, S.A.

Depósito legal: B. 28652—1994  
Fotocomposición: gama, s.l., Barcelona  
Impresión y encuadernación: Primer industria gráfica, s.a.

N. II. Cuatro caminos s/n, 08620 Sant Vicenc, dels Horts  
Barcelona, 1994. Printed in Spain  
ISBN 84—226—5136—X

A Nick y a Vicky Page,  
que sabrían ser  
buenos vecinos y amigos  
si se lo propusieran.

A Dick y Pat Parlan,  
que se hallan entre los pocos  
de Hollywood  
que poseen su propia alma,  
y siempre la poseerán.

Mi vida es mejor por  
haberos conocido.  
¡Más extraña, pero mejor!

## **PRIMERA PARTE**

El héroe, el amigo

En el mundo real  
como en los sueños,  
nada es totalmente  
lo que parece.

*El libro de los dolores contados*

La vida sin un significado  
no se puede soportar.  
Encontramos una misión  
a la que nos comprometemos,  
o respondemos a la llamada  
del oscuro cuerno de la Muerte.  
Sin la búsqueda  
de un objetivo en la vida,  
carecemos de visión,  
vivimos en conflicto,  
o dejamos que la sangre se derrame  
sobre un cuchillo suicida.

*El libro de los dolores contados*

12 de agosto

1

Incluso antes del incidente del supermercado, Jim Ironheart debería haber sabido que los problemas se avecinaban. Por la noche soñó que una bandada de grandes mirlos le perseguía a través de un campo, graznando alrededor de él en un agitado batir de alas, desgarrándole con sus curvados picos, tan afiladamente precisos como escalpelos quirúrgicos. Cuando despertó, sintió que le faltaba la respiración y se dirigió arrastrando los pies y en pantalón de pijama hacia el balcón para tomar aire fresco. Pero a las nueve y media de la mañana la temperatura, que ya había alcanzado los 33°C, acentuó aún más la sensación de ahogo con que había despertado.

Una larga ducha y un afeitado le refrescaron.

En la nevera sólo quedaba parte de un desmoronado pastel Sara Lee. Parecía un cultivo de laboratorio de alguna nueva y exquisitamente virulenta variedad de *botulinus*. Podía desfallecer de hambre o aventurarse a salir con aquel calor achicharrante.

Aquel día de agosto era tan tórrido que los pájaros preferían el follaje de los árboles a los abrasadores espacios abiertos de aquel cielo del sur de California; estaban posados en silencio en sus frondosos refugios, gorjeando esporádicamente sin entusiasmo. Los perros caminaban con un rápido paso felino a lo largo de las aceras, tan calientes como las planchas de un asador. Ningún hombre, mujer o niño se hubiera detenido a comprobar si un huevo se freiría en el asfalto, dándolo por supuesto.

Después de tomar un ligero desayuno en una mesa resguardada bajo una sombrilla, en el patio de un café al lado del mar en Laguna Beach, se sintió deprimido y con el cuerpo perlado de sudor. Era una de aquellas raras ocasiones en que ni siquiera podía esperarse una ligera brisa desde el Pacífico.

Desde allí se dirigió al supermercado, que a primera vista parecía un santuario. Sólo llevaba un pantalón de algodón blanco y una camiseta azul, de forma que el aire acondicionado y las heladas corrientes que desprendían los estantes refrigerados le resultaron refrescantes.

Se hallaba en la sección de dulces, comparando los ingredientes de unos bollos azucarados con los de unas barras de almendra, coco y piña, tratando de decidir cuál constituiría el menor pecado dietético, cuando le sobrevino el ataque. En realidad no se podía considerar un ataque; no presentaba ninguna convulsión, ninguna contracción muscular violenta, ninguna súbita sudoración, ninguna patología del habla. Simplemente se volvió hacia una mujer que estaba comprando a su lado y le dijo:

—Línea de vida.

La mujer tenía alrededor de treinta años, llevaba pantalón corto y una blusa sin espalda. Era lo bastante atractiva para haber experimentado fastidiosas y reiteradas insinuaciones por parte de los hombres, de modo que quizá creyó que estaba intentando seducirla. Le dirigió una mirada cautelosa.

—¿Perdón?

«Adelante —se dijo Jim a sí mismo—, no temas.»

Empezó a tiritar, no a causa del aire acondicionado, sino debido a una serie de escalofríos interiores que le atravesaban como un serpenteante banco de anguilas. Las manos perdieron su fuerza por completo y los paquetes de dulces cayeron al suelo.

Avergonzado, pero incapaz de controlarse a sí mismo, repitió:

—Línea de vida.

—No entiendo —dijo la mujer.

Aunque aquello le había ocurrido nueve veces con anterioridad, respondió:

—Ni yo tampoco.

La mujer cogió una caja de barquillos de vainilla, como si fuera a arrojársela a la cara y echar a correr en caso de que decidiera que se hallaba frente a un titular andante (PERTURBADO MENTAL MATA A TIROS A SEIS PERSONAS EN UN SUPERMERCADO). No obstante, era lo suficientemente buena samaritana como para mantener otro intercambio:

— ¿Se encuentra bien?

Sin duda estaba pálido. Sentía como si toda la sangre se hubiera escurrido de su rostro. Trató de adoptar una tranquilizadora sonrisa, sabiendo que resultaba una horrible mueca, y dijo:

—Debo irme.

Dejando atrás el carrito de la compra, Jim salió del supermercado para internarse en el calor abrasador del mes de agosto. El cambio a 40 °C de temperatura paralizó momentáneamente la respiración de sus pulmones. En algunos lugares, el asfalto del aparcamiento estaba pegajoso. El sol teñía de plata los parabrisas de los coches y parecía quebrarse en deslumbrantes astillas contra los parachoques de cromo y las rejillas de metal.

Se dirigió hacia su Ford. Tenía aire acondicionado, pero incluso después de cruzar el aparcamiento y girar hacia Crown Valley Park, la corriente de los conductos de ventilación sólo era refrescante en comparación con la atmósfera de horno encendido que reinaba en el interior del coche. Bajó la ventanilla.

Al principio no sabía hacia dónde iba. Entonces tuvo la vaga sensación de que debía volver a casa. Aquella sensación se convirtió rápidamente en un fuerte presentimiento, el presentimiento en una convicción, y la convicción finalmente en necesidad. Tenía que regresar a su casa sin demora.

Conducía demasiado deprisa, zigzagueando a través del tráfico, arriesgándose, lo cual no era característico en él. Si lo hubiese parado un policía, habría sido incapaz de explicar su desesperada urgencia, porque ni él mismo comprendía lo que le estaba ocurriendo.

Era como si cada movimiento estuviera orquestado por alguien invisible, controlándole de la misma forma que él controlaba su coche.

De nuevo se dijo a sí mismo, «Adelante», lo que era fácil, ya que no tenía otra opción. También se dijo a sí mismo que no había nada que temer, pero el miedo era su inquebrantable compañero.

Cuando llegó al camino de entrada de su casa en Laguna Niguel, las erizadas sombras negras de las frondas de las palmeras semejaban grietas en el blanco resplandeciente de las paredes de estuco de su pequeña vivienda, como si la estructura se hubiera secado y resquebrajado por el calor. Las tejas rojas parecían ondularse como olas de fuego superpuestas.

La luz del sol adquiría un tono cobrizo al filtrarse a través del cristal tornasolado de las ventanas de su habitación. Formaba un resplandor coralino, que cruzaba a rayas la cama y la alfombra de tono blancuzco, alternado con franjas sombreadas de las contraventanas medio abiertas.

Jim encendió la lámpara que había junto a su cama.

No supo que iba a hacer el equipaje para salir de viaje hasta que se encontró a sí mismo sacando la maleta de su armario. En primer lugar recogió sus artículos de aseo personal y su estuche de afeitarse. No sabía a dónde iba ni cuánto tiempo permanecería fuera, pero incluyó dos mudas de ropa. Aquellos trabajos —aventuras, misiones, o como quisiera llamarles —no requerían que estuviera fuera más de dos o tres días.

Vaciló, preocupado ante la idea de no llevar suficiente equipaje. No obstante, aquellos viajes eran peligrosos, cada uno de ellos podía ser el último, por lo que en ese caso no importaba si se excedía en el equipaje o llevaba demasiado poco.

Cerró la maleta y la miró fijamente, sin saber qué hacer a continuación. De pronto dijo en voz alta:

—Tengo que coger un vuelo.

Y lo supo.

El trayecto al aeropuerto John Wayne, en la parte sudeste de las afueras de Santa Ana, no le llevó más de media hora. A lo largo del camino vio las sutiles reminiscencias que evocaban el desierto que había sido el sur de California antes de que el agua llegara a través de acueductos. Un cartel exhortaba a que no se desperdiciara. Unos jardineros estaban instalando una planta de hielo y cactus de bajo mantenimiento frente a un edificio de apartamentos de nuevo estilo sudoeste. Entre las zonas verdes y los vecindarios de casas con jardines exuberantes, la vegetación de las colinas y los campos sin urbanizar estaba reseca y tenía un color pardo; aguardaba el beso de una cerilla en la mano temblorosa de alguno de los pirómanos que contribuían a la temporada de incendios devastadores que cada año tenía lugar.

En la terminal principal del aeropuerto, los pasajeros entraban y salían en tropel por las puertas de embarque. La multitud, formada por gente de diversas razas, contradecía el persistente mito de que el «Estado de las Naranjas» era culturalmente monótono y estaba únicamente habitado por blancos protestantes y anglosajones. Al dirigirse hacia los monitores que mostraban en sus pantallas la relación de salidas y llegadas de los vuelos de la PSA, Jim escuchó cuatro idiomas distintos, aparte del inglés.

Leyó de arriba abajo los destinos que figuraban en la pantalla del monitor. La penúltima ciudad — Portland, Oregón— encendió en él una chispa de inspiración y se dirigió directamente al mostrador de billetes.

El encargado que le atendió era un joven de aspecto saludable, a primera vista tan intachable como un empleado de Disneylandia.

—¿Hay plaza en el vuelo a Portland que sale dentro de veinte minutos? — preguntó Jim.

El empleado lo consultó en el ordenador.

—Está de suerte, señor. Quedan tres asientos libres.

Mientras el empleado procesaba la tarjeta de crédito y expendía el billete, Jim advirtió que aquel tipo tenía las orejas perforadas. En el trabajo no llevaba pendientes, pero las perforaciones de los lóbulos eran lo bastante visibles como para indicar que los llevaba cuando estaba fuera de servicio, y que tenía preferencia por las alhajas pesadas. Al devolver a Jim su tarjeta de crédito, la manga de su camisa subió por encima de su muñeca derecha lo justo para revelar las fauces abiertas de lo que parecía ser el tatuaje, profusamente detallado, de un llamativo dragón que se extendía por todo su brazo. Tenía los nudillos cubiertos de postillas, como si se hubieran despellejado en el transcurso de una pelea.

Mientras se dirigía a la puerta de embarque, Jim se preguntó en qué clase de subcultura se hallaría inmerso aquel empleado tras quitarse el uniforme al final de la jornada de trabajo y ponerse sus ropas de calle. Intuía que aquel tipo era algo más extraño que un vulgar *punk* motorizado.

El avión despegó hacia el Sur, con la despiadada luz del sol en las ventanillas del lado de Jim. Luego se desvió hacia el Oeste y giró hacia el Norte, encima del océano, de forma que Jim sólo podía ver el sol reflejado en el mar, donde su imagen llameante parecía transformar el agua en una vasta y agitada masa de magma arrojada desde el interior de la corteza terrestre.

Jim se dio cuenta de que tenía los dientes apretados. Bajó la mirada a los brazos de su asiento a los que sus manos se aferraban con fuerza, como las garras de un águila a la roca de un cobijo precario.

Trató de relajarse.

No le daba miedo volar. Lo que temía era Portland... y cualquier forma de muerte que allí aguardara.

## 2

Holly Thorne se hallaba en una escuela privada de enseñanza primaria, con el fin de entrevistar a una profesora, Louise Tarvohl, la cual había vendido un libro de poemas a un importante editor de Nueva York. No era una proeza fácil en una época en la que los conocimientos sobre poesía de la mayoría de la gente se limitaban a las letras de canciones modernas y a ocasionales anuncios televisivos rimados de comida para perros, desodorantes o neumáticos radiales bordeados de acero. Sólo se impartían unas pocas clases de verano. Otro instructor había asumido la responsabilidad de cuidar a los niños de Louise, para que ella y Holly tuvieran ocasión de hablar.

Ambas se sentaron junto a una mesa de secoya para picnics, en el patio de recreo, después de que Holly se asegurara de que el banco no estaba sucio y pudiera manchar su vestido de algodón blanco. A su izquierda había una estructura de barras metálicas para que los niños hicieran ejercicio, y a su derecha unos columpios. Hacía un día agradablemente cálido, y la brisa llevaba consigo la deliciosa fragancia de algunos abetos cercanos.

— ¡Huela el aire! —Louise aspiró una intensa y profunda bocanada—. Sin duda puede afirmar que estamos junto a dos mil hectáreas de parque, ¿no le parece? Una atmósfera apenas contaminada por los seres humanos.

A Holly le habían adelantado una copia del libro *El ciprés susurrante y otros poemas*, cuando Tom Covey, el redactor de la sección de ocio del *Press*, le asignó el artículo. Holly se había sentido predispuesta a que el libro le gustara. Le complacía ver triunfar a la gente, tal vez porque ella no había llevado a cabo muchos logros en su propia carrera como periodista, y de vez en cuando necesitaba que le recordaran que el éxito era algo accesible. Por desgracia, los poemas carecían de interés; eran deprimentes alabanzas sentimentales de la naturaleza que sonaban como algo escrito por un Roben Frost venido a menos, para ser posteriormente filtradas por la sensiblería de un redactor jefe de Hallmark, encargado de la producción de empalagosas postales de cumpleaños para abuelas.

No obstante, Holly tenía la intención de escribir un artículo que no fuera crítico. A lo largo de los años, había conocido a demasiados periodistas que, a causa de la envidia, la amargura o un equivocado sentido de superioridad moral, se deleitaban manipulando o desvirtuando un artículo con el fin de ridiculizar a sus protagonistas. Excepto en los casos relacionados con criminales o políticos sumamente abyectos, nunca había sido capaz de almacenar suficiente odio como para escribir de aquel modo, lo cual era una de las razones por las que su carrera había descendido a través de tres destacados periódicos de tres grandes ciudades, hasta llegar a su actual puesto de trabajo en las oficinas más modestas del *Portland Press*. El periodismo tendencioso a menudo era más llamativo que una información equilibrada; vendía más periódicos y era comentado y admirado mucho más ampliamente. A pesar de que enseguida empezó a desagradarle Louise Tarvohl, incluso más que sus malos poemas, no conseguía entusiasmarse para hacer una dura crítica.

—Sólo en medio de los espacios salvajes me siento viva, lejos de los sonidos y las vistas de la civilización, ahí donde puedo oír las voces de la naturaleza en los árboles, en los arbustos, en las lagunas solitarias, en la suciedad.

¿En la suciedad?, pensó Holly, casi echándose a reír.

Le gustaba la apariencia de Louise: robusta, vigorosa, enérgica, vital. Tenía treinta y cinco años, dos más que Holly, aunque aparentaba ser diez años mayor. Las patas de gallo alrededor de los ojos, las arrugas de su boca, las marcadas líneas de la risa y su curtida piel bronceada indicaban que era una mujer que vivía al aire libre. Su pelo decolorado por el sol estaba recogido en una coleta. Iba vestida con unos vaqueros y una camisa azul a cuadros.

— Hay una pureza en el barro del bosque —insistió Louise— que no puede igualarse ni con el más concienzudamente limpio y esterilizado quirófano de un hospital. —Echó la cabeza hacia atrás, dejándose acariciar por los cálidos rayos del sol—. La pureza de la naturaleza limpia el alma. De esta renovada pureza del alma proviene el sublime vapor de la gran poesía.

—¿Sublime vapor? —repitió Holly, como si quisiera cerciorarse de que el magnetófono grabaría correctamente cada una de aquellas frases excelsas.

—Sublime vapor —reiteró Louise, y sonrió.

Era la Louise interior la que molestaba a Holly. Había desarrollado un desapego hacia el mundo, una proyección espectral, más superficial que sustancial. Sus opiniones y actitudes eran también insustanciales, basadas más en el capricho que en los hechos y las ideas —férreos caprichos, pero caprichos al fin y al cabo— y ella los expresaba en un lenguaje rimbombante, pero impreciso; ampuloso, pero vacío.

Holly era, en cierto modo, una defensora y amante del medio ambiente, y le consternaba descubrir que ella y Louise mantenían los mismos puntos de vista al

respecto de una serie de cuestiones. Era desalentador tener por aliado a alguien a quien consideras un necio; hacía que sus propias opiniones resultaran sospechosas.

Louise se inclinó hacia delante en el banco en que estaba sentada y extendió sus brazos sobre la mesa de secoya.

—La tierra es algo vivo. Podría hablarnos si realmente fuéramos dignos de que lo hiciera, podría abrir una boca en una piedra, una planta o una laguna, y hablarnos tan fácilmente como yo lo hago ahora con usted.

—Qué idea más apasionante —dijo Holly.

—Los seres humanos no son más que piojos.

— ¿Piojos?

—Piojos deslizándose sobre la tierra viva —añadió Louise con una expresión soñadora.

—Nunca me lo había planteado desde ese punto de vista —dijo Holly.

—Dios no está sólo en cada mariposa. Dios «es» cada mariposa, cada pájaro, cada conejo, cada criatura de la naturaleza. Yo sacrificaría un millón de vidas humanas, ¡diez millones, o incluso más!, si con ello lograra salvar una inocente familia de comadreas, porque Dios «es» cada una de esas comadreas.

Como si la retórica de Louise la hubiera conmovido, y no creyera que aquello era ecologismo fascista, Holly dijo:

—Cada año doy todo el dinero que puedo a la Conservación de la Naturaleza, y me considero a mí misma ecologista, pero admito que mi concienciación no ha llegado tan lejos como la suya.

La poetisa no advirtió el sarcasmo y, alargando la mano por encima de la mesa, estrechó la de Holly.

—No se preocupe, querida. Llegará hasta allí. Siento que la envuelve un aura de gran potencial espiritual.

—Ayúdeme a comprenderlo... Las mariposas, conejos y cualquier otra criatura viva son Dios; las rocas, la suciedad, el agua son Dios, pero, ¿nosotros no somos Dios?

—No. Y eso es debido a nuestra cualidad antinatural.

— ¿A qué se refiere? —A la inteligencia..

Holly parpadeó sorprendida.

— ¿La inteligencia es antinatural?

—Un alto grado de inteligencia, sí. No existe en otra criatura de la naturaleza. A eso se debe que la naturaleza nos rehúya, y la razón de que subconscientemente la odiamos e intentemos eliminarla. Un alto grado de inteligencia conduce a la idea de progreso. El progreso conduce a las armas nucleares, a la bioingeniería, al caos, y, por último, a la aniquilación.

— Dios... o la evolución natural, ¿no nos proporcionó nuestra inteligencia?

—Fue una mutación imprevista. Somos mutantes, eso es todo. Monstruos.

— Entonces, cuanta menos inteligencia demuestra una criatura... — dijo Holly.

—... más natural es —añadió Louise, finalizando así la frase.

Holly asintió pensativamente, como si en realidad considerara la extraña propuesta de que un mundo más estúpido sería mejor, aunque, después de todo, lo que verdaderamente pensaba era que no iba a poder escribir el artículo. Louise Tarvohl le resultaba tan grotesca que era incapaz de redactar un artículo favorable y al mismo tiempo mantener su integridad. Y, al margen de eso, no tenía el valor de

ridiculizar a aquella mujer en letra impresa. El problema de Holly no era su profundo e inquebrantable cinismo, sino su buen corazón; ninguna criatura sobre la tierra está más expuesta a ser víctima de las frustraciones y la insatisfacción que un cínico implacable cuya esencia se halla envuelta por una húmeda capa de compasión.

Dejó a un lado el bolígrafo, ya que no iba a anotar nada más. Lo único que quería era alejarse de Louise, de aquel patio de recreo, y regresar al mundo real, a pesar de que este mundo siempre le había resultado tan absurdo como aquel encuentro. Pero lo menos que se merecía Tom Corvey era una entrevista grabada de sesenta a noventa minutos, que proporcionara el material suficiente para que otro periodista escribiera el artículo.

—Louise —le dijo—, teniendo en cuenta lo que me ha contado hasta ahora, creo que es la persona más natural que he conocido en mi vida.

Louise no captó el auténtico significado de sus palabras. Considerando como un cumplido lo que en realidad era un desaire, le dirigió a Holly una radiante sonrisa.

—Los árboles son nuestros hermanos —prosiguió Louise, ansiosa de revelar otra nueva faceta de su filosofía, y, evidentemente, olvidando que los seres humanos eran piojos y no árboles — . ¿Cortarías los miembros de su hermano, seccionarías cruelmente su carne y construirías su casa con los pedazos de su cuerpo?

—No, no lo haría —respondió Holly con sinceridad—. Además, el Ayuntamiento probablemente denegaría el permiso de construcción para una vivienda tan poco convencional.

Holly estaba a salvo; Louise carecía del más mínimo sentido del humor, por lo que le faltaba capacidad para sentirse ofendida por su ocurrencia.

Mientras Louise seguía parlotando, Holly se apoyó en la mesa para picnics simulando interés, e hizo un rápido resumen retrospectivo de toda su vida, desde que era una adulta. Llegó a la conclusión de que había pasado todo aquel precioso tiempo en compañía de chalados, necios y estafadores, escuchando sus disparatados o sociopáticos planes y sueños, buscando en vano destellos de sabiduría e interés en sus historias neuróticas o estúpidas.

Sintiéndose cada vez más desgraciada, empezó a reflexionar sobre su vida personal. No había hecho ningún esfuerzo para procurarse buenas amigas en Portland, quizá debido a que en su interior sentía que Portland era tan sólo una parada más en su errante periplo periodístico. Sus experiencias con los hombres eran, para explicarlo de algún modo, incluso más desalentadoras que sus experiencias profesionales con los entrevistados de ambos sexos. Aunque seguía esperando encontrar al hombre adecuado, casarse, tener hijos y disfrutar de una vida doméstica satisfactoria, se preguntaba si alguien amable, sensato, inteligente y genuinamente interesante se cruzaría alguna vez en su vida.

Probablemente no.

Y si alguien así se cruzara algún día milagrosamente en su camino, su solícito comportamiento resultaría sin duda una máscara bajo la cual se ocultaría un asesino psicópata y lascivo, obsesionado por las sierras eléctricas.

Fuera de la terminal del Aeropuerto Internacional de Portland, Jim Ironheart cogió un taxi de una empresa llamada Compañía Local de Taxis de la Nueva Rosa, lo que sonaba como un hijastro corporativo de la ya olvidada era hippy, nacido en la época del poder de las flores y los collares del amor. Pero el taxista —Frazier Tooley, según podía leerse en su licencia— le explicó que Portland era la Ciudad de las Rosas, ya que allí crecían en gran abundancia y eran consideradas como símbolos de renovación y crecimiento.

—De la misma forma —le dijo a Jim— que los mendigos callejeros simbolizan la ruina y decadencia de Nueva York.

Revelando con ello una curiosa y encantadora suficiencia que, según intuía Jim, debían de compartir muchos habitantes de Portland.

Tooley, que parecía un tenor italiano cortado con el mismo patrón que Luciano Pavarotti, no estaba seguro de haber entendido bien las instrucciones de Jim.

— ¿Sólo quiere que conduzca por ahí durante un rato?

—Sí. Me gustaría ver algo de la ciudad antes de registrarme en el hotel. Nunca había estado aquí antes.

Lo cierto era que desconocía en qué hotel iba a alojarse, o si el trabajo debía hacerse en breve, aquella noche o, tal vez, al día siguiente. Confiaba en que sabría lo que se esperaba de él si se limitaba a relajarse y aguardaba una aclaración.

Tooley parecía sentirse feliz de ofrecerle no una aclaración, sino una vuelta por los alrededores de Portland, ya que el taxímetro marcaría una buena tarifa, y, también, porque era evidente que le complacía mostrar su ciudad. De hecho, era una ciudad excepcionalmente atractiva. Históricas construcciones de ladrillo y edificios del siglo XIX con fachadas de hierro forjado, se hallaban cuidadosamente protegidos entre las elevadas estructuras modernas de cristal. Los parques, llenos de fuentes y árboles, eran tan numerosos que, en ocasiones, daba la sensación de que la ciudad se encontraba en un bosque; se veían rosas por doquier, no había tantas como a principios de verano, pero resplandecían llenas de color.

Apenas había transcurrido media hora, cuando Jim, de pronto, se sintió sobrecogido por la sensación de que el tiempo se agotaba. Se incorporó en el asiento trasero del taxi y se escuchó decir a sí mismo:

— ¿Conoce McAlbury School? —Claro —respondió Tooley.

— ¿Qué es?

—Por la forma en que me lo preguntó creí que lo sabría. Es un colegio privado de enseñanza primaria que hay en el lado oeste de la ciudad.

El corazón de Jim latía deprisa y con fuerza.

—Lléveme allí.

Tooley le miró a través del retrovisor con el ceño fruncido y le preguntó:

— ¿Algo va mal? —Debo ir allí.

Tooley se detuvo en un semáforo en rojo. Le miró por encima del hombro.

— ¿Qué le ocurre?

— Que tengo que ir allí —replicó Jim bruscamente.

— Claro, tranquilo.

El miedo ondulaba en su interior desde que en el supermercado, hacía ya más de cuatro horas, se dirigiera a aquella mujer pronunciando las palabras «línea de vida». Ahora aquellas ondulaciones se habían transformado en oscuras olas que le llevaban hacia McAlbury School. Con una inexplicable sensación de agobio dijo:

— ¡Debo estar allí dentro de quince minutos!

— ¿Por qué no lo dijo antes?

Jim quería decirle: antes no lo sabía. En lugar de eso le dijo:

— ¿Puede llevarme a tiempo hasta allí? —Lo veo difícil.

—Le pagaré el triple.

—¿El triple?

—Si llegamos a tiempo —dijo sacando la cartera de su bolsillo. Extrajo un billete de cien dólares y se lo dio a Tooley—. Tenga esto como adelanto.

— ¿Tan importante es?

— Es cuestión de vida o muerte.

Tooley le dirigió una mirada que quería decir: «¿Está chiflado o qué?».

—Ya está verde —dijo Jim—. ¡Vámonos!

Aunque el escepticismo hizo que el ceño de Tooley se frunciera aún más, éste siguió hacia delante, giró a la izquierda en un cruce y apretó el acelerador.

Jim no dejó de mirar su reloj durante todo el trayecto, y al llegar a la escuela aún faltaban tres minutos. Le arrojó otro billete a Tooley, pagándole más del triple de lo que marcaba el taxímetro, abrió la puerta y salió a gatas con su maleta.

Tooley se asomó por la ventanilla abierta.

— ¿Quiere que le espere? Cerrando la puerta, Jim le respondió: —No. No, gracias. Puede irse.

Se dio la vuelta y oyó cómo el taxi se alejaba mientras estudiaba con ansiedad la fachada de McAlbury School. El edificio era en realidad una casa colonial de color blanco, de distribución irregular y con un gran porche frontal, a la que se le habían añadido dos alas de un solo piso, con el fin de proporcionar más espacio para las aulas. La casa se hallaba resguardada por la sombra de unos abetos y unos viejos y enormes sicómoros; junto con el césped y el patio de recreo, ocupaba toda la extensión de aquella manzana de baja altura.

Por la parte del edificio que se hallaba frente a él, los niños iban saliendo por las dobles puertas que daban al porche y bajaban los peldaños. Reían y charlaban; llevaban libros, grandes blocs de dibujo y cajas de almuerzo decoradas con personajes de dibujos animados. Se acercaron hasta él por la avenida del colegio, cruzaron la puerta abierta de la verja de hierro, terminada en punta de lanza, y mientras unos giraron subiendo la cuesta, otros bajaron la pendiente, alejándose de Jim en ambas direcciones.

Quedaban dos minutos. No hacía falta que mirara el reloj. Su corazón latía dos veces por segundo, y sabía qué hora era de forma tan precisa como si fuera un reloj.

Los rayos del sol, filtrándose a través de los intersticios de los árboles arqueados, formaban delicados dibujos sobre aquel escenario y la gente que lo ocupaba, como si todo hubiera sido envuelto por una enorme gasa adornada de encajes cosidos con hilo dorado. Aquel tejido ornamental de luz parecía brillar, al mismo tiempo que subía y bajaba la música de los gritos y las risas infantiles, y el momento debería haber sido idílico, tranquilo.

Pero la muerte se acercaba.

De pronto, supo que la Muerte se cernía sobre uno de los niños, no sobre los tres profesores que estaban de pie en el porche, sino solamente sobre un niño. No sobrevendría una gran catástrofe, una explosión, un incendio o la caída de un avión que terminara con la vida de una docena de niños. Sólo uno, una pequeña tragedia. Pero, ¿cuál?

Jim trasladó su atención a los protagonistas de la escena, examinando a los niños a medida que se aproximaban, buscando en alguno de sus rostros frescos y jóvenes la marca de una muerte inminente. Pero parecía como si todos fueran a vivir para siempre.

— ¿Cuál de ellos? —dijo en voz alta, sin dirigirse a él mismo ni a los niños, sino a... Bueno, supuso que se estaba dirigiendo a Dios — . ¿Cuál de ellos?

Algunos crios subieron la cuesta hacia el paso de peatones situado en el cruce, y otros bajaron la calle hacia el final opuesto de la manzana. En ambas direcciones algunas guardias urbanas ataviadas con chalecos de seguridad de un brillante color naranja, portando grandes señales rojas de *stop*, comenzaban a guiar a sus inocentes rebaños en pequeños grupos a través de la calle. No se divisaba ningún coche ni camión en marcha, de forma que, incluso sin las guardias urbanas, no parecía desprenderse una gran amenaza por parte del tráfico.

Un minuto y medio.

Jim observó dos pequeños autobuses amarillos que estaban aparcados junto al bordillo, un poco más abajo de donde él se encontraba. Para la mayor parte de los niños, McAlbury parecía ser una escuela de barrio a la que acudían andando desde sus hogares, a excepción de unos pocos que en aquel momento subían a los autobuses. Los dos conductores se hallaban de pie junto a las puertas, sonriendo y bromeando con sus energéticos y entusiastas pasajeros. Ninguno de los niños que subía al autobús parecía condenado, y aquellos alegres vehículos amarillos no suscitaron en Jim la idea de que pudieran convertirse en furgones del depósito de cadáveres engalanados de colores vivos.

Pero la muerte estaba más cerca.

Ya casi estaba entre ellos.

Un cambio siniestro se cernía sobre aquel lugar, no en la realidad, sino en la percepción que Jim tenía de ésta. Ahora era menos consciente de los encajes de luz dorados, que de las sombras existentes dentro de aquella brillante filigrana: pequeñas sombras en forma de hojas o de erizados haces de agujas de pino; sombras más grandes en forma de tronco o de ramas; sombras de barras geométricas proyectadas por los barrotes férreos de la verja, acabados en punta de lanza. Cada mancha de oscuridad parecía ser una entrada potencial por la que la muerte podía llegar.

Un minuto...

Con desesperación, dio unos cuantos pasos presurosos cuesta abajo, entre los niños, despertando miradas de desconcierto, mientras sus ojos se posaban en un niño, luego en otro, sin saber qué tipo de señal estaba buscando, con su pequeña maleta golpeándole la pierna.

Cincuenta segundos...

Las sombras parecían crecer, extendiéndose, y fundiéndose unas con otras alrededor de Jim.

Se detuvo de pronto, dio la vuelta y miró fijamente cuesta arriba, al final de la manzana, en el cruce donde se hallaba una de las guardias urbanas que en aquel momento sostenía en lo alto una señal roja de *stop*, mientras con la otra mano hacía indicaciones a los niños para que cruzaran. En la calzada había cinco niños. Otros seis se aproximaban a la esquina, dispuestos a cruzar la calle en poco tiempo.

Uno de los conductores que había junto a los autobuses del colegio dijo:

— ¿Le ocurre algo, señor?

Cuarenta segundos...

Jim dejó caer la maleta y corrió cuesta arriba hacia el cruce, sin saber aún lo que iba a ocurrir ni cuál era el niño que se hallaba en peligro. La misma mano invisible que le había movido a hacer el equipaje y le había llevado hasta Portland le empujaba ahora en aquella dirección. Asustados, los niños se apartaron de su camino.

Todo lo que abarcaba la zona periférica de su visión se volvió completamente negro. Sólo era consciente de lo que había frente a él. De uno a otro bordillo de la acera, el cruce parecía iluminado por un proyector en medio de un escenario que, contrariamente, era oscuro como la noche.

Medio minuto...

Dos mujeres le miraron sorprendidas, sin apartarse a tiempo de su camino. Intentó sortearlas, pero rozó a una mujer rubia que llevaba un vestido veraniego de color blanco, casi tirándola al suelo. Siguió hacia delante, porque podía sentir la muerte entre ellos como una fría presencia.

Llegó al cruce, bajó de la acera y se detuvo. Había cuatro niños en medio de la calzada. Uno de ellos iba a ser la víctima. Pero, ¿cuál? ¿Y víctima de qué?

Veinte segundos...

La guardia urbana le estaba mirando fijamente.

Todos los niños, excepto uno, se estaban acercando al bordillo y Jim sintió que las aceras eran un lugar seguro. La muerte iba a tener lugar en medio de la calzada.

Se dirigió hacia una niña pelirroja que andaba rezagada. La niña se volvió hacia él y le miró parpadeando con expresión de asombro.

Quince segundos...

No era la niña. Miró sus ojos color verde jade y supo que estaba a salvo. De algún modo sabía que así era.

Los demás niños ya habían alcanzado la acera.

Catorce segundos...

Jim se dio la vuelta y miró hacia atrás, hacia el bordillo opuesto. Tras él venían cuatro niños más que estaban cruzando la calle.

Trece segundos...

Los cuatro niños pasaron junto a él y le dirigieron cautelosas miradas de reojo. Sabía que a sus ojos debía de resultarles una persona algo perturbada; allí, en medio de la calle, mirándoles aturdido con los ojos muy abiertos y el rostro desfigurado por el miedo.

Once segundos...

Ningún coche a la vista. La cima de la colina no estaba a más de cien metros del cruce, y, quizás en aquellos instantes, un estúpido imprudente estaba subiendo a toda velocidad por el otro lado pisando a fondo el acelerador. Cuando aquella imagen cruzó por su mente, Jim supo que era una visión profética del instrumento del que iba a valerse la muerte: un conductor ebrio.

Ocho segundos...

Quería gritar, decirles que corrieran, pero aquello sólo provocaría en ellos el pánico, haciendo que el niño marcado se precipitara hacia el peligro en lugar de alejarse de él.

Siete segundos...

Oyó el gruñido apagado de un motor, que de inmediato se transformó en un potente rugido, para dar paso a un chirrido ensordecedor de pistones. Un camión de reparto se precipitó sobre la cima de la colina. En realidad, durante un instante voló;

los rayos solares del atardecer destellaron en el parabrisas refulgiendo sobre las piezas de cromo, como si se tratara de un carro ígneo descendiendo del cielo el día del Juicio Final. Con el ruido estridente del caucho sobre el asfalto, las ruedas delanteras cayeron de nuevo en la calzada, y la parte posterior del camión se desplomó con un golpe estruendoso.

Cinco segundos...

Los pequeños que había en la calle se dispersaron, a excepción de un niño rubio con ojos de color violeta que tenían el matiz de pétalos de rosa marchitos. Se quedó inmóvil, sosteniendo su caja del almuerzo cubierta de dibujos animados alegremente coloreados, con una bamba desatada, observando cómo el camión se dirigía hacia él, incapaz de moverse, como si sintiera que aquello no era simplemente un camión que se precipitaba sobre él, sino su destino, ineludible. Era un niño de unos ocho o nueve años, sin ningún lugar al que ir, excepto a la tumba.

Dos segundos...

Jim saltó directamente frente al camión que se acercaba y asió al niño. Con la sensación de arrojarse lentamente desde un elevado acantilado con los brazos extendidos, como en un sueño, arrastró al niño consigo hasta la acera, dibujando en el aire un terso arco y rodando hasta la cuneta cubierta de hojas, sin sentir siquiera el impacto contra el suelo, con los nervios tan entumecidos por el terror y la adrenalina, que muy bien podría haber estado cayendo sobre un verde campo de hierba y tierra blanda.

En toda su vida, jamás había oído un estrépito tan fuerte como el ruido de aquel camión. Era como si un trueno hubiera estallado en su interior; sintió que algo le había golpeado el pie izquierdo con la fuerza de un martillazo. En aquel mismo instante, una fuerza desgarradora y terrible parecía retorcer su tobillo como si fuera un trapo. Una corriente incandescente de dolor crepitó a través de su pierna, chisporroteando en la articulación de la cadera y estallando en la cavidad de aquel hueso como un cohete de fuegos artificiales en la noche de un Cuatro de Julio.

Holly se dirigió enfadada hacia el hombre que había chocado contra ella, con la intención de exigirle una disculpa. Pero antes de que pudiera llegar al cruce, un camión de reparto rojo y gris surgió de pronto en la cima de la colina, como si hubiera sido lanzado por una honda gigante. Se detuvo en el bordillo de la acera.

El rugido del motor obraba como un conjuro mágico que disminuía el fluir del tiempo, alargando cada segundo hasta que casi parecía un minuto. Desde la acera, vio cómo aquel desconocido arrastraba al niño consigo, apartándolo de la trayectoria del camión. Llevó a cabo el rescate con una agilidad tan singular que casi parecía estar representando un enloquecido ballet a cámara lenta en medio de la calle. Holly vio cómo el parachoques del camión le golpeaba el pie izquierdo y contempló con horror cómo arrancaba el zapato, lanzándolo por los aires, haciendo que girara dando vueltas de un extremo a otro de la calle. En un segundo término era consciente del niño y el hombre rodando hacia la cuneta, del camión desviándose bruscamente hacia la derecha, de la desconcertada guardia urbana dejando caer la señal de *stop* en forma de paleta, del camión rebotando contra un coche aparcado en la calle, del hombre y el niño deteniéndose en el bordillo, del camión volcado deslizándose cuesta abajo entre cascadas de chispas amarillas y azules; pero, en todo momento, su atención permaneció esencialmente fija en aquel zapato que giraba hacia arriba, hacia arriba, en el aire, recortándose contra el cielo azul, quedando suspendido en la cúspide de su vuelo por un espacio de tiempo que le

pareció una hora, para luego bajar lentamente, muy lentamente. No podía apartar la vista de aquel zapato, estaba hipnotizada, porque tenía el macabro presentimiento de que el pie se hallaba en su interior, arrancado del tobillo, erizado de astillas óseas, con las cercenadas cintas de venas y arterias colgando. Iba descendiendo, descendiendo, directo hacia ella. Sintió que un grito crecía en el fondo de su garganta.

Descendiendo... descendiendo...

El maltrecho zapato —un Reebok— cayó con un chapoteo en la cuneta que había frente a ella; bajó los ojos para mirarlo, de la misma forma en que miraría el rostro de un monstruo en una pesadilla, sin querer verlo, pero incapaz de apartarse, impulsada al mismo tiempo por la atracción y repulsión que provoca lo inimaginable. El zapato estaba vacío. Ningún pie amputado. Ni siquiera había sangre.

Holly tragó el grito que no había proferido. Sintió el sabor del vómito en el fondo de su garganta, y también lo tragó.

Cuando el camión se detuvo media manzana más abajo, volcado sobre uno de sus lados, Holly echó a correr, en dirección opuesta, hacia donde se hallaban el hombre y el niño. Fue la primera en llegar a su lado, mientras se incorporaban en el asfalto.

A excepción de una magulladura en la palma de la mano y una pequeña abrasión en la barbilla, el niño parecía estar ileso. Ni siquiera estaba llorando.

Holly se arrodilló frente a él.

— ¿Te encuentras bien, cariño?

Aunque aturdido, el niño la comprendió e hizo una señal de asentimiento.

—Sí. Me duele un poco la mano, pero eso es todo.

El hombre, vestido con un pantalón blanco y una camiseta azul, se estaba incorporando. Se había bajado el calcetín hasta medio pie, y con cuidado se frotaba el tobillo izquierdo; aunque lo tenía hinchado y enrojecido, Holly todavía seguía sorprendida por la ausencia de sangre.

La guardia urbana, una pareja de profesores y otros niños se apiñaron alrededor, y un murmullo de voces agitadas se alzó desde todas partes. Ayudaron al niño a ponerse en pie y un profesor le acogió en sus brazos.

Con una mueca de dolor mientras seguía tocándose el tobillo, el hombre que había resultado lastimado levantó la cabeza y se encontró con la mirada de Holly. Sus ojos eran de un azul profundo y, por un instante, parecieron tan fríos como si no fueran en absoluto humanos, sino los receptores visuales de una máquina.

Entonces él sonrió. En un momento, la impresión inicial de frialdad pasó a ser sustituida por otra de calidez. De hecho, Holly se sintió abrumada por la claridad, el color azul de un cielo matinal y la belleza de sus ojos; tenía la sensación de estar contemplando a través de ellos un alma llena de bondad. Era una cínica que, en un primer momento, desconfiaba igualmente de una monja que de un jefe de la mafia, de forma que su atracción instantánea hacia aquel hombre le causó una profunda conmoción.

Aunque las palabras eran su primer amor y su oficio, no encontraba ninguna con que expresarse.

—Ha estado cerca —dijo el hombre, y su sonrisa hizo que ella también sonriera.

Holly esperaba a Jim Ironheart en el vestíbulo del colegio, fuera de los aseos de chicos. Todos los niños y profesores se habían ido por fin a casa. El edificio estaba en silencio, excepto por el zumbido regular y amortiguado de la pulidora eléctrica del hombre de la limpieza, que en aquellos momentos estaba encerando las baldosas de vinilo en el segundo piso. Un perfume de polvo de tiza, cola de trabajos manuales y cera desinfectante con aroma a pino, se entremezclaban en el aire.

En la calle, la policía probablemente supervisaría aún el trabajo de los dos empleados de la compañía de grúas, que estaban levantando el camión volcado para llevárselo de allí. El conductor había sido hallado en estado de embriaguez. En aquellos momentos se encontraba en el hospital, donde los médicos le estaban curando su pierna fracturada, así como las laceraciones, abrasiones y contusiones sufridas.

Holly tenía casi todo lo que se requería para escribir un artículo: los datos personales del niño — Billy Jenkins —, que había estado a punto de perecer, los hechos del incidente, las reacciones de los testigos, las manifestaciones de la policía, y las confusas expresiones de arrepentimiento entremezcladas con la lástima de sí mismo por parte del conductor ebrio del camión. Sólo le faltaba un elemento, el más importante: información acerca de Jim Ironheart, el héroe de todo lo sucedido. Los lectores del periódico querían saber todo lo referente a él. Pero, por el momento, lo único que habría podido decirles era el nombre y que aquel tipo procedía del sur de California.

Holly no apartaba la vista de la maleta marrón que estaba a su lado, cerca de la pared. Sentía un acuciante deseo de abrir los cierres y examinar su contenido, aunque en un primer momento no supo por qué. Luego se dio cuenta de que era algo fuera de lo normal el que un hombre se paseara con equipaje por un barrio residencial; un periodista estaba entrenado, o genéticamente obligado, para sentir curiosidad acerca de todo lo que se saliera de lo corriente.

Cuando Jim Ironheart salió del aseo, Holly todavía seguía con la mirada fija en su maleta. Hizo un gesto crispado de culpabilidad, como si la hubiera cogido manoseando el contenido de la maleta.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Holly.

—Bien. —Estaba cojeando—. Pero ya se lo he dicho antes, prefiero que no me entreviste.

Se había peinado el tupido pelo de color castaño, y se había quitado la mayor parte de la suciedad de los pantalones de algodón blancos. Llevaba de nuevo calzados los dos zapatos, aunque el izquierdo estaba desgarrado y deteriorado por un lado.

—No le voy a robar mucho tiempo —dijo Holly.

—Seguramente —afirmó él con una sonrisa.

—Oh, vamos, sea bueno.

—Lo siento. Además, creo que soy alguien irrelevante para salir en un periódico.

— ¡Pero si acaba de salvar a un niño! —Aparte de eso, soy una persona aburrida.

Había algo en él que contradecía su pretendida insignificancia, aunque, en un principio, Holly no podía descubrir en qué radicaba su poderoso atractivo. Tenía alrededor de treinta y cinco años, debían de faltarle unos quince centímetros para

alcanzar los dos metros de altura y, aunque era delgado, tenía una fuerte musculatura. A pesar de ser bastante atractivo, no poseía una apariencia que a Holly le recordara a los artistas de cine. Tenía unos ojos hermosos, sí, pero Holly nunca se había sentido atraída hacia un hombre meramente por su físico y menos aún por un rasgo que fuera excepcional.

Jim cogió la maleta y empezó a andar cojeando a lo largo del pasillo.

—Debería ver a un médico —le dijo Holly poniéndose a su lado.

—Lo peor que puedo tener es un esguince.

—Aun así, debería verle alguien.

— Bueno, me compraré algunas vendas en el aeropuerto, o cuando llegue a casa.

Quizás eran sus modales lo que Holly encontraba tan atrayente. Hablaba en voz baja y sonreía con facilidad, como un caballero del Sur, aunque no tenía acento. También poseía una elegancia inusual al moverse, incluso ahora que cojeaba. Recordó cómo le había venido a la memoria la imagen de un ballet cuando, con la agilidad de un bailarín, apartó al pequeño de delante del camión que se precipitaba sobre él. Una elegancia física excepcional y una amabilidad natural era algo que resultaba atractivo en un hombre. Pero no era ninguna de esas dos cualidades lo que le fascinaba. Era algo más. Algo difícil de explicar.

Cuando llegaron a la puerta principal, Holly le dijo:

—Si realmente tiene intención de volver a su casa, le puedo llevar hasta el aeropuerto.

—Gracias. Es muy amable por su parte, pero no necesito que nadie me lleve hasta allí.

Holly le siguió hasta el porche.

—Tendrá que dar un buen paseo.

Jim se detuvo y frunció el ceño.

— Oh. Sí. En ese caso... debe de haber algún teléfono por aquí. Llamaré a un taxi.

—Vamos, no tiene nada que temer de mí. No soy una psicópata asesina. No tengo guardada ninguna sierra eléctrica en mi coche.

La miró un instante y luego le sonrió abiertamente, de un modo que la desarmó.

— En realidad, usted parece ser más del tipo que prefiere utilizar un instrumento contundente.

— Soy periodista. Usamos navajas. Sin embargo, esta semana no he matado a nadie.

— ¿Y la semana pasada?

—Dos. Pero eran vendedores a domicilio.

— Sigue siendo un homicidio. —Justificado de todas formas.

—De acuerdo, acepto su ofrecimiento.

Holly tenía el Toyota azul estacionado junto al bordillo de la acera opuesta, tras dos vehículos que se hallaban detrás del coche contra el cual había colisionado el conductor ebrio. Más abajo de la cuesta, la grúa se estaba llevando el camión de reparto y los últimos policías que quedaban estaban subiendo a sus coches patrulla. Unos cuantos trozos de cristal que habían quedado sin recoger, procedentes de las ventanillas rotas del camión, brillaban en el asfalto bajo la luz del atardecer.

Permanecieron en silencio mientras recorrían en coche una o dos manzanas, hasta que Holly le preguntó:

— ¿Tiene amigos en Portland?

—Sí. De los tiempos de la universidad. —¿Es con la gente con quien ha estado?  
—Sí.

— ¿No podían llevarle hasta el aeropuerto?

—Habrían podido hacerlo si el vuelo hubiese salido por la mañana, pero esta tarde los dos estaban trabajando.

—Ah —dijo Holly, e hizo un comentario sobre unas brillantes rosas amarillas que colgaban de unas enredaderas entrelazadas a la verja de una casa ante la que pasaron, preguntándole luego si sabía que Portland era conocida como la Ciudad de las Rosas, a lo que Jim respondió afirmativamente.

Tras otro silencio, Holly volvió a la conversación «real»:

—Su teléfono no funcionaba, ¿verdad?

— ¿Perdón?

—Sus amigos —dijo Holly encogiéndose de hombros — . Me preguntaba por qué no llamó a un taxi desde su casa. —Tenía la intención de dar un paseo.

— ¿Hasta el aeropuerto?

—Mi tobillo estaba bien en aquel momento. —De todos modos, es un paseo muy largo.

— Oh, pero yo soy un fanático del deporte.

—Un paseo muy largo, especialmente si uno lleva una maleta.

—No pesa mucho. Cuando hago ejercicio normalmente llevo pesas de mano para desarrollar la parte superior del cuerpo.

—Yo también paseo para hacer ejercicio —dijo Holly, deteniéndose en un semáforo en rojo—. Solía correr cada mañana, pero las rodillas empezaron a dolerme.

—A mí también me ocurrió lo mismo, así que empecé a pasear. Si mantienes un buen ritmo proporciona el mismo ejercicio al corazón.

Durante unos tres kilómetros, mientras Holly conducía lo más despacio posible con el fin de alargar el tiempo que le quedaba para estar con él, hablaron acerca de los alimentos sin grasas y la buena forma física. Finalmente, Jim dijo algo que le permitió a Holly preguntar, con toda naturalidad, el nombre de sus amigos que vivían en Portland.

—No —respondió Jim.

—¿No qué?

—No, no voy a darle sus nombres. Son gente que tiene su vida privada, buena gente, y no quiero que les fastidien.

—Hasta ahora, nadie me había llamado fastidiosa.

—No se ofenda, señorita Thorne, pero no quiero que se vean obligados a salir en el periódico ni nada parecido, sus vidas se verían turbadas.

—A muchos les gusta ver sus nombres en los periódicos.

—Y a otros muchos, no.

—Quizá les plazca hablar de su amigo, el gran héroe.

—Lo siento —dijo afablemente, y sonrió.

Holly empezó a comprender por qué lo encontraba tan atractivo. Su aplomo inquebrantable era irresistible. Tras haber trabajado en Los Angeles durante dos años, Holly había conocido a muchos hombres que adoptaban la pose de indolentes californianos; cada uno de ellos asumía el papel de ser el epítome de la serenidad, el señor experimentado: «Confía en mí, muñeca, y el mundo nunca va a hacernos ningún daño; estamos más allá del alcance del destino». Pero ni uno solo de ellos poseía realmente la sangre fría y el temperamento imperturbable que pretendían. Ropa al estilo Bruce Willis, un perfecto bronceado y una estudiada despreocupación no hacían un Bruce Willis. La seguridad en uno mismo podía adquirirse a través de la experiencia, pero el aplomo auténtico era algo con lo que se nacía o se aprendía a imitar, y la imitación nunca era convincente para un buen observador. Sin embargo, Jim Ironheart había nacido con el aplomo suficiente. Y de haberlo repartido por igual entre todos los hombres de Rhode Island, habría creado todo un estado de tipos serenos e imperturbables. Afrontaba camiones que se precipitaban a toda velocidad o las preguntas de una periodista con el mismo grado de ecuanimidad. El solo hecho de estar en su compañía era algo relajante y tranquilizador.

—Tiene un nombre interesante.

— ¿Jim?

Estaba bromeando a su costa.

— Ironheart —dijo Holly—. Parece un nombre de indio norteamericano.

—No me importaría tener un poco de sangre apache o chippewa, resultaría menos aburrido, algo más exótico, misterioso. Pero, en realidad, no es más que la versión anglosajona del nombre original alemán de mi familia: Eisenherz.

Cuando llegaron a la autopista, aproximándose rápidamente a la salida de Killingsworth Street, Holly se sintió consternada ante la idea de dejar a Jim en la terminal del aeropuerto. Como periodista, todavía le quedaban por hacer muchas preguntas. Y lo que era aún más importante, como mujer, Jim Ironheart le intrigaba más de lo que ningún hombre lo había hecho en mucho tiempo. Por un momento consideró la posibilidad de tomar un camino más largo hacia el aeropuerto, la falta de familiaridad de Jim con la ciudad quizás evitaría que descubriera su estratagema. Luego, se dio cuenta de que las indicaciones de la autopista ya anunciaban la próxima salida en dirección al Aeropuerto Internacional de Portland; aunque Jim no las hubiera leído, forzosamente tenía que advertir el constante tráfico aéreo en la parte oriental de aquel cielo azul oscuro que tenía frente a ellos.

— ¿Qué hace en California? —Disfruto de la vida.

— Quiero decir, ¿qué hace para ganarse la vida?

— ¿Qué cree usted?

—Bueno..., una cosa es segura, no es usted bibliotecario.

— ¿Por qué lo dice?

— Hay algo misterioso en usted.

— ¿Acaso un bibliotecario no puede ser misterioso? —Jamás he conocido a uno que lo fuera. —De mala gana Holly se desvió hacia el aeropuerto por la rampa de salida—. Quizá sea un policía.

— ¿Qué le hace pensar eso?

—Los policías realmente buenos suelen ser imperturbables, fríos.

—Vaya, me considero a mí mismo como un tipo afable, abierto y accesible. ¿Cree que soy frío?

El tráfico se hizo más denso al acercarse a la salida que llevaba al aeropuerto. Holly redujo aún más la velocidad.

—Lo que quiero decir es que parece poseer un gran aplomo —dijo Holly.

— ¿Cuánto hace que es periodista? —Doce años.

— ¿Siempre ha trabajado en Portland? —No. Hace un año que estoy aquí.

— ¿Dónde trabajó antes? —Chicago... Los Angeles... Seattle. —¿Le gusta su trabajo?

Advirtiendo que había perdido el control de la conversación, Holly replicó:

—Esto no es el juego de las veinte preguntas.

—Oh —respondió Jim visiblemente divertido — , eso es exactamente lo que yo creía.

Holly se sentía frustrada por el muro impenetrable que Jim había erigido a su alrededor. No estaba acostumbrada a que alguien obstaculizara su voluntad. No obstante, Jim no parecía albergar en él ningún tipo de mezquindad y, por lo que intuía, tampoco poseía un gran talento para el engaño; únicamente estaba decidido a preservar su intimidad. Como una reportera que cada vez experimentaba más dudas acerca de la legitimidad del periodista a inmiscuirse en la vida de los demás, Holly simpatizaba con su reticencia. Al mirar a Jim, no pudo evitar reírse suavemente.

—No lo hace usted del todo mal.

—Ni usted tampoco.

Al detener el coche junto al bordillo de la acera que había frente a la terminal, Holly respondió:

—No, si lo hiciera bien, ya habría averiguado por lo menos a qué se dedica para ganarse la vida.

Tenía una sonrisa encantadora. Y aquellos «ojos».

—No dije que lo hiciera tan bien como yo, tan sólo dije que no lo hacía mal. — Salió del coche y cogió la maleta que había en el asiento trasero, para luego volver a la puerta abierta de la parte delantera—. Escuche —añadió—, tan sólo estaba en el lugar adecuado y en el momento adecuado. Fue pura casualidad el que me encontrara allí para salvar al niño. No sería justo que los medios de comunicación cambiaran mi vida de arriba abajo por el mero hecho de haber realizado una buena actuación.

—No, no lo sería —admitió Holly.

— Gracias —respondió Jim con una mirada de alivio. —Pero debo decirle que su modestia resulta reconfortante. Jim le dirigió una prolongada mirada, fijando en ella sus excepcionales ojos azules.

— Usted también lo es, señorita Thorne.

Jim cerró la puerta, dio media vuelta y entró en la terminal del aeropuerto.

A la mente de Holly regresaron las últimas palabras que habían intercambiado: «Su modestia resulta reconfortante». «Usted también lo es, señorita Thorne.»

Holly se quedó mirando la puerta de la terminal por la que Jim se había marchado y le pareció que era demasiado bueno para ser cierto, como si hubiera llevado en su coche a un espíritu que la había detenido haciendo autoestop. Una fina neblina filtraba las partículas de luz del atardecer, de forma que el aire tenía un vago matiz dorado, semejante al que algunas veces se mantiene en una de esas películas antiguas de fantasmas instantes después de que se desvanezca el espectro.

Un fuerte ruido, seco y ahuecado, la sobresaltó.

Giró la cabeza de golpe y vio que uno de los guardias de seguridad del aeropuerto estaba golpeando el capó del coche con sus nudillos. Cuando el guardia comprobó que Holly se había percatado de su presencia, le indicó una señal que ponía: ZONA DE CARGA Y DESCARGA.

Preguntándose cuánto tiempo habría permanecido allí sentada, absorta en sus pensamientos acerca de Jim Ironheart, Holly bajó el freno de mano y puso el coche en marcha, alejándose de la terminal del aeropuerto. «Su modestia resulta reconfortante.» «Usted también lo es, señorita Thorne.»

Durante todo el trayecto de regreso a Portland, se sintió envuelta por una sensación de misterio, por la percepción de que alguien sobrenatural se había cruzado en su vida. Le turbó descubrir que un hombre pudiera influir en ella de aquel modo, y experimentó un sentimiento inquietante que la hacía sentirse como una niña, incluso algo estúpida. Al mismo tiempo, le complacía aquel extraño y agradable estado de ánimo, y no quería que se desvaneciera. «Usted también lo es, señorita Thorne.»

5

Aquella noche, en su apartamento situado en la tercera planta de un edificio que daba a Council Crest Park, mientras preparaba una pasta de cabello de ángel con salsa al pesto, nueces, ajo fresco y tomates troceados, Holly se preguntó cómo Jim Ironheart había sabido que el joven Billy Jenkins estaba en peligro, antes, incluso, de que el camión de reparto apareciera en lo alto de la colina.

Se detuvo cuando iba a trocear la mitad de un tomate y miró por la ventana de la cocina. La luz roja púrpura del crepúsculo se extendía sobre el césped. Entre los árboles, las farolas del parque proyectaban claros de luz sobre los paseos flanqueados de hierba.

Cuando Jim Ironheart se precipitó cuesta arriba, corriendo por la acera que había frente a McAlbury School, y chocó contra ella violentamente, Holly se dirigió hacia él para pedirle una explicación. Al llegar al cruce, él ya se hallaba en medio de la calzada; giró a derecha e izquierda; parecía agitado... trastornado. De hecho, su aspecto era tan extraño que los niños pasaron junto a él describiendo un amplio arco. Holly advirtió la expresión de pánico presente en su rostro y la reacción de los niños hacia él, un par de segundos antes de que el camión apareciera en la cima de la colina como si fuera el coche de un piloto acrobático lanzándose desde lo alto de una rampa. En aquel instante Ironheart reparó en Billy Jenkins, alejándole de la trayectoria del camión.

Quizás había oído el potente ruido del motor, se dio cuenta de que algo se acercaba al cruce a toda velocidad y actuó movido por una instintiva percepción de peligro. Holly trató de recordar si había advertido el ruido del motor al tropezar con Ironheart, pero no podía acordarse. Tal vez lo había oído, pero no se sintió alarmada como el propio Ironheart. O quizá no lo oyó, dado que en aquel momento trataba de quitarse de encima a la infatigable Louise Tarvohl, quien había insistido en acompañarla hasta su coche; Holly creyó que enloquecería si se veía obligada a

escuchar un minuto más el parloteo de la poetisa. Por esa razón, estaba distraída en su desesperada necesidad de huir.

En la cocina, únicamente era consciente de un sonido: el del agua hirviendo en un gran cazo sobre el fuego. Debía bajar el gas, echar la pasta y poner el cronómetro... Pero permaneció inmóvil junto a la tabla de madera para cortar, con el tomate en una mano y el cuchillo en la otra, mirando fijamente al parque, aunque seguía viendo el fatídico cruce al lado de McAlbury School.

Aunque Jim Ironheart hubiera oído el ruido del motor en mitad de la calle, ¿cómo pudo averiguar tan rápidamente la dirección por la que venía el camión, así como que el conductor había perdido el control y, por lo tanto, que el niño estaba en peligro? La guardia urbana, que se encontraba en una posición mucho más cercana que Ironheart para advertir el ruido, se quedó tan perpleja como los niños.

De acuerdo, algunas personas tenían los sentidos más desarrollados que otras, por eso los compositores eran capaces de captar armonías y ritmos más complejos de lo que podían hacerlo la mayoría de simples aficionados a la música; por esa misma razón, algunos jugadores de béisbol distinguían en un cielo resplandeciente el vuelo de una mosca antes que los demás, y un experimentado viticultor podía apreciar las más sutiles cualidades de una rara cosecha, mientras pasaban inadvertidas a un vulgar bebedor de vino preocupado tan sólo por sus efectos. Del mismo modo, algunos individuos tenían una rapidez de reflejos notablemente superior a la del resto, como Wayne Gretzky, a quien pagaron varios millones al año por formar parte de un equipo profesional de hockey sobre hielo. Holly había advertido que Ironheart tenía la agilidad propia de un atleta. Sin duda, también tenía el don de poseer un oído especialmente fino. La mayor parte de la gente provista de destacadas ventajas físicas presentaba otras aptitudes: era una cuestión de genes. Ésa era la explicación. Así de simple, nada extraordinario, nada misterioso. Ciertamente, nada sobrenatural. Tan sólo una cuestión de genes.

En el parque, las sombras iban extendiéndose. Excepto en los lugares alumbrados por la luz de las farolas, el sendero iba desapareciendo en la creciente oscuridad. Los árboles parecían apiñarse unos junto a otros.

Holly dejó a un lado el cuchillo y se dirigió a la cocina. Bajó la llama del gas y el fuerte borboteo del agua se transformó en una lenta ebullición. Luego, puso la pasta en el cazo.

Volvió junto a la tabla de madera y, mientras cogía el cuchillo, miró de nuevo a través de la ventana. Las estrellas empezaban a aparecer en el firmamento. En el paseo del parque predominaban las sombras sobre la luz de las farolas. De pronto, le invadió la extraña convicción de que Jim iba a surgir de la oscuridad y de que, levantando la cabeza fijaría directamente la mirada en su ventana, como si de algún modo supiera dónde vivía y viniera a buscarla. Era una idea ridícula. Sin embargo, un escalofrío recorrió su espina dorsal pasando por cada una de sus vértebras.

Más tarde, alrededor de la medianoche, Holly se sentó en el borde de su cama y apagó la lámpara que había junto a la cabecera. Miró por la ventana de su habitación, por la que también podía verse el parque, y volvió a sentir un escalofrío que le recorría la espalda. Se disponía a echarse en la cama; vaciló, y se puso en pie. En bragas y camiseta, la ropa que usaba para dormir, se deslizó por la oscura habitación hasta la ventana y corrió la persiana que había entre las cortinas.

Él no estaba allí. Esperó un par de minutos. No apareció. Sintióse estúpida y confundida, volvió a la cama.

Se despertó temblando a altas horas de la noche. Todo lo que recordaba del sueño era unos ojos azules, intensamente azules, con una mirada que la penetraba tan profundamente como un cuchillo afilado al cortar un trozo de mantequilla.

Se levantó y se dirigió al cuarto de baño, guiada únicamente por el débil resplandor de la luna que se filtraba por la persiana. Al entrar no encendió la luz. Después de orinar se lavó las manos y permaneció durante un rato frente al espejo, que se hallaba envuelto en una plateada oscuridad, contemplando en él su propio reflejo borroso y amorfo. Bebió un sorbo de agua fría. Se percató de que se resistía a volver a la habitación porque tenía miedo de verse atraída de nuevo hacia la ventana. «Esto es ridículo —se dijo a sí misma—. ¿Qué te está pasando?»

Volvió a entrar en la habitación y se dirigió hacia la ventana... Él no estaba allí.

Holly se sintió aliviada y decepcionada al mismo tiempo. Mientras contemplaba el Council Crest Park envuelto en la oscuridad, otro escalofrío sacudió su cuerpo, y se dio cuenta de que parte del mismo lo había provocado un miedo inexplicable. Asimismo, sentía que la invadía una rara agitación, una grata anticipación de... ¿De qué?

No lo sabía.

La huella que había dejado en ella Jim Ironheart era profunda y persistente. Nunca había experimentado nada parecido. Aunque luchaba por entender lo que le estaba ocurriendo, no hallaba ninguna explicación. La mera atracción sexual no era la causa. Hacía tiempo que había abandonado la pubertad, y ni el efervescente ímpetu de las hormonas, ni las ansias adolescentes de un romance podían afectarla de aquel modo.

Finalmente, volvió a la cama. Estaba segura de que seguiría despierta el resto de la noche. Sin embargo, no tardó en conciliar el sueño. Mientras se debatía al filo de la consciencia, murmuró:

—Aquellos ojos...

Jim se despertó poco antes del alba en su propia cama de Laguna Niguel. Su corazón latía con fuerza. Aunque en la habitación no hacía calor, estaba empapado de sudor. Acababa de sufrir una de sus frecuentes pesadillas, pero todo lo que podía recordar era la presencia de algo despiadado, poderoso y corrompido que le perseguía.

La sensación de una muerte inevitable era tan intensa que tuvo que encender la luz para asegurarse de que nada inhumano y homicida se hallaba realmente en la habitación junto a él. Estaba solo.

—Pero no por mucho tiempo —dijo en voz alta.

Se preguntó qué significado podían tener aquellas palabras.

Del 20 al 22 de agosto

1

Jim Ironheart miró ansiosamente a través del sucio parabrisas del Camaro robado. El sol parecía una esfera, y la luz que desprendía era tan blanca y amarga como el polvo de cal. Incluso con las gafas de sol se veía obligado a entrecerrar los ojos. Desde el asfalto ardiente ascendían corrientes de aire recalentadas que formaban espejismos de gente, coches y lagos llenos de agua.

Se sentía cansado y con la vista extenuada. Las ilusiones ópticas, junto a ocasionales tormentas de polvo, entorpecían su visibilidad. La interminable

perspectiva del desierto de Mojave le impedía mantener una idea precisa de la velocidad que llevaba; no era consciente de que el coche fuera a más de 150 km/h. En las condiciones en que se encontraba tendría que haber ido más despacio.

Pero la creciente convicción de que llegaba demasiado tarde, de que no iba a llegar a tiempo, le invadía por momentos. Alguien iba a morir porque él no había sido lo suficientemente rápido.

Echó un vistazo a la escopeta cargada que yacía inclinada frente al asiento contiguo, con la culata apoyada en el suelo y el cañón apuntando en dirección opuesta a Jim. Sobre el asiento había una caja entera de municiones.

Medio aterrorizado, pisó a fondo el acelerador. La aguja del velocímetro osciló notablemente al sobrepasar los 160 km/h del indicador.

Llegó a lo alto de una larga y progresiva pendiente. Abajo se extendía un valle en forma de cuenco de varios kilómetros de diámetro, blanquecino y desprovisto de vegetación, a excepción de unos cuantos hierbajos y unos matorrales del desierto. La formación del valle podía deberse al impacto de un asteroide que, milenios atrás, cayó sobre la Tierra; su contorno estaba considerablemente suavizado por el paso del tiempo, pero, por otro lado, era tan primitivo como cualquier otro lugar de la Tierra.

Una negra autopista, sobre la que brillaban espejismos de agua, atravesaba el valle. A lo largo de sus arcenes, los fantasmas ópticos producidos por el calor resplandecían y se retorcían lánguidamente.

Lo primero que Jim vio fue la furgoneta. Estaba parada a la derecha de la carretera, a unos dos kilómetros de distancia, cerca de un conducto de desagüe por el que casi nunca fluía el agua, excepto en las raras ocasiones en que tenía lugar alguna tormenta o desbordamiento.

Su corazón empezó a latir apresuradamente y, a pesar de la corriente de aire frío que provenía de la ventilación del coche, comenzó a sudar. *Aquél* era el lugar.

Luego divisó el vehículo tipo caravana, a un kilómetro de donde se hallaba la furgoneta, emergiendo a la superficie de uno de los espejismos de agua más profundos. Se alejaba pesadamente, hacia la distante cordillera del valle, allí donde la autopista formaba una pendiente que ascendía entre áridas montañas rocosas de color rojizo.

Jim aminoró la marcha al acercarse al vehículo sin estar seguro de que se requiriera su ayuda. Su atención se centraba por igual en la furgoneta y en la caravana que se alejaba.

Mientras la aguja del velocímetro descendía, Jim aguardó una señal que le indicara de un modo más preciso sus objetivos. No ocurrió nada. Normalmente, se veía obligado a actuar movido por la voz interior de su subconsciente, o a veces se comportaba como una máquina programada. En esta ocasión todo era distinto. No sucedía nada.

Con creciente desesperación, frenó de golpe y el coche coleó antes de parar en seco junto al Chevy. No se molestó en dejar su vehículo en el arcén. Miró un momento la escopeta que había junto a él, aunque, de algún modo, sabía que no iba a necesitarla. Por el momento...

Salió del Camaro y se acercó corriendo hasta la furgoneta. Las maletas se apilaban en el portaequipajes situado en la parte posterior del vehículo. Y al mirar por una de las ventanillas laterales vio a un hombre desplomado sobre el asiento delantero. Abrió la portezuela de la furgoneta y retrocedió. Había mucha sangre.

Aunque agonizaba, todavía no estaba muerto. Le habían disparado dos tiros en el pecho. Tenía la cabeza inclinada hacia la puerta del asiento contiguo al del conductor. A Jim le recordó la cabeza de Jesucristo, ladeada hacia un lado, cuando colgaba de la cruz. Sus ojos parecieron recobrar la visión por unos instantes, mientras se esforzaba en distinguir a Jim.

— Lisa... Susie... Mi mujer, mi hija... —dijo en un tono de voz tan débil como desesperado.

Luego, sus torturados ojos se enturbiaron. Emitió un apagado jadeo y su cabeza se desplomó hacia un lado. Había muerto.

Afligido por un sentimiento de culpabilidad paralizante que le hacía sentirse responsable de la muerte de aquel desconocido, Jim dio un paso atrás alejándose de la puerta abierta y se quedó inmóvil durante unos momentos, en medio de la negra calzada, bajo aquel sol abrasador. Si hubiera ido más de—prisa, a más velocidad, podría haber llegado unos minutos antes para evitar lo sucedido.

Un sonido angustioso, profundo y primitivo, surgió del interior de Jim. Al principio era casi un susurro, que se transformó en un débil y creciente lamento. Pero cuando apartó la mirada del muerto y contempló la autopista por la que se alejaba la caravana, su lamento se convirtió de pronto en un grito de rabia, porque supo lo que había ocurrido. Y sabía lo que debía hacer...

De vuelta al Camaro, llenó de municiones los amplios bolsillos de su pantalón de algodón azul. La escopeta de cañones cortos del calibre doce con acción automática, previamente cargada, estaba al alcance de Jim.

Miró por el retrovisor. Aquel lunes por la mañana la autopista del desierto estaba vacía. Ninguna ayuda a la vista. Todo dependía exclusivamente de él.

A lo lejos, la caravana se desvaneció entre las refulgentes corrientes térmicas que parecían cortinas cristalinas.

Jim puso el Camaro en marcha. Los neumáticos cambiaron de posición en un instante, luego se deslizaron sobre el pegajoso asfalto ablandado por el sol, emitiendo un chirrido que resonó de un modo estremecedor en medio de la inmensidad del desierto. Pensó en los gritos que aquel desconocido y su familia habían proferido cuando le dispararon a quemarropa. Súbitamente, el Camaro venció toda resistencia y salió hacia delante a gran velocidad.

Pisando el acelerador hasta el fondo, Jim entrecerró los ojos para poder divisar mejor a su presa. En unos segundos, las cortinas de calor se separaron, y aquel vehículo de gran tamaño surgió de repente ante él, como si fuera un barco de vela tratando de abrirse paso en aquel mar seco.

La caravana no podía competir con el Camaro, y Jim no tardó en alcanzarla. Era una vieja Roadking de tres metros, que había recorrido muchos kilómetros. Los bordes de aluminio blanco estaban cubiertos de suciedad, abollados y oxidados. Las ventanas estaban tapadas por unas cortinas amarillas que en su día fueron blancas. No parecía más que el hogar de una pareja de jubilados aficionados a viajar, que vivían de los menguados ingresos proporcionados por la seguridad social, e incapaces ya de mantener la caravana con el orgullo del que gozaron antaño... Salvo por la motocicleta. En la parte posterior del vehículo, había una Harley encadenada a un soporte de hierro situado a la izquierda de la escalera que accedía al techo de la caravana. No era una de las motocicletas más grandes que podían encontrarse en el mercado, pero era potente, y no era algo en lo que normalmente suele pasearse una pareja de jubilados.

Aparte de la moto, no había nada sospechoso en la Roadking. No obstante, al seguirla, Jim Ironheart se sintió abatido por un sentimiento de maldad tan poderoso

que le pareció como si una marea negra cayera sobre él con todo el ímpetu del mar. Sintió náuseas, tuvo la sensación de percibir el olor pútrido que envolvía a los dueños de aquella motocicleta.

Al principio vaciló, temeroso de que cualquier acción que emprendiera pudiera poner en peligro a la mujer y a la niña que, obviamente, se hallaban cautivas. Pero lo más arriesgado que podía hacer era demorarse. Cuanto más tiempo permanecieran madre e hija en manos de aquella gente, menos posibilidades tendrían de salir con vida.

Giró hacia el carril de adelantamiento. Tenía la intención de avanzar unos cuantos kilómetros por delante de ellos para luego bloquear con su coche la carretera.

A través del retrovisor de la Roadking, el conductor debía de haber observado cómo Jim se detenía junto a la furgoneta y salía de su propio vehículo para inspeccionarla. Dejó que el Camaro le adelantara y giró de pronto hacia la izquierda, golpeando el lateral del coche.

Se oyó el chirrido del metal y el coche sufrió una sacudida.

El volante giró entre las manos de Jim, y éste luchó por mantener el control, hasta conseguir dominar el vehículo.

La Roadking siguió hacia delante, luego volvió a girar y golpeó de nuevo el coche, sacándolo de la calzada hacia el arcén sin pavimentar. A lo largo de varios cientos de metros se mantuvieron pegados a gran velocidad: la Roadking en el carril prohibido, exponiéndose a colisionar frontalmente contra cualquier vehículo que se aproximara, oculto por las cortinas del calor y el resplandor del sol; el Camaro levantando tras de sí grandes nubes de polvo, avanzando con dificultad por el desnivel que separaba la superficie de la carretera del desierto que se extendía bajo ella.

El más ligero frenazo podía desviar el coche hacia la izquierda y hacer que volcara. Jim dejó de apretar el acelerador y la velocidad disminuyó gradualmente. El conductor de la Roadking reaccionó reduciendo también la velocidad y manteniéndose a la misma altura que Jim. Luego, la caravana se movió inexorablemente hacia la izquierda, metro a metro, desplazándose implacablemente hacia el arcén polvoriento.

El Camaro, mucho más pequeño y menos pesado que el otro vehículo, no pudo resistir la acometida. Fue empujado hacia la izquierda, a pesar de los esfuerzos de Jim por mantener la estabilidad del coche. La rueda delantera fue la primera en traspasar el borde, y ese lado del coche salió de la carretera. Jim apretó el freno, en aquellos momentos ya no importaba. Aunque pisó a fondo el pedal, la rueda trasera siguió la trayectoria del extremo frontal del vehículo, precipitándose en el vacío. El Camaro volcó y cayó rodando hacia la izquierda.

Jim acostumbraba llevar siempre el cinturón de seguridad, de modo que, a pesar de sufrir una fuerte sacudida y de que sus gafas de sol salieran despedidas, su rostro no chocó contra la barra de la ventanilla ni se fracturó el pecho contra el volante. Un tejido de resquebrajaduras, como si fuera la labor de una araña bajo los efectos de la bencedrina, recorrió el parabrisas de parte a parte. Jim cerró los ojos con fuerza, y los pedazos pegajosos de cristal templado cayeron sobre él. El coche dio otra vuelta de campana, empezó a girar por tercera vez, y finalmente se detuvo volcado sobre el techo.

Jim quedó colgado boca abajo, sujeto por el cinturón de seguridad. Estaba ileso, a pesar de la violenta sacudida. Las nubes de polvo que entraban por el parabrisas hecho pedazos le provocaron un acceso de tos. «Vendrán a por mí», pensó Jim.

Frenéticamente, buscó a tientas el dispositivo para liberarse del cinturón de seguridad; lo encontró y cayó sobre el techo del coche volcado. Quedó acurrucado sobre el cañón de la escopeta. Había tenido mucha suerte de que el arma no se hubiera disparado en el interior del zarandeado Camaro.

Aturdido, tardó un momento en encontrar la manilla de la puerta situada encima de su cabeza. La alcanzó e intentó abrirla. Al principio la puerta no cedió. Finalmente, se abrió de golpe emitiendo un chasquido metálico.

Gateando por el techo del coche salió al desierto, con la sensación de estar atrapado en un mundo surrealista y daliniano de extrañas perspectivas. Extendió la mano hacia atrás para alcanzar la escopeta.

Aunque el polvo fino como la ceniza empezaba a disiparse, Jim todavía tosía expulsándolo de sus pulmones. Apretó los dientes, tratando de contener los accesos de tos. Debía permanecer en silencio si quería sobrevivir.

Sin la ligereza ni discreción de una pequeña lagartija que se cruzó en su camino, Jim se arrastró con rapidez hasta un arroyo cercano. Cuando llegó al borde del canal, descubrió que sólo tenía unos centímetros de profundidad. Al deslizarse al interior del arroyo, sus pies hicieron un sonido seco y suave al golpear el fondo endurecido. Levantó lentamente la cabeza y miró a través del desierto, hacia el lugar en que se encontraba el Camaro volcado, envuelto en una neblina de polvo alcalino que todavía no se había disipado. En la autopista, la Roadking dio marcha atrás sobre la calzada y se detuvo junto al coche accidentado.

La puerta se abrió, y un hombre bajó del vehículo. Otro hombre, que salió por la otra, pasó con rapidez frente a la parte delantera de la caravana para reunirse con su compañero. Ninguno de ellos era el bondadoso jubilado de escasos ingresos que uno imaginaba tras el volante de aquella vieja caravana. Tenían poco más de treinta años y parecían tan duros como las rocas del desierto calentadas al sol. Uno de ellos llevaba el cabello recogido en una coleta pasada de moda que los chicos llamaban *dork knob*. El otro tenía el cabello corto y erizado, rasurado a ambos lados de la cabeza, como si hubiera salido de una vieja película de Mad Max. Los dos iban vestidos con camisetas, tejanos y botas vaqueras; cada uno de ellos llevaba una pistola. Se dirigieron con cautela hacia el Camaro, separándose a fin de abordar el vehículo por ambos lados.

Jim se agachó en el arroyo, girando hacia la derecha en dirección este y deslizándose en cuclillas con rapidez a lo largo del canal. Se volvió para comprobar si dejaba algún rastro, pero el cieno, reseco tras meses de sol abrasador desde la última lluvia, no delataba sus huellas. Transcurridos unos metros, el arroyo se desviaba bruscamente a la izquierda. Veinte metros más adelante, se transformaba en un conducto que pasaba por debajo de la autopista.

Un destello de esperanza se apoderó de Jim, aunque no disipó los temblores producidos por el miedo, que le habían sacudido sin interrupción desde que encontró a aquel hombre agonizante en el interior de la furgoneta. Tuvo la sensación de que iba a vomitar. Pero, al no haber desayunado, no tenía nada en el estómago para devolver. A pesar de la opinión de los expertos en alimentación, a veces valía la pena saltarse una comida.

Inmerso en una profunda sombra, el conducto de cemento era aparentemente fresco. Jim tuvo la tentación de detenerse y ocultarse allí, con la esperanza de que abandonarían su búsqueda y se irían.

Naturalmente, no podía hacerlo. No era un cobarde. Aunque su conciencia le impulsara por un momento a la cobardía, la fuerza misteriosa que le guiaba no permitiría que lo abandonara todo y huyera. Hasta cierto punto, era una marioneta

movida por cuerdas invisibles, a merced de un titiritero oculto, en una obra de guiñol cuyo argumento y finalidad escapaba a su entendimiento.

Algunas zarzas se adentraban hasta el interior del conducto, y sus quebradizas espinas arañaron a Jim al abrirse paso a través de la barrera que formaban. Apareció al otro lado de la autopista, y trepó por la pared del canal reseco.

Se arrastró por la arena del desierto hasta el borde de la carretera que se elevaba sobre él. Se levantó lentamente para mirar a través de la calzada hacia donde se encontraba la caravana. Más allá de la Roadking vio el Camaro volcado como una cucaracha muerta. Los dos hombres, de nuevo reunidos, estaban al lado del vehículo. Evidentemente, habían inspeccionado el coche y comprobado que Jim no se encontraba allí.

Hablaban animadamente, aunque estaban demasiado lejos para que Jim pudiera oírles. Llegó hasta él el sonido de un par de palabras que se desvanecieron en la distancia, distorsionadas por el aire seco y abrasador.

Las gotas de sudor seguían cayendo sobre sus ojos, emborronando su visión. Se secó el rostro con la manga y observó a aquellos dos hombres con los ojos entrecerrados.

En aquel momento se alejaban del Camaro adentrándose en el desierto. Uno de ellos se mantenía expectante, girando la cabeza a derecha e izquierda, mientras el otro estudiaba el terreno a medida que avanzaban. Sin duda, estaba buscando algún rastro que Jim hubiera dejado a su paso. Jim pensó que con la suerte que tenía, uno de ellos había crecido entre exploradores indios y le atraparían con más rapidez que una iguana a un escarabajo del desierto.

Desde el Oeste se oyó el sonido apagado de un motor que fue creciendo por momentos al tiempo que Jim volvía la cabeza para mirar en aquella dirección. De un espejismo en forma de cascada emergió un Peterbilt. Desde el lugar que Jim ocupaba el camión resultaba tan gigantesco que ni siquiera parecía un camión, sino una máquina bélica del futuro que, viajando hacia atrás en el tiempo, había llegado procedente del siglo XXII.

El conductor del camión veía el Camaro volcado. Con el tradicional espíritu samaritano que caracterizaba a los camioneros cuando estaban en la carretera, se detendría para ofrecer ayuda. Su llegada sorprendería a los asesinos, y Jim aprovecharía su distracción para capturarles.

Lo tenía todo planeado, excepto que no ocurrió lo que esperaba. El Peterbilt no aminoró su marcha al acercarse, y Jim se dio cuenta de que tendría que llamar su atención para que se detuviera. Sin embargo, antes de que pudiera ponerse en pie, el enorme camión pasó a toda velocidad emitiendo un rugido de dragón y despidiendo una ráfaga de aire caliente. Sobrepasando la marca de velocidad establecida en el Guinness, el camión pasó frente a él como si fuera un carro del Juicio Final atestado de almas que el diablo reclamaba en el infierno al instante.

Jim luchó contra el deseo incontenible de levantarse y gritar: «¿Dónde está tu tradicional espíritu samaritano, cerebro de mierda?».

El silencio volvió a imponerse en aquel día abrasador.

Al otro lado de la carretera, los dos asesinos se quedaron un momento contemplando el Peterbilt, y luego prosiguieron la búsqueda de Jim.

Furioso y asustado, Jim se apartó del arcén de la autopista, se tendió otra vez en el suelo y, llevando consigo la escopeta, se arrastró en dirección este hacia donde se encontraba la caravana. La carretera que sobresalía por encima del desierto le separaba de aquellos hombres: no había posibilidad de que le vieran; no

obstante, temía que de un momento a otro cruzaran a toda velocidad el asfalto y le pegaran media docena de tiros.

Cuando se atrevió a mirar de nuevo, se halló directamente frente a la Roadking, que le impedía ver a los dos hombres. Si él no podía verles, ellos tampoco podrían verle. Se puso en pie y cruzó la calzada hacia el lado de la caravana opuesto al del conductor.

La portezuela derecha ocupaba una tercera parte de la distancia que existía entre el parachoques y la parte posterior del vehículo, de modo que no se hallaba a la misma altura que la del conductor. Estaba entreabierta.

Cogió la manilla de la portezuela. Entonces se dio cuenta de que en el interior podía haber un tercer hombre con la mujer y la niña. No debía correr el riesgo de entrar en la caravana sin ocuparse antes de los hombres que había fuera, ya que, de lo contrario, podía verse atrapado en medio de un tiroteo.

Se dirigió a la parte delantera de la Roadking y, justo cuando la rodeaba, oyó voces que se aproximaban. Se quedó paralizado, esperando que el tipo con aquel extraño corte de pelo apareciera por delante del parachoques. Pero se detuvieron en el otro lado del vehículo.

—A quién le importa una mierda...

—Pero puede que haya visto nuestro número de matrícula...

— Seguramente está malherido... —No había sangre en el coche...

Jim se agachó y miró por debajo del vehículo. Estaban al otro lado, cerca de la portezuela del conductor. —Tomaremos el próximo desvío hacia el Sur...

— Con la policía pisándonos los talones...

—Para cuando se haya puesto en contacto con la policía, nosotros ya estaremos en Arizona. —Eso es lo que tú crees.

— ¡Sé que será así!

Poniéndose en pie, Jim se movió con cautela y alcanzó la parte delantera de la Roadking.

—Cruzaremos Arizona hacia Nuevo México... —Allí también hay policías...

— Hacia Tejas, poniendo algunos estados de por medio, conduciremos toda la noche si es necesario.

Jim se sentía afortunado de que el arcén fuera de polvo y no de gravilla. Se deslizó en silencio delante de los faros situados en el lado del conductor, sin dejar de agacharse.

—Ya sabes la mierda de organización que hay entre los estados...

— Está ahí, en algún lugar, maldita sea...

—Sí, como lo están los escorpiones y las serpientes de cascabel.

Jim apareció a su lado y apuntándoles con la escopeta dijo:

—Alto. No se muevan.

Durante un instante, los dos hombres le miraron con el mismo asombro con que hubieran contemplado a un marciano con tres ojos y una boca en la frente. Se hallaban a tres metros de distancia, lo bastante cerca para escupirles, algo que parecían merecer. De lejos parecían tan peligrosos como serpientes con piernas, y de cerca seguían pareciendo más mortales que cualquier bicho que se deslizara por el desierto.

Ambos llevaban revólveres que apuntaban hacia el suelo. Jim, empuñando el arma con firmeza, gritó:

— ¡Tiren las pistolas, maldita sea!

O eran los tipos más duros que existían o estaban locos —probablemente las dos cosas— porque no se detuvieron al ver la escopeta. El tipo que llevaba la coleta de caballo doblada hacia dentro se arrojó al suelo y empezó a girar sobre sí mismo. Al mismo tiempo, el refugiado de Road Warrior sacó su pistola, y Jim le disparó a quemarropa contra el pecho, derribándole hacia atrás y mandándolo directo al infierno.

Los pies del superviviente se desvanecieron cuando él se deslizó debajo de la Roadking.

Para evitar que le disparara en el pie, Jim abrió la portezuela y saltó sobre el soporte que había junto al asiento del conductor. Justo al levantar los pies del suelo, se dispararon dos tiros desde debajo de la caravana, uno de los cuales atravesó la rueda junto a la que se había encontrado Jim.

En lugar de meterse en la Roadking, Jim se arrojó al suelo de bruces e introdujo su arma bajo el vehículo, esperando coger desprevenido a su adversario. Pero aquel tipo ya estaba al otro lado de la caravana. Jim sólo podía ver sus botas tejanas de color negro que corrían hacia la parte posterior de la caravana. Luego la rodeó y se escondió.

La escalera... Junto a la motocicleta encadenada.

Aquel bastardo iba a subir al techo de la caravana.

Jim se introdujo completamente debajo de la Roadking antes de que el asesino se asomara por el techo, le descubriera y le disparara. La temperatura no era inferior debajo del vehículo, ya que el arcén de tierra irradiaba todo el calor almacenado desde el alba.

Dos coches pasaron a toda velocidad por la autopista. Jim no los oyó aproximarse, quizá porque su corazón latía tan fuerte como si se hallara dentro de un timbal. Maldijo interiormente a los conductores y luego se dio cuenta de que no podía esperar que alguien se detuviera al ver a un tipo como *Dork Knob* merodeando sobre el techo de la caravana con un revólver.

Jim tenía más posibilidades de éxito si seguía actuando de forma sorprendente, así que, de inmediato, se arrastró hacia la parte trasera de la Roadking con la rapidez de un *marine* bajo el fuego enemigo. Luego se dio la vuelta, asomó la cabeza lentamente por debajo del parachoques y miró hacia los peldaños de la escalera que parecían menguarse bajo aquel sol blanco y abrasador.

La escalera estaba vacía. El asesino ya había alcanzado el techo. Debía de creer que, momentáneamente, había engañado a su perseguidor al desvanecerse de aquel modo y, en ningún caso, esperaba que le estuvieran siguiendo con la temeridad de Jim.

Jim salió de debajo de la caravana y subió por la escalera. Con una mano se cogió al caliente pasamanos, llevando en la otra la escopeta, y trató de ascender de la forma más silenciosa posible. Su adversario permanecía sorprendentemente inmóvil sobre la superficie de aluminio, haciendo apenas algún ruido que ocultaba un ocasional chasquido que surgía de los viejos peldaños bajo la presión de los pies de Jim.

Jim asomó con cautela la cabeza por encima de la caravana, mirando con los ojos entrecerrados. El asesino estaba a un tercio de distancia de la parte frontal de la Roadking, a la derecha, mirando hacia abajo. Se movía apoyándose sobre las manos y las rodillas, lo que debía de ser doloroso; aunque la vieja pintura blanca brillaba bajo el sol, había almacenado el calor suficiente para quemar unas manos bien encallecidas y penetrar a través del tejido de los vaqueros. Pero si aquel sujeto

experimentaba algún dolor, no lo demostraba; evidentemente, era el prototipo del criminal suicida, como lo había sido su difunto compañero.

Jim subió lentamente otro peldaño.

El asesino se tumbó sobre su estómago, a pesar de que el techo debió de quemarle al instante a través de su fina camiseta. Trataba de mantener el mayor sigilo posible, aguardando a que Jim apareciera debajo.

Jim subió otro peldaño. El techo le llegaba a la mitad del torso. Se inclinó hacia un lado y metió la rodilla en el montante exterior de la escalera, sujetándose de forma que tuviera libres ambas manos para manejar la escopeta y evitar que pudiera caer al suelo por el retroceso del disparo.

Si el tipo que había sobre la caravana no poseía un sexto sentido, Jim tendría la suerte de su lado. No había hecho el menor ruido, pero aquel desgraciado miró, de pronto, por encima de su hombro y le descubrió.

Maldiciendo, Jim le apuntó con el arma.

El asesino se arrojó desde el techo del vehículo. Jim sacó la rodilla del montante y saltó de la escalera. Golpeó el suelo con dureza, pero pudo mantener el equilibrio, luego rodeó la caravana y disparó una ráfaga.

Pero aquel malnacido ya se había metido en la caravana por la puerta lateral. En el peor de los casos, algún perdigón le habría alcanzado la pierna. Probablemente, ni siquiera eso.

Iba por la mujer y por la niña.

Rehenes...

O, tal vez, lo único que quería era matarlas antes de que acabaran con él. Las dos últimas décadas habían presenciado el ascenso del vagabundo psicópata que recorría el país en busca de presas fáciles, atormentando a un gran número de víctimas, y obteniendo la satisfacción sexual mediante un brutal asesinato o una violación.

En su mente, Jim oyó la angustiada voz del hombre que agonizaba en la furgoneta: «Lisa... Susie... Mi mujer, mi hija...».

Sin tiempo para tomar alguna precaución, con más ira que temor, Jim entró en la cabina de la Roadking corriendo tras el asesino. Con los ojos deslumbrados por el sol, no distinguía bien el interior de la caravana, inmerso en una relativa penumbra, pero pudo ver cómo aquel bastardo psicópata se dirigía a la parte posterior a través del salón en dirección a la cocina.

El asesino, una vaga silueta con un oscuro óvalo por rostro, se volvió hacia él y disparó. La bala arrancó un trozo de un pequeño armario situado a la izquierda de Jim, cubriéndole de astillas de fórmica y fragmentos de madera humeante.

Jim no sabía dónde estaban la mujer y la niña. Temía causarles algún daño. Una escopeta no era un arma muy precisa.

El asesino volvió a disparar. La segunda bala pasó tan cerca de su rostro que dejó tras de sí una estela de aire caliente y punzante, como si un beso de fuego le hubiera quemado la mejilla derecha.

Jim disparó y la ráfaga hizo temblar las paredes de hojalata. El asesino gritó y salió despedido hacia el fregadero de la cocina. Jim volvió a disparar, reflexivamente, medio ensordecido por la doble explosión. El tipo saltó prácticamente hacia arriba, cayó hacia atrás y golpeó una pared que había a su espalda, junto a una puerta cerrada que separaba el cuarto de estar de la habitación. Luego se desplomó.

Jim cogió un par de cartuchos que llevaba en los bolsillos de su pantalón y volvió a cargar la recámara de la escopeta. Penetró en el interior de la Roadking, pasando frente a un sofá desvencijado y hundido.

Sabía que aquel hombre debía de estar muerto, pero no veía lo suficiente como para estar totalmente seguro. Los fuertes rayos del sol de Mojave se filtraban a través del parabrisas, y las puertas abiertas, como candentes hierros de marcar aunque las ventanas laterales estaban completamente tapadas, hacían que la parte posterior de la Roadking estuviera sumida en las sombras, y una fina y acre neblina flotaba en el ambiente a causa de los disparos.

Cuando llegó al final de la estrecha estancia y miró al suelo, no tuvo la menor duda de que el hombre que yacía desplomado estaba muerto. Una asquerosa basura humana, basura muerta.

Al contemplar aquel cadáver golpeado y maltrecho, un júbilo salvaje se apoderó de él, una violenta sensación de haber hecho justicia que le resultaba al mismo tiempo aterradora y emocionante. Deseaba sentir rechazo hacia lo que había hecho, a pesar de que aquel hombre merecía morir; pero, aunque la matanza le repugnaba, no experimentaba repulsa moral alguna. Se había enfrentado con la maldad en forma humana. Aquellos bastardos merecían algo peor de lo que les había hecho, merecían una muerte lenta y larga, llena de sufrimiento, más terrible. Se sentía como un ángel vengador, llegado para hacer justicia, poseído por la cólera divina. Sabía que oscilaba al borde de la locura, que sólo los perturbados se hallaban absolutamente seguros de la virtud de sus actos más ultrajantes, pero Jim no conseguía albergar ninguna duda en su interior. De hecho, su cólera creció como si él fuera una manifestación divina hacia quien fluía una corriente directa de la ira apocalíptica del Todopoderoso.

Se volvió hacia la puerta cerrada.

La habitación se hallaba tras ella.

La madre y la hija debían de encontrarse allí.

Lisa... Susie...

Pero ¿quién más?

Los asesinos psicópatas suelen actuar solos, aunque algunas veces se emparejan, tal como habían hecho aquellos dos. Alianzas más numerosas eran, sin embargo, poco corrientes. Charles Manson y su familia, eran una excepción. Había otros ejemplos. No podía descartar ninguna posibilidad, no en un mundo en el que los más modernos profesores de filosofía enseñaban que la ética siempre era algo circunstancial y que el punto de vista subjetivo era igualmente correcto y válido, con independencia de cualquier argumento lógico u odio visceral. Era un mundo que alimentaba monstruos, y la bestia a la que se enfrentaba podía tener las cabezas de una hidra.

Sabía que debía actuar con cautela, pero la regocijante y justa cólera que experimentaba le hacía sentirse invulnerable.

Se dirigió a la puerta de la habitación, la abrió de una patada y la empujó con el hombro, sabiendo que podían matarle a tiros sin que ello le importara lo más mínimo; empuñó la escopeta, dispuesto a matar o a que le mataran.

La mujer y la niña estaban solas, tendidas sobre una sucia cama. Tenían las muñecas y tobillos atados con fuertes tiras de esparadrapo. Sus bocas también estaban tapadas con esparadrapo.

Lisa, la mujer, tenía alrededor de treinta años. Era esbelta, rubia, de un atractivo inusual. Pero su hija, Susie, era notablemente más bella, etéreamente bella; tendría

unos diez años, ojos luminosos de color verde, rasgos delicados, y la piel tan perfecta como la superficie interior de una cáscara de huevo. A Jim le pareció la personificación de la inocencia, la bondad y la pureza, un ángel arrojado a un pozo negro. Su rabia se re—vitalizó al verla atada y amordazada en la mugre de aquella habitación.

Las lágrimas resbalaban por el rostro de la niña, y los ahogados sollozos de terror la sofocaban tras el esparadrapo que sellaba sus labios. La madre no lloraba, aunque el miedo y el dolor se traslucían en sus ojos. El sentido de la responsabilidad hacia su hija —y una visible rabia muy parecida a la de Jim— parecían evitar que cayera al borde del histerismo.

Jim se dio cuenta de que tenían miedo de él. Ellas creerían que estaba de parte de los secuestradores.

Al apoyar la escopeta contra un estante empotrado, Jim les dijo:

—Todo está bien. Ya se acabó. Los he matado. Los he matado a los dos.

La madre le miró desconcertada, con una expresión de incredulidad.

No las culpaba por sospechar de él. Su voz sonaba extraña: llena de furia, trémula, yendo de un murmullo a un tono fuerte y áspero, para convertirse de nuevo en un murmullo.

Buscó a su alrededor algo con que cortar las ataduras. Sobre el estante, junto al rollo de esparadrapo, había unas tijeras.

Al coger las tijeras se percató de que el estante estaba abarrotado de cintas de vídeo calificadas X. De pronto se dio cuenta de que las paredes y el techo de la pequeña habitación estaban cubiertas de fotografías obscenas, arrancadas de las páginas de revistas pornográficas. Con un sobresalto advirtió que aquella basura poseía una peculiar diferencia: era pornografía infantil. En las fotografías salían hombres adultos con el rostro oculto, pero no había mujeres, sólo niños y niñas. La mayoría de ellos tenían la misma edad que Susie, muchos eran incluso más jóvenes, y aparecían sometidos a todas las vejaciones imaginables.

Los hombres a quienes Jim había matado, habrían usado a la madre durante un rato, la habrían violado, torturado y destrozado para dar ejemplo a la niña. Luego la habrían degollado o le habrían saltado la tapa de los sesos en alguna sucia y desolada carretera en medio del desierto, abandonando su cuerpo para deleite de las lagartijas, las hormigas y los buitres. Era a la niña a quien realmente querían, gracias a la cual habrían sacado lo suficiente para vivir cómodamente durante meses o años.

Su cólera se transformó en algo superior a la rabia, a la propia ira. Una oscuridad terrible creció en su interior, como el petróleo negro al brotar de un manantial.

Se sentía furioso de que la niña hubiera visto las fotografías, de que la hubieran obligado a yacer en aquellas sábanas sucias y malolientes, rodeada por todas partes de una obscenidad inenarrable. Tenía unos deseos locos de coger la escopeta y descargar unas cuantas ráfagas contra los dos hombres que había matado.

No la habían tocado, gracias a Dios. No habían tenido tiempo de tocarla.

Pero la habitación... Oh, Jesús, había sido ultrajada por el solo hecho de encontrarse en aquella habitación.

Jim estaba temblando.

Vio que la madre también temblaba.

Tras unos momentos se dio cuenta de que los temblores de la madre no eran fruto de la rabia, sino del miedo. Miedo hacia él. Estaba aterrorizada a causa de Jim, incluso mucho más al verle entrar en la habitación.

Se alegró de que no hubiera ningún espejo. No habría deseado contemplar la locura reflejada en su propio rostro.

Jim se esforzó por dominarse.

—Ya ha pasado todo —repitió—. He venido para ayudarles.

Impaciente por liberarlas, ansioso de disipar el terror que sentían, Jim se arrodilló junto a la cama y cortó la cinta de esparadrapo enrollada alrededor de los tobillos de la mujer, para luego arrancarla. Después dio un tijeretazo a la cinta que sujetaba sus muñecas y dejó que ella misma terminara de liberarse.

Al cortar las ataduras de las muñecas de Susie, ella se encogió mecánicamente, y cuando desató sus tobillos le propinó una patada y se retorció por encima de las grisáceas y manchadas sábanas. Jim no intentó cogerla, sino que se apartó de ella.

Lisa se quitó la cinta adhesiva que tapaba sus labios y sacó un trapo de su boca. Jadeando, habló con un tono de voz que era al mismo tiempo desesperado y resignado:

— ¡Mi marido...! En el coche... mi marido.

Jim la miró en silencio, incapaz de transmitirle, en presencia de la niña, la desoladora noticia.

La mujer supo la verdad a través de sus ojos y, por un instante, su hermoso rostro se contrajo en una mueca de dolor y agonía. Pero, por el bien de la niña, contuvo un sollozo, disimulándolo en su interior junto con la angustia.

—Oh, Dios mío —dijo únicamente.

Y cada palabra expresaba la pérdida que había sufrido.

— ¿Puede llevar a Susie? —preguntó Jim.

La mujer tenía el pensamiento absorto en la muerte del marido.

— ¿Puede llevar a Susie? Ella parpadeó confundida.

— ¿Cómo sabe su nombre? —Su marido me lo dijo. —Pero...

—Antes —dijo Jim bruscamente, dando a entender «antes de que muriera», evitando así que albergara falsas esperanzas—. ¿Puede sacar a la niña de aquí?

—Sí, creo que sí.

Jim podría haber llevado a la niña, pero creía que era mejor no tocarla. A pesar de que era algo irracional, sentía que lo que aquellos dos hombres le habían hecho a la niña —y lo que le habrían hecho de haber tenido ocasión— era, de alguna forma, responsabilidad de todos los hombres, y que al menos una pequeña mancha de culpabilidad también le mancillaba a él.

En aquellos instantes, el único hombre que debería haber tocado a la niña era su propio padre, pero estaba muerto.

Jim se puso en pie y se alejó de la cama. Al retroceder empujó una estrecha puerta, que daba a un armario, y la abrió de golpe, al tiempo que se apartaba de ella.

Sobre la cama, la sollozante pequeña se apartó de su madre, tan traumatizada que, al principio, ni siquiera reconoció la benigna intención de aquellas manos cariñosas y familiares. Luego, súbitamente, rompió las cadenas de terror que la atenazaban y se echó en sus brazos. Lisa le habló en un tono de voz suave y tranquilizador, acariciando su cabello, al tiempo que la abrazaba con fuerza.

El aire acondicionado había dejado de funcionar desde el momento en que los asesinos se detuvieron para inspeccionar el Camaro accidentado. El calor que reinaba en el interior de la habitación aumentaba por momentos, y apestaba. Jim percibió el hedor a cerveza rancia, a sudor, y lo que quizás era un persistente olor a sangre seca que provenía de unas manchas marrones que había sobre la alfombra, aparte de otros olores que no se atrevía a identificar.

—Vamos, salgamos de aquí.

Aunque Lisa no parecía ser una mujer fuerte, levantó a su hija con la misma ligereza con que hubiera levantado una almohada. Con la niña entre sus brazos se dirigió hacia la puerta.

—No deje que mire hacia la izquierda cuando salga —le aconsejó Jim—. Uno de ellos está tendido junto a la puerta. No es un espectáculo agradable.

Lisa asintió con la cabeza, con evidente gratitud por la advertencia.

Cuando Jim se disponía a seguirla e iba a cruzar el umbral, vio lo que contenía aquel pequeño armario que había abierto al apoyarse en él: estantes con cintas de vídeo domésticas. En el dorso de éstas, sobre una etiqueta adhesiva de color blanco, estaban escritos a mano los títulos de las cintas. Nombres... Todos los títulos estaban compuestos de nombres. *Cindy. Tiffany. Joey. Cissy. Tommy. Kevin*. Dos de las cintas llevaban el nombre de *Sally*. Tres de ellas llevaban el nombre de *Wendy*. Había otros muchos, tal vez treinta nombres en total. Sabía lo que estaba contemplando, pero se negaba a creerlo. Testimonios de crueldad. Recuerdos de perversión. Víctimas inocentes.

La amarga oscuridad brotó con fuerza en su interior.

Siguió a Lisa a través de la caravana, hacia la puerta, hacia el sol abrasador del desierto.

## 2

Lisa estaba en el arcén de la autopista, detrás de la caravana, bajo el sol blanco y dorado. Su hija se encontraba al lado suyo, cogida a ella. La luz les confería cierta afinidad: resbalaba en brillantes corrientes a lo largo de su cabello rubio, acentuando el color de sus ojos, del mismo modo que la luz de una vitrina en una joyería realza la belleza de las esmeraldas sobre el terciopelo. Todo ello otorgaba a su piel una luminosidad casi mística. Al mirarlas, era difícil creer que la luz que las rodeaba no se hallaba también en su interior, y que la oscuridad hubiera penetrado en sus vidas de la misma forma que la noche envuelve al mundo cuando llega el crepúsculo.

Jim apenas podía soportar su presencia. Cada vez que las miraba pensaba en el hombre muerto que había en la furgoneta, y un sufrimiento de conmiseración, tan doloroso como cualquier enfermedad física conocida, se retorció en su interior.

Jim abrió el soporte de hierro que sujetaba la Harley Davidson, manipulando una llave que encontró en un llavero, con la de contacto de la caravana. La motocicleta era un modelo FXRS—SP de un solo carburador de 1.340 cc, con dos válvulas, doble cilindrada y una transmisión de cinco velocidades que accionaba la rueda trasera mediante una correa dentada en lugar de una grasienta cadena. Jim había conducido motos más potentes y lujosas. Aquélla era una de las Harley más sencillas que podían encontrarse en el mercado. Pero lo único que Jim quería de

ella era velocidad y un manejo fácil; y si se hallaba en buen estado, la SP podía proporcionarle ambas cosas.

Lisa se dirigió a él con un tono de preocupación al ver cómo desataba e inspeccionaba la Harley.

—No podemos ir los tres en esto.

—No —respondió Jim—. Sólo yo.

— Por favor, no nos deje aquí solas. —Alguien se detendrá antes de que me vaya.

Un coche se aproximaba. Los tres ocupantes les miraron sorprendidos y el conductor aceleró.

—Nadie se detendrá —dijo ella con tristeza.

—Alguien lo hará. Esperaré hasta que lo hagan.

Lisa permaneció en silencio durante un momento. Luego dijo:

—No quiero meterme en el coche de unos desconocidos.

—Veremos quién para.

Ella hizo un enérgico gesto de negación con la cabeza.

—Yo sabré si son de confianza —le aseguró Jim.

—Yo no... —Su voz se quebró. Vaciló unos instantes y volvió a recuperar el control—. Yo no confío en nadie.

—Hay gente buena en el mundo. De hecho, la mayor parte de la gente lo es. No obstante, cuando se detengan, yo sabré si son las personas adecuadas.

— ¿Cómo? En nombre de Dios, ¿cómo podrá usted saberlo?

—Lo sabré.

Pero Jim no podía explicarle el *cómo*, del mismo modo que era incapaz de explicarle cómo había sabido que ella y su hija necesitaban su ayuda en aquel yermo marchito y abrasador.

Jim subió a la Harley y pulsó el botón de arranque. La moto se puso en marcha al instante. La aceleró un poco y luego volvió a apagarla.

— ¿Quién es usted? —le preguntó la mujer. —No puedo decírselo.

— ¿Por qué no?

— Lo que ha ocurrido es demasiado impresionante. Saldría en los titulares de todo el país.

—No le entiendo.

—Mi fotografía saldría en todas partes. Quiero seguir conservando mi intimidad.

Sujeto a la parte posterior de la Harley había un pequeño soporte. Jim utilizó su cinturón para atar a él su escopeta.

Con un temblor de vulnerabilidad en su voz que le partió el corazón a Jim, Lisa dijo:

—Le debemos tanto...

Jim la miró fijamente, luego a Susie. La niña rodeaba con su fino brazo a la madre, cogiéndose a ella con fuerza. No escuchaba lo que estaba diciendo. Sus ojos miraban al vacío, faltos de expresión, y su mente parecía estar muy lejos. Tenía la otra mano en la boca y se mordía los nudillos; de hecho, se había desgarrado la piel haciéndose sangrar.

Jim apartó de ella sus ojos y volvió a mirar la motocicleta.

—No me deben nada —respondió.

— Pero usted salvó...

—No a todos —contestó Jim con rapidez—. No a todos los que *debería haber salvado*.

El sonido lejano de un coche que se acercaba atrajo su atención hacia el Este. Observaron cómo un desvencijado Trans Am negro surgía de los espejismos de agua. Con un chirrido de frenos se detuvo frente a ellos. En el alerón de la rueda delantera llevaba pintadas unas llamas rojas, y el borde de los guardabarros de ambas ruedas estaban protegidos por un elegante adorno de cromo. El grueso y cromado tubo de escape refulgía como el mercurio líquido bajo el sol abrasador del desierto.

El conductor bajó del coche. Tenía unos treinta años. Llevaba su espeso cabello negro recogido hacia atrás en una coleta, abundante a los lados. Iba vestido con unos vaqueros y una camiseta de color blanco, con las mangas arremangadas dejando ver los tatuajes de sus bíceps.

— ¿Ocurre algo? —preguntó por encima del coche. Jim le miró un instante.

—Esta gente necesita que la lleven hasta la ciudad más cercana —respondió Jim.

Cuando el hombre pasó frente al Trans Am dirigiéndose hacia ellos, la portezuela de pasajeros se abrió y una mujer salió del coche. Tenía un par de años menos que su compañero, llevaba unos *shorts* holgados de color marrón, una blusa sin espalda de color blanco y un pañuelo en la cabeza del mismo color. El cabello teñido de rubio y despeinado, sobresalía por debajo de aquel tocado perfilando un rostro tan exageradamente maquillado que parecía una superficie de pruebas de Max Factor. También llevaba gran cantidad de aparatosa bisutería: grandes pendientes colgantes de color plateado; tres sartenas de cuentas de vidrio en diferentes tonalidades rojas; dos pulseras en cada muñeca, un reloj y cuatro anillos. En el declive superior de su pecho izquierdo tenía tatuada una mariposa azul y rosa.

—¿Han tenido alguna avería? —preguntó la mujer.

—Se nos ha pinchado una rueda —respondió Jim.

—Me llamo Frank —dijo el hombre mascando un chicle — . Ella es Verna. Les ayudaré a arreglarla.

Jim meneó la cabeza.

— De todas formas, no podemos utilizar la caravana. Dentro hay un hombre muerto.

— ¿Un hombre muerto?

—Y otro allí —dijo Jim, y señaló un poco más lejos de la caravana.

Verna le miró con los ojos muy abiertos.

Frank dejó de mascar chicle por un instante y observó la escopeta atada a la parte posterior de la Harley para luego posar su mirada en Jim.

—¿Les mató usted?

—Sí. Habían raptado a esta mujer y a su hija.

Frank le examinó con detenimiento unos momentos, luego miró a Lisa.

— ¿Es cierto?

Ella asintió con la cabeza.

—Válgame Dios —dijo Verna.

Jim miró a Susie. Estaba en otro mundo e iba a necesitar ayuda profesional para regresar al que había dejado. Estaba seguro de que no podía oír una sola palabra de lo que decían.

Curiosamente, él también se sentía tan distante como la niña. Seguía hundiéndose en aquella oscuridad interior que no tardaría en envolverle por completo.

—Esos tipos a los que maté... acabaron con su marido... el padre. Su cuerpo está en una furgoneta, unos tres kilómetros hacia el Oeste.

—Mierda —dijo Frank—, eso sí que es fuerte.

Verna, temblorosa, se apretó contra Frank.

—Quiero que las lleven a la ciudad más cercana tan rápido como puedan. Llévelas a un médico y luego pónganse en contacto con la policía, sáquenlas de aquí.

—Por supuesto —dijo Frank.

—Esperaré —añadió Lisa—, no... No puedo. —Jim se acercó a ella y Lisa le susurró al oído—. Parecen como... No puedo... Tengo miedo.

Jim apoyó una mano en su hombro y la miró fijamente a los ojos.

—Las cosas no son siempre lo que parecen. Frank y Verna son buena gente. ¿Confía en mí?

—Sí. Desde luego.

—Entonces créame. Puede confiar en ellos.

—Pero, ¿cómo puede usted saberlo? —preguntó, con la voz quebrada.

—Lo sé —respondió Jim con firmeza.

Ella le miró a los ojos por unos segundos y luego asintió.

—De acuerdo.

El resto fue fácil. Con la misma docilidad que si se hallara bajo los efectos de una droga, Susie dejó que la metieran en la parte posterior del coche. Su madre se sentó junto a ella y la rodeó con los brazos. Cuando Frank se puso de nuevo al volante, con Verna al lado suyo, Jim aceptó con agradecimiento una lata de cerveza de raíces de su nevera portátil. Luego cerró la portezuela de Verna y se inclinó hacia la ventanilla abierta, dándole las gracias a ella y a Frank.

—No va a quedarse a esperar a la policía, ¿verdad? —le preguntó Frank.

—No.

—No tiene nada que temer, ¿sabe? Aquí usted es el héroe.

—Lo sé. Pero no voy a esperarles.

Frank asintió.

—Tendrá sus razones, imagino. ¿Quiere que les digamos que era un tipo calvo de ojos oscuros que paró un camión que se dirigía hacia el Este?

—No. No mientan. No mientan por mí.

—Como usted quiera —dijo Frank.

—No se preocupe por ellas —añadió Verna—. Las cuidaremos bien.

—Sé que lo harán —respondió Jim.

Bebió la cerveza y se quedó mirando el Trans Am hasta que desapareció de su vista.

Subió a la Harley, pulsó el botón de arranque, manipuló la larga y pesada palanca de cambios, aceleró un poco, soltó el embrague y cruzó la autopista. Salió

del arcén y descendiendo por una ligera inclinación se internó en el desierto, rumbo al Sur, a través de aquel inmenso e inhóspito Mojave.

Durante un tiempo condujo a unos 100 km por hora, a pesar de que carecía de protección contra el viento, ya que la SP no tenía estructura aerodinámica. Sufría fuertes sacudidas y los ojos, una y otra vez, se le llenaban de lágrimas que trataba de achacar al aire áspero y caliente que se abatía contra él.

Curiosamente, no le importaba el calor. De hecho, ni siquiera lo sentía. Aunque sudaba, tenía frío.

Perdió la noción del tiempo. Quizá ya había transcurrido una hora cuando se dio cuenta de que había dejado atrás el terreno llano y se movía a través de áridas colinas del color de la herrumbre. La ruta se había llenado de curvas y sinuosidades entre conjuntos rocosos, pero la SP era una motocicleta adecuada para ello. Tenía mucha más suspensión que la FXRS normal, con muelle compatible y amortiguador de choque, además del doble freno de disco en la parte delantera, lo que significaba que podía tomar las curvas como un piloto acrobático si en el terreno surgía alguna sorpresa.

Transcurrido cierto tiempo ya no sentía frío, *estaba frío*.

El sol parecía desvanecerse, aunque Jim sabía que tan sólo empezaba a atardecer. La oscuridad le atrapaba desde su interior.

Al final, se detuvo a la sombra de un monolito rocoso, de 400 m de longitud por 9 de altura. El largo paso del viento y el sol, y las poco frecuentes aunque torrenciales lluvias que bañaban el Mojave, habían esculpido su extraño contorno; la formación surgía en medio del desierto como las ruinas de un viejo templo abandonado, ahora medio enterrado en la arena.

Jim apoyó la motocicleta sobre su soporte. Se sentó en la tierra resguardada por la sombra. Tras unos momentos se tendió en el suelo de lado. Encogió las rodillas y cruzó los brazos.

Se había detenido en el momento preciso. La oscuridad le llenó por completo, sumiéndole en un abismo de desesperación.

### 3

Más tarde, cuando faltaba poco para el anochecer, se volvió a encontrar a sí mismo montado en la Harley, conduciendo a través de llanuras grisáceas con malezas erizadas. Zarzas secas y ennegrecidas por el sol quedaban atrás, empujadas por la brisa que olía a sal y a hierro pulverizado.

Recordaba vagamente haber abierto un cacto para chupar la humedad densa y acuosa del corazón de la planta, pero volvía a tener sed. Una sed desesperada.

Al subir una suave pendiente, disminuyó la velocidad y vio una pequeña ciudad a tres kilómetros de distancia, con edificios apiñados a lo largo de una autopista. Unos cuantos árboles dispersos le parecieron asombrosamente exuberantes tras la desolación —física y espiritual— en la que se había visto inmerso durante las últimas horas del viaje. A pesar del convencimiento de que la ciudad era tan sólo un espejismo, se dirigió hacia ella.

De pronto, recortada contra un cielo que adquiriría un color púrpura y rojizo con la caída del crepúsculo, surgió la aguja de una iglesia coronada por una cruz en su pináculo. Aunque se percataba de que hasta cierto punto deliraba, y de que su delirio se debía en parte a una fuerte deshidratación, Jim se dirigió enseguida hacia la iglesia. Necesitaba más del consuelo de sus espacios interiores que del agua.

A un kilómetro de la ciudad, llevó la Harley hasta un arroyo y la tumbó en el suelo. Las arenosas y blandas paredes del canal cedieron con facilidad bajo sus manos y en seguida pudo cubrir la motocicleta.

Supuso que podría recorrer el kilómetro que le quedaba con relativa presteza. Pero fue peor de lo que había imaginado. Su visión se enturbiaba por momentos. Tenía los labios quemados, la lengua pegada al paladar de su boca reseca y le dolía la garganta, como si de pronto tuviese fiebre alta. Sentía punzadas y calambres en los músculos de las piernas, y cada pie parecía estar encajonado en una bota de cemento.

Mientras caminaba debió de perder por completo la noción de todo lo que le rodeaba, porque lo siguiente que vio frente a él fueron los peldaños de ladrillo de la iglesia revestida con tablillas blancas, sin recordar en absoluto los últimos cientos de metros recorridos. Las palabras NUESTRA SEÑORA DEL DESIERTO estaban inscritas en una placa de cobre, junto a la puerta.

En el pasado había sido católico. Y una parte de su corazón seguía siéndolo. A lo largo de su vida había sido muchas cosas: metodista, judío, budista, baptista, musulmán, hindú, taoísta y muchas otras, y, aunque en realidad ya no practicaba ninguna de ellas, todavía formaban parte de él en el recuerdo.

A pesar de que la puerta parecía pesar más que la losa que cubrió la tumba de Cristo, Jim consiguió abrirla. Penetró en el interior.

La iglesia era mucho más fría que el abrasador Mojave, aunque no era realmente fría. Olía a mirra y a nardos, y al aroma ligeramente dulzón de las velas votivas que ardían, lo que le recordaba los días de su antiguo catolicismo, haciendo que se sintiera envuelto en una atmósfera familiar.

En el umbral situado entre la nave y el nártex, sumergió dos dedos en la pila de agua bendita y se santiguó. Ahuecó las manos en el frío líquido, las llevó a la boca y bebió. El agua sabía a sangre. Horrorizado miró el recipiente de mármol blanco, convencido de que la sangre lo llenaba hasta el borde, pero lo único que vio fue agua y el reflejo trémulo y borroso de su propio rostro.

Se dio cuenta de que sus labios resecos y agrietados se habían cortado. Pasó la lengua por encima. Era su propia sangre.

Luego se encontró a sí mismo arrodillado al frente de la nave, reclinado contra la barandilla del santuario, rezando, sin saber cómo había llegado hasta allí. De nuevo había perdido la consciencia.

Los últimos vestigios del día se habían disipado como si fueran una pálida capa de polvo, y un viento caliente azotaba los ventanales de la iglesia. La única luz provenía de una bombilla situada en el nártex, las llamas vacilantes de media docena de velas votivas en unos recipientes de cristal rojo y el pequeño foco que iluminaba el crucifijo.

Jim vio la imagen de su propio rostro reflejada en la figura de Cristo. Con los ojos quemados por el sol, parpadeó y contempló otra vez la figura. Entonces lo que vio fue el rostro del hombre muerto en la furgoneta. La faz sagrada se metamorfoseó en el rostro de su madre, de su padre, de aquella niña llamada Susie, de Lisa... y el semblante perdió todos sus rasgos para convertirse tan sólo en un

óvalo oscuro, como el rostro del asesino cuando, en el interior sombrío de la Roadking, se volvió hacia él para dispararle.

De hecho, Cristo ya no estaba en la cruz, era el asesino quien estaba en ella. Abrió los ojos, miró a Jim y sonrió. De un tirón, liberó los pies del soporte vertical, uno de ellos todavía llevaba un clavo atravesado, y en el otro había un agujero negro. También liberó sus manos arrancándolas de la cruz, cada palma estaba perforada por un clavo, y, lentamente, se posó en el suelo, como si controlara el efecto de la gravedad. Cruzó el altar y se dirigió hacia Jim.

El corazón de Jim latía aceleradamente, pero se tranquilizó a sí mismo diciendo que aquello que veía no era más que una alucinación, el producto de una mente febril. Sólo eso.

El asesino llegó hasta él. Tocó su cara. La mano era tan blanda como la carne en descomposición, tan fría como un gas líquido.

Como un auténtico creyente en una asamblea evangelista que se desplomara bajo la mano autorizada de un curandero mesiánico, Jim se hundió estremeciéndose en la oscuridad.

4

Una habitación de paredes blancas.

Una cama estrecha.

Muebles humildes y sencillos.

Oscuridad en las ventanas.

Salía de una pesadilla para sumirse en otra. Cada vez que recobraba el conocimiento, lo que no solía durar más de un par de minutos, Jim veía al mismo hombre inclinado sobre él: de unos cincuenta años, poco cabello, ligeramente rollizo, con gruesas cejas y una nariz aplastada.

De vez en cuando, aquel desconocido frotaba suavemente su rostro con un ungüento, y otras veces le aplicaba compresas empapadas en agua helada. Incorporó la cabeza de Jim sobre los almohadones y le animó a que bebiera un poco de agua fría con una pajita. Debido a que los ojos de aquel hombre transmitían gentileza y preocupación, Jim no protestó.

Además, carecía de la voz y la energía suficientes para quejarse. Tenía la garganta como si hubiera tragado queroseno y después una cerilla. Se sentía tan débil que ni siquiera podía levantar la mano unos centímetros por encima de las sábanas.

—Limítese a descansar —dijo el desconocido—. Ha sufrido una insolación y fuertes quemaduras.

Las quemaduras del viento. Aquello era lo peor, pensó Jim, recordando que la Harley SP no había sido equipada con una pantalla de plexiglás que le resguardara de las inclemencias del tiempo.

Luz en las ventanas. Un nuevo día.

Los ojos le dolían. Sentía que su rostro estaba peor que nunca. Hinchado.

El desconocido iba vestido con cuello de clérigo.

—Padre —dijo Jim con una voz ronca y susurrante que no reconoció como la suya.

—Le encontré en la iglesia, inconsciente.

—Nuestra Señora del Desierto...

—Así es —dijo, levantando de nuevo la cabeza de Jim sobre los almohadones—. Soy el padre Geary, Leo Geary.

Esta vez Jim consiguió hacer un pequeño esfuerzo para incorporarse. El agua tenía un sabor dulce.

— ¿Qué estaba haciendo en medio del desierto? —preguntó el padre Geary.

—Deambulaba.

— ¿Por qué? Jim no contestó. —¿De dónde viene? Jim no contestó.

— ¿Cómo se llama? —Jim.

— ¿No lleva ningún documento de identidad? —No, esta vez no.

— ¿Qué quiere decir con ello? Jim permaneció en silencio.

— Había tres mil dólares en sus bolsillos —dijo el sacerdote.

— Coja lo que necesite.

El sacerdote le miró fijamente y luego sonrió. —Ten cuidado con lo que ofreces, hijo. Ésta es una iglesia pobre. Necesitamos todo lo que podamos conseguir.

Algo más tarde, Jim volvió a despertar. El sacerdote no estaba allí. De vez en cuando, crujía una madera del techo y una ventana tabaleaba suavemente, mientras fuera se agitaba a rachas el viento del desierto.

Cuando el sacerdote regresó, Jim dijo:

—Una pregunta, padre.

Su voz era aún áspera, pero ya sonaba un poco más a la suya.

—Dígame.

— Si hay un Dios, ¿por qué permite el sufrimiento?

Alarmado, el padre Geary le preguntó:

— ¿Se encuentra peor?

—No, no. Mejor. No estoy hablando de mi sufrimiento. Sólo de... ¿Por qué permite el sufrimiento en general? —Para probarnos —respondió el sacerdote.

— ¿Por qué debemos someternos a una prueba? —Para determinar si somos dignos.

— ¿Dignos de qué?

—Del cielo, naturalmente. La salvación. La vida eterna.

— ¿Por qué no nos *hizo* Dios dignos de ello?

—Sí, nos hizo perfectos, sin pecado. Pero luego nosotros pecamos y perdimos nuestro estado de gracia.

— ¿Cómo podíamos pecar si éramos perfectos?

— Porque teníamos voluntad propia. —No comprendo.

El padre Geary frunció el ceño.

—No soy un teólogo experto. Simplemente, un vulgar sacerdote. Lo único que puedo decir es que todo ello forma parte del misterio divino. Perdimos nuestro estado de gracia, y ahora debemos ganarnos el cielo.

—Necesito orinar.

— Está bien, hijo.

—Esta vez no me hace falta la bacinilla. Creo que con su ayuda podré llegar al lavabo.

—Yo también lo creo. Se está recuperando admirablemente, gracias a Dios.

—Voluntad propia —dijo Jim.

El sacerdote frunció el ceño.

Avanzada la tarde, aproximadamente veinticuatro horas después de que Jim penetrara en la iglesia, el termómetro sólo marcaba tres décimas de fiebre. Sus músculos ya no sufrían espasmos, las articulaciones habían dejado de dolerle, no se sentía mareado y podía respirar profundamente sin que el pecho le hiciera daño. El dolor, de vez en cuando, recorría su rostro. Cuando hablaba, movía los músculos faciales sólo lo imprescindible, porque las grietas de sus labios y las comisuras de la boca se volvían a abrir con facilidad, a pesar de la pomada de cortisona que el padre Geary le aplicaba cada cierto tiempo.

Se incorporaba en la cama por sí solo y se movía por la habitación con la mínima ayuda. Asimismo, cuando recobró el apetito, el padre Geary le dio sopa de pollo y helado de vainilla. Jim comía con cuidado, atento a sus labios cortados, tratando de evitar que el sabor de la comida se echara a perder al mezclarse con su sangre.

—Todavía tengo hambre —dijo Jim cuando terminó de comer.

—Veamos si puede digerir esto primero.

—Me encuentro bien. No he tenido más que una insolación, una deshidratación.

— Uno puede morir por una insolación, hijo. Necesita más descanso.

Algo más tarde, el sacerdote cedió a sus deseos y le trajo un poco de helado. Jim habló con los dientes entrecerrados y los labios fríos:

— ¿Por qué hay gente que mata? No me refiero a los policías. Ni a los soldados. Ni a aquellos que lo hacen en defensa propia. Hablo de los de otra clase: los asesinos. ¿Por qué lo hacen?

Instalado en una mecedora de respaldo erguido, junto a la cama, el sacerdote le miró levantando una ceja. —Ésa es una pregunta muy peculiar.

— ¿Sí? Quizá. ¿Tiene usted alguna respuesta? —La más simple es que hay maldad en ellos. Permanecieron en silencio unos minutos. Jim tomaba el helado y el robusto sacerdote se balanceaba en su mecedora. El crepúsculo caía sobre el cielo, más allá de las ventanas.

Al final, Jim dijo:

—Asesinatos, accidentes, enfermedades, vejez... ¿Por qué Dios nos hizo mortales? ¿Por qué tenemos que morir?

—La muerte no es el fin. O al menos eso creo. La muerte es tan sólo nuestro medio de dar *el paso*, el vehículo que conduce a nuestra recompensa.

—Se refiere al cielo.

El sacerdote vaciló.

—O a lo contrario.

Jim durmió un par de horas. Cuando despertó, vio que el sacerdote se hallaba al pie de la cama, y que le miraba con atención.

— Hablaba en sueños.

Jim se incorporó en la cama.

— ¿De verdad? ¿Qué decía?

— Que hay un enemigo.

— ¿Eso fue todo?

—Luego dijo: Está aproximándose. Nos matará a todos.

Un estremecimiento de horror sacudió a Jim, no porque las palabras tuvieran poder en sí mismas, sino porque, a un nivel subconsciente, sabía perfectamente lo que había querido decir.

—Me imagino —dijo Jim— que tuve un mal sueño. Una pesadilla. Eso es todo.

Sin embargo, pasadas las tres de la madrugada, durante la segunda noche en la rectoría, se despertó sobresaltado; se incorporó en la cama y oyó cómo aquellas palabras volvían a escaparse de sus labios:

—Nos matará a todos.

La habitación estaba a oscuras. Buscó a tientas la lámpara y encendió la luz. Se encontraba solo. Miró las ventanas. Más allá, la oscuridad.

Tuvo la extraña pero firme sensación de que algo horrible y despiadado había estado rondando cerca, algo más salvaje y extraño de lo que cualquier ser humano había contemplado, soñado o imaginado. Temblando, saltó de la cama. Llevaba un pijama del sacerdote que le iba grande. Durante unos momentos se quedó de pie, sin saber qué hacer.

Luego apagó la luz y, descalzo, se dirigió a una ventana, después a otra. Estaba en un segundo piso. La noche era silenciosa, profunda, tranquila. Si había habido algo allí fuera, ya se había ido.

## 5

A la mañana siguiente, Jim se puso la ropa que el padre Geary le había llevado. Pasó la mayor parte del día en el salón, sentado en un sillón confortable, con los pies apoyados en un cojín, y leyendo revistas o dormitando mientras el sacerdote despachaba los asuntos de la parroquia.

El rostro de Jim, quemado y dañado por el sol y el viento, empezaba a endurecerse como una máscara de arcilla.

Por la noche prepararon la cena juntos. El padre Geary limpiaba una lechuga, apio y tomates en el fregadero de la cocina, para hacer una ensalada. Jim puso la mesa y abrió una botella de Chianti barato para que respirara. Luego empezó a trocear champiñones sobre un cazo con salsa de espagueti. Sumido en un silencio mutuo y confortable, Jim pensó en la extraña relación que había surgido entre ellos. Le parecía que en los dos últimos días transcurridos había vivido en una especie de ensueño, como si no hubiera encontrado meramente refugio en una pequeña ciudad del desierto, sino en un lugar ajeno al mundo real, lleno de paz, una ciudad

perteneciente a una *dimensión desconocida*. El sacerdote había dejado de formular preguntas. A Jim le parecía que el padre Geary no había sido todo lo inquisitivo e insistente que las circunstancias requerían. Tenía la sospecha de que su hospitalidad cristiana no consistía normalmente en dar cobijo a extraños malheridos. La razón de que recibiera una consideración especial por parte del padre Geary era para él un misterio, pero estaba agradecido.

Cuando terminó de cortar la mitad de los champiñones enlatados, Jim dijo:

—Línea de vida.

El padre Geary se volvió hacia él con un tallo de apio en la mano.

— ¿Cómo dice?

Jim sintió un escalofrío y casi dejó caer el cuchillo en la salsa. Lo puso sobre la mesa.

—¿Jim?

Tembloroso, se volvió hacia el sacerdote y añadió:

—Tengo que ir a un aeropuerto.

— ¿A un aeropuerto? —Ahora mismo, padre.

En el rostro rechoncho del sacerdote se dibujaron unos hoyuelos de desconcierto, y su frente bronceada se arrugó más allá de la línea que marcaba el nacimiento del cabello, perdido hacía años.

—Pero aquí no hay aeropuerto.

— ¿A qué distancia se encuentra el más cercano? —inquirió Jim.

—Bueno... a dos horas de coche. Hasta llegar a Las Vegas. —Tiene que llevarme hasta allí.

— ¿Cómo? ¿Ahora? —Ahora mismo —dijo Jim. —Pero...

—Tengo que ir a Boston.

— Pero ha estado enfermo. —Ya me encuentro mejor. —Su cara...

— Duele y tiene un aspecto horrible, pero no es nada serio. Padre, *tengo* que ir a Boston.

— ¿Por qué?

Jim vaciló, luego decidió hacerle una pequeña revelación:

— Si no voy a Boston, alguien será asesinado. Alguien que no debe morir.

— ¿Quién? ¿Quién va a morir?

—No lo sé —dijo Jim pasándose la lengua por los labios despellejados.

—¿No lo sabe?

—Lo sabré en cuanto llegue allí.

El padre Geary le miró fijamente durante largo rato. Finalmente, dijo:

—Jim, es usted el hombre más extraño que he conocido.

Jim asintió.

— Soy el hombre más extraño que yo he conocido.

Cuando salieron en el viejo Toyota del sacerdote, todavía quedaba una hora de luz en aquel largo día de agosto, aunque el sol se había ocultado tras unas nubes que tenían el color de un cardenal reciente.

Hacia sólo media hora que estaban en la carretera, cuando los relámpagos empezaron a quebrantar el cielo desapacible, danzando sobre sus dentadas piernas en el horizonte sombrío del desierto. Los destellos se sucedieron uno tras otro, más nítidos y brillantes en el aire puro del Mojave que en ningún otro lugar que Jim hubiera visto. Diez minutos más tarde, el cielo se oscureció amenazante, y la lluvia empezó a caer en cascadas plateadas como las que Noé presenció mientras se apresuraba en llenar su arca.

—Aquí no son frecuentes las tormentas de verano —dijo el padre Geary, poniendo en funcionamiento los limpiaparabrisas.

—No debemos permitir que esto nos demore —dijo Jim con preocupación.

— Le llevaré hasta allí —aseguró el sacerdote.

—Probablemente desde Las Vegas no hay muchos vuelos nocturnos. Casi todos deben de salir durante el día. No puedo perder el avión y esperar hasta que amanezca. Tengo que estar en Boston mañana.

La arena absorbía la lluvia torrencial. Pero en algunas áreas rocosas endurecidas por el sol abrasador que habían soportado durante meses, el agua corría en forma de riachuelos por declives poco profundos. Los riachuelos se convertían en torrentes, y los torrentes en ríos, hasta que cada arroyo que cruzaba a través de los puentes no tardó en llenarse de impetuosos y agitados caudales de agua que arrastraban matojos arrancados, fragmentos de zarzas marchitas, maderos y una sucia espuma blanca.

El padre Geary guardaba en el coche sus dos cintas favoritas de música: una recopilación de los éxitos dorados del rock and roll y las mejores canciones de Elton John. Puso la cinta de Elton. Pasaron de un día abatido por la tormenta a una noche envuelta en la lluvia con las melodías de *Funeral for a friend*, *Daniel*, y *Benny and the jets*.

El asfalto brillaba tenuemente con los charcos que había a uno y otro lado. A Jim le resultaba extraño que los espejismos de agua de unos días atrás en la autopista se hubieran hecho realidad.

La tensión crecía en su interior por momentos. Boston le llamaba, pero había pocas cosas más traicioneras y amenazadoras que circular de noche por una autopista a través de una borrascosa tormenta del desierto. Excepto, tal vez, el corazón humano.

El sacerdote se inclinaba sobre el volante mientras conducía. Observaba la autopista con atención al tiempo que entonaba suavemente las canciones de Elton.

Al cabo de un rato, Jim le preguntó:

—Padre, ¿no hay un doctor en el pueblo?

—Sí, hay uno.

— ¿Por qué no lo llamó?

—Fue él quien me dio la receta de cortisona.

—Vi el envase. Era una receta para usted de hace tres meses.

—Bueno... Ya había visto antes una insolación. Sabía cómo debía curarle.

—Pero, al principio, parecía muy preocupado.

El sacerdote guardó silencio a lo largo de unos cuantos kilómetros. Luego dijo:

—No sé quién es, de dónde viene, o por qué necesita ir hasta Boston. Pero sé, sin embargo, que está en apuros, en graves apuros, tal vez. Y sé..., al menos eso creo, que en el fondo es usted un hombre bueno. De todas formas, me parece que cuando un hombre se encuentra en apuros prefiere pasar inadvertido.

—Gracias. Así es, lo prefiero.

Unos cuantos kilómetros más adelante, la lluvia empezó a caer con tanta fuerza que dificultaba el funcionamiento de los limpiaparabrisas, e hizo que Geary redujera la velocidad.

—Usted fue el que salvó a la mujer y a la niña —dijo el sacerdote.

Jim se puso tenso pero no respondió.

—Reúne las características descritas en la televisión.

Permanecieron en silencio unos cuantos kilómetros más.

—No soy muy dado a creer en milagros —dijo el padre Geary.

Jim se quedó perplejo ante aquella declaración.

El padre Geary apagó la cinta de Elton John. Sólo se oía el chasqueante zumbido de las ruedas sobre el asfalto y el acompasado rumor de los limpiaparabrisas.

—Creo que los milagros relatados en la Biblia ocurrieron, sí. Y los acepto como parte real de la historia —dijo el sacerdote sin apartar los ojos de la carretera—. Pero me cuesta creer que una estatua de nuestra Santa Madre derramara lágrimas auténticas en una iglesia de Cincinnati, Peoría y Teaneck, el miércoles de la semana pasada en presencia de dos adolescentes y la señora de la limpieza de la parroquia. Y no estoy dispuesto a creer que una sombra que se parece a Jesús, proyectada en la pared de un aparcamiento por una luz amarillenta, sea presagio de un apocalipsis inminente. Dios obra de forma misteriosa, pero no con luces amarillas y paredes de aparcamiento.

El sacerdote volvió a sumirse en el silencio, y Jim aguardó, preguntándose a dónde llevaba todo aquello.

—Cuando le encontré en la iglesia, junto a la barandilla del santuario —dijo Geary con una voz que denotaba preocupación—, tenía las marcas de los estigmas de Cristo. En cada una de sus manos había el agujero de un clavo...

Jim miró sus manos y no vio ninguna herida.

—... y su frente estaba rasguñada y pinchada por lo que podía haber sido una corona de espinas.

Su rostro todavía se hallaba en tan mal estado a causa del tormento sufrido por el sol y el viento, que no tenía objeto mirarse en el espejo del retrovisor para buscar las pequeñas lesiones que el sacerdote había descrito.

—Me imagino —dijo Geary— que estaba... asustado, pero también fascinado.

Llegaron a un puente de cemento que cruzaba un arroyo, cuyo cauce se había desbordado por encima de los márgenes. Como consecuencia de ello, se había formado un oscuro lago que cubría la superficie de la carretera. Geary siguió hacia delante. Penachos de agua, en los que se reflejaban las luces del coche, se desplegaban a ambos lados como grandes alas blancas.

—Nunca había visto estigmas —prosiguió Geary cuando se hallaron fuera del área inundada—, aunque había oído hablar de este fenómeno. Le subí la camisa... miré su costado... y encontré una cicatriz inflamada que podría haber sido la herida de una lanza.

Durante los últimos meses se habían presentado tantas sorpresas y sobresaltos que la capacidad de asombro de Jim se había incrementado en repetidas ocasiones. Pero la historia del sacerdote trascendía todo lo ocurrido, sobrecogiéndole con un escalofrío de temor por la espina dorsal.

La voz de Geary se transformó en poco más que un susurro.

—Cuando le llevé a la rectoría y le puse en la cama, aquellas señales habían desaparecido. Sin embargo, yo sabía que no eran imaginaciones. Las vi, eran reales, y supe que había algo especial en usted.

Hacía rato que los relámpagos se habían desvanecido; el cielo oscuro ya no estaba adornado con collares brillantes y dentados de electricidad. La lluvia también empezaba a amainar, y el padre Geary pudo reducir la velocidad de los limpia—parabrisas al tiempo que aumentaba la del viejo Toyota.

Durante un rato, ninguno de los dos supo qué decir. Finalmente, el padre Geary se aclaró la garganta y dijo:

— ¿Le había ocurrido esto antes?... Esos estigmas.

—No. No que yo sepa. Aunque, desde luego, en esta ocasión no me habría dado cuenta si usted no me lo hubiera dicho.

— ¿No se percató de las marcas de sus manos antes de desmayarse junto a la barandilla del santuario?

—No.

—Pero eso no es lo único extraño que le ha ocurrido últimamente.

La suave risa que Jim emitió, estaba provocada más por un sentido de oscura ironía que por el carácter jocoso de aquellas palabras.

—Sin duda, no es lo único extraño que me ha ocurrido.

—¿Quiere hablar de ello?

Jim lo pensó un momento antes de responder.

—Sí, pero no puedo.

—Soy un sacerdote y respeto todas las confidencias. Ni siquiera la policía tiene poder sobre mí.

—Confío en usted, padre. Y no estoy particularmente preocupado por la policía.

— ¿Entonces?

— Si le hablo de ello... el enemigo vendrá —dijo Jim, y frunció el ceño al oírse pronunciar estas palabras.

Aquella declaración parecía provenir *a través* de él, más que de él.

— ¿Qué enemigo?

Jim clavó su mirada en el vasto y oscuro desierto. —No lo sé.

— ¿El enemigo del que habló en su sueño la noche pasada?

—Quizá.

— Dijo que nos mataría a todos.

—Y lo hará —prosiguió Jim, más interesado en lo que él mismo decía que el propio sacerdote, porque aquellas palabras se le revelaban al tiempo de pronunciarlas—. Si averigua algo de mí, si descubre que estoy salvando vidas, vidas especiales, entonces vendrá a detenerme.

El sacerdote le miró un instante.

—¿Vidas especiales? ¿Qué quiere decir exactamente?

—No lo sé.

—Si me habla acerca de usted, nunca repetiré ante nadie una sola palabra. Así que, quienquiera que sea ese enemigo, ¿cómo podría saber algo referente a lo que me confíe?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabe?

—Así es.

El sacerdote emitió un suspiro de frustración.

—Padre, no estoy burlándome de usted ni pretendo ser intencionadamente misterioso. —Jim se removió en el asiento y ajustó el cinturón de seguridad, tratando de adoptar una postura más confortable; no obstante, su malestar era más espiritual que físico, y no tenía fácil remedio—. ¿Ha oído hablar alguna vez de la «escritura automática»?

Mirando con furia la carretera que se extendía frente a él, Geary dijo:

—La gente dotada de poderes paranormales y los médiums hablan de ello. Charlatanería supersticiosa. Se supone que un espíritu controla la mano del médium y, mientras él está en trance, el espíritu envía mensajes desde el más allá. —Emitió un ininteligible sonido de disgusto—. La misma gente que se burla de la idea de hablar con Dios, o incluso de la mera idea de su existencia, aceptan infantilmente cualquier pretensión de un estafador que se proclame capaz de transmitir los mensajes de los muertos.

—De todos modos, lo que a mí me ocurre es que parece que algo o alguien hablara a través de mí, algo así como una forma oral de la escritura automática. Soy consciente de mis palabras porque me escucho al decirlas.

—¿Entra en trance?

—No.

—¿Cree que tiene poderes paranormales, que es un médium?

—No. Estoy seguro de que no.

—¿Cree que los muertos se manifiestan a través de usted?

—No. No son ellos.

—Entonces, ¿quiénes? —No lo sé. —¿Dios?

—Podría ser.

—¡Pero no lo sabe! —dijo Geary exasperado. —No lo sé.

—Es usted el hombre más extraño que he conocido, Jim. Y también el más frustrante.

A las diez de la noche llegaron al Aeropuerto Internacional de McCarran, en Las Vegas. Sólo circulaban un par de taxis por la carretera que llevaba al aeropuerto. Había dejado de llover. Una suave brisa agitaba las palmeras y todo parecía haber sido purificado.

Jim abrió la puerta del Toyota mientras el padre Geary se detenía frente a la terminal. Salió del coche, dio media vuelta y se inclinó para intercambiar las últimas palabras con el sacerdote.

—Gracias, padre. Probablemente, me salvó la vida. —No fue tan dramático.

—Me gustaría donar parte de los tres mil dólares a Nuestra Señora del Desierto, pero tal vez necesite todo lo que llevo. No sé lo que va a ocurrir en Boston, ni si surgirá algún imprevisto.

El sacerdote meneó la cabeza y dijo:

—No espero nada.

—Cuando llegue a casa, le mandaré algo de dinero. Se lo enviaré en efectivo dentro de un sobre, sin remite, sin que ello signifique que no es dinero honrado. Puede aceptarlo con la conciencia tranquila.

—No es necesario, Jim. Haberle conocido ha sido suficiente. Tal vez debería saber que... ha devuelto un sentido místico a la vida de un sacerdote cansado que, en ocasiones, empezaba a dudar de su vocación, pero que nunca volverá a hacerlo.

Se miraron con un afecto mutuo que les sorprendió. Jim se inclinó hacia el interior del coche, y Geary extendió la mano por encima del asiento para estrechársela. El sacerdote tenía un apretón firme y seco.

—Vaya con Dios —dijo Geary.

—Así lo espero.

Del 24 al 26 de agosto

1

Sentada frente a su mesa en la sala de redacción del *Press*, pasada la medianoche de un viernes, Holly miraba fijamente la pantalla en blanco del ordenador. Había caído en un estado anímico tan depresivo que lo único que deseaba era volver a casa, meterse en la cama y permanecer con la cabeza bajo la colcha durante varios días. Despreciaba a la gente que se compadecía continuamente de sí misma. Trató de avergonzarse de su apocamiento, pero empezó a apiadarse por haber sucumbido a la autocompasión. Por supuesto, era imposible no advertir el lado humorístico de aquella situación, aunque se sintió incapaz de esbozar una sonrisa; en su lugar, se compadeció de sí misma por encarnar un personaje tan cómico y estúpido.

Se alegraba de que las noticias del día siguiente ya estuvieran listas y de que la sala de redacción se hallara casi desierta, de forma que ninguno de sus compañeros pudiese contemplarla en semejante estado de degradación. La única persona a la vista era Tommy Weeks —el desgarrado encargado de la limpieza que barría y vaciaba papeleras— y George Fintel.

George Fintel, que se ocupaba de las noticias relacionadas con la administración local, estaba frente a su mesa, al otro extremo de la gran habitación, inclinado hacia delante, dormido y con la cabeza apoyada en sus brazos cruzados. De vez en cuando, emitía unos ronquidos lo bastante fuertes para que llegaran a oídos de Holly. Cuando los bares cerraban, George a veces regresaba a la sala de redacción, en lugar de dirigirse a su apartamento, como un viejo caballo de tiro arrastrando el carro por una ruta conocida hacia el lugar considerado como su hogar. George solía despertar durante la noche y, percatándose de dónde se encontraba, optaba por irse a casa dando tumbos con aspecto fatigado. «Los políticos —decía a menudo— son la forma de vida más baja que existe, al haber experimentado una degeneración paulatina desde aquella primera criatura babosa que se deslizó fuera del mar.» A sus cincuenta y siete años se hallaba demasiado agotado para empezar de nuevo, así que seguía dedicándose a escribir sobre los funcionarios públicos, que en el fondo despreciaba. En aquel proceso había terminado por odiarse a sí mismo, buscando consuelo en la prodigiosa cantidad de martinis con vodka que diariamente consumía.

Si Holly hubiera soportado mínimamente el alcohol, se habría preocupado por la posibilidad de acabar como George Fintel. Pero una copa le proporcionaba una sensación agradable, dos la achispaban, y a la tercera caía dormida.

«Odio mi vida —pensó Holly—. Sí, la odio. Todo resulta tan insoportable...»

—Pobre desgraciada que se compadece de sí misma —dijo en voz alta—. Nauseabunda basura desesperada —agregó por lo bajo, con genuina repugnancia.

— ¿Decía usted algo? —preguntó Tommy Weeks, pasando una escoba de cepillo por el pasillo.

—No, Tommy. Hablaba conmigo misma.

— ¿Usted? Vaya, ¿qué motivos tiene para estar triste? —Mi vida.

Tommy se detuvo y se apoyó en la escoba, cruzando una pierna por delante de la otra. Su ancho rostro cubierto de pecas, sus orejas en forma de jarra y su mata de cabello color zanahoria le conferían un aspecto dulce, inocente y amable.

— ¿Las cosas no han salido como usted esperaba? Holly cogió una bolsa medio vacía de caramelos M&Ms y se llevó unos cuantos de chocolate a la boca, recostándose en su silla.

— Cuando dejé la Universidad de Missouri con mi título de periodista, iba a conmocionar al mundo, a escribir grandes artículos, a coleccionar Pulitzers a montones, y mírame ahora. ¿Sabes lo que he hecho esta tarde?

—Sea lo que sea, se ve que no lo ha pasado muy bien.

— Fui al Hilton, al banquete anual de la Gran Asociación de Productos Madereros de Portland y estuve entrevistando a fabricantes de *pullmans* prefabricados, a vendedores de madera contrachapada, y a distribuidores de tableros de secoya. Otorgaron el Trofeo de Madera de Construcción, lo llaman así, al hombre del año de los productos madereros, a quien tuve que entrevistar. Luego volví aquí en seguida para tenerlo todo listo para la edición de mañana. Noticias sensacionales como ésas... Uno no puede permitir que los bastardos del *New York Times* te roben la exclusiva.

—Creí que estaba en la sección de artes y ocio.

—Me harté de ello. Te diré algo, Tommy: un mal poeta puede hacer que te apartes de las artes durante una década.

Se llevó otro puñado de caramelos a la boca. Normalmente no comía dulces porque estaba decidida a evitar los problemas de peso que siempre habían incordiado a su madre, y el único motivo por el que engullía M&Ms era su intención de sentirse más desgraciada e inútil. Se sumía en una progresiva y nociva espiral descendente.

—En las películas y en la televisión —dijo Holly— hacen que el periodismo resulte muy emocionante y atractivo. Todo eso es mentira.

—Yo tampoco he tenido la vida que esperaba —dijo Tommy—. ¿Cree acaso que imaginé que terminaría siendo el jefe de mantenimiento de limpieza del *Press*, que en realidad no es más que un portero ensalzado?

—Me imagino que no —dijo Holly, sintiéndose egoísta y mezquina por lloriquear ante un hombre cuya vida era mucho peor que la suya.

—No, maldita sea. De pequeño *sabía* que de mayor conduciría uno de esos condenados camiones de saneamiento, allá arriba en la cabina, pulsando los botones que accionan el compresor del ariete hidráulico. —Su voz se volvió melancólica—. En la cima del mundo, con toda esa poderosa maquinaria a mis órdenes. Era mi sueño, y lo intenté, pero no pasé el examen médico del ayuntamiento. Tengo ese problema del riñón, ¿sabe? Nada serio, pero lo suficiente como para que los encargados de sanidad del ayuntamiento me descalificaran.

Se apoyó en la escoba, con la mirada perdida en la distancia, sonriendo un poco e imaginándose cómodamente instalado en el asiento del conductor de un camión de basura.

Mirándole con incredulidad, Holly decidió que, después de todo, su ancho rostro no parecía dulce, inocente y amable. Había malinterpretado sus líneas y facciones. Era un rostro *estúpido*. Sintió ganas de decirle: «Idiota! Yo soñaba con ganar Pulitzers y ahora no soy más que una escritorzuela que redacta artículos de publicidad industrial acerca del maldito Trofeo de Madera de Construcción. Eso es una desgracia. ¿Crees que ser portero en lugar de recogedor de basura es comparable con mi situación?». Pero se abstuvo porque se dio cuenta de que sí era comparable. Un sueño no realizado, sin tener en cuenta si era humilde o elevado, seguía siendo una tragedia para el soñador que abandonaba toda esperanza. Pulitzers que no se habían ganado y camiones de basura que no se habían

conducido eran igualmente capaces de llevar a la desesperación y al insomnio. Y ése era el pensamiento más deprimente que había tenido nunca.

La mirada de Tommy dejó de vagar en la distancia, para volver a fijarse en ella.

—No debe darle más vueltas, señorita Thorne. La vida... es como cuando en una cafetería te dan un bollo de arándano mientras tú habías pedido uno de nuez y albaricoque. No hay nueces ni albaricoques en ella, y uno puede verse envuelto en la confusión con sólo pensar en lo que se está perdiendo. Lo mejor que puede hacerse en estos casos es suponer que los arándanos también tienen un sabor agradable.

Al otro extremo de la habitación, George Fintel se tiró un pedo mientras dormía. Fue un auténtico estallido. Si el *Press* hubiera sido un gran periódico, con corresponsales recién llegados de Beirut o alguna zona en guerra, todos se hubieran tirado al suelo para ponerse a cubierto.

«Dios mío —pensó Holly—, mi vida no es más que una mala imitación de un relato de Damon Runyon.» Sórdidas salas de redacción pasada la medianoche. Porteros pseudo filósofos. Periodistas borrachos que se quedaban dormidos en su mesa de trabajo. Pero era un relato de Runyon modificado por un escritor de lo absurdo, con la colaboración de un atormentado existencialista.

—Me encuentro mejor después de haber hablado contigo —mintió Holly—. Te lo agradezco, Tommy.

—Estoy a su disposición, señorita Thorne.

Cuando Tommy se dispuso a continuar su trabajo pasando la escoba a lo largo del pasillo, Holly se llevó unos cuantos caramelos más a la boca, preguntándose si sería apta para pasar el examen médico requerido para ser conductor de camiones de basura. Desde un punto de vista optimista, el trabajo sería todo lo contrario del de periodista —recogería basura en lugar de dispersarla— y, además, tendría la satisfacción de saber que al menos había una persona en Portland que la envidiaba con toda el alma.

Miró el reloj que había en la pared. La una y media de la madrugada. No tenía sueño. No quería irse a casa y yacer despierta, con la mirada fija en el techo, sin nada más que hacer que dar rienda suelta a su autocompasión y examen de conciencia. Bueno, en realidad, eso era lo que quería, porque, aunque no era lo más aconsejable, su estado anímico la impulsaba a dejarse llevar por las emociones. Por desgracia, no tenía alternativa: en un día laborable, la única vida nocturna que había en Portland era una tienda de repostería que permanecía abierta día y noche.

Le quedaba menos de un día para iniciar sus vacaciones, y las necesitaba desesperadamente. No había hecho planes. Tan sólo se dedicaría a descansar, sin hacer absolutamente nada, evitando leer un solo periódico. Quizás iría a ver alguna película, tal vez leería unos cuantos libros. O a lo mejor iría al Centro Betty Ford, para someterse al tratamiento de desintoxicación para personas autocompasivas.

Había alcanzado la peligrosa fase en que empezaba a dar vueltas a su nombre. Holly Thorne. Mono. Realmente mono. ¿Qué demonios tendrían en la cabeza sus padres cuando le pusieron aquel nombre? ¿Acaso era posible imaginar a los miembros del comité del Pulitzer otorgando el premio a alguien con un apelativo que era más propio de un personaje de dibujos animados? Algunas veces —siempre en medio del silencio de la noche— sentía la tentación de llamar a sus padres para que le explicaran si esa historia del nombre se debía únicamente al mal gusto o, por el contrario, era una broma pesada o producto de una crueldad consciente.

Pero sus padres eran gente humilde, de lo más bondadoso que existía en la Tierra, que se habían privado de muchos placeres para poder proporcionarle una

educación de primera clase, y sólo deseaban para ella lo mejor del mundo. Les habría destrozado saber que Holly odiaba su nombre, cuando ellos, sin duda, creyeron que era sutil e incluso sofisticado. Los quería con toda el alma, y tenía que estar sumida en la peor de las depresiones para tener el descaro de culparles de sus propias faltas.

Temiendo la posibilidad de coger el teléfono y llamarles, Holly se volvió rápidamente hacia el ordenador y accedió al fichero que contenía la última edición del periódico. La base de datos del *Press* posibilitaba que cualquier reportero que trabajara en él pudiera seguir el proceso de un artículo a través de su montaje, composición y producción. Como la edición del día siguiente estaba conformada, ajustada y lista para imprimir, Holly ya podía contemplar cada una de las páginas en la pantalla de su ordenador. Sólo los titulares eran lo bastante grandes para poder leerlos, pero cualquier parte de la imagen podía ser aumentada hasta ocupar toda la pantalla. A veces, se animaba un poco al leer un artículo que iba a ser noticia antes de que el periódico saliera a la calle; la sensación de ser parte de todo aquello, al menos encendía en ella una pequeña chispa, y era uno de los aspectos de su trabajo que atraía a cualquier joven soñador con vocación de periodista.

No obstante, mientras escudriñaba los titulares de las primeras páginas en busca de algún artículo interesante que ampliar, su pesadumbre se agudizó. Un gran incendio en St. Louis, nueve muertos. Presagios de guerra en Oriente Medio. Una mancha de petróleo frente a las costas de Japón. Inundaciones y grandes tormentas en la India, decenas de miles de personas sin hogar. El gobierno prepara una nueva subida de impuestos... Holly siempre había sabido que el sustento del periodismo se basaba en tristezas, desastres, escándalos, violencia absurda y discordias. Pero, de pronto, le pareció una profesión singularmente macabra, y se dio cuenta de que ya no deseaba formar parte de todo aquello, de que ya no quería ser una de las primeras en enterarse de aquellas cosas espantosas.

De repente, justo cuando se disponía a cerrar el fichero y desconectar el ordenador, un titular atrajo su atención: NIÑO SALVADO POR MISTERIOSO DESCONOCIDO. Apenas habían transcurrido doce días desde el incidente que tuvo lugar en McAlbury School, y aquellas cinco palabras tenían para ella un significado especial. Impulsada por la curiosidad, dio instrucciones al ordenador de que ampliara el recuadro donde se iniciaba el artículo.

Estaba fecho en Boston, e iba acompañado de una fotografía. La imagen era aún oscura y borrosa, pero la escala de la ampliación era lo bastante grande como para poder leer el texto, aunque no con comodidad. Manipuló el ordenador para que aumentara uno de los recuadros ya ampliados, resaltando la primera columna del artículo a fin de leerla sin trabas.

La primera línea hizo que Holly se irguiera derecha en el respaldo de su silla: «Un valeroso transeúnte, que únicamente dijo llamarse Jim, salvó la vida de Nicholas O'Conner, de seis años, cuando una instalación de la Compañía de Electricidad de Nueva Inglaterra estalló bajo la acera de una zona residencial de Boston el jueves por la tarde».

— ¿Qué demonios...? —exclamó Holly en voz baja.

Pulsó las teclas para que el ordenador desplazara el campo de muestra hacia la derecha de la página donde se encontraba la fotografía, repetidamente ampliada, que acompañaba al artículo. Aplicó una escala mayor, y llevó a cabo otra vez la misma operación, hasta que el rostro ocupó toda la pantalla.

Jim Ironheart.

Durante unos instantes permaneció sentada sin salir de su asombro, inmóvil. Entonces se apoderó de ella la necesidad de saber más. No era tan sólo una necesidad intelectual, sino genuinamente física, que no distaba mucho de la punzada súbita e intensa que ocasiona el hambre.

Volvió al texto del artículo y lo leyó, luego hizo lo mismo por segunda vez. Aquel niño llamado O'Conner estaba sentado en la acera frente a su casa, justo encima de la tapa de cemento de un metro cuadrado que cubría la instalación subterránea de la Compañía de Electricidad, lo bastante espaciosa para que en sus confines pudieran trabajar a la vez cuatro hombres. El niño estaba jugando con camiones de juguete. Sus padres lo vigilaban desde el porche frontal de su casa, cuando un desconocido apareció en la calle corriendo a toda prisa. «Se dirigió directamente hacia Nicky — declaró el padre del niño— y lo agarró, así que di por seguro que se trataba de un chiflado que se dedicaba a molestar a los niños y que iba a llevarse a mi hijo.» Cogiendo al niño, que empezó a gritar, el desconocido saltó por encima de la valla que daba al césped de los O'Conner, justo en el momento en que un cable de 17.000 voltios provocaba una explosión a sus espaldas bajo la acera. El estallido lanzó por los aires la tapa de cemento, como si fuera una moneda, y luego arrojó una refulgente llamarada de fuego. Abrumado por las efusivas alabanzas con que le colmaron los padres de Nicky y los vecinos que habían presenciado su heroísmo, el desconocido declaró que había percibido un olor a cable quemado, oyó un silbido procedente de la instalación subterránea, y supo lo que estaba a punto de ocurrir porque él «había trabajado en el pasado para una compañía eléctrica». Sintiendo molesto porque uno de los presentes le tomó una fotografía, insistió en abandonar el lugar antes de que llegara la prensa debido a que, según dijo, «valoro en gran medida mi vida privada».

Este rescate por los pelos tuvo lugar en Boston a las 7.40 de la tarde del jueves —4.40 de la tarde, horario de Portland—. Holly miró el reloj de pared. En aquel momento eran las 2.20 de la madrugada del viernes. Habían transcurrido escasamente nueve horas y media desde que a Nicky O'Conner le apartaron bruscamente de encima de la cubierta de la instalación subterránea.

El rastro todavía estaba fresco.

Tenía algunas preguntas que formular al periodista del *Globe* que había escrito el artículo. Pero en Boston debían de ser poco más de las cinco de la madrugada. Aún no habría llegado al trabajo.

Dio por terminado el fichero de datos de la edición del día del *Press*. En la pantalla del ordenador, el menú estándar reemplazó el texto ampliado del periódico.

Mediante un *modem* accedió a la vasta red de servicios de datos a la que el *Press* estaba suscrito. Dio instrucciones al servicio *Newsweb* de que examinara todos los artículos transmitidos mediante los servicios por cable y que habían sido publicados en los periódicos más importantes de Estados Unidos durante los últimos tres meses, recabando casos en los que el nombre «Jim» hubiera sido utilizado entre diez palabras que contuvieran el vocablo «rescate» o la frase «salvó la vida». Pidió que cada artículo de aquellas características fuera impreso, salvo las variaciones de un mismo incidente.

Mientras *Newsweb* cumplía su petición, Holly cogió el teléfono de su mesa y llamó a información utilizando los prefijos correspondientes a los condados de Los Ángeles, Orange, Riverside, San Bernardo y San Diego, con el fin de averiguar si el nombre de Jim Ironheart figuraba en el listín telefónico. Ninguno de los operadores pudo ayudarla. Si realmente vivía en el sur de California, tal como él le había dicho, su teléfono no estaba inscrito en la guía.

La impresora láser que Holly compartía con otras tres secciones de la oficina zumbaba suavemente. El primer hallazgo del servicio *Newsweb* se deslizaba en la bandeja contenedora.

Sintió deseos de correr hacia la impresora y coger la información para leerla de inmediato; pero se contuvo, concentrando su atención en el teléfono, tratando de hallar otro modo de localizar a Jim Ironheart en aquella parte de California que los lugareños llamaban «el Sur».

Unos años atrás, se habría limitado a acceder al ordenador del Departamento de Tráfico y, por una pequeña cantidad, habría obtenido la dirección de cualquier persona del estado que se hallara en posesión de un permiso de conducir en regla. Pero después de que la actriz Rebeca Schaeffer hubiera sido asesinada por un admirador perturbado que consiguió encontrarla por ese método, una nueva ley había impuesto restricciones a la información proporcionada por el Departamento de Tráfico.

Si hubiera sido una fanática experta en ordenadores, inmersa en su arcano conocimiento, sin duda habría accedido a los ficheros del departamento, a pesar de sus nuevos dispositivos de seguridad, o se habría introducido en los bancos de datos de las agencias de crédito para hallar la ficha de Jim Ironheart. Había conocido a reporteros que afilaban sus habilidades informáticas con ese único propósito. Holly, sin embargo, siempre había conseguido sus fuentes de información a través de un modo estrictamente legítimo, sin engaños. En ello radicaba la razón de que escribiera material tan apasionante como el del Trofeo de Madera de Construcción, pensó amargamente.

Mientras se devanaba los sesos tratando de hallar una solución al problema, se dirigió presurosamente a la sala en donde estaba la máquina de bebidas y, tras introducir una moneda, obtuvo una taza de café. Sabía a bilis de perro. De todas formas, se lo bebió porque iba a necesitar la cafeína a lo largo de la noche. Sacó una segunda taza y volvió a la sala de redacción.

La impresora láser permanecía en silencio. Recogió las páginas de la bandeja y se sentó a su mesa.

El servicio *Newsweb* había descubierto un grueso montón de artículos en la prensa nacional en los que el nombre «Jim» se había incluido entre diez palabras que contenían el vocablo «rescate» y la frase «salvó la vida». Los contó rápidamente, había veintinueve.

El primero de ellos era de interés humano y provenía del *Chicago Suntimes*; Holly leyó la frase inicial en voz alta: «Jim Foster, de Oak Park, ha rescatado más de cien gatos abandonados...».

Holly tiró la hoja impresa a la papelera y miró la siguiente. Era del *Philadelphia Inquirer*: «Jim Pilsbury, lanzador de los Phillies, salvó a su club de una humillante derrota...».

Dejándola también de lado, leyó la tercera hoja. Era una crítica cinematográfica, así que ni siquiera se molestó en buscar el nombre de Jim. La cuarta hacía referencia al escritor Jim Harrison. La quinta hablaba sobre un político que, utilizando la técnica Heimlich, salvó la vida a un jefe de la mafia con el que estaba tomando un par de cervezas en un bar, cuando el *padrone* se atragantó de pronto con una salchicha picante Slim Jim.

Holly empezó a temer que acabaría con las manos vacías al terminar todos los artículos, pero el sexto, del *Houston Chronicle*, hizo que sus ojos se abrieran más que con aquel nauseabundo café. MUJER SALVADA DE MARIDO VENGATIVO. El 14 de julio, Amanda Cutter, tras ganar la custodia de su hijo en un encarnizado pleito

de divorcio, había estado a punto de perecer a causa de los disparos de su furioso marido, Cosmo, frente a su casa situada en la rica zona residencial de River Oaks. Después de que Cosmo fallara los dos primeros tiros, un hombre que «apareció de la nada» la salvó, derribando a su enloquecido marido y desarmándolo. Su salvador tan sólo se había identificado como «Jim», y se desvaneció en el húmedo atardecer de Houston antes de que llegara la policía. La divorciada, de treinta años de edad, se quedó obviamente deslumbrada por aquel hombre, ya que le describió como «apuesto, algo musculoso, igual que un superhéroe salido de una película, y con unos ojos azules de ensueño».

Holly aún recordaba el azul intenso de los ojos de Jim Ironheart. No era el tipo de mujer que los hubiera descrito como algo «de ensueño», aunque ciertamente eran los ojos más claros y arrebatadores que en toda su vida... Qué demonios, sí, eran de ensueño. Se resistía a admitir la reacción adolescente que Jim le había causado, pero era tan incapaz de engañar a los demás como a sí misma. Recordó la extraña impresión de frialdad inhumana, cuando su mirada se cruzó con la de Jim por primera vez, pero aquella impresión se desvaneció para siempre desde el momento en que él le sonrió.

El séptimo artículo versaba sobre otro «Jim» modesto que se marchó sin aceptar las gracias y alabanzas —evitando a los medios de comunicación— tras rescatar a Carmen Díaz, de treinta años, de un apartamento en llamas de Miami, el 5 de julio. Tenía los ojos azules...

Después de estudiar detenidamente los veintidós artículos restantes, Holly encontró dos más que hablaban de Ironheart, aunque sólo se mencionaba su nombre de pila. El 21 de junio Thaddeus Johnson, de doce años, estuvo a punto de ser arrojado desde un octavo piso de Harlem por cuatro jóvenes delincuentes que no aceptaron de buen grado su desdeñosa negativa a participar en la venta ambulante de drogas. Fue rescatado por un hombre de ojos azules que redujo a los cuatro desaprensivos a base de patadas, golpes, empujones y ataques de taekwondo. «Era como Batman sin sus divertidas ropas», declaró Thaddeus al periodista del *Daily News*. Dos semanas atrás, el 7 de junio, otro Jim de ojos azules «pareció materializarse de pronto» en la propiedad de Louis Andretti, de veintiocho años, de Corona, California, justo a tiempo de advertir que no entrara en el sótano de su casa para arreglar el escape de una tubería. «Me dijo que una familia de serpientes de cascabel habían anidado allí», manifestó Andretti al reportero. Luego, cuando los agentes del Control de Sanidad del condado inspeccionaron el lugar, no sólo encontraron un nido, sino «algo salido de una pesadilla», extrayendo finalmente cuarenta y una serpientes del sótano. «Lo que no entiendo — dijo Andretti—, es cómo aquel tipo sabía que las serpientes estaban allí, mientras que yo, viviendo en la casa, no tenía ni idea.»

Holly tenía cuatro incidentes ligados entre sí, además del rescate de Nicky O'Conner en Boston y el de Billy Jenkins en Portland, ocurridos a partir del 1 de junio. Tecleó nuevas instrucciones al *Newsweb*, pidiendo que llevara a cabo la misma investigación sobre los meses de marzo, abril y mayo.

Necesitaba más café, y cuando se levantó para ir a la máquina de bebidas, vio que George Fintel había despertado y se había ido tambaleando a casa. No le había oído marcharse. Tommy también se había ido. Estaba sola.

Tomó otra taza de café y le pareció algo mejor que el de antes. Aunque el brebaje era el mismo, su sentido del gusto estaba atrofiado por las dos primeras tazas.

Finalmente, *Newsweb* halló once artículos redactados entre marzo y mayo que se ceñían a los parámetros dispuestos por Holly. Tras examinar las hojas impresas, sólo encontró uno de interés.

El 15 de mayo, en Atlanta, Georgia, un tal Jim, de ojos azules, entró en una tienda en la que se estaba produciendo un atraco. Mató a disparos al delincuente, Norman Rink, quien en aquel momento estaba a punto de asesinar a dos clientes — Sam Newsome, de veinticinco años, y su hija de cinco, Emily—. Completamente «volado» por el cóctel de cocaína, *crack* y anfetaminas que había ingerido, Rink ya había liquidado al dependiente y a otros dos clientes por pura diversión. Tras matar a Rink, y después de asegurarse de que los Newsome estaban ilesos, Jim se había marchado antes de que llegara la policía.

La cámara de seguridad de la tienda había tomado una borrosa fotografía del heroico intruso. Era la segunda fotografía en todos los artículos revisados hasta el momento. La imagen no era buena. Pero reconoció de inmediato a Jim Ironheart.

Algunos detalles del incidente la dejaron perpleja. Si Ironheart poseía una asombrosa aptitud —poder psíquico, o lo que fuera— para prever desenlaces fatales en las vidas ajenas y llegar a tiempo de cambiar su destino, ¿por qué no había entrado en aquella tienda unos minutos antes, lo suficiente como para evitar la muerte del dependiente y los dos clientes? ¿Por qué había salvado a los Newsome y había dejado morir a los otros?

Se sintió más alterada por la descripción de su ataque contra Rink. Armado con una pistola del calibre doce disparó cuatro veces contra aquel perturbado. Luego, aunque Rink estaba indudablemente muerto, Jim volvió a cargar la pistola y le disparó cuatro tiros más. «Se hallaba en tal estado de excitación — dijo Sam Newsome— que podían verse las arterias palpitando en sus sienes, a través de su frente. También lloraba un poco, pero las lágrimas... no hacían que pareciese menos colérico.» Después de que todo hubiera terminado, Jim expresó su arrepentimiento por haber liquidado a Rink de forma tan violenta en presencia de la pequeña Emily. Les explicó que la gente como Rink, asesino de personas inocentes, provocaba «cierta locura en mí». «Nos salvó la vida —dijo Newsome al reportero—, sí, pero debo admitir que el tipo daba miedo, casi tanto como Rink.»

Percatándose de que Ironheart ni siquiera había revelado su nombre de pila, Holly dio instrucciones a *Newsweb* de que buscara artículos publicados durante los últimos seis meses en los que «rescate» y «salvó la vida» se hallaran entre diez palabras en las que también apareciera «azul». Se había dado cuenta de la vaguedad descriptiva de algunos testigos, si bien la mayoría parecía recordar sus singulares ojos azules.

Fue al lavabo, tomó más café, y luego permaneció junto a la impresora. Cada vez que un hallazgo era transferido por escrito a una hoja, Holly la cogía, la examinaba, y la tiraba a la papelera si carecía de interés, o, por el contrario, la leía con emoción si se trataba de otro rescate de última hora. *Newsweb* halló cuatro casos más pertenecientes a la ficha de Ironheart, a pesar de que su nombre y apellido no eran utilizados.

De nuevo en su mesa, ordenó al *Newsweb* que buscara el nombre de Ironheart en los medios de información nacionales durante los últimos seis meses.

Mientras esperaba una respuesta, ordenó las páginas impresas y elaboró una lista cronológica de las personas a las que Jim Ironheart había salvado la vida, incorporando asimismo los cuatro nuevos casos. Incluyó sus nombres, edades, el lugar de cada incidente, y el tipo de muerte del que cada persona se había librado.

Estudió aquella compilación, siguiendo con interés algunas pautas. No obstante, la dejó a un lado cuando el servicio *Newsweb* completó su último trabajo.

Al levantarse de la silla, se quedó paralizada al descubrir que ya no estaba sola en la sala de redacción. Tres periodistas y un redactor jefe se hallaban frente a sus mesas. Todos tenían fama de madrugadores, incluido Hank Hawkins, redactor jefe de la sección de economía, al que le gustaba empezar a trabajar al mismo tiempo que se abrían los mercados financieros de la Costa Este. Holly no se había percatado de su presencia hasta aquel momento. Dos de ellos parecían compartir un chiste, riendo en alto, y Hawkins hablaba por teléfono. No obstante, Holly no les oyó hasta después de haberlos visto. Miró el reloj: las 6.10. La luz opalescente del amanecer surgía tras las ventanas, sin que ella notara cómo retrocedía la marea de la noche. Echó un vistazo a su mesa y observó que había dos tazas más que habían contenido café y que no recordaba haber sacado de la máquina.

Se dio cuenta de que ya no estaba sumida en la desesperación. Se sentía mejor de lo que se había sentido durante los últimos días, semanas e incluso años. Volvía a ser una auténtica periodista.

Se dirigió a la impresora láser, vació la bandeja contenedora y volvió a la mesa con las páginas. Los *Ironheart* no eran precisamente pasto de noticias. Tan sólo había cinco artículos, en los últimos seis meses, relacionados con gente que llevara ese apellido.

Kevin *Ironheart*. Buffalo, Nueva York. Senador del estado. Anunciaba su intención de presentarse a gobernador.

Anna Denise *Ironheart*. Boca Ratón, Florida. Encontró un cocodrilo vivo en el comedor de su casa.

Lori *Ironheart*. Los Angeles, California. Cantautora. Nominada para el Óscar a la mejor canción del año.

Valerie *Ironheart*. Cedar Rapids, Iowa. Dio a luz cuatrillizos en perfecto estado de salud.

El quinto y último era Jim *Ironheart*.

Leyó el encabezamiento. El artículo provenía del *Register* de Orange County, 10 de abril, y era uno de los que se habían publicado sobre el mismo incidente a nivel nacional. A causa de las instrucciones de Holly, el ordenador sólo había impreso aquel caso, suprimiendo artículos similares sobre el mismo suceso.

Comprobó la fecha. Laguna Niguel. California. Sur de California. El sur...

Aunque el artículo no incluía una fotografía, la descripción del reportero hacía referencia a un hombre con ojos azules y denso cabello castaño. Holly estaba segura de que se trataba de *su* James *Ironheart*.

No se sorprendió de encontrarle. Sabía que con un voluntarioso esfuerzo tarde o temprano le localizaría. Lo que le resultaba sorprendente era el tema del artículo en el que por fin aparecía su nombre completo. Esperaba más bien una historia acerca de alguien que había sido rescatado de la muerte en el último momento, y no estaba preparada para aquel titular:

HOMBRE DE LAGUNA NIGUEL GANA SEIS MILLONES EN EL PREMIO GORDO DE LA LOTERÍA.

## 2

Tras rescatar a Nicholas O'Conner, Jim pudo dormir sin sobresaltos por vez primera en cuatro días. El viernes 24 de agosto, por la tarde, partió de Boston. Ganando tres horas en el viaje de un estado a otro, llegó al aeropuerto John Wayne a las 3.10 de la tarde y, media hora después, ya se encontraba en casa.

Se dirigió directamente a su estudio y levantó el borde de la alfombra, dejando al descubierto la caja fuerte construida en el suelo de su gabinete. Marcó la combinación, abrió la tapa y sacó cinco mil dólares, el diez por ciento del dinero en metálico que guardaba allí.

En su escritorio, introdujo los billetes de cien dólares en el interior de un sobre acolchado y lo cerró con grapas. Mecanografió una etiqueta con el nombre del padre Leo Geary, en Nuestra Señora del Desierto, y pegó los sellos necesarios. Lo mandaría por correo a primera hora de la mañana.

Fue a la sala de estar y conectó la televisión. Ninguna de las películas en antena atrajo su atención. Miró las noticias durante un rato, pero su mente estaba en otra parte. Después de calentar una pizza en el microondas y abrir una cerveza, se acomodó en el sofá con un buen libro que no tardó en aburrirle. Ojeó las páginas de un montón de revistas que aún no había leído, pero ninguno de los artículos atrajo su atención.

Antes de anochecer, salió al patio con otra cerveza y se sentó. Las hojas de las palmeras se agitaban movidas por una ligera brisa. Los jazmines situados a lo largo de la valla despedían una dulce fragancia. Plantas de color rojo, púrpura y rosado brillaban con un resplandor divino bajo la luz menguante que, con los últimos rayos de sol se desvanecían como pequeñas bombillas en un reóstato. La noche cayó flotando como si fuera una capa de seda negra, ingrávida.

Aunque aquel lugar estaba lleno de paz, Jim se sentía inquieto. Día tras día, semana tras semana, desde que les salvase la vida a Sam Newsome y a su hija Emily, el 15 de mayo, le parecía cada vez más difícil implicarse en la rutina cotidiana y los placeres de la vida. No podía relajarse. Pensaba en todo el bien que podía hacer, en todas las vidas que podía salvar, en todos los destinos que podía cambiar, con sólo oír aquella llamada conocida: «Línea de vida». Así pues, cualquier otro empeño resultaba frívolo e intrascendente. Al haber sido el instrumento de una fuerza poderosa, le costaba aceptar que volvía a ser alguien sin importancia.

Tras pasar el día recabando cuanta información pudo acerca de James Madison Ironheart, Holly inició sus largamente anunciadas vacaciones tomando un vuelo hacia Orange County. Al llegar, alquiló un coche y se dirigió desde el aeropuerto hacia el Sur en dirección a Laguna Hills Motor Inn, donde había reservado una habitación.

Laguna Hills era una ciudad del interior, no un centro marítimo para turistas. En Laguna Beach, Laguna Niguel y otras ciudades costeras, las habitaciones ya habían sido reservadas con antelación para el verano. De cualquier forma, no tenía intención de nadar o tomar el sol. Como todo el mundo, era una entusiasta

perseguidora del cáncer de piel, pero aquello se había convertido en unas vacaciones de trabajo.

Cuando llegó al motel tenía la sensación de que sus ojos estaban llenos de arena. Mientras llevaba su equipaje a la habitación, la gravedad le gastó una broma cruel, atrayéndola hacia el suelo con una fuerza muy superior a la usual.

La habitación era sencilla y limpia, con el aire acondicionado suficiente para recrear la temperatura de Alaska, por si algún día la ocupaba un esquimal nostálgico.

En las máquinas automáticas situadas en el pasaje que comunicaba dos edificios, Holly compró un paquete de galletas de queso y mantequilla y una lata sin azúcar de Dr. Pepper, saciando su hambre mientras permanecía sentada en la cama. Estaba tan exhausta que todos sus sentidos, incluido el del gusto, estaban adormecidos. Podría haber tomado comida para perros, sin enterarse.

Como si el contacto de la cabeza con la almohada hubiera apagado un interruptor, quedó dormida de inmediato.

Durante la noche, empezó a soñar. Era un sueño extraño, ya que se desarrollaba en medio de una oscuridad absoluta, sin imágenes, tan sólo con sonidos, olores y sensaciones táctiles, quizás era la forma en que soñaban los ciegos de nacimiento. Se encontraba en un lugar húmedo y frío que olía vagamente a cal. Al principio no estaba asustada, sólo confusa, tanteando con cuidado las paredes de la estancia a medida que avanzaba. Estaban construidas con bloques de piedra unidos con cemento. Tras una pequeña exploración se percató de que, en realidad, tan sólo había una pared en una habitación redonda. Sólo se oían sus propios pasos y el ruido de fondo acompasado y siseante de la lluvia tabaleando sobre su cabeza contra el techo de pizarra.

En el sueño, se alejaba de la pared, caminando por un suelo compacto de madera, con las manos extendidas hacia delante. Aunque no encontraba nada, su curiosidad se transformaba en miedo. De pronto se detenía, permaneciendo absolutamente inmóvil, con la certeza de haber oído algo siniestro. Un sonido sutil, enmascarado por el suave pero insistente repiqueteo de la lluvia. Volvió a oírlo. Un chirrido.

Por un instante pensó en una rata, gorda y repugnante, pero el sonido era demasiado prolongado y extraño para ser provocado por una rata. Parecía más un crujido que un chirrido, aunque tampoco era como el crujido de una tabla de madera al ser pisada. Se desvanecía para volver unos segundos más tarde... se desvanecía y volvía rítmicamente.

Cuando Holly se percató de que lo que oía era el quejido de algún mecanismo desengrasado, debería haberse tranquilizado. En lugar de eso, de pie en medio de la tenebrosa habitación, tratando de imaginar qué tipo de máquina podría ser, sintió que se aceleraban los latidos de su corazón. El crujido se hizo ligeramente más audible, aunque su frecuencia rítmica había aumentado considerablemente; en lugar de un crujido cada cinco o seis segundos, el sonido resurgía cada tres o cuatro, luego cada dos o tres, y al final una vez por segundo.

De pronto, se inició también un insólito y rítmico *ziiip, ziiip, ziiip*, sincronizado con el crujido. Era el sonido de un objeto plano que cortaba el aire.

*Ziiip.*

Estaba cerca. No obstante, Holly no sintió ninguna corriente de aire.

*Ziiip.*

Le sobrevino la loca idea de que se trataba de una cuchilla. Una gran cuchilla. Afilada. Cortando el aire. Enorme...

*Ziip.*

Intuyó que algo terrible se acercaba, una entidad tan extraña que ni siquiera la luz —ni la visión completa de lo que fuera— podría proporcionar comprensión alguna. Aunque se daba cuenta de que soñaba, sabía que debía salir rápidamente de aquel lugar frío y pétreo, o morir. No se puede escapar de una pesadilla echándose a correr, así que Holly tenía que despertar, pero no podía, estaba demasiado cansada, era incapaz de romper las ligaduras del sueño. Entonces la oscura habitación empezó a dar vueltas. Sentía que una gran estructura estaba dando vueltas y más vueltas —crujido, *ziip*—, penetrando en la lluviosa noche —crujido, *ziip*—, y girando —crujido, *ziip*—, cortando el aire... —crujido, *ziip*—. Holly trataba de gritar —crujido, *ziip*—, pero no podía emitir ningún sonido, no podía despertar ni gritar para pedir ayuda. ¡ZIIIP!

—¡No!

Jim se incorporó en la cama al emitir aquella exclamación. Estaba cubierto con un sudor frío y temblaba violentamente.

Se había quedado dormido con la lámpara encendida, algo que le ocurría con frecuencia, aunque casi siempre de forma intencionada y no accidental. Durante más de un año, su sueño se había visto turbado por numerosas pesadillas plagadas de espectros malignos que sólo recordaba en parte al despertar. La criatura amorfa y desconocida que él llamaba «el enemigo», y con la que soñó mientras se recuperaba en la rectoría de Nuestra Señora del Desierto, era la figura más terrorífica de sus pesadillas, aunque no era el único monstruo.

Sin embargo, en esta ocasión el origen del terror no era una persona o una criatura. Era un lugar: un molino.

Miró el reloj que había junto a la cama. Eran las cuatro menos cuarto de la madrugada.

Llevando tan sólo la parte inferior del pijama, se levantó de la cama y entró en la cocina. La luz del fluorescente le lastimó los ojos. Bien. Quería que se esfumara cualquier residuo de sueño persistente.

El maldito molino...

Enchufó la máquina del café y preparó una fuerte mezcla colombiana. Sorbió la mitad de la taza mientras estaba de pie junto a la repisa de la cocina, luego volvió a llenar la taza y se sentó a la mesa del desayuno. Estaba dispuesto a beber todo el café porque no podía correr el riesgo de volver a la cama y dormirse otra vez.

Toda pesadilla alteraba su reposo, pero la del molino le infligía auténtico dolor físico. Siempre que despertaba tras haberla sufrido, le dolía el pecho, como si el corazón se hubiera magullado al martillar con fuerza el esternón. A veces los temblores tardaban horas en desaparecer por completo, y a menudo tenía dolores de cabeza que recorrían la parte superior de su cráneo, palpitando con tal ímpetu que parecía como si un ente desconocido quisiera salir fuera de él. Sabía que si se miraba en un espejo, su rostro aparecería extremadamente pálido y exhausto, con círculos oscuros alrededor de los ojos, como si fuera el de un enfermo terminal de cáncer a quien la enfermedad ha absorbido el jugo de la vida.

La pesadilla del molino no era de las más frecuentes que le atormentaban, y de hecho sólo turbaba su sueño una o dos noches al mes. Pero era, con diferencia, la peor.

En realidad, no ocurría casi nada. Volvía a ser un niño de diez años; estaba sentado en el suelo de madera polvoriento del piso de arriba, sobre la estancia principal donde se guardaban las antiguas piedras de molino, con la única luz vacilante de una gruesa vela. La noche se cernía tras las estrechas ventanas, que eran casi como las angostas aberturas de un castillo en sus paredes de piedra caliza. La lluvia repicaba contra los cristales. De pronto, emitiendo un crujido parecido al de una máquina desengrasada y oxidada, las cuatro grandes aspas de madera empezaban a girar fuera, más y más rápido, cortando el aire húmedo como guadañas gigantes. El eje vertical, que surgía del techo y desaparecía por un taladro situado en el centro del suelo, también empezaba a girar, creando el espejismo de que el mismo suelo comenzaba a dar vueltas como un tiovivo. En el piso de abajo, las antiguas piedras de molino empezaban a rodar, produciendo un suave retumbar que recordaba a un trueno lejano.

Eso era todo. Nada más. No obstante, aquello le producía un miedo indescriptible.

Tomó un largo sorbo de café.

Lo más sorprendente era que fuera del mundo de los sueños, el molino había sido un lugar acogedor, nunca un escenario de dolor o terror. Se hallaba situado entre un estanque y un campo de trigo en la granja de sus abuelos. Para un niño nacido y educado en la ciudad, el gran molino era una estructura exótica y misteriosa, un lugar perfecto para jugar y dejarse llevar por la fantasía, un refugio confortable para huir de los problemas. No entendía por qué tenía pesadillas acerca de un lugar del que sólo guardaba buenos recuerdos.

Después de que aquel sueño espantoso finalizase sin despertarle, Holly Thorne durmió tranquilamente el resto de la noche, tan inmóvil como una piedra en el fondo del mar.

Sábado por la mañana. Holly tomaba el desayuno en un reservado de la cafetería del motel. La mayor parte de los otros clientes eran obviamente veraneantes: familias ataviadas como si llevaran uniforme compuesto de *shorts*, pantalones blancos y lustrosas camisas de colores. Algunos de los niños llevaban gorras y camisetas que anunciaban Disneylandia, el Mundo Marino o la Granja de bayas de Knott. Mientras comían, los padres se apiñaban sobre mapas y folletos, planeando las rutas que les llevarían a una de las muchas atracciones turísticas que California ofrecía. Había tal colorido de camisas en el restaurante, que un extraterrestre habría supuesto que Ralph Lauren era el líder de una importante religión o el dictador del mundo. Mientras comía tortitas de arándano, Holly estudió la lista de personas que habían escapado de la muerte gracias a la oportuna intervención de Jim Ironheart:

*15 de mayo*

Sam y Emily Newsome. Atlanta, Georgia. Asesinato.

*7 de junio*

Louis Andretti. Corona, California. Mordedura de serpiente.

*21 de junio*

Thaddeus Johnson. Nueva York, Nueva York. Asesinato.

*30 de junio*

Rachael Steinberg. San Francisco, California. Asesinato.

*5 de julio*

Carmen Díaz. Miami, Florida. Incendio.

*14 de julio*

Amanda Cutter. Houston, Tejas. Asesinato.

*20 de julio*

Steven Aimes. Birmingham, Alabama. Asesinato.

*1 de agosto*

Laura Lenaskian. Seattle, Washington. Ahogada.

*8 de agosto*

Doogie Burkette. Peoria, Illinois. Ahogada.

*12 de agosto*

Billy Jenkins. Portland, Oregón. Accidente de tráfico.

*20 de agosto*

Lisa y Susan Jawolski, Desierto Mojave. Asesinato.

*23 de agosto*

Nicholas O'Conner. Boston, Massachusetts. Explosión.

Algunos ejemplos eran obvios. De las catorce personas rescatadas, seis eran niños. La edad de otras siete iba de los veintitrés a los treinta años. Sólo una de ellas era mayor: Steven Aimes, que tenía cincuenta y siete. Ironheart favorecía a los jóvenes. Era evidente que sus actuaciones aumentaban progresivamente: un

episodio en mayo; tres en junio; tres en julio; y cinco en agosto, y aún quedaba una semana para que acabara el mes.

Holly se sentía especialmente intrigada por el número de personas que habrían sido asesinadas sin la intervención de Ironheart. Cada año moría mucha más gente a causa de accidentes que de asesinatos. Tan sólo los de tráfico ya eran más numerosos que los crímenes. No obstante, Jim Ironheart intervenía en un número considerablemente mayor de homicidios que de accidentes: ocho de las catorce personas de la lista se habían salvado de las mortíferas intenciones de sus agresores, más de un sesenta por ciento.

Quizá sus premoniciones guardaban mayor relación con el asesinato que con otras formas de muerte, ya que la violencia humana generaba unas vibraciones psíquicas más fuertes que los accidentes...

Holly dejó de masticar y su mano, sosteniendo el tenedor del que colgaba un pedazo de tortita, se detuvo antes de llegar a la boca, como si se hubiese apercebido de lo extraña que era aquella historia. Había actuado a un ritmo desenfadado, movida por una ambición y curiosidad periodística. Su excitación, seguida del agotamiento, le habían impedido considerar objetivamente las implicaciones y consecuencias de las acciones llevadas a cabo por Jim Ironheart. Dejó a un lado el tenedor y miró fijamente el plato, buscando respuestas a partir de los restos de comida, del mismo modo que los gitanos leen en las hojas de té y la palma de las manos.

¿Quién demonios era Jim Ironheart? ¿Alguien con poderes sobrenaturales?

Nunca había tenido mucho interés en los poderes mentales y las percepciones extrasensoriales. Sabía que existían ciertas personas que aseguraban ser capaces de «ver» a un asesino con sólo tocar las ropas que llevaba su víctima; que a veces ayudaban a la policía a hallar los cuerpos desaparecidos de hombres y mujeres; que estaban bien remunerados por el *National Enquirer* para predecir acontecimientos mundiales y futuros desenlaces en las vidas de las celebridades, y que afirmaban canalizar las voces de los muertos hacia los vivos. Pero su interés en lo sobrenatural era tan exiguo que nunca se había formado una opinión acerca de la validez de aquellas afirmaciones. No creía que toda esa gente fuera un fraude, pero aquel asunto la aburría demasiado para molestarse lo más mínimo.

Holly imaginaba que su obstinada racionalidad —y cinismo— podían ceder lo suficiente para aceptar la posibilidad de que hubiera algún médium poseedor de auténticos poderes, aunque no estaba segura de que «médium» fuera una descripción adecuada a Jim Ironheart. Aquel tipo no se hallaba en una situación precaria prediciendo en cualquier rincón que dentro de un año Steven Spielberg dirigiría otra película de éxito —¡vaya sorpresa!—, o que Schwarzenegger seguiría hablando inglés con acento, o que Tom Cruise iba a dejar a su novia actual, o que Eddie Murphy continuaría siendo negro en un futuro previsible. Aquel tipo conocía los hechos precisos de cada una de aquellas muertes inminentes —quién, cuándo, dónde, cómo— con suficiente antelación para cambiar el destino. No doblaba cucharillas con el poder de su mente, ni hablaba con la voz grave de un antiguo espíritu llamado «Rama—Lama—Dindong», ni leía el futuro en las entrañas, las gotas de cera o las cartas del Tarot. ¡Por el amor de Dios!, *salvaba vidas*, alterando destinos y causando una profunda impresión, no sólo en los que había librado de la muerte, sino también en los amigos y familias que habrían quedado destrozados. El alcance de su poder se extendía a lo largo de cinco mil kilómetros, desde Laguna Niguel hasta Boston.

De hecho, sus heroicidades quizá trascendían las fronteras de los Estados Unidos. No había investigado las noticias de la prensa internacional durante los

últimos seis meses, pero tal vez había salvado vidas en Italia, Francia, Alemania, Japón, Suecia o Pago Pago.

La palabra «médium» era definitivamente inadecuada. Holly ni siquiera podía imaginar un término apropiado que describiera sus poderes.

De pronto, una sensación maravillosa se apoderó de ella, una sensación que no había experimentado desde que era pequeña. Al mismo tiempo un sentimiento de temor hizo que se estremeciera.

¿Quién era aquel hombre? ¿Qué era?

Unas horas atrás, al leer el artículo acerca de Nicholas O'Conner en Boston, Holly había sabido que perseguía una gran noticia. Cuando examinó el material proporcionado por *Newsweb*, sintió que podría ser el hallazgo más grande de su carrera. Empezaba a sospechar que aquello podía convertirse en la noticia más importante de la década.

— ¿Está todo bien?

—Todo esto es muy extraño —dijo Holly antes de apercibirse de que alguien la observaba.

La camarera —Bernice, según el nombre que estaba bordado en la blusa de su uniforme— se hallaba junto a su mesa con una expresión de inquietud. Holly se percató de que había estado mirando atentamente el plato mientras pensaba en Jim Ironheart, y de que no había tomado un solo bocado durante un buen rato. Bernice lo advirtió y pensó que algo iba mal.

—¿Extraño? —preguntó Bernice frunciendo el ceño.

—Ah, sí... Es extraño que haya entrado en lo que parece una cafetería normal y que esté comiendo las mejores tortitas de arándano que he probado en mi vida.

Bernice vaciló en decidir si Holly le estaba tomando el pelo.

— ¿A usted... a usted le gustan realmente?

—Me encantan —respondió Holly, cogiendo un bocado con el tenedor y masticando las frías y mal cocidas tortitas con entusiasmo.

— ¡Estupendo! ¿Quiere algo más? —Sólo la cuenta —dijo Holly.

Se sentía hambrienta, por eso siguió comiendo las tortitas después de que Bernice se hubiera ido.

Mientras comía, Holly recorrió el restaurante con la mirada, observando a los turistas que comentaban las múltiples experiencias vividas y especulaban sobre las que todavía estaban por venir. Por primera vez en muchos años, sentía la emoción de saber lo que los otros ignoraban. Era una periodista con un secreto celosamente guardado. Después de investigar el caso en profundidad, y de redactarlo con una prosa cristalina y directa, al mejor estilo periodístico de Hemingway —al menos lo intentaría— el artículo se publicaría en primera página de los periódicos más importantes del país, del mundo entero. Y lo mejor de todo, lo más emocionante, era que su secreto no tenía nada que ver con un escándalo político, tráfico de drogas o alguna de las innumerables formas de terror y tragedia que sustentaban los modernos medios de comunicación. Su artículo trataría sobre la admiración y el asombro, el valor y la esperanza, sobre la tragedia evitada, muertes frustradas.

La vida es tan hermosa, pensó Holly, incapaz de dejar de sonreír a sus compañeros de mesa.

Lo primero que hizo Holly después de desayunar, con la ayuda de un contacto en la calle llamado Thomas Guide, fue localizar la casa de Ironheart en Laguna Niguel. Había conseguido la dirección a través del ordenador desde Portland, comprobando los datos de las transacciones inmobiliarias llevadas a cabo en Orange County desde principios de año. Supuso que cualquier afortunado ganador de seis millones de dólares en la lotería, se gastaría algo en la compra de una nueva casa, y lo supuso correctamente. Ironheart había sacado el premio gordo a principios de enero, presumiblemente gracias a su clarividencia. El tres de mayo adquirió una casa en Bougainvillea Way. Ya que en los datos no figuraba que hubiera vendido propiedad alguna, habría estado viviendo en algún piso alquilado antes del golpe de suerte.

Se sorprendió de comprobar que vivía en una casa bastante modesta. El barrio era nuevo, situado a la altura de Crown Valley Parkway, y poseía la pulcritud y precisión planificada propios del sur de Orange County. Las calles eran anchas, graciosamente dispuestas, bordeadas de jóvenes palmeras y mirtáceas, y las casas imitaban distintos estilos mediterráneos, con tejados en diferentes tonalidades rojas, o tejas color arena o melocotón. No obstante, incluso en una ciudad del sur del condado tan deseable como Laguna Niguel, donde el coste del metro cuadrado rivalizaba con el de un ático en Manhattan, Ironheart podía permitirse algo mejor. Su casa no parecía tener más de ciento ochenta metros cuadrados, el modelo más pequeño del vecindario; estuco de color crema; grandes ventanales sin ningún alarde estético; un césped exuberante, aunque pequeño, con azaleas, plantas, y un par de esbeltas palmeras que, bajo el templado sol matinal proyectaban un encaje de sombras en las paredes.

Conducía despacio, observando la casa con detenimiento. No había ningún coche en el camino que conducía a ella. Las cortinas de las ventanas estaban echadas. Holly no tenía ningún medio a su alcance para averiguar si Ironheart estaba en casa, a menos que se dirigiera a la puerta principal y pulsara el timbre. Pero todavía no había llegado el momento.

Al final de la manzana, dio la vuelta y volvió a pasar por delante de la casa. El lugar era atractivo, agradable, y a la vez tan corriente... Era impensable creer que tras aquellas paredes vivía un hombre excepcional, con secretos asombrosos.

La casa de Viola Moreno, en Irvine, se hallaba situada en uno de esos vecindarios rodeados de zona verde que la Compañía Irvine construyó durante los años sesenta y setenta, en el que los setos habían entrado en una leñosa madurez y los eucaliptos de resina, así como los laureles indios, se elevaban lo suficiente para proporcionar abundante sombra, incluso en los días más radiantes y despejados de verano. Estaba amueblada pensando más en el confort que en el estilo: un sofá bien acolchado, cómodos sillones y taburetes, todo ello en tonos marrones, con cuadros paisajísticos destinados al sosiego de la vista y de la mente. Montones de revistas y estanterías llenas de libros se hallaban por doquier. Holly se sintió como si estuviera en casa desde el mismo momento en que cruzó el umbral.

Viola era una persona tan afable y encantadora como su propia casa. Tenía alrededor de cincuenta años, mexicanoestadounidense, con una piel perfecta de un tono cobrizo ligeramente bronceado y unos ojos alegres, a pesar de ser tan negros como la tinta de un calamar. Aunque era algo bajita y se había hecho más corpulenta con el paso de los años, no era difícil adivinar que en el pasado habría provocado en los hombres miradas de admiración y deseo al verla, girando la cabeza con desespero hasta romperse una vértebra; seguía siendo una mujer

encantadora. Estrechó la mano de Holly en la puerta y, cogiéndola del brazo, la condujo a través de su pequeña casa hasta llegar al patio, como si fueran viejas amigas y no dos desconocidas que se habían presentado por teléfono el día anterior.

En el patio, que daba a un terreno cuadrangular sembrado de césped, había una mesa con una jarra de limonada y dos vasos. Las sillas de junco estaban acolchadas con gruesos cojines amarillos.

—Paso aquí la mayor parte del verano —dijo Viola, mientras se acomodaban en las sillas. El día no era demasiado caluroso, hacía un aire seco y limpio—. Es un bonito rincón del mundo, ¿no le parece?

El ancho pero poco profundo valle separaba una fila de casas de la siguiente. Estaban protegidas por la sombra de altos árboles y decoradas con grandes tiestos llenos de flores violetas y rojas. Dos ardillas bajaron correteando por una suave cuesta y atravesaron un sendero serpenteante.

—Muy bonito —aseguró Holly, mientras Viola servía la limonada en los vasos.

—Mi marido y yo compramos la casa cuando los árboles no eran más que palos y la zona verde todavía no estaba hecha. Pero imaginábamos lo que llegaría a ser algún día, y, a pesar de ser jóvenes, teníamos paciencia. —Suspiró—. A veces paso malos ratos, me amarga pensar que muriera tan joven y no tuviera la oportunidad de ver en ¿o que se ha convertido todo esto. Pero la mayor parte del tiempo disfruto de lo que me rodea, sabiendo que Joe se halla en algún lugar mejor que este mundo y que, de algún modo, le complace mi dicha.

—Lo siento —dijo Holly—, no sabía que fuera viuda.

—Claro que no lo sabía, querida. ¿Cómo iba a saberlo? De todas formas, sucedió hace mucho tiempo, en 1969, cuando yo no tenía más de treinta años y él treinta y dos. Mi marido era *marine*, y estaba orgulloso de serlo, al igual que yo. Aunque murió en Vietnam, sigo orgullosa de ello.

Holly se sorprendió al pensar en que muchas de las primeras víctimas del conflicto habrían pasado ahora la mediana edad. Las viudas que habían dejado atrás habían vivido más años sin ellos que con ellos. ¿Cuánto tiempo tendría que transcurrir hasta que Vietnam pareciera tan antigua como las cruzadas de Ricardo Corazón de León o las guerras del Peloponeso?

—Fue una pérdida tan grande... —dijo Viola con un tono de amargura en la voz. Pero la amargura desapareció al cabo de un instante, cuando añadió—: Hace ya tanto tiempo...

Holly imaginaba que la vida de aquella mujer —un tranquilo y pacífico viaje de pequeños y confortables placeres — se reducía a una sola parte de su historia. El tono firme y amoroso que usaba Viola cuando se refería a Joe como «mi marido», evidenciaba que por mucho tiempo que pasara, su recuerdo no se borraría de su mente, y que no había existido otro hombre después de él. Su vida había cambiado profundamente viéndose limitada a causa de su muerte. Aunque era una persona optimista y sociable por naturaleza, había una sombra trágica en su corazón.

Una lección básica que cualquier buen periodista aprendía al iniciar su carrera era que la gente pocas veces se limitaba a ser tan sólo lo que aparentaba, sino que era tan complicada como el misterio de la vida misma. Viola dio un sorbo a la limonada.

— Demasiado dulce. Siempre pongo demasiado azúcar. Lo siento. —Dejó el vaso sobre la mesa—. Ahora hábleme de ese hermano que está buscando. Me tiene bastante intrigada.

— Como le dije cuando la telefoneé desde Portland, yo fui una niña adoptada. Las personas que me adoptaron fueron unos padres maravillosos, les quise tanto como hubiese querido a mis auténticos padres, pero... En fin...

—Naturalmente, desea conocer a sus verdaderos padres.

—Es como si... hubiera un vacío en mi interior, un lugar oscuro en mi corazón — dijo Holly, tratando de no exagerar demasiado.

No se sorprendía de la facilidad con que mentía, sino por lo bien que lo hacía. El engaño era un mecanismo necesario para obtener información de una fuente que, de otra forma, habría sido reacia a hablar. Periodistas sumamente elogiados como Joe McGinnis, Joseph Wambaugh, Bob Woodward y Carl Berstein, alguna que otra vez habían abogado en favor de esta artimaña con tal de conseguir la verdad. Sin embargo, Holly nunca había poseído la habilidad demostrada en aquel momento. Al menos tenía la delicadeza de sentirse avergonzada de sus mentiras, algo que evitaba manifestar a Viola Moreno.

—Aunque los datos de la agencia de adopción eran insuficientes supe que mis verdaderos padres, mis padres biológicos, murieron hace veinticinco años, cuando yo sólo tenía ocho. Así que nunca tendré la oportunidad de conocerlos.

En realidad, eran los padres de Jim Ironheart los que habían muerto veinticinco años atrás, cuando él sólo tenía diez, hecho que Holly había descubierto en los artículos que hablaban del ganador del premio gordo.

—Oh, lo siento. Es terrible. Ahora soy yo la que debe sentirse apenada por usted —dijo Viola, con auténtico dolor en su suave voz.

Holly se sintió como una sinvergüenza. Al urdir aquella falsa tragedia personal parecía burlarse de la auténtica pérdida de Viola. No obstante, siguió adelante:

—Podría haber sido mucho más triste porque, como le dije por teléfono, he descubierto que tengo un hermano.

Inclinándose hacia delante, con los brazos sobre la mesa, Viola estaba ansiosa por oír los detalles y saber cómo podría ayudarla.

— ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarle a encontrar a su hermano?

—No exactamente. Mire, en realidad ya le he encontrado.

— ¡Fantástico!

—Pero... tengo miedo de conocerle.

—¿Miedo? ¿Por qué?

Holly dirigió la mirada hacia el jardín y tragó saliva dos veces, como si se ahogara por la emoción y tratara de mantener el control de sí misma. Lo estaba haciendo muy bien. Una actuación digna de un Óscar. Se odiaba por ello. Cuando habló, consiguió dar a su voz un sutil y convincente temblor:

—Por lo que sé, es el único pariente sanguíneo que tengo en el mundo, y mi único vínculo, los padres que nunca conoceré. Es mi hermano, señora Moreno, y le quiero. A pesar de que nunca le he visto, le quiero. Pero si de pronto aparezco y le abro mi corazón, probablemente... deseará no haberme conocido, o algo parecido. —«Me voy a pudrir en el infierno por esto», pensó Holly con desdicha—. Quizá mi presencia le disguste.

—¡Por amor de Dios, por supuesto que le gustará! ¿Por qué no iba a gustarle una agradable y simpática muchacha como usted? ¿Por qué no iba a estar *encantado* de tener a alguien tan adorable por hermana?

—Bueno —dijo Holly—, puede que a usted le parezca una tontería, pero es algo que me preocupa. No suelo causar una buena primera impresión en la gente...

—A mí me ha causado una excelente impresión, querida.

«Pisotéeme la cara —pensó Holly—, ¿por qué no lo hace?»

—No quiero precipitarme —dijo Holly—. Deseo saber todo lo posible acerca de él antes de llamar a su puerta. Quiero saber lo que le gusta, lo que no le gusta, lo que piensa acerca de... oh, acerca de todo tipo de cosas. Dios mío, señora Moreno, no quiero estropear nada de todo esto. Viola asintió.

— Imagino que habrá venido a mí porque conozco a su hermano. Quizá lo tuve como alumno en alguna de mis clases años atrás.

— Usted da clases de historia en un centro de enseñanza secundaria en Irvine, ¿verdad?

—Así es. He trabajado allí desde que Joe murió.

— Bien, mi hermano no era uno de sus estudiantes. Era profesor de inglés en el mismo centro. Averigüé que él trabajó allí, y que usted impartió sus clases en el aula contigua durante diez años, le conocía muy bien.

El rostro de Viola resplandeció sonriente.

— ¡Se refiere a Jim Ironheart! —Así es. Mi hermano.

— ¡Esto es fantástico, maravilloso, es perfecto! —exclamó Viola entusiasmada.

La reacción de la mujer era tan excesiva que Holly parpadeó sorprendida sin saber qué decir.

—Es un buen hombre —afirmó Viola con auténtico afecto—. Nada me hubiese complacido más que tener un hijo como él. De vez en cuando viene por aquí a cenar, y yo cocino para él y le cuido como una madre, aunque antes venía más a menudo. No puedo expresar el placer que ello me proporciona. —Una expresión de melancolía se apoderó de ella y permaneció en silencio unos momentos — . De cualquier modo... no podría haber encontrado un hermano mejor, querida. Es una de las personas más amables que he conocido, un profesor lleno de vocación, tan bondadoso, tan cariñoso y paciente...

Holly pensó en Norman Rink, el psicópata que había matado a un dependiente y dos clientes en aquella tienda de Atlanta el pasado mes de mayo, y que a su vez había sido liquidado por el amable y bondadoso Jim Ironheart. Ocho tiros a quemarropa. Cuatro de los cuales fueron disparados cuando Rink ya estaba muerto. Puede que Viola Moreno conociera bien a aquel hombre, pero era evidente que no tenía idea de la rabia que podía surgir de él en situaciones extremas.

— He conocido a buenos profesores a lo largo de los años, pero ninguno se preocupaba tanto de sus alumnos como lo hacía Jim Ironheart. Realmente cuidaba de ellos como si fueran sus propios hijos. —Se recostó en la silla y sacudió la cabeza, recordando—. Les daba tanto de sí... Quería a toda costa que sus vidas progresaran y todos, excepto algunos casos perdidos, le respondían. Tenía una relación con sus alumnos que otros profesores hubieran deseado a toda costa. No obstante, no se sometía a la típica relación entre profesor y alumno. Muchos tratan de convertirse en camaradas de sus estudiantes, ¿sabe?, y eso nunca funciona.

— ¿Por qué abandonó la enseñanza?

Viola vaciló, y su sonrisa se fue desvaneciendo. —En parte, debido a la lotería.

— ¿Qué lotería?

— ¿No lo sabe?

Holly frunció el ceño e hizo un gesto de negación. —En enero ganó seis millones de dólares.

— ¡Increíble!

— El primer boleto que compró en su vida.

Mientras su sorpresa inicial se transformaba en una mueca de preocupación, Holly dijo:

—Oh, Dios mío, ahora pensará que sólo acudo a él porque se ha hecho rico de pronto.

—No, no —se apresuró a asegurar Viola—. Jim nunca pensaría eso.

—Las cosas no me van tan mal, ¿sabe? —mintió Holly—. No necesito su dinero, y no lo aceptaría si tratara de dármelo. Mis padres adoptivos no son ricos pero es gente acomodada, son médicos, y yo soy abogada y tengo una buena clientela.

«De acuerdo, de acuerdo, no quieres para nada su dinero —pensó Holly, aborreciéndose a sí misma de forma tan cáustica como un ácido—, pero sigues siendo una despreciable zorra mentirosa con un desmedido talento para inventar pormenores, y pasarás el resto de la eternidad hundida en el fondo del estiércol, lustrando las botas de Satán.»

De pronto, Viola empujó su silla hacia atrás y se apartó de la mesa, se puso en pie, y se dirigió al borde del patio. Arrancó un hierbajo de un gran tiesto de terracota que estaba lleno de begonias, maravillas de color amarillo y pensamientos. Con expresión ausente retorció la fina hierba entre los dedos de su mano derecha, mirando fijamente los jardines que imitaban un parque.

La mujer permaneció en silencio durante largo rato.

Holly se inquietó al pensar que había dicho algo malo, revelando involuntariamente su farsa. A cada instante que pasaba se sentía más nerviosa, hasta que se encontró en la necesidad de prorrumpir en excusas por todas las mentiras que había dicho.

Las ardillas correteaban por la hierba. Una mariposa se posó por un instante en el borde de la jarra de limonada para luego alejarse volando.

Al final, con una voz genuinamente temblorosa, Holly inquirió:

— Señora Moreno, ¿ocurre algo?

Viola lanzó la pequeña bola de hierba al césped. —Es que me cuesta decidir cómo explicar lo que tengo que decirle.

— ¿Decirme qué?

Volviéndose de nuevo hacia ella, y acercándose a la mesa, Viola dijo:

—Me preguntó por qué Jim... por qué su hermano abandonó la enseñanza. Le he dicho que era porque ganó la lotería, pero no es del todo cierto. Si le gustara enseñar tanto como le gustaba unos años atrás, o incluso hace un año, seguiría haciéndolo aunque hubiera ganado cien millones de dólares.

Holly estuvo a punto de dejar escapar un suspiro de alivio al comprobar que su engaño no había sido descubierto.

— ¿Qué es lo que le aflige? —Perdió a un estudiante. —¿Perdió?

—Sí. Un alumno de octavo grado llamado Larry Kakonis. Un chico muy brillante con un gran corazón, pero trastornado a causa de problemas familiares. Su padre propinaba palizas a su madre, le pegaba desde que Larry tenía uso de razón y él pensaba que debía ser capaz de acabar con todo aquello, pero no podía. Se sentía responsable, aunque no había motivo para ello. Era esa clase de chico con fuerte sentido de la responsabilidad.

Viola cogió el vaso de limonada, volvió al borde del patio y de nuevo fijó su mirada en el césped. Después, guardó silencio.

Holly esperó.

Finalmente, la mujer dijo:

—La madre era muy dependiente, una víctima del padre, y colaboraba en su propio padecimiento. En realidad, estaba tan perturbada como su marido. Larry no podía reconciliar el amor hacia su madre con el respeto que le debía, porque pronto comprendió que, en cierta forma, a ella le gustaba y necesitaba que le pegaran.

De súbito, Holly supo adónde iría a parar el asunto y prefería no oír el resto. No obstante, no tenía más elección que seguir escuchando.

—Jim trabajó muy duro con el muchacho. No me refiero tan sólo a las clases de inglés. Larry confiaba en él como no lo hacía en nadie, y Jim le asesoraba con la ayuda del doctor Lansing, un psicólogo que trabajaba a media jornada en el distrito del colegio. Larry parecía mejorar, luchar para entender a su madre y a sí mismo y, hasta ciento punto, progresaba. Entonces, una noche, el 15 de mayo del año pasado, hace unos quince meses, aunque es difícil creer que haya pasado tanto tiempo, Larry Kakonis cogió una pistola de la colección de su padre, la cargó, introdujo el gatillo en su boca... y se voló la cabeza.

Holly se echó hacia atrás como si hubiera recibido un golpe. De hecho, había sido golpeada, aunque no físicamente. Se sentía turbada, especialmente por la idea de que un muchacho de trece años se suicidara cuando tenía por delante lo mejor de la vida. A esa edad, un pequeño problema puede adquirir grandes dimensiones y un problema realmente serio puede parecer catastrófico y desesperado. Holly sintió una punzada de dolor por Larry Kakonis, y una rabia indefinida porque el chico no había tenido el tiempo suficiente de aprender que todos los horrores se pueden afrontar y que, en realidad, la vida ofrece más alegrías que desgracias. Pero se hallaba perpleja ante la fecha del suicidio: 15 de mayo.

Un año más tarde, el mismo día, Jim Ironheart había llevado a cabo su primer rescate milagroso: Sam y Emily Newsome, en Atlanta, Georgia, fueron salvados de morir a manos de un psicópata atracador llamado Norman Rink.

Holly no pudo permanecer sentada por más tiempo. Se levantó y se reunió con Viola al borde del patio. Observaron las ardillas.

—Jim se culpó a sí mismo —dijo Viola.

— ¿Por Larry Kakonis? Pero él no era responsable.

— Se culpó a sí mismo de todas formas. Es su manera de ser. Sin embargo, su reacción pareció excesiva, incluso para Jim. Después de la muerte de Larry, perdió todo interés en la enseñanza. Dejó de creer que podía hacer algo. Había tenido tantos éxitos... Más que cualquier otro profesor que yo haya conocido. Pero ese fracaso fue demasiado para él.

Holly recordó la valentía con que Jim Ironheart apartó a Billy Jenkins de delante del camión que se precipitaba sobre él. Aquello, ciertamente, no había sido un fracaso.

—Fue sucumbiendo en una espiral de tristeza de la que no podía recobrase — dijo Viola.

El hombre que Holly conoció en Portland no parecía deprimido. Misterioso, sí, y reservado. Pero tenía sentido del humor y sonreía con facilidad.

Viola tomó un sorbo de limonada.

— Es curioso que ahora tenga un sabor tan amargo. —Dejó el vaso en el suelo, junto a sus pies, y se secó la mano húmeda en el pantalón. Se dispuso a hablar, vaciló, y finalmente dijo—: Luego... se volvió algo extraño.

— ¿Extraño? ¿En qué sentido?

—Introvertido. Callado. Empezó a practicar artes marciales. Taekwondo. Imagino que mucha gente está interesada en este tipo de cosas, pero no encaja con el carácter de Jim.

A Holly no le pareció que fuera algo tan ajeno al carácter del Jim Ironheart que ella conocía.

—Y no se trataba de algo intrascendente para él. Cada día después de clase se iba a un lugar de Newport Beach en donde recibía lecciones. Se llegó a obsesionar. Estaba preocupada por él. Así que en enero, cuando ganó la lotería, me alegré mucho. ¡Seis millones de dólares! Es algo estupendo, una suerte enorme, parecía que aquello iba a cambiar su vida, a sacarle de su depresión.

— Pero ¿no fue así?

—No. No parecía especialmente sorprendido o alegre. Dejó la enseñanza y se mudó del apartamento para irse a una casa y... se alejó todavía más de sus amigos. —Se volvió hacia Holly y sonrió. Era la primera sonrisa que esbozaba en un buen rato —. Ésa es la razón de mi entusiasmo al saber que usted era su hermana, una hermana cuya existencia él desconoce. Porque, a lo mejor, usted sea capaz de hacer por él lo que no han podido hacer seis millones de dólares.

El sentimiento de culpabilidad volvió a apoderarse de Holly, haciendo que se ruborizara. Esperó que Viola lo interpretara como un rubor provocado por la alegría o la emoción.

—Sería maravilloso que yo pudiera hacer algo.

—Usted puede, estoy segura. Se encuentra solo, o siente que lo está. Eso forma parte de su problema. Con una hermana, nunca más volverá a estar solo. Vaya a verlo hoy, ahora mismo.

Holly sacudió la cabeza.

—Iré lo antes posible, pero, todavía no. Necesito... adquirir confianza. No le diré nada acerca de mí, ¿verdad?

—Desde luego que no, querida. Le corresponde a usted tener la alegría de decírselo, y ése será un momento maravilloso.

La sonrisa de Holly parecía esbozada por unos labios plásticos y rígidos pegados a la cara, resultando tan falsa como parte de un disfraz de la víspera de Todos los Santos.

Unos minutos más tarde, en la puerta principal, cuando Holly se disponía a marcharse, Viola apoyó la mano en su brazo y dijo:

—No quiero que me malinterprete. No será fácil levantarle el ánimo, hacer que vuelva a ser el de antes. Por lo que conozco de Jim, siento que hay una profunda tristeza en su interior, como una mancha perenne, y comprensible si se tiene en cuenta lo que pasó con sus padres, el quedarse huérfano a los diez años, en fin... todo eso.

Holly asintió.

—Gracias. Me ha sido de gran ayuda.

Viola la abrazó impulsivamente, le plantó un beso en la mejilla y dijo:

—Quiero que usted y Jim vengán a cenar en cuanto sea posible. Empanadas caseras de maíz, frijoles negros, y arroz jalapeño tan picante que os va a derretir los empastes.

Holly se sentía aturdida y complacida a la vez: complacida de haber conocido a aquella mujer, que rápidamente parecía convertirse en la tía preferida a la que se

conoce desde siempre; aturdida porque la había conocido y había sido aceptada por ella a través de mentiras.

Mientras se dirigía a su coche alquilado, Holly se recriminó sin piedad a sí misma por lo bajo. Su conocimiento de palabras desagradables y frases irrecusables era más que amplio. Tras doce años en salas de redacción, en compañía de reporteros, había adquirido tal familiaridad con el lenguaje obsceno que le aseguraría el trofeo en un concurso hipotético de juramentos, aunque el peor rival estuviera aquejado por el síndrome de Tourette.

En las páginas amarillas sólo figuraba una escuela de taekwondo en Newport Beach. Se hallaba en un centro comercial de Newport Boulevard, entre una tienda de cortinas y una pastelería.

El lugar se llamaba «Dojo», que en japonés significa «entrenamiento de artes marciales», lo que equivalía a que un restaurante fuera llamado «Restaurante» o una boutique «Boutique». A Holly le sorprendió aquel nombre genérico, porque los empresarios asiáticos a menudo manifestaban una sensibilidad poética en lo concerniente a los nombres de sus empresas.

En la acera, frente a la gran ventana de Dojo, había tres personas comiendo *éclair*s de chocolate envueltas en los deliciosos aromas que llegaban desde la pastelería de al lado; estaban observando una clase de seis alumnos que realizaban sus ejercicios rutinarios con un rechoncho, aunque extraordinariamente ágil, instructor coreano vestido con un pijama negro. Cada vez que el profesor lanzaba a un alumno contra la estera, el cristal de la ventana vibraba.

Al entrar, Holly pasó del aroma a chocolate, canela, azúcar y levadura, a una atmósfera cargada de incienso rancio con un vago olor a sudor. Gracias a un artículo que escribió acerca de un adolescente de Portland que había ganado una medalla en una competición nacional, sabía que el taekwondo era una variante del kárate de origen coreano, en la que se combinaban fuertes puñetazos, golpes cortantes con la mano, apretones asfixiantes y patadas devastadoras. Aunque el profesor moderaba sus golpes, podían oírse bastantes gruñidos, jadeos, exclamaciones guturales y ruidos discordantes cuando los alumnos caían sobre la estera.

En el lado derecho de la habitación había una morena sentada en un taburete detrás de un mostrador, ocupada con unos papeles. Hasta el más mínimo detalle de su indumentaria suponía un anuncio de su sexualidad. Una ceñida camiseta roja destacaba su amplio busto y marcaba sus pezones grandes como cerezas. Con su melena despeinada color caoba, a la que daban brillo unas mechuras rubias hábilmente combinadas, sus ojos sombreados de forma sutil, aunque exótica, su boca pintada de un modo excesivo con pintalabios de color coral oscuro, y suficiente bisutería plateada para llenar una vitrina, la convertían en el anuncio perfecto para un negocio de mujeres en venta.

—¿Están así todo el día, gruñendo y jadeando? —le preguntó Holly.

—La mayor parte del día, sí.

—¿No le pone nerviosa?

— Oh, sí —dijo la morena con un guiño lascivo—, ya sé a lo que se refiere. Son como una manada de toros embistiéndose unos a otros. Al cabo de unas horas de estar aquí me siento tan excitada que no puedo soportarlo.

Aquello no era a lo que Holly se refería. Lo que en realidad sugería era que hacían el ruido suficiente para provocar una jaqueca, no una excitación sexual. Pero le devolvió el guiño y le preguntó: —¿Está el jefe?

— ¿Eddie? Está subiendo un par de cientos de peldaños —respondió la mujer enigmáticamente—. ¿Qué desea?

Holly le explicó que era periodista y que estaba realizando un trabajo relacionado con el Dojo.

La recepcionista, si eso es lo que era, resplandeció al escuchar aquellas palabras en lugar de lanzarle una mirada furiosa, como solía ocurrir. Eddie, le explicó, siempre estaba buscando publicidad para su negocio. Se levantó del taburete y se dirigió a una puerta que había detrás del mostrador, dejando ver sus sandalias de tacón alto y unos apretados *shorts* blancos que se ceñían a su trasero, tan ajustados como una capa de pintura.

Holly empezó a sentirse como un hombre.

Como la morena ya le había indicado, Eddie estaba encantado de oír que «Dojo» iba a ser mencionado en el artículo de un periódico, aunque sólo fuera de modo testimonial. Quería que le entrevistara mientras realizaba su ejercicio de peldaños. No era asiático, lo que tal vez explicaba la falta de imaginación en el nombre genérico de su negocio. Alto, rubio, peludo, de ojos azules, y plagado de músculos. Llevaba unos *shorts* negros de ciclista. En aquel momento realizaba unos ejercicios en una máquina llamada «señor de las escaleras», subiendo enérgicamente hacia ningún sitio.

— Es fantástico —dijo moviendo de arriba abajo sus piernas extremadamente desarrolladas — . Seis tramos más y estaré en la cima del monumento a Washington.

Respiraba agitadamente, pero no tanto como lo hubiera hecho Holly de haber subido corriendo los seis tramos de escalera hasta el tercer piso de su apartamento en Portland.

Se sentó en la silla que él le indicó, quedando el señor de las escaleras directamente frente a ella, de forma que Holly veía a Eddie de perfil. Su piel bronceada brillaba por el sudor, y oscurecía el cabello de la nuca en su grueso cuello. Los *shorts* se ceñían a su cuerpo tan íntimamente como los de la recepcionista. Parecía como si se hubiera anticipado a la visita de Holly y hubiera dispuesto con cuidado todos los elementos necesarios para exhibirse a sí mismo de la mejor manera.

Aunque de nuevo se disponía a recurrir al engaño, Holly no se sentía tan mal mintiéndole a Eddie como a Viola Moreno. Por alguna razón, la historia que utilizaba esta vez como tapadera era menos fantasiosa: estaba redactando un artículo completo y en profundidad acerca de Jim Ironheart —lo cual era cierto—, centrado en las consecuencias que había tenido en su vida el hecho de ganar la lotería —lo cual no era cierto—, y todo ello con su aprobación —otra mentira—. Un porcentaje de veracidad cercano al treinta y tres por ciento era suficiente para evitar que se sintiera culpable, lo que no decía mucho en favor de su conciencia, suponía Holly.

— Ha pronunciado «Dojo» correctamente —dijo Eddie. Mirando su pierna derecha añadió orgulloso — : Mire esta pantorrilla, dura como una roca.

En realidad, ella no le había quitado el ojo de encima.

—La capa de grasa que hay entre mi piel y el músculo apenas existe, se ha quemado por completo.

Otra razón por la que no le importaba mentir a Eddie se debía a que era un auténtico idiota presuntuoso y egocéntrico.

—Tres tramos más y ya estaré en la cima del monumento —dijo él.

El ritmo de su conversación estaba ligado al de su respiración, cada palabra subía o bajaba de tono con cada inspiración y espiración.

— ¿Sólo tres? Entonces esperaré.

—No, no. Formule las preguntas que quiera. No voy a parar en la cima. Voy a ver hasta dónde puedo escalar el Empire State.

— Ironheart era uno de sus alumnos, ¿verdad?

— Sí. Yo mismo le di clases.

—Vino mucho antes de que ganara la lotería. —Sí. Hace más de un año.

— En mayo del año pasado, creo. —Más o menos.

— ¿Le dijo por qué quería aprender taekwondo?

—No. Pero le apasionaba. —Las siguientes palabras las pronunció gritando, como si triunfalmente hubiera llevado a cabo una auténtica escalada—. ¡La cima del monumento!

Aumentó su ritmo en lugar de aminorarlo.

— ¿Le pareció extraño?

— ¿Por qué?

—Quiero decir... al ser un profesor.

—Aquí tenemos profesores. Todo tipo de gente. Todos quieren propinar alguna que otra paliza a alguien. —Aspiró una profunda bocanada de aire, la expulsó y dijo—: Ya estoy en el Empire State, ahora hacia arriba.

— ¿Era bueno Ironheart?

— ¡Excelente! Podría haber participado en competiciones.

— ¿Podría haber...? ¿Quiere decir que lo dejó? Respirando más intensamente, las palabras surgieron con un ritmo más rápido, aunque similar:

— Estuvo aquí unos siete u ocho meses. Cada día. Era un auténtico insaciable del castigo. Hacía músculos, *aerobic*, además de artes marciales. Conseguía lo que se proponía mediante un esfuerzo infatigable. El tipo se hizo lo bastante fuerte para follarse una roca. Lo siento, pero es así. Luego lo dejó. Dos semanas después ganó la pasta.

—Ah, ya entiendo.

—No me malinterprete. No fue el dinero lo que hizo que abandonara.

— Entonces, ¿qué?

—Me dijo que le había dado todo lo que necesitaba, que ya no quería nada más.

— ¿Qué necesitaba?

— El suficiente taekwondo para hacer lo que quería.

— ¿Le dijo qué quería hacer?

—No. Darle una paliza a alguien, supongo.

Ahora Eddie se empleaba a fondo, apretando con fuerza sus pies contra el señor de las escaleras, moviéndose de arriba abajo sin parar. El sudor le cubría el cuerpo de tal forma que parecía estar envuelto en una capa de aceite. Cuando sacudía la cabeza se desprendían pequeñas gotas de su cabello. Y los músculos de sus brazos y su ancha espalda sobresalían con la misma intensidad que los de los muslos y las pantorrillas.

Sentada en la silla, a dos metros del hombre, Holly tuvo la sensación de estar en la primera fila de un sórdido club de *strip*—*tease* masculino. Se puso en pie.

Eddie tenía la mirada fija en la pared de enfrente. Su rostro estaba contraído por el esfuerzo, pero en sus ojos había una mirada distante y soñadora. Tal vez, en lugar de la pared, veía el interminable hueco de la escalera del Empire State.

— ¿Dijo algo más que a usted le pareciera... interesante, inusual? —le preguntó Holly.

Eddie no respondió. Estaba concentrado en la escalada. Las arterias del cuello estaban hinchadas y latían como si a través de su sangre circularan pequeños y gruesos peces, separados unos de otros por intervalos regulares.

Cuando Holly llegó a la puerta, Eddie le dijo:

—Tres cosas.

—¿Sí?

Holly se volvió hacia él.

Con la mirada todavía distante, y sin aminorar su ritmo ni por un momento, le habló desde la escalera de aquel rascacielos del lejano Manhattan.

— Ironheart es el único tipo que he conocido en mi vida que se puede obsesionar más que yo.

Holly frunció el ceño pensando en lo que acababa de escuchar.

—¿Qué más? —inquirió.

—Sólo faltó a las clases durante dos semanas en el mes de septiembre. Se fue al Norte, a algún lugar de Marin County, para realizar un curso de conducción agresiva.

— ¿Qué es eso?

—Allí enseñan principalmente a chóferes de políticos, diplomáticos y hombres de negocios a conducir un coche al estilo James Bond, a escapar de trampas terroristas, secuestradores, toda esa mierda...

— ¿Dijo por qué necesitaba ese tipo de entrenamiento?

— Sólo comentó que aquello parecía divertido. —Con eso ya son dos cosas.

Eddie sacudió la cabeza salpicando la alfombra y los muebles que le rodeaban. Holly estaba fuera de su radio. Él seguía sin mirarla.

—Número tres: después de aprender taekwondo, se interesó por el manejo de las pistolas.

— ¿Pistolas?

—Me preguntó si yo sabía de alguien que pudiera enseñarle a disparar con puntería, y todo lo relacionado con las armas. Revólveres, pistolas, rifles, escopetas...

— ¿A quién le envió usted?

Eddie jadeaba, pero todavía podía hablar con claridad entre cada bocanada de aire.

—A Andie. Las armas no son mi especialidad. Pero ¿sabe lo que pienso? Creo que era uno de esos tipos que leen *Soldados de fortuna*, se ve atrapado por toda esa fantasía y quiere convertirse en un mercenario. Seguro que estaba preparándose para la guerra.

— ¿No le preocupaba el hecho de ayudar a una persona así? —No, mientras pague las lecciones.

Holly abrió la puerta, vaciló, y observó a Eddie.

— ¿Tiene contador este aparato? —Sí.

— ¿En qué piso está ahora?

— En el décimo —respondió Eddie, pronunciando la palabra distorsionada en medio de una profunda espiración. Cuando terminó, emitió un grito de placer al expulsar el aire — : Jesús, tengo las piernas de piedra, de jodido granito, creo que si atenazara a un hombre entre ellas lo partiría en dos. Pondrá eso en su artículo, ¿de acuerdo? Podría partir a un tipo en dos.

Holly abandonó la habitación, cerrando suavemente la puerta tras de sí.

En el aula principal, la clase de artes marciales era incluso más activa que cuando había entrado. En aquel momento, el ejercicio consistía en que un grupo de alumnos atacara al mismo tiempo al instructor coreano, pero éste les interceptaba y les derribaba con la misma rapidez con que ellos le atacaban.

La morena se había quitado toda su bisutería plateada. Se había puesto unas Reebok, unos *shorts* menos ajustados, una camiseta distinta y un sujetador. Hacía ejercicios de estiramiento frente al mostrador de recepción.

—La una —dijo a Holly—. La hora del almuerzo. Siempre corro siete u ocho kilómetros en lugar de comer. Adiós.

Se dirigió hacia la puerta lentamente, traspasó el umbral, internándose en aquel cálido día de agosto, y se esfumó a toda prisa a lo largo del pasillo del centro comercial.

Holly también salió y permaneció unos instantes bajo los deliciosos rayos de sol, percatándose de la buena forma física en que se encontraban la mayor parte de las personas que estaban comprando: entraban y salían de sus coches frenéticamente. Después de un año y medio en el Noroeste, había olvidado la sensibilidad de los californianos del Sur por la salud y la apariencia. El porcentaje de papadas, michelines, barrigones y traseros en forma de pera era considerablemente inferior en Orange County que en Portland.

Sentirse bien y tener buena presencia eran imperativos vitales en el sur de California. Era una de las cosas que le gustaban de aquel lugar y, paradójicamente, también era una de las que no soportaba.

Se dirigió a la pastelería de al lado para almorzar. De las vitrinas del mostrador eligió un *éclair* de chocolate, una tarta de crema cubierta de kiwi, un trozo de pastel de queso con chocolate blanco, nueces y una capa de migas de Oreo, una rueda de canela y un rollito de naranja.

—Y una Coca—Cola sin azúcar —le dijo a la dependienta.

Llevó su bandeja a una mesa, situada junto a una ventana, desde la que observar el desfile de cuerpos tersos y bronceados ataviados con indumentaria veraniega. Los pasteles eran deliciosos. Comió un poco de cada cosa, saboreando cada bocado, sin desperdiciar una sola miga.

Al cabo de un rato se dio cuenta de que alguien la miraba. A dos mesas de distancia, una mujer rechoncha, de unos treinta y cinco años, la miraba fijamente con una mezcla de incredulidad y envidia; ella tan sólo tenía una miserable y diminuta tarta de frutas, lo que para un adicto a las pastelerías era el equivalente a una galleta nutritiva compuesta por diferentes cereales.

Movida por la necesidad de dar una explicación y por cierta simpatía, Holly le dijo:

—Desearía no hacer esto, pero no puedo evitarlo. Si no puedo hacer otra cosa, cuando estoy de mal humor me permito el lujo de comer hasta hartarme.

—Yo también —respondió la mujer rechoncha.

Holly se dirigió en coche hacia Bougainvillea Way, donde vivía Ironheart. Sabía lo bastante de él para correr el riesgo de abordarlo, y eso era lo que tenía intención de hacer. No obstante, en lugar de subir por el camino que llevaba a su casa, pasó lentamente frente a ella.

El instinto le decía que no era el momento oportuno. La imagen que se había hecho de Jim era inexacta. Había un agujero negro en alguna parte. Intuyó que era peligroso seguir adelante sin que ese agujero no hubiera sido descubierto.

Volvió al motel y pasó el resto de la tarde, y parte de la noche, sentada junto a la ventana de su habitación, bebiendo Alka—Seltzer y Seven—up sin azúcar; contemplaba la piscina azul en medio del exuberante jardín, y pensaba, pensaba...

«De acuerdo —dijo para sí—, hasta aquí hemos llegado. Ironheart es un hombre embargado por una profunda tristeza, probablemente porque se quedó huérfano cuando sólo tenía diez años. Se puede decir que ha pasado la mayor parte de su vida dándole vueltas al tema de la muerte, especialmente la muerte prematura. Dedicó su vida a la enseñanza y a los muchachos, quizá porque no hubo nadie a su lado cuando era pequeño y tuvo que enfrentarse solo a la muerte de sus padres. Un buen día, Larry Kakonis se suicida. Ironheart queda destrozado, y cree que tendría que haberlo evitado. La muerte del chico hace resurgir en Ironheart toda la rabia almacenada en su interior: rabia contra el azar, el destino, la fragilidad biológica de la especie humana... rabia contra Dios. En un grave estado de agotamiento mental, cercano al auténtico desequilibrio, decide convertirse en una especie de Rambo para combatir el destino, lo que, obviamente, supone una reacción extraña, e incluso absolutamente chiflada según como se interprete. Mediante el levantamiento de pesas, el fondo de resistencia aeróbico y el taekwondo se convierte en una máquina de combate. Aprende a conducir como un piloto acrobático. Adquiere conocimientos en el uso de todo tipo de armas y... ya está listo. Sólo una cosa más. Aprende por sí mismo a ser clarividente, pudiendo así dedicarse plenamente a su cruzada y al mismo tiempo saber cuándo va a producirse una muerte prematura.»

En este punto todo se desmoronaba. Se puede acudir a un lugar como Dojo para aprender artes marciales, pero en las páginas amarillas no hay escuelas para clarividentes. ¿De dónde demonios había sacado aquel poder psíquico?

Consideró la cuestión desde todos los puntos de vista posibles. No trataba de devanarse los sesos en busca de una respuesta, sino sólo el modo de investigar posibles explicaciones. No obstante, la magia era magia. No había forma de investigación posible.

Empezó a sentirse como si trabajara en un sórdido empleo, no como periodista, sino como los que se dedican a la invención de artículos sobre extraterrestres que viven en Cleveland, bebés medio humanos y medio gorilas —fruto de amorales guardianas de zoos— e inexplicables lluvias de sapos y pollos en Tadjikistán. Pero, ¡maldita sea!, la cruda realidad era que Jim Ironheart, provisto de una milagrosa intuición, había salvado a catorce personas de la muerte en el penúltimo momento, a lo largo de todo el país.

Alrededor de las ocho de la tarde, Holly sintió grandes deseos de golpear su cabeza contra la mesa, la pared, el suelo de cemento que rodeaba la piscina, o cualquier otra cosa lo bastante dura para liberar su bloqueo mental y posibilitar la comprensión de todo aquello. Decidió que ya era hora de dejar de pensar e ir a cenar. Comió de nuevo en la cafetería del motel, un poco de pollo a la parrilla y ensalada, a fin de compensar el almuerzo de la pastelería. Trató de interesarse en el

resto de los clientes, dedicarse a observar a la gente. Pero no podía dejar de pensar en Jim Ironheart y su brujería.

Más tarde, cuando estaba en la cama tratando de dormir, Ironheart siguió ocupando sus pensamientos. Con la mirada fija en las sombras del techo, proyectadas por la luz del exterior que se filtraba por las persianas entreabiertas, fue lo bastante sincera consigo misma para reconocer que Ironheart la fascinaba por motivos ajenos a los estrictamente profesionales. Era el artículo más importante de su carrera, sí, cierto. Y, sí, era tan misterioso como para intrigar a cualquiera, fuese o no reportero. Pero tal vez se sentía atraída porque hacía mucho tiempo que estaba sola, y la soledad había provocado en ella un gran vacío. En efecto, hacía mucho tiempo que no conocía a nadie tan fascinante como Jim Ironheart. Lo cual era una locura, porque, tal vez, él estaba loco.

Holly no era una de esas mujeres que corren tras el hombre inadecuado, buscando inconscientemente ser usadas, heridas y abandonadas. Era exigente en lo que hacía referencia a los hombres. ¡Por amor de Dios!, ésa era la razón por la que estaba sola: pocos hombres estaban a la altura de su ideal.

«Así es. Demasiado exigente —pensó Holly sarcásticamente—. Ése es el motivo por el que deseas a ese tipo que se cree Superman sin medias ni capa. Sé realista, Thorne. ¡Por Dios!»

Albergar fantasías románticas acerca de James Ironheart era un error, una irresponsabilidad algo fútil, aparte de ser totalmente estúpido.

Pero aquellos ojos...

Holly se durmió con la imagen de su rostro penetrando en su mente, como si la observara desde una bandera gigante, ondulando con suavidad en un cielo despejado. Sus ojos eran aún más azules que aquel fondo celestial.

Al poco rato volvió a tener el sueño de la ceguera. La habitación circular. El suelo de madera. El olor a húmeda piedra caliza. La lluvia tabaleando sobre el tejado. El rítmico crujido: *ziiip*. Algo la tocó. Un hilo húmedo y helado. En la base del cuello. Un tentáculo fino como un lápiz. Gritó y la cosa le taladró el cuello, perforando la base de su cráneo.

*Ziiip.*

Se despertó emitiendo un débil grito de terror. No había confusión posible.

De inmediato supo dónde estaba: el motel, en Laguna Hills.

*Ziiip.*

Aún podía oír el ruido del sueño. Una gran cuchilla cortando el aire. Pero aquel sonido no pertenecía a un sueño. Era real. La habitación estaba tan fría como el lugar oscuro de su pesadilla. Como apresada por el terror que desbordaba su corazón, trató de moverse sin éxito. Percibía un olor a húmeda piedra caliza. De debajo del motel, como si hubieran vastas dependencias, llegó un débil y sordo ruido que Holly asoció con ruedas de piedra, crujiendo unas contra otras.

*Ziiip.*

Algo indescriptible se retorció en la parte posterior de su cuello, enroscándose sinuosamente hacia el interior de su cráneo, un repugnante parásito que la había elegido para albergarlo, deslizándose en su interior, dispuesto a desovar en su cerebro. Pero ella era incapaz de moverse.

*Ziiip.*

Holly no podía ver nada, excepto las franjas de luz pálida contra el techo oscuro, donde la luz del suave resplandor lunar proyectaba las ranuras de la persiana. Holly necesitaba la presencia de más luz.

*Ziip.*

Profería patéticos quejidos de terror, y se despreció de tal forma por su debilidad que, finalmente, consiguió interrumpir su parálisis. Se incorporó con el aliento jadeante. Se arañó la parte posterior del cuello tratando de desprender aquella sonda aceitosa, frígida, que parecía un gusano. No tenía nada en el cuello. ¡Nada! Deslizó sus piernas hasta el borde de la cama. Tanteó en la oscuridad buscando la lámpara. Estuvo a punto de tirarla al suelo. Encontró el interruptor. ¡Luz, al fin!

*Ziip.*

Saltó de la cama. Volvió a sentir algo en la parte posterior de la cabeza, en el cuello, entre los omoplatos... Nada. Allí no había nada. No obstante, lo sentía.

*Ziip.*

Estaba al borde de la histeria e, incapaz de reaccionar, emitía extraños y pequeños ruidos grotescos de miedo y desesperación. De reojo vio que algo se movía. Se dio la vuelta. La pared que había tras la cama transpiraba. Brillaba. La pared entera se retorció ante Holly, como si fuera una membrana sometida a una fuerte presión. Latía de un modo repulsivo, como un enorme órgano en las entrañas humeantes de un monstruo prehistórico.

*Ziip* Retrocedió alejándose de la pared húmeda y malignamente animada. Dio la vuelta... Corrió. Tenía que salir de allí lo antes posible. El Enemigo se acercaba. La había seguido más allá del sueño. La puerta... Cerrada. La cadena estaba echada. Las manos le temblaban. Cada vez estaba más cerca... Era una cadena de seguridad de cobre. Hizo un ruido metálico al quitarla. Abrió la puerta de un tirón. Había algo en el umbral, acechando, más grande que ella, algo que iba más allá de la experiencia humana, algo que era a la vez insecto, reptil y arácnido, retorciéndose y palpitando, una masa enmarañada de patas, antenas, mandíbulas, ojos multiformes, colmillos de serpiente venenosa, pinzas, mil pesadillas fundidas en una sola, pero... ella estaba *despierta*. Aquello irrumpió por la puerta, la atrapó y le causó un dolor insoportable en sus costados, allí donde la desgarraban las zarpas. Holly gritó en medio de la brisa nocturna.

Eso era lo único que se oía a través de la puerta abierta. Una suave y veraniega brisa nocturna.

Holly permaneció en el umbral, temblando y jadeante, contemplando con asombro el paseo de cemento del motel. Finas palmas reales y arbóreos helechos australianos, se balanceaban sensualmente bajo la caricia del viento tropical. La superficie de la piscina ondulaba con suavidad, creando incontables y cambiantes matices, refractando las luces del fondo, de forma que no parecía una masa acuática en medio del jardín, sino un agujero lleno de zafiros brillantes pertenecientes al tesoro de un pirata.

La criatura que la atacó ya no estaba allí, como si nunca hubiera existido. No se había escabullido o deslizado por alguna telaraña; simplemente se había evaporado.

Holly ya no sentía el tentáculo helado y retorcido en la parte posterior del cuello y en el interior de su cráneo.

Un par de personas que también se alojaban en el motel habían salido de sus habitaciones y se hallaban en el paseo, evidentemente alarmadas por su grito.

Holly se apartó del umbral. No quería atraer su atención. Miró por encima de su hombro. La pared que había tras la cama volvía a ser tan sólo una pared. El reloj indicaba las 5.08 de la madrugada. Cerró la puerta sin hacer ruido, y, de pronto, tuvo que apoyarse en ella porque las piernas no la sostenían.

En lugar de sentirse aliviada de que aquel extraño sufrimiento hubiera terminado, estaba destrozada. Se abrazó a sí misma, temblando de tal forma que sus dientes castañeteaban. Empezó a llorar desconsoladamente, no por el miedo ante aquella experiencia, ni porque la inquietara su seguridad o cordura, sino porque se sentía como si hubiera sido violada. Por un momento, aparentemente eterno, se había sentido desamparada, perseguida y atrapada por el terror, controlada por una entidad que iba más allá de su entendimiento. Había sido violada psicológicamente. Algo se había apoderado de ella, forzando su entrada, negándole su propia libertad; aunque se había ido, había dejado sus huellas en su interior, un residuo que mancillaba su mente y su alma.

«Sólo fue un sueño», se dijo a sí misma para darse ánimos.

Pero dejó de ser un sueño cuando se incorporó en la cama y encendió la lámpara. La pesadilla la había seguido hasta el mundo real.

«Sólo un sueño, no hagas una montaña de esto, contrólate —pensó Holly, luchando por recobrar su objetividad—. Soñaste que te hallabas en aquel lugar oscuro, luego soñaste que te incorporabas en la cama y que encendías la luz, después, en tu sueño, viste cómo la pared se abultaba y corriste hacia la puerta. Pero caminabas sonámbula, y todavía estabas dormida cuando abriste la puerta. Sí, todavía estabas dormida cuando viste aquella criatura y gritaste, que fue cuando en realidad despertaste entre tus propios gritos.»

Quería creer en aquella explicación, pero era demasiado ingenua para ser plausible. Jamás había tenido una pesadilla como aquella, tan detallada y exacta. Además, nunca había padecido de sonambulismo.

Algo real había tratado de alcanzarla. Quizá no se trataba de un ser medio arácnido o reptil. Tal vez era sólo la imagen en que otra entidad se encubría para atemorizarla. Pero algo había tratado de adentrarse en este mundo desde... ¿Desde dónde?

No importaba de dónde. Desde fuera. Desde el más allá. Y casi la había atrapado.

No. Aquello era ridículo. Material de psicópata. Ni siquiera el *National Enquirer* publicaba ya ese tipo de basura: VIOLADA PSICOLÓGICAMENTE POR UNA BESTIA DEL MÁS ALLÁ. Una porquería como aquella estaba tres peldaños por debajo de CHER ADMITE SER UN ALIENÍGENA DEL ESPACIO, dos peldaños por debajo de JESÚS HABLA A UNA MONJA DESDE EL INTERIOR DE UN MICROONDAS, e incluso un peldaño entero por debajo de ELVIS TUVO UN TRASPLANTE DE CEREBRO, AHORA VIVE BAJO LA IDENTIDAD DE RO—SEANNE BARR.

Cuanto más estúpida se sentía por albergar tales pensamientos, más alejada se encontraba. Afrontar aquella experiencia resultaría más fácil si creía que todo se debía a su imaginación hiperactiva, especialmente estimulada de forma irracional a causa del fantástico caso de Ironheart. No quedaba más remedio que admitirlo.

Finalmente, Holly consiguió mantenerse en pie por sí misma, sin apoyarse en la puerta. Volvió a echar el cerrojo y puso la cadena de seguridad.

Al alejarse de la puerta, notó un dolor punzante y caliente en el costado izquierdo. No era serio, pero hizo que su rostro se contrajera en una mueca de dolor, y advirtió que un dolor similar, aunque algo más leve, también atenazaba su costado derecho.

Al levantar la camiseta, Holly descubrió que el tejido estaba rasgado por tres partes en el lado izquierdo y dos en el derecho. Tenía manchas de sangre.

Con renovado temor, se dirigió al lavabo y encendió la luz del fluorescente. Permaneció de pie frente al espejo, vaciló, luego se quitó la camiseta desgarrada.

Un fino flujo de sangre manaba de tres heridas superficiales en su costado izquierdo. La primera laceración se hallaba justo bajo el pecho, y las otras estaban separadas por un espacio de seis centímetros. Dos arañazos destacaban en su costado derecho, aunque eran menos profundos que los del izquierdo y no sangraban.

Las zarpas...

Jim vomitó en la taza del retrete, tiró de la cadena, y luego se enjuagó la boca dos veces con Listerine mentolado.

El rostro que contempló en el espejo era el más preocupado que había visto en su vida. Tuvo que apartar la mirada del reflejo de sus propios ojos.

Se apoyó en el lavabo. Por milésima vez en lo que iba de año, se preguntó en nombre de Dios lo que le estaba ocurriendo.

En su sueño había regresado al molino. Hasta entonces no había tenido la misma pesadilla dos noches seguidas. Normalmente transcurrían semanas antes de que volvieran a repetirse.

Además, en ella apareció un nuevo elemento aún más inquietante que la lluvia contra las estrechas ventanas, la llama vacilante de la vela y sus danzantes sombras, el sonido de las aspas girando fuera o el extraño ruido de las piedras del molino. En efecto, se había percatado de una presencia malévola que aunque no podía ver, se acercaba por segundos, algo tan diabólico y extraño que ni siquiera podía imaginar su forma e intenciones. Imaginó que estallaría atravesando la pared de piedra caliza, que irrumpiría a través del suelo entarimado o caería sobre él desde la puerta de madera recia situada al final de la escalera del molino. No podía decidir en qué dirección correr. Finalmente, había abierto la puerta de golpe y despertó con un grito. Si algo había estado allí, no recordaba su apariencia.

Dejando a un lado la forma que pudiera tener, Jim sabía cómo llamarlo: «el enemigo», con la particularidad de que pensaba en él con dos «e» mayúsculas: «El Enemigo». La bestia amorfa que surgía en otras pesadillas había alcanzado al sueño del molino, en el que nunca antes le había aterrorizado. Aunque resultara absurdo, tenía la sensación de que aquella criatura no era únicamente una fantasía de su subconsciente. Era tan real como él mismo. Tarde o temprano cruzaría la barrera que separaba el mundo de los sueños del mundo real, con la misma facilidad con que había cruzado la barrera existente entre diferentes pesadillas.

Holly no consideró ni por un momento la posibilidad de volver a la cama. Sabía que, a pesar del café solo que había tomado, pasarían muchas horas hasta que pudiera conciliar el sueño, hasta que estuviera tan exhausta que fuera incapaz de mantener los ojos abiertos. El sueño había dejado de ser un refugio. En lugar de eso

era una fuente de peligro, un camino hacia el infierno, o algún lugar peor, a lo largo del cual podía encontrarse con un viajero que no pertenecía a la especie humana.

Aquello la enfureció. Todo el mundo necesitaba el refugio del sueño.

Al amanecer, Holly se dio una larga ducha, frotando cuidadosamente, pero con esmero, las laceraciones de sus costados, a pesar de que el jabón y el agua caliente le escocían las heridas. Temía desarrollar una infección tan extraña como la monstruosidad que le había causado las heridas.

Aquello acentuó su rabia.

Por naturaleza, era una buena *girl—scout*, siempre preparada para cualquier eventualidad. Cuando viajaba, llevaba consigo un botiquín en el estuche de su maquinilla de depilar Lady Remington: yoduro, gasas, esparadrapo, tiritas, un pequeño aerosol de Bactine, y un tubo de ungüento para las quemaduras leves. Después de secarse con una toalla, Holly se sentó desnuda en el borde de la cama, se roció las heridas con Bactine, y luego las untó con yoduro.

Holly se hizo reportera, en parte porque cuando era más joven creyó que el periodismo tenía la facultad de «narrar» el mundo, de dar sentido a los acontecimientos que parecían ser caóticos y carentes de significado. Más de una década trabajando en un periódico había alterado su convicción de que la experiencia humana *podía* ser explicada totalmente con el paso del tiempo. No obstante, mantenía ordenada su mesa de trabajo, con fichas meticulosamente dispuestas, y pulcras notas de artículos. En los armarios de su casa, la ropa estaba ordenada según las estaciones del año, luego según la ocasión —formal o semiformal—, y, finalmente, según el color. Si la vida insistía en ser caótica, y el periodismo le había fallado como instrumento ordenador del mundo, al menos podía apoyarse en la rutina y la costumbre para crear un universo personal estable, por frágil que fuera, que mantuviese a raya el desorden y el tumulto de la vida.

El yoduro escocía.

Se sintió más enfurecida. Colérica.

La ducha removió los coágulos de sangre de los rasguños más profundos de su costado izquierdo. Volvía a sangrar ligeramente. Durante un rato permaneció sentada en el borde de la cama, inmóvil, apretando un clínex contra las heridas, hasta que dejaron de sangrar.

Cuando Holly se vistió con unos vaqueros de color marrón y una blusa esmeralda, ya eran las siete y media.

Sabía cómo iniciar el día, y nada le apartaría de sus planes. No tenía el más mínimo apetito para desayunar. Al salir a la calle descubrió que la mañana era despejada y extraordinariamente templada, incluso para Orange County. Sin embargo, aquel clima sublime no causó en Holly ninguna influencia tranquilizadora, y ni siquiera pensó en detenerse un instante para disfrutar de los primeros rayos diurnos en su rostro. Condujo el coche a lo largo del aparcamiento, hacia la calle, y luego se dirigió a Laguna Niguel. Llamaría a la puerta de Jim Ironheart y le exigiría numerosas respuestas.

Quería la historia completa, la explicación de cómo podía saber cuándo la gente estaba a punto de morir y por qué se arriesgaba hasta aquel extremo con tal de salvar a perfectos desconocidos. Pero también quería saber por qué la pesadilla de la noche anterior se había hecho realidad, cómo y por qué la pared de su habitación había empezado a brillar y palpar como algo vivo, y qué tipo de criatura había surgido de su pesadilla asiéndola con unas garras que eran algo más sustancial que el producto de un sueño.

Estaba segura de que él tenía las respuestas. La noche anterior, por segunda vez en sus treinta y tres años, se había encontrado con lo desconocido, había topado con lo sobrenatural. La primera vez tuvo lugar el 12 de agosto, cuando Ironheart salvó milagrosamente a Billy Jenkins de ser arrollado por un camión frente a McAlbury School, aunque sólo más tarde Holly se dio cuenta de que Ironheart provenía directamente de una Dimensión Desconocida. A pesar de que Holly reconocía sus numerosos defectos, la estupidez no era uno de ellos. Sólo un imbécil sería incapaz de advertir que sus dos contactos paranormales, Ironheart y la pesadilla hecha realidad, se hallaban vinculados.

Estaba más que enfadada. Estaba furiosa.

Mientras circulaba lentamente a lo largo de Crown Valley Parkway, se dio cuenta de que su rabia provenía, en parte, del hecho evidente de que el gran artículo que iba a encumbrarla profesionalmente era fruto de algo que trascendía el asombro, la maravilla, el coraje, la esperanza y el triunfo, como ella había previsto. Al igual que la mayoría de artículos publicados en las primeras páginas de los periódicos desde la invención de la prensa, aquella historia tenía su lado oscuro.

Jim se vistió para ir a la iglesia. Ya no acudía regularmente a la misa del domingo, ni a los actos que celebraban las distintas religiones con las que en el pasado se había comprometido esporádicamente. Pero al hallarse bajo el control de un poder superior desde el pasado mes de mayo, cuando voló hacia Florida para salvar las vidas de Sam y Emily Newsome, se sentía predispuesto a pensar en Dios más de lo normal. Desde que el padre Geary le habló de los estigmas que habían marcado su cuerpo mientras yacía inconsciente en el suelo de Nuestra Señora del Desierto, sintió una renovada atracción por el catolicismo por primera vez en un par de años. En realidad, no esperaba que el misterio de los acontecimientos recientes se desvelara a través de las respuestas halladas en la iglesia.

Al coger las llaves del coche que colgaban del tablero de la cocina, junto a la puerta del aparcamiento, se escuchó a sí mismo decir: «Línea de vida». De inmediato, sus planes cambiaron. Se quedó inmóvil, sin saber muy bien lo que debía hacer. Entonces se apoderó de él la conocida sensación de marioneta, y volvió a colgar las llaves en el tablero.

Regresó a la habitación y se quitó los mocasines, el pantalón de color gris, la cazadora y la camisa blanca. Se puso unos vaqueros y una camisa hawaiana por encima del pantalón, a fin de que la ropa le molestara lo menos posible.

Necesitaba ir holgado, sentirse flexible. No tenía idea de *por qué* la flexibilidad y la holgura eran necesarias para lo que se avecinaba, pero Jim intuía que así era.

Sentado en el suelo frente al armario, seleccionó un par de zapatos confortables, un par de Rockport gastadas. Se ató los cordones con firmeza, pero sin apretarlos demasiado. Se levantó para comprobar qué tal le iban.

Cogió la maleta del estante superior, y de pronto dudó. No estaba seguro de necesitar equipaje. Unos segundos más tarde *supo* que debía viajar con poco equipaje. Cerró la puerta del armario sin coger la maleta.

El hecho de que no tuviera que llevar equipaje significaba que su destino se hallaba a una distancia asequible para el coche y que el viaje, incluyendo el tiempo necesario para llevar a cabo cualquiera que fuese la misión, no duraría más de veinticuatro horas. Pero al alejarse del armario, se sorprendió a sí mismo al pronunciar la palabra «aeropuerto». Desde luego, había muchos lugares a los que se podía ir y volver en avión en un solo día.

Cogió la cartera del interior del cajón, y esperó una señal indicativa de que volviera a dejarla, hasta que finalmente la introdujo en el bolsillo de su pantalón. Por supuesto, no sólo iba a necesitar algo de dinero, sino también su carné de identidad para evitar cualquier contratiempo.

Cuando regresó a la cocina y cogió las llaves del coche, sintió que el miedo se apoderaba de él, aunque no con la misma intensidad que la última vez que partió de su casa para llevar a cabo una misión. En aquella ocasión se le «dijo» que robara un coche para que no pudieran seguirle la pista, y que se internara en el desierto de Mojave. Tal vez encontraría adversarios más terribles que los dos hombres de la Roadking, pero no estaba tan preocupado como entonces. Sabía que podía morir. Ser el instrumento de una fuerza superior no implicaba garantía alguna de inmortalidad; seguía siendo un hombre, cuya carne podía ser desgarrada, cuyos huesos podían ser fracturados y cuyo corazón podía detenerse instantáneamente por una bala en el lugar preciso. Su moderado temor tan sólo se justificaba por su anterior viaje, en cierto modo místico: la Harley, los dos días que pasó junto al padre Geary, el conocimiento de los estigmas aparecidos en su cuerpo, y la absoluta convicción de que una mano divina se hallaba detrás de todo.

Holly estaba en Bougainvillea Way, en el bloque contiguo al de la casa de Ironheart, cuando un Ford verde oscuro hizo marcha atrás saliendo del aparcamiento. Holly no sabía qué tipo de coche tenía, pero ya que vivía solo dedujo que el Ford debía de ser suyo.

Holly aceleró. Estaba decidida a interceptar el coche de Ironheart, obligándole a detenerse y hacerle frente en medio de la calle. Luego aminoró la marcha, comprendiendo que la discreción no solía desembocar en un error fatal. Tal vez de ese modo podría ver hacia dónde se dirigía, lo que tramaba.

Cuando Holly pasó frente a su casa, la puerta automática del aparcamiento estaba bajando. Justo antes de que se cerrara vio que no había más coches dentro. El hombre del Ford no podía ser otro que Ironheart.

Debido a que jamás se le había asignado una noticia relacionada con lores drogadictos, políticos deshonestos o empresarios corruptos, Holly no era una experta en seguir la pista a un sujeto por carretera. Las técnicas y habilidades requeridas para realizar operaciones clandestinas no eran necesarias cuando uno escribía exclusivamente artículos acerca de Trofeos de Madera de Construcción, malabaristas con trajes de neón que actuaban con ratones vivos en las escaleras del ayuntamiento, o concursos de tartas. Holly recordaba que Ironheart había hecho un curso de dos semanas de conducción agresiva en una escuela especial de Martin County; si sabía conducir lo bastante para despistar a terroristas persecutores, podía dejarla atrás en menos de treinta segundos si se percataba de que ella le seguía.

Se mantenía tan alejada de él como le era posible. Afortunadamente, el tráfico matutino dominical era lo suficiente denso para ocultarla detrás de otros coches. Y era lo suficientemente fluido para que Holly no se preocupara por la posibilidad de que los carriles quedaran colapsados, separándola de él hasta perderle de vista.

Ironheart condujo por Crown Valley Park en dirección este, hacia la carretera interestatal número 5, luego se dirigió al Norte, tomando la 405 hacia Los Angeles.

Cuando dejaron atrás las apiñadas y elevadas construcciones en torno al South Coast Plaza, el principal centro comercial y de oficinas para los dos millones de personas que habitaban Orange County, el estado anímico de Holly había mejorado. Demostraba ser toda una experta en la vigilancia móvil, manteniéndose detrás de

Ironheart e intercalando entre dos y seis coches, pero siempre lo bastante cerca para seguirle en caso de que se desviara bruscamente por alguna salida. Su rabia se vio atenuada por el placer de la hábil persecución. De vez en cuando incluso admiraba la claridad del cielo azul, las adelfas blancas y las rosas florecientes que flanqueaban la autopista en algunos tramos.

Sin embargo, al dejar atrás Long Beach, empezó a temer que perdería el día entero en la carretera, sólo para acabar descubriendo que el lugar al que se dirigía Ironheart no tenía nada que ver con el enigma que a ella le interesaba. Incluso un superhéroe autoproclamado, con poderes clarividentes, podía pasar el día yendo a la función de tarde de una obra teatral, sin otro peligro que comer *szechuan* chino sazonado con la mostaza más picante del *chef*.

Asimismo, empezó a preguntarse si Ironheart podía percatarse de su presencia mediante sus poderes psíquicos. Percibirla unos coches más atrás parecía mucho más fácil que prever la muerte inminente de un niño en Boston. Por otro lado, quizá la clarividencia era un poder esporádico, algo que él no podía conectar o desconectar a su antojo, y, tal vez, sólo funcionaba con acontecimientos futuros verdaderamente importantes, de forma que en su mente irrumpían visiones de peligro, destrucción y muerte, no simplemente ninguna visión en absoluto. Tenía cierta lógica. Probablemente uno terminaría por enloquecer si tuviera visiones parapsicológicas que le anunciaran de antemano si iba a gustarle una película determinada, a disfrutar de una buena cena o, por el contrario, padecería de flatulencias producidas por aquella pasta de cabello de ángel aliñada de ajo que había degustado con sumo placer. No obstante, Holly se distanció un poco más, dejando que se situara otro coche entre ambos.

Cuando Ironheart abandonó la autopista, tomando la salida que llevaba al Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, Holly se alteró. Tal vez sólo iba al aeropuerto en busca de alguien. Sin embargo, era más probable que fuera a coger un vuelo, embarcándose en una de sus oportunas misiones de rescate, tal como había volado hasta Portland dos semanas atrás. Holly no estaba preparada para viajar; ni siquiera llevaba una muda de ropa. No obstante, tenía dinero en efectivo y tarjetas de crédito para afrontar los posibles gastos, y podía comprar una blusa en cualquier parte. La idea de seguir a Ironheart hasta el mismo lugar de la acción la seducía. A fin de cuentas, cuando escribiera sobre él, podría hacerlo con más autoridad si había sido testigo presencial de dos de sus rescates.

Estuvo a punto de perder la calma cuando Ironheart dobló la curva que subía en espiral hasta el aparcamiento del aeropuerto, porque ya no había ningún coche que pudiera camuflar su presencia. La única alternativa que tenía era seguir adelante, estacionar el coche en otro aparcamiento, y perderle de vista. Se mantuvo detrás hasta donde le fue posible y cogió el tique de la máquina automática unos segundos más tarde que él.

Ironheart encontró aparcamiento en mitad de una fila de coches estacionados en la tercera planta, Holly se detuvo diez plazas más lejos. Se deslizó en su asiento hacia abajo y permaneció en el interior del coche, concediéndole cierto tiempo de ventaja a fin de evitar la posibilidad de que Ironheart se girara hacia atrás y la viera.

Casi esperó demasiado. Cuando salió del coche, apenas tuvo oportunidad de ver cómo giraba hacia la izquierda y desaparecía tras una pared situada al fondo de la rampa.

Se apresuró a seguirle. El apagado y débil sonido de sus pisadas resonó contra el bajo techo de cemento. En la base de la rampa, al doblar la esquina, vio que Ironheart entraba en el hueco de la escalera. Cuando cruzó la puerta tras él, le oyó descender el último tramo y abrir la puerta de abajo.

Gracias a la vistosa camisa hawaiana de Ironheart, Holly pudo mantenerse a considerable distancia, mientras él cruzaba la vía de acceso y entraba en la terminal de las Aerolíneas Unidas. Holly deseó que aquellos pasajeros no tuvieran por destino Hawai. Llevar a cabo una investigación sin el apoyo económico del periódico ya era bastante caro de por sí. Si aquel día Ironheart iba a salvar la vida de alguien, esperaba que fuera en San Diego y no en Honolulu.

Una vez en la terminal, Holly se ocultó tras un grupo de suecos de elevada estatura, mientras Ironheart permanecía de pie durante un rato frente a unos monitores, estudiando el horario de las próximas salidas. A juzgar por la forma en que fruncía el ceño, no parecía encontrar el vuelo que deseaba. O, tal vez, aún no *sabía* qué vuelo quería. Quizá sus premoniciones no acudían a él de forma inmediata y total; puede que tuviera que elaborarlas, desarrollarlas, sin saber hacia dónde o a quién iba a salvar hasta encontrarse en el lugar indicado.

Tras unos minutos, se dio la vuelta y cruzó el vestíbulo hacia el mostrador de billetes. Holly siguió manteniéndose a una distancia razonable, observándole de lejos, hasta que cayó en la cuenta de que no conocería su destino a menos que estuviera lo bastante cerca como para escuchar a Ironheart comunicárselo al empleado. De mala gana acortó la distancia que les separaba.

Desde luego podía esperar a que comprara el billete, seguirle para averiguar a qué puerta de embarque se dirigía, y luego hacer una reserva en el mismo vuelo. Pero, ¿y si el avión despegaba mientras ella recorría a toda prisa los pasillos inacabables de la terminal? También cabía la posibilidad de engatusar al empleado para que le dijera qué vuelo iba a tomar Ironheart, argumentando que tenía una tarjeta de crédito que se le había caído. Pero la compañía podía encargarse de devolvérsela; o, si su historia les parecía sospechosa, podían incluso llamar a los guardias de seguridad.

Una vez en la cola formada frente al mostrador de billetes, Holly se atrevió a acercarse hasta que sólo se interpuso una persona entre los dos. Era un hombre fornido, de barriga prominente, que parecía un miembro de la Liga Nacional de Fútbol deteriorado; desprendía un olor corporal desagradable, pero le proporcionaba una considerable cobertura, por lo cual le estaba agradecida.

La pequeña cola avanzó con rapidez. Cuando Ironheart llegó al mostrador, Holly se asomó con cuidado por detrás del gordo y se inclinó hacia delante para escuchar sus palabras.

De pronto, por los altavoces surgió la voz suave y sensual de una mujer anunciando que habían encontrado a un niño extraviado. Al mismo tiempo, pasó un grupo de bulliciosos neoyorquinos quejándose de la ostensible falta de ética de los empleados de California, al parecer echando de menos cierta hostilidad. Las palabras de Ironheart se hicieron inaudibles.

Holly se acercó aún más.

El hombre gordo la miró con el ceño fruncido, sospechando evidentemente que quería colarse. Holly le sonrió tratando de garantizar que no albergaba ninguna mala intención y dando a entender que era perfectamente consciente de que podía aplastarla como a un insecto.

Si Ironheart hubiera mirado hacia atrás la habría descubierto sin dificultad alguna. Holly contuvo el aliento, oyó que el empleado decía: «...el Aeropuerto O'Hare, de Chicago, sale dentro de veinte minutos...», y volvió a escudarse tras el hombre gordo, que la miró de nuevo por encima del hombro con el ceño fruncido.

Se preguntó por qué había ido al aeropuerto de Los Ángeles para coger un vuelo hacia Chicago. Estaba segura de que había numerosas conexiones con O'Hara

desde el Aeropuerto John Wayne en Orange County. En fin... Aunque Chicago estaba más lejos que San Diego, era preferible — y más barato— que Hawai.

Ironheart pagó el billete y se alejó presurosamente en busca de la puerta de embarque.

Estaba satisfecha de sí misma.

Cuando llegó al mostrador entregó una tarjeta de crédito y pidió un asiento en el mismo vuelo hacia Chicago. Por un instante, tuvo el terrible presentimiento de que el empleado le diría que el avión estaba completo. Pero quedaban plazas, y consiguió su billete.

La sala de embarque estaba casi vacía. La mayoría de pasajeros ya se encontraban en el avión. No había ni rastro de Ironheart.

Mientras avanzaba a lo largo de la puerta de embarque, semejante a un túnel, Holly empezó a inquietarse ante la idea de que él la viera dirigirse a su asiento por el pasillo del avión. Podía fingir que no le había visto, o que no le reconocía si se acercaba hasta ella. Pero dudaba de que Ironheart creyera que su presencia en el avión se debía a una coincidencia. Una hora y media antes se habría enfrentado a él. Ahora lo único que quería era *evitar* un enfrentamiento. Si la veía, cancelaría su viaje; quizá nunca más volvería a tener la oportunidad de presenciar uno de sus rescates milagrosos.

El avión era un amplio DC-10 con dos pasillos. Cada fila de nueve asientos estaba dividida en tres secciones: dos asientos junto a las ventanillas del lado izquierdo, cinco en el centro, y dos más junto a las del lado derecho. Holly tenía asignada la fila número veintitrés, el asiento H, situado en el lado derecho, y separado por otro asiento de la ventanilla. Mientras avanzaba por el pasillo, observó los rostros de los pasajeros en espera de cruzar su mirada con la de Ironheart. De hecho, prefería perderle de vista hasta que llegaran al Aeropuerto de O'Hare. El DC-10 era un aeroplano inmenso. Aunque había algunos asientos vacíos, se hallaban a bordo más de doscientas cincuenta personas. Ella e Ironheart podían dar la vuelta al mundo en aquel aparato sin tropezar el uno con el otro; en realidad, estaba segura de que así ocurriría en las pocas horas de viaje hasta Chicago.

De pronto le vio. Estaba sentado en la fila número dieciséis del centro, en el asiento que daba al pasillo izquierdo. Justo al otro lado del avión, ojeaba una revista de la compañía aérea. Holly rogó que no levantara la vista hasta que ella hubiera pasado de largo. Aunque tuvo que apartarse para dejar paso a un empleado de la compañía que escoltaba a un niño que viajaba solo, sus deseos se cumplieron. Ironheart mantuvo la cabeza inclinada sobre la revista hasta que Holly pasó de largo. Llegó al asiento 23—H y se sentó. Suspiró aliviada. Incluso en el caso de que se levantara para ir al servicio, o para estirar las piernas, no habría razón alguna por la que dirigirse al pasillo derecho. Perfecto.

Holly miró al hombre que tenía a su lado, junto a la ventanilla. Tenía poco más de treinta años, bronceado y en aparente buena forma física. Llevaba un traje de ejecutivo de color azul marino, una camisa blanca, y una corbata. Su ceño estaba tan fruncido como planchado su traje, y estaba manejando un ordenador portátil. A fin de desalentar cualquier intento de conversación, tenía puestos unos auriculares; le dirigió una fría sonrisa con el mismo fin.

A Holly no le importó. Al igual que otros muchos reporteros no era una persona locuaz por naturaleza. Su trabajo requería escuchar, no necesariamente conversar. Se alegró de pasar el viaje en compañía de una revista y de sus complejos pensamientos.

Habían transcurrido dos horas y Jim todavía no tenía la menor idea de cuál sería su destino una vez que el avión hubiera aterrizado en el Aeropuerto O'Hare. De todos modos, no estaba preocupado al respecto, porque había aprendido a ser paciente. La revelación, tarde o temprano, acababa produciéndose.

No había nada interesante en la revista, y la película que proyectaban parecía tan divertida como unas vacaciones en una prisión soviética. Los dos asientos contiguos a su derecha estaban vacíos, así que no se veía en la obligación de conversar con un extraño. Reclinó su asiento ligeramente hacia atrás, cruzó las manos sobre su estómago y cerró los ojos. Dejó que pasara el tiempo entre las preguntas de las azafatas sobre su apetito y confort reflexionando sobre el sueño del molino, y tratando de hallar su significado, en caso de que tuviera alguno.

Sin embargo, aunque trataba de reflexionar al respecto, por alguna curiosa razón, su mente vagaba hacia la reportera Holly Thorne.

Diablos, no estaba siendo sincero, porque conocía perfectamente la razón por la que ella estaba siempre en sus pensamientos desde que la había conocido. Era un verdadero regalo para la vista, y además inteligente; con un solo vistazo uno sabía que un millón de engranajes perfectamente engrasados, silenciosos y productivos, giraban en su cabeza.

También tenía sentido del humor. Hubiera dado lo que fuera por compartir sus días y sus largas noches de pesadillas con una mujer así. La risa solía ser una función compartida; una observación, una broma, un instante. No acostumbraba a reír en su soledad habitual, y si lo hacía, probablemente significaba que debía empezar a plantearse la necesidad de pasar una larga temporada en un centro con paredes acolchadas.

Nunca había sido afable con las mujeres, así que a menudo había estado sin ellas. Incluso antes de aquellos sucesos extraños, tenía que admitir que era una persona con la que resultaba difícil convivir. Aunque no era depresivo, sabía que la muerte acompañaba siempre a la vida. A menudo divagaba sobre la futura oscuridad. Por otro lado, se reconocía demasiado torpe para atrapar el momento oportuno y sucumbir al placer. Si...

Abrió los ojos y se incorporó en el asiento, porque de pronto recibió la revelación que había esperado. O, al menos, parte de ella. Todavía no sabía lo que iba a ocurrir en Chicago, pero sí los nombres de las personas cuyas vidas esperaba salvar: Christine y Casey Dubrovec.

Para su sorpresa se dio cuenta de que se hallaban en el avión, lo que le llevó a sospechar que los problemas surgirían en el aeropuerto de O'Hare o, por lo menos, poco después de aterrizar. De lo contrario no se habrían cruzado en su camino tan pronto. Lo normal era encontrar a la gente unos minutos antes de que su vida se viera amenazada.

Impulsado por las mismas fuerzas que le habían guiado periódicamente desde el pasado mes de mayo, se levantó y se dirigió a la parte delantera del avión, luego al pasillo derecho. No supo lo que estaba haciendo hasta que se detuvo en la fila veintidós y posó su mirada en una mujer y su hija, sentadas en los asientos I y H. La mujer tendría algo menos de treinta años; tenía un rostro agraciado, no era bello pero era agradable. La niña tendría alrededor de unos cinco o seis años.

La mujer levantó la vista hacia él con extrañeza, y Jim dijo:

—¿Señora Dubrovec?

Ella parpadeó sorprendida.

—Perdone... ¿Le conozco de algo?

—No, pero Ed me dijo que iba a coger este vuelo y me encargó que cuidase de usted.

Cuando pronunció este nombre, supo que Ed era su marido, aunque por supuesto desconocía cómo había llegado a saberlo. Se agachó junto a su asiento y le brindó la mejor de sus sonrisas.

— Soy Steve Harkman. Ed está en ventas, y yo en publicidad, así que nos volvemos locos mutuamente en la docena de reuniones semanales a las que asistimos.

El rostro virginal de Christine Dubrovec se iluminó.

—Oh, sí, me ha hablado de usted. Ha entrado en la compañía hace cosa de un mes, ¿verdad?

—Va a hacer seis semanas —respondió Jim sin ningún complejo, seguro de que las respuestas surgirían aunque ni siquiera supiera de qué estaba hablando—. Y ésta debe de ser Casey.

La niña estaba sentada junto a la ventanilla. Levantó la cabeza, distrayendo su atención de un libro con dibujos en relieve.

—Mañana voy a cumplir seis años, es mi cumpleaños, y vamos a visitar a mis abuelos. Son muy viejos, pero muy simpáticos.

Ironheart se echó a reír.

—Estoy seguro de que están orgullosos de tener una nieta tan lista como tú.

Cuando Holly vio aproximarse a Ironheart por el pasillo derecho, se sorprendió de tal forma que estuvo a punto de saltar de su asiento. Al principio creyó que la miraba directamente. Tuvo el impulso de iniciar una confesión incluso antes de que llegara: «Sí, de acuerdo, he estado siguiéndole, indagando acerca de usted, invadiendo su vida privada sin ninguna consideración». Conocía a muy pocos periodistas que se hubiesen sentido culpables por entrometerse en sus propias vidas, pero Holly parecía incapaz de eliminar aquel sentimiento de decencia que se había interpuesto en el avance de su profesión desde que terminó la carrera de periodista. Estuvo a punto de echarlo todo a perder, pero se dio cuenta de que estaba mirando a la mujer morena que se hallaba sentada frente a ella. Holly tragó saliva y se deslizó unos centímetros en su asiento en lugar de precipitarse en una impetuosa confesión. Cogió la revista. Lenta y deliberadamente, la abrió para ocultarse tras ella, temiendo que un movimiento imprevisto atrajera su atención antes de que tuviera tiempo de esconderse tras sus páginas.

La revista le impedía verle, pero podía oír cada una de sus palabras y la mayor parte de las respuestas que daba la mujer. Escuchó cómo Ironheart se hacía pasar por Steve Harkman, un ejecutivo de una compañía publicitaria, y se preguntó qué sentido tenía todo aquello.

Se atrevió a girar la cabeza lo suficiente para mirar de reojo. Ironheart estaba agachado junto al asiento de la mujer, tan cerca que Holly podría haberle escupido, aunque su práctica al respecto era la misma que tenía en la vigilancia clandestina.

Se dio cuenta de que sus manos temblaban y de que agitaba la revista levemente. Irguió la cabeza, miró las páginas que tenía enfrente, y se concentró en no perder la calma.

—¿Cómo demonios ha podido reconocerme? —preguntó Christine Dubrovek.

— Bueno, Ed casi tiene empapelado su despacho con las fotografías de usted y su hija.

— Oh, claro.

—Escuche, señora Dubrovek...

—Lámeme Christine.

—Gracias. Christine... Tengo un segundo motivo por el que estar aquí dándote la lata. Según Ed, tienes una habilidad especial para emparejar a la gente.

Ironheart había pronunciado las palabras apropiadas: el dulce y radiante rostro de Christine se iluminó aún más.

—Bueno, me gusta ver a dos personas juntas si considero que se compenetran mutuamente, y debo admitir que he tenido algún que otro éxito.

— ¿Haces «cerillas», mamá?<sup>1</sup> —preguntó su hija. Curiosamente sincronizada con la psicología de una niña de seis años, Christine respondió:

—No de las que se usan para los cigarrillos, tesoro.

—Oh, bien —dijo Casey regresando a su libro de dibujos en relieve.

—El asunto es —dijo Jim— que acabo de llegar a Los Ángeles, sólo llevo allí ocho semanas, y soy el clásico y original solitario. No me gustan los bares de solteros, ni quiero hacerme socio de un club de gimnasia para conocer a una mujer, e imagino que cualquier persona con la que conectar a través de un servicio computerizado estará tan desesperada y confundida como yo.

Christine se echó a reír.

—A mí no me parece que estés confundido o desesperado..

—Perdone, señor —dijo una azafata con amable firmeza, tocando el hombro de Jim—, pero no puedo permitirle que bloquee el pasillo.

—Oh, claro —dijo Jim poniéndose en pie—. Concédame sólo un minuto. — Luego se dirigió a Christine—: Escucha, esto es embarazoso, pero realmente me gustaría hablar contigo, hablarte de mí, de lo que busco en una mujer, y quizá si tú conocieras a alguien...

—Desde luego, me encantaría —respondió Christine.

A juzgar por el entusiasmo de sus palabras, Christine debía de ser la reencarnación de una aldeana que había sido una solicitada casamentera o una hábil *schatchen* de Brooklyn.

#### 1. Emparejar, *matchmaking*. *Match* significa cerilla y *making*, hacer.

—Mira, hay dos asientos vacíos junto al mío —dijo Jim—. Tal vez podáis pasar conmigo el resto del viaje...

Jim temió que se mostrara reacia a abandonar los asientos del lado de la ventanilla, y una ansiedad inexplicable atenazó su estómago mientras esperaba la respuesta.

Sin embargo, Christine sólo vaciló un par de segundos.

—Sí, ¿por qué no?

La azafata, que aún permanecía a su lado, asintió con aprobación.

—Creí que a Casey le gustaría contemplar la vista desde aquí arriba —dijo Christine dirigiéndose a Jim—, pero no parece prestarle mucha atención. Además, estamos en la parte posterior del ala y apenas podemos ver el paisaje.

Jim no entendió por qué se sintió aliviado cuando ella accedió a cambiar de sitio, aunque en aquellos días había muchas otras cosas que le dejaban perplejo.

—Bien, fantástico. Gracias, Christine.

Al echarse hacia atrás para permitir que Christine Dubrovек se levantara de su asiento, advirtió a la pasajera que había detrás. Era evidente que a la pobre mujer le aterrorizaba ir en avión. Tenía ante su rostro un ejemplar de la revista *Vis a Vis*, tratando de disipar su miedo a través de la lectura; no obstante, sus manos temblaban de forma tan exagerada que la revista no dejaba de agitarse un solo momento.

—¿Dónde estás sentado? —preguntó Christine.

—En el otro pasillo, en la fila dieciséis. Ven, te enseñaré dónde está.

Jim levantó el único bulto de equipaje de Christine mientras ella y Casey cogían el resto de sus escasas pertenencias, luego las guió a la parte delantera del avión. Casey se metió en la fila dieciséis, seguida por su madre.

Antes de que Jim se acomodara en el asiento, algo le impulsó a girar la mirada en dirección a la mujer que padecía aerofobia y que se hallaba sentada en la fila veintitrés. Había dejado a un lado la revista. Estaba mirando a Jim. La conocía. Era Holly Thorne.

Jim se quedó estupefacto.

—¿Steve? —dijo Christine Dubrovек.

Al otro lado del avión, la periodista se dio cuenta de que Jim la había visto. Holly le miró con los ojos muy abiertos, paralizada como un ciervo ante los faros de un coche.

—¿Steve?

Jim miró a Christine y le dijo:

— Oh, discúlpame un minuto, Christine. Tan sólo un minuto. Ahora mismo vuelvo. Espérame aquí, ¿de acuerdo? Espérame aquí mismo.

Jim se dirigió a la parte delantera del avión y al pasillo de la derecha.

Su corazón latía aceleradamente. Tenía un nudo de miedo en la garganta. Sin embargo, no sabía por qué. No estaba asustado a causa de Holly Thorne. Supo de inmediato que su presencia allí no se debía a una mera coincidencia, sabía que había descubierto su secreto y que le había seguido. Pero en aquel momento le traía sin cuidado. El que le descubrieran, que le desenmascararan no era lo que provocaba su temor. No tenía la menor idea de cuál era la causa de su creciente ansiedad, pero aumentaba por momentos hasta límites insospechados.

Mientras Jim se dirigía hacia la periodista, ella empezó a levantarse. Una mirada de resignación cruzó su rostro y volvió a sentarse. Seguía siendo tan atractiva como la recordaba, aunque unas evidentes ojeras denotaban que no había dormido lo suficiente.

Cuando llegó a la fila veintitrés le tendió la mano y dijo:

—Acompáñeme.

Holly no le dio la mano.

—Tenemos que hablar —dijo Jim.

—Podemos hablar aquí.

—No, no podemos.

La azafata que le había advertido que no bloqueara el pasillo se estaba acercando de nuevo.

Al ver que Holly no cogía su mano, Jim la asió por el brazo y la conminó a que se levantara, esperando no verse obligado a tirar de ella para que abandonara su asiento. La azafata probablemente estaría pensando que era algún perverso *Svengali* que estaba reuniendo a las mujeres más atractivas del avión para rodearse de un harén en el otro pasillo. Afortunadamente, la periodista se levantó sin emitir protesta alguna.

Jim la condujo a través del avión hasta el lavabo. No estaba ocupado, así que la empujó dentro. Miró hacia atrás, esperando encontrar a la azafata observándole, pero estaba atendiendo a otro pasajero. Siguió a Holly, entró en aquel diminuto cubículo y cerró la puerta.

Holly se encogió en la esquina, tratando de separarse de él, pero seguían virtualmente pegados.

—No le tengo miedo —dijo Holly.

— Perfecto. No hay razón para ello.

Las paredes pulidas del lavabo absorbían las vibraciones. El profundo zumbido de los motores era algo más fuerte allí que en la cabina principal.

— ¿Qué quiere de mí? —inquirió Holly. —Tiene que hacer exactamente lo que yo le diga. Holly frunció el ceño.

—Escuche, yo...

— Exactamente lo que yo le diga, y sin discusiones, no hay tiempo para ello — dijo Jim bruscamente, preguntándose al mismo tiempo de qué demonios estaba hablando.

—Lo sé todo sobre su...

—No me importa lo que sepa. Eso ahora no importa.

—Está temblando como una hoja —dijo Holly frunciendo el ceño.

No sólo estaba temblando, también sudaba. En el lavabo no hacía calor, pero Jim podía sentir cómo las gotas de sudor iban perlado su frente. Un fino hilillo resbaló por su sien derecha y se deslizó junto al rabillo del ojo.

Hablando apresuradamente, dijo:

— Quiero que vaya a la parte delantera del avión, y que ocupe un asiento libre que hay en esa zona.

—Pero yo...

— ¡No puede quedarse donde está! ¡No puede quedarse en la fila veintitrés de ningún modo!

Holly no era una mujer dócil. Sabía lo que quería y no estaba acostumbrada a que le dijeran cómo debía actuar.

— Es mi asiento, 23—H. No puede intimidarme...

—Si se queda allí morirá —dijo Jim con un tono de impaciencia.

Holly pareció sorprenderse tanto como Jim, que se hallaba realmente desconcertado.

— ¿Morir? ¿Qué quiere decir?

—No lo sé. —De pronto, una revelación terrible se le manifestó—. Oh, Dios mío. Vamos a estrellarnos.

— ¿De qué habla?

—El avión... —Su corazón latía más rápido que las turbinas de los grandes motores que les mantenían en el aire —. Desciende. Está cayendo.

Jim vio cómo la incomprensión de Holly daba paso a un terrible entendimiento.

— ¿Cómo? ¿Un accidente?

— Sí —respondió Jim. —¿Cuándo?

—No lo sé. Muy pronto. Más allá de la fila veinte casi nadie va a sobrevivir. —No sabía qué iba a decir a continuación hasta que habló, y a medida que escuchaba sus propias palabras se sintió horrorizado—. Hay más posibilidades de sobrevivir en las primeras nueve filas, pero pocas, realmente muy pocas. Tiene que venir a mi sección.

El avión sufrió una sacudida.

Holly se quedó rígida y miró a su alrededor asustada, como si esperara que las paredes del lavabo fueran a desmoronarse sobre ellos.

—Una turbulencia —dijo Jim—. Sólo una turbulencia. Todavía tenemos algunos minutos.

Evidentemente, Holly sabía lo suficiente acerca de él para tener fe en su predicción. No se mostró indecisa.

— ¡No quiero morir!

Tembloroso y alterado, Jim la cogió por los hombros.

—Ésa es la razón por la que debe venir delante y sentarse a mi lado. Ninguno de los que estén sentados entre las filas diez y veinte va a morir. Habrá algunos heridos graves, pero nadie morirá en esta sección, y muchos saldrán ilesos por su propio pie. Ahora, por el amor de Dios, acompáñeme.

Jim asió el pomo de la puerta.

—Espere. Tiene que decírselo al piloto.

Él meneó la cabeza.

—No servirá de nada.

— Pero quizá pueda hacer algo, impedir que ocurra.

—No me creería, y aunque lo hiciera... no sabría qué decirle. Vamos a estrellarnos, sí, pero no sé por qué. Quizá tengamos una colisión en el aire, tal vez sea debido a un fallo de estructura, puede que haya una bomba a bordo... puede ser cualquier cosa.

—Pero usted tiene poderes paranormales, tiene que ser capaz de ver los detalles si lo intenta.

— Si usted piensa eso, sabe menos acerca de mí de lo que cree.

— ¡Tiene que intentarlo!

— Oh, créame que lo intentaría, lo intentaría como un maldito hijo de puta si sirviera de algo. Pero sería inútil.

En el rostro de Holly surgió una expresión en la que se debatían el terror y la curiosidad.

— Si no tiene poderes, entonces, ¿quién es usted? —Una herramienta.

— ¿Una herramienta? —Algo o alguien me utiliza.

El DC-10 volvió a sacudirse. Ambos se quedaron inmóviles, pero el avión no experimentó una súbita caída. Siguió hacia delante con normalidad, con sus tres motores zumbando. De nuevo se trataba de una turbulencia.

Holly asió a Jim por el brazo.

— ¡No puede dejar morir a toda esta gente!

Una soga de culpabilidad oprimió el pecho de Jim y anudó su estómago al sentirse responsable de todas las muertes que se avecinaban.

—Estoy aquí para salvar a la mujer y a la niña, a nadie más —dijo Jim.

—¡Es horrible!

—La idea me desespera tanto como a usted —dijo al abrir la puerta del lavabo—, pero las cosas son así.

Holly no soltó su brazo, sino que tiró de él con enfado. Sus ojos verdes expresaban todo el tormento de una visión terrible, la de cientos de cuerpos destrozados sobre la tierra entre humeantes restos de fuselaje. Con un fiero susurro, Holly repitió:

—¡No puede dejar morir a toda esta gente!

—Venga conmigo o muera con el resto —respondió Jim con desespero.

Jim salió del lavabo y Holly le siguió, pero él no sabía si le acompañaría a su sección. Rogó a Dios que lo hiciera. En realidad no era responsable de lo que iba a ocurrir porque, aun sin él a bordo, habrían muerto igualmente; no había sido enviado para cambiar el destino de los demás, su propio sino era otro. No podía salvar al mundo entero, y tenía que confiar en la sabiduría de aquel misterioso poder que le guiaba. Pero, sin duda, sería responsable de la muerte de Holly Thorne, porque ella nunca habría cogido aquel vuelo si él, inconscientemente, no la hubiera llevado hasta allí.

Al avanzar por el pasillo izquierdo, Jim dirigió su mirada hacia las ventanillas del avión y al cielo azul claro que había tras ellas. Tuvo una vivida sensación de vacío bajo sus pies y sintió un vuelco en el estómago.

Jim le indicó a Holly dos asientos vacíos que se hallaban detrás del suyo y el de Christine.

Holly hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Me sentaré si se sienta conmigo. Tenemos que hablar.

Jim miró a Christine, luego a Holly. Era plenamente consciente de la rapidez inquebrantable con que transcurría el tiempo, como el agua que desaparece arremolinándose en torno al desagüe. El terrible momento de la colisión se hallaba cada vez más cerca. Quería coger a la reportera, dejarla en el asiento, abrochar su cinturón de seguridad e inmovilizarla bajo llave. Pero los cinturones de seguridad no tenían cerradura.

Incapaz de ocultar su extrema frustración le susurró:

—Mi lugar está junto a ellas —dijo Jim refiriéndose a Christine y Casey Dubrovek.

Habló calmadamente, como lo había hecho Holly, pero otros pasajeros empezaron a observarles.

Christine miró a Jim con el ceño fruncido y estiró el cuello por encima del respaldo observando a Holly.

— ¿Ocurre algo, Steve?

—No, todo va bien —mintió Jim.

Jim miró de nuevo hacia las ventanillas. Cielo azul... Vasto, vacío. ¿Cuántos metros de altura les separaban de la tierra?

—No parece encontrarte bien.

Jim se percató de que su rostro todavía estaba bañado por una grasienta capa de sudor.

—Tengo un poco de calor, eso es todo. Ah, mira, me he encontrado con una vieja amiga. ¿Me disculpas cinco minutos?

Christine sonrió.

—Claro, claro. Sigo repasando una lista mental de las más adecuadas.

Por un instante, Jim no supo de qué demonios estaba hablando. Entonces recordó que le había pedido que hiciera de casamentera para él.

—Bien —respondió—. Estupendo. Vuelvo ahora mismo y hablamos.

Acomodó a Holly en la fila diecisiete y él se sentó junto a ella en el asiento que daba al pasillo.

Al otro lado de Holly se hallaba sentada una mujer rechoncha de edad avanzada con un vestido estampado de flores; los apretados rizos que formaban su pelo gris tenían un tinte azulado. Estaba profundamente dormida y roncaba suavemente. Sobre su pecho de matrona, colgando de su cuello por una cadena, descansaban unas gafas con montura de oro que se elevaban y descendían con su regulada respiración.

Holly se inclinó hacia Jim y habló en un tono tan bajo que no podía oírse más allá del estrecho pasillo, aunque mantenía la convicción de un apasionado orador político.

—No puede dejar morir a toda esa gente.

—Ya hemos hablado de esto —dijo Jim con impaciencia en el mismo tono inaudible de Holly.

—Es su responsabilidad.

—¡Sólo soy un hombre!

—Pero un hombre muy especial.

—No soy Dios —respondió quejumbroso.

—Hable con el piloto.

—Jesús, es usted implacable.

—Avisé al piloto —susurró Holly.

—No me creará.

—Entonces avise a los pasajeros.

—No hay suficientes asientos vacíos en esta sección para todos.

Holly estaba tan furiosa que Jim no podía apartar la mirada de ella ni descartar lo que decía. Holly puso una mano sobre su brazo y lo asió tan fuerte que a Jim le dolió.

— ¡Maldita sea, quizá puedan hacer algo!

—Lo único que conseguiría sería provocar el pánico.

—Si puede salvar a más gente y la deja morir es un asesinato —susurró Holly insistente, mientras la rabia destellaba en sus ojos.

Aquella acusación golpeó a Jim con la fuerza de un martillazo en el pecho. Por un instante se quedó sin aliento. Cuando recobró el habla su voz se quebró repetidamente:

— Odio la muerte, odio que la gente muera. Quiero salvar a la gente, impedir todo sufrimiento, estar al lado de la vida, pero sólo puedo hacer lo que está en mi mano, nada más.

— ¡Asesinato! —repitió Holly.

Lo que ella le estaba haciendo era ultrajante. Él no podía asumir la carga que Holly quería poner sobre sus hombros. Si lograba salvar a las Dubrovec llevaría a cabo dos milagros: salvar a la madre y a la hija del final prematuro que el destino les había deparado. Pero Holly Thorne, ignorando sus aptitudes, no se sentía satisfecha con dos milagros; quería tres, cuatro, cinco, diez, cien. Jim tenía la sensación de que un peso enorme se abatía sobre él, el peso de todo aquel maldito avión aplastándole contra la tierra. Holly no tenía derecho a culparle; no era justo. Si quería culpar a alguien debía lanzar sus acusaciones contra el mismísimo Dios, que con su forma misteriosa de actuar ordenaba la necesidad de que el avión se estrellase.

— ¡Asesinato!

Holly apretó con más fuerza su brazo.

Jim podía sentir la rabia que irradiaba de ella como el calor del sol en una superficie metálica. De pronto se percató de que aquella imagen sólo podía tener un trasfondo freudiano. La ira que sentía Holly ante su negativa de salvar a todos los ocupantes del avión no era mayor de la que él mismo sentía por su incapacidad de poder hacerlo. Su rabia era reflejo de la suya propia.

— ¡Asesinato! —repitió Holly, plenamente consciente del profundo efecto que aquella acusación tenía sobre él.

Jim miró sus bellos ojos y sintió deseos de pegarle, de darle un puñetazo en la cara, de aplastarla con todas sus fuerzas, de golpearla hasta dejarla inconsciente, deseó que dejara de expresar sus propios pensamientos en palabras. Era demasiado intuitiva. Jim la odió por estar en lo cierto.

En lugar de golpearla se levantó.

— ¿Adónde va? —preguntó Holly.

— A hablar con uno de los auxiliares de vuelo.

— ¿Sobre qué?

— Usted gana, ¿de acuerdo?

Al dirigirse a la parte trasera del avión, Jim observó a la gente, y sintió un escalofrío ante lo que todos ignoraban. Su desesperación crecía al mismo ritmo que sus fantasías; vio calaveras bajo su piel, el resplandor de los huesos filtrándose a través de la carne... Eran muertos vivientes. Le invadían náuseas a causa del miedo, no por él, sino por ellos.

El avión dio una sacudida y se balanceó como si hubieran pasado por un bache de aire. Jim se asió al respaldo de un asiento para no perder el equilibrio. No obstante, todavía no había llegado el momento.

Los auxiliares de vuelo estaban reunidos al fondo del avión en el área reservada al personal, preparando las bandejas del almuerzo que acababan de llegar de la cocina. Era un grupo mixto de hombres y mujeres, un par de ellos no tendrían más de treinta años, y entre los demás los mayores tendrían unos cincuenta y tantos.

Jim se acercó a la azafata de mayor edad. Según la placa que llevaba, su nombre era Evelyn.

— Tengo que hablar con el piloto —dijo Jim hablando en voz baja, a pesar de que los pasajeros más cercanos se hallaban a considerable distancia.

Si Evelyn se sintió sorprendida por su petición, no lo demostró. Sonrió como si la hubieran entrenado para ello.

— Lo siento, señor, pero eso no es posible. Cualquiera que sea el problema estoy segura de que podré ayudarle a...

— Escuche, estaba en el servicio de caballeros y oí algo extraño, un ruido que no parecía ser el sonido apropiado de un motor —mintió Jim.

La sonrisa de Evelyn se hizo más amplia pero menos sincera, y adoptó el habitual tono reservado para tranquilizar al «pasajero nervioso».

—Bueno, durante el vuelo es perfectamente normal que el ruido de los motores cambie cuando los pilotos modifican la velocidad y...

—Eso ya lo sé. —Trató de parecer un hombre razonable al que ella debería escuchar—. He volado muchas veces y ese ruido era distinto. —Jim volvió a mentir—. Conozco los motores del avión, trabajo para la McDonnell Douglas. Nosotros diseñamos y construimos el DC-10. Conozco este avión y lo que oí no era correcto.

La sonrisa de Evelyn se desvaneció, probablemente no porque estuviera tomando en serio la advertencia de Jim, sino porque le consideraba más inventivo que el resto de la gente que se veía presa del pánico en medio de un vuelo.

El resto de los auxiliares de vuelo interrumpieron la labor que llevaban a cabo y se lo quedaron mirando. Sin duda alguna, se preguntaban si Jim iba a constituir un problema. —Mire —dijo Evelyn con cautela—. Todo funciona bien. Aparte de alguna turbulencia...

— Es el motor de cola —dijo Jim. Aquello no era mentira. Estaba recibiendo una revelación y dejaba que se manifestara a través de él—. El montaje de ventilación se está rompiendo. Si las paletas se desprenden, las piezas pueden seguir sujetas, ahora bien, si todo el montaje del ventilador se hace pedazos, Dios sabe lo que puede ocurrir.

Tanta concreción y exactitud parecían alejarle del típico pasajero aquejado de aerofobia. Todos los auxiliares de vuelo le miraban fijamente, si no con respeto al menos con una atenta reserva.

—Todo va bien —dijo Evelyn instintivamente—. Además, en el caso de que perdiéramos un motor, podríamos seguir volando con los dos restantes.

Jim se sintió presa del nerviosismo por el hecho de que la fuerza superior que le guiaba había decidido proporcionarle lo que necesitaba para convencer a aquella gente. Quizá podía hacerse algo por aquella gente.

Jim luchó por conservar la calma y tratar de convencerles.

— Este motor —se oyó decir a sí mismo— tiene 18.000 kg de empuje, es un auténtico monstruo, y si estalla será como una bomba. Los compresores pueden invertir su movimiento, y las treinta y ocho paletas de titanio, el montaje de ventilación, e incluso las piezas del rotor pueden estallar hacia fuera como si fueran metralla. Como resultado la cola sería perforada, los timones y los elevadores quedarían averiados... Toda la cola del avión podría desintegrarse.

—Tal vez alguien debería hablar de eso con el capitán Delbaugh —dijo uno de los auxiliares de vuelo.

— Conozco estos motores —dijo Jim —. Yo mismo se lo puedo explicar al capitán. No tienen que llevarme a la cabina de vuelo, basta con que me dejen hablar con él a través del interfono.

— ¿McDonnell Douglas? —dijo Evelyn.

—Sí. He trabajado en esa compañía como ingeniero durante doce años —mintió Jim.

Evelyn parecía dudar de la eficiencia de las respuestas estándar que le habían enseñado en la academia. Jim parecía estar a punto de convencerla.

—Su capitán —dijo Jim esperanzado— tiene que desconectar el motor número dos. Si lo desconecta y utiliza los motores uno y tres, conseguiremos salir todos con vida.

Evelyn miró al resto de los auxiliares de vuelo y dos de ellos asintieron.

—Me imagino que no perdemos nada si...

— ¡Vamos, rápido! Quizá no nos quede mucho tiempo —sentenció Jim.

Jim siguió a Evelyn fuera del área reservada al personal y ambos recorrieron el pasillo derecho dirigiéndose hacia delante.

Una explosión zarandeó el avión...

Evelyn salió despedida hacia el suelo bruscamente. Jim también fue lanzado hacia delante y se agarró a un asiento para evitar caer encima de ella, pero no pudo evitar perder el equilibrio y caer sobre un pasajero. Luego cayó al suelo cuando el avión empezó a oscilar. Oyó a su espalda el estruendo de las bandejas del almuerzo al estrellarse contra el suelo; la gente profería exclamaciones de sorpresa y alarma, y alguien soltó un chillido breve y fino. Mientras Jim trataba de ponerse en pie, el avión empezó a perder altura... Caían en picado.

Holly avanzó hasta la fila diecisiete, se sentó junto a Christine Dubrovec y se presentó ante ella como una amiga de Steve Harkman. Algo parecido a un bache estuvo a punto de arrojar a Holly fuera de su asiento. Una fracción de segundo más tarde sintieron una fuerte sacudida, como si algo les hubiera golpeado.

—¡Mamá!

Casey llevaba el cinturón de seguridad abrochado, a pesar de que la señal indicadora de que se abrocharan los cinturones estaba apagada. No fue despedida hacia delante, pero los libros que había en su regazo cayeron al suelo. Sus ojos se abrieron llenos de miedo.

El avión empezó a perder altura.

— ¿Mamá?

—No pasa nada —dijo Christine, luchando por ocultar ante su hija el miedo que sentía—. No es más que una turbulencia, un bache.

Descendían con rapidez.

—No les ocurrirá nada —dijo Holly, inclinándose por encima de Christine para asegurarse de que la pequeña también oía sus palabras tranquilizadoras—. No les ocurrirá nada a ninguna de las dos si siguen aquí, no se muevan, permanezcan en sus asientos.

Seguían cayendo vertiginosamente... quinientos metros... seiscientos... mil metros...

Holly se abrochó el cinturón frenéticamente.

Una ola de horror y pánico se abatió sobre los pasajeros. Después, reinó un intenso silencio, al tiempo que todos se aferraban a los brazos de sus asientos esperando que el avión ascendiera de nuevo o, por el contrario, se inclinase definitivamente.

Para sorpresa de Holly, la parte delantera del avión se elevó lentamente, y el aparato volvió a adquirir una posición horizontal.

Un suspiro de alivio y un ligero aplauso recorrió el interior del avión.

Holly se volvió hacia Casey y Christine sonriendo.

—No nos va a ocurrir nada. ¡Lo conseguiremos! El capitán habló por los altavoces y explicó que habían perdido uno de los motores. Les aseguró que podían seguir volando con los dos que quedaban, aunque sugirió que tal vez se verían obligados a desviarse hacia un aeródromo que se hallara más cerca que O'Hare, por motivos de seguridad. Su tono de voz parecía tranquilo y seguro de sí mismo. Agradeció la paciencia de los pasajeros y dio a entender que lo peor que iban a soportar sería una serie de inconveniencias.

Un momento más tarde Jim Ironheart apareció en el pasillo y se agachó junto a Holly. Tenía un poco de sangre en la comisura de los labios; era evidente que había sufrido las consecuencias de la sacudida.

Holly se puso tan contenta que deseó besarle, pero únicamente dijo:

—Lo hizo, lo consiguió, de algún modo ha logrado cambiar el curso de los acontecimientos.

Jim parecía sombrío.

—No. —Se inclinó hacia ella, casi hasta tocarla con el rostro, para poder seguir hablando en voz baja, aunque Holly pensó que Christine Dubrovec debía de estar oyendo parte de lo que decían—. Es demasiado tarde...

Holly sintió como si le propinaran un puñetazo en el estómago.

—Pero el avión se ha estabilizado.

—Cuando explotó el motor algunos fragmentos perforaron la cola. Las líneas hidráulicas están seriamente dañadas, algunas de ellas destrozadas. Pronto serán incapaces de controlar el avión.

El temor que Holly sentía la dominaba por entero, extendiéndose en su persona como el hielo sobre la superficie de una charca en invierno.

Iban descendiendo.

—Usted sabe exactamente lo que ocurrió, debería estar junto al capitán, no aquí.

—Se acabó. Actué demasiado tarde, como siempre...

—No. Nunca...

—Ya no puedo hacer nada.

—Pero...

Un auxiliar de vuelo apareció de pronto, parecía agitado, pero su tono de voz sonó apacible.

— Señor, por favor, vuelva a su asiento.

—De acuerdo —dijo Jim. Antes cogió la mano de Holly y se la apretó—. No tenga miedo. —Apartó su mirada de Holly y la posó en Christine y luego en Casey—. No va a ocurrir nada.

Se trasladó a la fila diecisiete, en el asiento situado detrás de Holly. Holly odió la idea de perderle de vista, el solo hecho de verle le inspiraba confianza.

Durante veintiséis años, el capitán Sleighton Delbaugh se había ganado la vida en las líneas aéreas comerciales, los últimos dieciocho como piloto. Durante ese tiempo se había encontrado con una considerable variedad de problemas y los había resuelto de forma efectiva, algunos de ellos lo bastante serios para calificarlos de críticos. Había sacado provecho del programa de instrucción continua y reciclaje que llevaba a cabo United y pensaba que se hallaba preparado para afrontar cualquier eventualidad que se presentara en un avión moderno; sin embargo, le costaba creer lo que había sucedido en el vuelo 246.

Después de que el motor número dos fallase, el aparato sufrió un descenso imprevisto y los controles se anquilosaron. No obstante, consiguieron corregir la dirección y equilibrar el avión. Sin embargo, el hecho de perder tres mil metros de altura era el problema menos importante de los que tenían.

—Estamos virando hacia la derecha —dijo Bob Anilov. Era el primer oficial de Delbaugh, tenía cuarenta y tres años y era un excelente piloto—. Seguimos virando hacia la derecha. Se está bloqueando, Slay.

—Tenemos un fallo hidráulico parcial —dijo Chris Lodden, el ingeniero de vuelo. Era el más joven de los tres y el favorito de casi todas las auxiliares de vuelo, en parte debido a su atractivo rostro que recordaba al de un chico de campo, pero también porque era algo tímido, lo cual constituía una novedad entre la presunción generalizada de la mayoría de tripulaciones. Chris estaba sentado detrás de Anilov y se hacía cargo del sistema mecánico.

—Nos estamos desviando aún más hacia la derecha —dijo Anilov.

Delbaugh había empezado a mover la palanca hacia atrás.

— ¡Maldita sea! —exclamó.

—No responde —dijo Anilov.

—Es algo peor que una pérdida parcial. ¿Cómo es posible? —dijo Chris Lodden, al tiempo que ajustaba y golpeaba ligeramente sus instrumentos, como si le costara creer en lo que estaban indicando.

El DC-10 tenía tres sistemas hidráulicos y un sistema de reserva bien diseñado. No podían haber fallado todos. Sin embargo, eso era lo que había ocurrido.

Pete Yankowski —instructor de vuelo que trabajaba en las instalaciones de entrenamiento que la compañía poseía en Denver— se hallaba con el resto de la tripulación de camino a Chicago para visitar a su hermano. Como correspondía a un MOT —miembro de observación de la tripulación— estaba sentado en el asiento plegable que se hallaba justo detrás de Delbaugh, asomándose virtualmente por encima del hombro del capitán para observar con atención todo lo que ocurría.

— Iré a echar un vistazo a la cola y evaluaré los daños —dijo Pete.

—El único control que tenemos es el empuje del motor —dijo Lodden cuando Yankowski salió de la cabina.

El capitán Delbaugh ya había empezado a utilizarlo, reduciendo la potencia del motor derecho e incrementándola en el motor de babor con el fin de virar a la izquierda e interrumpir el giro no deseado. Cuando empezaran a girar demasiado hacia la izquierda, tendría que repetir la operación a la inversa para equilibrar el aparato.

Con la ayuda del ingeniero de vuelo, Delbaugh llegó a la conclusión de que los elevadores interiores y exteriores de cola estaban averiados, inutilizados. Los alerones interiores de las alas también estaban fuera de servicio, así como los alerones exteriores. Lo mismo ocurría con los estabilizadores y los expoliadores.

El DC-10 tenía una envergadura de unos cincuenta metros. Su fuselaje medía cincuenta y dos metros de largo. Era algo más que un avión. Realmente, era un barco que surcaba el cielo, la definición misma de *un jumbo jet*. El único modo que virtualmente tenían de gobernarlo era a través de los dos motores General Electric y Pratt & Whitney, lo que equivalía a conducir un automóvil inclinando el cuerpo hacia uno y otro lado para modificar la trayectoria del vehículo.

Habían pasado algunos minutos desde la explosión del motor de cola y todavía seguían en el aire.

Holly era creyente, no a causa de alguna experiencia que hubiera alterado su vida, sino simplemente porque la alternativa era demasiado lúgubre. Aunque había sido educada en el metodismo y durante algún tiempo había especulado con la idea de convertirse al catolicismo, nunca había llegado a decidir qué tipo de dios prefería, si uno de las frías variedades protestantes o la divinidad más apasionada de los católicos. En la vida cotidiana no recurría a Dios para que la ayudara en sus problemas, y únicamente bendecía la mesa cuando iba a casa de sus padres en Filadelfia. Se habría sentido hipócrita si se hubiera puesto a rezar en aquel momento. No obstante, esperaba que Dios se hallara de un humor compasivo y velara por el DC-10, sin tener en cuenta sus preferencias por las distintas creencias.

Christine leía con Casey uno de los libros con dibujos en relieve, y añadía divertidos comentarios a las aventuras de los personajes en forma de animales. Trataba de distraer a su hija para que no pensara en lo que había ocurrido. La intensa atención que le dispensaba constituía una evasión para sus verdaderos sentimientos: estaba asustada, y sabía que lo peor aún no había llegado.

Minuto a minuto, Holly se adentró en un creciente estado depresivo, negándose a aceptar lo que Jim Ironheart le había dicho. No era su propia supervivencia, o la de Jim, o la de las Dubrovec las que ponía en duda, pues Jim había demostrado ser singularmente efectivo cuando entraba en combate con el destino; Holly se sentía bastante segura de que sus vidas no corrían peligro en la sección delantera de clase turística, como él había prometido. Lo que quería rechazar, lo que tenía que rechazar, era que tantas personas murieran en el mismo suceso, estrellándose contra algún rocoso declive o contra una colina de flores silvestres convertida en pasto de las llamas. No podía aceptar que no hubiese misericordia alguna para los que se habían conducido a lo largo de su vida con dignidad y respeto hacia los demás.

Al sobrevolar Iowa, el vuelo 246 había dejado atrás el Minneapolis Center, la oficina de control aéreo después de Denver Center, y sólo mantenía contacto con Chicago Cerner. Incapaz de poner en funcionamiento el sistema hidráulico, el capitán Delbaugh solicitó permiso del controlador de United y de Chicago para desviarse de O'Hare hacia el aeropuerto principal más cercano, que era el de Dubuque, Iowa. Delbaugh relegó el mando del avión a Anilov, de forma que él y Chris Lodden pudieran concentrarse en encontrar una solución al problema.

Como primera medida, Delbaugh mandó un mensaje por radio al Sistema Aeronáutico de Mantenimiento (SAM) en el Aeropuerto Internacional de San Francisco. SAM era la base de mantenimiento central, un enorme complejo de arquitectura moderna con un personal de más de diez mil trabajadores.

—Estamos en un apuro —dijo Delbaugh con tranquilidad—. Fallo hidráulico total. Podemos mantenernos en el aire durante algún tiempo, pero no podemos maniobrar.

En SAM, además de los propios empleados de United, los expertos de los proveedores de cada modelo de avión que operaba en la línea aérea estaban de servicio las veinticuatro horas del día —incluyendo a un hombre de General Electric, la fábrica de los motores CF—6, y otro de McDonnell Douglas, la empresa que había diseñado y manufacturado los DC-10. Manuales, libros y una enorme base de datos

computerizada sobre cada tipo de aeronave se hallaban al servicio del personal, aparte de un historial de mantenimiento exhaustivo y detallado de cada avión de United. Podían informar a la tripulación del vuelo 246 de cada uno de los problemas mecánicos que había sufrido el avión a lo largo de su funcionamiento, de qué reparaciones se habían hecho exactamente durante la última revisión de mantenimiento, e incluso cuándo había sido restaurada la tapicería; en realidad les podían proporcionar cualquier tipo de información menos cuál era la cantidad de dinero suelto y monedas que habían perdido los pasajeros en los asientos durante los últimos doce meses.

Delbaugh también esperaba que pudieran decirle cómo demonios se suponía que debía mantener en el aire una nave del tamaño de un edificio de apartamentos sin la ayuda de elevadores, timones, alerones y otro tipo de equipamiento que le permitiera maniobrar. Incluso los mejores programas de entrenamiento de vuelo se estructuraban bajo la suposición de que un piloto podía conservar *algún* tipo de control en un incidente catastrófico, gracias a los sistemas de reserva diseñados. Inicialmente, a la gente de SAM le resultó difícil aceptar que había perdido todos los sistemas hidráulicos, asumiendo que se refería a una pérdida parcial. Finalmente, Delbaugh se vio obligado a adoptar un tono de voz agresivo para que lo comprendieran. Delbaugh lamentó su reacción profundamente, no sólo por faltar a la tradicional calma profesional que los demás pilotos habían exhibido en circunstancias semejantes, sino también porque se sintió asustado por el sonido de su propia voz alterada, recordándole que en realidad no podía engañarse a sí mismo al pretender aparentar tranquilidad.

Pete Yankowski, el instructor de vuelo de Denver, volvió de su incursión a la parte posterior del avión y les comunicó que a través de una ventanilla había localizado en la parte horizontal de la cola un agujero de 45 cm.

—Probablemente no he visto todo el daño que ha sufrido el avión. Imagino que los trozos de metal despedidos por la explosión han arrancado parte del fuselaje posterior por el que pasan todos los sistemas hidráulicos. Al menos no ha habido descompresión.

Consternado por la sensación que recorrió sus intestinos y plenamente consciente de que los doscientos cincuenta y tres pasajeros y los diez miembros de la tripulación dependían de él para volver a casa con vida, Delbaugh comunicó la información de Yankowski a SAM. Luego les pidió ayuda para que hallaran el modo en que podía ser pilotado aquel avión casi inservible. No se sorprendió cuando, tras una urgente consulta, los expertos de San Francisco se vieron incapaces de dar orientación alguna. Delbaugh les estaba pidiendo lo imposible: que le dijeran cómo manejar aquella monstruosidad sin más control que el de los aceleradores; en realidad, la misma petición injusta que Dios le hacía a él.

Siguió en contacto con la oficina del controlador de United, la cual seguía el progreso de sus aparatos en el aire. Aparte de eso, ambos canales —el del controlador y el de SAM— se mantenían en comunicación con el cuartel general de United situado cerca del Aeropuerto Internacional de O'Hare, en Chicago. Mucha gente interesada y ansiosa seguía en contacto con Delbaugh a través de la radio, pero se mostraban tan impotentes como los expertos de San Francisco.

—Di a Evelyn que encuentre al tipo de McDonnell Douglas del que nos habló. Tráele aquí en seguida.

Al tiempo que Pete abandonaba la cabina y Anilov luchaba en un intento decidido, e inútil, por conseguir alguna respuesta en el funcionamiento de la aeronave, Delbaugh comunicó al mando de SAM que un ingeniero de MacDonnell se hallaba a bordo.

—Nos advirtió que algo iba mal en el motor de cola antes de que éste explotara. Lo dedujo por el ruido del motor, supongo. Vamos a traerle aquí por si puede sernos de ayuda.

En SAM, el experto en motores turbopropulsores CF—6 de General Electric respondió:

—¿Qué quiere decir con que lo dedujo por el ruido del motor? ¿Cómo pudo saberlo? ¿Qué ruido hacía?

—No lo sé —replicó Delbaugh—. Nosotros no notamos nada inusual, ni tampoco los auxiliares de vuelo.

A través de los auriculares de Delbaugh, la voz respondió:

—¡Eso no tiene sentido!

El especialista en los DC-10 de McDonnell Douglas pareció igualmente sorprendido.

—¿Cómo se llama ese tipo?

—Lo averiguaremos. Lo único que sabemos por ahora es su nombre de pila —dijo Delbaugh—. Se llama Jim.

Mientras el capitán anunciaba a los pasajeros que iban a aterrizar en Dubuque debido a una serie de problemas mecánicos, Jim vio que Evelyn se acercaba hacia él a lo largo del pasillo izquierdo. El avión había dejado de mantener su estabilidad y Evelyn se aproximó tambaleándose. Jim deseó que no le pidiera lo que sabía que iba a pedirle.

—... y puede que suframos algún movimiento brusco —concluyó el capitán.

Cuando disminuían la potencia de un motor y aumentaban la del otro, las alas vibraban y el avión se balanceaba como un barco en medio de un mar agitado. Cada vez que aquello ocurría recobraban la estabilidad rápidamente, pero entre cada corrección de rumbo, si tenían la mala suerte de topar con una turbulencia, el DC-10 no la atravesaba con la misma seguridad con que lo había hecho hasta aquel momento desde que abandonaran Los Angeles.

— El capitán Delbaugh me ha pedido que se reúna con él si no tiene inconveniente —dijo Evelyn al llegar junto a él.

Le habló en voz baja, acompañando sus palabras con una sonrisa, como si le estuviera invitando a un agradable refrigerio compuesto de té y sándwiches.

Jim quería negarse. No estaba completamente seguro de que Christine y Casey —o incluso Holly— fueran a sobrevivir al impacto, especialmente si él no estaba a su lado. Sabía que una parte del fuselaje de popa, situado en la primera clase y abarcando diez filas se desprendería del resto del avión, y que los daños que iba a sufrir esa sección serían menores que los de las secciones delantera y trasera. Antes de que él interviniera en la suerte del vuelo 246, todos los pasajeros que ocupaban aquellos asientos privilegiados estaban destinados a salir del accidente con heridas menores o absolutamente ilesos. Jim estaba seguro de que todos aquellos que llevaban la marca de la vida sobrevivirían, pero no se hallaba convencido de que el mero hecho de instalar a las Dubrovec en la zona segura fuera suficiente para alterar su destino y asegurar su supervivencia. Quizá, tras el impacto, tendría que permanecer junto a ellas para ayudarlas a escapar del fuego y de entre los restos del avión, lo que le sería imposible si se hallaba con la tripulación.

Por otro lado, ignoraba si la tripulación sobreviviría. Si él seguía con ellos en la cabina cuando sobreviniera el impacto...

No obstante, acompañó a Evelyn. No tenía elección; al menos no ante la insistencia de Holly en que intentara hacer algo más que salvar tan sólo a una mujer y a su hija. Todavía guardaba un recuerdo demasiado nítido de aquel hombre agonizante en el desierto de Mojave y de los tres inocentes asesinados en la tienda de Atlanta, gente que podría haberse salvado si a Jim le hubiera sido posible llegar a tiempo para impedir su muerte.

Cuando pasó ante la fila dieciséis, Jim comprobó que las Dubrovec estaban bien; acurrucadas una junto a otra, leían un libro de cuentos, luego sus ojos se encontraron con los de Holly. La ansiedad que ésta sentía era palpable.

Mientras seguía a Evelyn, Jim se percató de que los pasajeros le dirigían miradas inquisitivas. Él era uno de tantos, pero elevado de pronto a un estatus especial debido al apuro en que se hallaban, y cuya auténtica gravedad empezaban a sospechar. Evidentemente se preguntaban cuáles serían sus conocimientos para que su presencia fuera requerida en la cabina.

El avión se zarandeo de nuevo.

Jim imitó la táctica de Evelyn: en lugar de dejarse llevar por el movimiento oscilante del suelo, trataba de anticiparse a éste inclinándose en sentido contrario para no perder el equilibrio.

Un par de pasajeros estaban vomitando discretamente en bolsas para el mareo. Muchos otros, aunque capaces de controlar la náusea, tenían el rostro de color grisáceo.

Cuando Jim entró en la concurrida cabina atestada de instrumentos, se sintió horrorizado por lo que vio. El ingeniero de vuelo hojeaba un manual con expresión de desesperación en el rostro. Los dos pilotos —Delbaugh y el primer oficial Anilov, según le había informado la auxiliar de vuelo que no había entrado en la cabina— luchaban con los controles, tratando de enderezar el *jumbo jet* que se desviaba de su trayectoria hacia la derecha. A fin de permitirles concentrarse en aquella tarea, un hombre pelirrojo de calva incipiente —Yankowski— estaba arrodillado entre los dos pilotos manejando los aceleradores, utilizando el empuje de los dos motores que quedaban para conseguir el máximo control.

—Volvemos a perder altura —dijo Anilov.

—No es grave —respondió Delbaugh.

Consciente de que alguien había entrado, Delbaugh se volvió hacia Jim. Si hubiera estado en la misma situación en que se hallaba el capitán, Jim habría sudado como un caballo de carreras, pero en el rostro de Delbaugh tan sólo brillaba una fina capa de sudoración, como si alguien le hubiera rociado la cara con un atomizador.

—¿Es usted la persona de quien nos ha hablado Evelyn? Su voz era calmada. —Sí —respondió Jim. Delbaugh volvió a mirar hacia delante. — Estamos virando — le dijo a Anilov, y el copiloto asintió. Delbaugh ordenó que hiciera un cambio de aceleración, y el hombre que estaba en el suelo obedeció. Luego, sin mirar a Jim, pero dirigiéndose a él, dijo—: Usted sabía que todo esto iba a ocurrir, ¿verdad? —Sí.

—¿Qué más puede decirme?

Jim se asió a un tabique cuando el avión empezó a vibrar y zarandearse.

—Fallo hidráulico total —dijo Jim.

—Me refería a algo que yo no sepa —respondió el capitán con frío sarcasmo. Podría haber replicado con un gruñido de enfado, pero conservaba un admirable

control de sí mismo. Luego habló con la torre de control y obtuvo nuevas instrucciones.

Al escuchar, Jim se dio cuenta de que la torre de control de Dubuque iba a tratar de que el avión aterrizara mediante una serie de giros de 360 grados, en un intento de alinear la nave con una de las pistas de aterrizaje. Para los pilotos no sería fácil realizar un acercamiento habitual, en línea recta, ya que realmente no controlaban el avión. La exasperante tendencia del aparato a virar constantemente hacia la derecha iba a ser ahora incorporada a un audaz plan que le permitiera encontrar el camino de vuelta al establo, como un toro testarudo que, resistiéndose a seguir al pastor, escoge su propia ruta de vuelta a casa. Si el radio de cada giro se calculaba cuidadosamente y se ajustaba a un ritmo de descenso igualmente preciso, tal vez podrían lograr que el vuelo 246 fuera conducido a una de las pistas y aterrizara en ella.

«Impacto en cinco minutos.» Jim, sobresaltado, hizo un gesto de crispación y casi pronunció en voz alta aquellas cuatro palabras que acudieron a su mente.

En lugar de eso, cuando el capitán terminó de hablar con la torre de control, Jim dijo:

— ¿Funciona el tren de aterrizaje?

—Lo hemos sacado y está en posición —confirmó Delbaugh.

— Entonces quizá lo logremos.

— ¡Lo lograremos! —dijo Delbaugh—. A menos que nos esté reservada otra sorpresa.

—Nos aguarda otra sorpresa —respondió Jim.

El capitán le dirigió una mirada de preocupación.

—¿Cuál es?

«Impacto en cuatro minutos», pensó Jim.

—Por un lado, habrá una racha de viento cuando se aproxime a la pista, será oblicuo a la nave, de modo que no le hará caer. No obstante, la corriente de aire hacia arriba le hará pasar un mal rato. Será como si volara encima de una tabla de lavar.

— ¿De qué está hablando? —inquirió Anilov. —Cuando haga la aproximación final, a unos metros de la pista, el avión se seguirá inclinando —dijo Jim, permitiendo una vez más que un poder superior omnisciente se expresara a través de él — , pero tendrá que seguir adelante de todos modos, no tendrá otra opción.

— ¿Cómo puede saber esto? —preguntó el ingeniero de vuelo.

Ignorando la pregunta, Jim continuó hablando. Sus palabras fluían como un torrente.

—El avión se inclinará de pronto hacia la derecha, el ala golpeará la tierra, e iremos dando vuelcos de un lado a otro de la pista hasta salir de ella y encontrarnos en medio del campo. Todo el maldito aparato se partirá en pedazos y arderá.

El hombre pelirrojo que manejaba los aceleradores miró a Jim con incredulidad.

— ¿De qué mierda está hablando, quién demonios se cree que es?

—Sabía lo que iba a ocurrir con el motor número dos antes de que explotara — dijo Delbaugh fríamente.

Consciente de que iban a llevar a cabo el segundo de los tres giros de 360 grados que planeaban realizar y de que el tiempo era escaso, Jim dijo:

—Ninguno de los que se hallan en la cabina va a morir, capitán, pero perderá a ciento cuarenta y siete pasajeros y a cuatro auxiliares de vuelo.

— Oh, Dios mío —exclamó Delbaugh en voz baja. —No puede *saber* esto —objetó Anilov. «Impacto en tres minutos», intuyó Jim.

Delbaugh dio instrucciones adicionales a Yankowski. El ruido de uno de los motores se incrementó, mientras que en el otro descendió, y el enorme avión inició su segundo giro, perdiendo cierta altura.

—Una advertencia antes de que el avión se incline hacia la derecha —dijo Jim.

— ¿Cuál? —preguntó Delbaugh, sin volver la vista hacia Jim, ocupado en conseguir una respuesta de los mandos.

— Usted no sabrá lo que significa, pero oirá un sonido extraño, nada parecido a lo que pueda haber oído antes, porque será un fallo estructural en el acoplamiento de las alas, en el lugar en que están unidas al fuselaje. Oirá un sonido vibrante y agudo, como una cuerda gigante de guitarra. Cuando lo oiga, si aumenta la potencia del motor de babor inmediatamente, compensando el avión hacia la izquierda, evitará que el avión vuelque.

Anilov perdió la paciencia.

— ¡Esto es de locos! Slay, no puedo pensar con ese tipo aquí al lado.

Jim sabía que Anilov tenía razón. El Sistema Aeronáutico de Mantenimiento en San Francisco y el controlador hacía ya rato que permanecían en silencio, temiendo interrumpir la concentración de la tripulación. Si él se quedaba allí, incluso sin pronunciar una sola palabra, podría distraerles involuntariamente en el momento crucial. Además, tenía la intuición de que no le sería revelado ningún otro aspecto que pudiera servir de ayuda.

Salió de la cabina y se dirigió todo lo rápido que pudo a la fila dieciséis. «Impacto en dos minutos.»

Holly seguía pendiente de Jim Ironheart, esperando que se reuniría de nuevo con ellas. Quería que él estuviera cerca cuando pasara lo peor. No había olvidado el extraño sueño de la noche anterior, la monstruosa criatura que parecía surgir de su pesadilla materializándose en la habitación del motel; ni había olvidado a cuánta gente había matado Jim Ironheart en su afán por proteger las vidas de inocentes, o de cómo había aniquilado a Norman Rink en aquella tienda de Atlanta. No obstante, el lado «luminoso» de Jim pesaba más que su parte oscura. A pesar de encontrarse siempre cerca del peligro, Holly se sentía a salvo en su compañía, como si se hallara envuelta por el nimbo protector de un ángel guardián.

A través de los altavoces, uno de los auxiliares de vuelo les daba instrucciones de cómo debían actuar en caso de emergencia. Otros auxiliares ocupaban distintas posiciones a lo largo del avión, asegurándose de que los pasajeros seguían las indicaciones.

El DC-10 empezó a tambalearse y a zarandearse, y a pesar de que su estructura no era de madera, crujía como un barco en un mar tormentoso. Tras las ventanillas se veía un cielo azul, pero, en realidad, el aire era violento, tumultuoso.

Ninguno de los pasajeros guardaba ya esperanza alguna. Sabían que iban a aterrizar en las condiciones más adversas, y que el aterrizaje sería accidentado, tal vez fatal. En el interior del enorme avión la gente se hallaba sorprendentemente en silencio, como si estuvieran en una catedral asistiendo a un oficio solemne. Quizás imaginaban su propio funeral.

Jim apareció de pronto en la sección de primera clase y avanzó a lo largo del pasillo izquierdo. Al verle, Holly sintió gran alivio. Jim se detuvo un instante para

dirigir a las Dubrovec una sonrisa de aliento y posar su mano en el hombro de Holly, dándole un suave apretón tranquilizador. Luego se sentó en el asiento situado detrás del de Holly.

El avión atravesó una turbulencia mucho peor que las anteriores. Holly estaba casi convencida de que ya no volaban, sino que se deslizaban por una superficie de acero ondulado.

Christine cogió la mano de Holly y la retuvo por un instante, como si fueran viejas amigas. Curiosamente, el presentimiento de una muerte inminente creaba un efecto vinculante.

—Buena suerte, Holly.

— Buena suerte —respondió a su vez Holly.

Tras su madre, la joven Casey parecía tan pequeña...

En aquel momento, incluso los auxiliares de vuelo permanecían sentados en la posición que habían indicado a los pasajeros. Finalmente, Holly siguió su ejemplo y asumió la postura que brindaba mayores posibilidades de sobrevivir en caso de una colisión aérea: el cinturón de seguridad abrochado, inclinada hacia delante, la cabeza entre las rodillas y asiéndose los tobillos con las manos.

El avión emergió de la turbulencia y se deslizó suavemente por unos instantes. Pero antes de que Holly tuviera tiempo de tranquilizarse, el cielo entero se agitó de pronto como si unos duendes se hubieran apostado en cada esquina sacudiéndolo del mismo modo que si fuera una sábana.

Los compartimentos del equipaje situados encima de los pasajeros se abrieron de golpe. Neceseres, maletas, chaquetas y objetos personales salieron despedidos desparramándose sobre los asientos. Holly sintió el golpe de un objeto en el centro de su espalda encorvada, rebotando sobre ella. No era pesado y apenas le dolió, pero de pronto temió que el neceser de alguna mujer, atestado de tarros de crema facial y maquillaje, pudiera caer sobre su espina dorsal en el ángulo adecuado para quebrarla.

El capitán Delbaugh daba instrucciones a Yankowski, el cual seguía arrodillado, manipulando los aceleradores mientras los pilotos se esforzaban en mantener el poco control que les quedaba. Aunque Yankowski se hallaba bien sujeto, un aterrizaje forzoso no iba a ser precisamente agradable para él.

Estaban finalizando el tercer y último giro de 360 grados. La pista de aterrizaje se hallaba a los pies de ellos, pero el avión no estaba alineado, tal como Jim —cuyo maldito apellido no recordaban— había vaticinado.

Ajustándose a las predicciones del desconocido, descendían en medio de una excepcional turbulencia, sufriendo sacudidas y zarandeos como si se hallaran en el interior de un viejo autobús que tuviera los ejes torcidos y bajara ruidosamente por una abrupta carretera de montaña. Delbaugh nunca había visto nada parecido; incluso si el avión no hubiera estado averiado, se habría sentido preocupado por el hecho de tener que aterrizar entre aquellos traicioneros vientos laterales e intensas subidas térmicas.

Sin embargo, no podía ascender y seguir volando en espera de encontrar otro aeropuerto en el que se dieran otras condiciones meteorológicas o dejar pasar el tiempo hasta poder aterrizar allí mismo. Hacía treinta y tres minutos que mantenían *el jumbo* en el aire desde la explosión en el motor de cola. Ésa era una proeza de la que debían sentirse orgullosos, desde luego, pero la inteligencia, habilidad y sangre

fría no eran suficientes para llevarlos mucho más lejos. A cada minuto que pasaba, a cada segundo, la situación del DC-10 empeoraba: era como intentar pilotar una enorme y pesada roca.

Se hallaban a unos dos mil metros del final de la pista y se acercaban a ella con rapidez.

Delbaugh pensó en su mujer y en su hijo de diecisiete años, que en aquellos momentos se encontraban en su hogar de Westlake Village, al norte de Los Angeles. También pensó en su otro hijo, Tom, que ya estaba de camino hacia Willamette preparándose para el penúltimo curso de enseñanza secundaria. Anheló tocar sus rostros y abrazarlos con fuerza.

No tenía miedo por él... no demasiado. Su relativa despreocupación al respecto no se debía a la predicción de aquel desconocido sobre la seguridad de la tripulación, puesto que Delbaugh desconfiaba de aquel tipo de premoniciones; en cierta medida, se debía a que no tenía tiempo de preocuparse por sí mismo.

Mil quinientos metros...

Principalmente temía por la vida de los pasajeros y la tripulación que le otorgaban su confianza poniéndose en sus manos. Si el choque se debía a una falta de resolución, serenidad o rapidez, todo lo bueno que había hecho o tratado de hacer a lo largo de su vida no compensaría el fracaso de aquella catástrofe. Quizás aquella actitud probaba que era demasiado duro consigo mismo, como algunos de sus amigos insinuaban, pero Delbaugh sabía que muchos pilotos trabajaban bajo el peso que su sentido de la responsabilidad les imponía.

Recordó las palabras del desconocido: «...va a perder ciento cuarenta y siete pasajeros...». Sentía punzadas de dolor en las manos mientras sujetaba con fuerza la palanca de mando que vibraba violentamente, «...más cuatro auxiliares de vuelo...».

Mil doscientos metros...

—Se va hacia la derecha —dijo Delbaugh.

—¡Mámenlo recto! —exclamó Anilov, que, ante la proximidad de la pista, entregó toda la responsabilidad a Delbaugh.

Ciento cincuenta y un muertos, otras tantas familias desoladas, un incontable número de vidas alteradas por una sola tragedia.

Mil cien metros...

Pero ¿cómo demonios podía saber aquel tipo cuánta gente iba a morir? Era imposible. ¿Trataba de dar a entender que era clarividente? Todo era una farsa, como Yankowski había dicho. Sí, pero sabía lo del motor antes de que explotara, y también sabía lo de la fuerte turbulencia. Sólo un idiota podía pasar por alto todo aquello.

Mil metros...

—Allá vamos —se oyó decir a sí mismo Delbaugh.

Inclinado hacia delante en su asiento, con la cabeza entre las rodillas y asiéndose los tobillos, Jim pensó en el final de un viejo chiste: «Despídete de tu trasero».

Rogó por que sus propias acciones no hubieran modificado el curso del destino hasta el extremo de que perecieran no sólo él y las Dubrovec, sino también otra gente del vuelo 246 que en ningún momento había estado sentenciada a morir en el

accidente. Debido a su intervención, había alterado potencialmente el futuro, y lo que iba a ocurrir quizá sería peor de lo que la providencia les había deparado en un principio.

El poder superior que operaba a través de él, parecía aprobar su intento de salvar más vidas. Por otro lado, la naturaleza e identidad de aquel poder era tan enigmático que sólo un necio se atrevería a jactarse de entender sus motivos e intenciones.

El avión vibró y se zarandeó. El ruido estridente de los motores se hizo aún más agudo.

Jim miró fijamente el suelo bajo sus pies, esperando que estallara en su rostro de un momento a otro.

Por quien más temor sentía era por Holly Thorne. Su presencia en el avión era una desviación profunda del guión inicialmente escrito por el destino. Estaba impresionado ante la posibilidad de poder salvar a un número mayor de gente de lo que en principio había supuesto, pero temía que Holly fuese partida por la mitad en el impacto.

Mientras el DC-10 se agitaba a medida que proseguía su descenso, Holly se encogió todo lo que pudo, como si fuera un bulto de equipaje, y cerró los ojos. En su íntima oscuridad, una serie de rostros cruzaron por su mente: su madre y su padre, lo que era de esperar; Lenny Callaway, el primer muchacho de quien estuvo enamorada, algo que no era de esperar, porque no le había vuelto a ver desde que ambos tenían dieciséis años; la señora Rooney, una profesora de enseñanza secundaria que había puesto en ella un interés especial; Lori Clugar, su mejor amiga en el instituto y la mitad de los años transcurridos en la universidad, antes de que la vida las llevara a diferentes lugares del país y las separara para siempre; y, además de ellos, más de una docena de rostros a los que Holly había querido y todavía seguía queriendo. Ninguna de aquellas personas pudo ocupar sus pensamientos durante más de una fracción de segundo. Sin embargo, la proximidad de la muerte parecía distorsionar el tiempo hasta convertir los segundos en horas. Lo que transcurría a toda velocidad ante ella no era su propia vida, sino la gente que había tenido un significado especial para ella, aunque, en cierto modo, significaba lo mismo.

Incluso por encima del estruendo, los chirridos y los gritos que reinaban en el interior del avión, y a pesar de hallarse concentrada en los rostros que desfilaban ante su mente, oyó que Christine Dubrovek se dirigía a su hija en los últimos momentos del agitado descenso:

—Te quiero, Casey.

Holly empezó a llorar.

Trescientos metros...

Delbaugh enderezó la parte delantera del avión.

Todo parecía ir bien. Tan bien como podía ir en aquellas circunstancias.

Estaban ligeramente inclinados con respecto a la pista de aterrizaje, pero quizá podría enderezar el avión una vez que hubieran tomado tierra. Si no conseguía equilibrar el aparato a tiempo rodarían 900 m, tal vez 1.000 m, antes de que el ángulo de aproximación les condujera más allá del borde de la pista hasta un campo

cuya cosecha parecía haber sido segada recientemente. Aquello no era el punto final deseable, pero al menos habrían perdido bastante velocidad; el avión podía partirse, según fuera el tipo de superficie con que se encontraran las ruedas, pero había pocas posibilidades de que se desintegrara catastróficamente.

Doscientos metros...

La turbulencia cesó.

Flotaban en el aire como una pluma.

—De acuerdo —dijo Anilov.

—No será tan difícil —decía Delbaugh al mismo tiempo.

Y los dos querían dar a entender lo mismo: las cosas no parecían ir mal, lo conseguirían.

Cien metros...

El morro del avión seguía hacia arriba. La maniobra era perfecta, casi perfecta...

Al tocar la superficie de la pista las ruedas emitieron un estampido al tiempo que se producía un ruido extraño. Delbaugh recordó la advertencia del desconocido, así que exclamó: «¡Conectad el motor número uno!». Tiró con fuerza hacia la izquierda. Yankowski también recordaba la advertencia, y a pesar de que dijera que todo era una farsa, obedeció la orden de Delbaugh incluso antes de que terminara de darla. El ala derecha se inclinó, tal como se les dijo que ocurriría, pero su rápida forma de reaccionar hizo que el avión se desviara hacia la izquierda y el ala derecha volvió a subir. Existía el peligro de que se produjera un contrapeso excesivo, de modo que Delbaugh dio de nuevo la orden de que aceleraran al tiempo que trataba de mantener el avión hacia la izquierda. El avión avanzaba a toda velocidad, vibrando, y Delbaugh ordenó que invirtieran la marcha de los motores porque no podían, bajo ningún concepto, seguir acelerando. Corrían un peligro mortal yendo a tanta velocidad, avanzando inexorablemente hacia un lado de la pista. Redujeron la velocidad, pero seguían hacia delante. El ala derecha volvía a inclinarse, acompañada de unos infernales ruidos metálicos chirriantes, al tiempo que el acero fatigado por el uso —«problemas en la junta del ala y el fuselaje», había dicho Jim— sucumbía a la presión de aquellos vientos laterales que tenían lugar una vez cada cien años. Seguían y seguían hacia delante, pero Delbaugh no podía hacer nada en lo que concernía a un fallo de estructura, no podía salir del avión para soldar las juntas o poner en su sitio los malditos remaches. Seguían avanzando, y aunque la velocidad había disminuido, el ala derecha se inclinaba cada vez más. A partir de aquel momento, cualquier decisión que pudiera tomar sería inútil, el ala descendía y descendía inevitablemente...

Holly notó que el avión se inclinaba más a la derecha que antes. Contuvo el aliento, o así lo creía, aunque se oyó a sí misma jadear frenéticamente.

Los chirridos y crujidos del torturado metal, que resonaron horriblemente a través del fuselaje durante un par de minutos, de pronto se hicieron mucho más estrepitosos. El avión se inclinó aún más hacia la derecha. Un ruido similar a la explosión de un cañón retumbó en el compartimento de pasajeros, y el avión cayó bruscamente. El tren de aterrizaje quedó aplastado.

Se deslizaron a lo largo de la pista entre sacudidas y balanceos. El avión empezó a girar como si patinara, haciendo que el corazón de Holly se encogiera y que sintiera un nudo en el estómago. Era como si se hallaran en la atracción de feria más grande del mundo, salvo que no tenía nada de divertido; el cinturón era como

un cuchillo contra su diafragma, cortándola por la mitad. Si hubiera habido alguien recogiendo las entradas en aquella feria imaginaria, Holly sabía que habría reconocido en ella el cadavérico rostro de un cuerpo en descomposición.

El ruido era insoportable, aunque los gritos de los pasajeros no eran lo peor de todo. Sus voces se veían apagadas por los chirridos metálicos del avión, cuyo vientre se partía en el pavimento desprendiendo un sinfín de piezas. Tal vez los dinosaurios, al hundirse en los mesozoicos abismos de alquitrán, igualaron la potencia de aquel grito agonizante, pero desde aquella era, nada en la faz de la Tierra había lamentado su propio fin con tal penetrante tono y estruendoso volumen. No era tan sólo el sonido de una máquina, parecía un ser vivo, y resultaba tan escalofriante y terrible como millones de almas gimiendo desde el fondo del infierno. Holly estaba convencida de que los tímpanos le iban a estallar.

Contradiendo las instrucciones que le habían dado, Holly levantó la cabeza y miró a su alrededor. Cascadas de chispas turquesas, blancas y amarillas destellaban tras las ventanillas, como si el avión atravesara una extravagante exhibición de fuegos artificiales. Seis o siete filas más adelante el fuselaje del avión se abrió como la cáscara de un huevo al golpear el borde de un recipiente de cerámica.

Ya había visto suficiente, e incluso demasiado. Volvió a meter la cabeza entre las rodillas.

Se oyó a sí misma rogando en voz baja, pero se hallaba envuelta en tal vorágine de terror que el único modo de descubrir lo que decía era esforzándose en escuchar sus propias palabras por encima del estruendo: «¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!».

Tal vez se desmayó durante unos segundos, o quizá sus sentidos se bloquearon debido a la sobrecarga emocional, pero en un instante todo quedó inmóvil. El aire estaba infestado de olores acres que sus recobrados sentidos no podían identificar. El sufrimiento había cesado, pero Holly no podía recordar el momento en que se detuvo el avión. ¡Estaba viva!

Sintió una intensa oleada de alegría recorriendo su cuerpo. Levantó la cabeza, se incorporó, dispuesta a gritar, movida por la emoción de haber sobrevivido y... vio el fuego.

El DC-10 no había volcado. La advertencia al capitán Delbaugh había merecido la pena.

Pero como Jim temió, las caóticas consecuencias del choque implicaban tantos peligros como el impacto mismo.

En el lado derecho del avión, donde se había derramado el combustible, unas llamas anaranjadas se agitaban en las ventanillas. Era como viajar a bordo de un submarino en un mar de fuego. Algunas ventanillas se habían hecho añicos a causa del impacto y las llamas penetraban en el interior, así como por la brecha que se había abierto en el fuselaje y que dividía el avión en dos partes.

Al tiempo que se desabrochaba el cinturón y se ponía en pie vacilante, Jim vio cómo las llamas prendían en los asientos del lado derecho. Los pasajeros que se encontraban allí se agachaban o andaban a gatas tratando de escapar de las crecientes llamas.

Jim salió al pasillo, asió a Holly y la abrazó mientras ella luchaba por mantenerse en pie. Luego dirigió su mirada a las Dubrovec. Madre e hija se hallaban ilesas, aunque Casey estaba llorando.

Jim cogió a Holly de la mano, buscando la vía de salida más rápida, se volvió hacia la parte posterior del avión y por un momento no pudo comprender lo que estaba viendo. Como una mancha viscosa y voraz salida de una vieja película de terror, una masa informe avanzaba agitándose hacia ellos desde la parte trasera del avión, que se hallaba terriblemente aplastada y retorcida. Aquella masa negra y ondulante devoraba todo lo que hallaba a su paso. Tardó unos segundos en percatarse de que era humo, un humo denso y sólido como una pared.

La muerte por asfixia se hallaba tras ellos. Tendrían que seguir hacia delante a pesar del fuego. Las llamas devoraban el fuselaje del lado derecho, alcanzando la cabina y extendiéndose más allá del avión partido. No obstante, podían dirigirse al lado izquierdo de la aeronave, donde el fuego aún no era visible.

— ¡Rápido! —dijo Jim, volviéndose hacia Christine y Casey, mientras éstas salían de la fila dieciséis — . ¡Hacia delante lo más aprisa que podáis, vamos, vamos!

Sin embargo, otros pasajeros de las seis primeras filas de la sección turista se hallaban en el pasillo delante de ellos. Todos intentaban salir presurosamente. Una joven y valiente auxiliar de vuelo hacía lo que podía para ayudar, pero el avance no era fácil. El pasillo estaba cubierto de equipaje de mano, bolsas, libros de bolsillo, y otros objetos que habían caído de los compartimentos superiores; tras arrastrar los pies unos cuantos pasos, los pies de Jim se vieron atrapados por los restos esparcidos.

El humo les alcanzó. Era tan intenso que sus ojos empezaron a llorar de inmediato. Jim no sólo se atragantó con la primera bocanada de humo, sino que sintió unas repulsivas arcadas; no quería pensar en lo que podía estar quemándose tras él, aparte de la tapicería, los cojines de espuma de los asientos, la alfombra, y otros elementos de la decoración interior del avión.

Cuando la gruesa nube pasó por encima de él y envolvió la sección delantera, los pasajeros que había delante se desvanecieron. Parecía como si hubieran traspasado los pliegues de una cortina de terciopelo negro.

Antes de que la visibilidad se redujera a unos centímetros, Jim soltó la mano de Holly y tocó el hombro de Christine.

—Deje que la lleve yo —dijo Jim cogiendo a Casey en brazos.

Una bolsa con publicidad de una tienda de Los Angeles yacía rota junto a los pies de Jim. Al lado vio una camiseta blanca con la inscripción: I LOVE LOS ÁNGELES.

Jim recogió la camiseta del suelo y la puso en las pequeñas manos de Casey. Sin dejar de toser, al igual que el resto de pasajeros le dijo a Casey:

—¡Cúbrete la cara con ella, cariño! ¡Respira a través de la camiseta!

En aquel instante perdió totalmente la visibilidad. La pestilente nube que le envolvía era tan oscura que ni siquiera podía ver a la niña que llevaba en brazos. De hecho, ni siquiera podía percibir las ondulantes corrientes de la misma nube. La oscuridad era más profunda que cuando cerraba los ojos, porque tras los párpados, estallidos de color formados por diminutos puntos creaban espectrales dibujos que iluminaban su mundo interior.

Estaban a unos seis metros de la parte del fuselaje partida por el impacto. No corrían peligro de perderse, ya que el pasillo era la única ruta que podían seguir.

Jim trató de no respirar. Podía contener la respiración durante un minuto —el tiempo suficiente para escapar—. El auténtico problema era que el humo inhalado, cáustico y corrosivo, le quemaba la garganta como si hubiera tragado ácido. Sus

pulmones ascendían y descendían pesadamente y su esófago sufría espasmos, provocándole accesos de tos que acababan en una inevitable inhalación de humo.

Probablemente quedaban menos de cinco metros para salir de allí. Jim tenía ganas de gritar a la gente que había frente a él: «¡Moveos, maldita sea, moveos!». Sabía que avanzaban todo lo aprisa que podían, que estaban tan ansiosos como él por salir de allí, pero aun así quería advertirles que se apresuraran. Jim sentía cómo crecía en su interior un rugido de rabia, y se dio cuenta de que se hallaba al borde de la histeria.

Pisó varios objetos pequeños y cilíndricos, y se tambaleó como si caminara sobre bolas de cristal. Pero logró mantener el equilibrio.

Casey fue presa de unos violentos ataques de tos. Jim no podía oírla, pero al sostenerla contra su pecho podía sentir cada una de las convulsiones, contracciones y espasmos de su pequeño cuerpo mientras luchaba desesperadamente por dar bocanadas de aire a través de la camiseta con la inscripción I LOVE LOS ÁNGELES.

Había pasado menos de un minuto desde que Jim empezara a avanzar hacia delante con la niña en brazos. Sin embargo, tenía la impresión de estar atravesando un túnel interminable.

Aunque el miedo y la furia le provocaron cierta confusión mental, su pensamiento seguía lo bastante claro como para recordar haber leído que cuando una habitación ardía en llamas el humo ascendía manteniéndose cerca del techo. Si no lograban ponerse a salvo en pocos segundos, se vería obligado a tirarse al suelo y arrastrarse con la esperanza de escapar de los gases tóxicos hasta encontrar aire puro.

Una súbita oleada de calor se cernió sobre él.

Imaginó que entraba en un horno, que su piel se consumía al momento, y que todo el cuerpo se le llenaba de ampollas. Su corazón latía como el de una criatura salvaje abalanzándose contra los barrotes de una jaula, pero empezó a latir con más fuerza, más rápido...

Jim estaba convencido de que se hallaban a pocos pasos del boquete abierto en el fuselaje. Abrió sus ojos irritados. La oscuridad absoluta dio paso a un remolino de humos grisáceos a través de los cuales refulgían débiles destellos de una luz roja como la sangre. Los destellos eran llamas envueltas por el humo, vistas tan sólo como reflejos que emitían millones de partículas de ceniza formando espirales. En cualquier momento, el fuego podía surgir del humo y abrasarle hasta los huesos.

No iba a lograrlo... El aire era irrespirable y estaba rodeado por el fuego. Iba a perecer calcinado. Ardería como una vela de sebo viviente. En una visión originada por el terror y no por un poder superior, se vio a sí mismo arrodillado y abatido por la derrota. Llevaba la niña en sus brazos, y ambos se fundían en un infierno que derretía el acero...

Se sintió atraído por una súbita corriente de aire. El humo fue aspirado hacia su izquierda.

Vio la luz del día, fría y gris, fácilmente diferenciable del resplandor mortal que originaba el combustible del avión.

Movido por la espantosa visión de morir abrasados, Jim se arrojó hacia la luz grisácea y cayó fuera del avión. No había ninguna escalera móvil, desde luego, ni tampoco una rampa de emergencia, tan sólo la tierra. Afortunadamente, la cosecha había sido segada hacía poco, y el campo estaba cubierto por una capa de rastrojo. Aquella tierra recién arada era lo bastante dura para cortarle la respiración a causa del impacto pero demasiado blanda para que se rompiera algún hueso.

Jim asió con fuerza a Casey al tiempo que daba bocanadas de aire. Se puso de rodillas, se levantó, y con la niña todavía en sus brazos se alejó tambaleante del radio de calor que el avión en llamas despedía.

Algunos de los supervivientes huían corriendo, como si el DC-10 estuviera cargado de dinamita y dispuesto a destruir en cualquier momento la mitad del estado de Iowa. Algunos pasajeros deambulaban sin rumbo bajo un estado de *shock*. Otros yacían en la tierra, demasiado aturcidos para dar un solo paso; otros estaban heridos y quizás algunos de ellos muertos.

Respirando con fuerza aire puro, Jim tosió expulsando el tóxico de sus congestionados pulmones. Buscó a Christine con la mirada entre la gente que se hallaba en el campo. Se volvió a uno y otro lado llamándola por su nombre, pero no la vio. Empezó a pensar que había perecido, que tal vez no eran tan sólo pertenencias de los pasajeros lo que había pisado al recorrer el pasillo izquierdo, sino también los cuerpos de un par de ellos.

Intuyendo lo que Jim pensaba, Casey dejó caer la camiseta. Agarrada a Jim, en medio de un acceso de tos que expulsó los restos del humo que había aspirado, empezó a preguntar por su madre en un tono temeroso que indicaba que esperaba lo peor.

Se había sentido invadido por un creciente triunfalismo. Pero de pronto, surgía en su interior un nuevo miedo. Súbitamente, el cálido sol de agosto que se elevaba sobre aquel campo de Iowa y las oleadas de calor que despedía el DC-10 dejaron de afectarle. Se sintió como si estuviera en medio del ártico.

— ¿Steve?

En un primer momento no reaccionó al oír aquel nombre.

—¿Steve?

Entonces recordó que para ella era Steve Harkman —algo que probablemente desconcertaría a Christine, a su marido, y al *auténtico* Steve Harkman para el resto de sus vidas.

Y se volvió hacia el lugar de donde provenía la voz. Allí estaba Christine, tambaleándose sobre la tierra recién segada, con el rostro y las ropas manchados por el humo aceitoso, descalza, con los brazos extendidos para coger a su pequeña hija.

Jim le entregó la niña.

Madre e hija se fundieron en un fuerte abrazo.

—Gracias —dijo Christine entre lágrimas mirando a Jim por encima del hombro de Casey—, gracias por haberla sacado de allí. Dios mío, Steve, jamás podré agradecértelo lo suficiente.

Jim no quería muestras de agradecimiento. Todo lo que quería era a Holly Thorne, viva e ilesa.

— ¿Has visto a Holly? —inquirió preocupado.

— Sí. Oyó un grito infantil pidiendo ayuda y pensó que podía ser Casey. — Christine temblaba y parecía trastornada, como si sospechara que el sufrimiento no había terminado, como si pensara que la tierra iba a resquebrajarse en cualquier instante y a arrojar lava de su interior, para empezar así otro capítulo de pesadillas — . ¿Cómo nos separamos? Íbamos uno tras otro, luego nos encontramos fuera, y en medio del tumulto, no sé cómo, vosotros ya no estabais allí.

— ¡Holly...! —gritó Jim impaciente — . ¿Adónde ha ido? —Quería entrar de nuevo para buscar a Casey, luego se dio cuenta de que los gritos provenían de la sección delantera. —Christine levantó un bolso y siguió parlotando—. Sacó su

bolso sin darse cuenta, así que me lo dio a mí y volvió atrás, sabía que no podía ser Casey, pero volvió de todas formas. Christine le indicó el lugar, y por primera vez Jim vio que la parte frontal del DC-10, incluyendo la sección de primera clase, había quedado arrancada de la parte del avión en que habían volado ellos. Se hallaba a unos sesenta metros de distancia en medio del campo. Aunque ardía con menos fuerza que la sección central de mayor tamaño, estaba considerablemente más deteriorada que el resto del aparato.

Se sintió horrorizado al oír que Holly había entrado de nuevo en alguno de aquellos humeantes restos. La cabina y la parte delantera del avión yacían en aquel campo de Iowa como un monolito en el cementerio de un mundo lejano y desconocido. El conjunto resultaba totalmente fuera de lugar, infinitamente extraño, enorme y distante, absolutamente siniestro.

Jim echó a correr hacia allí, llamando a Holly.

Aunque Holly sabía que aquél era el mismo aparato en el que había abandonado Los Angeles unas horas antes, apenas podía creer que la parte delantera del DC-10 hubiera pertenecido alguna vez a un avión en funcionamiento. Parecía la versión de un DC-10 a cargo de un escultor trastornado, una mezcla de piezas soldadas tomadas a partir de un avión auténtico y de entre la chatarra de todo tipo; moldes para tartas y pasteles, cubos de basura, trozos de tuberías viejas, guardabarros de coches, alambres, accesorios de aluminio, piezas de verjas de hierro forjado. Los remaches habían saltado; el cristal se había disuelto; los asientos estaban arrancados y se hallaban amontonados como sillones desechados en la esquina de un cobertizo; el metal había quedado retorcido y doblado, en algunas partes estaba hecho añicos como si se tratara de cristal roto a martillazos. Los paneles del fuselaje interior se habían desprendido y las pesadas vigas que conformaban la estructura habían reventado hacia dentro. En algunos sitios el suelo se había levantado a causa del impacto o debido a la explosión sufrida.

Era como un depósito de chatarra de viejas máquinas por el que hubiera pasado un tornado.

Holly, mientras trataba de hallar la procedencia de lo que sonaba como los gritos de un niño asustado, no siempre podía mantenerse erguida. Tenía que agacharse o retorcerse a través de espacios cortantes, empujando cosas a un lado siempre que podía y si el obstáculo resultaba ser inamovible tenía que pasar por encima, alrededor o por debajo. Las ordenadas filas y pasillos habían sido arrancados y conformaban un laberinto.

Holly se alteró al descubrir el vacilante resplandor amarillo rojizo de unas llamas a lo largo del perímetro del suelo y en la esquina derecha, junto al tabique que separaba el compartimento de pasajeros de la cabina de la tripulación. Pero el fuego era irregular, a diferencia del violento incendio del que había huido momentos antes. Podía avivarse de pronto, desde luego, y consumir lo que se interpusiera en su camino, aunque por el momento parecía poco probable que hallara suficiente material combustible u oxígeno para hacer algo más que mantenerse como estaba.

El humo se elevó en espiral a su alrededor, formando sinuosas volutas, lo cual era más fastidioso que amenazante. Había una buena reserva de aire respirable y Holly apenas tosió.

Lo que más la turbaba eran los cadáveres. Aunque el accidente fue aparentemente menos grave de lo que hubiera sido sin la intervención de Jim, no todo el mundo sobrevivió, y en la sección de primera clase perecieron varias

personas. Holly descubrió a un hombre clavado en su asiento, un tubo de acero de tres centímetros de diámetro y treinta centímetros de longitud le había perforado la garganta; sus ojos abiertos miraban al vacío en una expresión final de sorpresa. Al lado de Holly, había una mujer medio decapitada, todavía llevaba el cinturón de seguridad que la sujetaba a su asiento, el cual se había desprendido violentamente de las placas del suelo al que estaba atornillado. Allí donde se apilaban los asientos arrancados, Holly vio amontonados unos sobre otros cadáveres y pasajeros heridos, y la única forma de distinguir a los vivos de los muertos era aproximarse a ellos para determinar cuáles eran los que se quejaban.

Se sobrepuso a aquel horror. Era consciente de la sangre, pero la mirada de Holly no se detenía en ella, sino que pasaba a través de ella. Sus ojos se apartaron de las heridas más graves, rechazando hundirse en aquellas imágenes de pesadilla a las que no cesaba de enfrentarse al contemplar los cuerpos mutilados de los pasajeros. Aquellos cuerpos se convirtieron en formas abstractas para Holly, como si no fueran reales sino sólo bloques de forma y color plasmados en una tela por un cubista que imitara a Picasso. Si por un instante se permitía pensar en lo que estaba viendo, tendría que volver atrás y salir, o acurrucarse en una posición fetal y llorar. Se encontró con una docena de personas que necesitaban ayuda para ser extraídas de entre los restos del avión, así como inmediata asistencia médica, pero, o eran demasiado grandes o se hallaban aprisionadas de tal forma entre aquel amasijo de hierros que para Holly resultaba imposible poder brindarles cualquier tipo de auxilio. Además, los obsesionantes gritos infantiles la arrastraban hacia delante, empujada por la lógica instintiva de que los niños siempre debían ser los primeros en ponerse a salvo: una de las principales cláusulas de la política de supervivencia genéticamente programada por la naturaleza.

El sonido de las sirenas se elevó en la distancia. Hasta aquel momento no se había detenido a pensar en ningún instante qué equipos profesionales de rescate estaban en camino. No importaba. No podía volverse atrás y esperar a que llegaran para hacerse cargo de la situación. ¿Y si llegar hasta donde se encontraba el niño con una diferencia de un par de minutos suponía hallarlo muerto o con vida?

Mientras Holly seguía hacia delante, atisbando de vez en cuando a través de los resquicios de aquella malla de destrucción y débiles, aunque inquietantes llamas, oyó de pronto tras ella la voz de Jim que la llamaba desde la abertura de la parte delantera del avión que había quedado amputada del resto. En el caos que siguió después de caer a tierra desde la sección central del DC-10, Jim y Holly aparentemente emergieron del humo en diferentes sitios, dirigiéndose cada uno en dirección opuesta, ya que ella no le encontró a pesar de que se suponía que él se hallaba justo detrás. Holly estaba convencida de que Jim y Casey habían sobrevivido, aunque sólo fuera por el hecho del innegable talento que él poseía para la supervivencia; no obstante, era agradable oír su voz.

— ¡Aquí! —exclamó Holly, aunque aquella maraña de devastación le impedía verle.

— ¿Qué está haciendo?

— Busco a un niño pequeño —gritó Holly en respuesta—. Puedo oírle, cada vez estoy más cerca, pero todavía no le veo.

— ¡Salga de aquí! —gritó Jim por encima del creciente ruido de los vehículos de emergencia que se acercaban—. Un equipo médico está en camino, ellos están entrenados para esto.

—Vamos —dijo Holly siguiendo hacia delante—. ¡Aquí hay gente que necesita ayuda *ahora!*

Holly se aproximaba a la parte frontal de la sección de primera clase, donde las costillas de acero del fuselaje se habían quebrado también hacia dentro, pero no con la misma profusión que en el área situada detrás de Holly. No obstante, los asientos arrancados, el equipaje de mano, y otros despojos que salieron despedidos hacia delante a causa del impacto se apilaban allí en más profusidad que en cualquier otro lado. Asimismo, también se encontraba un mayor número de gente hacinada en aquel montón, vivos y muertos.

Al apartar un asiento roto y vacío que se interponía en su camino y hacer una pausa para tomar aliento, Holly oyó cómo Jim se abría paso a través de los restos del avión.

Tumbada de lado, Holly se introdujo por un estrecho pasadizo que daba a un pequeño espacio despejado, encontrándose cara a cara con el niño cuyos gritos había seguido hasta llegar allí. Tenía unos cinco años y enormes ojos negros. Parpadeó con asombro al verla y contuvo un sollozo, como si en ningún momento hubiera esperado realmente que alguien llegara hasta él.

Se hallaba bajo un banco tumbado de cinco asientos, como una tienda de campaña. Yacía sobre su vientre, con la cabeza asomada hacia fuera, y no parecía haber ningún obstáculo que le impidiera salir de allí deslizándose.

—Algo tiene cogido mi pie —dijo el niño. Todavía estaba asustado, pero controlaba su miedo. La mayor parte del terror que sentía se esfumó al ver a Holly. Tanto si se tienen cinco años como cincuenta, lo peor siempre es estar solo—. Lo tiene cogido, no lo suelta.

—Te sacaré de aquí, tesoro —dijo Holly tosiendo—. No te ocurrirá nada.

Holly levantó la mirada y vio otra fila de asientos amontonada sobre el banco que se hallaba debajo. Estaban encajados uno contra otro por una masa de aceros retorcidos que hacían presión desde el techo derrumbado, y se preguntó si la sección delantera habría dado un vuelco antes de posarse de nuevo en la posición correcta.

Con la yema de los dedos Holly secó las lágrimas que bañaban las mejillas del niño.

— ¿Cómo te llamas, cariño?

—Norwood. Los niños me llaman Norby. No me duele. El pie, quiero decir.

Holly se alegró al oír aquello.

Pero entonces, mientras ella estudiaba los restos que rodeaban al niño tratando de imaginar lo que debía hacer, él dijo:

—No lo siento.

— ¿El qué, Norby?

—Mi pie. Es extraño, parece como si algo lo retuviera porque no puedo moverlo, pero no puedo sentir mi pie, ¿sabes?, como si no estuviera allí...

El estómago de Holly dio un vuelco ante la imagen que las palabras del niño habían conjurado en su mente. Quizá no fuera tan serio. Tal vez su pie tan sólo se hallaba atenazado entre dos hierros, entumecido, pero tenía que pensar y actuar rápidamente, ya que cabía la posibilidad de que estuviera perdiendo sangre a un ritmo alarmante.

El espacio en el que el niño yacía estaba demasiado atestado como para que Holly se pudiera introducir en él, encontrar su pie y liberarlo. En lugar de eso, Holly se tumbó de espalda, dobló las piernas, y apoyó las suelas de sus zapatos contra los asientos que se elevaban sobre él.

—De acuerdo, Norby, voy a estirar las piernas, a tratar de empujar esto hacia arriba, tan sólo un par de centímetros. Cuando empiece a levantarse intenta sacar el pie de allí.

Una espiral serpenteante de humo gris se deslizó desde la parte oscura que había tras Norby y se enroscó frente a su rostro, el niño estornudó y dijo:

— Hay gente muerta aquí conmigo.

—No pasa nada, cariño —le tranquilizó Holly al tiempo que tensaba las piernas, flexionándolas ligeramente para calcular el peso que trataba de quitarle de encima—. No vas a estar aquí mucho tiempo, ya queda poco.

—Aquí está mi asiento, luego hay un asiento vacío, y luego gente muerta —dijo Norby con voz temblorosa.

Holly se preguntó durante cuánto tiempo el trauma de aquella experiencia iba a motivar sus pesadillas y desviar el curso de su vida.

—Allá va —dijo Holly.

Empujó hacia arriba con ambos pies. El montón de asientos, despojos y cuerpos era pesado de por sí, pero la sección medio derrumbada del techo, que presionaba sobre todo lo demás, no parecía ceder lo más mínimo. Holly estiró las piernas aún más, hasta que el suelo de acero, cubierto tan sólo por una fina alfombra, ejerció una dolorosa presión sobre su espalda. Dejó escapar un involuntario sollozo de agonía. Entonces, estiró las piernas con más y más fuerza, encolerizada de no poder moverlo, furiosa y... cedió. Cedió menos de un centímetro, pero se movió.

Holly se afaná aún más, encontró reservas que desconocía poseer, presionó los pies hacia arriba hasta que las punzadas de dolor en las piernas se hicieron más intensas que las que sentía en la espalda. Las placas del techo y los montantes que sobresalían crujieron y se inclinaron hacia atrás un par de centímetros; los asientos se elevaron justo aquel margen.

—Todavía lo tengo cogido —dijo el niño.

Del oscuro espacio que le rodeaba salía más humo. No era gris pálido sino más oscuro que antes, más mugriento y aceitoso, con un nuevo hedor desagradable. Holly rogó a Dios que las aisladas llamas no hubieran prendido finalmente en la tapicería y el relleno de espuma que conformaban el capullo del que el niño luchaba por emerger.

A Holly le temblaban los músculos de las piernas. El dolor de la espalda le traspasó hasta el pecho; cada latido del corazón era un lacerante ruido sordo, cada inhalación un tormento.

No creía poder seguir aguantando aquel peso por mucho más tiempo, y aún menos levantarlo algo más. Pero con una sacudida brusca se elevó otro centímetro, luego otro, y luego un poco más.

Norby emitió un grito de dolor y excitación. Se movió serpenteando hacia delante.

— ¡Lo ha soltado, lo ha dejado libre! Holly aflojó las piernas y dejó caer el peso con cuidado. Se dio cuenta de cuáles habían sido los pensamientos del niño y lo que ella habría pensado también de haber tenido cinco años y haberse encontrado en aquella horrible situación: que la mano férrea y fría de uno de los cadáveres que se hallaban junto a él había agarrado su tobillo.

Holly se apartó a un lado, dejando espacio suficiente a Norby para salir del hueco de debajo de los asientos. El niño se reunió con ella en aquel pequeño espacio despejado entre los restos y se apretó contra Holly en busca de consuelo. Desde más atrás del avión, Jim gritó: —¡Holly! —¡Lo encontré!

—Tengo a una mujer aquí, la estoy sacando. —¡Fantástico! —gritó Holly.

Fuera, el ulular de las sirenas descendió hasta sumirse en el silencio al llegar los equipos de rescate.

Aunque del oscuro espacio del que Norby había escapado emergía un humo negruzco, Holly se demoró para examinar el pie del niño. Caía pesadamente a un lado, colgando de un modo desagradable, como el pie de una vieja muñeca de trapo. Tenía fracturado el tobillo, Holly le quitó el zapato deportivo del pie que se hinchaba por momentos. La sangre teñía su calcetín blanco, pero cuando Holly observó la piel que había debajo descubrió que tan sólo estaba erosionada y con algunos cortes superficiales. No iba a desangrarse, pero no tardaría en ser consciente del intolerable dolor del tobillo roto. —Vamos, salgamos de aquí —dijo Holly. Tenía la intención de regresar con el niño por el mismo camino, pero al mirar a su izquierda vio otra brecha en el fuselaje. Ésta se hallaba justo a la derecha del tabique de la cabina, a unos pocos metros de distancia. Se extendía hacia arriba siguiendo la curvada pared del avión, pero no continuaba hasta el techo. Una parte del revestimiento interior, el material aislante que había debajo, el sistema de soporte estructural y la capa metálica exterior habían estallado hacia dentro entre los otros restos del avión o habían salido despedidos hacia el campo del exterior. El agujero resultante no era grande, pero poseía espacio suficiente como para que ella y el niño pasaran a través de él.

Mientras ambos mantenían el equilibrio al borde del destrozado casco del avión, uno de los trabajadores del equipo de rescate apareció en el campo arado. Les separaba una altura de cuatro metros. El hombre extendió los brazos hacia el niño.

Norby saltó. El hombre lo cogió y se echó hacia atrás por el impacto.

Holly saltó también y aterrizó sobre sus pies. —¿Es usted su madre? —preguntó el hombre.

—No. Le oí gritar y entré a buscarle. Tiene un tobillo roto.

—Yo estaba con mi tío Frank —dijo Norby.

—De acuerdo —dijo el del equipo de rescate, tratando de adoptar un tono animado—, entonces vamos a buscar al tío Frank.

— El tío Frank está muerto —dijo Norby con voz neutra.

El hombre miró a Holly, como si tal vez ella supiera qué decir. Holly guardó silencio, desconcertada, llena de desesperación ante la idea de que un niño de cinco años tuviera que experimentar tal sufrimiento. Quería abrazarlo, acunarlo entre sus brazos y decirle que en la vida todo acaba bien.

Pero nada acaba bien en la vida, pensó Holly, porque la muerte forma parte de ella. Adán desobedeció y se comió la manzana, ingirió la fruta del saber, así que Dios decidió permitirle conocer todo tipo de cosas, buenas y malas. Los hijos de Adán aprendieron a cazar, a cultivar la tierra, a afrontar el invierno y a cocinar los alimentos con fuego, fabricar herramientas, construir refugios. Y Dios, con el propósito de darles una educación bien completa, dejó que aprendieran, oh, tal vez un millón de modos distintos de sufrir y morir. Él les animó a aprender un lenguaje, a escribir y leer, a adquirir conocimientos sobre biología, química, física, los secretos del código genético. Y él les enseñó los exquisitos horrores de los tumores cerebrales, de la distrofia muscular, de la plaga bubónica, del cáncer infestando sus cuerpos —sin dejar atrás los accidentes aéreos—. Querían adquirir el saber, y Dios se sintió feliz de complacerles. Él era un profesor entusiasta, un *demonio* del saber, lo acumulaba sobre ellos con tal profusión y extraordinario detalle que uno sentía a veces que iba a ser aplastado.

Para cuando el hombre del equipo de rescate se alejaba llevando a Norby en brazos hacia una ambulancia blanca aparcada al borde de la pista de aterrizaje, Holly había pasado de la desesperación a la rabia. Era una rabia inútil, ya que no había nadie excepto Dios contra quien pudiera dirigirla, y la manifestación de ésta no cambiaría nada. Dios no iba a librar a la raza humana de la maldición de la muerte por el solo hecho de que Holly lo encontrara una enorme injusticia.

Se dio cuenta de que la furia se apoderaba de ella, una furia que no distaba mucho de la que parecía mover a Jim Ironheart. Recordó lo que él le había dicho durante su susurrante conversación en la fila diecisiete, cuando ella trataba de obligarle a salvar no sólo a las Dubrovek, sino a todos los que se hallaban a bordo del vuelo 246: «¡Odio la muerte, que la gente muera, lo odio!». Algunas de las personas a las que Jim había salvado pusieron de relieve observaciones similares, y Holly recordó lo que Viola Moreno dijo acerca de la profunda y reservada tristeza que había en Jim, motivada tal vez por el hecho de haberse quedado huérfano a la edad de diez años. Dejó la enseñanza, abandonó su carrera, porque el suicidio de Larry Kakonis hizo que todo su esfuerzo y preocupación parecieran carentes de significado. En un principio, Holly juzgó aquello como una reacción extrema, pero ahora la entendía perfectamente. Ella también sentía un vivo deseo de dejar a un lado la vida mundana y hacer algo más significativo para quebrar las reglas del destino, para amoldar el mismo tejido del universo en una forma distinta a la que Dios parecía preferir.

Durante un breve instante en medio de aquel campo de Iowa con el hedor de la muerte que el viento hacía llegar hasta ella, observando al hombre alejarse con el niño que había estado al borde de la muerte, Holly se sintió más cerca de Jim Ironheart de lo que nunca lo había estado de un ser humano.

Partió en su busca.

La escena en torno al destrozado DC-10 se había vuelto más caótica que los momentos inmediatos que siguieron al accidente. Camiones contra incendios habían llegado hasta el campo arado. Chorros de densa espuma se arqueaban por encima de los restos del avión, cubriendo el fuselaje de glóbulos que parecían crema batida y extinguían las llamas de la tierra circundante empapada de combustible. El humo seguía saliendo en abundancia de la sección central, se deslizaba a través de cada hendidura y ventana hecha añicos; movido al antojo del viento, un manto negro se extendía sobre ellos, proyectando extrañas, y siempre cambiantes, sombras al filtrar la luz solar de la tarde. A la mente de Holly acudió la imagen de un siniestro calidoscopio de espejos grises o negros. Los miembros del equipo de rescate pululaban alrededor de los restos del avión en busca de supervivientes, y el número de ellos era tan descompensado en comparación a la impresionante tarea que debían llevar a cabo, que algunos de los pasajeros más afortunados se prestaron a brindar su ayuda. Otros pasajeros —algunos tan poco afectados, físicamente, por aquella experiencia que daban la impresión de estar recién duchados y vestidos, otros despeinados y mugrientos— permanecían solos o en pequeños grupos, a la espera de los minibuses que los llevarían a la terminal de Dubuque, parloteando nerviosamente o guardando un silencio motivado por el aturdimiento. Los únicos elementos que enlazaban la escena del accidente y le otorgaban cierta coherencia eran las voces saturadas de interferencias que crepitaban en las radios de onda corta.

Aunque Holly iba en busca de Jim Ironheart, encontró en su lugar a una mujer joven que llevaba un vestido amarillo. La desconocida tenía poco más de veinte años, esbelta, de cabello castaño, con un rostro de porcelana; y a pesar de hallarse ilesa necesitaba realmente ayuda. Se alejaba de la parte posterior del avión de la

que todavía salía humo, pronunciando a gritos una y otra vez el mismo nombre: «¡Kenny! ¡Kenny! ¡Kenny!».

Había gritado de un modo tan incesante que tenía la voz ronca.

Holly posó una mano en su hombro y le preguntó:

— ¿A quién está llamando?

Los ojos de la desconocida eran del mismo azul que las glicinias y los tenía vidriosos.

— ¿Ha visto a Kenny?

— ¿Quién es él, querida? —Mi marido.

— ¿Qué aspecto tiene?

— Estábamos en luna de miel —dijo aturdida.

— La ayudaré a encontrarle. —No.

—Vamos, cielo, todo irá bien.

—No quiero buscarle —dijo la mujer, dejando que Holly la alejara del avión y la condujera hacia las ambulancias—. No quiero verle. No tal como estará ahora. Completamente muerto. Completamente destrozado, quemado y muerto.

Camaron juntas por la tierra arada y blanda, donde volvería a sembrarse una nueva cosecha al final del invierno, que brotaría verde y tierna en primavera. Para entonces todos los vestigios de la muerte habrían desaparecido y la ilusión de vida eterna creada por la naturaleza habría sido una vez más restituida.

A Holly le ocurría algo. Un cambio fundamental se gestaba en su interior. No comprendía su naturaleza, ni sus repercusiones, ni hasta qué punto la afectaría una vez que se hubiera completado, pero era consciente de una profunda agitación en el fondo de su corazón y de su mente.

Debido a la confusión en que su mundo interior se hallaba sumido, carecía de energía para hacer frente al mundo que la rodeaba, así que plácidamente siguió el programa habitual para los casos posaccidente junto al resto de los otros pasajeros.

Estaba impresionada por el apoyo emocional, psicológico, y práctico brindado a los supervivientes del vuelo 246. La comunidad de defensa civil y médica —que obviamente estaba organizada para tal emergencia— respondió rápida y efectivamente. Aparte de ello, psicólogos, consejeros, ministros eclesiásticos, curas y un rabino se pusieron a disposición de los pasajeros a los pocos minutos de su llegada a la terminal. Un gran salón reservado para los VIP —con mesas de caoba y confortables sillas tapizadas de azul— había sido habilitado para su uso, incluyendo diez o doce líneas telefónicas y enfermeras dispuestas a ayudarles en caso de manifestar indicios de *shock*.

Los empleados de United fueron especialmente solícitos, ayudándoles a encontrar hospedaje para pasar la noche y llevar a cabo los preparativos para desplazarse. Tan rápido como les fue posible llevaron a los pasajeros que se hallaban ilesos junto a los amigos y parientes que habían sido hospitalizados en diferentes centros, y les transmitieron con tristeza las muertes de los seres queridos. El horror y el dolor que sentían parecía tan profundo como el de los mismos pasajeros, y se mostraban aturdidos y sumidos en el remordimiento por el hecho de que una cosa así pudiera sucederle a uno de sus aviones. Holly vio cómo una mujer joven, con una americana de United, se daba la vuelta súbitamente y abandonaba la habitación llorando, y todos los demás, hombres y mujeres sin distinción, estaban

pálidos y temblorosos. Holly sintió deseos de consolarles, de rodearlos con el brazo y decirles que incluso los aparatos mejor contruidos y mantenidos estaban destinados a fallar algún día, porque el conocimiento humano era imperfecto y la maldad se movía libremente por el mundo.

El coraje, la dignidad y la compasión que se ponían de manifiesto en aquellas penosas circunstancias era tal que Holly se quedó consternada por la masiva llegada de los medios de comunicación. Sabía que la dignidad, por lo menos, sería una de las primeras víctimas de su asalto. En realidad, sólo cumplían con su trabajo, cuyos problemas y presiones ella conocía muy bien. Pero el porcentaje de periodistas que llevaban a cabo su trabajo correctamente no era mayor que el porcentaje de fontaneros competentes o el de carpinteros capaces de fijar a la perfección el marco de una puerta. La diferencia radicaba en que los periodistas insensibles, ineptos o totalmente hostiles podían provocar en los entrevistados una considerable turbación y, en algunos casos, mancillar para siempre su reputación, lo cual era mucho peor que una tubería bloqueada o una moldura de madera con las piezas mal encajadas.

Todo el espectro de periodistas de prensa, radio y televisión invadió el aeropuerto y en poco tiempo penetró en aquellas áreas en las que su presencia estaba oficialmente restringida. Algunos de ellos se mostraban respetuosos por la condición emocional y mental en la que se hallaban los supervivientes, pero la mayoría acosaba a los empleados de United con temas como la «responsabilidad» y la «obligación moral», o perseguían a los supervivientes para que manifestaran sus temores más íntimos y revivieran el reciente horror para deleite de los consumidores de noticias. Aunque Holly conocía sus métodos y era experta en quitárselos de encima, cuatro reporteros distintos le hicieron la misma pregunta media docena de veces en quince minutos: «¿Cómo se sintió cuando oyó que podía estrellarse al aterrizar? ¿Cómo se sintió cuando creyó que iba a morir? ¿Cómo se sintió cuando vio que algunos de los que se hallaban alrededor habían muerto?».

Finalmente, acorralada junto a una gran ventana desde la que se podía ver la llegada y salida de los aviones, Holly estalló en cólera contra un ansioso reportero que trabajaba para la CNN llamado Anlock, el cual no parecía comprender que Holly no se sintiera halagada por sus atenciones.

—Pregúnteme lo que vi, o lo que pienso —le dijo—. Pregúnteme quién, qué, dónde y por qué, pero por amor de Dios, no me pregunte cómo me siento. Si tiene alguna comprensión por la condición humana, usted debería saberlo.

Anlock y el cámara que le acompañaba trataron de alejarse en busca de otra presa. Holly se percató de que la mayoría de la gente que se hallaba en la habitación atestada se había dado la vuelta para ver cuál era la causa del alboroto, pero no le importó. No iba a permitir que Anlock se marchara tan fácilmente. Se quedó junto a él.

—¡Usted no quiere hechos! ¡Sólo quiere algo dramático, quiere sangre y gritos! ¡Quiere que la gente desnude sus almas ante usted! Luego redacta lo que han dicho, tergiversando y confundiendo las palabras maliciosamente; ¡es como una violación, maldita sea!

Se dio cuenta de que se hallaba poseída por la misma rabia que había experimentado en el lugar del accidente, y de que no estaba la mitad de furiosa contra Anlock de lo que lo estaba contra Dios. El reportero era un objetivo más asequible que el Todopoderoso, oculto en algún oscuro rincón de Su firmamento. Holly se sintió confusa al descubrir de nuevo aquella furia en su interior.

Holly había perdido el control de sí misma, y no le importaba —hasta que se percató de que los de la CNN grababan en directo—. Un destello depredador en la mirada de Anlock y un atisbo de ironía en su expresión la alertaron de que no se hallaba consternado por el arrebató de Holly. Ella le estaba proporcionando auténtico patetismo, y no podía resistirse a usarlo incluso siendo él el objeto de sus insultos. Más tarde él disculparía magnánimamente su comportamiento frente a los telespectadores, mostrándose hipócritamente compasivo con el trauma emocional de Holly, convirtiéndose así en un temerario reportero y un tipo humanitario.

Furiosa consigo misma por haber mordido el anzuelo, Holly le dio la espalda a la cámara. Nada más alejarse, oyó que Anlock decía:

—Bastante comprensible, desde luego, teniendo en cuenta lo que ha tenido que pasar...

Quería volver atrás y romperle la cara, justo lo que habría deseado aquel malnacido.

«¿Qué te pasa, Thorne? —se preguntó a sí misma—, nunca pierdes el control. No de esta forma. Nunca lo pierdes, pero ahora lo estás perdiendo definitiva y absolutamente.»

Trató de ignorar a los reporteros y suprimir su súbito interés en el autoanálisis. Siguió buscando a Jim Ironheart inútilmente. No se hallaba entre el último grupo que había llegado desde el lugar del accidente. Ninguno de los empleados de United pudo encontrar su nombre en la lista de pasajeros, lo cual no sorprendió excesivamente a Holly.

Imaginó que todavía estaría en el campo, ayudando al equipo de búsqueda y rescate del modo que pudiera. Estaba ansiosa por hablar con él, pero tendría que ser paciente.

Aunque algunos reporteros se mostraban cautelosos con ella tras el modo en que atacó verbalmente a Anlock, sabía cómo manipular a los de su gremio. Sorbiendo un amargo café solo en una taza de plástico, se paseó por la habitación y salió al vestíbulo, haciéndoles preguntas sin revelar que era uno de ellos, para obtener alguna información interesante. Entre otras cosas, descubrió que habían sobrevivido doscientas personas, y que las víctimas no llegaban a cincuenta, un número milagrosamente bajo de muertos si se tenía en cuenta la forma en que el avión se había partido e incendiado. Holly tendría que haberse alegrado, porque significaba que la intervención de Jim había permitido al capitán salvar más vidas de las que el destino tenía previsto; en lugar de ello, sus pensamientos no se apartaban de los que, a pesar de todo, habían perecido.

También supo que los miembros de la tripulación habían sobrevivido, y que buscaban un pasajero que les había sido de gran ayuda, un hombre descrito como «Jim Algo, una especie de Kevin Costner con ojos muy azules». Debido a que los primeros funcionarios federales en llegar se hallaban ansiosos por hablar con aquel «Jim Algo», los medios de comunicación también empezaron a buscarle.

Holly se dio cuenta de que Jim no iba a hacer acto de presencia. Se desvanecería, como siempre hacía tras una de sus hazañas, alejándose del alcance de reporteros y funcionarios. Jim iba a ser el único nombre al que tendrían acceso.

Holly era la primera persona, en el escenario de uno de sus rescates, a quien él había dado su nombre completo.

Frunció el ceño, preguntándose por qué había decidido revelarle cosas que no había revelado a nadie.

Frente a la puerta de los servicios de mujeres se encontró con Christine Dubrovec, que le devolvió su bolso y le preguntó por Steve Harkman, sin darse cuenta de que él era el misterioso Jim acerca del cual todos se interrogaban.

—Tenía que estar en Chicago esta noche sin falta, así que ha alquilado un coche y se ha marchado —mintió Holly.

—Quería darle las gracias —dijo Christine—. Pero imagino que tendré que esperar hasta que nos encontremos en Los Angeles. Trabaja en la misma compañía que mi marido, ¿sabe?

Casey, pegada al lado de su madre, se había limpiado el hollín de la cara y cepillado el pelo. Estaba comiendo una barrita de chocolate sin demasiado entusiasmo.

Holly se disculpó lo antes posible y volvió al centro de ayudas de emergencia que United había establecido en una esquina del salón VIP. Trató de conseguir un vuelo que, sin importar el número de escalas, la llevara aquella misma noche a Los Angeles. Pero Dubuque no era precisamente el centro del universo, y todos los asientos a cualquier lugar del sur de California ya estaban reservados. Lo mejor que podía hacer era tomar un vuelo hacia Denver por la mañana, seguido de otro al mediodía desde Denver a Los Angeles.

United le proporcionó alojamiento para aquella noche. A las seis de la tarde, Holly se instaló en una limpia y triste habitación en el motel Best Western Midway Motor. En realidad, en su estado de ánimo habría sido incapaz de apreciar una suite en el Ritz.

Por si la habían visto en la CNN o descubrían su nombre en la lista de pasajeros en los diarios de la mañana, llamó a sus padres en Filadelfia para comunicarles que estaba a salvo. Eran felizmente ignorantes de lo cerca que había estado de perecer, no obstante no pudieron evitar alarmarse por todo lo ocurrido, como si todavía estuviera sucediendo. Holly tuvo que consolarles, en lugar de que fueran ellos los que lo hicieran, lo cual era conmovedor, ya que confirmaba lo mucho que la querían. «Me da igual lo importante que sea este artículo en el que estás trabajando —le dijo su madre—, puedes coger un autobús que te lleve hasta casa.»

La conversación no mejoró el humor de Holly.

Aunque llevaba el cabello enmarañado y olía a humo, se dirigió a un centro comercial y adquirió una muda de ropa: calcetines, ropa interior, vaqueros, una blusa blanca y una chaqueta tejana. También compró un par de Reeboks porque no podía evitar sospechar que las marcas desteñidas de su viejo par eran manchas de sangre.

Cuando estuvo de nuevo en la habitación tomó la ducha más larga de su vida, enjabonándose una y otra vez hasta que la pastilla de jabón, obsequio del motel, quedó reducida a unos diminutos trozos. Se sentía sucia, pero finalmente cerró el grifo cuando se dio cuenta de que trataba de limpiar algo que estaba en su interior.

Pidió al servicio de habitaciones que le trajeran un bocadillo, una ensalada y fruta. Cuando tuvo la comida frente a ella fue incapaz de dar un bocado.

No se atrevía a encender el televisor. No quería arriesgarse a ver en la pantalla las noticias acerca del trágico accidente del vuelo 246.

Si hubiera podido llamar a Jim Ironheart lo hubiera hecho en seguida. Le habría llamado cada diez minutos, hora tras hora, hasta que él hubiera llegado a casa y hubiera cogido el teléfono. Pero Holly ya sabía que su número no figuraba en el listín de teléfonos.

Finalmente bajó al salón del motel, se sentó en el bar y pidió una cerveza. Dada su escasa resistencia al alcohol, una botella de Beck, sin acompañarla de algo de comer, probablemente sería suficiente para dejarla inconsciente el resto de la noche.

Un viajante de comercio de Omaha trató de entablar conversación con ella. Tenía unos cuarenta y cinco años, no carecía de atractivo y parecía agradable, pero no quería que la malinterpretara. Le dijo de la forma más amable posible que no estaba buscando ningún plan.

—Ni yo tampoco —respondió él con una sonrisa—. Todo lo que quiero es alguien con quien poder hablar.

Holly le creyó, y su instinto demostró que no se había equivocado. Permanecieron sentados en el bar un par de horas, charlando acerca de películas, programas de televisión, humoristas y cantantes, sobre el tiempo y la comida, sin tocar para nada la política, accidentes de avión, o los problemas que acuciaban al mundo. Para su sorpresa se bebió tres cervezas y no sintió más que un ligero mareo.

—Howie —le dijo ella sinceramente al despedirse—, te estaré agradecida el resto de mi vida.

Volvió sola a su habitación, se desvistió y se deslizó bajo las sábanas, sintiendo que el sueño se apoderaba de ella nada más tocar la almohada. Tapándose con la colcha para evitar el frío del aire acondicionado, dijo con una voz confusa provocada por el cansancio:

—Acurrúcate en mi capullo, apresúrate a ser una mariposa. Preguntándose de dónde vendría aquello y lo que significaba, Holly se quedó dormida. *Ziip, ziip, ziip*.

Aunque se encontraba en la habitación de paredes de piedra, el sueño era claramente distinto en muchos aspectos. En primer lugar, ahora podía ver. Sobre un plato azul había una gruesa vela amarilla; su oscilante llama anaranjada revelaba paredes de piedra, ventanas tan estrechas como las aberturas de una fortificación, un suelo de madera, un eje que giraba, surgiendo del techo y desapareciendo por un agujero que daba a la habitación de abajo, y una pesada puerta con barras de hierro. De algún modo, sabía que se hallaba en la cámara superior de un viejo molino de viento, que el sonido —*ziip, ziip, ziip*— era producido por las gigantescas aspas al cortar el turbulento viento de la noche, y que tras la puerta se hallaban unos curvados peldaños de piedra caliza que conducían a la estancia en que se molía. Aunque estaba de pie cuando el sueño empezó, las circunstancias cambiaron, y de pronto se encontró sentada, aunque no en una silla corriente. Estaba en un asiento de avión, con el cinturón de seguridad abrochado, y cuando volvió la cabeza hacia la izquierda vio que Jim Ironheart estaba sentado junto a ella. «Este viejo molino no llegará hasta Chicago», dijo él solemnemente. E incluso parecía lógico que pudieran estar volando en aquella estructura de piedra impulsados por las cuatro aspas de madera como si fueran las hélices de un avión. «Sobreviviremos, ¿no es así?», preguntó ella. Ante sus ojos, Jim se desvaneció y en su lugar apareció un niño de diez años. Holly se maravilló de aquel hechizo. Luego llegó a la conclusión de que aquel niño de espeso cabello castaño y ojos azul eléctrico era Jim de pequeño. Según las liberales reglas de los sueños, aquello hizo su transformación menos mágica y, de hecho, lógica. «Sobreviviremos si no viene», dijo el niño. «¿Si no viene qué?», preguntó Holly. Y él respondió: «El Enemigo». En torno a ellos, el molino pareció responder a sus palabras, doblándose y palpitando como un corazón, como la pared de su habitación en el motel de Laguna Hills la noche anterior. Holly creyó vislumbrar un rostro y una forma monstruosa que tomaba la sustancia de la misma piedra caliza. «Moriremos aquí —dijo el niño—, todos moriremos aquí», y casi

parecía dar la bienvenida a aquella criatura que trataba de emerger de la pared. ¡Ziiip!

Holly se despertó sobresaltada. Afortunadamente, esta vez ningún elemento del sueño la siguió hasta el mundo real, y aunque asustada, no estaba aterrorizada como en la ocasión anterior. En efecto, estaba ligeramente asustada, más bien inquieta, y muy lejos de la histeria.

Holly despertó del sueño con un optimista sentido de la liberación. Despejada y lúcida, se incorporó en la cama y apoyó la espalda contra la cabecera, cruzando los brazos frente a su pecho desnudo. Temblaba, no de miedo ni de frío, sino de excitación.

Unas horas atrás, con la boca pastosa por la cerveza, había dicho al sumirse en el abismo del sueño: «Acurrúcate en mi capullo, apresúrate a ser una mariposa». Ahora sabía lo que quería decir, y entendía los cambios por los que había pasado desde que descubriera el secreto de Jim Ironheart, cambios de los que tan sólo había empezado a percatarse tras el accidente, cuando se hallaba en el salón VIP del aeropuerto.

Nunca volvería al *Portland Press*. Nunca más volvería a trabajar en un periódico. Estaba acabada como reportera.

Por esa razón se había dejado llevar por un arrebató delante de Anlock, el reportero de la CNN en el aeropuerto. Aunque lo despreciaba, Holly se sintió consumida por un sentimiento de culpabilidad, porque Anlock perseguía una noticia a la que ella no daba importancia, a pesar de ser parte de la historia. Si hubiera sido una reportera, debería haber entrevistado a los supervivientes y escribir el artículo para el *Press*. Sin embargo, ni por un instante se sintió tentada por aquel deseo, así que había disfrazado su descontento personal con un traje de rabia con enormes hombreras y anchas solapas; luego se lo había puesto coléricamente ante la cámara de la CNN, en un frenético intento de demostrar que había dejado para siempre el periodismo, que había abandonado una carrera y un compromiso que creyó que iba a durar toda la vida. Saltó de la cama y paseó por la habitación, demasiado excitada para seguir sentada.

Estaba acabada como reportera... *Acabada*.

Era libre. Como una niña de clase trabajadora proveniente de una familia humilde, Holly siempre había estado obsesionada por la necesidad de sentirse importante. Cuando de ser una niña brillante pasó a ser una mujer más brillante aún, se sintió desconcertada por el aparente desorden de la vida, y pretendió explicarlo lo mejor que pudo con las herramientas inadecuadas del periodismo. Irónicamente, la doble búsqueda de una aceptación y explicaciones —que la habían llevado a trabajar y estudiar setenta y ochenta horas a la semana— la habían dejado desarraigada, sin ningún amante digno de tenerse en cuenta, sin hijos, sin auténticos amigos y sin más respuestas a las difíciles preguntas acerca de la vida que las que tenía desde el principio. De pronto, se sentía libre de aquellas necesidades y obsesiones, sin que le importara pertenecer a un club de élite o explicar el comportamiento humano.

Crejó odiar el periodismo. En realidad lo que odiaba era su propio fracaso al respecto; y había fracasado porque el periodismo nunca había sido apropiado para ella.

Para comprenderse a sí misma y romper con los vínculos de la costumbre, lo «único» que necesitó fue encontrar un hombre que obraba milagros y sobrevivir a un devastador accidente aéreo.

—Qué mujer tan sutil, Thorne —dijo en voz alta, burlándose de sí misma—. Tan perspicaz...

Por Dios, si el hecho de encontrarse con Jim Ironheart y salir ilesa de un accidente aéreo no era suficiente para aclararle las cosas, entonces sólo cabía esperar que Pepito Grillo llamara a su puerta entonando una aleccionadora canción acerca de las diferencias entre una elección estúpida o inteligente en la vida.

Se echó a reír. Tiró de la manta que había sobre la cama y envolvió con ella su cuerpo desnudo, se sentó en uno de los dos sillones, encogiéndole las piernas debajo de ella, y rió como no lo había hecho desde los tiempos en que era una atolondrada adolescente.

No, aquí fue donde empezó el problema: ella nunca había sido atolondrada. Había sido una adolescente seria, obsesionada por los acontecimientos actuales, preocupada por la Tercera Guerra Mundial, porque le dijeron que probablemente moriría en un holocausto nuclear antes de que se graduara en el instituto; preocupada por la superpoblación, porque le dijeron que el hambre segaría dos mil quinientos millones de vidas en 1990, reduciendo a la mitad la población mundial y la tasa de habitantes de Estados Unidos; preocupada por la polución, que iba a provocar una drástica bajada de las temperaturas en el planeta, dando paso a otro período glacial que acabaría con la civilización, un tema que ocupó las primeras páginas de los periódicos a finales de la década de los setenta, antes de que se hablara del efecto invernadero y de los problemas originados a causa del calentamiento del planeta. Había pasado su adolescencia y los inicios de su madurez preocupándose demasiado, sin tiempo para divertirse.

La ausencia de alegría le había hecho perder la perspectiva de las cosas y le había permitido que cada noticia sensacionalista —algunas basadas en auténticos problemas, otras absolutamente fraudulentas— la consumieran.

Y allí estaba, riendo como una niña pequeña. Hasta alcanzar la pubertad y ser arrojados a una nueva existencia por una marea de hormonas, los niños sabían que la vida era aterradora, sí, oscura y extraña, pero también sabían que era absurda, que estaba destinada a ser algo divertido, que era un viaje lleno de aventuras a lo largo de una carretera del tiempo que conducía a un lugar desconocido en un mundo distante y maravilloso.

Holly Thorne, que de pronto se sintió satisfecha de su nombre, sabía hacia dónde iba y por qué.

Sabía lo que esperaba obtener de Jim Ironheart —y no era un buen artículo, o el reconocimiento a su labor periodística, ni un Pulitzer—. Quería de él algo mejor que aquello, más gratificante y duradero, y se sentía ansiosa de hallarse ante él para pedirselo.

Lo divertido era que, si él aceptaba, tal vez se vería embarcada en algo más que emoción, alegría y una existencia llena de significado. Si ella obtenía lo que quería de él, quizás estuviera muerta en el plazo de un año, de un mes o de una semana. Pero momentáneamente se concentraba en la perspectiva de la alegría que aquello supondría, y no la desanimaba la posibilidad de una muerte prematura.

## SEGUNDA PARTE

### El molino

En ningún lugar se guarda un secreto  
siempre secreto, oculto y profundo,  
tan bien como en el pasado,  
profundamente enterrado para permanecer, permanecer.

Guárdalo en tu oculto corazón,  
de otro modo los rumores dan comienzo.

Tras muchos años de haber enterrado  
secretos que te preocupaban,  
ningún confidente puede entonces traicionar  
las palabras que no dijiste.

Sólo tú puedes entonces exhumar  
secretos a salvo en la tumba  
de la memoria, de la memoria,  
en la tumba de la memoria.

*El libro de los dolores contados*

En el mundo real  
como en los sueños,  
nada es realmente  
lo que parece.

*El libro de los dolores contados*

Del 27 al 29 de agosto

1

Holly cambió de vuelo en Denver, ganando tiempo, al atravesar dos husos horarios a medida que viajaba hacia el Oeste, y llegó al Aeropuerto Internacional de Los Angeles el lunes por la mañana a las once. Sin trabas de equipaje, recogió el coche alquilado y condujo a lo largo de la costa hacia Laguna Niguel. Llegó a la casa de Jim Ironheart alrededor de las doce y media.

Dejó el coche frente a su aparcamiento, siguió el camino adornado con azulejos hasta la puerta principal y tocó el timbre. Jim no contestó. Tocó de nuevo. Seguía sin contestar. Tocó repetidamente hasta que en el pulgar derecho le quedó la marca rojiza del botón.

Dando un paso atrás, observó las ventanas del primer y segundo piso. Todas tenían echadas las persianas.

— Sé que está ahí dentro —dijo tranquilamente.

Regresó al coche, bajó las ventanillas y se sentó tras el volante esperando que saliera. Tarde o temprano necesitaría comida, detergente, atención médica, papel higiénico, *algo*, y entonces le atraparía.

Desgraciadamente el tiempo no era propicio para una larga vigilancia. Aunque días atrás había hecho una temperatura templada, el calor de agosto había vuelto como un malvado dragón, chamuscando la tierra con su llameante aliento. Las palmeras se inclinaron y las flores empezaron a marchitarse bajo el sol abrasador. Tras los elaborados sistemas de riego que mantenían el exuberante paisaje, el desierto aguardaba el momento de reafirmarse.

Holly se estaba cocinando tan rápida y uniformemente como un panecillo en un horno, hasta que finalmente levantó las ventanillas, puso el coche en marcha y encendió el aire acondicionado.

La fría corriente era deliciosa, pero al poco tiempo el coche empezó a recalentarse; la aguja se elevó rápidamente hacia la sección roja del indicador de temperatura.

A la una y cuarto, justo tres cuartos de hora después de su llegada, Holly puso la marcha atrás y retrocedió a lo largo del camino, volviendo al motel de Laguna Hills. Allí se puso un pantalón corto y una blusa caribeña de color amarillo que dejaba al descubierto su vientre; también se calzó sus nuevas zapatillas deportivas. En una tienda cercana compró una tumbona plegable, una toalla playera, un tubo de crema broncea—dora, una nevera portátil, una bolsa de cubitos de hielo, seis latas de soda

baja en calorías y un libro de bolsillo de John D. MacDonald, cuya protagonista era Travis McGee; ya tenía un par de gafas de sol.

Antes de las dos y media se encontró de nuevo en la casa de Ironheart en Bougainvillea Way. Volvió a tocar el timbre. Jim se negó a contestar.

Holly sabía de algún modo que Jim estaba en casa. Tal vez ella también era clarividente.

Transportó la nevera portátil, la tumbona plegable y otros artículos hasta el jardín situado en la parte posterior de la casa. Instaló la silla en la hierba, justo detrás del patio cubierto por una secoya. A los pocos minutos se acomodó confortablemente.

En la novela de MacDonald, Travis McGee sudaba a mares en Fort Lauderdale, donde sufrían una ola de calor capaz de ahuyentar a las bronceadas bellezas playeras. Holly ya había leído el libro, pero quiso releerlo porque recordó que la trama se desarrollaba en un escenario de calor y humedad tropical. La sofocante Florida, descrita por la vivida prosa de MacDonald, hacía que el aire seco de Laguna Niguel pareciera menos tórrido, a pesar de que seguramente estaban a más de treinta grados.

Transcurrida media hora, Holly echó un vistazo a la casa y vislumbró a Jim Ironheart tras la gran ventana de la cocina. La estaba observando.

Holly le saludó con un gesto. Él no se lo devolvió. Jim se alejó de la ventana, pero no salió fuera.

Holly abrió una lata de soda baja en calorías, se enfrascó de nuevo en la novela y disfrutó con la sensación del sol en sus piernas desnudas. Las quemaduras no le preocupaban porque, a pesar de ser rubia y de piel pálida, tenía un ligero tono bronceado que la protegía de las quemaduras en tanto que no se dedicara a tomar maratonianos baños de sol.

Al cabo de un rato se levantó y reajustó la tumbona para echarse sobre su estómago. Entonces vio a Jim Ironheart de pie en el patio, justo frente a las cristalinas puertas corredizas del salón. Llevaba el pantalón y la camiseta arrugados, e iba sin afeitar. Tenía el cabello lacio y grasiento. No presentaba un buen aspecto.

Se hallaba a cinco metros de distancia, de forma que su voz llegó hasta ella sin dificultad.

— ¿Qué cree que está haciendo?

—Bronceándome un poco.

—Por favor, váyase, señorita Thorne.

—Tengo que hablar con usted.

—No tenemos nada de que hablar.

—¡Ja! —exclamó Holly.

Jim entró de nuevo y cerró la ventana. Holly oyó el ruido del pestillo.

Tras yacer sobre su estómago casi una hora, dormitando en lugar de leer, decidió que ya tenía suficiente sol. Además, a las tres y media de la tarde los rayos no bronceaban con la misma eficacia.

Trasladó la tumbona, la nevera portátil y el resto de objetos al patio resguardado por la sombra. Abrió otra lata de soda y reinició la lectura.

A las cuatro Jim volvió a abrir la puerta corrediza. Se acercó hasta detenerse a su espalda. Permaneció allí un rato, evidentemente con la mirada posada en ella. Ninguno de los dos habló y Holly simuló que seguía leyendo.

Su prolongado silencio era extraño. Holly empezó a pensar en «la parte oscura» de Jim —los ocho tiros con que acribilló a Norman Rink en Atlanta, entre otras

cosas— y su inquietud fue creciendo hasta que decidió que lo que él se proponía era asustarla.

Holly cogió la lata de soda de encima de la nevera portátil, tomó un sorbo, suspiró con satisfacción y puso de nuevo la lata en su sitio sin dejar que el pulso de su mano temblara lo más mínimo. Finalmente Ironheart pasó junto a su silla y se situó en un lugar en el que ella pudiera verle. Seguía sin afeitarse y tenía un aspecto desaliñado. Unos círculos oscuros rodeaban sus ojos. Tenía una palidez enfermiza.

— ¿Qué quiere de mí? —preguntó Jim. —Llevará un rato explicárselo.

—No dispongo de un rato.

— ¿De cuánto tiempo dispone?

— Un minuto.

Holly vaciló y sacudió la cabeza.

— ¡No puedo hacerlo en un minuto! Esperaré hasta que tenga más tiempo.

Él le dirigió una mirada amenazadora.

Holly continuó leyendo en el punto en que lo había dejado.

— Puedo llamar a la policía, puedo hacer que la saquen de mi propiedad —dijo Jim.

—¿Por qué no lo hace? —preguntó Holly.

Permaneció allí unos cuantos segundos más, impaciente y vacilante, luego volvió a entrar en la casa. Corrió la puerta, la cerró.

—No tarde demasiado —murmuró Holly—. Dentro de una hora tendré que usar su cuarto de baño.

Al poco rato las sombras se alargaron y las burbujas hacían un sonido metálico en la lata de soda.

Había desayunado en el aeropuerto de Dubuque, sorprendida de que su apetito no hubiera desaparecido para siempre por las macabras imágenes grabadas en su mente. Su estómago le recordó que, debido a la vigilancia, no había comido; se moría de hambre.

Quince minutos antes de que la necesidad de ir al servicio se hiciera inaplazable, Jim regresó. Se había duchado y afeitado. Llevaba una camisa azul de cuello ancho, pantalón blanco de algodón y zapatos deportivos de lona.

Se sintió halagada por el deseo de Jim de mejorar su aspecto.

—De acuerdo —dijo Jim—. ¿Qué quiere?

—Primero necesito usar el lavabo.

Una expresión de fastidio apareció en su rostro.

—Muy bien, de acuerdo, pero luego hablamos, lo aclaramos todo y se larga.

Holly le siguió hasta la sala de estar situada junto a la espaciosa cocina. El mobiliario, que no hacía juego, parecía haber sido adquirido a bajo precio en alguna oferta, probablemente después de que Jim se graduara en la universidad y consiguiera su primer trabajo como profesor. Estaba limpio, pero parecía desgastado. Cientos de libros de bolsillo se amontonaban en cajas dispersadas sin orden por la habitación. En las paredes no había ningún tipo de ornamentación artística, ni tampoco objetos decorativos tales como jarrones, cuencos, esculturas o macetas con plantas que proporcionaran calidez a la habitación.

Le indicó dónde estaba el cuarto de baño, situado a un lado del vestíbulo. Nada de paredes empapeladas, ni pintura blanca; ningún jabón en forma de capullo, sólo

una pastilla de Ivory; ninguna toalla de colores o bordada, sólo un rollo de Bounty sobre el estante.

Al cerrar la puerta, Holly se volvió hacia él y dijo:

— Quizá podríamos hablar mientras cenamos. Me muero de hambre.

Cuando salió del lavabo echó un vistazo al salón. Estaba decorado —para usar el término con la mayor flexibilidad lingüística posible— en un estilo calificado como «subasta de aparcamiento matutina», aunque era más espartano que la sala de estar. Su casa era sorprendentemente modesta para un hombre que, como él, había ganado seis millones de dólares en la lotería, aunque el mobiliario de aquella estancia hacía que, en comparación, resultara rockefelleriana.

Fue a la cocina y le encontró esperándola sentado a la mesa del desayuno.

— Creí que estaría cocinando algo —le dijo Holly, al tiempo que cogía una silla y se sentaba frente a él.

No parecía de buen humor.

— ¿Qué quiere?

—Déjeme empezar diciéndole lo que no quiero —respondió Holly—. No quiero escribir acerca de usted, he abandonado mi carrera de reportera, he terminado para siempre con el periodismo. Lo crea o no, es cierto. Todo lo bueno que está haciendo sólo puede ser obstaculizado por los medios de comunicación y se perderían vidas que de otra forma podría haber salvado. Ahora me doy cuenta de ello.

—Muy bien.

—Y no quiero hacerle chantaje. De todos modos, a juzgar por el lujo de su estilo de vida, dudo que le queden algo más de dieciocho dólares.

Jim no sonrió. La miró fijamente con aquellos ojos de un azul intenso.

—No quiero impedir que lleve a cabo su trabajo o comprometerlo del modo que sea. No quiero venerarle como si fuera el segundo advenimiento, casarme con usted, darle hijos o extraer de usted el sentido de la vida. De todos modos, sólo Elvis Presley conoce el sentido de la vida y se halla en estado de animación suspendida en el interior de una cámara extraterrestre de Marte.

Su rostro permaneció inmóvil como una roca.

— Lo que quiero —prosiguió Holly— es satisfacer mi curiosidad, aprender cómo hace lo que hace y por qué lo hace. —Holly vaciló. Tomó una profunda bocanada de aire. Ahora venía lo más importante—: Y quiero ser parte de todo esto.

— ¿Qué quiere decir?

Holly habló rápidamente, agolpando una frase tras otra, temerosa de que Jim la interrumpiera antes de que pudiera expresar todo lo que tenía que decir y nunca volviera a darle la oportunidad de explicarse.

— Quiero trabajar con usted, ayudarle, contribuir en su misión, o como quiera que lo llame, no me importa lo que piense, quiero salvar gente, al menos ayudarle a *usted* a salvarla.

—No hay nada que pueda hacer. —Debe de haber algo —insistió ella.

— Sólo sería un estorbo. —Escuche, soy inteligente...

— ¿Y qué?

—Culta...

—Como yo.

—Valiente...

—Sí, pero no la necesito.

—Competente, eficiente...

—Lo siento mucho.

—¡Maldita sea! —exclamó Holly más frustrada que furiosa—. Deje que sea su secretaria, aunque no necesita ninguna. Deje que sea su chica de fin de semana, su mano derecha, o al menos su amiga.

Parecía insensible a su súplica. La miró fijamente tanto rato que Holly empezó a sentirse incómoda, pero no iba a apartar sus ojos de él. Sentía que Jim hacía uso de su mirada singularmente penetrante como un instrumento de control e intimidación, pero ella no era fácil de manipular. Estaba decidida a no permitir que él encauzara aquel encuentro antes de que hubiera empezado.

—Así que desea convertirse en mi Louis Lañe —dijo Jim finalmente.

Por un instante, Holly no tuvo idea de lo que hablaba. Entonces recordó: Metrópolis, el *Daily Planet*, Jimmy Olsen, Perry White, Louis Lañe, Clark Kent, Superman.

Holly intuyó cuáles eran sus intenciones: trataba de que se enfadara para manipularla, porque si ella perdía los estribos le proporcionaría una excusa para echarla. Estaba decidida a permanecer en calma y razonablemente agradable para mantener la puerta abierta entre ellos.

Pero se veía incapaz de permanecer sentada tranquilamente y controlar su temperamento al mismo tiempo. Necesitaba liberar parte de la energía que le causaba la ira. Empujó su silla hacia atrás, se levantó y empezó a ir de un lado a otro de la habitación al tiempo que le respondía.

— ¡No!, eso es exactamente lo que *no* quiero. No quiero ser su cronista, la intrépida chica reportera. Estoy harta del periodismo. —Conscientemente le explicó por qué—. No quiero ser tampoco su rendida admiradora, o la bienintencionada aunque torpe muchacha que se mete en líos continuamente y tiene que confiar en usted para que la salve de las diabólicas garras de Lex Luthor. Aquí está ocurriendo algo sorprendente y quiero ser parte de ello, porque lo que está haciendo es tan... tan relevante. Quiero contribuir del modo que pueda, hacer algo en mi vida que valga auténticamente la pena.

—Los bienhechores, por lo general, son gente engreída, arrogante, y causan más daño que otra cosa —dijo Jim.

—No soy una bienhechora. No me interesa en absoluto ser elogiada por mi generosidad y sacrificio. No necesito sentirme moralmente superior, sino tan sólo útil.

—El mundo está lleno de bienhechores —respondió Jim, negándose a ceder—. Si necesitara un ayudante, que no es el caso, ¿por qué tendría que elegirla a usted entre todos los bienhechores del mundo?

Era un hombre imposible. Holly sintió deseos de darle una bofetada. En lugar de eso siguió paseando de un lado a otro de la habitación y dijo:

—Ayer, cuando volví al avión en busca de aquel niño, de Norby, yo... bueno, me sorprendí a mí misma. No sabía que tuviera algo así en mi interior. No era valiente, estaba muerta de miedo, pero cuando logré sacarle de allí nunca me había sentido mejor.

—Le gusta la forma en que le mira la gente cuando saben que es una heroína —dijo Jim categóricamente.

Holly sacudió la cabeza.

—No, no es eso. Aparte de uno de los miembros del equipo de rescate, nadie más supo que había sacado a Norby de allí. Me gustó la forma en que actué, eso es todo.

—Así que está fascinada por el riesgo, por el heroísmo, es una adicta a las hazañas.

Esta vez Holly sintió deseos de darle dos bofetadas en plena cara, lo bastante contundentes para hacer que sus ojos giraran en las órbitas. Aquello la hubiera hecho sentirse tan bien... Pero se contuvo.

—De acuerdo, bien, si quiere verlo así, soy una adicta a las hazañas.

Jim no se disculpó. Tan sólo la miró fijamente.

—Pero eso es mejor que inhalar cien gramos de cocaína al día, ¿no cree?

No respondió.

Sintiendo que su desesperación aumentaba, pero tratando de ocultarlo, Holly dijo:

—Ayer, una vez que todo terminó, después de dejar a Norby en manos de aquel hombre del equipo de rescate, ¿sabe lo que sentí por encima de todo? No sólo sentí alegría por haberle salvado; no me sentí orgullosa de haber derrotado a la muerte; lo que más sentí fue rabia, lo cual me sorprendió, incluso me asustó. Estaba furiosa al pensar que un niño había estado a punto de morir, de que su tío muriera junto a él, de que se hubiera visto atrapado bajo los asientos con aquellos cadáveres, de que su inocencia se hubiera hecho pedazos y nunca más pudiera disfrutar de la vida tal como un niño. Quería golpear a alguien, quería que alguien se disculpara ante él por todo el sufrimiento por el que había pasado. Pero el destino no es un tipo sórdido vestido con un traje barato, no puedes agarrar al destino y obligarlo a disculparse, todo lo que uno puede hacer es ahogarse en su propia rabia.

La voz de Holly no había subido de tono, pero se iba haciendo más intensa. Sus pasos se hicieron más rápidos, más agitados. La pasión, en lugar del enfado, se apoderaba de ella, lo que seguramente revelaría el grado de desesperación. Pero no podía detenerse.

—Ahogarse en la rabia... —prosiguió—. A menos que seas Jim Ironheart. *Usted* puede hacer algo; usted puede hacer que las cosas sean distintas de un modo que nunca nadie antes ha logrado. Y ahora que soy consciente de ello, no puedo seguir adelante, no puedo encogerme de hombros y alejarme, porque usted me ha dado la oportunidad de encontrar una fuerza desconocida en mí misma, me ha dado esperanza cuando yo ni siquiera me daba cuenta de que la anhelaba, me ha mostrado un camino para satisfacer una necesidad que, hasta ayer, no sabía que tenía, una necesidad de luchar, de escupir contra el rostro de la muerte. ¡Maldita sea, ahora no puede cerrarme la puerta y abandonarme en medio del frío!

El la miró fijamente.

«Enhorabuena, Thorne —se dijo a sí misma desdeñosamente—, fuiste un monumento a la compostura y moderación, un sobresaliente ejemplo de autocontrol.»

Jim se limitó a mirarla fijamente.

Holly había salido al encuentro de su frialdad con pasión, había respondido a sus efectivos silencios con una cascada de palabras cada vez mayor. Una oportunidad, eso era todo lo que tenía, y la había echado a perder.

Desdichada, súbitamente inanimada, volvió a sentarse. Puso los codos en la mesa y apoyó la cara en sus manos, sin saber si iba a gritar o a llorar. No hizo ninguna de las dos cosas. Tan sólo suspiró cansadamente.

- ¿Quiere una cerveza?
- Sí, por Dios.

Como un arbusto en llamas, el sol de poniente se filtró a través de las persianas sobre la mesa del desayuno. Holly se acurrucó en su silla y Jim se inclinó hacia delante en la suya. Holly le miró mientras él contemplaba su botella medio vacía de Corona.

— Como le dije en el avión, no soy clarividente —insistió Jim—. No puedo predecir cosas sólo porque así lo quiera. No tengo visiones. Es un poder superior el que actúa a través de mí.

- ¿Puede ser más explícito?

Jim encogió los hombros.

- Se trata de Dios.

- ¿Dios le habla?

—No, no me habla. No oigo ninguna voz, ni la Suya ni la de nadie. De vez en cuando me veo obligado a estar en un determinado lugar en un momento determinado... Eso es todo.

Jim trató de explicarle lo mejor que pudo cómo había acabado en McAlbury School, en Portland y en otros lugares en que había llevado a cabo alguno de sus milagrosos rescates. También le habló del padre Geary, de cómo le encontró en el suelo de la iglesia, junto al altar, con los estigmas de Cristo marcados en su frente, en sus manos y en su costado.

Todo aquello era extraordinario, algo así como una rara trama de misticismo urdida por un hereje católico y un hechicero indio poseído por el peyote, asociados con un policía al estilo Clint Eastwood que no se andaba con tonterías. Holly se sentía fascinada. No obstante le dijo:

- Honestamente, no puedo decir que vea la gran mano de Dios en todo esto.

—Yo sí —respondió Jim con calma, dejando claro que su convicción era sólida y no necesitaba de su aprobación.

— En algunas ocasiones —le hizo notar Holly—, se ha visto obligado a ser realmente violento, como cuando aquellos tipos raptaron a Susie y a su madre en el desierto.

—Tuvieron lo que se merecían —dijo él con firmeza—. En algunos tipos hay tanta maldad, tanta corrupción, que ni en cinco vidas de rehabilitación conseguirían purgarlas. La maldad es real, camina sobre la tierra. A veces el demonio actúa a través de la persuasión. A veces se limita a dejar sueltos a esos psicópatas que ignoran el significado de la compasión o la comprensión.

—No quiero decir que no *deba* ser violento en algunas de esas situaciones. Al parecer no le queda otra opción. Lo que intento decir es que es difícil imaginar a Dios impulsando a su enviado a coger una pistola.

Jim bebió algo de cerveza.

- ¿Ha leído alguna vez la Biblia?

- Claro.

— Dice que Dios aniquiló a los malvados habitantes de Sodoma y Gomorra con volcanes, terremotos y lluvias de fuego. En cierta ocasión inundó el mundo entero, ¿no es así? Hizo que el mar Rojo arrastrara consigo a los soldados del faraón,

ahogándolos a todos. No creo que se muestre aprensivo por un pequeño y viejo revólver.

— Imagino que yo estaba pensando en el Dios del Nuevo Testamento. Quizás haya oído hablar de Él, de su comprensión y misericordia.

De nuevo fijó en ella aquellos ojos, que podían ser lo suficientemente atractivos como para debilitar sus rodillas, o tan fríos como para hacerla temblar. Un momento antes eran cálidos; ahora eran gélidos. Si Holly albergaba alguna duda, ahora sabía por su fría respuesta que todavía no podía aceptar que Jim entrara en su vida.

—Me he encontrado con gente que era verdadera escoria, tanto que sería un insulto para los animales si usara ese término para ellos. Si creyera que Dios siempre actúa misericordiosamente con esa clase de gente, no querría tener nada que ver con Dios.

Holly estaba de pie junto al fregadero limpiando champiñones y cortando tomates en rodajas, mientras Jim separaba las claras y las yemas de unos huevos para hacer una tortilla baja en calorías.

—La gente muere en todas partes, cerca de aquí, justo detrás de su propio patio trasero. Sin embargo, usted se ve obligado a salir corriendo hacia el otro lado del país para salvar a otras personas.

—Sí, así es. Una vez tuve que ir a Francia —dijo Jim, confirmando las sospechas de Holly de que se habría aventurado fuera del país en alguna de sus misiones—. Otra vez fui a Alemania, dos veces tuve que ir a Japón y en una ocasión a Inglaterra.

— ¿Por qué ese poder superior no se limita a darle trabajo en lugares más cercanos?

—No lo sé.

— ¿Se ha preguntado alguna vez qué tiene de especial esa gente a la que usted salva? Quiero decir, ¿por qué ellos y no otros?

—Sí, claro. Me lo he preguntado. Cada semana leo artículos en el periódico acerca de gente inocente que es asesinada o que muere en accidentes en el sur de California y me pregunto por qué Él no los elige a ellos en lugar de un niño de Boston. Supongo que en el caso del niño de Boston el diablo conspiraba para llevárselo antes de tiempo y Dios me utilizó para evitarlo.

—Muchos de ellos son jóvenes...

—Ya me he dado cuenta.

—Pero, ¿no sabe por qué? —La verdad es que no.

La cocina estaba impregnada por el aroma de los huevos, cebollas, champiñones y pimientos verdes al freírse. Jim hacía una gran tortilla en una sola sartén, con el propósito de partirla por la mitad una vez estuviera lista.

Mientras vigilaba el proceso del pan integral en la tostadora, Holly dijo:

— ¿Por qué quiso Dios que salvara a Susie y a su madre en el desierto, y no al padre de la niña?

—Tampoco lo sé.

—El padre no era un mal hombre, ¿verdad?

—No. No parecía serlo.

—En ese caso, ¿por qué no salvarlos a todos?

— Si Él quiere que lo sepa, me lo dirá.

La certeza de Jim de hallarse bajo la gracia y el mandato divino, su fácil aceptación de que Dios *quería* que algunas personas murieran y otras no, hizo que Holly se sintiera incómoda. Por otro lado, ¿cómo reaccionar de otro modo ante su extraordinaria experiencia? No cabía posibilidad alguna de discutir aquello con Dios.

Holly se acordó de un viejo dicho, una auténtica máxima para la gente de la época psicodélica y pop: Dios me concedió el valor de cambiar aquellas cosas que no puedo aceptar, de aceptar aquellas cosas que no puedo cambiar y la sabiduría de distinguir la diferencia. Máxima o no, aquélla era una actitud eminentemente sensata.

Holly cogió las dos rebanadas de pan cuando saltaron del tostador. Mientras tostaba otras dos dijo:

— Si Dios quería evitar que Nicholas O'Conner muriera electrocutado cuando la bóveda de la compañía eléctrica explotó, ¿por qué no impidió en primer lugar que aquello ocurriera?

—No tengo respuesta para ello.

— ¿No le parece extraño que Dios tenga que utilizarle, que le haga ir al otro lado del país, que le arroje hacia el niño O'Conner un instante antes de que el cable de 17.000 voltios estalle? ¿Por qué Él no...? O, no sé..., ¿por qué no se limitó a escupir en el cable o algo así, a arreglarlo con un poco de saliva divina justo antes de que explotara? O, en lugar de enviarle hasta Atlanta para matar a Norman Rink en aquella tienda, ¿por qué Dios no retorció un poco el cerebro de Norman, ocasionándole una oportuna apoplejía?

Jim inclinó la sartén con destreza para darle la vuelta a la tortilla.

— ¿Por qué Dios creó ratones para fastidiar a la gente y gatos para matar a los ratones? ¿Por qué creó parásitos que matan a las plantas y luego mariquitas para que se comieran a los parásitos? ¿Y por qué no nos puso ojos en el cogote cuando nos dio tantas razones para necesitarlos?

Holly terminó de untar las dos primeras rebanadas con mantequilla.

—Comprendo lo que quiere decir. Dios actúa de forma misteriosa.

—Así es, desde luego.

Comieron en la mesa de la cocina. Aparte de las tostadas, las tortillas iban acompañadas de unas rodajas de tomate y unas botellas frías de Corona.

El telón púrpura del crepúsculo se deslizó en el exterior y la noche empezó a revelarse.

— Usted no es totalmente una marioneta en estas situaciones.

—Sí, lo soy.

—Tiene cierto poder para decidir el desenlace.

— Está equivocada, no tengo ningún poder.

—Bueno, Dios le puso en el vuelo 246 para salvar a las Dubrovek.

—Así es.

—Pero entonces decidió actuar por su cuenta y salvó a otras muchas personas. ¿Cuánta gente se suponía que iba a morir?

—Ciento cincuenta y un pasajeros.

— ¿Y cuántos murieron?

—Cuarenta y siete.

—De acuerdo, así que salvó ciento dos vidas más de las que Él le envió a salvar.

— Ciento tres, contándola a usted, pero únicamente porque Él me permitió hacerlo, porque me ayudó.

—¿Qué, está sugiriendo que Dios quería que usted salvara tan sólo a las Dubrovec y luego cambió de parecer? —Supongo que sí.

— ¿Cree que Dios no está seguro de lo que quiere, que es un indeciso?

—No lo sé, Holly. —Buena tortilla, Jim.

— Gracias.

—Me cuesta entender por qué Dios podría cambiar de parecer respecto a cualquier cosa. Después de todo, se supone que es infalible, ¿verdad? Por lo tanto no puede tomar una decisión equivocada.

— En realidad no me interesa, me limito a no pensar en ello.

— Sí, es obvio.

Jim le lanzó una mirada colérica, y Holly sintió el efecto glacial de sus ojos. Luego él concentró su atención en la cerveza y la comida, rechazando los intentos de Holly por entablar de nuevo conversación.

Holly se dio cuenta de que se hallaba tan cerca de ganar su confianza como lo había estado al principio, cuando, en el patio, él la invitó de mala gana a entrar a su casa. Todavía la juzgaba, y probablemente estaba perdiendo puntos. Holly necesitaba un golpe de efecto, pero no quería utilizarlo hasta que llegara el momento adecuado.

Cuando Jim terminó de comer, levantó la mirada del plato y dijo:

—De acuerdo, he oído lo que tenía que decir, le he dado de comer y ahora quiero que se vaya.

—No, no quiere.

Jim parpadeó.

—Señorita Thorne...

—Antes me llamó Holly.

—Señorita Thorne, por favor, no me obligue a echarla.

— No quiere que me vaya —dijo Holly, tratando de aparentar más seguridad de la que sentía — . En todos los sitios en que han tenido lugar sus rescates únicamente ha dado su nombre de pila. Nadie sabe nada más de usted. Excepto yo. Usted me dijo que vivía en el sur de California. Me dijo que su apellido era Ironheart.

— Sí, pero nunca dije que fuera una mala reportera. Se le da muy bien eso de sacar información a la gente.

— No le saqué nada. Usted mismo me dio la información. Y si no hubiera querido dármele, ni un oso pardo licenciado en ingeniería armado con una palanca de hierro se la habría sacado. Quiero otra cerveza.

— Le pedí que se fuera.

—No se moleste. Ya sé dónde guarda las cervezas.

Holly se levantó, se dirigió hacia la nevera y sacó otra botella de Corona. Se deslizaba por un terreno peligroso, al menos para ella, pero una tercera cerveza le dio la excusa —aunque débil— para quedarse y discutir con él. La noche anterior se

bebió tres cervezas en el bar del motel de Dubuque. Pero en aquellos momentos se encontraba saturada de adrenalina, la cual anulaba el alcohol tan pronto como entraba en su sangre. Aun así, cayó en la cama con la pesadez de un leñador que se hubiera tomado doce whiskis y otras tantas cervezas. Si se dormía mientras estaba con Ironheart, sin duda despertaría en su coche, en la calle, y nunca más volvería a entrar en la casa. Abrió la cerveza y volvió a la mesa.

— Usted quería que le encontrara —dijo al sentarse. Jim la observó con la calidez de un pingüino congelado. —¿Ah, sí?

— Desde luego. Esa es la razón por la que me dio su apellido y me dijo dónde podía encontrarle.

Jim permaneció en silencio.

—¿Y recuerda las últimas palabras que me dijo en el aeropuerto de Portland?

—No.

—Es la frase más insinuante que me ha dirigido un hombre en toda mi vida.

Él esperó.

Holly le hizo esperar un poco más mientras tomaba otro sorbo de cerveza.

—Justo antes de cerrar la puerta del coche y dirigirse a la terminal, me dijo: «Usted también lo es, señorita Thorne».

— A mí no me parece muy insinuante.

— Era absolutamente romántica.

—Usted también lo es, señorita Thorne. ¿Y qué me dijo usted antes? «Usted es un imbécil, señor Ironheart.»

— Oh, vamos —dijo Holly — . Trate de estropearlo, adelante, pero no podrá. Le dije que su modestia era refrescante, y usted contestó: «Usted también lo es, señorita Thorne». Mi corazón late con fuerza al recordarlo. Oh, usted sabía lo que hacía, realmente halagador. Me dijo su nombre, dónde vivía, me dirigió una de sus miradas, con esos malditos ojos, jugó a hacerse el tímido y luego me deslumbró con su «Usted también lo es, señorita Thorne», y se alejó igual que Bogan.

—Creo que no debería tomar más cerveza.

—¿Sí? Bueno, en realidad creo que estaré aquí sentada toda la noche bebiendo una tras otra.

Jim suspiró.

— En ese caso, será mejor que yo también tome una. Cogió otra cerveza y se sentó de nuevo.

Holly supuso que estaba haciendo progresos. Aunque tal vez le estaba tendiendo una trampa. Él era inteligente, de acuerdo. Quizá trataba de emborracharla hasta que terminara bajo la mesa. Bueno, en tal caso fracasaría, ¡porque él estaría bajo la mesa mucho antes!

— Quería que le encontrara, estoy segura. Él no dijo nada.

— ¿Sabe por qué quería que le encontrara? Quería que le encontrara porque realmente cree que soy refrescante, y usted es el hombre más triste y solitario que puede encontrarse desde aquí hasta Hardrock, Missouri.

Él tampoco dijo nada. No le resultaba difícil. Era el mejor tipo del mundo para no decir nada en el momento adecuado.

— Me dan ganas de golpearle —dijo Holly. Él, por supuesto, no dijo nada.

Cualquiera que fuera la confianza que le había dado la cerveza, de pronto empezaba a desvanecerse. Sintió que de nuevo estaba perdiendo el combate. Por un par de asaltos que había ganado por puntos, ahora retrocedía ante su silencio.

— ¿Por qué me vienen a la mente todas esas metáforas de boxeo? —preguntó Holly—. Odio el boxeo.

Jim bebió un poco de su Corona y, moviendo la cabeza, señaló la botella de Holly, de la que sólo había bebido una tercera parte—. ¿Realmente insiste en acabarse eso?

—Sí, maldita sea. —Se dio cuenta de que la bebida empezaba a afectarle, quizá peligrosamente, pero estaba lo bastante sobria para saber que había llegado el momento adecuado para asestar su golpe de efecto—. Si no me habla de ese lugar, voy a seguir bebiendo hasta convertirme en una vieja arpía gorda y alcohólica. Voy a morir aquí a la edad de ochenta y dos años con un hígado del tamaño de Vermont.

— ¿Lugar? ¿Qué lugar?

Jim parecía sorprendido. Era el momento esperado. Holly eligió un suave pero nítido susurro para pronunciar sus palabras:

—El molino...

Jim no se cayó al suelo, ni empezaron a revolotear estrellas, como las de los dibujos animados, pero Holly podía ver que estaba perplejo.

— ¿Ha estado en el molino? —preguntó. —No. ¿Insinúa que es un lugar real?

— Si no sabe eso, ¿cómo puede saber que existe?

— Sueños... Sueños en los que sale un molino. Cada noche de estos tres últimos días.

Jim palideció. La luz del techo no estaba encendida. Estaban sentados en la oscuridad, iluminados tan sólo por el resplandor que les llegaba de las luces del fregadero de la cocina y por la lámpara de mesa que se hallaba en la sala de estar contigua. No obstante, Holly advirtió su palidez reciente. El rostro de Jim parecía revolotear ante ella en medio de la penumbra, como una gran polilla blanca con forma de rostro humano.

La extraordinaria intensidad y extraña naturaleza de la pesadilla —y el hecho de que los efectos del sueño prosiguieran tras haber despertado en la habitación del motel— la habían empujado a creer que aquello estaba relacionado de algún modo con Jim Ironheart. Dos encuentros con lo paranormal en tan poco tiempo tenían que estar vinculados. Holly sintió una sensación de alivio cuando la perplejidad de Jim vino a confirmar sus sospechas.

—Paredes de piedra caliza —dijo Holly—. Suelo de madera. Una pesada puerta también de madera que da a unos peldaños de piedra. Una vela amarilla sobre un plato azul...

—He soñado eso durante años —dijo Jim en voz baja—. Una o dos veces cada mes. Nunca con más frecuencia..., hasta estas tres últimas noches. Pero, ¿cómo es posible que tengamos el mismo sueño?

— ¿Dónde está el molino auténtico?

—En la granja de mis abuelos. Al norte de Santa Bárbara. En el valle de Santa Ynez.

— ¿Acaso le sucedió algo terrible allí? Jim meneó la cabeza.

—No. En absoluto. Me encantaba ese lugar. Era un... santuario.

— Entonces, ¿por qué palideció cuando lo mencioné?

— ¿Quién, yo?

— Sí, como un gato albino que tropezara con un doberman al perseguir un ratón.

—Bueno, soñar con el molino siempre es terrorífico... —Lo sé muy bien. Pero, si era un lugar agradable, un santuario como usted dice, ¿por qué aparece como una pesadilla? —No lo sé. —Ya empezamos...

— Le aseguro que no lo sé —insistió Jim — . ¿Por qué sueña con ese lugar, si nunca ha estado allí?

Holly bebió más cerveza, lo que no la ayudó a aclarar sus ideas.

—Tal vez se deba a que proyecta en mí su sueño, como un modo de establecer una conexión entre nosotros, de atraerme hacia usted.

— ¿Por qué tendría que querer atraerla?

— ¡Magnífico!, muchísimas gracias...

—De todos modos, como le dije antes, no tengo poderes paranormales, no tengo esas aptitudes. Tan sólo soy un instrumento.

— Entonces es ese poder superior que lo utiliza —dijo Holly —. Está haciendo que tengamos el mismo sueño porque nos quiere vincular.

Jim se frotó el rostro con una mano.

— Esto es excesivo para mí. Estoy absolutamente agotado. —Yo también. Pero sólo son las nueve y media, y todavía tenemos muchas cosas de que hablar.

—Ayer noche sólo dormí una hora.

Realmente parecía exhausto. Una ducha y el afeitado le habían dado un aspecto presentable, pero las ojeras de un color amoratado se iban haciendo más oscuras; por otro lado, su tez no había recobrado el color después de que Holly mencionara sus sueños acerca del molino.

— Podemos seguir mañana. Holly frunció el ceño.

— ¡Ni pensarlo! Si vuelvo mañana por la mañana no me dejará entrar.

— ¡Se equivoca! La dejaré entrar.

— Eso lo dice ahora.

— Si tiene ese sueño, entonces forma parte de todo esto, tanto si me gusta como si no.

Su tono de voz volvió a ser gélido, evidenciando que hubiera preferido decir, «aunque no me gusta».

Era un eterno solitario. Viola Moreno, que sentía un gran afecto hacia él, afirmó que era tan apreciado por sus colegas como por sus alumnos. No obstante, Viola habló de una tristeza inherente en él, que le distanciaba del resto de la gente, y desde que dejó su trabajo apenas había visto a Viola o a otros amigos. A pesar de sentirse intrigado por el hecho de que él y Holly compartían el mismo sueño, de que había dicho de ella que era una persona «refrescante», y de que, hasta cierto punto, se sentía atraído hacia ella, era obvio que le contrariaba la intrusión de Holly en su soledad.

—¡Ni hablar! Se habrá marchado cuando regrese por la mañana. No sabré adónde ha ido, quizá nunca vuelva.

Jim se hallaba sin energía para oponer resistencia.

—Entonces quédese aquí a pasar la noche.

—¿Tiene habitación de invitados?

—Sí. Pero no hay cama. Puede dormir en el sofá de la sala de estar, pero es muy viejo y bastante incómodo.

Holly llevó consigo la cerveza medio vacía hasta la sala de estar, y probó el hundido sofá de color marrón.

—No se preocupe, me las arreglaré.

— Como quiera.

Parecía indiferente, pero Holly tuvo la sensación de que estaba fingiendo.

—¿Le sobra algún pijama? —Oh, cielos.

— Bien, lo siento, no traje ninguno.

— El mío le estará demasiado grande.

—Mejor, será confortable. También me gustaría tomar una ducha. Estoy pegajosa por la loción bronceadora.

Con el fastidio de un hombre que se encuentra por sorpresa en el umbral de su casa con un pariente lejano, la llevó arriba, le mostró dónde estaba el lavabo de los invitados, y cogió un pijama y un juego de toallas para ella.

—Trate de no hacer ruido —dijo Jim—. Tengo la intención de quedarme dormido dentro de cinco minutos.

Deleitándose con el chorro de agua caliente y las nubes de vapor, Holly se alegró de que la ducha no eliminara el ligero mareo provocado por la cerveza. A pesar de que la noche anterior había dormido mejor de lo que Ironheart aseguraba haber dormido, en los últimos días no había conseguido gozar de un descanso ininterrumpido de ocho horas, y esperaba conciliar el sueño inducida por el alcohol, aunque fuera en aquel sofá desgastado y lleno de bultos.

Al mismo tiempo, se sentía preocupada por la continua confusión en que se hallaba su mente. Necesitaba mantener en guardia sus sentidos. Después de todo, se hallaba en la casa de un hombre innegablemente extraño, enigmático, un auténtico misterio viviente. Apenas sabía lo que guardaba en su corazón, que bombeaba secretos y sombras en mayor medida que sangre. A pesar de toda la frialdad de Jim, parecía un buen hombre con benévolas intenciones, y era difícil creer que pudiera constituir una amenaza para ella. Por otra parte, era frecuente ver en los periódicos noticias acerca de gente masacrada por un perturbado, quien — tras asesinar brutalmente a sus amigos, familiares y compañeros de trabajo— era descrito por sus atónitos vecinos como «un tipo realmente agradable». Por lo que ella sabía, a pesar de que Jim afirmara ser el enviado de Dios, durante el día él arriesgaba heroicamente su vida para salvar a desconocidos, y por la noche, tal vez torturaba gatitos con diabólico regocijo.

Sin embargo, después de secarse con las esponjosas toallas, tomó otro largo sorbo de Corona y decidió que valía la pena correr el riesgo de ser asesinada en la cama a cambio de una noche de profundo sueño sin pesadillas.

Se puso el pijama, y se arremangó las mangas de la chaqueta y el pantalón.

Con la botella de Corona, que todavía contenía uno o dos tragos, abrió la puerta del cuarto de baño silenciosamente y salió al pasillo del segundo piso. La casa se hallaba inmersa en una extraña calma.

Dirigiéndose hacia las escaleras, pasó por delante del dormitorio principal y echó una rápida mirada en su interior. A ambos lados de la cama había dos lámparas articuladas para leer, una de las cuales proyectaba una estrecha franja de luz ámbar sobre las arrugadas sábanas. Jim estaba tumbado de espalda, con los brazos

cruzados bajo su cabeza que apoyaba sobre dos almohadas. Parecía estar despierto.

Holly vaciló, luego cruzó el umbral.

—Gracias —dijo en voz baja por si él estaba dormido—, me encuentro mucho mejor.

—Me alegro por usted.

Holly entró en la habitación y avanzó hasta la cama, lo suficiente para ver sus ojos azules brillando bajo la luz de la lámpara. Las sábanas le cubrían por encima del ombligo, pero no llevaba la parte superior del pijama. Su pecho y sus brazos eran delgados aunque musculosos.

—Creí que estaría durmiendo —dijo Holly.

— Quiero dormir, necesito dormir, pero no puedo desconectar mi mente.

Posando en él su mirada, Holly dijo:

—Viola Moreno dice que hay una profunda tristeza en usted.

—No ha estado perdiendo el tiempo, ¿verdad?

Holly tomó un pequeño sorbo de Corona y se sentó en el borde de la cama.

— ¿Todavía tienen sus abuelos la granja en la que se halla el molino?

—Están muertos.

—Lo siento mucho.

—Mi abuela murió hace cinco años, y mi abuelo ocho meses después, como sí realmente no quisiera seguir adelante sin ella. Ambos tuvieron una vida tranquila y agradable. Los echo de menos.

— ¿Tiene otros parientes?

—Dos primos en Akron —respondió Jim.

— ¿Se mantiene en contacto con ellos? —Hace veinte años que no los veo.

Holly bebió lo que quedaba de Corona y dejó la botella sobre la mesita de noche.

Durante unos minutos ninguno de los dos habló. El silencio no era incómodo. De hecho, era confortable.

Holly se levantó y se dirigió al otro lado de la cama. Retiró la sábana, se echó junto a él, y apoyó la cabeza en las otras dos almohadas.

Aparentemente, Jim no pareció sorprenderse. Ni ella tampoco.

Tras unos momentos, ambos se cogieron la mano, echados uno junto al otro, con la mirada clavada en el techo.

—Debió de ser duro perder a tus padres con sólo diez años.

—Sí, muy duro.

— ¿Qué les ocurrió? Jim vaciló.

—Un accidente de tráfico...

— ¿Fuiste a vivir con tus abuelos?

—Sí. El primer año fue el peor. Me encontraba muy mal.

Pasaba gran parte del tiempo en el molino. Era mi lugar preferido donde ir a jugar para... estar solo. —Ojalá hubiéramos crecido juntos.

— ¿Por qué?

Holly pensó en Norby, el niño que había rescatado del sarcófago formado por los asientos volcados del DC-10.

—Así podría haberte conocido antes de que tus padres murieran, saber cómo eras entonces... inocente.

Entre ellos transcurrió otro intervalo de tiempo en silencio.

Cuando Jim volvió a hablar, su tono de voz era tan bajo que Holly apenas podía percibir las palabras por encima de los latidos de su corazón.

—También hay tristeza en Viola. Parece la mujer más feliz del mundo, pero perdió a su marido en Vietnam y nunca consiguió sobreponerse. El padre Geary, el sacerdote de quien te hablé, parece el típico rector de parroquia sacado de una película sentimental de los años treinta; sin embargo, cuando le conocí, se sentía fatigado e inseguro de su fe. Y tú..., bueno, eres guapa y simpática, con aspecto de ser eficiente, pero jamás habría creído que pudieras ser tan implacable. Das la impresión de ser una mujer que se mueve por la vida con soltura, interesada en su trabajo y en lo que la rodea, pero que nunca va contracorriente, siempre dejándose llevar, relajada. Sin embargo, cuando te interesas por algo eres como un perro de presa.

Con la mirada fija en el juego de luces y sombras proyectadas en el techo, asiendo la mano de Jim, Holly consideró sus palabras por unos momentos. Finalmente preguntó:

— ¿Adónde quieres ir a parar?

—La gente siempre es... más complicada de lo que imaginas.

— ¿Es tan sólo una observación o una advertencia? Jim pareció sorprenderse ante su pregunta.

— ¿Una advertencia?

—Quizá me estás advirtiéndome de que realmente no eres lo que pareces.

Tras otra larga pausa, él respondió: —Tal vez, tal vez.

Holly secundó su silencio. Luego dijo:

—Me imagino que no importa.

Jim se volvió hacia ella. Holly se acercó con una timidez que no sentía desde hacía muchos años. El primer beso de Jim fue suave, y más embriagador que tres botellas de Corona.

Holly se dio cuenta de que se había estado engañando a sí misma. No necesitaba la cerveza para templar sus nervios, ni para asegurarse una noche de sueño ininterrumpido, sino para obtener el coraje suficiente para seducir a Jim, o para ser seducida por él. Holly había percibido la tremenda soledad de Jim. Ahora comprendía que su propia soledad sobrepasaba la de él, y que tan sólo una pequeña parte de aquella desolación se debía a su desencanto con el periodismo; fundamentalmente era el resultado de haber pasado la mayor parte de su vida sola.

Los pantalones y la parte superior del pijama parecieron disolverse entre ellos como la ropa se evapora en los sueños eróticos. Ella recorrió con sus manos el cuerpo de Jim con creciente excitación, maravillada de que el sentido del tacto pudiera transmitir tales complejidades de forma y textura, o provocar unos deseos tan exquisitos.

Tenía una idea ridículamente romántica de lo que sería hacer el amor con él; respondía a la fantasía de una muchacha soñadora en la que la pasión desbordante, la dulce ternura, y el sexo se combinaban a la perfección: cada músculo contrayéndose y flexionándose en sublime armonía, cada penetración era testimonio de su mutua rendición —dos convertidos en uno—, el mundo de los sentidos imponiéndose sobre el de la razón, ningún suspiro a destiempo..., cuerpos unidos por los ritmos misteriosos de las fuerzas universales fluyendo y menguando,

elevando el acto por encima de la simple biología y haciendo de él una experiencia mística. Las expectativas de Holly resultaron obviamente ridículas. En realidad, fue más suave, más apasionado y mucho mejor que su fantasía.

Se quedaron dormidos como troncos, el vientre de Holly contra la espalda de Jim, sus muslos contra su cálido trasero.

Horas más tarde, se despertaron movidos por la silenciosa llamada del deseo resurgido. Jim se volvió hacia ella y Holly le acogió en sus brazos. Sus movimientos eran más apremiantes, como si la primera vez no hubieran satisfecho sus deseos, como si fueran drogadictos necesitados de otra dosis.

Al principio, al contemplar los bellos ojos de Jim, Holly creyó ver el fuego de su alma. Luego él la cogió por las caderas, levantándola ligeramente del colchón mientras la penetraba, y ella sintió en los costados el escozor de las heridas, recordó las garras de aquella cosa que había surgido de la pesadilla. Por un instante, sintiendo un dolor intermitente, su percepción cambió, y creyó contemplar un fuego azulado y frío, ardiendo sin calor, en los ojos de Jim. Era tan sólo una reacción a las punzadas de dolor y al recuerdo de aquella pesadilla. Cuando Jim deslizó sus manos bajo ella, apartándolas de sus costados, levantándola, Holly se incorporó para unirse a él. Juntos generaban el calor suficiente para derretir la imagen fugaz de un alma congelada.

El resplandor de la Luna escondida se traslucía a través de un grupo de nubes negruzcas que avanzaban en el cielo. A diferencia de otros sueños recientes, Holly se hallaba en un sendero cubierto de gravilla, entre una charca y un campo de maíz, que conducía a la puerta de un viejo molino. La estructura de piedra caliza se elevaba por encima de ella. Evidentemente era un molino; no obstante, resultaba un lugar extraño y sobrenatural.

Las aspas del molino, gastadas y viejas, se recortaban contra el cielo amenazante y parecían una cruz inclinada. Aunque el fuerte viento formaba ondulaciones en las aguas oscuras de la charca y agitaba los tallos de maíz, las aspas estaban inmóviles. Era evidente que el molino no funcionaba desde hacía muchos años, y era muy probable que los mecanismos estuvieran demasiado oxidados para permitir que las aspas giraran.

Una amarillenta luz espectral titilaba tras las estrechas ventanas de la habitación superior, proyectando extrañas sombras en las paredes interiores de piedra caliza de aquella cámara superior.

Holly no quería acercarse al molino, jamás había sentido tanto miedo en toda su vida, pero era incapaz de detenerse. Se veía atraída hacia delante como si se hallara bajo el hechizo de un poderoso brujo.

En la charca que había a su izquierda ocurría algo extraño con el reflejo del molino bajo la luz de la Luna. Holly se volvió para observarlo. La sombra del molino no parecía una oscura figura geométrica dibujada sobre el agua, sino que su imagen brillaba intensamente en la superficie de la charca. El molino parecía haberse convertido en el objeto más brillante y luminoso de la noche... De pronto, sus piedras se elevaban formando una impresionante estructura granítica. Las ventanas del molino real, iluminadas por una luz vacilante, se vieron sustituidas por rectángulos negros, como las cuencas vacías de una calavera.

Un ruido seco inundó el paraje. Holly levantó la mirada.

Las enormes aspas temblaron bajo el viento y empezaron a moverse, forzando el corroído mecanismo que movía el eje y las piedras de moler el trigo, situadas en la base del molino.

Holly tan sólo deseaba despertar o, al menos, huir por el sendero de gravilla por el que había venido. Sin embargo, seguía avanzando inexorablemente hacia delante. Las gigantescas aspas empezaron a girar en el sentido de las agujas de un reloj, ganando velocidad, emitiendo menos crujidos a medida que el mecanismo iba cediendo. A Holly le parecieron los dedos de una mano monstruosa, y el mellado borde de cada aspa una garra.

Llegó a la puerta.

Holly no quería entrar. Sabía que en el interior encontraría una especie de infierno, tan horrible como los abismos de tortura descritos por un predicador fanático en el viejo Salem. Si se metía allí dentro, nunca saldría con vida.

Las aspas bajaron vertiginosamente hacia ella, a tan sólo medio metro por encima de su cabeza, la madera astillada estuvo a punto de rozarla: *ziiip, ziiip, ziiip*.

Bajo un poderoso trance, Holly abrió la puerta. Cruzó el umbral. Con la malévolta animación que los objetos poseen en el mundo de los sueños, la puerta se apartó de su mano y se cerró de golpe tras ella.

Frente a ella se encontraba la cámara inferior del molino inmersa en la oscuridad, con las desgastadas ruedas de piedra girando una contra otra.

A su izquierda, apenas visible en la penumbra, había una escalera. Un sinfín de gritos estremecedores llegaban desde la parte de arriba, como un concierto nocturno de animales salvajes, mezclándose con sonidos eléctricos, con chillidos quebradizos de insectos aumentados por un amplificador. Bajo aquel ruido ensordecedor subyacía un estribillo palpitante y monótono de tres notas graves penetrando en las paredes del hueco de la escalera y, antes de que Holly llegara al piso superior, también en sus propios huesos.

Holly pasó junto a una estrecha ventana situada a su izquierda. Una prolongada sucesión de relámpagos agrietaron la bóveda de la noche, y al pie del molino, al igual que un espejo encantado de feria, la oscura charca se volvió transparente. Por un momento sus profundidades se hicieron cristalinas y Holly vio una forma infinitamente extraña en el fondo. Holly entrecerró los ojos tratando de percibir aquel objeto, pero los relámpagos cesaron.

Sin embargo, la fugaz visión de aquella cosa hizo que una corriente fría recorriera sus huesos.

Holly aguardó, esperando otro relámpago, pero la noche permaneció oscura como el alquitrán, y una lluvia negra empezó a salpicar la ventana. A medio camino del segundo piso, la luz amarillenta se hizo más intensa que al pie de la escalera. Tras el cristal de la ventana se extendía una absoluta oscuridad, y la luz que se reflejaba en él era suficiente para que Holly pudiera contemplar su propia imagen.

Pero aquel rostro no era el suyo. Pertenecía a una mujer veinte años mayor que ella, con la que Holly no guardaba semejanza alguna.

Nunca hasta entonces había tenido un sueño en el que ocupase el cuerpo de otra persona. En aquel momento comprendió por qué había sido incapaz de alejarse del molino cuando aún no se hallaba en su interior, y por qué era incapaz de evitar seguir subiendo hacia la habitación de arriba. Su falta de control no se debía a la impotencia que transformaba los sueños en pesadillas, sino al hecho de compartir el cuerpo de una extraña.

La mujer se apartó de la ventana y continuó subiendo hacia arriba, hacia los chillidos, gritos y susurros que llegaban hasta ella junto a la fluctuante luz. Alrededor de él, las paredes de piedra caliza palpitaban con un latido grave y tripartito, como si el molino estuviera vivo y tuviera un enorme corazón de tres cámaras.

— ¡Detente, vuelve atrás, vas a morir allá arriba! —gritó Holly.

Pero la mujer no podía oírla. Holly se había convertido en una simple observadora de su propio sueño, sin participar en él activamente, y mostrándose incapaz de tener influencia alguna en los acontecimientos.

Siguió adelante paso a paso. Cada vez más arriba...

La puerta de madera se abrió. Holly cruzó el umbral y entró en la habitación superior.

Lo primero que vio fue a un niño. Se hallaba en medio de la habitación, aterrorizado. Sobre un plato azul situado a sus pies había una vela decorativa de diez centímetros de diámetro. Un libro de tapa dura descansaba junto al plato. Holly vislumbró en la colorida cubierta la palabra «molino».

Volviendo la mirada hacia ella, con sus hermosos ojos azules oscurecidos por el terror, el niño dijo:

— ¡Estoy asustado; ayúdame, por favor! ¡Las paredes, las paredes...!

Holly advirtió que la vela no producía todo el peculiar resplandor que alumbraba la habitación. Otra luz brillaba tenuemente en las paredes, como si éstas no estuvieran hechas de sólida piedra caliza, sino de un cuarzo semitransparente y mágicamente radiante con tonos ámbar. En seguida se percató de que había algo vivo dentro de la piedra, algo luminoso que se movía a través de la materia sólida con la facilidad con que se mueve un nadador en el agua.

La pared se hinchó y palpité.

— Ya viene —dijo el niño aterrorizado con aparente perversidad—, y nadie puede detenerlo.

De pronto surgió de la pared. La pared de piedra se abrió como la esponjosa membrana del huevo de un insecto y empezó a tomar la forma de un sucio núcleo pestilente en lugar de la piedra caliza.

— ¡No! ¡No! ¡No!

Con un grito ahogado, Holly despertó. Se sentó en la cama, algo la rozó y Holly se apartó sobresaltada. La habitación se hallaba inmersa en la luz de la mañana y Holly vio en seguida que se trataba de Jim. Un sueño. Sólo había sido un sueño.

No obstante, como ocurrió dos noches atrás en el motel de Laguna Hills, la criatura de aquella pesadilla trataba de irrumpir en el mundo real. Esta vez no se abría paso a través de la pared, sino del techo, directamente sobre la cama. El techo estaba cubierto con manchas de color ámbar y marrón, desprendiendo una luminosidad semitransparente como las piedras del sueño, rezumando una mucosidad nociva y dilatándose como si algún siniestro ente luchara por penetrar en la habitación a través de él.

El ensordecedor latido de aquella cosa proveniente de la pesadilla estremeció la casa.

Jim saltó de la cama y se puso en pie. Durante la noche se había puesto el pantalón del pijama, al igual que Holly la parte superior que le llegaba hasta las rodillas. Holly gateó por encima de la cama hasta el lado de Jim. Elevaron horrorizados la mirada hacia el techo y contemplaron la palpitante bolsa en la que éste se había convertido, la oscura forma que se retorció luchando por romper la membrana que lo envolvía.

Lo más terrorífico de todo era que aquella aparición tenía lugar en plena luz del día. Las persianas de las ventanas no estaban totalmente cerradas y algunas franjas de sol iluminaban la habitación. Cuando algo del más allá surge de pronto en medio de la noche, uno casi se lo espera. Pero se suponía que la luz del sol hacía que se desvanecieran todos los monstruos. Jim puso una mano en la espalda de Holly y la empujó hacia la puerta abierta que daba al pasillo.

—¡Vete, sal de aquí!

Holly sólo tuvo tiempo de dar dos pasos antes de que la puerta se cerrara de golpe. Como si actuara una poderosa fuerza sobrenatural, la cómoda de caoba que había en el dormitorio, tan vieja y desgastada como el resto del mobiliario, se deslizó a toda velocidad por la habitación y estuvo a punto de derribar a Holly. La cómoda acabó impactando contra la puerta y, tras ella, un tocador y una silla siguieron su trayectoria, obstruyendo de forma efectiva la única salida.

Las ventanas de la pared opuesta presentaban una posible vía de escape, pero Holly y Jim tendrían que agacharse para pasar por debajo del techo cada vez más distendido. Tras haber aceptado el hecho ilógico de que una pesadilla se hiciera realidad, Holly odiaba la idea de tener que deslizarse y rozar aquella bolsa grasienta y obscenamente palpitante, por temor a que se abriera con ella debajo, y que la criatura que había dentro la atrapara.

Jim la empujó hacia el cuarto de baño contiguo. Con una patada abrió la puerta.

Holly miró a su alrededor, buscando una salida. La única ventana estaba demasiado alta y era demasiado pequeña para que pudiera escapar por ella.

Las paredes del lavabo se hallaban intactas ya que la transformación orgánica que se había apoderado del dormitorio no había llegado allí. Pero todavía se estremecían por el ruido sordo de aquellos latidos inhumanos.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Jim.

—El enemigo —respondió Holly de inmediato, sorprendida de que él no lo supiera—. El enemigo del sueño.

Por encima de ellos, allí donde empezaba la separación entre el cuarto de baño y el dormitorio, el techo blanco cambió de color como si se hallara salpicado de sangre y bilis. La pared entera se metamorfoseó en una superficie biológica, empezando a vibrar con cada uno de aquellos ensordecedores latidos.

Jim la empujó contra una esquina, al lado de un tocador, y Holly se acurrucó impotente contra él. Tras el latido amenazante del abombado techo, Holly vio unos movimientos repulsivos, como el frenético retorcimiento de un millón de gusanos.

El latido ensordecedor aumentó su volumen, retumbando alrededor de Holly y Jim.

Holly oyó un sonido desgarrador y húmedo. No era posible que todo aquello estuviera ocurriendo y, sin embargo, así era. Aquel ruido hizo que las cosas que estaba viendo con sus propios ojos cobraran mayor realismo, porque era un ruido tan asqueroso, tan repugnantemente íntimo que era demasiado real para pertenecer a un sueño o a una alucinación.

La puerta fue derribada, y el techo estalló sobre ellos, cubriéndoles de escombros.

Sin embargo, tras la explosión, el poder de aquella persistente pesadilla pareció esfumarse, y la realidad, finalmente, se reafirmó por completo. Nada monstruoso surgió a través de la puerta, sólo la habitación iluminada por la luz del día. El techo volvía a ser simplemente un techo; no había rastros de ninguna sustancia orgánica

por el suelo. La lluvia de escombros incluía trozos de panel, fragmentos de la pared, astillas de madera, rellenos de poroso aislante Fiberglas..., pero nada vivo.

Pero había un agujero, lo cual era suficientemente sorprendente para Holly.

Dos noches atrás, en el motel, la pared había vuelto a su posición normal sin agrietarse. No quedó evidencia alguna de la criatura, a excepción de los arañazos que Holly tenía en sus costados, y que para un psicólogo habrían sido causados por la propia Holly. Cuando el polvo se esfumó, todo podría haber sido una simple y detallada alucinación.

Pero el caos en medio del que se hallaban no era ninguna alucinación.

Bajo un estado de *shock*, Jim cogió la mano de Holly y la condujo fuera del cuarto de baño. El techo de la habitación no se había derrumbado. Estaba igual que la noche anterior: liso, blanco. Pero los muebles estaban apilados contra la puerta como si los hubiera arrastrado una inundación.

La oscuridad propiciaba la locura, pero la luz era el reino de la razón. Si el mundo real no ofrecía ningún santuario que los resguardara de las pesadillas, si la luz del día no constituía un refugio contra lo irracional, entonces en ningún lugar hallarían un santuario, ni nunca nadie lo hallaría.

## 2

La luz del desván, una bombilla de sesenta vatios que pendía de una viga, no iluminaba todos los rincones de aquel lugar polvoriento y diminuto. Jim examinó cada resquicio con una linterna, recorrió los conductos de la calefacción, miró atentamente detrás de las dos chimeneas, buscando lo que había hecho pedazos el techo del lavabo. No tenía idea de con qué se encontraría. Aparte de la linterna llevaba un revólver cargado. La cosa que había destrozado el techo no había descendido al cuarto de baño, así que tenía que permanecer en el desván de arriba. Sin embargo, ya que vivía con un mínimo número de pertenencias, Jim no tenía nada que almacenar en el desván, lo que dejaba pocos lugares para ocultarse. Jim no tardó en comprobar que la parte superior de su casa sólo estaba habitada por arañas y una pequeña colonia de avispa que habían construido su panal en la juntura de unas vigas.

Nada podía escapar de aquellos confines. Aparte de la trampilla por la que había entrado, las únicas salidas existentes eran los orificios de ventilación. Cada orificio tenía unos sesenta centímetros de largo por treinta de altura, y estaban cubiertos con pantallas perfectamente ajustadas que sólo podían quitarse con un destornillador.

Parte de aquel espacio estaba recubierto de madera, aunque en algunos lugares la madera se veía sustituida por yeso. Agachándose cautelosamente, Jim se acercó al agujero que había sobre el cuarto de baño principal. Al asomarse contempló el suelo cubierto de escombros en el que él y Holly habían estado. ¿Qué demonios había ocurrido?

Finalmente, admitiendo que no iba a encontrar ninguna respuesta en el desván, Jim se dirigió a la trampilla y bajó al armario del segundo piso. Luego plegó la escalera contra el techo del armario, cerrando así la entrada del desván.

Holly le aguardaba en el pasillo.

—¿Y bien?

—Nada —respondió Jim.

—Sabía que no encontrarías nada.

— ¿Qué ha pasado aquí? —Es como en el sueño.

— ¿Qué sueño? —preguntó él.

—Tú dijiste que también tenías sueños acerca del molino. —Así es.

— Entonces tenías que saber lo de los latidos en la pared, el modo en que se transforma.

—No, nada de todo eso, ¡por el amor de Dios! En mi sueño, estoy en la habitación superior del molino, hay una vela, lluvia contra las ventanas...

Holly recordó la sorpresa de Jim al ver cómo el techo se distendía en el dormitorio y cambiaba de forma.

—En el sueño —dijo Jim—, tengo la intuición de que algo se acerca, algo terrorífico y terrible.

— El enemigo —respondió Holly.

— ¡Sí!, o lo que quiera que sea. Pero nunca llega, no en mis sueños. Siempre me despierto antes de que aparezca.

Jim recorrió precipitadamente el pasillo y entró en el dormitorio principal, seguido de Holly. Junto a los muebles que él había apartado de la puerta, Jim miró con consternación el techo intacto.

— Lo vi ahí arriba —dijo Jim, como si ella lo hubiera tachado de mentiroso.

—Ya sé que lo viste. Yo también lo vi.

Jim se volvió lentamente hacia ella; parecía más desesperado de lo que lo había estado cuando se hallaba a bordo del condenado DC-10 .

— Háblame de tus sueños, quiero saberlo todo sobre ellos, cada detalle.

—Más tarde te lo contaré todo. Primero vamos a ducharnos y a vestirnos. Quiero salir de aquí.

— Sí, de acuerdo, yo también.

— Imagino que sabes adonde tenemos que ir. Jim vaciló.

—Al molino... —dijo Holly respondiendo por él.

Jim meneó la cabeza.

Se ducharon juntos en el baño de invitados, únicamente para ahorrar tiempo —y porque en aquellos momentos ambos estaban demasiado nerviosos para estar solos — . Holly supuso que, en otro estado de ánimo, habría encontrado aquella experiencia plenteramente erótica, pero fue sorprendentemente platónica, si se tenía en cuenta la fogosa pasión de la noche anterior.

Jim sólo la tocó al salir de la ducha y cuando se estaban secando apresuradamente con unas toallas. Se inclinó hacia ella, la besó en la comisura de los labios, y dijo:

— ¿En qué aventura te he metido, Holly Thorne?

Más tarde, mientras Jim hacía la maleta a toda prisa, Holly deambuló por la casa y se acercó hasta el estudio situado en la planta superior, que se hallaba junto al dormitorio. El estudio tenía aspecto de no haber sido utilizado en mucho tiempo. Una fina capa de polvo cubría la tapa del escritorio.

Como el resto de la casa, aquella habitación era humilde. El escritorio probablemente había sido adquirido en alguna oferta de una tienda especializada en la venta de muebles de oficina. El resto del mobiliario incluía dos lámparas, un sillón con ruedas y base giratoria, dos estanterías llenas de volúmenes desgastados y una mesa de trabajo.

Los más de doscientos libros que ocupaban las estanterías trataban exclusivamente sobre temas religiosos: historias acerca del Islam, el judaísmo, budismo, budismo zen, cristianismo, hinduismo, taoísmo, sintoísmo, y otras similares; las obras completas de santo Tomás de Aquino, Martín Lutero; la Biblia en diversas versiones — Douay, Rey Jaime, American Standard — ; el Corán; la Tora, incluyendo el Antiguo Testamento y el Talmud; la Tripitaka del budismo, la Agama del hinduismo, el Zend—Avesta del zoroastrismo, y la Veda del brahmanismo.

A pesar de lo curiosamente completa que era aquella parte de la biblioteca personal de Jim, lo más interesante que había en la habitación era la serie de fotografías que ocupaban dos paredes. De las más de treinta fotografías de 8 por 10, sólo unas cuantas eran en color, el resto eran en blanco y negro. En todas aparecían las mismas personas: una mujer morena de notable atractivo, un hombre bien parecido de rasgos fuertes y escaso cabello, y un niño que no podía ser otro que Jim Ironheart. Aquellos ojos... Una fotografía mostraba a Jim con la pareja —sus padres obviamente— cuando tan sólo era un bebé envuelto en pañales, pero en el resto de fotografías no parecía tener menos de cuatro años y nunca sobrepasaba los diez: a esa edad sus padres habían muerto.

Algunas mostraban al joven Jim con su padre, otras con su madre, y Holly dedujo que el pariente que faltaba era el que sostenía la cámara. Un puñado de fotografías incluían a los tres Ironheart. Con los años, la madre no hacía más que aumentar su notable atractivo; el cabello del padre seguía cayendo, pero parecía ser más feliz a medida que pasaba el tiempo; y Jim, siguiendo el ejemplo de su madre, se iba volviendo cada vez más apuesto.

A menudo, el escenario de las fotografías era un sitio famoso o un cartel que lo anunciaba: Jim y sus padres frente al Radio City Music Hall cuando él tenía seis años; Jim y su padre en el paseo de Atlantic City cuando tenía cuatro o cinco años; Jim y su madre junto a un cartel que anunciaba el Parque Nacional del Gran Cañón, con una vista panorámica tras ellos; los tres Ironheart frente al Castillo de la Bella Durmiente en el corazón de Disneylandia, cuando Jim tenía siete u ocho años; Beale Street en Memphis; el hotel Fontainebleau bañado de sol en Miami Beach; un mirador desde el que se observaban los rostros esculpidos en el Mount Rushmore; el palacio de Buckingham en Londres; la torre Eiffel; el hotel Tropicana, Las Vegas; las cataratas del Niágara... Parecía que habían estado en todo el mundo.

En cada caso, no importaba quién sostuviera la cámara o dónde se encontraran, los que aparecían daban la inequívoca impresión de ser realmente felices. Ni una sola expresión de sus rostros estaba congelada en una falsa sonrisa, o aparecía con uno de aquellos gestos de compromiso que tan a menudo pueden encontrarse en los álbumes familiares. Casi siempre reían en lugar de limitarse a sonreír, y en varias instantáneas se les veía sorprendidos en medio de alguna payasada. Los tres eran visiblemente afectuosos, no se limitaban a estar uno junto a otro en poses artificiales. Normalmente aparecían con los brazos enlazados, a veces abrazándose, ocasionalmente besándose en las mejillas o intercambiándose de forma natural expresiones de afecto.

El niño de la fotografía no dejaba entrever indicios del hombre taciturno en que se iba a convertir, y Holly se dio cuenta de que la prematura muerte de sus padres lo

había cambiado profundamente. El alegre y sonriente niño de las fotografías se había perdido para siempre.

Una fotografía en blanco y negro cautivó la atención de Holly. En ella aparecía el señor Ironheart sentado en una silla de recto respaldo. Jim, quizá con siete años, estaba sobre el regazo de su padre. Ambos llevaban esmoquin. La señora Ironheart estaba de pie detrás de su marido, apoyando una mano en su hombro, ataviada con un ceñido traje de lentejuelas que resaltaba su espléndida figura. Miraban directamente a la cámara. A diferencia de las otras fotografías, ésta había sido cuidadosamente preparada, sin más decorado que una artística tela de fondo, obviamente colocada por un fotógrafo profesional.

—Eran maravillosos —dijo Jim desde el umbral de la puerta. Holly no le había oído acercarse—. Ningún niño ha tenido jamás mejores padres que ellos.

—Viajabais mucho.

—Sí. Siempre iban a algún sitio. Les encantaba mostrarme nuevos lugares, viajar por todas partes. Hubieran sido unos profesores maravillosos.

—¿En qué trabajaban?

—Mi padre era contable en la Warner Brothers.

—¿En el estudio de cine?

—Sí —dijo Jim sonriendo—. Vivíamos en Los Angeles. Mi madre quería ser actriz, pero no tenía muchas ofertas. Así que la mayor parte del tiempo trabajaba como relaciones públicas en un restaurante de Melrose Avenue, cerca de donde se encontraban los estudios de la Paramount.

—Eras feliz, ¿verdad?

—Así es. Con ellos siempre lo fui.

Holly señaló la fotografía en la que los tres aparecían vestidos con resplandeciente formalidad.

—¿Una ocasión especial?

—A veces, cuando celebraban ciertos acontecimientos personales, como un aniversario de bodas, insistían en que estuviera a su lado. Siempre me hicieron sentir especial, querido, amado. Yo tenía siete años cuando hicieron esa fotografía, y recuerdo que hacían grandes planes aquella noche. Decían que iban a seguir casados durante cien años, que cada año serían más felices que el anterior, que iban a tener montones de niños, a poseer una gran casa, a ver cada rincón del mundo antes de morir. Pero tres años más tarde... murieron.

—Lo siento, Jim.

Él se encogió de hombros.

—Eso fue hace mucho tiempo. Veinticinco años atrás... —Miró su reloj de pulsera—. Vamos, tenemos que irnos. Nos llevará cuatro horas llegar hasta la granja, y ya son las nueve de la mañana.

En el motel de Laguna Hills, Holly se cambió rápidamente de ropa y se puso una blusa a cuadros y unos vaqueros, luego hizo el equipaje con el resto de sus pertenencias. Jim puso su maleta en el maletero del coche.

Mientras devolvía la llave de su habitación y pagaba la factura en la recepción del motel, Holly era consciente de que Jim la miraba desde detrás del volante de su Ford. Desde luego se habría sentido contrariada si a él no le hubiera gustado mirarla. Sin embargo, cada vez que Holly le miraba a través del cristal del coche, Jim

se hallaba tan inmóvil, tan distante e inexpresivo tras sus gafas de sol profundamente oscuras, que su concentrada atención resultaba desconcertante.

Holly se preguntó si estaba haciendo lo correcto al acompañarle al valle de Santa Ynez. Cuando saliera de la recepción y entrara en el coche, Jim sería la única persona en el mundo que sabría dónde estaba Holly. Todas las notas que había tomado sobre Jim Ironheart se hallaban en su maleta: podían desaparecer con ella. En tal caso sólo sería una mujer que se había desvanecido en el aire mientras estaba de vacaciones. Cuando el empleado terminó de rellenar el formulario de la tarjeta de crédito, Holly consideró por un momento la idea de llamar a sus padres a Filadelfia para que supieran adónde iba y con quién, pero únicamente habría conseguido alarmarlos tras media hora de conversación telefónica tratando de convencerles de que todo iba bien. Por otro lado, había decidido que la parte oscura de Jim era menos importante que su lado bondadoso, llegando a establecer un compromiso hacia él. Si ocasionalmente la hacía sentirse incómoda... Bien, en realidad aquello formaba parte de lo que la había atraído hacia Jim, una sensación de peligro que acentuaba su atractivo. Pero en el fondo era una buena persona.

Era estúpido que se preocupara por su seguridad después de haber hecho el amor con él. Para una mujer, de modo distinto que para un hombre, la primera noche de entrega sexual implicaba uno de los momentos de mayor vulnerabilidad en una relación. Además, debía asumir que no sólo se había entregado a él a causa de su necesidad física sino porque lo amaba.

—Le amo —dijo en voz alta.

Holly se sorprendió ante sus palabras porque había tratado de convencerse de que el atractivo que sentía hacia Jim se debía a su gran encanto masculino, a su magnetismo animal, a su misterio.

El empleado, diez años más joven que Holly y proclive a creer que el amor se hallaba en todas partes, le dirigió una sonrisa.

—Es fantástico, ¿verdad?

Firmando el recibo, Holly dijo:

—¿Cree en el amor a primera vista?

— ¿Por qué no?

—Bien, no es exactamente a primera vista. Le conozco desde el 12 de agosto, eso significa desde hace... dieciséis días.

—¿Y todavía no está casada? —bromeó el recepcionista.

Holly se dirigió al Ford y al entrar en el coche dijo:

— Cuando llegemos al molino, supongo que no me descuartizarás con una sierra eléctrica y me enterrarás debajo, ¿verdad?

Jim pareció entender la situación y no se ofendió por sus palabras. Luego, bromeando dijo:

—Oh, no. Debajo del molino ya no hay sitio. Tendré que repartir los pedazos por toda la granja.

Holly se echó a reír. Era una idiota por tenerle miedo.

Jim se inclinó sobre ella y la besó. Fue un beso encantador, prolongado.

Cuando se separaron, Jim dijo:

—Corro el mismo riesgo que tú.

—Te puedo asegurar que nunca he descuartizado a nadie con un hacha.

— Hablo en serio. Nunca he tenido suerte en el amor. —Yo tampoco.

—Esta vez será diferente para los dos.

Él le dio otro beso, más corto y dulce que el anterior, luego puso el coche en movimiento e hizo marcha atrás para salir del aparcamiento.

En un decidido intento de mantener vivo su agonizante cinismo, Holly se recordó a sí misma que, hasta entonces, Jim no le había dicho en ningún momento que la amaba. Su forma de comprometerse era cuidadosa e indirectamente expresada. Quizás era tan poco fiable como el resto de los hombres en quien Holly había depositado su confianza a lo largo de los años.

Por otra parte, Holly tampoco le había dicho que le amaba. Su compromiso hacia él no había sido más efusivo que el de Jim. Tal vez porque, al sentir la necesidad de protegerse a sí misma, le había sido más fácil revelar sus emociones al recepcionista del motel que a Jim.

Tomando bollos de arándano y café, que habían comprado en una tienda, se dirigieron hacia el norte por la autopista de San Diego. La hora punta de la mañana de aquel martes ya había pasado, pero en algunos lugares el tráfico avanzaba con la lentitud de una manada de caracoles.

Confortablemente instalada en el asiento de pasajeros, Holly le habló a Jim de las cuatro pesadillas que tuvo, tal como había prometido. Empezó relatando el más escalofriante y extraño de todos, el de la noche del viernes, en el que ella se hallaba absolutamente ciega.

Jim estaba visiblemente fascinado por el hecho de que Holly hubiera soñado con el molino sin tener noticia de su existencia. El domingo por la noche, tras haber sobrevivido al accidente aéreo del vuelo 246, Holly soñó que Jim, con la apariencia de un niño de diez años, se hallaba en el molino. Ella también desconocía que el molino era un lugar familiar para Jim, el lugar en el que, a la edad de diez años, pasaba la mayor parte del tiempo.

Sin embargo, casi todas las preguntas de Jim estaban relacionadas con la última pesadilla de Holly. Sin apartar los ojos de los coches que tenía enfrente, Jim le preguntó:

— ¿Quién era la mujer del sueño si no eras tú?

—No lo sé —respondió Holly comiéndose el último trozo de bollo que quedaba—. No la había visto en mi vida.

— ¿Puedes describirla?

— Sólo vi su reflejo en aquella ventana, así que no puedo decir mucho acerca de ella. —Bebió el último sorbo de café y se quedó pensativa durante unos momentos. Contradiendo la habitual dificultad para recordar un sueño, no le resultó complicado visualizar mentalmente aquellas escenas. Así, recordó las imágenes de aquel sueño como si formaran parte de una experiencia vivida en la realidad—. Tenía la cara ancha y despejada, de una belleza masculina para un rostro de mujer. Los ojos separados, y unos labios pronunciados. Tenía un lunar en la parte superior de la mejilla derecha, no creo que fuera una mancha en el cristal de la ventana. Cabello rizado. ¿La reconoces?

—No —replicó Jim—. No sé quién es. Dime lo que viste en el fondo de la charca cuando el relámpago la iluminó. —No estoy muy segura. —Descríbelo lo mejor que puedas.

Holly reflexionó unos momentos, luego meneó la cabeza.

—¡Imposible! Puedo recordar el rostro de la mujer porque cuando lo vi en el sueño sabía que se trataba de un rostro, de un rostro humano. Sin embargo, lo que quiera que hubiese en el fondo de la charca era extraño..., algo que jamás había visto antes. No sabía lo que estaba contemplando, y tan sólo pude observarlo un momento y... bien, ahora ya no puedo acordarme. ¿Hay algo realmente peculiar en el fondo de esa charca?

—No, que yo sepa —respondió Jim—. ¿Podía tratarse de una barca hundida, un bote o algo parecido?

—No, en absoluto —dijo Holly—. Era mucho más grande. ¿Acaso se hundió alguna barca en el fondo de la charca?

—La verdad es que nunca tuve noticia de ello, pero las aguas de esa charca son engañosas. Uno espera que la represa de un molino sea poco profunda, pero ésta alcanza doce o trece metros de profundidad. Nunca se seca y el agua siempre está al mismo nivel, porque se asienta sobre un pozo artesiano, no en una zona acuífera.

— ¿Cuál es la diferencia?

— Una zona acuífera es el lugar donde se perfora para hacer un pozo, es una especie de reserva o riachuelo subterráneo. Los pozos artesianos son más escasos. No es preciso perforarlos para que salga agua, sale por sí sola a la superficie debido a la presión, en realidad es muy difícil impedir que el agua no brote.

El tráfico empezó a despejarse, pero Jim no aprovechó la oportunidad para cambiar de carril y adelantar los vehículos más lentos. Estaba más interesado en las respuestas de Holly que en ganar tiempo.

—Y en el sueño, cuando tú o la mujer llegasteis al final de la escalera viste a un niño de diez años, que de alguna forma sabías que era yo.

—Sí, eso es.

—He cambiado bastante desde entonces, así que, ¿cómo me reconociste?

—Principalmente por tus ojos —dijo Holly—. Siguen siendo los mismos a lo largo de los años. Son inconfundibles.

—Mucha gente tiene los ojos azules.

— ¿Hablas en serio? Cariño, tus ojos azules, comparados a los demás, son como la voz de Sinatra comparada a la del Pato Donald.

—No eres objetiva, Holly. ¿Qué viste en la pared? Holly lo describió de nuevo.

— ¿Un ser vivo en la pared? Esto se hace cada vez más extraño —dijo Jim.

— Bueno, no he tenido mucho tiempo de aburrirme durante estos últimos días —coincidió Holly.

Más allá del cruce con la carretera interestatal Diez, el tráfico de la autopista de San Diego se hizo aún más fluido, y, finalmente, Jim puso de manifiesto sus habilidades como conductor. Manejaba el coche como si fuera un jockey de primera sobre un pura sangre, sacando de él el rendimiento máximo hasta conseguir el triunfo en la carrera. El Ford no era más que un modelo corriente, sin ningún tipo de modificación, pero le respondía como si fuera un Porsche.

Al cabo de un rato, Holly empezó a hacer preguntas.

— ¿Por qué siendo millonario vives de forma tan humilde? —Mira, compré una casa y me mudé de mi apartamento.

Y también dejé mi trabajo...

—Sí, pero una casa modesta. Y en cuanto al mobiliario...

—Necesitaba la intimidad de mi propia casa para meditar y descansar entre las distintas misiones que me eran asignadas, pero no necesitaba un mobiliario elegante.

Transcurrieron unos minutos de mutuo silencio, luego Holly le preguntó:

— ¿Te sentiste inmediatamente atraído hacia mí cuando me viste en Portland?

Jim sonrió pero no apartó la mirada de la autopista. —Usted también lo es, señorita Thorne.

— ¡Así que lo admites! —exclamó Holly complacida—. Dijiste esa frase con la finalidad de seducirme.

Se divirtieron mucho durante el trayecto que iba desde la parte oeste de Los Angeles hasta Ventura, pero a partir de allí el estado de ánimo de Jim empezó a decaer. Kilómetro tras kilómetro, conducía cada vez más despacio.

Al principio, Holly creyó que se hallaba absorto en el paisaje. Pasado Ventura, a lo largo de la ruta 101 desfilaban bellos tramos junto a la costa. Pasaron por Pitas Point, luego por Rincón Point, y ante las playas de Carpintería. El mar azul se elevaba, el cielo descendía, y una franja de tierra dorada se deslizaba entre ellos. La única agitación visible en aquel apacible día veraniego eran las olas coronadas de blanco que llegaban hasta la orilla en pequeñas ondulaciones para convertirse en una espuma ligera y efervescente.

Pero en el interior de Jim Ironheart había una gran agitación, y Holly sólo se dio cuenta de su nerviosismo cuando advirtió que no prestaba ninguna atención a su entorno. Holly sospechaba que había aminorado la marcha para retrasar su llegada a la granja.

Cuando dejaron atrás la autopista y se adentraron en Santa Bárbara, cruzando la ciudad en dirección a las montañas de Santa Ynez, el estado de ánimo de Jim era innegablemente taciturno. Las respuestas que daba a las preguntas de Holly se hicieron más breves.

La ruta 154 les condujo fuera de las montañas hacia un atractivo paisaje de bajas colinas y campos dorados con yerba seca, robles de California y ranchos de caballos rodeados por cercas blancas. Aquello no se parecía al típico ambiente rural de San Joaquín y otros valles; había grandes viñedos, pero las granjas parecían construcciones de lujo, mantenidas para acoger a empresarios de Los Angeles que huían de la ciudad, más preocupados en cultivar un modo de vida alternativo que auténticas cosechas.

—Tendremos que pararnos en New Svenborg para comprar algunas cosas antes de llegar a la granja —dijo Jim.

— ¿Qué cosas?

—No lo sé. Pero cuando nos detengamos... sabré lo que necesitamos.

Pasaron frente al lago Cachuma, situado al este. Recorrieron la carretera oeste hacia Solvang y se desviaron hacia Santa Ynez. Antes de llegar a Los Olivos, se encaminaron hacia el Este por otra ruta estatal, y finalmente hacia New Svenborg, la ciudad más próxima a la granja de Ironheart.

A principios de siglo, grupos de americanodaneses del Medio Oeste se asentaron en el valle de Santa Ynez, muchos de ellos con la intención de establecer comunidades que preservaran las costumbres y arte popular daneses y, en general, el modo de vida danés. El emplazamiento de más éxito era Solvang, sobre el cual Holly había escrito una vez un artículo; se había convertido en una gran atracción turística debido a los restaurantes pintorescos, tiendas y arquitectura danesas.

New Svenborg, con una población de menos de dos mil habitantes, no era tan elaborado, auténtico e insistentemente danés como Solvang. Deprimidos edificios de estuco con techos de piedra blanca, construcciones desgastadas con porches frontales sin pintar —que a Holly le recordaban algunas partes del Texas rural—, bungalows hechos a mano, y casas victorianas de color blanco de recargada ornamentación, se erigían junto a edificios inequívocamente daneses de paredes cubiertas de madera, techos inclinados y ventanas de pequeños cristales rectangulares. Media docena de molinos se repartían por el pueblo, con sus aspas recortadas contra el cielo de agosto. Pretendía ser una de aquellas singulares mezclas que a veces daban como resultado una inesperada y deliciosa armonía; sin embargo, en New Svenborg, la mezcla no funcionaba, y el efecto era discordante.

—Pasé el final de mi niñez y toda mi adolescencia aquí —dijo Jim mientras conducía lentamente por la tranquila y sombreada avenida principal.

Holly supuso que su melancolía era debida a New Svenborg y a su trágica historia familiar.

Probablemente aquello era injusto por lo que respectaba a la ciudad. Las calles estaban bordeadas de grandes árboles, las encantadoras farolas parecían haber sido importadas del viejo continente, y la mayor parte de las aceras estaban graciosamente curvadas y cubiertas de ladrillos. Un veinte por ciento de la ciudad parecía haber salido del nostálgico Medio Oeste de una novela de Bradbury, pero el resto todavía pertenecía a una película de David Lynch.

— Hagamos un pequeño recorrido turístico por el lugar —sugirió Jim.

—Tendríamos que ir a la granja, ¿no crees?

—Sólo está a un par de kilómetros del pueblo, a unos cuantos minutos.

Aquello, en opinión de Holly, era otro motivo para dirigirse allí de inmediato. Estaba cansada de estar en el coche.

Pero Holly intuía que, por alguna razón, Jim quería enseñarle la ciudad —y no tan sólo retrasar su llegada a la granja Ironheart—. Holly accedió. De hecho, escuchaba con interés las palabras de Jim. Había descubierto que a Jim le resultaba difícil hablar de sí mismo, y que en ocasiones hacía revelaciones de una forma indirecta e incluso casual.

Jim pasó junto a la farmacia de Handal, al este de Main Street, donde la gente del pueblo acudía a comprar medicamentos, a menos que prefirieran recorrer los trescientos kilómetros que les separaban de Solvang. En Handal también se encontraba uno de los dos únicos restaurantes que había en el pueblo, con —según palabras de Jim— «el mejor refresco de soda que había por aquellos lares en 1955». También se encontraba allí la oficina de correos y el único puesto de revistas que, con su techo puntiagudo, su cúpula de cobre grisácea y sus ventanas oblicuas, constituía un atractivo local comercial.

Sin parar el motor, Jim aparcó frente a la biblioteca situada en la calle Copenhague Lañe. El edificio, recientemente pintado, era una de las casas victorianas más pequeñas, con una ornamentación menos cargada que el resto. Los setos que lo rodeaban estaban bien cuidados, y las banderas de California y Estados Unidos ondeaban suavemente en un largo mástil que pendía sobre el sendero que llevaba al edificio. A pesar de todo, parecía una pequeña y triste biblioteca.

— Es asombroso poder disponer de una biblioteca en un pueblo tan pequeño como éste —dijo Jim—. Y doy gracias a Dios por ello. Solía venir tan a menudo en bicicleta... Creo que si sumara todos los kilómetros, probablemente habría recorrido la mitad del mundo. Después de que murieran mis padres, los libros se convirtieron

en mis amigos, mis consejeros, mis psiquiatras. Los libros evitaron que me volviera loco. La señora Glynn, la bibliotecaria, era una gran mujer, sabía cómo tratar a un niño tímido y confundido sin resultar condescendiente. Ella fue mi guía hacia las regiones más exóticas de la Tierra, hacia épocas distantes en el tiempo; todo ello sin abandonar sus corredores llenos de libros.

Holly nunca le había oído hablar de nadie de forma tan afectuosa. La biblioteca de Svenborg y la señora Glynn obviamente habían sido una influencia duradera y positiva en la vida de Jim.

— ¿Por qué no entramos a saludarla? —sugirió Holly. Jim frunció el ceño.

— Oh, estoy seguro de que ya no trabaja como bibliotecaria, incluso puede que haya muerto. Han transcurrido veinticinco años desde la primera vez que empecé a venir aquí, y dieciocho desde que abandoné el pueblo para ir a estudiar a la universidad. No la he vuelto a ver desde entonces.

— ¿Cuántos años tenía? Jim vaciló.

— Era bastante mayor —respondió Jim, y puso punto final a la posibilidad de llevar a cabo una visita nostálgica cambiando de marcha al Ford y alejándose de allí.

Lentamente pasaron junto a los jardines de Tívoli, pequeño parque en la esquina de Main y Copenhague, que se hallaba visiblemente lejos de parecerse a su homónimo. Ni fuentes, ni músicas, ni juegos, ni jardines de cerveza... Tan sólo había algunas rosas, hierba que crecía de forma desigual, unas cuantas flores veraniegas, dos bancos de madera y un molino bien cuidado en la esquina.

— ¿Por qué no se mueven las aspas del molino? —preguntó Holly.

—Ninguno de los molinos saca agua o sirve para moler grano —explicó Jim—. Son más bien decorativos, no tiene sentido tener que aguantar el ruido que meten. Hace mucho que instalaron un sistema que impide que su mecanismo se mueva. — Al doblar la esquina situada al final del parque añadió—: Una vez rodaron aquí una película.

—¿Quién?

—Uno de los estudios.

—¿Un estudio de Hollywood?

—No me acuerdo de cuál.

—¿Cómo se llamaba?

—No lo recuerdo, en serio.

— ¿Quiénes eran los protagonistas?

—Nadie famoso.

Holly apuntó mentalmente aquel detalle acerca de la película, sospechando que fue más importante para Jim y para la ciudad de lo que él daba a entender. Algo en la brusca forma en que había mencionado la película y sus tensas respuestas a las subsiguientes preguntas, la alertaron de que tras sus palabras se escondía algo más.

En la esquina sudeste de Svenborg condujo lentamente al pasar frente a un garaje llamado Zacca, una gran nave de acero que se alzaba sobre unos pilares de cemento. Frente a ella había dos coches polvorientos. Aunque el edificio había sido pintado varias veces a lo largo de su historia, hacía muchos años que no lo tocaba una brocha. Sus numerosas capas de pintura estaban desgastadas y formaban un mosaico de colores, marcado por abundantes incrustaciones de herrumbre, que creaban la apariencia de un camuflaje involuntario. La agrietada superficie de asfalto que había frente a la nave estaba llena de hoyos que habían sido tapados con

gravilla, y el entorno de la superficie de cemento estaba rodeado de hierba seca y maleza.

—Fui al colegio con Ned Zacca —dijo Jim—. Su padre, Vernon, era por aquel entonces el dueño del garaje. No es el tipo de negocio con el que un hombre se hace rico, pero tenía mejor aspecto que ahora.

Las grandes puertas corredizas, semejantes a las de un hangar de aviones, estaban abiertas; el interior estaba sumido en las sombras. La parte trasera de un viejo Chevy destellaba tenuemente en la penumbra. Aunque el garaje era sórdido, nada en él hacía suponer que encerrara un peligro. Sin embargo, un escalofrío recorrió el cuerpo de Holly cuando fijó la mirada en las lóbregas profundidades de aquel lugar.

—Ned era un hijo de puta, el matón del colegio —dijo Jim—. Si se lo proponía podía convertir la vida de un niño en un infierno. Me inspiraba un temor constante.

—Es una pena que no supieras taekwondo en aquella época, le habrías puesto en ridículo.

Jim no sonrió, se limitó a desviar su mirada de Holly hacia el garaje. Tenía una expresión extraña y perturbada.

—Sí. Una pena.

Cuando Holly volvió a mirar el edificio, vio a un hombre con vaqueros y camiseta que surgía de la profunda oscuridad adentrándose en la grisácea penumbra, moviéndose lentamente pasó frente a la parte trasera del Chevy mientras se secaba las manos con un trapo. No le daba la luz del sol, de forma que Holly no pudo ver su aspecto. Con unos pocos pasos rodeó el coche y de nuevo se desvaneció en la penumbra, casi tan etéreo como un espectro que se vislumbra en un cementerio bajo la luz de la Luna.

De algún modo, Holly sabía que aquella fantasmal presencia era Ned Zacea. Curiosamente, aunque había sido una figura amenazante para Jim y no para ella, Holly sintió un vuelco en el estómago.

Jim apretó el acelerador y dejaron atrás el garaje, volviendo de nuevo al pueblo.

— ¿Qué te hizo Zacea exactamente?

—Todo lo que se le ocurría. Era un pequeño sádico. Ha estado un par de veces en prisión desde aquellos días. Me imagino que lo habrán soltado.

— ¿Te imaginas? ¿A qué te refieres? Jim se encogió de hombros.

—Tengo la sensación, nada más que eso. Además, es uno de esos tipos al que nunca cogen por asuntos de importancia. Tiene una suerte endemoniada. Puede cometer algún desliz de vez en cuando, pero siempre son cosas por las que le caen pequeñas condenas. No es precisamente tonto.

— ¿Por qué quisiste ir al garaje? —Para recordar.

—La mayor parte de la gente, cuando se siente nostálgica, sólo está interesada en los buenos recuerdos.

Jim no respondió. Incluso antes de llegar a Svenborg, se había encerrado en sí mismo como lo haría una tortuga en su caparazón. Casi había vuelto al estado de ánimo distante y taciturno con que Holly le había encontrado la tarde anterior.

La visita turística no le había proporcionado a Holly la confortable sensación de hallarse en un pueblo seguro y acogedor, sino más bien de hallarse al final de ninguna parte. Aún estaba en California, ciertamente, el estado más poblado del país, a menos de mil kilómetros de Santa Bárbara. Svenborg tenía casi dos mil habitantes, mucho más grande que un montón de puebluchos que se hallaban a lo

largo de las autopistas interestatales. Sin embargo, una sensación de aislamiento, más psicológica que real, se cernía sobre ella.

Jim se detuvo en el Central, un próspero local que incluía una estación de gasolina, una tienda con un pequeño surtido de artículos deportivos para pescadores y excursionistas, y un departamento bien provisto de ultramarinos, cervezas y vino. Holly llenó el depósito del coche en el autoservicio, luego se reunió con Jim en la tienda de artículos deportivos.

El almacén estaba atestado de mercancías que sobresalían de los estantes, colgaban del techo, y se apilaban en el suelo de linóleo. Cebos para pescar colgaban de un anaquel cerca de la puerta. La atmósfera olía a botas de caucho.

En el mostrador, Jim había apilado un par de sacos de dormir adecuados para el verano y de buena calidad, forrados por un colchón de aire, un candil Coleman con una lata de combustible, una nevera portátil, dos linternas grandes, pilas para las linternas, y unos cuantos artículos más. En la caja registradora, más allá del mostrador donde se encontraba Jim, un hombre con barba y gafas de cristal grueso como los de una botella, iba apuntando el precio de cada artículo mientras Jim esperaba con la cartera abierta.

—Creí que íbamos al molino —dijo Holly.

—Y así es —respondió Jim—. Pero a menos que quieras dormir sobre el suelo de madera sin ningún tipo de comodidades, necesitamos todo esto.

—No sabía que íbamos a pasar allí la noche.

—Ni yo. Hasta que entré aquí y me oí a mí mismo pedir todas estas cosas.

—¿No podemos quedarnos en un motel?

—El más cercano está en Santa Ynez...

—Es un bonito paseo —respondió Holly, que prefería viajar a tener que pasar la noche en el molino.

Holly no sólo temía la posible incomodidad del molino. Aquel lugar era, después de todo, el sitio en que se desarrollaban sus pesadillas. Además, desde que habían llegado a Svenborg, se había sentido vagamente amenazada.

—Va a ocurrir algo importante —dijo Jim—. No sé el qué. Simplemente... Va a ocurrir algo en el molino. Lo presiento. Creo que vamos a obtener algunas respuestas. Pero eso puede llevarnos cierto tiempo. Debemos estar preparados para esperar, debemos ser pacientes.

Aunque Holly sugiriera ir al molino, de pronto no quiso obtener respuestas. Holly intuía que una indefinida y siniestra tragedia se cernía sobre ellos; era una premonición terrible, de muerte y oscuridad.

Por otro lado, Jim parecía haberse desprendido de su pesimismo y un súbito optimismo se había apoderado de él.

—No te preocupes, Holly. Algo me dice que actuamos correctamente al venir aquí, que algo terrorífico nos espera, sí, y que nos va a dejar perplejos, pero también hay algo que va a ayudarnos. —Sus ojos brillaban y estaba excitado. Holly nunca le había visto así, ni siquiera cuando hicieron el amor. Jim estaba en contacto con aquel poder superior que actuaba en él misteriosamente. Holly podía percibir su excitación con claridad—. Siento una..., una especie de extraño júbilo que se aproxima, un maravilloso descubrimiento, nuevas revelaciones...

El dependiente se dirigió hacia ellos desde la caja registradora para entregarles la cuenta en un papel.

—¿Recién casados? —les preguntó sonriente.

En la tienda de comestibles contigua compraron hielo para la nevera portátil, zumo de naranja, soda baja en calorías, mostaza, barras de pan con aceitunas de Bolonia, y lonchas de queso empaquetadas.

—¡Barras de aceitunas! —dijo Holly maravillada—. No las he probado desde que tenía catorce años.

—Y qué me dices de esto... —respondió Jim, cogiendo una caja de donuts cubiertos de chocolate y poniéndolos en el cesto de la compra—. Sándwiches boloñeses, donuts de chocolate, patatas fritas de las crujientes... ¡Ah!, y rollitos de queso, sientan muy bien con las patatas.

Holly nunca le había visto tan eufórico, parecía un niño sin problemas ni responsabilidades preparándose para ir de excursión con unos amigos, dispuesto a vivir una pequeña aventura.

Holly se preguntó si sus temores estaban justificados. Al fin y al cabo, era Jim quien tenía intuiciones premonitorias. Quizás descubrirían algo maravilloso en el molino, quizá desvelarían el misterio que se escondía tras sus rescates milagrosos, o tal vez se encontrarían con aquel poder superior de Jim. Quizás El Enemigo, a pesar de su habilidad para irrumpir en la realidad desde el mundo de los sueños, no era tan formidable como parecía.

En la caja registradora, después de que el empleado hubiera terminado de empaquetar sus adquisiciones y se dispusiera a devolverles el cambio, Jim dijo:

—Espere un momento, una cosa más... —Y se dirigió presurosamente a la parte posterior de la tienda. Cuando volvió llevaba dos cuadernos amarillos y un rotulador negro de punta fina—. Necesitaremos también esto —dijo dirigiéndose a Holly.

Después de guardar todas las cosas en el coche, salieron del aparcamiento de El Central, en dirección a la granja Ironheart. Holly señaló el rotulador y los cuadernos que sostenía en una bolsa aparte.

— ¿Por qué vamos a necesitar esto?

—No tengo la menor idea. De pronto supe que íbamos a necesitarlo. Eso es todo.

—Te pareces a Dios —dijo Holly—, siempre misterioso y oscuro.

Tras un breve silencio, Jim dijo:

—Ya no creo que sea Dios quien me habla.

—¿De veras? ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Bueno, por un lado, las cuestiones que planteaste ayer noche. Si Dios no quería que el pequeño Nick O'Conner muriera en Boston, ¿por qué no impidió que la bóveda explotara? ¿Por qué me hizo cruzar el país para encontrarme con él? En cuanto al avión... ¿Por qué Dios iba a cambiar de parecer respecto al número de supervivientes?, ¿sólo porque yo lo decidí? Yo ya me había hecho esas preguntas pero tú no aceptaste las fáciles respuestas que a mí me satisfacían.

Jim apartó la mirada de la carretera unos momentos. Cuando ya se encontraban al final del pueblo, le sonrió y repitió una de las preguntas formuladas por Holly el día anterior:

— ¿Es Dios un indeciso? —Supongo que... —¿Qué?

—Bueno, estabas tan seguro de ver una mano divina en todo esto... En fin, debe de ser un poco decepcionante el hecho de considerar posibilidades menos elevadas. Supongo que debes de estar algo contrariado.

Jim meneó la cabeza.

—No lo estoy. En realidad, siempre tuve problemas en aceptar que Dios operaba a través de mí, me parecía una idea bastante absurda, pero la aceptaba porque no había otra explicación. Supongo que todavía no tenemos una explicación mejor, pero se me ha ocurrido otra posibilidad, y es algo tan extraño y maravilloso que no me importa que Dios haya dejado de formar parte del equipo.

— ¿Qué otra posibilidad?

—No quiero hablar de eso ahora —respondió Jim mientras la luz del sol y las sombras de los árboles moteaban el polvoriento parabrisas y se deslizaban por su rostro—. Antes de hablarte de ello quiero reflexionar al respecto, estar seguro de que tiene sentido, porque sé que eres un juez difícil de convencer.

Parecía feliz. Realmente feliz. Desde la primera vez que le vio, Holly se sintió fuertemente atraída hacia él, sin tener en cuenta sus constantes cambios de humor. Había percibido esperanza bajo su tristeza, ternura bajo su rudeza, un hombre mucho mejor de lo que aparentaba exteriormente, pero con aquel optimismo exacerbado le encontró más atractivo que nunca.

Juguetonamente, Holly le pellizcó una mejilla y dijo: —Eres encantador.

Mientras salían de Svenborg, Holly advirtió que la distribución de las casas se parecía más a un asentamiento de pioneros que a una comunidad moderna. En la mayor parte de los pueblos, los edificios se concentraban en el centro, con crecientes espacios abiertos a medida que la población se extendía hacia la periferia, hasta que, finalmente, las últimas casas marcaban el límite con el campo. En Svenborg, la separación entre pueblo y campo era patente y parecía haber sido trazada geoméricamente. Las construcciones se interrumpían de pronto y empezaba la maleza, con tan sólo un cortafuego mediando entre ambas. Holly no pudo evitar pensar en los pioneros del viejo Oeste construyendo sus puestos de defensa para prevenir las amenazas que pudieran surgir de los páramos salvajes que les rodeaban.

Desde dentro, el pueblo parecía siniestro y lleno de oscuros secretos, pero visto desde fuera —Holly se volvió para contemplarlo mientras la carretera ascendía hacia lo alto de una pequeña colina— el pueblo no parecía amenazante sino amenazado, como si sus residentes fueran conscientes de que algo terrorífico se ocultaba en la dorada tierra que les rodeaba, aguardando el momento de acabar con todos ellos. Situado entre las montañas de Santa Ynez en el Oeste y las de San Rafael en el Este, el valle era tan extenso y profundo que su variedad geográfica era mayor que la de algunos estados del Este —aunque en aquella época del año, sin que hubiera llovido desde los inicios de la primavera, casi todo el valle tenía un color pardo y reseco—. Atravesaron colinas y prados, deteniéndose en los puntos que ofrecían mejor panorámica a lo largo de la ruta. Contemplaron paisajes de altas colinas cubiertas de chaparral, pequeños valles donde florecían arboledas de robles californianos y viñedos rodeados por vastos campos marchitos.

—Es precioso —dijo Holly, observando complacida el paisaje multicolor. Incluso los robles, cuya proliferación indicaba zonas con un mayor nivel de agua, presentaban un tono de color verde plateado medio reseco — . Precioso, pero es un auténtico polvorín. ¿Cómo se las arreglan cuando hay fuego?

Al hacer aquella pregunta, tomaron una curva y vieron una franja de tierra ennegrecida a la derecha de la carretera por la que circulaban. La maleza y la hierba habían sido reducidas a ceniza blanquecina sobre una superficie de hollín negro. El incendio había tenido lugar recientemente, porque se percibía un inconfundible olor a quemado.

—Este no ha llegado muy lejos —dijo Jim—. Como mucho ha quemado unas cuatro hectáreas. Aquí siempre están preparados, saltan al primer indicio de humo. Hay un buen grupo de voluntarios en el pueblo, más una estación del Departamento Forestal en el valle. Si vives en Svenborg no puedes olvidar la amenaza, y acabas aceptando que el fuego puede ser controlado.

Después de haber vivido siete u ocho años allí, Jim parecía bastante seguro de ello, así que Holly trató de suprimir su pirofobia. Sin embargo, después de dejar atrás la tierra chamuscada y el olor a maleza quemada, en la mente de Holly surgió la imagen del extenso valle incendiado de noche, con torbellinos de llamas anaranjadas y rojas arremolinándose como tornados y consumiendo todo lo que yacía entre las murallas que formaban las dos cordilleras de montañas.

—La granja Ironheart —dijo Jim sobresaltándola.

Mientras Jim reducía la velocidad del Ford, Holly miró a la izquierda de la carretera asfaltada.

A unos treinta metros de la carretera había una granja, tras un césped marchito. No tenía ningún estilo arquitectónico particular, tan sólo era una sencilla granja de dos pisos con aspecto acogedor y revestimientos de aluminio, un tejado de tablillas rojas, y un espacioso porche frontal. Podría haber sido arrancada de sus cimientos en cualquier lugar del Medio Oeste y haber sido implantada en el sitio que ocupaba, porque había miles de casas como aquélla en las grandes zonas productoras de maíz.

A unos cien metros a la izquierda de la casa había un granero rojo cuyo techo puntiagudo acababa en una veleta con la forma de un caballo y un carruaje; no era muy grande, aproximadamente la mitad del tamaño de la casa, y entre ambos justo detrás, podía verse una charca. Sin duda, la estructura más llamativa de la granja era el molino...

### 3

Jim se detuvo entre la casa y el granero y salió del Ford. Tuvo que salir porque la vista de aquel viejo lugar le golpeó con más fuerza de lo esperado; simultáneamente sintió un escalofrío en la boca del estómago y una oleada de calor en el rostro. A pesar del aire acondicionado, la atmósfera en el interior del coche le resultó insoportablemente cargada. Permaneció de pie en medio del aire fresco, dando profundas bocanadas y tratando de no perder la calma.

La casa apenas ejercía influencia sobre él. Al mirarla tan sólo sintió una dulce melancolía que, al cabo de un rato, podía agudizarse en una tristeza perturbadora o incluso desembocar en la desesperación. Pero podía mantener en ella su mirada, respirar normalmente, alejarse sin sentir el poderoso impulso de mirar atrás.

El granero no ejercía ninguna atracción sentimental sobre él, pero el molino era otra historia. Cuando volvió la mirada hacia aquel cono de piedra caliza, más allá de la amplia charca, temió que él mismo se transformaría en piedra, como si estuviera contemplando el rostro de la mitológica Medusa, de cuya cabeza surgían serpientes en lugar de cabellos.

Años atrás tuvo la oportunidad de leer el mito de Medusa en uno de los libros de la señora Glynn. En aquellos días deseaba fervientemente mirar el rostro de la mujer con serpientes en la cabeza para transformarse en una roca insensible.

— ¿Jim? —dijo Holly—. ¿Te encuentras bien?

El molino tenía dos plantas, pero debido a la altura de los techos en las habitaciones, parecía tener cuatro. Jim tenía la impresión de estar ante una torre de veinte pisos. Sus antiguas piedras blancas se habían ennegrecido tras un siglo de mugre, siendo invadidas por la hiedra trepadora, y un montón de raíces procedentes de la charca pegada al molino. Sin nadie que se cuidara del lugar, la hiedra había cubierto la mitad de la estructura y tapaba por completo una estrecha ventana situada en el primer piso, cerca de la puerta de madera. Las aspas parecían podridas. Cada uno de aquellos brazos de molino tenía una longitud de nueve metros por uno y medio de anchura con tres filas de soporte. Desde la última vez que Jim vio el molino se habían roto o desprendido más soportes. Las aspas, inmóviles durante largo tiempo, se habían detenido en forma de equis, no de cruz: dos brazos apuntaban hacia la charca y los otros dos hacia el cielo. Incluso bajo la luz radiante de aquel día caluroso, el molino le resultaba a Jim amenazante y le parecía ser un monstruoso espantapájaros de brazos mellados dando zarpazos en el cielo con sus esqueléticas manos.

— ¿Jim? —dijo Holly tocando su brazo.

Jim se sobresaltó como si no supiera quién era. De hecho, por un instante, no vio el rostro de Holly sino el de alguien que había muerto hacía mucho tiempo, el rostro de...

Pero aquel momento de confusión se esfumó. Volvía a ser Holly, con su identidad propia, sin confundirse con la de la mujer del sueño.

— ¿Estás bien? —volvió a preguntar Holly. —Sí, desde luego, no son más que recuerdos.

Jim se sintió agradecido cuando Holly le obligó a pensar en la granja.

— ¿Fuiste feliz con tus abuelos?

—Lena y Henry Ironheart... Gente maravillosa. Ellos me acogieron. Sufrieron mucho por mi causa.

— ¿Sufrieron?

Jim se dio cuenta de que había utilizado una palabra exagerada, y se preguntó por qué lo había dicho.

—Quiero decir que se sacrificaron de un modo constante.

—Hacerse cargo de un niño de diez años es algo que nadie se toma a la ligera —dijo Holly—. Pero a menos que les pidieras caviar y champán, no creo que pasaran por grandes dificultades.

—Después de lo que les ocurrió a mis padres yo... me encerré en mí mismo, me volví poco comunicativo. Me dedicaron mucho tiempo, mucho amor, tratando de que yo regresara desde el límite en que me hallaba.

— ¿Quién vive ahora aquí? —Nadie.

— ¿No me dijiste que tus abuelos murieron hace cinco años?

—El lugar no se vendió. No hubo compradores.

— ¿De quién es ahora? —Mío. Lo heredé.

Holly recorrió con la mirada la propiedad dando muestras de asombro.

— ¡Pero si es un lugar encantador! Si regasen el césped y lo cuidaran, si cortaran las yerbas, sería un sitio estupendo. ¿Por qué es tan difícil de vender?

—Bueno, por un lado esto es demasiado tranquilo, e incluso la mayor parte de la gente que quiere «volver a la naturaleza» y sueñan con vivir en una granja, lo que realmente pretenden es vivir en una granja que esté cerca de los cines, de las librerías, de los buenos restaurantes, y de fiables mecánicos que sepan arreglar coches europeos.

Holly se echó a reír.

—Cariño, en ti hay oculto un pequeño y divertido cínico.

—Además, esto es muy árido, es casi imposible ganarse la vida en un sitio como éste. Tan sólo es una vieja granja de cuarenta hectáreas, demasiado pequeña para tener ganado o sembrar cosechas. Mis abuelos tenían gallinas y vendían huevos. Además, gracias al clima templado podían sembrar dos cosechas: recogían fresas en febrero y en mayo —ésa era la cosecha que daba dinero—. Luego vino el maíz, y después tomates, tomates auténticos, no esos de plástico que hoy en día se venden en el mercado.

Jim vio que Holly seguía enamorada del lugar. Estaba de pie con las manos en la cintura, recorriendo con la mirada el entorno como si ella misma fuera a comprarlo.

—Pero ¿no hay gente que trabaja en otras cosas, gente interesada en vivir en un lugar en busca del descanso y la paz?

—Holly, esta región no es como Newport Beach, en Beverly Hills. Los habitantes del pueblo no tienen dinero para gastárselo en un acomodado estilo de vida. Lo mejor que se puede esperar para poder vender una propiedad como ésta es encontrar un productor de cine o un ejecutivo de alguna casa discográfica de Los Angeles que quiera comprar la tierra, derribar lo construido y erigir una casa deslumbrante, para luego poder decir que tiene un refugio en Santa Ynez; hoy en día está de moda.

A medida que hablaban, la agitación de Jim parecía ir en aumento. Eran las tres. Todavía faltaba bastante para que se fuera la luz del día. De pronto Jim temió la caída de la noche.

Holly dio una patada a unas yerbas que habían surgido a través de las numerosas grietas que había en la superficie de asfalto que cubría el camino.

—Necesita un poco de limpieza, pero, por lo demás, tiene buen aspecto. Han pasado cinco años desde que tus abuelos murieron. No obstante, la casa y el granero están bien cuidados, como si los hubieran pintado hace un par de años.

—Y así es.

—Todavía intentas venderlo, ¿verdad?

—Claro, ¿por qué no?

Las altas montañas ocultarían el sol antes de que el océano lo absorbiera en Laguna Niguel; el crepúsculo, aunque se prolongaría más tiempo, llegaría antes a Svenborg. Jim se encontró a sí mismo examinando las alargadas sombras de color púrpura con el temor de un hombre en una película de vampiros corriendo hacia el refugio para evitar la noche.

«¿Qué me está ocurriendo?», se preguntó Jim.

—¿Crees que con el tiempo te gustaría vivir aquí?

— ¡Nunca! —exclamó Jim de un modo tan rotundo y contundente que sorprendió a ambos.

Como si se hallara bajo una oscura atracción magnética, Jim volvió a mirar el molino. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

Era consciente de que Holly le estaba observando.

—Jim —dijo ella suavemente—, ¿qué, en nombre de Dios, ocurrió en el molino hace veinticinco años?

—No lo sé —respondió Jim temblando. Se frotó la cara con una mano—. No recuerdo nada especial, nada extraño. Era el lugar donde jugaba. Era fresco y tranquilo..., un lugar agradable. Aquí no ocurrió nada. Nada en absoluto.

—No es cierto —insistió Holly—, ocurrió algo...

Holly no conocía lo suficiente a Jim como para saber si en él eran frecuentes los cambios emocionales que se habían ido sucediendo desde que dejaron atrás Orange County, o si aquellos rápidos y recientes cambios de humor eran anormales en él. Al detenerse en el pueblo para comprar comida, el sombrío estado de ánimo que se había cernido sobre Jim al cruzar las montañas de Santa Ynez había desaparecido, y casi se hallaba exultante. Luego, al contemplar la granja fue como si se sumergiera en un baño frío, y el molino era como una gota en aquel abismo de hielo.

Parecía tan preocupado que Holly esperaba poder hacer algo para tranquilizarle. Se preguntó si había sido una buena idea empujarle hasta la granja. A pesar de su fracasada carrera periodística, había aprendido a improvisar sobre la marcha, a atrapar el momento y correr con él. Pero tal vez aquella situación requería mayor cautela y planificación.

Se metieron en el Ford y pasaron entre la casa y el granero, rodeando la gran charca. El sendero de gravilla, que Holly recordaba de la pesadilla de la noche anterior, había sido ampliado en otra época para que pudieran pasar caballos y carretas. El Ford avanzó sin problema, lo que les permitió aparcar al pie del molino.

Cuando Holly bajó del coche, se encontró junto a un campo de maíz. Sólo unas cuantas espigas salvajes brotaban en aquel trozo de tierra abandonado, que se extendía más allá de una verja. Holly rodeó la parte posterior del coche, caminando sobre la gravilla, y se reunió con Jim junto a la charca. Moteada de gris, verde y azul, el agua parecía un rígido e inmóvil trozo de pizarra de sesenta metros de diámetro. Libélulas y otros insectos se posaban fugazmente sobre la superficie creando algunas ondulaciones. Lánguidas corrientes agitaban el agua de forma casi imperceptible cerca de la orilla, donde crecían yerbas verdes y grupos de pampas de blanco plumaje. — ¿Sigues sin recordar lo que viste en tu sueño? —preguntó Jim.

—No. Probablemente no importa. No todo lo que aparece en un sueño es significativo. En voz baja, casi como si se dirigiera a sí mismo, Jim dijo:

—Sí era significativo.

Sin turbulencias agitando el sedimento, el agua no era fangosa, pero tampoco clara. Holly supuso que tan sólo podía ver unos cuantos metros por debajo de la superficie. Si realmente tenía quince o veinte metros de profundidad en el centro, como Jim había dicho, aquello permitía un volumen de espacio considerable en el que se pudiera ocultar algo.

—Vamos a echar un vistazo al molino —sugirió Holly.

Jim cogió una de las linternas que había dentro del coche y la cargó de pilas.

—Incluso a pleno día, puede que allí esté oscuro —señaló Jim.

La puerta se hallaba en una antecámara unida a la base de la principal estructura cónica del molino, como si fuera la entrada de un iglú. Aunque abierta, la puerta estaba alabeada y tenía las bisagras oxidadas. Por un momento, se resistió a los esfuerzos de Jim, luego se abrió hacia dentro emitiendo un chirrido de astillas quebrándose.

La corta y arqueada antecámara daba paso a la estancia principal del molino, que tenía unos doce metros de diámetro. Cuatro ventanas equitativamente separadas en el interior de la estancia circular, permitían que la luz del sol se filtrase a través de los sucios cristales, adoptando un tono grisáceo que aumentaba la penumbra. La gran linterna de Jim reveló una maquinaria cubierta de polvo y telarañas que a Holly le resultó más exótica de lo que le hubiera parecido una cámara de turbinas de un submarino nuclear. Era la pesada y primitiva tecnología de otros tiempos —enormes mecanismos de madera, ruedas dentadas, ejes, piedras de moler, poleas, trozos de cuerdas podridas— tan desmesurada y complicada que no parecía el trabajo humano de otra época, sino el de una especie distinta y menos evolucionada.

Aunque antes de que Jim naciera habían dejado de utilizarse estos molinos, había crecido entre ellos y sabía el nombre de cada cosa. Iluminando la maquinaria, trató de explicar a Holly cómo funcionaba, hablándole del engranaje cilíndrico, las poleas, la maza, la piedra giratoria y la que se mantenía inmóvil.

—Normalmente, no se puede ver nada a través del mecanismo —dijo Jim—. Pero si te fijas observarás que la base del engranaje cilíndrico está podrida, ya no queda mucho de ella, y el suelo del puente cedió cuando se desprendieron estas enormes piedras.

Aunque Jim había contemplado el molino con temor cuando se hallaba fuera, su estado de ánimo empezó a cambiar después de entrar en él. Para sorpresa de Holly, a medida que trataba de explicarle el funcionamiento del molino, Jim empezó a dar muestras de aquel entusiasmo infantil que Holly advirtió por primera vez en la tienda de comestibles de El Central, en Svenborg. Estaba orgulloso de sus conocimientos y quería exhibirlos, como un niño sabiendo sintiéndose feliz de demostrar lo que ha aprendido en la biblioteca mientras sus compañeros jugaban al béisbol.

Jim se volvió hacia los peldaños de piedra caliza situados a su izquierda y subió por ellos sin vacilación, apoyando ligeramente una mano en la curvada pared mientras ascendía por ellos. En su rostro se dibujaba una ligera sonrisa mientras recorría el lugar con la mirada, como si sólo acudieran a él los buenos recuerdos.

Perpleja ante aquellos súbitos cambios de humor, Holly trató de imaginar cómo era posible que el molino asustara y deleitara a Jim al mismo tiempo. Holly le siguió, con cierta reticencia, hacia lo que él llamaba «la habitación de arriba». Holly no tenía buenos recuerdos que asociar con el molino, sólo las terribles imágenes de sus pesadillas, que volvían a su mente mientras ascendía por la escalera siguiendo a Jim. Gracias a su sueño, la estrecha espiral formada por los peldaños le era familiar, lo cual era mucho más inquietante que el mero *déjà vu*.

A medio camino de la escalera, Holly se detuvo junto a la ventana que daba a la charca. El cristal estaba cubierto por una sólida capa de polvo. Holly limpió el cristal con la mano y observó el agua entrecerrando los ojos. Por un instante creyó ver algo raro bajo la plácida superficie, pero luego se dio cuenta de que tan sólo era el reflejo de una nube cruzando el cielo.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Jim con su jovial ansiedad tras detenerse unos peldaños más arriba que Holly.

—Nada, no es nada. Una sombra.

Continuaron su ascenso hasta llegar a la cámara superior, que resultó ser una habitación corriente, de unos tres o cuatro metros de diámetro por unos cinco de altura. La redondeada pared de piedra caliza se cerraba en círculo y se curvaba hacia arriba formando el techo, dando la impresión de que se hallaban en la parte frontal de un cohete. La piedra no guardaba ningún parecido con la del sueño de

Holly, no había ninguna luz extraña de color ámbar moviéndose en su interior. Un viejo mecanismo resaltaba en el techo, a través del cual, el giro de las aspas movidas por el viento se transformaba en un movimiento horizontal que ponía en marcha el eje de madera. El grueso eje desaparecía a través de un agujero situado en el centro de la habitación.

Al recordar los soportes rotos y oxidados de la maquinaria que habían visto abajo, Holly se movió con cautela sobre el suelo de madera, que no parecía estar podrida. Las tablas y viguetas bajo sus pies parecían resistentes.

— Hay un montón de polvo —dijo Jim a medida que se elevaban pequeñas nubes a cada paso que daban.

—Y arañas... —advirtió Holly.

—Tendremos que hacer un poco de limpieza antes de instalarnos.

—Deberíamos haber comprado una escoba y unas cuantas cosas más en el pueblo.

— En la casa hay artículos de limpieza. Los traeré mientras tú te ocupas de descargar el coche.

— ¡La casa! —Holly se sintió animada por una maravillosa inspiración — . Cuando nos dirigíamos hacia el molino no me acordé de que todavía era tuya, de que nadie vivía aquí. Podemos instalar los sacos de dormir en la casa, quedarnos allí y venir a esta habitación tan a menudo como queramos.

—Buena idea —dijo Jim—, pero no es tan fácil. Aquí va a ocurrir algo, Holly, algo que nos dará respuestas o nos ayudará a encontrar el camino para hallarlas. Lo presiento. Bueno, lo sé..., del modo en que sé esas cosas. Pero no podemos elegir el momento de esa revelación. No podemos pedirle a Dios (o a quien quiera que se esconda tras todo esto) que establezca un horario y nos haga las revelaciones en horas de oficina. Debemos quedarnos aquí y tener paciencia.

Holly suspiró.

—De acuerdo, si tú...

Los tañidos de unas campanas la interrumpieron.

Era un dulce tañido cristalino, ni contundente ni resonante; duró tan sólo dos o tres segundos, agradablemente musical. Era tan ligero y alegre, que resultaba un frívolo sonido en medio de aquel escenario de piedra. Sin embargo, a Holly no le pareció frívolo, evocó en ella ciertas asociaciones acerca del pecado, la penitencia y la redención.

Las vibraciones se desvanecieron cuando Holly miró a su entorno buscando el origen. Antes de que pudiera preguntarle a Jim qué era aquello volvieron a escucharse.

Holly comprendió entonces por qué asociaba aquel sonido con cuestiones espirituales: era el tañido de las campanas que toca un monaguillo durante la misa. El suave sonido hizo que volvieran a ella el olor de mirra y nardos de sus días de colegiala, cuando acariciaba la idea de convertirse al catolicismo.

El tañido se desvaneció de nuevo.

Holly se volvió hacia Jim y advirtió que sonreía.

— ¿Qué es eso? —le preguntó.

—Lo había olvidado —dijo Jim con una expresión de asombro—. ¿Cómo es posible que hubiera olvidado todo esto?

Las campanas sonaron de nuevo, puras y cristalinas.

—¿Olvidar qué? —preguntó Holly—. ¿Qué son esas campanas?

—No son campanas —respondió Jim mientras el sonido se desvanecía. Vaciló, y, cuando volvieron a oírse por cuarta vez, finalmente dijo—: El sonido proviene de las piedras.

— ¿Cómo? ¿Las piedras hacen ruido? —preguntó Holly con estupefacción.

Cuando las campanas sonaron de nuevo dos veces consecutivas, Holly recorrió la habitación moviendo la cabeza hacia uno y otro lado, hasta que realmente se convenció de que, en verdad, la música provenía de la pared de piedra caliza; no se concentraba en un solo lugar, sino que surgía de cada una de las piedras que conformaban aquella pared curvada, manteniendo un tono equilibrado e incluso armónico.

Sin embargo, se dijo a sí misma que no podían surgir sonidos de una piedra. Ahora bien, un molino era de por sí una estructura poco corriente y podía poseer un complicado sistema acústico. Recordó un viaje a Washington con la escuela en el que un guía turístico les condujo a una sala circular del Capitolio en la que una conversación entre susurros podía ser escuchada a través de la enorme bóveda, en el extremo opuesto de aquella enorme estancia. Quizás allí ocurría el mismo fenómeno. Si los tañidos de las campanas u otros sonidos se realizaban en algún distante rincón del piso inferior del molino, gracias a una peculiaridad acústica tal vez se transmitían a través de las paredes de cada planta. Aquella explicación resultaba más lógica que la idea de una piedra mágica y sonora, hasta que Holly se detuvo a pensar en quién hacía sonar las campanas y por qué.

Holly posó una mano sobre la pared fría y detectó ligeras vibraciones. Después la campana se sumió en el silencio y las vibraciones desaparecieron.

Holly y Jim aguardaron.

Cuando se hizo manifiesto que el tañido no iba a continuar, Holly dijo:

— ¿Cuándo oíste ese sonido por primera vez? —Cuando tenía diez años.

— ¿Y qué ocurrió después de que cesara?, ¿qué significaba? —No lo sé.

—Pero tú dijiste que lo recordabas.

Los ojos de Jim brillaban con excitación.

—Sí. Recuerdo muy bien el sonido. Pero no recuerdo lo que lo causaba o qué ocurría cuando cesaba. Aunque creo que... es una señal, Holly. —Una nota de optimismo se traslucía en su voz—. Significa que algo bueno va a ocurrir, algo maravilloso.

Holly se sintió frustrada. A pesar de la faceta mística de las misiones salvadoras de Jim, y a pesar de sus propias experiencias paranormales con los sueños y las criaturas que surgían de ellos, había venido a la granja con la esperanza de encontrar respuestas lógicas a todo lo ocurrido. No tenía idea de cuáles podían ser esas respuestas. Sin embargo, tenía una fe secreta en el método científico. Rigurosos procedimientos de investigación combinados con un pensamiento meticuloso, podían conducirles a la verdad. Pero parecía que la lógica inductiva había saltado por los aires. Se sentía perturbada por la inclinación de Jim hacia el misticismo, admitiendo que él había contemplado desde el principio una explicación ilógica, casi irracional, de los hechos sin molestarse en ocultarlo.

—Pero, Jim, ¿cómo es posible que hayas olvidado algo tan extraño como este fenómeno?, ¿cómo puedes haber olvidado lo que te ocurrió aquí?

—En realidad no creo que lo olvidara. Creo que me obligaron a olvidarlo.

—¿Quién?

—Quiquiera que hizo sonar las piedras, el responsable de todos estos acontecimientos. —Jim se dirigió hacia la puerta abierta—. Vamos, hay que limpiar

este lugar antes de que nos instalemos en él. Debemos estar preparados para lo que ocurra.

Holly le siguió hasta los primeros peldaños de la escalera, pero se detuvo y observó a Jim bajarlos de dos en dos con el aire de un niño excitado ante la perspectiva de una ventura. Todos sus recelos acerca del molino y su miedo al enemigo parecían haberse evaporado como gotas de agua sobre una plancha incandescente. Su estado anímico había alcanzado un optimismo desconocido hasta el momento.

Sintiendo que había algo sobre su cabeza, Holly levantó la mirada. Una gran telaraña se hallaba sobre la puerta, allí donde la curva de la pared se convertía en techo. Una gruesa araña, con un cuerpo tan grande como la uña de un dedo y unas piernas tan largas como su dedo meñique, grasienta como la cera y oscura como una gota de sangre, se estaba comiendo con avidez una polilla que se debatía inútilmente y que había caído en su trampa.

4

Con la ayuda de una escoba, un recogedor, un cubo de agua, una fregona y unos trapos habilitaron la cámara superior. Jim incluso trajo algunas toallas de papel que había guardadas en la casa junto a otros productos de limpieza, de forma que pudieron quitar la suciedad de las ventanas, permitiendo que entrara más luz. Holly persiguió y mató no sólo a la araña que había sobre la puerta, sino a siete más; iluminó con la linterna los rincones más oscuros hasta asegurarse de que las había aniquilado a todas. Con toda probabilidad, en la parte de abajo del molino se deslizaban incontables arañas. Holly decidió no pensar en ello.

Alrededor de las seis el día empezó a declinar, pero en la habitación había todavía la luz suficiente como para no tener que utilizar el candil Coleman. Holly y Jim estaban sentados con las piernas cruzadas sobre los sacos de dormir, con la gran nevera portátil entre ellos. Empleando la tapa cerrada de ésta a modo de mesa, hicieron sándwiches, abrieron las bolsas de patatas fritas y palitos de queso, así como las latas de cerveza. Aunque no había almorzado, Holly no había pensado en la comida hasta que empezaron a prepararla. Se sentía más hambrienta de lo que cabía esperar en aquellas circunstancias. Todo era delicioso, digno del mejor restaurante. La barra de aceitunas y queso sobre el pan blanco, untado con mostaza, le recordaron el apetito de la niñez, los intensos sabores y la olvidada sensualidad inocente de sus años infantiles.

Mientras comían apenas hablaron. Los silencios no les incomodaban, y saboreaban de tal forma la comida que ninguna conversación podría haber mejorado el momento. Pero había otros motivos por los que permanecer en silencio. En cuanto a Holly, se sentía incapaz de decir algo en aquellas extrañas circunstancias, sentada en la estancia superior de un viejo y desmoronado molino, a la espera de un encuentro con algo sobrenatural. Ninguna conversación banal parecía adecuada para aquellos momentos, y una discusión sería acerca de cualquier tema resultaba absurda.

—Me siento estúpida —dijo Holly finalmente.

—Creo que yo también —admitió Jim.

A las siete, cuando abría la caja de donuts cubiertos de chocolate, Holly advirtió que en el molino no había cuarto de baño.

— ¿Dónde hay un aseo?

Jim cogió el llavero del suelo y se lo lanzó a Holly.

—Ve a la casa. Las tuberías funcionan. Hay un cuarto de baño medio acabado en el lado derecho de la cocina.

Holly advirtió que la habitación estaba sumida en la penumbra, y cuando miró por la ventana vio que el crepúsculo había empezado. Dejando los donuts a un lado dijo:

—Me gustaría ir allí a toda prisa y estar de vuelta antes de que oscureciera.

—Adelante —dijo Jim levantando una mano como si prestara juramento a la bandera—. Juro por lo más sagrado que al menos te dejaré un donut.

—Mejor que cuando vuelva aún quede media caja —respondió Holly—, o de una patada en el trasero te mandaré a Svenborg para que compres más.

—Veo que tomas tus donuts completamente en serio.

—Así es, por supuesto.

Jim sonrió.

—Me gusta eso en una mujer.

Cogiendo una linterna para alumbrarse en la parte inferior del molino, Holly se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Será mejor que enciendas el Coleman —le dijo a Jim.

—Claro. Cuando estés de vuelta, esto se habrá convertido en un agradable campamento.

Al descender por la escalera, Holly empezó a preocuparse ante la idea de separarse de Jim, y peldaño a peldaño su ansiedad creció. No tenía miedo a estar sola. Lo que le preocupaba era abandonarle, lo cual era ridículo. Jim era un hombre adulto con una capacidad de defensa mayor de lo corriente.

La parte inferior del molino estaba mucho más oscura que cuando la vio por primera vez. Las sucias ventanas, cubiertas de telarañas, apenas permitían el paso de la débil luz del anochecer.

Al dirigirse hacia la entrada de la antecámara tuvo la inquietante sensación de ser observada. Sabía que estaban solos en el molino, y se reprendió a sí misma por ser tan insegura. Cuando llegó a la salida, su aprensión había crecido de tal manera que no pudo reprimir el impulso de girarse y alumbrar la habitación que había tras ella. Las sombras cubrían la maquinaria tenebrosamente como en una casa encantada de feria. Holly iluminó cada rincón, pero no vio nada oculto. Sin embargo, alguien podía esconderse en cualquier parte del molino, y Holly consideró la posibilidad de recorrer las ruinas en busca de un intruso.

De pronto se sintió estúpida, asustadiza. Mientras abandonaba el molino se preguntó qué había sido de la intrépida reportera.

El sol estaba tras las montañas. El cielo era púrpura y tenía un profundo azul iridiscente semejante al de los cuadros de Maxfield Parrish. Unos cuantos sapos croaban desde sus oscuros escondites a lo largo de la charca.

Bordeó el agua, pasó junto al granero y se dirigió hacia la puerta trasera de la casa, sin que la abandonara la sensación de ser observada. Sin embargo, a pesar de que era posible que alguien se ocultara en el molino, no era probable que un batallón de espías se hubieran pertrechado en el granero, los campos circundantes, y las distantes colinas con la intención de observar cada movimiento de Holly.

— ¡Idiota! —se dijo a sí misma al tiempo que utilizaba las llaves de Jim para abrir la puerta trasera.

Aunque tenía la linterna, encendió el interruptor de la luz inconscientemente. Se sorprendió al descubrir que la electricidad todavía estaba conectada.

Sin embargo, se sintió aún más sorprendida por lo que la luz reveló: una cocina completamente amueblada. Una mesa y cuatro sillas estaban situadas junto a la ventana. Pucheros y cazos de cobre colgaban de un accesorio del techo, y un estante doble con cuchillos y otros utensilios colgaban de la pared cerca de la cocina. Una tostadora, un horno y una batidora reposaban sobre unos anaqueles. Había una lista de la compra de quince artículos sujeta al frigorífico mediante un imán con la forma de una lata de Budweiser.

¿Acaso Jim no se había desprendido de las pertenencias de sus abuelos cuando éstos murieron cinco años atrás?

Holly recorrió con el dedo uno de los anaqueles, dibujando una línea en la fina capa de polvo. El polvo acumulado no tenía más de tres meses.

Después de utilizar el cuarto de baño adyacente a la cocina, recorrió el pasillo y pasó a través del comedor y la sala de estar, donde el mobiliario también estaba cubierto por una ligera capa de polvo. Algunos cuadros colgaban torcidos de la pared. Tapetes de ganchillo cubrían los respaldos y brazos de los sillones. El alto carillón llevaba mucho tiempo sin funcionar. En la sala de estar encontró una estantería atestada de revistas, y en el interior de una vitrina de caoba, algunos objetos brillaban tenuemente bajo la fina capa de polvo que los recubría.

El primer pensamiento de Holly fue que Jim había dejado la casa amueblada para poder alquilarla mientras buscaba un comprador. Sin embargo, de una de las paredes de la sala de estar colgaban unas fotografías enmarcadas de 8 por 10 centímetros que no habrían sido abandonadas a merced de un inquilino: el padre de Jim a los veintiún años; el padre y la madre de Jim vestidos con sus trajes de boda; Jim a los cinco o seis años, con sus padres...

La cuarta y última fotografía era un retrato en el que aparecían los rostros de una pareja de agradable aspecto que tendrían cincuenta y tantos años. El hombre era fornido, con rasgos vigorosos, inconfundiblemente Ironheart; la mujer tenía una belleza masculina, y los rasgos de su rostro también podían observarse en Jim y su padre. Holly no tuvo ninguna duda de que eran los abuelos paternos de Jim: Lena y Henry Ironheart.

Lena Ironheart era la mujer cuyo cuerpo habitó Holly en el sueño de la pasada noche. Reconoció su ancho rostro, despejado, sus ojos separados, sus labios gruesos, su cabello rizado y un pequeño lunar en la mejilla izquierda.

Aunque Holly había descrito aquella mujer detalladamente, Jim no la había reconocido. Tal vez no considerara que tuviera los ojos separados, o que sus labios fueran gruesos quizá su cabello natural no era rizado, sino liso. No obstante, Jim tendría que haber recordado aquel lunar inconfundible incluso después de cinco años tras la muerte de su abuela.

La sensación de ser observada la acompañó al entrar en la casa. Cuando contempló el rostro de Lena Ironheart en la fotografía, se sintió aún más observada. Holly se dio la vuelta bruscamente y recorrió la sala de estar con la mirada.

Estaba sola.

Se dirigió presurosamente hacia el umbral y cruzó el vestíbulo. No había nadie.

Una escalera de caoba oscura conducía al segundo piso. El polvo que cubría la barandilla y la pilastra de la escalera se hallaba intacto: ni rastro de huellas digitales.

Elevando la mirada hacia el primer rellano, Holly dijo:

—¿Hola?

Su voz sonó extraña en medio de la casa vacía.

Nadie le respondió. Vacilante, empezó a subir la escalera.

—¿Quién hay ahí? —preguntó.

Tan sólo le respondió el silencio.

Con el ceño fruncido se detuvo en el tercer peldaño. Holly posó la mirada en el vestíbulo y luego miró hacia arriba, hacia el rellano.

El silencio era demasiado profundo, antinatural. Incluso en una casa desierta se oía siempre algún ruido, crujidos ocasionales, chasquidos de madera vieja al dilatarse o contraerse, el titileo de una ventana empujada por el viento. Sin embargo, la casa Ironheart se hallaba sumida en tal silencio que, de no ser por sus propias pisadas, Holly podría haber creído que se había vuelto sorda.

Subió dos peldaños más. Volvió a detenerse.

Todavía se sentía observada. Era como si la casa, viva y perceptiva, la observara con malévolos interés, como si poseyera un millar de ojos ocultos en las molduras de madera y en los dibujos del papel que recubría las paredes.

En el rellano flotaban motas de polvo bajo los rayos de luz.

Cuando se hallaba a cuatro peldaños del mismo, un poco más abajo del segundo tramo de escalera que conducía al vestíbulo, Holly se convenció de que algo la estaba aguardando en el segundo piso. No era necesariamente El Enemigo quien se encontraba allí arriba, ni siquiera un ser vivo y hostil, pero sí algo horrible cuyo descubrimiento la paralizaría de terror. Su corazón latía con fuerza. Al tragar saliva Holly sintió un nudo en la garganta. Dio una bocanada de aire produciendo un sonido áspero y sobrecogedor.

La sensación de ser observada y de hallarse al borde de una monstruosa revelación se hizo tan agobiante que Holly se dio la vuelta y bajó los peldaños aceleradamente. No huyó atropelladamente de la casa, pero no se entretuvo. Volvió sobre sus pasos y apagó las luces antes de marcharse.

En el exterior el cielo era oscuro con tonos púrpura allí donde se encontraba con las montañas situadas en el Este, rojo púrpura donde se unía a las montañas del Oeste, y de un azul zafiro entre ambas. Los campos dorados y las colinas habían adquirido un ligero tono grisáceo, tornándose gradualmente oscuro como si el fuego los hubiera abrasado mientras ella permanecía en la casa.

Mientras atravesaba el patio y pasaba ante el granero, la convicción de que era observada se intensificó una vez más. Miró con aprensión hacia las ventanas del granero situadas a cada lado de las grandes puertas de color rojo. Era una sensación sobrecogedora, de tal poder primitivo que trascendía el mero instinto. Holly se sintió como un conejo de Indias en un experimento de laboratorio, con cables conectados a su cerebro y los científicos lanzando descargas eléctricas para controlar su reacción. Holly nunca había sentido nada igual. Sabía que se balanceaba en el fino borde del pánico, y luchó por mantener el control.

Para cuando alcanzó el sendero cubierto de gravilla que bordeaba la charca, Holly estaba corriendo. Sostenía la linterna apagada como si fuera una porra, preparada para golpear cualquier cosa que se precipitara sobre ella.

Las campanas sonaron. Incluso por encima de su frenética respiración oyó las vibraciones puras y cristalinas de los badajos golpeando con rapidez unas campanas perfectamente afinadas.

Por un instante se sintió asombrada de que aquel fenómeno fuera audible más allá del interior del molino, sobre todo porque entre el edificio y ella se interponía la mitad del camino que rodeaba la charca. De pronto, antes de que cesaran los primeros tañidos, una luz parpadeó cerca de donde se encontraba. Holly apartó la mirada del molino desviándola hacia el agua.

Unos destellos rojos como la sangre formaban círculos concéntricos en el centro de la charca, como si hubiera tirado una piedra al agua. Aquello hizo que Holly diera un traspié; casi cayó de rodillas mientras la gravilla rodaba bajo sus pies.

Cuando las campanas se sumieron en el silencio, la luz carmesí de la charca se apagó de inmediato. El agua era mucho más oscura que por la tarde. Ya no tenía aquellos sombríos tonos color pizarra, sino que era tan negra como un pulido trozo de obsidiana.

Las campanas sonaron de nuevo, y la luz carmesí destelló en el corazón de la charca expandiéndose. Holly advirtió que cada destello de luz no nacía en la superficie del agua sino en sus profundidades, refulgiendo como una bombilla incandescente y arrojando olas de luz hacia la orilla.

El tañido cesó y el agua se oscureció.

Los sapos habían dejado de croar. El siempre murmurante mundo de la naturaleza se había sumido en el mismo silencio que la casa Ironheart. Ningún aullido de coyote, ningún chirrido de insecto, ningún ulular de búho, ningún chillido de murciélago..., nada.

Las campanas sonaron de nuevo y la luz volvió, pero esta vez era de un rojo anaranjado, más brillante que antes. Al borde del agua, los plumosos racimos de pampas se impregnaron del curioso resplandor y brillaron como llamas de gas iridiscente.

Algo se elevaba desde el fondo de la charca...

Cuando la palpitante luminosidad se desvaneció al cesar de nuevo el tañido de las campanas, el miedo y el asombro se apoderaron de Holly, sintiéndose incapaz de moverse aunque sabía que debía salir de allí.

Más tañidos... Nueva luz anaranjada más brillante que nunca.

Holly rompió las cadenas del miedo y se alejó corriendo hacia el molino.

La luz palpitante iluminaba la amenazante oscuridad por todas partes. Las sombras saltaban rítmicamente, como apaches en torno a una hoguera celebrando una danza guerrera. Más allá de la verja, tallos marchitos de maíz se erizaban imitando las repulsivas patas de una mantis religiosa. El molino de piedra parecía estar a punto de convertirse mágicamente en cobre, e incluso oro.

El sonido de las campanas cesó y la luz se apagó cuando Holly alcanzó la puerta abierta del molino.

Cruzó corriendo el umbral y se detuvo en medio de la oscuridad, en el borde de la cámara inferior. No se filtraba ninguna luz a través de las ventanas. Mientras trataba de encender la linterna notó que le faltaba el aire, como si la oscuridad hubiera inundado sus pulmones.

La linterna se encendió al tiempo que las campanas sonaban de nuevo. Holly dirigió el haz de luz a través de la habitación para comprobar que nada se ocultaba en la penumbra. Luego encontró la escalera a su izquierda y se apresuró a subir a la habitación de arriba.

Cuando llegó hasta la ventana, Holly apoyó su rostro contra el cristal que antes había limpiado con la mano. El claro de luz ondulante todavía brillaba en la charca, esta vez de color ámbar.

Mientras llamaba a Jim, Holly subió los peldaños que quedaban.

De pronto recordó un viejo poema de Edgar Allan Poe que estudió en la escuela secundaria:

Reteniendo el tiempo, tiempo, tiempo,  
Es una especie de rima rúnica,  
En el tintineo que tan musicalmente fluye  
De las campanas, campanas, campanas, campanas,  
Campanas, campanas, campanas...

Irrumpió en la habitación. Jim se hallaba envuelto en un suave resplandor blanco que despedía el quinqué Coleman.

Jim estaba sonriendo al tiempo que giraba la cabeza en sentido circular y miraba expectante las paredes que le rodeaban. Cuando las campanas cesaron, ella dijo:

— ¡Jim, ven aquí, rápido, hay algo en el lago!

Holly corrió hacia la ventana más cercana, pero desde allí no podía ver el agua de la charca. Las otras dos ventanas se alejaban aún más del ángulo visual deseado, así que Holly ni siquiera trató de mirar por ellas.

— El tañido en las paredes... —dijo Jim como si estuviera soñando.

Holly regresó a lo alto de la escalera cuando las campanas empezaron a sonar de nuevo. Entonces se detuvo y miró hacia atrás el tiempo suficiente para asegurarse de que Jim la seguía, ya que parecía aturdido.

Mientras descendía velozmente por la escalera, Holly oyó más versos de Poe reverberando en su mente:

Oíd los fuertes tañidos de las campanas.  
¡Campanas de latón!  
¡Qué historia de terror, ahora, su turbulencia narra!

Nunca había sido el tipo de mujer que recordaba versos apropiados en el momento apropiado. No recordaba haber citado un solo verso, ni tan siquiera haber leído alguno desde la universidad, con excepción del terrible poema de Louise Tarvohl.

Cuando llegó a la ventana, Holly limpió frenéticamente el rectángulo de cristal con la palma de la mano para que pudieran ver el espectáculo que había abajo. Vio que la luz volvía a ser de color rojo oscuro, como si lo que anteriormente había subido a la superficie se estuviera sumergiendo de nuevo.

¡Oh, las campanas, las campanas, las campanas!  
Qué historia su terror narra...

Le resultaba absurdo el hecho de recitar mentalmente un poema en medio de aquellos terroríficos y extraordinarios acontecimientos, pero nunca antes se había encontrado bajo aquella tensión. Quizá la mente operaba de ese modo cuando se encontraba frente a un poder superior: recuperando antiguos conocimientos olvidados. Holly sentía que iba a encontrarse con un poder superior, quizá Dios,

aunque parecía poco probable. No creía realmente que Dios pudiera vivir en el fondo de una charca, aunque cualquier ministro de la iglesia o sacerdote, habría dicho que se hallaba en todas partes, en todas las cosas.

En el momento en que Jim llegó hasta ella las campanas cesaron y la luz púrpura de la charca se desvaneció rápidamente. Jim apoyó su rostro contra el cristal.

Esperaron...

Pasaron dos segundos. Luego otros dos.

— ¡No! —exclamó Holly—. ¡Maldita sea, quería que lo vieras!

Pero el tañido no continuó, y la charca permaneció oscura en medio del progresivo crepúsculo. La noche caería en pocos minutos.

— ¿Qué era eso? —preguntó Jim, apartándose de la ventana. —Algo parecido a una película de Spielberg —respondió Holly con excitación—. Algo emergiendo del agua, desde la profundidad de la charca; un juego de luces encendiéndose al compás de las campanas. Creo que eso es lo que origina los tañidos, esa cosa de la charca, y de algún modo lo transmite a través de las paredes del molino.

— ¿Una película de Spielberg?

Jim parecía atónito. Holly trató de explicárselo:

— Es maravilloso y terrorífico a la vez, impresionante y extraño, espantoso y excitante. No sé cómo explicarlo, Jim.

—¿Quieres decir algo como *Encuentros en la tercera fase*? Te refieres a una nave espacial o algo parecido?

—Sí. Bueno, no exactamente. No estoy segura. No lo sé. Quizá sea aún más extraño.

— ¿Más extraño que una nave espacial?

El asombro, e incluso el miedo que sentía Holly dieron paso a la frustración. No estaba acostumbrada a verse desposeída de palabras para describir cosas que había visto o sentido. Pero con Jim Ironheart y sus incomparables experiencias, el sofisticado vocabulario de Holly y su talento descriptivo fallaban irremisiblemente.

— ¡Mierda, sí! —dijo Holly al fin—. Más extraño que una nave espacial. Al menos más extraño que las que solemos ver en las películas.

—Vamos —dijo él de nuevo en la escalera—, regresemos arriba. —Holly siguió junto a la ventana, Jim volvió a su lado y le cogió una mano—. No ha terminado todavía. Creo que sólo está empezando. Y el lugar en que debemos estar es la habitación de arriba. Sé que es el lugar. Vamos, Holly.

Se sentaron de nuevo en los sacos de dormir con colchón hinchable.

El quinqué proyectaba un resplandor que blanqueaba los bloques amarillentos de piedra caliza. En el interior cristalino del quinqué el gas ardía con un débil siseo, de forma que parecía como si unas voces susurrantes se elevaran a partir del suelo de madera.

Jim se hallaba en el punto álgido de su alteración emocional y receptiva, y esta vez Holly estaba junto a él. La luz de la charca la había aterrorizado, pero también la había afectado psicológicamente, motivando profundas respuestas inconscientes. Holly se sentía esperanzada y fascinada en medio de un arrebató de fe y catarsis emocional.

Había aceptado que Jim no era la única persona con problemas en aquella habitación. El alma de Jim podía debatirse en una agitación mayor que la de Holly, pero en todo caso ella estaba tan vacía como él. Cuando se encontraron en Portland, ella era una cínica consumada que se movía por la vida sin preocuparse por los espacios vacíos de su corazón. Holly no había pasado por la tragedia y el dolor que Jim había sufrido, pero se daba cuenta de que una vida carente de tragedia y alegría también podía desembocar en la desesperación. El paso de los días, semanas, y años en pos de metas intrascendentes, sin motivaciones aparentes, sin tener a nadie en quien confiar habían hecho que su alma se consumiera hasta marchitarse. Ella y Jim eran como dos piezas de un puzzle, diseñados para llenar el vacío del otro, reconfortándose mutuamente por el hecho de estar juntos. Se adaptaban de forma sorprendente, y su unión parecía inevitable; pero el puzzle quizá nunca se habría resuelto si las dos mitades no se hubieran encontrado en el mismo lugar y al mismo tiempo.

Holly esperaba con nerviosa agitación el contacto con el poder superior que había llevado a Jim hasta ella. Estaba preparada para el encuentro con Dios o algo igualmente benigno. No creía que lo que había visto en la charca fuera el enemigo. Aquella criatura no era parte de Él, tenía alguna conexión pero era distinta. Aunque Jim no le hubiera dicho que algo bondadoso y positivo se acercaba, ella habría llegado a percibir que la luz de la charca y el sonido de las piedras no anunciaban muerte y sangre sino éxtasis.

Al principio hablaron de forma concisa, temerosos de que una conversación voluble pudiera inhibir aquel poder superior a iniciar el siguiente contacto.

—¿Cuánto tiempo hace que existe la charca?

—Mucho tiempo.

—¿Antes de los Ironheart? —Sí.

—¿Antes de que construyeran la granja? —Seguramente sí.

—Tal vez ha estado aquí desde siempre. —Tal vez.

—¿Hay alguna leyenda local sobre ella? —¿Qué quieres decir?

—Historias de fantasmas. Ya sabes..., el lago Ness y cosas de ese tipo.

—No. No que yo sepa. Permanecieron en silencio. A la espera. Finalmente, Holly preguntó: —¿Cuál es tu teoría?

—¿A qué te refieres?

—Antes dijiste que tenías una teoría, algo extraño y maravilloso, pero que no querías hablar de ello hasta estar seguro.

—¡Ah, sí! Ahora quizá sea algo más que una teoría. Cuando dijiste que en tu sueño habías visto algo bajo la charca... bien, no sé por qué, pero empecé a pensar en un encuentro...

—¿Encuentro?

—Sí. Lo que tú dijiste. Algo sobrenatural.

—Algo ajeno a este mundo —murmuró Holly recordando el sonido de las campanas y la luz de la charca.

— Están en alguna parte del universo —dijo Jim con contenido entusiasmo—. Algún día vendrán y alguien se encontrará con ellos. Así que, ¿por qué no podemos ser nosotros?

—Quizás estaban bajo la charca cuando tenías diez años.

—Quizá.

—¿Por qué habrían estado allí todo ese tiempo?

—No lo sé. Quizás han estado allí mucho más tiempo: cientos de años, o tal vez miles.

—Pero ¿por qué tiene que estar una nave espacial en el fondo de una charca?

—Quizá sea una estación de observación desde la que investigar la civilización humana, como un centro de investigación instalado en la Antártida para estudiar lo que hay allí.

Holly se dio cuenta de que su conversación parecía la de unos niños que se sientan bajo las estrellas en una noche de verano atraídos, como todos los niños, por la contemplación de lo desconocido y las fantasías de aventuras exóticas. Por otro lado, encontraba sus absurdas reflexiones incluso increíbles, y era incapaz de creer que los recientes acontecimientos tuvieran aquella sencilla y fantástica explicación. Sin embargo, una parte infantil de sí misma deseaba desesperadamente que aquella fantasía se hiciera realidad.

Pasaron veinte minutos sin que sucediera nada nuevo, y Holly, gradualmente, empezó a descender de la cumbre de excitación a la que las luces de la charca la habían catapultado. Todavía inundada por un sentimiento de asombro, aunque ya no se sentía mentalmente aturdida por él, recordó lo que le había ocurrido antes de que tuviera lugar la aparición de la radiante presencia en la charca: la abrumadora y sobrenatural sensación, que casi la había llevado al borde del pánico, de ser observada. Estaba a punto de mencionárselo a Jim cuando recordó las demás cosas extrañas que había encontrado en la casa.

—La casa está completamente amueblada —dijo Holly—. No la vaciaste después de morir tu abuelo.

—La dejé amueblada por si podía alquilarla mientras buscaba un comprador.

Aquellas eran, virtualmente, las mismas palabras que Holly utilizó para explicar aquella curiosa situación.

—Pero dejaste allí todas tus pertenencias personales.

Jim no la miró a ella, sino a las paredes, en espera de alguna señal que indicara la presencia de algo sobrehumano.

—Me habría llevado las cosas en el supuesto de que hubiera encontrado un inquilino.

—¿Las has dejado allí durante cinco años? Jim se encogió de hombros.

—Han limpiado la casa regularmente desde entonces —dijo Holly—, aunque no recientemente.

—En cualquier momento podía aparecer alguien que quisiera alquilarla.

—Ese lugar es un poco extraño, Jim. Finalmente, Jim posó su mirada en Holly.

—¿Por qué?

—Es como un mausoleo.

Los ojos de Jim permanecieron impenetrables, pero Holly tuvo la sensación de que le había molestado. Quizás aquella mundana conversación acerca de inquilinos, limpieza y alquileres le estaba apartando de la meditación acerca de encuentros sobrenaturales.

Jim emitió un suspiro y dijo:

— Sí, es extraño, lo reconozco. —¿Entonces, por qué...?

Lentamente, Jim giró la válvula del quinqué, reduciendo al mínimo la llama de gas. La intensa luz blanca se transformó en un pálido resplandor lunar, y las sombras se agrandaron.

—Sinceramente, me sentía incapaz de empaquetar las pertenencias de mi abuelo. Él y yo habíamos guardado las cosas de mi abuela ocho meses antes de que él muriera y aquello fue realmente duro. Por eso, cuando él murió poco tiempo después, no pude hacerlo. Mis abuelos eran prácticamente lo único que tenía, y de pronto los perdí.

Una expresión torturada ensombreció el azul de sus ojos.

Una oleada de comprensión inundó a Holly, alargó su mano por encima de la nevera portátil y cogió la de Jim.

—Me sentía indeciso, y cuanto más postergaba la decisión de recoger sus cosas más difícil se me hacía. —Volvió a suspirar—. Si hubiera encontrado un inquilino o un comprador me hubiera obligado a ordenar las cosas, por muy desagradable que fuera el trabajo. Pero esta vieja granja es tan rentable como una carga de arena en medio del desierto de Mojave.

Cerrar la casa tras la muerte de su abuelo, dejarlo todo intacto durante cuatro años y cuatro meses, limitándose a limpiarla de vez en cuando era algo excéntrico. Holly no podía verlo de otra forma. Al mismo tiempo, era una excentricidad conmovedora. Como ella había percibido desde el principio, tras el furioso héroe de acero se escondía un hombre bueno, y a Holly le gustaba aquella parte bondadosa.

—Lo haremos juntos —dijo Holly—. Cuando hayamos aclarado qué demonios está ocurriendo, adondequiera que vayamos y pase lo que pase a partir de ahora, siempre tendremos tiempo para recoger las cosas de tu abuelo. No será tan difícil si lo hacemos juntos.

Jim le dirigió una sonrisa y apretó su mano.

Holly recordó algo más.

—Jim, ¿recuerdas la descripción que te hice de la mujer con la que soñé ayer noche, la mujer que subía la escalera del molino?

—Más o menos.

—Dijiste que no la reconocías.

— ¿De veras?

—Hay una fotografía de ella en la casa.

—¿Dónde?

—En el salón. Me refiero a la fotografía de una pareja de unos cincuenta años. Son tus abuelos, Lena y Henry, ¿verdad?

—Sí. Así es.

—Lena era la mujer de mi sueño.

Jim frunció el ceño.

— Qué extraño.

— Bien, quizá. Pero lo más extraño es que tú no la reconocieras.

—Supongo que tu descripción no fue lo bastante buena.

—Pero ni siquiera recuerdas el detalle del lunar.

Los ojos de Jim se entrecerraron y apretó con fuerza la mano de Holly.

—Rápido, los cuadernos.

Holly, confundida, preguntó:

—¿Qué?

—Está a punto de ocurrir algo, seguro. Necesitamos los cuadernos que compramos en El Centro.

Jim soltó su mano, y Holly cogió los dos cuadernos amarillos apaisados y los rotuladores que había dentro de la bolsa de plástico junto a ella. Jim los cogió, vaciló, miró las paredes y las sombras proyectadas sobre ellas, como si esperara que le dijeran lo que tenía que hacer a continuación.

Las campanas sonaron.

Aquel tintineo musical produjo un escalofrío en Jim. Sabía que estaba a punto de descubrir el significado no sólo de los acontecimientos que habían tenido lugar en el último año, sino de las dos décadas y media pasadas —tal vez incluso más, mucho más—. El tañido de las campanas anunciaba la revelación de un entendimiento superior, de verdades trascendentales, una explicación del sentido fundamental de toda su vida —sus orígenes y su destino— y el significado de la existencia misma. Jim sentía que los secretos de la creación le iban a ser revelados antes de abandonar el molino, que iba a alcanzar aquel estado de sabiduría que había buscado inútilmente en muchas religiones.

Cuando el pequeño tañido empezó, Holly se levantó.

Jim creyó que quería bajar hasta la ventana situada en la escalera para ver desde allí la charca.

—No, espera —le dijo Jim—. Esta vez va a ocurrir aquí.

Holly vaciló y volvió a sentarse.

Cuando el sonido de las campanas cesó, Jim se sintió obligado a retirar la nevera portátil de su lugar y poner en el suelo, entre Holly y él, uno de los cuadernos amarillos. No estaba seguro de lo que se esperaba que hiciera con el otro cuaderno y el bolígrafo, pero tras un momento de indecisión, los sostuvo en la mano.

Cuando el melódico tañido sonó por tercera vez, un extraño destello de luz en el interior de las paredes lo acompañó. El rojo resplandor parecía surgir del interior de la piedra que había justo frente a ellos, luego de pronto se extendió por la habitación, envolviéndoles en una franja palpitante de luminosidad.

Cuando aquella extraña luz les envolvió, Holly emitió un sonido de terror, y Jim recordó lo que ella le había contado del sueño anterior. La mujer —fuera o no su abuela— había subido la escalera hasta la cámara superior, había visto una emanación ámbar dentro de las paredes, como si el molino estuviera hecho de cristal coloreado, y había presenciado cómo algo inimaginablemente hostil surgía de los bloques de piedra.

—No pasa nada —se apresuró a calmarla Jim—. No es El Enemigo. Es otra cosa. Aquí no hay ningún peligro. Es otro tipo de luz.

Estaba compartiendo con ella la tranquilidad que fluía en él a través de un poder superior. Esperaba no equivocarse, que no hubiera ninguna amenaza, ya que recordaba la horrible transformación biológica en el techo de su propia habitación en Laguna Hills doce horas atrás. La luz había palpitado en aquella membrana grisienta surgida de la pared, con una forma oscura agitándose y removiéndose en su interior. Jim deseaba no volver a contemplar jamás aquello.

Durante dos sucesiones más de melódicos tañidos, el color de la pared cambió a ámbar. Pero de ningún modo se parecía al amenazante resplandor del techo de su habitación, que tenía otro tono de ámbar —como el amarillo repugnante de la materia en descomposición— y que titilaba en concordancia con un siniestro latido que en el molino no se oía.

Holly, no obstante, parecía asustada.

Jim deseó haber podido estar más cerca, rodearla con su brazo. Pero necesitaba de toda su atención para el poder superior que luchaba por aproximarse a él.

Los tañidos cesaron, pero la luz no se desvaneció. Parpadeó, brilló, se oscureció y resplandeció. Se movía a través de la pared oscura creando formas que parecían amebas, fluyendo juntas y separándose para dar paso a nuevas formas; era como la representación unidimensional del calidoscopio que se veía en las viejas linternas Lava. Las cambiantes formas brillaban por todas partes, desde la base de la pared hasta el vértice del abovedado techo.

—Me siento como si estuviera en una batisfera de cristal, suspendida en la profundidad del océano —dijo Holly—. Como si flotaran grandes bancos de peces luminiscentes, elevándose y rodeándonos a través del agua oscura y profunda.

Jim admiró la capacidad descriptiva de Holly, el acierto de cada palabra utilizada, y que le permitirían recordar para siempre las imágenes descritas.

Sin duda alguna, la fantasmal luminosidad se hallaba en el interior de la piedra, no solamente en la superficie. Podía ver el interior de aquella sustancia translúcida, como si por un proceso alquímico se hubiera transformado en un oscuro, aunque nítido cuarzo. Aquel resplandor ámbar iluminaba la habitación más que el quinqué, que Jim había reducido al mínimo. Las manos de Jim parecían doradas, al igual que el rostro de Holly.

Pero había espacios oscuros, y el movimiento constante de la luz también animaba las sombras.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Holly quedamente.

Jim advirtió que algo le había ocurrido al cuaderno amarillo que yacía en el suelo entre ellos.

—¡Mira!

En la parte superior de la primera página habían aparecido unas palabras. Parecían haber sido formadas por un dedo impregnado en tinta: «ESTOY CON VOSOTROS».

Holly estaba poco menos que extasiada ante aquel espectáculo de luz, pero no creía que Jim se hubiera podido inclinar sobre el cuaderno y escribir las palabras con el rotulador u otro instrumento sin llamar su atención. No obstante, le costaba creer que una presencia incorpórea les hubiera mandado un mensaje.

—Creo que se nos anima a que hagamos preguntas —dijo Jim.

—Entonces pregúntale quién es —respondió Holly de inmediato.

Jim escribió la pregunta en el segundo cuaderno que sostenía y se la mostró a Holly: «¿Quién eres?».

Mientras observaban, la respuesta apareció en el primer cuaderno, que yacía entre ellos y se hallaba en un ángulo que les permitía leer a ambos. Las palabras no aparecían grabadas en el papel ni se formaban con tinta que goteara desde el techo. En lugar de eso, las letras irregulares y vacilantes, de un tono grisáceo que se oscurecía poco a poco, emergían en la superficie del papel, como si la página, en vez de tener un milímetro de grosor, fuera un estanque de muchos metros de profundidad. Holly advirtió de inmediato que aquel efecto era similar al que había observado en la charca cuando la luz se elevaba desde el centro y proyectaba círculos concéntricos de luminosidad hacia los bordes; de ese mismo modo la luz había emergido en las paredes de piedra caliza antes de que los bloques se volvieran totalmente translúcidos.

«EL AMIGO.»

Era una extraña descripción, no «tu amigo» o «un amigo», sino El Amigo.

Para una inteligencia sobrenatural, si de ello se trataba, el nombre poseía curiosas implicaciones espirituales, connotaciones divinas. Los hombres habían dado a Dios muchos nombres —Jehová, Alá, Brahma, Zeus, Aesir— pero aún más denominaciones. Dios era El Todopoderoso, El Ser Eterno, El Infinito, El Padre, El Salvador, El Creador, La Luz... El Amigo parecía encajar bien en aquella lista.

Jim escribió rápidamente otra pregunta y se la mostró a Holly:

«¿De dónde vienes?»

«DE OTRO MUNDO.»

Lo que implicaba cualquier sitio desde el cielo a Marte.

«¿Quieres decir de otro planeta?», escribió Jim.

«SÍ.»

—Dios mío —exclamó Holly asustada.

Holly levantó la vista del cuaderno y se encontró con la mirada de Jim. Sus ojos parecían brillar más que nunca, envueltos en una luz amarillenta que les confería un excepcional tono verde.

Movida por la agitación, Holly se puso de rodillas, luego se acomodó sentándose sobre sus pantorrillas. La primera página del cuaderno se había llenado con las respuestas de aquella entidad. Holly las observó brevemente, arrancó la página y la dejó a un lado, de forma que pudieran observar la siguiente página. Holly miró hacia delante y hacia atrás repartiendo su atención entre las preguntas de Jim y la rápida aparición de las respuestas:

«¿De otro sistema solar?»

«SÍ.»

«¿De otra galaxia?»

«SÍ.»

«¿Es tu nave lo que vimos en la charca?»

«SÍ.»

«¿Cuánto tiempo llevas allí?»

«10.000 ANOS.»

Al contemplar aquella cifra, a Holly le pareció que aquel momento era más similar a un sueño que algunos de sus sueños recientes. Después de tanto esperar, allí estaban las respuestas, que parecían aflorar demasiado fácilmente. No sabía lo

que esperaba, pero no había imaginado que las tinieblas en las que se hallaban inmersos se despejarían con la misma rapidez que si una gota de detergente cósmico hubiera caído sobre ellas.

—Pregúntale qué hace ella aquí —dijo Holly al tiempo que arrancaba la segunda página y la colocaba junto a la primera.

Jim se sorprendió.

—¿Ella?

—¿Por qué no?

La cara de Jim se iluminó.

— ¿Por qué no? —dijo secundando a Holly.

Jim giró una nueva página de su cuaderno y escribió la pregunta sugerida por Holly:

«¿Por qué estás aquí?»

La respuesta emergió a través del papel hacia la superficie:

«PARA OBSERVAR, ESTUDIAR Y AYUDAR A LA RAZA HUMANA».

— ¿Sabes a qué me recuerda eso? —dijo Holly. —¿A qué?

—A un episodio de «Más allá de los límites de la realidad».

— ¿El viejo programa de la televisión? —Sí.

— ¿No lo emitían antes de que tú nacieras?

— Sí, ahora lo emiten por cable.

— ¿Qué quieres decir con que te recuerda a un episodio de «Más allá de los límites de la realidad»?

Holly observó con el ceño fruncido las palabras «PARA OBSERVAR, ESTUDIAR Y AYUDAR A LA RAZA HUMANA», y dijo:

— ¿No te parece un poco previsible?

—¿Previsible? —Jim se irritó—. No, no me lo parece. Porque no tengo la menor idea de lo que debe ser contactar con alguien de otro mundo. No tengo mucha experiencia en ello y, ciertamente, no tengo la experiencia suficiente como para albergar determinadas expectativas o sentirme harto de ello.

—Lo siento. No lo sé, es sólo que... De acuerdo, veamos a dónde nos lleva esto.

Tenía que admitir que se sentía tan asustada como cuando había aparecido la luz en las paredes. Su corazón latía rápido y con fuerza, y todavía se sentía incapaz de dar una profunda bocanada de aire. Seguía sintiendo que se hallaban ante la presencia de algo sobrehumano, ante un poder superior, y se sentía intimidada por ello. Considerando lo que había visto en la charca, la palpitante luz que emergía a través de las paredes y las palabras que continuaban surgiendo en el cuaderno, habría sido irremisiblemente estúpida si no hubiera estado asustada.

Sin embargo, su asombro había ido descendiendo a medida que aquel eme estructuraba el encuentro como un viejo guión televisivo. Con un sarcástico tono de voz, Jim había dicho que tenía poca experiencia en encuentros con seres de otro mundo, que prefería no albergar falsas expectativas. Pero aquello no era cierto. Habiendo crecido en los años sesenta y setenta, había sufrido la misma saturación que ella a través de los medios de comunicación en lo que se refería a encuentros con seres extraterrestres. Habían estado influenciados por los mismos programas de televisión y películas, por las mismas revistas y libros; la ciencia—ficción había tenido una gran influencia en la cultura popular de mucha gente. Jim había adquirido expectativas muy detalladas de lo que debía ser el encuentro con un ente de otro

mundo, y aquel ente de la pared las colmaba todas. En cuanto a Holly, estaba convencido de que un encuentro tal no tendría nada que ver con las fantasías que habían imaginado guionistas y novelistas, porque al referirse a la vida de otro planeta, un ente desconocido implicaba algo diferente que iba más allá de la fácil comparación o comprensión.

— De acuerdo —dijo Holly—, quizá su objetivo es familiarizarse con nosotros. Quiero decir que quizás utilice nuestros mitos modernos como una forma de presentarse ante nosotros, una forma de comunicarse. Porque quizá sea tan radicalmente distinto de nosotros que jamás podríamos entender su verdadera naturaleza o apariencia.

— ¡Exacto! —dijo Jim, y escribió otra pregunta: «¿Qué es esa luz que vemos en las paredes?» «ESA LUZ SOY YO.»

Holly no esperó a que Jim escribiera la siguiente pregunta. Se dirigió al ente directamente:

— ¿Cómo puedes moverte a través de la pared? Debido a que el ente parecía guardar un claro rigor formal Holly se sintió sorprendida al ver que no insistía en que las preguntas se hicieran por escrito. Le respondió de inmediato:

«PUEDO SER PARTE DE CUALQUIER COSA, MOVERME EN SU INTERIOR, ADQUIRIR CUALQUIER FORMA SIEMPRE QUE LO DESEE».

—Me suena a fanfarronada —dijo Holly.

—No puedo creer que seas sarcástica en un momento como éste —dijo Jim con impaciencia.

—No soy sarcástica —respondió Holly—. Sólo trato de comprender.

Jim parecía dubitativo.

—Entiendes los problemas que tengo con esto, ¿verdad? —dijo Holly dirigiéndose a aquel ente extraño.

En el cuaderno apareció la palabra «Sí».

Holly arrancó la página dejando al descubierto la siguiente. Con creciente nerviosismo, aunque sin saber muy bien a qué se debían, Holly se puso en pie y giró la cabeza, mirando el juego de luces de las paredes al tiempo que formulaba la siguiente pregunta:

— ¿Por qué tu aparición es precedida por el sonido de las campanas?

En el cuaderno no apareció respuesta alguna.

Holly repitió la pregunta.

El cuaderno permaneció en blanco.

—Secreto profesional, imagino —dijo Holly.

Holly sintió cómo una gota de sudor frío resbalaba desde su axila derecha deslizándose bajo la blusa. Todavía operaba en ella un asombro infantil, pero el temor crecía de nuevo. Algo no iba bien. Algo que iba más allá de aquella historia estereotipada que aquel ente les estaba proporcionando. No sabía exactamente qué era lo que la atemorizaba.

En su propio cuaderno, Jim escribió otra pregunta, y Holly se inclinó para leerla:

«¿Apareciste ante mí en esta habitación cuando yo tenía diez años?»

«SÍ. A MENUDO.»

«¿Hiciste que lo olvidara?»

«SI.»

—No te molestes en escribir las preguntas —dijo Holly—. Hazlas directamente.

Jim pareció realmente sorprendido ante aquella indicación, y Holly se sorprendió de que persistiera con su cuaderno y bolígrafo después de haber visto que las preguntas que ella hacía en voz alta eran contestadas. Parecía reacio a dejar a un lado el cuaderno y el bolígrafo, pero finalmente lo hizo.

— ¿Por qué me hicistes olvidar?

Incluso de pie, Holly pudo leer sin dificultad las palabras que aparecían en el cuaderno amarillo:

«NO ESTABAS LISTO PARA RECORDAR».

— Es innecesariamente enigmático —murmuró Holly—. Tienes razón. Debe de ser un ente masculino.

Jim arrancó la página usada y la puso junto a las otras. Hizo una pausa, mordiéndose el labio. Era evidente que no sabía qué preguntarle a continuación. Finalmente dijo:

— ¿Eres masculino o femenino? «SOY MASCULINO.»

—Lo más probable —dijo Holly— es que no sea ninguna de las dos cosas. Es un ente de otro mundo, y quizá se reproduzca mediante partenogénesis.

«SOY MASCULINO», repitió de nuevo.

Jim permanecía sentado, con las piernas cruzadas, con la misma mirada de asombro en su rostro, resultando más infantil que nunca.

Holly no comprendía por qué su ansiedad se agudizaba mientras Jim continuaba saltando de entusiasmo y deleite.

— ¿Cómo eres? —preguntó Jim. «PUEDO SER COMO QUIERA.»

— ¿Puedes aparecer ante nosotros con la apariencia de un hombre o una mujer? —preguntó Jim.

«Sí.»

— ¿Con la apariencia de un perro o un gato? «Sí.»

— ¿Y la de un escarabajo?

«Sí.»

Sin la seguridad de su cuaderno y su bolígrafo, Jim parecía haber reducido sus preguntas a cuestiones fútiles. Holly casi esperaba que le preguntara cuál era su color favorito, si prefería la Coca—Cola a la Pepsi—Cola, o si le gustaba la música de Barry Manilov.

Entonces Jim le preguntó:

— ¿Cuántos años tienes? «SOY UN NIÑO.»

— ¿Un niño? —dijo Jim—. Pero nos dijiste que hace diez mil años que estás en nuestro mundo.

«TODAVÍA SOY UN NIÑO.»

— ¿Entonces perteneces a una especie que vive mucho tiempo?

«SOMOS INMORTALES.»

— ¡Increíble!

— Está mintiendo —dijo Holly.

— ¡Holly, por amor de Dios! —exclamó Jim, atónito por la desfachatez de Holly.

— Es cierto.

Y allí radicaba la causa de su renovado temor: aquel ente no estaba siendo sincero con ellos, les estaba mintiendo. Holly tenía la sensación de que les contemplaba con enorme desprecio. De ser así, probablemente Holly debería haber

tenido la boca cerrada y adoptar una actitud de humilde adoración ante su poder, tratando de no provocar su ira.

En lugar de eso dijo:

— Si fuera realmente inmortal no pensaría en él como un niño. No podría pensar acerca de él de ese modo. La infancia o la vejez son categorías temporales que conciernen a una especie de vida finita. Si eres inmortal, puedes nacer inocente, ignorante, inculto, pero no naces joven, porque nunca vas a ser viejo.

—¿No estás hilando muy fino? —preguntó Jim casi con petulancia.

—No creo. Nos está mintiendo.

— Quizás el uso que hace de la palabra «niño» es otro modo de hacer que comprendamos mejor su naturaleza desconocida.

«Sí.»

—Una mierda —dijo Holly.

— ¡Holly, maldita sea!

Cuando Jim quitó otra página del cuaderno arrancándola limpiamente por el borde, Holly se dirigió hacia la pared y estudió la luz que se movía a través de ella. Vistas de cerca, las luces eran extrañas y hermosas, no como un fluido fosforescente o un llameante flujo de lava, sino como deslumbrantes enjambres de luciérnagas, millones de puntos brillantes que no distaban mucho de la analogía de peces luminosos observada por Holly.

Holly casi esperaba que la pared que tenía frente a ella se abultara de pronto, que se abriera y diera paso a una forma monstruosa.

Quería retroceder, pero se acercó aún más. Su nariz se hallaba a unos tres centímetros de la piedra luminosa. Vistas tan de cerca, las ondulaciones de aquellos millones de brillantes células eran mareantes. No despedían calor alguno, pero Holly imaginó que podía sentir el parpadeo de luces y sombras cruzando su rostro.

—¿Por qué tu aparición es precedida por el sonido de las campanas? —preguntó Holly.

Tras unos segundos, Jim respondió a su espalda:

—No hay respuesta.

La pregunta parecía bastante inocente, y parecía lógico que se formulara. La negativa del ente a responder indicó a Holly que el sonido de las campanas era, de algún modo, de vital importancia. Comprendió que las campanas podían ser el primer paso que les llevara a conocer algo real y auténtico acerca de aquella criatura.

—¿Por qué tu aparición es precedida por el sonido de las campanas?

—No hay respuesta —dijo Jim—. No creo que debas volver a formular esa pregunta, Holly. Es obvio que no quiere contestar, y no obtendremos nada irritándole. No es El Enemigo, es...

—Sí, ya lo sé. Es El Amigo.

Holly permanecía frente a la pared y sentía que estaba cara a cara ante una presencia desconocida, aunque no hubiera nada en ella que correspondiera a un rostro. Aquella presencia la observaba. Estaba allí.

— ¿Por qué tu aparición es precedida por el sonido de las campanas?

Sabía instintivamente que su pregunta inocente y la no tan inocente repetición de la misma la habían puesto en gran peligro. Su corazón latía con tal fuerza que Holly se preguntó si Jim podía oírlo. Supuso que El Amigo, con todo su poder, no sólo podía oír su corazón palpitante, sino que podía verlo saltar como un conejo

asustado en la jaula de su pecho. Sabía que Holly estaba asustada, de acuerdo. Demonios, quizá leyera su mente. Tenía que demostrarle que no iba a permitir que su miedo la desanimara.

Holly posó una mano sobre la pared inundada de luz. Si aquellas nubes luminosas no eran tan sólo una proyección mental de aquella criatura, si no eran sólo una ilusión exhibida ante ellos, si aquella cosa, como ella misma afirmaba, realmente estaba viva en el interior de la pared, entonces la piedra era su carne. La mano de Holly estaba sobre su cuerpo.

Ligeras vibraciones recorrieron la pared en claros y rotatorios torbellinos. Eso era todo lo que sentía Holly. No notó ningún calor. El fuego interior de la piedra era evidentemente frío.

—¿Por qué tu aparición es precedida por el sonido de las campanas?

—Holly, no lo hagas —dijo Jim.

La preocupación era patente en su voz por primera vez. Quizás él también había empezado a sentir que El Amigo no era enteramente un amigo.

Pero Holly tenía la sospecha de que la fuerza de voluntad era determinante en aquella confrontación, y que una demostración de resuelta voluntad daría una nueva faceta a la relación con El Amigo. Holly no podía explicar por qué sentía con tal fuerza aquella suposición. Era simplemente una cuestión de instinto periodista, no de mujer.

—¿Por qué tu aparición es precedida por el sonido de las campanas?

Holly creyó advertir un ligero y casi imperceptible cambio en las vibraciones que cosquilleaban la palma de su mano. En su mente surgió la imagen de la piedra abriéndose para convertirse en una boca que devoraba su mano; la sangre brotaba, y un hueso astillado sobresalía del muñón de su muñeca.

Aunque temblaba sin poder evitarlo, Holly no retrocedió ni levantó la mano de la pared.

Se preguntó si El Amigo le había mandado aquella imagen terrorífica.

—¿Por qué tu aparición es precedida por el sonido de las campanas?

—Holly, por amor de Dios —la interrumpió Jim, y luego dijo — : Espera, parece que va a responder.

La fuerza de voluntad era importante. Pero ¿por qué? ¿Por qué una poderosa fuerza proveniente de otra galaxia se iba a sentir intimidada por la determinada resolución de Holly?

Jim le comunicó la respuesta:

—Dice que... ¿Por drama?

—¿Por drama? —repitió Holly.

—Sí. Un signo interrogante primero, luego P—O—R, seguido de D—R—A—M—A y otro signo interrogante.

—¿Quieres decir que las campanas tan sólo son un poco de teatro para dar cierto dramatismo a tus apariciones? —dijo Holly dirigiéndose a aquella cosa de la pared.

Tras unos momentos, Jim dijo:

—No hay respuesta.

—¿Y por qué ese interrogante? —le preguntó Holly al Amigo — . Tú tampoco sabes el significado de las campanas, ¿de dónde viene el sonido, qué lo provoca, por qué? ¿Cómo es posible que no sepas lo que es si ese sonido siempre te acompaña?

—Nada —Respondió Jim.

Holly permanecía con la mirada fija en la pared. Aquellos grupos celulares de luz se agitaban continuamente y la confundían, pero no cerró los ojos.

— Un nuevo mensaje —dijo Jim—. Tengo que marcharme.

—Cobarde —dijo Holly directamente al rostro amorfo de aquella cosa de la pared.

Estaba empapada en un sudor frío.

La luz ámbar empezó a oscurecerse, volviéndose naranja.

Alejándose finalmente de la pared, Holly se balanceó y casi cayó al suelo. Volvió junto al saco de dormir y cayó de rodillas.

Otras palabras aparecieron en el cuaderno:

«REGRESARÉ.»

—¿Cuándo? —preguntó Jim.

«CUANDO LA MAREA SEA MÍA.»»

— ¿Qué marea?

«HAY UNA MAREA EN LA NAVE, QUE DESCENDE Y ASCIENDE, LA OSCURIDAD Y LA LUZ. YO ME ELEVO CON LA MAREA DE LUZ, PERO ÉL SE ELEVA CON LA OSCURIDAD.»»

— ¿Él? —preguntó Holly. «EL ENEMIGO.»

En aquel momento la luz de las paredes era de un naranja rojizo, más oscuro, pero seguía cambiando incesantemente de forma alrededor de ellos.

—¿Sois dos en la nave? —preguntó Jim.

«SÍ. DOS FUERZAS, DOS ENTES.»

«Está mintiendo —pensó Holly—. Esto, al igual que el resto de la historia, es lo mismo que las campanas: buen teatro.»

«ESPERA MI RETORNO.»

—Esperaremos —dijo Jim.

«NO DURMÁIS.»

—¿Por qué no podemos dormir —preguntó Holly siguiéndole el juego.

«PODRÍAIS SOÑAR...»

La página estaba llena. Jim la arrancó y la amontonó con el resto. La luz de las paredes se hizo de un rojo oscuro que se desvanecía rápidamente.

«LOS SUEÑOS SON PUERTAS.»

— ¿Qué quieres decir?

De nuevo surgieron aquellas palabras: «LOS SUEÑOS SON PUERTAS».

—Es una advertencia —dijo Jim. «LOS SUEÑOS SON PUERTAS.» «No, es una amenaza», pensó Holly.

El molino volvía a ser sólo un molino, un conjunto de piedras y vigas. El polvo volvía a filtrarse, la madera se pudría, el hierro se oxidaba, y las arañas seguían tejiendo sus telas.

Holly se sentó enfrente de Jim con sus rodillas tocándose. Holly sujetaba las manos de Jim porque le transmitía fuerza al tocarlas, y porque quería mitigar el efecto de las palabras que estaba a punto de decir.

—Escucha, cariño, eres el hombre más interesante que he conocido en mi vida, el más sexy, de verdad, y creo, sinceramente, que el más amable. Sin embargo, como entrevistador eres un desastre. Sólo haces preguntas intrascendentes, banales, y no abor das lo que es realmente importante. Eres un reportero muy ingenuo. Crees en la sinceridad de las respuestas, cuando casi nadie es sincero al ser entrevistado, así que tu investigación sigue una línea equivocada.

No parecía estar ofendido. Jim sonrió y dijo:

—No me veía como a un periodista realizando una entrevista.

—Bueno, cielo, en realidad ésa era la situación. El Amigo, como se denomina a sí mismo, tiene información, y nosotros necesitamos esa información para saber en qué situación nos encontramos.

—Yo lo veía más bien como..., no lo sé, como una epifanía. Cuando Dios apareció ante Moisés con los Diez Mandamientos, me imagino que Él le dijo a Moisés lo que eran, y si Moisés tenía algunas dudas, supongo que no debió de acribillar a preguntas al Gran Tipo.

—Lo que había en las paredes no era Dios.

—Ya lo sé. He abandonado esa posibilidad. Pero era una inteligencia desconocida tan superior que casi podría ser calificada de divina.

—No lo sabemos —respondió Holly pacientemente.

—¡Claro que lo sabemos! Cuando consideras el alto grado de inteligencia y los milenios que se necesitan para construir una civilización capaz de viajar a través de las galaxias, te percatas de lo lejos que nosotros estamos.

—De eso, precisamente, es de lo que hablo. ¿Cómo sabes que es de otra galaxia? Porque crees en lo que dijo. ¿Cómo sabes que hay una nave sumergida en el fondo de la charca?

Jim se impacientaba.

—¿Por qué nos iba a mentir, qué iba a ganar con eso?

—No lo sé. Pero no podemos estar seguros de que no nos esté manipulando. Y cuando regrese, tal como ha prometido, quiero estar lista para ello. Quiero pasar esta hora, dos horas, tres horas —o el tiempo que haga falta— confeccionando una lista de preguntas, de forma que nos guiemos por un cuestionario minuciosamente planeado. Debemos tener una estrategia para sacarle auténtica información, hechos, no fantasías, y nuestras preguntas deben apoyar esa estrategia. —Cuando Jim frunció el ceño, Holly se apresuró a hablar para que no la interrumpiera—. De acuerdo, de acuerdo, quizás es incapaz de mentirnos, quizás es noble y puro, tal vez todo lo que nos ha dicho es la pura verdad. Pero escucha, Jim, esto no es una epifanía. El Amigo estableció las reglas al impulsarte a comprar los cuadernos y el bolígrafo. Estableció el formato en que se iban a llevar a cabo las respuestas y las preguntas. Si no lo hubiera querido así, te habría dicho que te callaras y te habría hablado desde un arbusto ardiente.

Jim la miró. Se mordía el labio pensativamente.

Desvió la mirada hacia las paredes donde aquella criatura de luz se había movido a través de la piedra.

Insistiendo en el mismo punto, Holly dijo:

—No le preguntaste en ningún momento por qué quería salvar las vidas de aquella gente, por qué salvaba a unas personas y no a otras.

Jim la miró de nuevo, obviamente sorprendido al darse cuenta de que había pasado por alto la pregunta más importante de todas. Bajo el resplandor siseante del quinqué, sus ojos volvían a ser azules y no verdes como bajo la luz ámbar.

—De acuerdo —dijo Jim—. Tienes razón. Supongo que me he dejado llevar por los nervios. Lo que quiero decir, Holly, es que, sea lo que sea, es asombroso.

—Por supuesto. Es asombroso —admitió Holly.

—Haremos lo que dices, elaboraremos una lista de preguntas cuidadosamente pensadas. Y cuando regrese, tú serás la que las haga, porque se te da mejor improvisar otras preguntas, en el caso de que sean necesarias.

— Estoy de acuerdo —dijo Holly, aliviada de que él lo hubiera decidido así sin necesidad de presionarle.

Ella estaba más preparada para realizar una entrevista que él, pero además, en aquella situación particular, era más fiable de lo que Jim podía llegar a ser. El Amigo había tenido en el pasado una larga relación con Jim y había jugado con su memoria al hacerle olvidar los encuentros que tuvieron lugar veinticinco años atrás. Holly debía asumir que, hasta cierto punto, Jim estaba corrompido, aunque él no fuese consciente. El Amigo había estado en su mente, quizás en cientos de ocasiones, cuando Jim era pequeño y cuando era particularmente vulnerable debido a la pérdida de sus padres. Por lo tanto Jim podía ser más susceptible a la manipulación. A nivel del subconsciente, Jim Ironheart podía estar programado para proteger los secretos del Amigo en lugar de revelarlos.

Holly sabía que andaba sobre una fina línea que separaba la precaución prudente de la paranoia, inclinándose tal vez más hacia la segunda. En aquellas circunstancias, un poco de paranoia era necesaria para sobrevivir.

Cuando Jim dijo que iba a salir para hacer sus necesidades, Holly prefirió ir con él a quedarse sola en la habitación. Le siguió escalera abajo y permaneció junto al Ford dando la espalda a Jim mientras él orinaba en la verja que había junto al campo de maíz.

Holly miró la charca y su oscuridad profunda.

Escuchó a los sapos, que de nuevo volvían a croar. Los acontecimientos de aquel día la habían puesto tan nerviosa que aun los sonidos de la naturaleza le resultaban malévolos.

Se preguntó si habrían encontrado algo demasiado extraño y poderoso como para ser afrontado por una periodista fracasada y un ex profesor. Se preguntó si se les iba a permitir alejarse de allí...

Desde que El Amigo se había ido, el miedo de Holly no sólo no había disminuido sino que había aumentado. Tenía la sensación de que se hallaban bajo un peso de mil toneladas que pendía mágicamente de un cabello, pero la magia se desvanecía y el cabello se alargaba tan tenso y frágil como un hilo de vidrio.

A medianoche, ya se habían comido seis donuts de chocolate y elaborado siete páginas de preguntas para El Amigo. El azúcar era un proveedor de energía y un consuelo en momentos de apuro, pero no era un remedio para aplacar los nervios. La ansiedad de Holly tenía un afilado matiz azucarado, como una navaja con el filo suavizado.

Mientras iba y venía por la habitación con el cuaderno en una mano, Holly dijo:

—Esta vez no permitiremos que se escabulla con respuestas escritas. Eso entorpece el ritmo de la conversación. Insistiremos en que hable.

Jim yacía en el suelo, con las manos cruzadas bajo la cabeza.

—No puede hablar.

— ¿Cómo lo sabes?

—Bueno, supongo que no puede, de lo contrario hubiera hablado desde el principio.

—No des nada por supuesto —respondió Holly—. Si puede fundir sus moléculas con la pared, moverse a través de la piedra, o de cualquier cosa, según dijo, y puede adoptar cualquier forma que desee, entonces seguro que puede formar una boca y cuerdas vocales para hablar.

—Imagino que tienes razón —dijo Jim inquieto.

— Dijo que si lo deseaba, podía aparecer ante nosotros con la apariencia de un hombre o una mujer, ¿no es cierto?

—Así es.

—Ni siquiera pido que se materialice. Sólo una voz, una voz incorpórea, un poco de sonido con el conocido espectáculo de luces.

Al oírse a sí misma, Holly se dio cuenta de que usaba su nerviosismo para infundirse valor, para adquirir un tono agresivo que le sería útil cuando El Amigo volviera. Era un viejo truco que había aprendido cuando tenía que entrevistar a gente que le intimidaba o sobrecogía.

Jim se incorporó.

—De acuerdo, quizá pueda hablar si así lo desea, pero tal vez no quiera hacerlo.

—Ya hemos decidido que no le dejaremos imponer sus reglas, Jim.

—Pero no entiendo por qué tenemos que contrariarle.

—No lo hago.

—Creo que al menos deberíamos mostrarle un poco de respeto.

—Oh, le respeto totalmente.

—Pues no lo parece.

—Estoy convencida de que si quisiera nos podría aplastar como si fuéramos insectos, y eso hace que le tenga un tremendo respeto.

—Ese no es el tipo de respeto al que me refiero.

—Ése es el único respeto que ha conseguido provocar en mí hasta ahora —respondió Holly, dando vueltas en torno a Jim—. Cuando deje de intentar manipularme, cuando deje de atemorizarme, cuando me dé respuestas que parezcan sinceras, entonces quizá le respete por otras razones.

—Estás un poco asustada.

— ¿Quién, yo?

—Te muestras muy hostil.

—No es cierto.

Jim frunció el ceño.

—A mí me parece que muestras una profunda hostilidad.

— Eso es periodismo agresivo. Es el tono y la actitud del periodista moderno. Tú no entrevistas al sujeto para luego exponer simplemente la entrevista a los lectores: hay que atacarle. Se tiene un propósito, una versión de la verdad que hay que

transmitir sin tener en cuenta la auténtica verdad. Yo nunca lo he aprobado, ni me he dejado llevar por ese sistema, por eso he fracasado como periodista. Sin embargo, esta noche estoy completamente decidida a desempeñar un papel agresivo. La gran diferencia es que quiero obtener la verdad, no moldearla a mi antojo, quiero extraer y conseguir hechos reales de ese ente.

—Quizá no vuelva.

—Dijo que lo haría. Jim meneó la cabeza.

—Pero ¿por qué iba a hacerlo si vas a comportarte así?

—¿Estás diciendo que puede tenerme miedo? ¿Qué tipo de poder superior es éste?

Las campanas sonaron y Holly se sobresaltó. Jim se puso en pie.

—No te alarmes —le dijo a Holly.

Las campanadas cesaron, volvieron a sonar y después el silencio siguió a los tañidos. Cuando volvieron a sonar por tercera vez, una sombría luz roja apareció en un punto de la pared. Se hizo más intensa, más brillante, y de pronto recorrió la habitación en penumbra como refulgentes fuegos de artificio. Luego el sonido de las campanas cesó y los múltiples destellos se fundieron unos con otros transformándose en unas formas palpitantes que se desplazaban en un movimiento semejante al de las amebas y que Holly y Jim ya conocían.

—Muy teatral —dijo Holly. Mientras la luz pasaba rápidamente del rojo al naranja y luego al ámbar, Holly tomó la iniciativa—. Nos gustaría que prescindieras del incómodo método que antes has empleado para contestar a nuestras preguntas y que simplemente nos hablaras.

El Amigo no replicó.

— ¿Nos hablarás directamente?

Ninguna respuesta.

Consultando el cuaderno que sostenía en una mano, Holly leyó la primera pregunta:

—¿Eres el poder superior que envía a Jim a salvar vidas?

Holly esperó y lo volvió a intentar.

Silencio absoluto...

Obstinadamente, Holly repitió la pregunta.

El Amigo no respondió, pero Jim dijo:

—Holly, mira esto.

Holly se volvió y vio que Jim miraba el otro cuaderno. Jim se lo alargó, mostrándole las primeras diez o doce páginas. La extraña y cambiante luz de la pared era lo bastante brillante para que Holly advirtiera que las páginas estaban cubiertas por la familiar escritura del Amigo.

Cogiendo el cuaderno de las manos de Jim, Holly leyó la línea que encabezaba la primera página: «Sí, soy ese poder».

—Ya ha respondido a cada una de las preguntas que habíamos preparado.

Holly arrojó el cuaderno al otro lado de la habitación. Golpeó la ventana sin romper el cristal y cayó al suelo.

— Holly, no puedes...

Holly le interrumpió con una mirada penetrante.

La luz se movió a través de la piedra caliza.

Dirigiéndose al Amigo, Holly dijo:

—Dios le dio a Moisés los Diez Mandamientos en tablas de piedra, sí, pero también tuvo la cortesía de hablar con él. Si Dios puede rebajarse para hablar con seres humanos, tú también puedes hacerlo.

Holly no miró a Jim para observar su reacción ante aquella falta de tacto. Lo único que le importaba en aquel momento era que él no la interrumpiera.

Al ver que El Amigo permanecía sumido en el silencio, Holly repitió la primera pregunta de la lista.

— ¿Eres el poder superior que envía a Jim a salvar vidas?

— Sí, soy ese poder.

La voz era suave, como la de un melifluido barítono. Al igual que el sonido de las campanas parecía surgir de todos lados. El Amigo no se materializó fuera de la pared adoptando forma humana, ni modeló un rostro en la piedra caliza, sino que meramente produjo aquella voz de fino tono.

Holly le hizo la segunda pregunta de la lista.

— ¿Cómo podías saber que esa gente iba a morir? —Soy un ente que vive en todas las formas del tiempo. —¿Qué quieres decir con eso?

—Vivo en el pasado, presente y futuro.

La luz brillaba a través de las paredes con menor agitación, como si aquel ente desconocido hubiera aceptado las condiciones de Holly.

Jim se puso al lado de Holly. Posó una mano en su brazo y lo apretó ligeramente, como si le estuviera diciendo, «buen trabajo».

Holly decidió que no haría más preguntas respecto a su habilidad para ver el futuro, por temor a desviarse de la línea que se habían propuesto y no fueran capaces de volver a ella antes de que aquella criatura anunciara de nuevo su marcha. Volvió a las preguntas que habían preparado.

— ¿Por qué querías que se salvaran ciertas personas en concreto?

— Para ayudar a la humanidad —respondió sonoramente. Tal vez se desprendía cierta pomposidad, pero era difícil afirmarlo porque la voz estaba tan uniformemente modulada que casi parecía la de una máquina.

— Cada día mueren muchas personas, y la mayoría de ellas son inocentes. ¿Por qué elegiste a una serie de personas en particular para que Jim las salvara?

—Son gente especial.

— ¿En qué sentido son especiales?

—Si viven, cada una de ellas aportará una gran contribución a la mejora de la humanidad.

— ¡Por todos los demonios! —exclamó Jim.

Holly no esperaba aquella respuesta. Tenía la virtud de ser espontánea, pero no estaba segura de creerle. Por otra parte, le preocupaba que la voz del Amigo le sonara cada vez más familiar. Estaba segura de haberla oído antes.

— ¿Quieres decir que no sólo ves cómo será el futuro sino cómo podría haber sido?

—Sí.

— ¿Volvemos a la posibilidad de que seas Dios?

—No. No veo con la claridad de Dios. Pero puedo saber lo que ocurrirá.

Con su mejor humor infantil, Jim sonreía a las formas calidoscópicas de luz, evidentemente excitado y complacido por lo que estaba oyendo.

Holly se alejó de la pared, cruzó la habitación, se agachó junto a su maleta y la abrió.

Jim la observó.

— ¿Qué estás haciendo?

—Buscando esto —respondió Holly al tiempo que sacaba el cuaderno en el que había anotado sus averiguaciones sobre Jim. Se levantó, abrió el cuaderno y se detuvo en las páginas que contenían la lista de personas que Jim había salvado en el vuelo 246. Dirigiéndose al ente que palpitaba a través de la piedra caliza, Holly dijo—: Quince de mayo, Atlanta, Georgia. Sam Newsome y su hija de cinco años, Emily. ¿Qué contribución harán a la humanidad que les hace más importantes que el resto de la gente que murió ese día? No hubo respuesta.

— ¿Y bien? —inquirió Holly.

—Emily se convertirá en una gran científica y descubrirá un remedio para una grave enfermedad.

Definitivamente, había una nota de pomposidad en la voz. —¿Qué enfermedad?

— ¿Por qué no me cree, señorita Thorne?

El Amigo habló con la misma formalidad que un mayordomo inglés desempeñando sus funciones. No obstante, a Holly le pareció adivinar el tono de un niño haciendo pucheros bajo aquella superficie reservada y digna.

—Dime qué enfermedad y quizá te crea.

—Cáncer.

— ¿Qué tipo de cáncer? Hay muchas clases de cáncer. —Todos los cánceres.

Holly se remitió de nuevo a su cuaderno.

—Siete de junio. Corona, California. Louis Andretti.

— Será el padre de un niño que llegará a ser un gran diplomático.

«Mejor eso que morir a causa de las múltiples mordeduras de serpientes de cascabel», pensó Holly.

—Veintiuno de junio. Nueva York. Thaddeus...

— Será un gran artista que proporcionará esperanza a millones de personas.

—Parecía un muchacho agradable —dijo Jim alegremente, introduciéndose en la conversación—. Me gustó.

Ignorándole, Holly prosiguió:

—Treinta de junio. San Francisco...

—Rachel Steinberg dará a luz a un niño que se convertirá en un gran líder espiritual.

Aquella voz la inquietaba cada vez más. Sabía que la había oído antes. Pero ¿dónde?

—Cinco de julio...

—Miami, Florida. Carmen Díaz. Dará a luz a un niño que se convertirá en presidente de los Estados Unidos. Holly se abanicó con el cuaderno y dijo:

— ¿Por qué no presidente del mundo?

—Catorce de julio. Houston, Tejas. Amanda Cutter. Dará a luz a un niño que llegará a ser un prominente pacificador.

—¿Por qué no el redentor? —preguntó Holly.

Jim se había alejado de ella. Estaba apoyado en la pared entre las dos ventanas, los juegos de luces destellaban suavemente a su alrededor.

— ¿Qué demonios te pasa? —le preguntó Jim.

— Esto es excesivo —dijo Holly. —¿El qué?

—De acuerdo, dice que quiere que salves gente especial.

—Para ayudar a la humanidad.

—Claro, claro —dijo Holly dirigiéndose a la pared—. Pero toda esa gente es *demasiado* especial, ¿no crees? —le preguntó esta vez a Jim — . Quizá sea subjetiva, pero todo esto me parece rimbombante, excesivo. Ninguna de esas personas se limitará a ser un buen doctor, un hombre de negocios que cree una nueva industria y tal vez diez mil puestos de trabajo, un honesto y valiente policía, o una enfermera fantástica. No, todas ellas serán grandes diplomáticos, grandes científicos, grandes políticos, grandes pacificadores. ¡Grandes, grandes, grandes!

— ¿Es eso una muestra de periodismo agresivo? —Así es.

Jim se apartó de la pared, con las dos manos se alisó el pelo hacia atrás apartándolo de su frente y ladeó la cabeza hacia Holly.

—Ya veo a qué te refieres, todo eso vuelve a parecerte otro episodio de «Más allá de los límites de la realidad», pero reflexionemos sobre ello. Es una situación absurda y extravagante. Un ser de otro mundo, con poderes que nos parecen divinos, decide utilizarme para mejorar las posibilidades de la humanidad. ¿No es acaso lógico que me envíe a salvar gente especial, gente realmente especial en lugar de tu supuesto magnate de negocios?

— Oh, es lógico —respondió Holly—. Lo único que ocurre es que no me parece que sea verdad, y tengo un sentido muy desarrollado para olfatear la mentira.

— ¿Es ésa la razón por la que era una periodista de gran éxito?

Holly podría haberse echado a reír ante la imagen de un ente, enormemente superior al ser humano, rebajándose a enzarzarse en una mordaz discusión. Pero la impaciencia y enojo infantil que Holly había creído detectar bajo algunas de sus respuestas era inconfundible, y el concepto de una criatura hipersensible y resentida con los poderes de un dios era demasiado inquietante para resultar divertida en aquel momento.

— ¿Qué te parece eso para un poder superior? —le preguntó a Jim — . En cualquier momento me llamará zorra.

El Amigo no dijo nada.

Consultando de nuevo su cuaderno, Holly prosiguió:

—Veinte de julio. Steven Aimes. Birmingham, Alabama.

Juegos de luces recorrieron las paredes. Las formas eran menos sensuales y atractivas que antes; si aquella exhibición de luces había sido el equivalente a una de las más suaves sinfonías de Brahms, ahora se parecían a los discordantes gemidos de un pésimo jazz progresivo.

— ¿Qué me dices de Steven Aimes? —preguntó Holly; estaba asustada pero recordaba cómo había sido acogida su anterior demostración de carácter.

—Me voy.

—Vaya una marea corta, ¿no? —dijo Holly.

La luz ámbar empezó a oscurecerse.

—Las mareas de la nave no son regulares o de igual duración. Regresaré...

—¿Qué nos dices de Steven Aimes? Tenía cincuenta y siete años, todavía era capaz de engendrar uno de tus grandes tipejos, aunque fuera un poco tarde. ¿Por qué salvaste a Steven?

La voz se hizo más profunda, pasando de barítona a un tono grave, y se hizo más dura.

—No sería inteligente por vuestra parte que intentarais marcharos.

Eso era lo que Holly había esperado. Tan pronto como oyó aquellas palabras supo que su tensión se debía a la espera de que éstas se produjeran.

Jim, sin embargo, estaba atónito. Se volvió, observando las formas color ámbar oscuro que giraban, se fundían y separaban continuamente, como si tratara de adivinar la geografía biológica de aquella cosa para poder mirarla a los ojos.

— ¿Qué insinúas con eso? Nos iremos cuando queramos.

— Debéis esperar a que vuelva. Moriréis si tratáis de marcharos.

— ¿Ya no quieres ayudar a la humanidad? —preguntó Holly incisiva.

—No os durmáis.

Jim se acercó a Holly. Cualquier posible alejamiento que hubiera provocado Holly entre ellos dos al encararse con El Amigo, aparentemente había quedado atrás. Jim la rodeó con su brazo para protegerla.

—No os atreváis a dormir.

La piedra caliza estaba moteada por un resplandor de un rojo profundo.

—Los sueños son umbrales.

Aquella luz roja como la sangre se desvaneció.

La única luz que quedó fue la del quinqué; y en la oscuridad que siguió a la partida del Amigo, sólo podía oírse el suave siseo del gas ardiendo.

8

Holly se hallaba en lo alto de la escalera, alumbrando la penumbra con una linterna. Jim supuso que trataba de averiguar si realmente podrían abandonar el molino y, en tal caso, cuánta violencia se desencadenaría.

Sentado sobre su saco de dormir, no podía entender por qué todo se estaba volviendo tan hostil.

Jim había ido al molino porque los terroríficos y extraños sucesos que habían tenido lugar en su habitación de Laguna Niguel, hacían imposible seguir ignorando la parte oscura del misterio en el que se encontraba. Antes de eso, había ido de un lado a otro voluntariamente, llevando a cabo lo que se sentía obligado a hacer, sacando a la gente del fuego en el último minuto, sintiéndose un perplejo superhéroe de juguete que dependía de los aviones cuando quería volar y que tenía que hacerse él mismo la colada. Pero la creciente intrusión del Enemigo —o lo que demonios fuera—, su innegable maldad y hostilidad ya no permitían a Jim el lujo de la ignorancia. El Enemigo luchaba por abrirse paso desde otro lugar, quizás otra dimensión, y parecía estar cada vez más cerca a medida que lo intentaba. Saber la verdad acerca del poder superior que se ocultaba tras sus misiones no había sido una de las prioridades de Jim, porque sentía que todo se desvelaría a su debido tiempo, pero saber lo que era El Enemigo parecía haberse convertido en algo urgentemente necesario para su supervivencia, y la de Holly.

No obstante, se había dirigido a la granja con la esperanza de encontrar tanto la bondad como la maldad, de experimentar tanto alegría como miedo. Fuera lo que fuese que iba a aprender por sumergirse en lo desconocido, le proporcionaría un mayor entendimiento acerca de sus misiones salvadoras y las fuerzas sobrenaturales que se ocultaban tras ellas. Sin embargo, estaba más confundido que antes. Algunos de los acontecimientos lo habían llenado de una alegría y asombro que anhelaba: el sonido de las campanas que provenía de la piedra era uno de ellos, y también la hermosa, casi divina, luz que era la esencia del Amigo. Se había sentido profundamente conmovido por la revelación de que salvaba vidas de gente especial cuya supervivencia mejoraría el destino de toda la humanidad. Pero aquella dicha espiritual se había desvanecido por la creciente certidumbre de que El Amigo no les decía toda la verdad o, aún peor, de que mentía. La petulancia infantil de aquella criatura era extremadamente inquietante, y Jim no estaba completamente seguro de que todo lo que había hecho, desde que en mayo salvara a los Newsome, estuviera al servicio del bien en lugar del mal.

No obstante, aquel temor todavía era mitigado por la esperanza. Aunque una astilla de desesperación se había alojado en su corazón y había empezado a supurar, aquella infección espiritual se hallaba detenida por el núcleo de optimismo, por muy frágil que fuera, que siempre había permanecido en su interior.

Holly apagó la linterna, se apartó de la puerta abierta y se sentó sobre su saco de dormir.

—No sé, quizá fuera una falsa amenaza, pero no habrá forma de averiguarlo hasta que intentemos largarnos de aquí.

— ¿Quieres hacerlo? Holly meneó la cabeza.

— ¿Qué ganaríamos con ello? Por lo que sabemos, puede alcanzarnos dondequiera que vayamos. ¿No es así? Quiero decir que llegó hasta ti cuando estabas en Laguna Niguel, te mandó llevar a cabo esas misiones, llegó hasta ti cuando estabas en Nevada y te envió a Boston para que salvaras a Nicho—las O'Conner.

—A veces lo he sentido a mi lado sin importar dónde me hallara. En Houston, en Florida, en Francia, en Inglaterra..., en todas partes me guiaba, me permitía saber lo que iba a ocurrir y de ese modo yo podía llevar a cabo la acción que él quería que realizara.

Holly parecía exhausta. Estaba agotada y más pálida que el resplandor que despedía el quinqué, sus ojos estaban ensombrecidos por ojeras de cansancio. Cerró los ojos durante unos momentos y se pellizcó la nariz con los dedos pulgar e índice. Su rostro tenía una expresión tensa, como si tratara de mitigar un dolor de cabeza.

Jim se arrepentía de todo corazón por haber arrastrado a Holly en todo aquello. Pero al igual que su miedo y desesperación, su arrepentimiento era impuro, aplacado por el profundo placer que le proporcionaba la sola presencia de Holly. Aunque era una actitud egoísta, se alegraba de que estuviera junto a él, sin importarle el desenlace de aquella extraña noche. Ya no estaba solo.

Apretándose la nariz, con las arrugas marcadas en su frente por el ceño fruncido, Holly dijo:

—Esta criatura no está restringida al área cercana a la charca o al contacto psíquico a grandes distancias. Se puede manifestar en cualquier lugar, a juzgar por los arañazos que dejó en mis costados y la forma en que entró en tu dormitorio esta mañana.

—Bueno, espera un momento —dijo Jim—, nosotros sabemos que El Enemigo puede materializarse a una considerable distancia, sí, pero desconocemos si El Amigo tiene también esa habilidad. Fue El Enemigo quien surgió de tu sueño y el que trató de darnos alcance esta mañana.

Holly abrió los ojos y apartó la mano de su rostro. Tenía una expresión triste.

—Creo que ambos son la misma cosa.

—¿Qué?

—El Enemigo y El Amigo. No creo que dos entes vivan bajo la charca en esa nave espacial, si es que hay una nave. Creo que es un solo ente. El Amigo y El Enemigo no son más que aspectos distintos de esa criatura.

Lo que Holly sugería estaba claro, pero era demasiado terrorífico para que Jim lo aceptara de inmediato.

—No puedes hablar en serio —replicó Jim—. Lo que quieres decir... es absurdo.

—A eso me refiero. Sufre un desdoblamiento de personalidad. Actúa con esas dos personalidades pero es inconsciente de ello. —La casi desesperada necesidad de Jim de creer en El Amigo como una criatura puramente benigna y única se hizo evidente en su rostro, ya que Holly cogió su mano derecha y la sostuvo entre las suyas al tiempo que se apresuraba a hablarle antes de que él pudiera interrumpirla—: Su petulancia infantil, la grandiosidad de su afirmación manteniendo que puede transformar el destino de nuestra especie, sus extravagantes apariciones, sus súbitos cambios entre una actitud de buena voluntad y enojo malhumorado, la forma obviamente transparente con que miente y se engaña a sí mismo con la creencia de ser inteligente, su reserva acerca de desvelar ciertas cosas que aparentemente carecen de razón para mantenerlas en secreto..., todo eso adquiere sentido si llegas a la conclusión de que estás tratando con una mente desequilibrada.

Jim buscó algún error en aquel razonamiento y encontró uno.

—Pero no puedes creer que una persona perturbada, un ente perturbado, sea capaz de pilotar una nave de inimaginable complejidad a través de años luz, de múltiples peligros estando totalmente desequilibrado.

—No tiene por qué ser así. Quizá la locura le sobrevino después de llegar hasta aquí. O quizá no tuvo que pilotar ninguna nave, quizás ésta sea completamente automática, con un mecanismo totalmente robotizado. Tal vez había otros de su misma especie pilotando la nave, y ahora están todos muertos. Jim, nunca ha mencionado una tripulación, sólo al Enemigo. Y asumiendo que creas lo de sus orígenes extraterrestres, ¿no te parece algo raro que sólo manden a dos individuos en una misión de exploración intergaláctica? Quizá mató a los demás...

Todas las teorías que planteaba podían ser ciertas, como también lo podía ser cualquier teoría que imaginara. Estaban tratando con lo Desconocido, con «D» mayúscula, y las posibilidades de un universo infinito eran infinitas. Jim recordó haber leído en algún lado que muchos científicos creían que cualquier cosa concebida por la imaginación humana, sin tener en cuenta lo fantástico que pudiera ser, podía existir en algún lugar del universo, porque la naturaleza infinita de la creación podía ser tan fluida y tan fértil como cualquier fantasía que tuviera un ser humano.

Jim le expuso a Holly aquella idea, luego añadió:

—Lo que me fastidia es que ahora estás haciendo lo que antes habías rechazado. Tratas de explicarlo todo en términos humanos, cuando quizá nuestras mentes sean incapaces de comprender la naturaleza de ese ente

desconocido. ¿Cómo puedes asumir que una especie distinta a la nuestra está expuesta a la locura como lo estamos nosotros, o que es capaz de adoptar una personalidad múltiple? Todo eso son conceptos estrictamente humanos.

Holly hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. —Tienes razón, desde luego. Pero por el momento es la única teoría que hace que todo tenga sentido. Hasta que ocurra algo que demuestre lo contrario, tengo que basarme en la idea de que no estamos tratando con un ser racional.

Con la mano que tenía libre, Jim aumentó la potencia del quinqué Colerman, haciendo que la habitación tuviera más luz.

—Jesús, se me ha puesto la carne de gallina —dijo Jim temblando.

—Bienvenido al club.

—Si es un esquizoide, y adquiere la entidad del Enemigo y vuelve..., ¿qué nos hará?

—No quiero ni pensar en ello —respondió Holly—. Si es tan intelectualmente superior a nosotros como parece, si pertenece a una especie de larga vida cuyo conocimiento y experiencia hace que la experiencia de la humanidad no sea más que un relato corto comparada con la de los grandes libros del mundo occidental, entonces seguro que conoce torturas y crueldades que hacen que Hitler, Stalin y Pol Pot parezcan profesores de catequesis.

Jim pensó en ello un momento, a pesar de que trataba de evitarlo. Los donuts de chocolate que se había comido yacían en su estómago formando un nudo indigesto y ardiente.

—Cuando vuelva... —dijo Holly.

—Por amor de Dios —la interrumpió Jim—, ya está bien de tácticas agresivas.

—Lo eché todo a perder —admitió Holly—. Pero ese abordamiento agresivo fue el correcto, únicamente fui demasiado lejos. Me extralimité. Cuando vuelva modificaré mi técnica.

Jim supuso que había admitido la teoría de Holly más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Sentía un sudor frío al pensar lo que podría hacer El Amigo si su personalidad desembocaba en su otra faceta malévola.

—¿Por qué no evitamos todo tipo de enfrentamiento?, le seguimos la corriente, satisfacemos su ego, procuramos que sea tan feliz como...

—No es una buena idea. No puedes controlar la locura cediendo a ella. Imagino que cualquier enfermera de un sanatorio psiquiátrico te diría que la mejor forma de tratar a un paranoico agresivo es ser amable, respetuoso, pero firme.

Jim retiró su mano de las de Holly, porque tenía las palmas húmedas. Se las secó en su camisa.

El molino parecía extrañamente silencioso, como si hubiera un vacío en el que el sonido no pudiera desplazarse, herméticamente cerrado en una campana de cristal, expuesto en el museo de una tierra de gigantes. En otro momento, Jim podría haber encontrado inquietante aquel silencio, pero ahora lo acogía de buen grado porque probablemente significaba que El Amigo estaba durmiendo o que estaba ocupado en otras cosas.

—Quiere hacer el bien —dijo Jim—. Puede que esté loco, puede ser violento e incluso malvado en su segunda identidad, como una especie de doctor Jekyll y Mr. Hyde. Pero al igual que el doctor Jekyll realmente quiere hacer el bien. Al menos tenemos eso a nuestro favor.

Holly pensó en ello durante unos momentos.

—De acuerdo, en eso tienes razón. Y cuando vuelva trataré de obtener alguna respuesta verdadera respecto a ello.

—Lo que más me asusta de todo eso es si realmente vamos a averiguar algo que nos sea de ayuda. Incluso si nos dice la verdad, si está loco, tarde o temprano actuará de forma violenta.

Holly asintió.

—Tenemos que intentarlo.

Ambos se sumieron en un incómodo silencio.

Cuando Jim miró su reloj vio que eran la una y diez de la madrugada. No tenía sueño. No debía preocuparse por el hecho de caer dormido y por lo tanto aventurarse a abrir una puerta, pero estaba físicamente agotado. Aunque se había limitado a estar sentado en el coche conduciendo, y luego a permanecer de pie o sentado en la habitación superior del molino esperando a que llegaran las revelaciones, los músculos le dolían como si hubiera estado diez horas trabajando en pesadas tareas. Su rostro evidenciaba el cansancio, y los ojos le escocían y dolían. Una tensión extrema podía ser tan extenuante como un arduo trabajo físico.

Se encontró a sí mismo deseando que El Amigo no volviera jamás, no de un modo indolente, sino con toda la fuerza de un niño que desea que la próxima visita al dentista nunca tenga lugar. Puso cada una de sus fibras en aquel deseo, como si estuviera convencido de que, como a veces creen los niños, los deseos se hacen realidad.

Recordó una frase de Chazal, que él había utilizado cuando impartía una lección de literatura que trataba de la ficción sobrenatural en Poe y Hawthorne: «El terror extremo nos devuelve a las actitudes de nuestra infancia». Si alguna vez volvía a la enseñanza podría dar aquella lección muchísimo mejor gracias a lo que le había ocurrido en el viejo molino.

A la 1.25 El Amigo refutó la capacidad de los deseos haciendo una súbita aparición. En esta ocasión el sonido de las campanas no anunció su presencia. Una luz roja floreció en la pared, como una mancha de pintura carmesí en el agua clara.

Holly se puso en pie de un salto.

Jim hizo lo mismo. Ya no podía permanecer relajadamente sentado frente a la presencia de aquel ser misterioso, porque estaba convencido de que en cualquier momento podía abatirse sobre ellos con una brutalidad despiadada.

La luz se desmembró en múltiples cúmulos, cubrió toda la habitación y cambió del rojo al ámbar.

El Amigo habló sin esperar una pregunta.

—Uno de agosto. Seattle, Washington. Laura Lenaskian, salvada de morir ahogada. Dará a luz a un niño que se convertirá en un gran compositor y cuya música proporcionará consuelo a mucha gente en épocas de incertidumbre. Ocho de agosto. Peoría, Illinois. Doogie Burkette. Se convertirá en un médico en Chicago, donde hará mucho bien y salvará muchas vidas. Doce de agosto. Portland, Oregón. Billy Jenkins. Llegará a ser un brillante médico especializado en tecnología cuyas invenciones revolucionarán la asistencia médica...

Jim cruzó una mirada con Holly y no tuvo ni que preguntarse en lo que estaría pensando: lo mismo que él. El Amigo se hallaba terriblemente malhumorado, y trataba de obtener credibilidad para sus predicciones salvadoras aportando detalles. Pero era imposible saber si decía la verdad, o simplemente se trataba de fantasías que había creado para dar soporte a su historia. Lo importante era que parecía incumbirle sobremanera que ellos le creyeran. Jim no tenía idea de por qué su

opinión o la de Holly podían importar a un ser tan superior a ellos intelectualmente, pero en cualquier caso suponía una ventaja para ellos.

—Veinte de agosto. Desierto Mojave, Nevada. Lisa y Susan Jawolski. Lisa proporcionará a su hija amor, afecto y cariño suficientes para que la niña, finalmente, se recobre del grave trauma psicológico por la pérdida de su padre; llegará a convertirse en la estadista más importante de toda la historia de la humanidad, en la fuente de sabiduría y de sistemas políticos más humanitarios. Veintitrés de agosto. Boston, Massachusetts. Nicholas O'Conner, salvado de la explosión de una bóveda eléctrica. Llegará a convertirse en un sacerdote que dedicará toda su vida a cuidar de los pobres que habitan en los barrios deprimidos de la India.

El intento por parte del Amigo de rebatir la crítica de Holly presentando una versión menos grandilocuente de su misión, era de una transparencia infantil. El niño llamado Burkette no iba a salvar al mundo, sólo llegaría a ser un simple médico, y Nicholas O'Conner sería un hombre humilde que llevaría una existencia modesta entre los necesitados. Ahora bien, el resto seguían siendo grandiosos, brillantes, dotados de un talento extraordinario. El ente reconocía la necesidad de credibilidad en aquella historia de grandeza, pero no se rebajaba significativamente en los logros que había llevado a cabo.

Había algo más que preocupaba a Jim: la voz. Cuanto más la escuchaba, más patente se hacía que la había oído antes, no en aquella habitación veinticinco años atrás, ni en aquel tipo de contexto. Debía de apropiarse de alguna voz, porque era casi seguro que aquel ente carecía de cuerdas vocales o algo similar; su biología no era humana. La voz que estaba imitando, como si fuera un cómico haciendo una parodia en un salón—bar cósmico, era la de una persona que Jim había conocido en el pasado. Pero no podía identificarla.

—...Veintiséis de agosto. Dubuque, Iowa. Christine y Casey Dubrovec. Christine dará a luz a otro hijo que llegará a convertirse en el mayor especialista en genética de la próxima centuria. Casey llegará a ser una profesora excepcional que tendrá una influencia determinante sobre sus alumnos, y que nunca les fallará hasta el punto de provocar un suicidio.

Jim se sintió como si le hubieran golpeado en el pecho con un martillo. Aquella acusación insultante dirigida hacia él y que hacía referencia al suicidio de Larry Kakonis, quebrantó la fe que le quedaba en la creencia de que El Amigo básicamente quería hacer el bien.

—¡Mierda! —exclamó Holly—, eso ha sido un golpe bajo.

La mezquindad de aquel ente enfermó a Jim, porque deseaba de todo corazón creer en la bondad y los buenos propósitos de aquella criatura.

La centelleante luz ámbar dio vueltas y descendió vertiginosamente a través de las paredes, como si El Amigo se sintiera sumamente complacido por el efecto del golpe asestado.

La desesperación caló tan hondo en Jim que por un momento se atrevió a considerar la posibilidad de que aquel ente que habitaba bajo la charca no sólo carecía de bondad sino que era realmente diabólico. Quizá la gente a la que había salvado desde aquel quince de mayo no estaba destinada a elevar la condición humana sino a degradarla. Tal vez Nicholas O'Conner llegaría a convertirse en un psicópata asesino. Quizá Billy Jenkins sería un piloto bombardero que se volvería loco y encontraría la manera de sobrepasar las barreras del sistema de seguridad para dejar caer unas cuantas bombas nucleares sobre áreas urbanas densamente pobladas; y Susie Jawolski, en lugar de ser una de las más grandes estadistas de la historia de la humanidad, quizá llegaría a ser una activista radical que se dedicaría a

colocar bombas en lugares públicos y a ametrallar a cualquiera que no comulgara con sus creencias.

Mientras se balanceaba al borde de aquel negro abismo, en la mente de Jim surgió el rostro de Susie Jawolski, que parecía ser la esencia misma de la inocencia. No podía creer que en el futuro fuera algo más que una fuerza positiva en la vida de su familia y vecinos. Jim había llevado a cabo buenas obras, y por lo tanto El Amigo también, estuviera o no loco, y a pesar de su capacidad para ser cruel.

—Tenemos más preguntas —dijo Holly dirigiéndose a la pared.

—Adelante.

Holly echó un vistazo a su cuaderno, y Jim esperó que recordara que debía ser menos agresiva. Tenía la sensación de que El Amigo se hallaba más desequilibrado que en cualquiera de sus previos encuentros nocturnos.

— ¿Por qué elegiste a Jim como instrumento? —inquirió Holly.

— Era práctico.

— ¿Te refieres al hecho de que vivía en la granja? —Sí.

— ¿Habías operado a través de alguien del mismo modo que con él?

—No.

—¿En ninguna ocasión a lo largo de esos diez mil años?

— ¿Es ésa una pregunta maliciosa? ¿Crees que puedes confundirme? ¿Todavía no crees que esté diciendo la verdad?

Holly miró a Jim y éste meneó la cabeza dándole a entender que aquél no era el momento de entablar discusiones, que la prudencia no sólo era la mejor línea a seguir sino su mayor posibilidad de supervivencia.

Entonces Jim se preguntó si aquel ente realmente podía leer su pensamiento del mismo modo en que era capaz de comunicarle las directrices que debía seguir. Probablemente no. Si hubiera podido hacerlo se habría puesto furioso al ver que seguían considerando que estaba loco.

—Lo siento —se disculpó Holly—. No era una pregunta maliciosa, en absoluto. Sólo queríamos saber más acerca de ti. Nos tienes fascinados. Si te hacemos preguntas que consideras ofensivas, por favor, entiende que lo hacemos inintencionadamente, debido a nuestra ignorancia.

El Amigo no replicó.

La luz palpitaba más lentamente en el interior de la piedra caliza, y aunque Jim sabía cuál era el riesgo de interpretar en términos humanos las acciones de un ente desconocido, tuvo la sensación de que las formas cambiantes de luz y el compás de su resplandor indicaban que El Amigo se hallaba de un humor pensativo, reflexionando sobre lo que Holly había dicho y tratando de averiguar si era sincera.

Finalmente, la voz volvió de nuevo, más suave de lo que había estado momentos atrás.

— Haz las preguntas.

Holly consultó de nuevo su cuaderno y preguntó:

— ¿Liberarás a Jim de sus misiones alguna vez?

— ¿Quieres que lo haga?

Holly le dirigió a Jim una mirada inquisitiva.

Considerando lo que había tenido que pasar en los últimos meses, la respuesta de Jim le resultó a sí mismo un poco sorprendente.

—No, si realmente hago el bien.

—Lo estás haciendo. ¿Cómo puedes dudar de ello? No obstante, sin tener en cuenta que creas o no si mis intenciones son buenas o malas, jamás te dejaré libre.

El tono siniestro de aquella última afirmación mitigó el alivio que Jim sintió al saber que las vidas que había salvado no eran las de futuros asesinos o ladrones.

— ¿Por qué tú has...?

—Hay una razón por la que elegí a Jim Ironheart para realizar este trabajo —dijo El Amigo interrumpiendo a Holly.

—¿Cuál es?

—Jim lo necesitaba.

Jim lo entendió. Su miedo al Amigo era mayor que nunca, pero se sintió conmovido por el hecho de que quisiera salvarle. Al dar un sentido a su vida vacía y destrozada le había redimido de la misma forma que a Billy Jenkins, Susie Jawolski y todos los demás, aunque ellos habían sido rescatados de muertes más inmediatas que la muerte del alma que se había cernido sobre Jim. La declaración del Amigo parecía revelar una capacidad para la compasión. Jim sabía que merecía compasión después de la muerte de Larry Kakonis, cuando se había visto sumido en una depresión irracional. Esta compasión, incluso en el caso de que no fuera más que otra mentira, le afectó de modo más profundo de lo esperado, y un destello de lágrimas apareció en sus ojos.

— ¿Por qué has esperado diez mil años para decidirte a utilizar a alguien como Jim para modelar el destino de la humanidad?

—Primeramente, tenía que estudiar la situación, recopilar datos, analizarlos y decidir si mi intervención era prudente.

— ¿Te llevó diez mil años tomar esta decisión? ¿Por qué? Es un intervalo de tiempo más largo que la historia escrita.

No hubo respuesta.

Holly repitió la pregunta.

Finalmente, El Amigo dijo:

—Me voy.

Entonces, como si quisiera evitar que interpretasen su reciente muestra de compasión como un signo de debilidad, añadió:

— Si tratáis de iros, moriréis.

— ¿Cuándo volverás? —No durmáis.

—Más pronto o más tarde tendremos que dormir —dijo Holly mientras la luz ámbar se volvía roja y la habitación parecía bañarse en sangre.

—No durmáis.

— Son las dos de la madrugada.

— Los sueños son puertas. Holly se encolerizó.

— ¡No podemos estar eternamente despiertos, maldita sea! La luz en la piedra caliza se desvaneció.

El Amigo se había ido.

En algún lugar la gente reía. En algún lugar se oía la música y los bailarines danzando, y en algún lugar los amantes se consagraban a la labor de alcanzar el éxtasis.

Sin embargo, en la habitación superior del molino, creada para servir de almacén e inmersa hasta el techo en una anticipación de violencia, el ambiente era decididamente lúgubre.

Holly odiaba sentirse tan impotente. A lo largo de su vida había sido una mujer de acción, aunque las acciones que llevaba a cabo eran más bien destructivas que constructivas. Cuando un trabajo resultaba ser menos satisfactorio de lo que había esperado, jamás dudaba un solo instante en abandonarlo, en buscar otro. Cuando una relación se degradaba o simplemente resultaba poco interesante, siempre se apresuraba a ponerle fin. Si a menudo retrocedía hacia atrás ante los problemas — ante la responsabilidad de ser una periodista concienzuda cuando se percató de que el periodismo era tan corrupto como cualquier otra cosa, ante la perspectiva del amor, ante la posibilidad de echar raíces y comprometerse con un lugar—, al menos el hecho de retroceder era una forma de acción. Ahora se vería incluso privada de ello.

El Amigo tenía aquel efecto positivo sobre ella. No iba a permitir que retrocediera.

Durante un rato, ella y Jim hablaron acerca de la última visita del Amigo y examinaron las preguntas restantes de la lista que había confeccionado Holly, a la que añadieron algunas cosas aparte de realizar unos cuantos cambios. La última conversación entre Holly y El Amigo les había proporcionado una información potencialmente útil e interesante. No obstante, su utilidad tan sólo era potencial, porque ambos tenían la sensación de que nada de lo que les decía El Amigo podía ser considerado realmente como cierto.

A las tres y cuarto de la madrugada se hallaban demasiado cansados para estar de pie y tenían el trasero demasiado dolorido para seguir permaneciendo sentados. Juntaron sus sacos de dormir y se tumbaron en el suelo uno al lado del otro, boca arriba, con la mirada clavada en el techo.

Para luchar contra el sueño pusieron la luz del quinqué a máxima potencia. Mientras aguardaban el regreso del Amigo siguieron hablando sobre cuestiones triviales de todo tipo, cualquier cosa que mantuviera sus mentes ocupadas. Era difícil dormirse en medio de una conversación, y si uno de ellos caía rendido por el sueño, el otro lo sabría al no obtener una respuesta. Tenían las manos enlazadas, la mano derecha de Holly se asía a la mano izquierda de Jim, de forma que si había una breve pausa en la conversación, y uno de ellos se dormía, el otro lo advertiría por la relajación de la mano.

Holly no esperaba tener muchas dificultades para mantenerse despierta. En su época universitaria solía pasar las noches en vela antes de un examen o cuando debía entregar un trabajo, y a veces se mantenía despierta treinta y seis horas seguidas sin mucho esfuerzo. En los años iniciales de su carrera periodística, cuando todavía creía que en el periodismo permanecía despierta noches enteras trabajando en un artículo, llevando a cabo una tarea de investigación, escuchando una y otra vez cintas con entrevistas grabadas, o devanándose los sesos con las palabras de un párrafo. En los últimos años también había pasado alguna que otra noche en vela, porque a veces se veía aquejada por el insomnio. Era un ser nocturno por naturaleza. Permanecer despierta no entrañaba para ella dificultad alguna.

Sin embargo, aunque no habían transcurrido veinticuatro horas desde que se despertó por la mañana en Laguna Niguel, empezaba a sentir que el espíritu del sueño se adentraba en ella, susurrándole su sublime mensaje: «Duerme, duerme, duerme». Los últimos días habían supuesto una vorágine de actividad y cambios personales, por lo que cabía esperar que de una forma u otra su energía se vería

mermada. Algunas noches el descanso había sido mínimo, en parte a causa de los sueños. Los sueños son puertas... Dormir era peligroso, tenía que permanecer despierta. Maldita sea, no era normal que necesitara dormir con tanta urgencia, a pesar de toda la tensión a la que se había visto sometida últimamente. Luchó por seguir la conversación a Jim, a pesar de que en ocasiones no sabía de lo que estaban hablando y no entendía muy bien las palabras que surgían de su propia boca. Los sueños son puertas... Parecía como si la hubieran drogado, o como si El Amigo, después de advertirles que no se durmieran, estuviera ejerciendo secretamente una presión en la parte del cerebro que controlaba el sueño. Los sueños son puertas... Luchó por no perder la consciencia, pero se encontró con que ya no tenía fuerza ni voluntad para incorporarse... o para abrir los ojos. Tenía los ojos cerrados. Los sueños son puertas... El pánico no podía despertarla. Continuó sumiéndose más y más bajo el hechizo de Morfeo a pesar de que podía oír cómo su corazón palpitaba más aprisa y con más fuerza. Sentía cómo su mano se desprendía de la de Jim, sabía que él respondería a aquella advertencia, que la despertaría; sin embargo, la mano de Jim la apretaba cada vez con menos fuerza, y Holly se dio cuenta de que ambos estaban sucumbiendo al sueño.

Holly se vio arrastrada a la oscuridad.

Sintió que la estaban observando.

Era un sentimiento tranquilizador e inquietante al unísono.

Algo iba a ocurrir. Holly lo presentía.

Durante un rato, no ocurrió nada. Solo oscuridad... De pronto se fue dando cuenta de que tenía que llevar a cabo una misión.

Pero aquello debía de ser un error. Jim era el que realizaba las misiones, no ella.

Una misión. *Su* misión. Iba a ser enviada a una misión que sólo ella realizaría. Era de vital importancia. Su vida, y la de Jim, dependían de lo bien que la llevara a cabo. La continuación de la existencia humana dependía de ello.

Pero la oscuridad permanecía.

Holly se dejó llevar. Era una sensación agradable.

Durmió y durmió.

En algún momento de la noche empezó a soñar. Comparada con las demás pesadillas, aquélla las sobrepasaba a todas, aunque no se parecía a las pesadillas recientes que había tenido acerca del molino y El Enemigo. Era peor que las anteriores porque estaba perfilada al mínimo detalle y porque la angustia y terror que sentía eran tan intensos que ninguna experiencia parecida le proporcionaba cierta capacidad para afrontarla, ni siquiera el accidente del vuelo 246.

Holly descansa sobre un suelo embaldosado, bajo una mesa. Tumbada de lado. Lo contempla todo desde el suelo. Frente a ella hay una silla, de metal tubular y plástico naranja; bajo la silla están desparramadas unas patatas fritas y una hamburguesa de queso —la carne sobresale del pan, deslizándose sobre la hoja de lechuga grasienta de salsa de tomate—. Advierte que hay una mujer mayor, también en el suelo, con la cabeza vuelta hacia Holly. Mira a través de las patas tubulares de la silla, por encima de las patatas fritas y la hamburguesa grasienta. La mujer la mira, con una mirada de sorpresa. No deja de mirarla, sin pestañear, y Holly se da cuenta de que el ojo más cercano al suelo ha desaparecido de su rostro: de una cuenca vacía mana sangre. «Oh, señora. Oh, señora. Lo siento, lo siento tanto...» Holly oye un ruido terrible que no identifica con nada conocido, oye mucha gente gritando; al cabo de un rato, la gente grita, pero no como antes; ruido de cristales rotos, de madera crujiendo, y un hombre que también grita, que ruge como un oso porque está muy enfadado. Se trata de un tiroteo, del pesado golpeteo de un arma

automática, y Holly quiere salir de allí. Así que se da la vuelta hacia el otro lado porque no quiere —no puede, no puede de ningún modo— arrastrarse junto a la mujer a la que un disparo le ha saltado un ojo. Detrás de ella hay una niña pequeña, de unos ocho años, que yace en el suelo con un vestido rosa, unos zapatos negros de cuero y unos calcetines blancos, una niña pequeña con..., una niña pequeña con unos calcetines blancos, una niña pequeña con... media cara destrozada. Sollozos, gritos, y más ruido extraño. Aquel terrible ruido nunca cesará, continuará para siempre. Holly intenta moverse, gatea sobre sus rodillas y manos alejándose de la mujer y la niña con la cara destrozada. Inevitablemente sus manos resbalan, se escurren entre las patatas fritas calientes, un sándwich de pescado caliente y un charco de mostaza. Holly se desliza por debajo de las mesas, entre las sillas, y su mano se apoya en un charco frío de Coca—Cola desparramada, y cuando ve la imagen de Dixie Duck en un vaso grande de papel, por fin sabe dónde se encuentra: está en uno de los Palacios de la Hamburguesa Dixie Duck, uno de sus lugares favoritos en todo el mundo. Ahora nadie grita, quizá se han dado cuenta de que un Dixie Duck no es un lugar en el que se deba gritar, pero alguien se lamenta y llora, y alguien está diciendo «por favor, por favor, por favor» una y otra vez. Holly se arrastra por debajo de las mesas y ve a un hombre con un disfraz que está de pie a poca distancia, girándose hacia ella. Holly piensa que tal vez todo es una broma o un castigo, una celebración de víspera de Todos los Santos. Pero no es Halloween. Sin embargo, el hombre lleva un disfraz, lleva botas de combate como el soldado Joe y pantalón de camuflaje, una camiseta negra y una boina, como las de los Boinas Verdes, sólo que ésta es negra; debe de ser un disfraz porque realmente no es un soldado, no puede ser un soldado con esa gran barriga que sobresale por encima del pantalón, y no se ha afeitado desde hace una semana —los soldados tienen que afeitarse—, así que él sólo lleva el uniforme de soldado. Hay una chica arrodillada frente a él, una de las jóvenes que trabaja en Dixie Duck, guapa y con el cabello pelirrojo. Cuando Holly hizo el pedido le guiñó el ojo, y ahora está arrodillada frente a aquel tipo vestido de soldado, con la cabeza inclinada como si estuviera rezando, pero lo que dice es: «Por favor, por favor, por favor». El tipo le grita algo acerca de la CÍA, el control mental, una red secreta de espías que opera en el almacén de Dixie Duck. Entonces el tipo deja de gritar y mira durante un rato a la chica pelirroja, se limita a mirarla, y de pronto le dice: «Mírame», y ella responde: «Por favor, por favor, no lo haga», y él le vuelve a ordenar que le mire, así que levanta la cabeza y le mira, y él dice: «¿Acaso crees que soy estúpido?». La muchacha está aterrorizada: «No, por favor, no sé nada de todo esto»; él responde: «Y una mierda no lo sabes», y baja la gran pistola, apunta al rostro de la chica, a cinco centímetros de distancia. Ella dice: «Oh Dios mío, oh Dios mío». Holly está segura de que el tipo tirará a un lado la pistola y empezará a reír, y todos los que fingen estar muertos se levantarán y también se echarán a reír, el jefe del establecimiento saldrá y hará una reverencia tras aquella interpretación para celebrar Todos los Santos... Pero no es la víspera de Todos los Santos. El tipo aprieta el gatillo, y la muchacha pelirroja se disuelve. Holly se da la vuelta y retrocede por el camino por el que había venido, se mueve lo más aprisa que puede, tratando de alejarse de él antes de que la vea, porque está loco, eso es lo que es, un loco paranoico. Holly pasa por encima de la misma comida y bebidas desparramadas que ha pisado antes, pasa junto a la niña del vestido rosa y sobre la sangre de la niña, rogando que el hombre loco no la oiga en su huida. Pero el hombre debe de estar disparando en otra dirección, porque las balas no destrozan nada de lo que la rodea, así que sigue hacia delante, por encima de un hombre que tiene las vísceras fuera, oyendo sirenas, sirenas que se oyen en el exterior. La policía atrapará a aquel loco. De pronto oye un estrépito a su espalda: una mesa

volcada. Mira hacia atrás y ve al hombre loco dirigiéndose hacia ella, apartando las mesas a empujones, dando patadas a las sillas que se interponen en su camino. Holly pasa por encima de otra mujer muerta y se arrincona en una esquina, sobre un hombre muerto; Holly está en los brazos del hombre muerto, y no hay forma de salir de allí porque el loco se dirige hacia ella. Aquel hombre parece tan aterrador y malvado que Holly es incapaz de observar cómo se acerca, no quiere ver la pistola en su rostro como la chica pelirroja la vio, así que gira la cabeza, vuelve su rostro hacia el hombre muerto y...

Holly despertó de aquella pesadilla de un modo que nunca antes había experimentado, no gritaba, ni siquiera tenía anudado en la garganta un llanto silencioso, sino que las náuseas la ahogaban. Estaba agazapada contra sí misma formando un ovillo, abrazándose, con espasmos de vómitos aunque no tenía nada que expulsar; se estaba atragantando no por lo que había comido sino por la obstrucción repulsiva que cerraba su garganta.

Jim le daba la espalda, yacía de lado. Sus rodillas estaban ligeramente encogidas en una posición fetal. Seguía durmiendo profundamente.

Cuando recuperó el aliento, Holly se incorporó. No sólo temblaba sino que también sufría espasmos. Estaba convencida de oír cómo sus huesos entrechocaban unos con otros.

Se alegró de no haber comido nada más después de los donuts la noche anterior, de lo contrario estaría devolviendo.

Se inclinó hacia delante y se cubrió el rostro con las manos. Se mantuvo sentada en aquella posición hasta que los espasmos pasaron a ser estremecimientos y los estremecimientos mitigaron hasta convertirse en temblores.

Cuando levantó el rostro de entre sus manos lo primero que advirtió fue que la luz del día se filtraba a través de las estrechas ventanas de la habitación superior. Era de un color gris y rosado opalescente, un débil resplandor más que una luz azul resplandeciente; no obstante, era la luz del día. Al verla se dio cuenta de que no confiaba en volver a contemplar de nuevo la luz del sol.

Miró su reloj de pulsera. Eran las 6.10. No había pasado mucho tiempo desde el alba. Debía de haber estado durmiendo unas dos horas o dos horas y media. Había sido peor que no dormir, se sentía absolutamente agotada.

La pesadilla... Sospechaba que El Amigo había hecho uso de sus poderes telepáticos para hacerla dormir en contra de su voluntad. Y a causa de la rara intensidad que poseía su pesadilla estaba convencida de que le había enviado aquellas horribles escenas filmadas en el interior de su mente.

Pero, ¿por qué?

Jim murmuró algo y se removió, luego volvió a quedarse quieto, respirando profunda pero pausadamente. Sus sueños no debían de ser como los que ella había tenido; de ser así, hubiera estado retorciéndose y gritando como un hombre atormentado.

Permaneció sentada durante un rato, reflexionando sobre el sueño, preguntándose si lo que había soñado era una visión profética. ¿Acaso El Amigo le advertía que iba a acabar en un Dixie Duck Burger debatiéndose por salvar su vida entre sangre y comida, perseguida por un loco de atar con una carabina automática? Jamás había oído hablar del Dixie Duck, y no podía imaginar un lugar más absurdo para morir.

Vivía en una sociedad en la que las víctimas de la guerra o de las drogas se arrastraban por la calle, algunas de ellas con el cerebro tan desmoronado que eran capaces de coger una pistola e ir en busca de aquellas ratas de la CIA, que dirigían

redes de espionaje en hamburgueserías. Holly había trabajado en diversos periódicos, había visto muchas historias como aquella y no menos extrañas.

Pasados quince minutos Holly se vio incapaz de seguir pensando en la pesadilla por más tiempo. En lugar de hallar una explicación a través del análisis, se encontraba más confundida y angustiada cuanto más profundizaba en ella. En su memoria, las imágenes de la matanza no se desvanecían, como solía ocurrir con las pesadillas, sino que se hacían más reales. No era necesario descifrar el significado de su sueño en aquel mismo momento.

Jim estaba durmiendo, y Holly consideró por un momento la posibilidad de despertarle. Pero él necesitaba descansar tanto como ella. No había indicios de que El Enemigo fuera a utilizar una puerta a través del sueño, no había cambios en las paredes de piedra caliza o en el suelo de roble, así que dejó que Jim siguiera durmiendo.

Al mirar en torno a la habitación, estudiando las paredes, había advertido que el cuaderno amarillo yacía en el suelo bajo la ventana que se hallaba enfrente. Holly lo había arrojado a un lado cuando, la noche anterior, El Amigo se resistió a vocalizar sus respuestas e intentó darlas por escrito. No había tenido la posibilidad de realizar todas las preguntas que tenía en la lista, y ahora se preguntaba qué podría haber en aquel cuaderno de respuestas.

Se deslizó fuera de la cama tan silenciosamente como le fue posible, se puso en pie y cruzó la habitación sigilosamente. Comprobó las maderas del suelo a medida que avanzaba para asegurarse de que no se romperían cuando ella pasara por encima.

Cuando se inclinó para recoger el cuaderno, oyó un sonido que la paralizó, algo parecido al latido de un corazón.

Miró las paredes, el techo. La potente luz que desprendía el quinqué y las de las ventanas eran suficientes para advertir que la piedra caliza tan sólo era piedra caliza, y la madera nada más que madera.

Era un sonido débil, como si alguien golpeará un tambor lejano, fuera del molino, en algún lugar de las resacas y pardas colinas.

Holly sabía de qué se trataba. No era ningún tambor. Era el latido que siempre precedía a la materialización del Enemigo, tal como las campanas precedían la llegada del Amigo.

Al concentrar su atención en aquel sonido, éste se desvaneció.

Holly agudizó el oído.

Había cesado.

Aliviada pero temblorosa, Holly recogió el cuaderno. Las páginas estaban arrugadas e hicieron un poco de ruido cuando Holly las puso en orden.

La pausada respiración de Jim siguió resonando suavemente en la habitación, sin ningún cambio de ritmo o de tono.

Holly leyó las respuestas de la primera página, luego las de la segunda. Vio que eran las mismas respuestas que El Amigo había expresado en voz alta —aunque no se hallaban las respuestas a las preguntas improvisadas que Holly no había escrito en el cuaderno—. Ojeó la tercera y cuarta páginas, en las que se hallaban las personas que Jim había salvado —Carmen Díaz, Amanda Cutter, Steven Aimes, Laura Lenaskian— y las grandes cosas que cada uno de ellos estaba predestinado a realizar.

Holly levantó la cabeza al oír algo.

El sonido todavía era distante, tan débil como antes.

Jim emitió un gruñido en medio de su sueño.

Holly se apartó de la ventana, con la intención de despertarle, pero aquel horrible sonido se extinguió de nuevo. Era evidente que El Enemigo no se hallaba muy lejos, pero no había encontrado una puerta en el sueño de Jim. Jim tenía que dormir, no podía funcionar sin un poco de descanso. Holly decidió no despertarle. Volviendo junto a la ventana, Holly acercó el cuaderno a la luz. Pasó a la quinta página, y sintió la nuca fría y entumecida como la piel de un pavo congelado.

Pasando las hojas hacia atrás con gran cuidado, para no hacer más ruido del necesario, leyó la sexta página, la séptima, la octava. Todas eran lo mismo. En ellas había impresos los mensajes, con letra vacilante, que El Amigo les había enviado haciendo emerger las palabras del fondo del papel. Pero no había respuestas a sus preguntas. Había tan sólo dos frases que se alternaban, sin puntuación, y que se repetían tres veces por página:

TE QUIERE HOLLY  
TE VA A MATAR HOLLY  
TE QUIERE HOLLY  
TE VA A MATAR HOLLY  
TE QUIERE HOLLY  
TE VA A MATAR HOLLY

Al mirar fijamente aquellas frases repetidas y obsesivas, Holly supo que se refería a Jim. Holly concentró su atención en aquellas cinco palabras odiosas, tratando de comprender.

De pronto creyó entender lo que significaban. El Amigo le estaba advirtiéndole que, en su locura, iba a actuar contra ella, quizá porque la odiaba por haber traído a Jim al molino, por haberle obligado a buscar respuestas, y por haberle distraído de su misión. Si El Amigo, que era la parte cuerda de la conciencia del ente, podía llegar hasta la mente de Jim y empujarle a realizar misiones para salvar la vida de los demás, ¿era entonces posible que El Enemigo, la parte oscura, pudiera llegar a su mente para obligar a Jim a matar? En lugar de que la perturbada personalidad del ente se materializase en formas monstruosas, como había hecho en el motel de Holly el viernes por la noche, o como trató de hacer el día anterior en la habitación de Jim, ¿era posible que pudiera utilizar a Jim contra ella, dominarlo a una escala mayor que El Amigo había hecho nunca y convertirlo así en una máquina de matar? Aquello deleitaría perversamente la faceta infantil y perturbada del ente.

Holly meneó la cabeza como si apartara una avispa molesta.

Era imposible. De acuerdo, Jim podía matar para defender a gente inocente. Sin embargo, era incapaz de matar a alguien inocente. Ninguna conciencia de ningún ente, por muy poderosa que fuera, podía desviar la auténtica naturaleza de Jim. En el fondo, Jim era bueno, amable y considerado. El amor que sentía por ella no podía ser eliminado por la fuerza de aquel ente, por fuerte que fuera.

Pero, ¿cómo estar segura? Aquello era lo que deseaba creer. Por lo que sabía, los poderes de control mental del Enemigo eran tan impresionantes que podían llegar hasta la mente de Holly y ordenarle que se ahogara en la charca, sin que ella pudiera resistirse.

Holly se acordó de Norman Rink, de la tienda de Atlanta. Jim le había descerrajado ocho tiros a aquel tipo, disparándole una y otra vez, después de que hubiera muerto.

El ruido seguía lejos...

Jim gruñó suavemente.

Holly se apartó de nuevo de la ventana, con la intención de despertarle, y casi estuvo a punto de llamarle, antes de que se diera cuenta de que El Enemigo quizá ya estuviera dentro de él. «Los sueños son puertas», recordó. No sabía lo que El Amigo quería decir con eso, o si no era más que otra teatral puesta en escena. Tal vez lo que quería decir era que El Enemigo podía penetrar a través del sueño de quien estaba dormido y por lo tanto en su mente. Quizás esta vez El Enemigo no tenía intención de materializarse a través de la pared sino a través de Jim, en la persona de Jim, ejerciendo un control total sobre Jim, sólo para llevar a cabo una pequeña broma asesina.

Volvió a oír el ruido. Esta vez algo más fuerte, ¿un poco más cerca?

Holly tuvo la sensación de que iba a perder el juicio, de que se volvería paranoica, esquizofrénica, completamente loca. Frenéticamente trataba de comprender una mente desconocida, y cuanto más elucubraba sobre las posibilidades, más extrañas y variadas éstas se hacían. En un universo infinito cualquier cosa puede ocurrir, cualquier pesadilla puede hacerse realidad. En un universo infinito, la vida era esencialmente semejante a un sueño. Aquella consideración, en una situación de amenaza de muerte y bajo la tensión que ello suponía, era más que suficiente para volverla loca.

Holly no podía moverse. Sólo podía esperar y seguir oyendo el latido palpitante. Se desvaneció de nuevo.

Soltando la respiración contenida, retrocedió hasta la pared que había junto a la ventana. En aquel momento se sentía menos asustada de la piedra caliza que de Jim Ironheart. Se preguntó si sería una buena idea despertarle cuando no se oía el latido. Quizás El Enemigo sólo se hallaba en su sueño —y por lo tanto en él— cuando se oía aquel latido terrible.

Temerosa de actuar y de quedarse sin hacer nada, Holly miró el cuaderno que sostenía en la mano. Algunas de las páginas habían girado, y ya no miraba la profecía cruel —TE QUIERE HOLLY / TE VA A MATAR HOLLY—. Ante sus ojos, se hallaba la lista de gente que Jim había salvado, junto a las grandiosas explicaciones del Amigo acerca de lo importantes que serían aquellas personas.

Leyó «Steven Aimes» y se dio cuenta en seguida de que era el único de la lista cuyo destino no había sido desvelado por El Amigo durante la conversación. Holly lo recordaba porque era la persona de más edad de la lista, cincuenta y siete años. Leyó las palabras escritas bajo su nombre, y el frío que había sentido en la nuca no era nada comparado con la estaca de hielo que atravesó su espina dorsal.

Steven Aimes no había sido salvado porque engendraría a un niño que se convertiría en un gran diplomático, un gran artista, o un gran médico. No había sido salvado por su contribución futura en el bienestar de la humanidad. La razón de su salvación se hallaba expresada en tan sólo once palabras, las once palabras más terroríficas que había leído en su vida: PORQUE SE PARECÍA A MI PADRE A QUIEN NO PUDE SALVAR. «Se parecía al padre de Jim que él no pudo salvar», hubiera dicho El Amigo.

El universo infinito seguía expandiéndose, y una nueva posibilidad se extendía ante ella, revelada en aquellas palabras referentes a Steven Aimes. No había ninguna nave espacial en el fondo de la charca. Ningún extraterrestre había permanecido diez mil años oculto en la granja, ni diez años, ni diez días. El Amigo y El Enemigo eran reales: eran terceras partes, no mitades, de una misma personalidad, tres en una sola entidad, una entidad con poderes maravillosos,

terroríficos y enormes, una entidad divina y al mismo tiempo tan humana como lo era Holly. Era Jim Ironheart, que había sido devastado por la tragedia a los diez años, que con gran esfuerzo se había recuperado mediante una compleja fantasía basada en dioses interplanetarios, que era tan loco y peligroso como cuerdo y maravilloso.

Holly no entendía de dónde provenía su poder, que obviamente poseía, o por qué no era consciente de que el poder radicaba en él mismo y no en una imaginaria presencia alienígena. Descubrir que él lo era todo, que el principio y el fin de aquel misterio yacía únicamente en él y no en el fondo de la charca, provocaba más preguntas que respuestas. Holly no comprendía cómo algo así podía ser cierto, pero al fin sabía la verdad. Más tarde, si sobrevivía, tendría tiempo de encontrar un mejor entendimiento.

El ruido parecía más cercano pero aún lejos.

Holly contuvo el aliento, esperando que el sonido creciera.

Jim se movió en medio del sueño. Roncó suavemente y apretó los labios, como cualquier persona que estuviera durmiendo.

Pero tenía tres personalidades en una sola, y al menos dos de ellas poseían un increíble poder, y una era mortífera. Y se acercaba...

Holly se apretó contra la piedra caliza. Su corazón latía tan deprisa que parecía martillar su garganta hasta cerrarla; le costaba tragar.

El latido se desvaneció. Se impuso el silencio.

Se movió a lo largo de la pared dando pequeños pasos. Caminaba de lado hacia la puerta de madera. Se apartó de la pared lo justo como para poder coger el bolso.

Cuanto más se acercaba a lo alto de las escaleras, más segura estaba de que la puerta se cerraría de golpe antes de que pudiera alcanzarla, de que Jim se levantaría e iría hacia ella. Sus bellos ojos azules no serían hermosos sino fríos, como había observado en dos ocasiones, llenos de ira pero fríos.

Llegó hasta la puerta, atravesó el umbral de espaldas hasta el primer peldaño, sin apartar la mirada de Jim. Pero si trataba de bajar aquellos estrechos peldaños de espaldas y sin un pasamanos, se caería rompiéndose un brazo o una pierna. Así que dio la vuelta y bajó la escalera tan rápido como pudo, lo más sigilosamente posible.

Aunque la luz de la mañana se perfilaba tras las ventanas, la cámara inferior del molino se hallaba traicioneramente oscura. Holly no tenía ninguna linterna, tan sólo una sobrecarga de adrenalina. Incapaz de recordar si había escombros amontonados a lo largo de la pared que pudieran provocar un estrépito si ella tropezaba, Holly se movió lentamente a lo largo de la curvada piedra caliza, con la espalda apoyada contra ésta. La entrada de la antecámara se hallaba en algún lugar a su derecha. Cuando miró a la izquierda apenas pudo ver el pie de la escalera por la que había descendido.

Palpando la pared con la mano derecha, Holly descubrió la esquina. Cruzó la entrada y pasó a la antecámara. Aquel espacio que la noche anterior estaba sumido en la más completa oscuridad, se hallaba en la penumbra gracias al pálido resplandor que, después del alba, se extendía tras la puerta abierta.

La mañana estaba nublada. Hacía una temperatura agradablemente fría para ser agosto.

El agua de la charca era gris y se hallaba inmóvil.

Los mosquitos de la mañana emitían un fino, casi inaudible zumbido de fondo, como las débiles interferencias de una radio con el volumen al mínimo.

Holly echó a correr hacia el Ford y abrió la portezuela con sigilo.

Tuvo un momento de pánico al pensar en las llaves. Entonces las palpó en el bolsillo de sus vaqueros, donde las había puesto la noche anterior al usar el cuarto de baño de la granja. De una simple cadena de cobre una llave de la granja, otra de la casa de Jim en Laguna Niguel y dos llaves del coche.

Holly arrojó el bolso y el cuaderno en el asiento trasero y se sentó tras el volante, pero no cerró la puerta por temor de que el ruido pudiera despertar a Jim. Todavía no estaba fuera de peligro. Podía aparecer en cualquier momento, controlado por El Enemigo, cruzar la corta explanada de gravilla y sacarla a rastras del coche.

Las manos le temblaban mientras buscaba la llave. No conseguía encontrar la llave de contacto. Finalmente lo logró, le dio la vuelta, puso el pie en el acelerador y casi echó a llorar cuando el motor se puso en marcha.

Cerró la puerta de un tirón, dio marcha atrás, y de ese modo recorrió el sendero de gravilla que circundaba la charca. Las ruedas hicieron saltar la gravilla, que emitía un sonido metálico al golpear la parte trasera del coche mientras Holly conducía marcha atrás.

Cuando llegó al punto situado entre el granero y la casa, donde podía dar la vuelta y tomar el camino de salida, Holly apretó el freno. Se quedó mirando el molino.

No tenía ningún lugar donde ir. Dondequiera que fuera, Jim la encontraría. Hasta cierto punto, Jim podía predecir el futuro con tanta nitidez y detalle como había asegurado El Amigo. Jim podía transformar una pared en un monstruoso organismo viviente, podía convertir la piedra en una sustancia transparente llena de luces que se arremolinaban, proyectar en sus sueños una bestia de horrible apariencia que surgía en la puerta de su motel, que seguía su pista hasta encontrarla y atraparla. Él la había arrastrado a sus locas fantasías y lo más probable era que todavía quisiera que Holly desempeñara un papel en ellas. El Amigo que se hallaba en el interior de Jim —y el mismo Jim— puede que la dejen marchar. Pero aquella tercera personalidad —la parte asesina que habitaba en él, El Enemigo— querría su sangre. Quizás Holly tuviera suerte y las dos partes benignas de Jim impedirían que la tercera se hiciera con el control y la persiguiera. Pero Holly lo dudaba. Además, no podía pasar el resto de su vida esperando que una pared se abultara de pronto inesperadamente, para convertirse en una boca que le arrancara la mano.

Además había otro problema.

Holly no podía abandonarle. Él la necesitaba.

## TERCERA PARTE

El enemigo

Desde mi infancia  
No he sido  
como los demás.  
No he visto  
lo que los otros vieron.

*Sólo, Edgar Allan Poe*

Vibraciones en un alambre  
cristales de hielo  
en un corazón palpitante.  
Fuego frío.

Frigidez en la mente:  
acero helado  
ira oscura, morbidez.  
Fuego frío.

Defensa contra  
una vida cruel  
muerte y contienda:  
Fuego frío.

*El libro de los dolores contados*

## El resto del 29 de agosto

## 1

Holly permaneció sentada en el Ford, mirando el viejo molino, asustada y exultante. Su regocijo la sorprendió. Quizá se sentía feliz porque por primera vez en su vida había encontrado algo con lo que quería comprometerse. No era un compromiso casual ni pasajero. Quería dedicar su vida a ello, por Jim y por lo que podría ser si se curaba, por lo que podrían llegar a ser ambos.

Incluso si él le hubiera dicho que podía marcharse, y ella hubiera confiado en aquella liberación, no le habría abandonado. Él era su salvación. Y Holly la de Jim.

El molino se erguía contra el cielo grisáceo como un centinela. Jim no había aparecido en la puerta. Quizá todavía no había despertado.

Quedaban muchos misterios dentro de aquel misterio, pero había muchas cosas que eran dolorosamente obvias. Jim a veces fracasaba en su intento de salvar vidas —como con el padre de Susie Jawolski— porque realmente no operaba en nombre de un dios infalible o de un ser de otro mundo dotado con el poder de adivinar el futuro; Jim actuaba movido por sus extraordinarias aunque imperfectas visiones; era tan sólo un hombre, especial sí, pero tan sólo un hombre, e incluso los mejores hombres tenían un límite. Era evidente que, de algún modo, Jim sentía que había fallado a sus padres. Sus muertes eran una pesada carga en su conciencia, y trataba de redimirse a sí mismo salvando vidas ajenas: «SE PARECÍA A MI PADRE A QUIEN NO PUDE SALVAR», recordó Holly.

Asimismo, también era obvio el hecho de que El Enemigo sólo apareciera cuando Jim estaba dormido: Jim estaba aterrorizado de aquella parte oscura de sí mismo, de la encarnación de su rabia, y la reprimía con todas sus fuerzas cuando estaba despierto. En su casa de Laguna, El Enemigo se había materializado en la habitación mientras Jim estaba durmiendo, manteniendo su presencia después de que despertara, pero tras irrumpir en el techo del lavabo, se había evaporado como un sueño, lo que era al fin y al cabo. Los sueños son puertas, les había advertido El Amigo, lo que era una advertencia del propio Jim. Los sueños eran puertas, sí, pero no para diabólicos monstruos alienígenas que invaden la mente; los sueños son puertas al subconsciente, y lo que surgía a través de ellas era completamente humano.

Había otras piezas en aquel rompecabezas, pero Holly no sabía cómo hacerlas encajar.

Holly se hallaba disgustada consigo misma por no haber hecho las preguntas adecuadas cuando el lunes Jim le abrió la puerta de su casa permitiendo que entrara en su vida. Él había insistido en que no era más que un instrumento, que no tenía poder por sí mismo. Ella le había creído con demasiada facilidad. Tendría que haber llegado hasta el fondo, haber hecho preguntas más directas. Su manera de interrogarle había sido tan ingenua como la de Jim con El Amigo cuando éste apareció por primera vez ante ellos.

Holly se había sentido contrariada por la facilidad con que Jim aceptaba las explicaciones del Amigo. Holly comprendía que Jim había creado El Amigo por la misma razón que otras víctimas que padecen personalidad múltiple generan distintos caracteres: para enfrentarse a un mundo que les confunde y asusta. Solo y atemorizado a la edad de diez años, Jim se había refugiado en la fantasía. Había creado al Amigo, un ser mágico, como fuente de consuelo y esperanza. Cuando Holly ejerció presión en El Amigo para que se explicara de una forma lógica, Jim se resistió porque sus preguntas amenazaban una fantasía que necesitaba desesperadamente para mantenerse vivo.

Por razones similares, Holly no le había interrogado con la dureza con que debía haberlo hecho el lunes por la tarde. Él era el sueño que la mantenía. Había aparecido en su vida como una figura heroica, salvando a Billy Jenkins con una gracia y elegancia de ensueño. Hasta que Holly vio a Jim, no se dio cuenta de lo mucho que necesitaba a alguien como él.

Y en lugar de interrogarle a fondo como habría hecho un buen periodista, Holly permitió que Jim fuera lo que pretendía ser, por temor a perderle.

La única esperanza que tenían era averiguar la verdad a toda costa. Jim no podía curarse hasta que comprendieran cómo había evolucionado aquella particular y extraña fantasía y cómo, en el nombre de Dios, había conseguido desarrollar sus poderes sobrehumanos para mantenerla.

Holly permaneció sentada con las manos apoyadas en el volante, preparada para actuar pero sin tener idea de lo que debía hacer. Parecía que no había nadie a quien pudiera acudir en busca de ayuda. Necesitaba respuestas que sólo podían encontrarse en el pasado o en el subconsciente de Jim, dos terrenos que por el momento eran igualmente inaccesibles.

De pronto, por un destello de lucidez, Holly se dio cuenta de que Jim ya le había proporcionado una serie de claves para desvelar los misterios que persistían. Cuando llegaron a New Svenborg, Jim hizo un recorrido por la ciudad para mostrársela, lo que entonces pareció una táctica para demorar la llegada a la granja. Pero Holly se percataba de que aquel recorrido turístico contenía las revelaciones más importantes que Jim le había hecho. Cada recuerdo nostálgico era una clave del pasado y de los misterios que aún no habían sido resueltos y que, una vez desvelados, harían posible que Holly le ayudara.

Jim quería ayuda. Una parte de él comprendía que estaba enfermo, atrapado en una fantasía esquizofrénica, y quería salir de aquello. Holly esperaba que pudiera contener al Enemigo el tiempo suficiente para averiguar lo que necesitaban saber. Aquella parte oscura de Jim no quería que Holly lograra su propósito; el éxito de Holly supondría la muerte del Enemigo, y para salvarse a sí mismo, la destrozaría si tenía la oportunidad.

Si Holly y Jim iban a compartir su vida juntos, su futuro radicaba en el pasado, y el pasado se hallaba en New Svenborg.

Giró el volante a la derecha, empezó a dar la vuelta para dirigirse a la carretera, y entonces se detuvo de pronto. Miró de nuevo el molino.

Jim debía de ser parte de su propia catarsis. Holly no podía averiguar la verdad y hacer que él la creyera. Tenía que verla por sí mismo.

Holly le amaba, pero también le temía.

No podía hacer nada con respecto al amor que sentía, era ahora parte de sí misma, como la sangre, los huesos o los nervios. Pero cualquier miedo podía ser superado si se afrontaba la causa que lo provocaba.

Sorprendida de su propio valor, Holly recorrió de nuevo con el coche el sendero de gravilla hasta el pie del molino. Apretó tres veces el claxon, luego tres veces más, esperó unos cuantos segundos y de nuevo volvió a tocar el claxon otra vez, y otra vez.

Jim apareció en la puerta, bajo la luz grisácea de la mañana con los ojos entrecerrados.

Holly abrió la portezuela del coche y bajó.

— ¿Ya estás despierto?

— ¿Acaso te parezco un sonámbulo? —le preguntó mientras avanzaba hacia ella—. ¿Qué ocurre?

— Quiero estar segura de que estás despierto, completamente despierto.

Jim se detuvo a unos cuantos metros de distancia de Holly.

—¿Por qué no abres el capó?, pondré mi cabeza debajo mientras tú dejas en marcha el motor dos minutos, sólo para asegurarte. Holly, ¿qué ocurre?

—Tenemos que hablar, sube.

Con el ceño fruncido, Jim se dirigió al asiento del pasajero y subió al Ford junto a Holly.

—Esto no va a ser agradable, ¿verdad?

—No. No especialmente.

Frente a ellos, las aspas del molino se movieron. Empezaron a girar lentamente, entre numerosos crujidos y estrépitos, desprendiéndose de las aspas trozos de madera y astillas de los podridos soportes.

—¡Páralo! —le dijo Holly a Jim, temerosa de que las girantes aspas no fueran más que un preámbulo de la aparición del Enemigo—. Sé que no quieres oír lo que tengo que decirte, pero no trates de distraerme, no trates de detenerme.

Jim no respondió. Miraba el molino con fascinación, como si no la hubiera oído.

La velocidad de las aspas aumentó.

—Jim, ¡maldita sea!

Finalmente, Jim la miró, realmente sorprendido de la rabia que se escondía bajo el miedo de Holly.

—¿Qué?

Las aspas del molino giraban ininterrumpidamente. Parecía una noria encantada en un carnaval de los condenados.

— ¡Mierda! —exclamó Holly.

Su miedo se aceleraba al mismo paso que las aspas del molino. Puso la marcha atrás, miró por encima del hombro, y retrocedió a gran velocidad rodeando la charca.

— ¿Adónde vamos? —preguntó Jim. —No muy lejos.

Ya que el molino se encontraba en el centro de las obsesiones de Jim, Holly pensó que sería una buena idea apartarlo de su vista mientras hablaban. Dio una vuelta con el coche, y lo llevó al final del camino de salida, aparcando frente a la carretera.

Holly bajó la ventanilla del coche y Jim siguió su ejemplo.

Tras apagar el motor, Holly se volvió hacia él directamente. A pesar de todo lo que sabía —o sospechaba— sobre él, sintió deseos de tocar su rostro, alisar su cabello, abrazarle. Jim provocaba en ella un instinto maternal que no había imaginado que pudiera sentir algún día, exactamente igual que un sentimiento erótico y una pasión que estaban más allá de lo que nunca había sentido.

«Sí —pensó Holly—, y evidentemente también genera en ti una tendencia suicida. Jesús, Thorne, este tipo ha dicho que te mataría.»

Pero también le había dicho que la amaba.

¿Por qué todo era tan difícil?

—Antes de empezar... —dijo Holly— quiero que sepas que te amo, Jim. —Era la frase más estúpida del mundo. Sonaba muy poco sincera. Las palabras no eran adecuadas para expresar lo que sentía, seguramente porque sus sentimientos eran más profundos de lo que nunca habría podido imaginar, y además porque no era una sola emoción, sino que se veía entremezclada con otras como la ansiedad y la esperanza. De todos modos, volvió a repetirlo—: Te amo de verdad.

Jim le cogió su mano, y le sonrió con evidente agrado.

—Eres maravillosa, Holly.

Aquello no significaba exactamente, «yo también te quiero, Holly», pero no estaba mal. No esperaba que tuviera lugar un romance de novela. No iba a ser tan simple. Estar enamorada de Jim era como estar enamorada simultáneamente de Max de Winter de *Rebeca*, de Superman y de Jack Nicholson en cualquiera de los papeles que había interpretado. Aunque no era fácil, tampoco era monótono.

—Mira, Jim, cuando ayer estaba pagando la factura del motel y tú estabas en el coche mirándome, me di cuenta de que no habías dicho que me querías. Iba a marcharme contigo, a ponerme en tus manos, y tú no habías pronunciado esas palabras. Entonces me di cuenta de que yo tampoco lo había hecho, de que jugaba a hacerme la indiferente, resguardándome y protegiéndome a mí misma. Bueno, pues he decidido terminar con ese juego, caminaré por la cuerda floja sin importarme y una de las razones de que lo haga es porque ayer noche me dijiste que me querías. Y espero que realmente fuera cierto.

Una expresión de asombro se reflejó en el rostro de Jim.

—Ya sé que no recuerdas habérmelo dicho, pero lo hiciste. Tienes miedo de la palabra «amor». Tal vez porque perdiste a tus padres cuando eras un niño, tienes miedo de acercarte a alguien por temor a perderle de nuevo. ¿Qué te parece? Estás ante Holly Freud. Sin embargo, me dijiste que me querías, y te lo demostraré dentro de unos momentos, pero ahora, antes de meterme en toda esta historia, quiero que sepas que nunca imaginé que pudiera sentir hacia alguien lo que siento hacia ti. Así que, si lo que voy a decirte es duro de aceptar, incluso imposible de aceptar, debes saber de dónde proceden las palabras; sólo del amor, de nada más que eso.

Jim la miró fijamente.

—Sí, de acuerdo. Pero Holly, esto...

—Déjame hablar. —Holly se inclinó hacia delante, le besó y volvió a recostarse contra el respaldo del asiento—. Antes que nada debes escucharme.

Holly le contó todas sus teorías, la razón de que hubiera huido del molino mientras Jim dormía, y por qué había regresado. Jim le escuchó con creciente incredulidad, y Holly atajó repetidamente sus protestas apretando suavemente su mano, tapándole la boca con la mano, o dándole un rápido beso. El cuaderno con las respuestas que Holly cogió del asiento trasero, le dejó perplejo e hizo que sus objeciones fueran menos vehementes. «PORQUE SE PARECÍA A MI PADRE A QUIEN NO PUDE SALVAR.» Las manos de Jim temblaban mientras sostenía el cuaderno y leía aquella frase increíble. Giró las hojas y leyó los otros sorprendentes mensajes que se repetían una y otra vez —TE QUIERE HOLLY/TE VA A MATAR HOLLY— y el temblor de sus manos se agudizó aún más.

—Nunca te haría daño —dijo Jim sin dejar de temblar, con la mirada fija en el cuaderno—. ¡Nunca!

— Sé que nunca querrías hacerme daño.

El doctor Jekyll nunca quiso ser el asesino Mr. Hyde.

—Pero tú crees que fui yo quien mandó estos mensajes, no El Amigo.

—Sé que fuistes tú, Jim. Todo encaja.

—Entonces, si El Amigo escribió esto, y El Amigo soy yo, tú crees que una parte de mí te dice «Te quiero, Holly».

—Sí —dijo Holly suavemente.

Jim levantó la mirada del cuaderno, sus ojos se encontraron con los de Holly.

— Si crees que la parte de «te quiero, Holly» es cierta, ¿por qué no crees en «te voy a matar, Holly»?

—Bueno, ésa es la cuestión. Creo que una pequeña y oscura parte de ti sí quiere matarme. Jim retrocedió como si ella le hubiera asestado un golpe.

— El Enemigo quiere que muera, quiere castigarme, porque hice que te enfrentaras a lo que se esconde detrás de todas las cosas que han ocurrido últimamente, te traje hasta aquí, te obligué a que te enfrentaras a la fuente de tu fantasía.

Jim empezó a mover la cabeza en un gesto de negación. No obstante, Holly prosiguió:

—Eso es lo que tú querías que hiciera. Ésa es la razón por la que me atrajiste hasta ti.

—No. No lo hice...

—Sí, lo hiciste. —Empujar a Jim hasta la verdad era extremadamente peligroso. Pero era la única posibilidad de salvarlo—. Jim, si no puedes entender lo que ha ocurrido, acepta la existencia de otras dos personalidades, incluso la posibilidad de su existencia, quizás ése sea el principio del fin del Enemigo y del Amigo.

Todavía meneando la cabeza, Jim dijo:

—El enemigo no se irá pacíficamente.

Y de inmediato parpadeó sorprendido ante sus propias palabras y las implicaciones que éstas conllevaban.

—¡Maldita sea! —exclamó Holly, y un escalofrío la recorrió, no sólo porque Jim acababa de confirmar todas sus teorías, tanto si las admitía como si no, sino porque las seis palabras que había pronunciado eran prueba de que quería salir de aquella delirante fantasía en la que había buscado refugio.

Jim estaba tan pálido como un hombre al que se le acaba de comunicar que tiene cáncer. De hecho, en él se alojaba algo maligno, un mal psíquico.

Una brisa atravesó las ventanillas abiertas del coche, y a Holly le pareció el indicio de una nueva esperanza.

Aquel sentimiento optimista, no obstante, duró muy poco, porque en el cuaderno que sostenía Jim de pronto aparecieron nuevas palabras: «MORIRÁS».

—No soy yo —dijo Jim con sinceridad—. Holly, no es posible que sea yo.

En el cuaderno aparecieron nuevas palabras: «ME VOY ACERCANDO. MORIRÁS».

Holly tuvo la sensación de que el mundo se había transformado en una casa encantada de feria, llena de fantasmas y espíritus. En cualquier instante, en cualquier momento, sin advertencia previa, algo podía precipitarse sobre ella desde

las sombras, o desde la luz del día. Pero al contrario de un monstruo de feria, éste le infligiría auténtico daño, derramaría su sangre, la mataría si tenía ocasión.

Con la esperanza de que El Enemigo, como El Amigo reaccionaría de la forma deseada ante la firmeza, Holly cogió el cuaderno de manos de Jim y lo lanzó por la ventanilla.

— ¡Al diablo con todo esto! No voy a leer esa basura. Escúchame, Jim. Si no me equivoco, El Enemigo es la encarnación de tu rabia por la muerte de tus padres. Tu furia era incontenible, así que la sacaste fuera de ti mismo, y la convertiste en otra identidad. Pero eres una víctima del síndrome de múltiple personalidad porque tu poder te permite crear existencias físicas para tus otras identidades.

Aunque Jim iba aceptando sus palabras, todavía luchaba por negar la verdad.

— ¿De qué estamos hablando? ¿De que estoy loco, de que soy una especie de lunático con personalidades materializadas? ¡Por amor de Dios!

—No estás loco —se apresuró a decir Holly—. Digamos que sufres cierta alteración. Estás atrapado en una caja psicológica que has construido para ti mismo, y quieres salir pero no encuentras la llave.

Jim meneó la cabeza. Unas finas gotas de sudor se perfilaban a lo largo de su frente, y su rostro reflejaba distintos tonos de palidez.

—No —dijo Jim—, eso es pintarlo todo de color de rosa. Si lo que crees es cierto, entonces estoy loco de atar, Holly, y tendría que estar encerrado en alguna maldita habitación acolchada con el cuerpo lleno de torazina.

Holly volvió a coger sus manos, apretándolas con fuerza.

—No. No sigas. Puedes salir de esto, puedes hacerlo, puedes recuperarte, sé que puedes.

— ¿Cómo puedes saberlo? Jesús, Holly, yo... —Porque no eres un hombre corriente, eres especial —dijo Holly con convicción—. Tienes ese poder, esa increíble fuerza interior que puede permitirte hacer mucho bien en el mundo. Ese poder es algo que puedes emplear a tu favor, puede ayudar a recuperarte. ¿No te das cuenta? Si puedes hacer que surjan sonidos de campanas, latidos alienígenas y voces del aire, si puedes convertir las paredes en carne, proyectar imágenes en mi sueño, ver el futuro para salvar la vida a la gente, entonces también puedes sobreponerte y curarte.

Una auténtica incredulidad se dibujó en su rostro.

— ¿Cómo un hombre puede tener el poder que dices? —No lo sé, pero lo tienes.

—Tiene que proceder de un ser superior. Por amor de Dios, no soy Superman.

Holly dio un golpe en el claxon con el puño.

—Eres telepático, telequinésico, o como se diga. De acuerdo, no puedes volar, no tienes una visión de rayos X, no puedes doblar el acero con tus manos, ni puedes correr más rápido que una bala. Pero te hallas más cerca que nadie de Superman. De hecho, en algunos aspectos le superas porque tú puedes saber de antemano el futuro. Quizá sólo veas trozos y retazos de éste, y sólo visiones fortuitas cuando no te lo propones, pero puedes conocer el futuro.

Jim se sentía turbado por la convicción de Holly.

— ¿Y de dónde saco ese poder? —No lo sé.

—Aquí es donde todo pierde sentido.

—No pierde sentido por el solo hecho de que yo no lo sepa —dijo Holly con frustración—. El amarillo no deja de ser amarillo porque yo desconozca la razón de

que los ojos captan distintos colores. Tienes ese poder. Tú eres ese poder, no Dios o algún alienígena instalado en el fondo de la charca.

Jim apartó las manos de Holly y miró a través del parabrisas hacia la carretera y las secas colinas que se extendían más allá. Parecía asustado ante la perspectiva de tener que enfrentarse a aquellos tremendos poderes que poseía, quizá porque implicaba hacerse cargo de unas responsabilidades que no se veía capaz de sobrellevar.

Holly también tuvo la sensación de que se sentía avergonzado por la posibilidad de padecer una enfermedad mental, y parecía incapaz de mirarla a los ojos. Estaba tan orgulloso, se mostraba tan fuerte y seguro de su fuerza que no podía aceptar tal debilidad. Había erigido una vida que daba gran valor al dominio de sí mismo, a la autosuficiencia, que hacía de la soledad que él mismo se había impuesto una singular virtud, del mismo modo que un monje no necesita a nadie más que a sí mismo y a Dios. Pero Holly le estaba diciendo que su decisión de convertirse en un solitario hombre de hierro no era una elección adecuada, que era una acción desesperada para hacer frente a una perturbación emocional que había amenazado destrozarle, y que su necesidad de autocontrol le había llevado al borde de la locura.

Holly pensó en las palabras del cuaderno: «ME VOY ACERCANDO. MORIRÁS».

Puso el coche en marcha.

— ¿Adónde vamos? —preguntó Jim.

Al tiempo que ponía una marcha, salía hacia la carretera y giraba a la derecha rumbo a New Svenborg. Holly no le contestó; en lugar de eso preguntó:

— ¿Había algo especial en ti cuando eras niño?

—No —respondió Jim de un modo demasiado rápido, demasiado brusco.

— ¿Ningún indicio de que tuvieras un don especial o...?

— ¡No, demonios, nada de eso!

El súbito nerviosismo de Jim, traicionado por sus movimientos inquietos y sus manos temblorosas, convenció a Holly de que había dado con la verdad. De algún modo había sido un niño especial. Ahora que ella se lo había recordado, Jim vio en aquellas cualidades tempranas las semillas del poder que crecería en él. Pero no quería afrontarlo. La negación era su escudo.

— ¿En qué estás pensando? —En nada.

—Jim, vamos.

—En nada, de verdad.

No sabía a dónde le llevaría seguir insistiendo en aquella pregunta, así que lo único que podía decir fue:

—No lo niegues. Tienes poderes. No hay ningún ser de otro planeta, sólo tú.

Jim no quería compartir con ella sus pensamientos, porque éstos empezaban a debilitar su resistencia a las preguntas de Holly.

—No lo sé.

—Es la verdad.

—Quizá.

—Es la verdad. ¿Recuerdas cuando ayer por la noche El Amigo nos dijo que era un niño? Pues bien, lo dijo porque realmente es un niño, un niño para siempre, con la misma edad que tú tenías cuando lo creaste: diez años. Eso explica su comportamiento infantil, su necesidad de impresionar, sus rabieta. Jim, El Amigo no

se comporta como un niño alienígena de diez mil años; se comporta como un niño humano de diez años.

Jim cerró los ojos y se recostó en el asiento, como si le agotara considerar lo que Holly decía. Su tensión interior era externa, manifestándose a través de sus manos apretadas en un puño.

— ¿Adónde vamos, Holly?

—A dar un paseo. —Mientras atravesaban colinas y campos, Holly siguió manteniendo una suave táctica de acoso—. Ésa es la razón por la que El Enemigo es una combinación de todas las películas de terror que atemorizan a un niño de diez años. La cosa que yo vi en la puerta de mi motel no era una criatura real, me doy cuenta de ello. No tenía una estructura biológica con sentido, ni siquiera era un alienígena. Era algo demasiado familiar, algo así como la idea que un niño puede tener del hombre del saco.

Jim no respondió.

Holly le miró.

— ¿Jim?

Sus ojos permanecían cerrados.

El corazón de Holly empezó a latir con fuerza.

—¡Jim!

Al percibir una nota de alarma en su voz Jim se incorporó y abrió los ojos.

—¿Qué?

—Por amor de Dios, no cierres los ojos tanto tiempo. Podrías quedarte dormido, y no te darías cuenta hasta...

—¿Crees que puedo dormir con todas esas cosas en mi cabeza?

—No lo sé. No quiero correr el riesgo. Mantén los ojos abiertos, ¿de acuerdo? Es obvio que suprimes al Enemigo cuando estás despierto, así que sólo aparece cuando duermes.

En el cristal del parabrisas, como si fuera la pantalla de un ordenador en la cabina de un avión de combate, unas palabras empezaron a aparecer de izquierda a derecha, cada letra tenía tres centímetros de alto: «MUERTA MUERTA MUERTA...».

Holly, tratando de no demostrar su miedo, dijo:

—Al infierno con esto. —Y puso en marcha los limpiaparabrisas, como si aquellas palabras fueran suciedad que pudiera eliminarse, pero las palabras siguieron allí, y Jim las observaba atemorizado.

Al pasar frente a un pequeño rancho, el aroma del heno recién segado entró con la brisa a través de las ventanillas.

— ¿Adónde vamos? —inquirió de nuevo Jim. —A explorar.

— ¿Explorar qué? —El pasado.

—Todavía no creo en lo que dices —dijo Jim—. No puedo creerlo. ¿Cómo demonios voy a hacerlo? ¿Y cómo podemos probar que lo que afirmas es cierto?

—Vamos a la ciudad —respondió Holly—. Haremos el recorrido que tú me enseñaste ayer. Svenborg, puerto de misterio y romance..., menudo poblacho. Pero tiene algo especial. Tú querías que yo viera aquellos lugares, tu subconsciente me decía que las respuestas están en Svenborg. Así que vamos a buscarlas juntos.

Nuevas palabras aparecieron bajo las anteriores: «MUERTA MUERTA MUERTA...».

Holly sabía que el tiempo se agotaba. El Enemigo quería aparecer, quería destriparla, desmembrarla, reducirla a un montón humeante de sus propias entrañas antes de que tuviera tiempo de convencer a Jim de su teoría, y no iba a esperar a que Jim estuviera dormido. Holly no estaba muy segura de que Jim pudiera contener aquella parte oscura de sí mismo a medida que ella le presionaba para que se enfrentara con la verdad. Su autocontrol podía resquebrajarse, y sus personalidades benignas podían hundirse bajo el surgimiento creciente de aquella fuerza oscura.

—Holly, si tengo esa extraña personalidad múltiple, ¿no me habría curado en cuanto me lo hubieras explicado, no habría desaparecido la venda de mis ojos?

—No. Tienes que creerlo antes de ser capaz de asumirlo. El saber que sufres una condición mental anormal es el primer paso para que lo entiendas, y comprender lo que te ocurre es tan sólo el primer paso doloroso que te llevará a la curación.

—No me hables como si fueras un psiquiatra, no eres psiquiatra.

Jim se resguardaba en la rabia, en aquella mirada gélida, tratando de intimidarla como lo había hecho en anteriores ocasiones, cuando no quería que se acercara a él. No le había dado resultado entonces ni se lo iba a dar ahora. A veces los hombres podían ser muy torpes.

—Una vez entrevisté a un psiquiatra —dijo Holly.

—Oh, fantástico, eso te convierte en una gran terapeuta.

—Quizá sí. El psiquiatra que entrevisté estaba como una cabra, así que, ¿qué importancia tiene un título universitario?

Jim tomó una profunda bocanada de aire y luego la expulsó con un estremecimiento.

—De acuerdo, supongamos que tienes razón, que de algún modo nos encontremos con una prueba irrefutable de que estoy loco de atar.

—Tú no estás loco, tú estás...

—Sí, sí, estoy perturbado, trastornado, llámalo como quieras. Si encontramos alguna prueba, y no puedo imaginar cómo, entonces, ¿qué va a ocurrirme? Quizá sonría y diga: «Oh, sí, desde luego, me lo inventé todo, vivía a costa de un engaño, me encuentro mucho mejor ahora, vamos a comer». Pero no lo creo. Creo que si ocurre... me desintegraré en un millón de pedazos.

—No puedo prometerte que la verdad, si la encontramos, sea una salvación, porque hasta ahora tú has encontrado la salvación en la fantasía, no en la verdad. Pero no podemos seguir así porque El Enemigo me odia, y acabaría por matarme. Tú mismo me advertiste.

Jim miró las palabras en el parabrisas y no dijo nada. Ya no le quedaban argumentos, y acaso tampoco resistencia.

Las palabras se borraron rápidamente.

Quizás aquello era una buena señal, una indicación de que su subconsciente se adaptaba a la teoría de Holly. O tal vez El Enemigo había decidido que no podía asustarla con simples amenazas y buscaba la forma de resurgir y atacarla.

—Cuando me haya matado, te darás cuenta de que es una parte de ti. Y si me quieres, tal como me dijiste a través del Amigo ayer noche, ¿qué va a hacer luego contigo? ¿Va a destruir al Jim que amo? ¿Va a dejarte con tan sólo una personalidad, la oscura, El Enemigo? Creo que no me equivoco. Hablamos de tu supervivencia y de la mía. Si quieres tener un futuro tenemos que llegar hasta el fondo de todo esto.

—Quizás indaguemos e indaguemos sin que haya fondo. ¿Y entonces qué?

—Entonces seguiremos indagando.

Al entrar en la ciudad, pasando del paisaje reseco a aquel emplazamiento de pioneros extremadamente concentrado, Holly dijo de pronto en voz alta:

— ¡Robert Vaughn!

Jim reflejó en su rostro un gesto de sorpresa, no porque Holly hubiera dicho algo desconcertante, sino porque aquel nombre guardaba con él una conexión inmediata.

— ¡Dios mío! —dijo Jim—, era su voz.

—La voz del Amigo —dijo Holly mirándole un instante—. Tú también te percataste de que era algo familiar.

Robert Vaughn, el maravilloso actor, que había sido el héroe de la serie televisiva *Los hombres de CIPOL*, el convincente villano de innumerables películas. Poseía una de esas voces caracterizadas con tal riqueza de tono y profundidad que podía ser tan amenazante, o tan paternal y conciliadora como él quisiera.

—Robert Vaughn —dijo Holly—. Pero, ¿por qué? ¿Por qué no Orson Welles, Paul Newman, Sean Connery o Pedro Picapiedra? Es una elección demasiado extraña para que carezca de algún significado.

—No lo sé —dijo Jim pensativamente, pero en su interior tenía el inquietante sentimiento de que debía saberlo. La explicación estaba a su alcance.

— ¿Todavía crees que es un alienígena? —le preguntó Holly—. ¿No te parece que un alienígena adoptaría otra voz? ¿Por qué iba a imitar a un actor?

—Una vez vi a Roben Vaughn —dijo Jim, sorprendido por un oscuro recuerdo que se agitaba en su interior—. Quiero decir, no en la televisión o en una película, sino en persona. Hace ya mucho tiempo.

—¿Cuándo, dónde?

—No puedo recordarlo..., no podré acordarme.

Jim se sentía como si estuviera sobre una estrecha franja de tierra entre dos precipicios, sin ningún lugar en el que apoyarse. Por un lado estaba la vida que había llevado hasta aquel momento, llena de tormento y desesperación, que había tratado de negar pero que por momentos se abatía sobre él, como cuando realizó aquel viaje espiritual en la Harley a lo largo del desierto de Mojave, buscando alguna salida, aunque fuera la muerte. Por otro lado, se extendía ante él un incierto futuro que Holly trataba de realzar, un futuro que según ella estaba lleno de esperanza pero que a él le parecía caótico y lleno de locura. Y la estrecha franja de tierra sobre la que se encontraba se resquebrajaba por minutos.

Recordó una conversación que habían tenido dos noches atrás cuando yacían juntos en su cama, antes de que hicieran el amor por primera vez:

—La gente siempre es más complicada de lo que parece —había dicho Jim.

—¿Es eso una observación... o una advertencia?

— ¿Advertencia?

—Quizá me estás advirtiéndome que no eres lo que pareces.

Tras una larga pausa, él había dicho: «Quizá».

Y tras otra larga pausa, Holly había respondido: «Supongo que no me importa».

Ahora estaba seguro de que la había advertido. Una débil voz interior le decía que ella estaba en lo cierto, que las entidades del molino tan sólo eran diferentes aspectos de sí mismo. Pero si él era víctima de un síndrome de personalidad múltiple, no creía que su estado pudiera ser meramente descrito como una simple

perturbación o confusión mental, como Holly había tratado de explicar. La locura era la única explicación posible a lo que le ocurría.

Entraron en Main Street. La ciudad resultaba extrañamente oscura y amenazadora, quizá porque contenía la verdad que le obligaría a salir de su estrecho cobijo mental hacia un mundo caótico o algo peor.

Recordó haber leído que sólo los locos se hallaban absolutamente seguros de su cordura. Jim no estaba seguro de nada pero aquello no le proporcionaba consuelo alguno. Jim sospechaba que la locura era la esencia misma de la incertidumbre, una frenética pero vana búsqueda de respuestas. La cordura era aquel lugar de certidumbre que se erigía sobre el vertiginoso caos.

Holly detuvo el coche frente a la farmacia de Handahl al final de Main Street Este.

—Empezaremos aquí.

— ¿Por qué?

— Porque es la primera parada que hicimos cuando tú me mostrabas los lugares que significaban algo para ti cuando eras pequeño.

Jim salió del coche. Sobre su cabeza se extendía el ramaje de una magnolia Wilson, una de las varias que se entrelazaban con otros árboles a lo largo de ambos lados de la calle. Aquella imagen mitigó su inquietud pero contribuyó a agudizar el sentimiento extraño y discordante que creaba el pueblo.

Cuando Holly abrió la puerta de aquel edificio de estilo danés, los cristales que la componían brillaron como joyas, y una campanilla tintineó sobre sus cabezas.

El corazón de Jim latía con fuerza, no porque la farmacia fuera un lugar en el que había ocurrido algo significativo durante su infancia, sino porque presentía que aquélla era la primera piedra del camino que llevaba a la verdad.

El bar en que se servía soda y café se hallaba a su izquierda, y, a través de la arcada, Jim vio a unas cuantas personas que estaban desayunando. Inmediatamente después de entrar había un pequeño puesto de revistas, donde se amontonaban los periódicos de la mañana, la mayoría periódicos de Santa Bárbara; también había revistas, y un soporte giratorio que contenía libros de bolsillo.

— Solía comprar aquí los libros —dijo Jim—. Ya entonces adoraba los libros, nunca tenía suficiente.

La farmacia se hallaba a su derecha, más allá de otra arcada. Se parecía a cualquier moderna farmacia americana, pues en su interior se almacenaban más cosméticos, productos de belleza y lociones para el pelo que productos farmacéuticos. Por otro lado era agradablemente pintoresca: estanterías de madera en lugar de metal; mostradores de granito pulido; un aroma atrayente compuesto de velas Bayberry, chocolatinas, efluvios de cigarros que llegaban desde la caja registradora, un olor suave de alcohol etílico y diversos fármacos.

Aunque aún era una hora temprana, el farmacéutico ya estaba trabajando, despachando como único dependiente que era. Se trataba del mismo Corbett Handahl, un hombre fornido de bigote blanco y cabello cano, llevaba una immaculada camisa azul bajo su almidonada bata blanca.

Levantó la mirada hacia ellos y exclamó:

—Jim Ironheart, válgame Dios. Cuánto tiempo ha pasado..., al menos tres o cuatro años.

Se dieron la mano.

—Cuatro años y cuatro meses —respondió Jim.

Estuvo a punto de añadir «desde que el abuelo murió», pero se contuvo sin saber por qué.

Rociando el mostrador de granito con Windex, para luego secarlo con toallas de papel, Corbett sonrió y se dirigió a Holly:

—Quienquiera que usted sea, le estoy eternamente agradecido por haber traído la belleza en esta mañana gris.

Corbett era el perfecto farmacéutico de pueblo: lo suficiente jovial para parecer un hombre corriente, a pesar de ocupar un elevado puesto en la escala social debido a su trabajo, lo bastante bromista para ser un personaje local, pero con un evidente aire de eficiencia que convertían sus preparados medicinales en algo seguro. La gente del pueblo se detenía a saludarle, no únicamente cuando necesitaban algo, y el genuino interés que él sentía por la gente le ayudaba en su negocio. Hacía treinta y tres años que trabajaba en la farmacia y había sido su propietario desde hacía veintisiete, tras la muerte de su padre.

Handahl era el menos peligroso de los hombres, no obstante, Jim se sintió amenazado por él. Quería salir de la farmacia antes de...

¿Antes de qué?

Antes de que Handahl dijera lo que no debía, de que revelara demasiadas cosas. Pero, ¿qué podía revelar?

— Soy la prometida de Jim —dijo Holly, sorprendiendo a Jim.

—Enhorabuena, Jim —dijo Handahl—. Eres un hombre afortunado. Señorita, espero que sepa que el verdadero apellido de la familia era Ironhead<sup>1</sup> antes de que se cambiaran de nombre, lo cual es más descriptivo. Un grupo de testarudos.

Le hizo un guiño y se echó a reír.

—Jim me está enseñando la ciudad, mostrándome sus lugares favoritos. Un viaje sentimental, podría decirse.

Frunciendo el ceño, Handahl se dirigió a Jim:

—No sabía que el pueblo te gustara lo suficiente como para sentirte nostálgico.

Jim se encogió de hombros.

— Las cosas cambian.

—Me alegro de oírlo. —Handahl se volvió de nuevo hacia Holly—. Jim empezó a venir por aquí poco después de que se instalara con sus abuelos, venía cada martes y cada viernes, cuando llegaban los nuevos libros y revistas del distribuidor de Santa Bárbara. —Había dejado a un lado el Windex y estaba poniendo sobre el mostrador cajas de chicles, pastillas de menta, mecheros y peines de bolsillo—. En aquella época, Jim era un auténtico entusiasta de la lectura. ¿Aún lo sigues siendo?

—Todavía —dijo Jim con creciente malestar, aterrorizado de lo que Handahl pudiera decir a continuación.

Pero no tenía ni idea de que podía ser tan importante.

—Tenías unos gustos muy especiales, lo recuerdo. —Handahl miró a Holly—. Solía gastar su paga semanal comprando libros de ciencia—ficción y de terror. Desde luego en aquellos días una paga de dos dólares semanales daba mucho de sí, si se tiene en cuenta que un libro costaba unos cuarenta y cinco o cincuenta centavos.

La claustrofobia se apoderó de Jim, densa como un pesado sudario. La farmacia empezó a resultarle terroríficamente pequeña, atestada de mercancías, y quiso salir de allí. «Viene, ya viene», pensó, con un súbito ataque de ansiedad.

—Imagino que su interés en extrañas lecturas de ficción le venía de sus padres.

— ¿Cómo es eso? —preguntó Holly con el ceño fruncido. —No conocía demasiado a Jamie, el padre de Jim, pero sólo iba un curso detrás de él en la escuela del condado. Sin ánimo de ofender, Jim, tu padre tenía unas aficiones exóticas, aunque con lo que el mundo ha cambiado ahora no parecerían tan exóticas como lo eran en los años cincuenta.

— ¿Aficiones exóticas?

Jim miró en torno a la farmacia, preguntándose por dónde podría venir, qué ruta de escape podía estar bloqueada y cuál podía estar abierta. Jim oscilaba entre la aceptación y el rechazo de la teoría de Holly, y en aquel momento estuvo seguro de que ella se equivocaba. No era una fuerza interior. Era un ser totalmente exterior a él, tal como lo era El Amigo. Era un diabólico alienígena, al igual que El Amigo era bueno, y podía ir donde quisiera, aparecer de la nada, en cualquier instante, y sabía que venía, porque quería matarlos a todos.

1. Juego de palabras: *Ironheart*, corazón de hierro. *Ironhead*, cabeza de hierro. (N. de la T.)

—Bueno —dijo Handahl—, de niño, Jamie solía venir por aquí, por aquel entonces era la tienda de mi padre, y compraba aquellas revistillas con robots, monstruos y mujeres con poca ropa en las cubiertas. Solía hablar del día en que conseguiríamos que el hombre llegara a la Luna, y todo el mundo pensaba que Jamie era un poco extraño por eso, pero supongo que después de todo tenía razón. No me sorprendió cuando me enteré de que había abandonado su trabajo de contable, se había casado con una chica del mundo del espectáculo y se ganaba la vida haciendo actuaciones de poder mental.

—¿Actuaciones de poder mental? —repitió Holly al tiempo que miraba a Jim — . Creí que tu padre era un contable y tu madre una actriz.

—Lo eran —respondió Jim con un hilo de voz—. Eso fue antes de que se unieran para actuar juntos en el número que representaban.

Casi lo había olvidado. ¿Cómo podía haber olvidado el número? Tenía todas las fotografías de sus giras, muchas de ellas colgadas de la pared; las veía a diario y, sin embargo, había olvidado que habían sido tomadas durante los viajes que tenían lugar entre sus actuaciones.

Se acercaba rápidamente. Estaba muy cerca, muy cerca.

Quería avisar a Holly, pero no podía articular palabra. Algo parecía haberle robado la lengua, bloqueado sus mandíbulas.

Se acercaba... No quería que Jim avisara a Holly. Quería cogerla por sorpresa.

Poniendo en orden los últimos artículos sobre el mostrador, Handahl dijo:

—Fue una tragedia, lo que les ocurrió. Jim, cuando viniste por primera vez al pueblo para vivir con tus abuelos, eras tan retraído..., nadie te podía sacar dos palabras seguidas.

Holly ya no miraba a Handahl sino que tenía los ojos clavados en Jim. Parecía intuir que se hallaba en un estado de profunda aflicción.

—Al segundo año, después de que Lena muriera —prosiguió Handahl — , Jim se quedó callado como un muerto, totalmente mudo, como si no fuera a pronunciar otra palabra en su vida. ¿Te acuerdas de eso, Jim?

Con expresión de asombro, Holly se volvió hacia Jim.

— ¿Tu abuela murió al segundo año de estar aquí, cuando tenías once años?

«Le dije que murió hace cinco años —pensó Jim—. ¿Por qué le dije cinco años cuando ocurrió hace veinticuatro?»

Venía... Jim lo sentía. Ya venía... El Enemigo.

—Disculpadme, necesito aire fresco —dijo Jim.

Salió apresuradamente y se detuvo junto al coche, haciendo esfuerzos para respirar.

Al mirar atrás descubrió que Holly no le había seguido. Podía verla por el cristal de la ventana, hablando con Handahl.

Mientras tanto, el peligro seguía acercándose...

«Holly, no le hables —pensó Jim—, no le escuches, sal de ahí.»

Apoyándose contra el coche, Jim pensó: «La única razón por la que temo a Corbett Handahl es porque sabe más acerca de mi vida en Svenborg de lo que yo puedo recordar».

Demasiado tarde. Había llegado.

Ya estaba allí.

Handahl siguió a Jim con una mirada de curiosidad.

—Creo que nunca ha podido sobreponerse a lo que les ocurrió a sus padres... o a Lena —dijo Holly.

Handahl asintió con la cabeza.

— ¿Quién se sobrepone a algo tan horrible como eso? Era un niño tan encantador que se te rompía el corazón.

Antes de que Holly pudiera preguntar algo más acerca de Lena, Handahl dijo:

— ¿Van a ir a vivir a la granja?

—No. Sólo vamos a estar un par de días.

—Mire, no es de mi incumbencia, pero es una pena que nadie se ocupe de esa tierra.

—Bueno, Jim no es granjero —respondió Holly—, y sin nadie que quiera comprar el lugar...

—¿Que nadie quiere comprar el lugar? Se equivoca totalmente, señorita, se darían de bofetadas por comprarlo si Jim lo pusiera a la venta.

Holly parpadeó.

—En esa propiedad tienen un auténtico pozo artesiano —prosiguió Handahl—, lo que significa que siempre tendrán agua en un condado en el que escasea. —Se inclinó sobre el mostrador de granito y cruzó los brazos ante el pecho—. Funciona de la siguiente forma: cuando la vieja charca está llena, el peso de todo el agua hace presión sobre el manantial natural y afloja el caudal del agua que pueda venir. Pero si se empieza a sacar agua para regar las cosechas, el caudal aumenta y la charca siempre está llena, como la jarra mágica de un cuento de hadas. —Inclinó a un lado la cabeza y entrecerró los ojos — . ¿Jim le ha dicho que no podía venderla?

—Bueno, yo imaginé que...

—Le diré algo, quizás ese hombre es más sentimental de lo que pensaba. Quizá no quiere vender la granja porque en ella hay demasiados recuerdos.

—Quizá —respondió Holly—. Pero hay recuerdos tan buenos como malos.

—En eso tiene razón.

—Como el de que su abuela muriera —dijo Holly, tratando de que él volviera a abordar de nuevo el tema—. Aquello fue...

Un sonido repiqueteante la interrumpió. Se dio la vuelta y vio que las botellas de champú, laca, vitaminas y medicinas se agitaban en las estanterías.

—¡Terremoto! —dijo Handahl, elevando la mirada con preocupación hacia el techo, como si pensara que podía desmoronarse sobre ellos.

Los envases se agitaron con más violencia que nunca, y Holly supo que aquello se debía a algo peor que un terremoto. Se le estaba avisando de que no hiciera más preguntas a Handahl.

El mundo acogedor de la pintoresca farmacia empezó a desintegrarse. Las botellas explotaron en los estantes, dirigidas hacia Holly. Se apartó y se tapó el rostro con los brazos. Los envases cayeron sobre ella, algunos la rozaron y cayeron sobre Handahl. El bote humidificador, que se hallaba sobre el mostrador, vibraba. Holly, instintivamente, se arrojó al suelo. En el momento mismo que se tiraba al suelo, la cubierta de cristal de aquella caja estalló. Los trozos de cristal cortaron el aire en que hacía unos instantes Holly se había encontrado. Se arrastró hacia la salida mientras refulgentes cascotes de botella se estrellaban contra el suelo. A su espalda la pesada caja registradora cayó del mostrador de granito, y no la aplastó por unos escasos centímetros. Antes de que las paredes se abombaran para dar lugar a una forma alienígena, Holly alcanzó la puerta, pasó corriendo junto al quiosco de revistas y salió a la calle, dejando a Handahl en medio de su supuesto terremoto.

El latido palpitaba bajo los pies de Holly en el pavimento de la calle.

Encontró a Jim apoyado en el coche, temblando y pálido como una pared, con la expresión de un hombre que está a punto de saltar a un precipicio. Cuando Holly pronunció su nombre no respondió. Parecía estar a punto de rendirse a la oscura fuerza que albergaba en su interior, una fuerza que reclamaba su libertad.

Holly le apartó del coche, le rodeó con sus brazos, y lo abrazó con todas sus fuerzas, repitiendo su nombre, esperando que de un momento a otro las aceras estallaran en un géiser de ladrillos, esperando que en cualquier instante la atraparan unas pinzas enormes, tentáculos, o unas manos frías y húmedas de formas inhumanas. Pero el latido se fue desvaneciendo y, transcurrido un tiempo, Jim levantó los brazos y abrazó a Holly.

El Enemigo se había marchado.

Pero era una retirada momentánea.

El Svenborg Memorial Park estaba situado junto a los jardines Tivoli. El cementerio se hallaba separado del parque por una verja de hierro y una serie de árboles, la mayoría de ellos eran cedros blancos y pimenteros californianos.

Jim condujo lentamente a lo largo de la avenida que serpenteaba a través del cementerio.

—Aquí.

Condujo el coche hacia un lado y se detuvo. Cuando salió del Ford sintió la misma claustrofobia que en la farmacia, a pesar de hallarse al aire libre. El cielo, de un color pizarra oscuro, parecía cernirse sobre los monumentos de granito, mientras

que aquellos rectángulos, cruces y agujas se elevaban como las protuberancias de antiguos huesos medio enterrados. Bajo aquella luz desagradable la yerba y los árboles eran de un verde grisáceo, y éstos parecían amenazantes, como si estuvieran a punto de precipitarse sobre él.

Dando la vuelta al coche, hacia el lado de Holly, Jim señaló el Norte.

—Allí.

Holly le cogió la mano. Jim se sintió agradecido por aquel gesto.

Juntos se dirigieron a la tumba de los abuelos de Jim. Se hallaba situada en una ligera ondulación que se elevaba en medio de la plana uniformidad del cementerio. Una lápida rectangular de granito se erigía sobre ambas tumbas.

El corazón de Jim palpitaba con fuerza, y tenía dificultad en tragar saliva.

El nombre de su abuela estaba cincelado en el lado derecho del monumento funerario: LENA LOUISE IRONHEART.

Reluctante, Jim miró la fecha de su nacimiento y de su muerte. Tenía cincuenta y tres años cuando murió. Y hacía veinticuatro años que estaba muerta.

Eso debía de ser lo que uno sentía después de sufrir un lavado de cerebro, después de perder la memoria: falsos recuerdos llenaban los espacios en blanco. Su pasado le parecía como un paisaje sumido en una densa neblina que tan sólo se distinguía por la inconstante y extraña luminiscencia de una luna envuelta en nubes. De pronto no podía recordar los años pasados con la misma claridad que había poseído tan sólo una hora atrás, y no podía confiar en la realidad que todavía veía; los recuerdos nítidos quizá no eran más que distorsiones de la niebla y las sombras al verse forzado a afrontarlos con tal proximidad.

Desorientado y asustado se cogió con más fuerza a la mano de Holly.

— ¿Por qué mentiste, por qué me dijiste que murió hace cinco años? —le preguntó Holly con suavidad.

—No te mentí. Al menos... no me di cuenta de ello. —Miró fijamente al granito, como si su pulida superficie fuera una ventana que diera al pasado, y luchó por recordar—. Recuerdo que una mañana, al levantarme, supe que mi abuela había muerto. Hace cinco años. Entonces vivía en el apartamento, en Irvine. —Escuchó su propia voz como si fuera la de un extraño, y el extraño tono que ésta poseía le produjo un escalofrío—. Me vestí... conduje hacia el Norte..., compré flores en el pueblo y vine aquí...

Tras un rato, al ver que Jim no continuaba hablando, Holly dijo:

— ¿Recuerdas algún funeral ese día? —No.

— ¿Más flores en la tumba?

—No. Todo lo que recuerdo es que me arrodillé llorando ante la lápida con las flores que había traído para ella, lloré durante largo tiempo. No podía dejar de llorar.

Al pasar junto a él dirigiéndose a otras tumbas, la gente lo había mirado con simpatía, luego con embarazo al percatarse del alcance de su colapso emocional, y finalmente con intranquilidad al darse cuenta de que el dolor que sentía era tan desgarrador que le hacía parecer un desequilibrado. Aún podía recordar lo desesperado que se sintió ese día, mirando con rabia a los que le observaban, sin otro deseo que el de escarbar la tierra y cubrirse con ella como si fuera una manta, para reposar en el mismo agujero que su abuela. Pero no podía recordar por qué se había sentido de aquel modo o por qué volvía a sentirse igual.

Miró de nuevo la fecha de su muerte —25 de septiembre— y en aquel momento se sintió demasiado asustado para llorar.

—¿Qué ocurre? Dímelo —le instó Holly.

—Ése es el día que vine con las flores, la única vez que he venido, el día que recordé que había muerto. Veinticinco de septiembre. De eso hace cinco años, no veinticuatro. Era el decimonoveno aniversario de su muerte..., pero en aquel momento me pareció, y hasta ahora también, que acababa de morir.

Los dos permanecieron en silencio.

Dos grandes mirlos volaron a través del lúgubre cielo, graznaron y desaparecieron tras las copas de los árboles.

—¿Podría ser —preguntó Holly finalmente—, que negaras su muerte, que rehusaras aceptarla cuando realmente ocurrió, hace veinticuatro años? Quizá sólo fuiste capaz de aceptarla diecinueve años más tarde... el día que viniste aquí con las flores. Ésa es la razón por la que crees que su muerte ocurrió mucho más recientemente de lo que en realidad fue. Tú sitúas la fecha de su muerte a partir del día que finalmente la aceptaste.

Jim reconoció de inmediato que Holly había dado en el blanco, pero la respuesta no le hizo sentirse mejor.

—Pero, Holly, por amor de Dios, es una locura.

—No —respondió ella con calma—, ÉS autodefensa, parte de las defensas que erigiste para ocultar muchas de las cosas que ocurrieron cuando tenías diez años. —Holly hizo una pausa, respiró profundamente y dijo — : ¿Cómo murió tu abuela, Jim?

—Ella... —Se sintió sorprendido al darse cuenta de que no podía recordar la causa de la muerte de Lena Ironheart. Otro espacio en blanco — . No lo sé.

—Creo que murió en el molino.

Jim apartó la mirada de la tumba, hacia Holly. La inquietud lo puso en tensión, aunque no sabía por qué.

— ¿En el molino? ¿Cómo? ¿Cómo puedes saberlo? —Por el sueño del que te hablé. Subiendo las escaleras del molino, al mirar la charca a través de la ventana, vi el rostro de otra mujer reflejado en el cristal, el rostro de tu abuela.

— Eso sólo era un sueño. Holly meneó la cabeza.

—No, creo que era un recuerdo, un recuerdo que tú proyectabas de tu sueño al mío.

El corazón de Jim se vio invadido por el pánico a causa de unas razones que no podía discernir.

— ¿Cómo puede haber sido un recuerdo que no tengo? —Te equivocas, sí lo tienes.

Jim frunció el ceño.

—No es cierto.

—Tienes muchos recuerdos atrapados en tu subconsciente, donde solamente puedes acceder cuando sueñas, pero están allí.

Si ella le hubiera dicho que el cementerio se hallaba sobre un carrusel, y que lentamente empezaban a girar bajo aquel cielo de color metal, lo habría aceptado con más facilidad que el recuerdo hacia el que Holly le conducía. Se sentía como si girara a través de la luz y la oscuridad, el miedo y la rabia...

—Pero en tu sueño —dijo Jim con gran esfuerzo—, yo estaba en la habitación superior cuando mi abuela llegó hasta ella.

—Sí.

—Y si ella murió allí...

—Tú presenciaste su muerte, ¿verdad?

Jim movió la cabeza con fuerza.

—No. Dios mío, lo recordaría, ¿no crees?

—No. Creo que ésa es la causa de que necesitases diecinueve años para admitir que ella había muerto. Creo que la viste morir, y supuso tal trauma que te provocó un largo período de amnesia, en el que superpusiste fantasías y más fantasías.

Se levantó una brisa, y algo se enredó en los pies de Jim. Creyó que se trataba de las huesudas manos de su abuela que surgían de la tierra para atraparlo, pero al mirar al suelo vio que tan sólo eran hojas marchitas que se entrelazaban unas con otras al deslizarse sobre la yerba.

Cada latido de su corazón le parecía como un puñetazo. Jim se alejó de la tumba ansioso de volver al coche.

Holly posó una mano en su brazo.

—Espera.

Jim se desasíó de ella, casi empujándola. La miró con rabia y dijo:

— ¡Quiero salir de aquí!

Sin amilanarse, Holly se agarró a él y lo detuvo de nuevo.

—Jim, ¿dónde está tu abuelo? ¿Dónde está enterrado?

Jim señaló el trozo de tierra que había junto a la tumba de su abuela.

—Está allí, junto a ella.

Entonces miró la parte izquierda del monumento funerario de granito. Su atención se había concentrado de tal modo en la otra mitad, en la fecha imposible en que murió su abuela, que no se había dado cuenta de lo que faltaba en el lado izquierdo. El nombre de su abuelo estaba allí, como debía ser, cincelado en la misma época que el de Lena: HENRY JAMES IRONHEART. También figuraba la de su nacimiento, pero la de su muerte no había sido grabada en la piedra.

El cielo de hierro se cernía sobre él.

Los árboles parecían inclinarse sobre su cabeza.

— ¿No dijiste que murió ocho meses después de Lena? Jim tenía la boca seca. Apenas le quedaba saliva para hablar y las palabras surgían en secos murmullos como susurrantes oleadas de arena contra la piedra del desierto.

— ¿Qué demonios quieres de mí? Ya te lo dije... ocho meses después... veinticuatro de mayo del año siguiente.

— ¿Cómo murió?

—Yo no... No lo recuerdo. —¿De enfermedad? «¡Cállate, cállate!», pensó Jim.

— ¿Un accidente?

—Creo que..., creo que fue de un ataque.

El pasado era como una gran niebla misteriosa. Jim se dio cuenta de que raramente pensaba en el pasado. Vivía totalmente en el presente: No se había percatado de que había grandes agujeros en sus recuerdos, simplemente porque había demasiadas cosas que nunca había intentado recordar.

— ¿No eras el pariente más cercano de tu abuelo? —le preguntó Holly.

—Sí.

—¿No te ocupaste de los detalles del funeral?

Jim vaciló, frunció el ceño.

—Creo que sí.

— ¿Entonces te olvidaste de poner la fecha de su muerte en la lápida?

Jim observó el espacio en blanco en el granito, buscando frenéticamente al mismo tiempo un espacio en blanco en su memoria, incapaz de responder a Holly. Se sentía mareado. Quería acurrucarse y cerrar los ojos, dormir y no despertar jamás, dejar que algo se despertara en su lugar...

— ¿O acaso lo enterraste en otro lugar?

A través de las cenizas de aquel cielo quemado, los graznantes mirlos descendieron en picado, emitiendo con el batir de sus alas mensajes caligráficos, cuyo significado era tan indescifrable como los evasivos recuerdos que se precipitaban en la oscuridad profunda de la mente de Jim.

Holly giró en dirección a los jardines Tivoli.

Cuando salieron de la farmacia, Jim quiso dirigirse al cementerio, preocupado por lo que allí podía encontrar e inquieto ante la idea de enfrentarse a un pasado de falsos recuerdos que arrancar de su mente para afrontar la verdad. La experiencia en aquel lugar le había alterado y ahora no tenía ninguna prisa para descubrir las sorpresas adicionales que le aguardaban. No le importaba que Holly llevara el coche. Ella sospechaba que Jim se habría sentido más feliz si se hubieran alejado del pueblo y no le hubiera vuelto a hablar acerca de New Svenborg.

El parque era demasiado pequeño para que existiera una avenida para los coches. Dejaron el vehículo en la calle y entraron en él.

Holly llegó a la conclusión de que los jardines Tivoli eran todavía menos atrayentes vistos de cerca de lo que le habían parecido el día anterior desde lejos. Aquella impresión no sólo se debía al cielo nublado. Había trozos de yerba reseca a causa del sol estival de las semanas precedentes, y que podía ser bastante intenso en cualquier valle del centro de California, plantas trepadoras se entrelazaban en los descuidados rosales; las pocas rosas que quedaban estaban mustias y sus pétalos caían sobre el espinoso arbusto. Las otras flores parecían marchitas, y los dos bancos necesitaban una mano de pintura.

Sólo el molino estaba bien cuidado. Era más grande e imponente que el molino de la granja, y tenía una base circular más amplia.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Holly.

—No lo preguntes. Tú fuiste la que quisiste venir.

—No seas estúpido, cariño —rebatió Holly.

Holly sabía que presionarle era lo mismo que dar patadas a un paquete de dinamita, pero no tenía otra elección. Jim estallaría tarde o temprano. La única posibilidad de supervivencia que tenía Holly era obligarle a reconocer que él era El Enemigo antes de que aquella personalidad malévola se apoderara de él para siempre. Holly sentía que el tiempo se agotaba.

—Tú fuiste el que marcó ayer el itinerario —dijo Holly—. Dijiste que aquí rodaron una película. —Una súbita agitación se apoderó de ella por lo que acababa de decir—. Espera un segundo... ¿Fue aquí donde viste a Robert Vaughn? ¿Participaba él en el rodaje?

Con una expresión de asombro que lentamente dio lugar a otra de preocupación, Jim se dio la vuelta, recorriendo con la mirada el pequeño parque. Finalmente se dirigió hacia el molino, seguido por Holly.

Dos atriles de carácter histórico flanqueaban el camino embaldosado situado frente a la puerta del molino. Los soportes estaban hechos de una piedra resistente a los cambios climáticos. El material escrito sobre las inclinadas superficies superiores estaba protegido por láminas de plexiglás herméticamente acopladas. El atril de la izquierda, hacia el cual se dirigieron primero, contenía información acerca del uso de los molinos para moler grano, sacar agua y producir electricidad que se habían utilizado en el valle de Santa Ynez desde 1800 hasta bien entrado el siglo XX; iba seguida de la historia del molino que tenían frente a ellos, llamado, de forma bastante apropiada, El Molino de New Svenborg.

Aquella información era tremendamente monótona, y Holly se volvió hacia el segundo atril por la sola razón de que aún poseía algo del afán de averiguar hechos relevantes que en el pasado la habían convertido en una pasable periodista. Su interés se vio inmediatamente cautivado por el título de la segunda placa, EL MOLINO NEGRO: LIBRO Y PELÍCULA.

—Jim, mira esto.

Jim se reunió con ella junto al segundo atril.

Había una fotografía de la cubierta de una novela juvenil —*El molino negro* por Arthur J. Willott—, y la ilustración era evidente que estaba basada en el Molino de New Svenborg. Holly leyó el texto con creciente asombro. Willott, uno de los habitantes del valle de Santa Ynez, había sido un célebre autor de novelas juveniles, que escribió cincuenta y dos obras antes de morir en 1982, a la edad de ochenta años. Su libro más conocido y que más había perdurado a diferencia de los demás, trataba de una aventura fantástica acerca de un molino encantado en la que un niño descubría que los fantasmas eran en realidad seres de otro planeta y que bajo la charca del molino yacía una nave espacial que llevaba allí diez mil años.

—No —dijo Jim con cierta rabia— no, eso no tiene sentido, no puede ser cierto.

Holly recordó el momento del sueño en que se hallaba en el cuerpo de Lena Ironheart, mientras subía las escaleras. Al llegar arriba se había encontrado con un Jim de diez años con las manos apretadas en un puño. Él se había vuelto hacia ella y había dicho: «¡Estoy asustado, ayúdame, las paredes, las paredes!». A los pies de Jim había una vela amarilla sobre un plato azul. Hasta ahora no había recordado que junto al plato yacía un libro de tapa dura con una coloreada cubierta. Era la misma cubierta reproducida en el atril: *El molino negro*.

—No —repitió Jim, y se alejó de la placa.

Miró a su alrededor con ansiedad a los árboles agitados por la brisa.

Holly siguió leyendo y descubrió que veinticinco años atrás, el mismo año que Jim, a la edad de diez años, llegó al pueblo, se había rodado una película basada en *El molino negro*. El molino de New Svenborg había servido como uno de los exteriores principales para rodar. La productora había creado una charca poco profunda, pero convincente, alrededor del molino, y habían pagado para que una vez rodada la película, la tierra fuera rehabilitada como un pequeño parque.

Mirando con el ceño fruncido los árboles y arbustos, Jim dijo:

—Algo se acerca.

Holly no vio que se acercara algo, y creyó que trataba de distraer su atención de la placa. Jim no quería aceptar las implicaciones que contenía, así que estaba tratando de alejar a Holly para que se fuera con él.

La película debía de haber sido un fracaso, porque Holly nunca había oído hablar de ella. Parecía tratarse del tipo de película que no había tenido relevancia excepto en New Svenborg e incluso allí, la razón de que tuviera cierta acogida se

debía al hecho de que estaba basada en una novela escrita por uno de los habitantes del valle. En el último párrafo del texto, aparte de otros detalles de la producción, constaban los nombres de los cinco actores más importantes del reparto. No eran actores de gran renombre. De los cuatro primeros, Holly sólo reconoció a M. Emmet Walsh, que era uno de sus actores favoritos. El quinto miembro del reparto era un joven, entonces desconocido, Robert Vaughn.

Holly levantó la mirada hacia el lúgubre molino.

— ¿Qué ocurre? —preguntó en voz alta. Elevó la mirada hacia el cielo, para luego posarla en la foto de la cubierta del libro de Willott—. ¿Qué demonios ocurre aquí?

Con una voz dominada por el miedo pero también por una extraña nota de anhelo, Jim dijo:

— ¡Ya viene!

Holly miró en su misma dirección, y vio que algo se movía bajo la tierra al otro extremo del pequeño parque, como si algo estuviera cavando un túnel hacia ellos, levantando a su paso un montón de tierra húmeda para abrirse camino a marchas forzadas, moviéndose deprisa, derecho hacia ellos.

Holly se giró y asió a Jim.

— ¡Detenlo!

—Viene —dijo Jim con los ojos abiertos. —Jim, eres tú, sólo tú. —No, no soy yo. El Enemigo. Parecía como si se hallara en trance. Holly miró hacia atrás y vio que aquella cosa avanzaba bajo el pavimento, agrietándolo y levantándolo tras de sí.

— ¡Jim, maldita sea!

Jim observaba lo que iba a aniquilarles con una mezcla de horror y anhelo, pensó Holly.

Uno de los bancos del parque se desprendió del suelo cuando la tierra cedió bajo él.

El Enemigo sólo estaba a doce metros de distancia, acercándose deprisa.

Holly asió a Jim de la camisa, lo sacudió y trató de hacer que la mirara.

—De pequeña vi la película. ¿Cómo se llamaba, eh? ¿No era *Invasores de Marte*, o algo parecido, en la que los extraterrestres hacían aberturas en la arena y se tragaban a la gente?

Holly miró hacia atrás. Estaba a nueve metros de ellos.

— ¿Es eso lo que va a matarnos, Jim?, ¿algo que se abre paso en la tierra, y que nos va a absorber?, ¿algo sacado de una película que provoca pesadillas en los niños de diez años?

Seis metros de distancia...

Jim sudaba, temblaba. Parecía no oír nada de lo que decía Holly.

No obstante, Holly le gritó a la cara:

—¿Vas a matarme, Jim? ¿Vas a suicidarte como Larry Kakonis, dándote por vencido y poniendo fin a todo? ¿Vas a dejar que una de tus propias pesadillas te arrastre?

El Enemigo estaba cada vez más cerca. Tres metros, dos metros...

—¡Jim!

Al tiempo que oía un monstruoso crujir de mandíbulas bajo ellos, Holly levantó el pie, y con el tacón del zapato propinó una fuerte patada a Jim en la espinilla. Jim emitió un grito de dolor mientras la tierra se movía bajo ellos. Holly miró con horror

cómo el suelo se quebraba. Pero la excavación subterránea se detuvo con el grito de dolor de Jim. La tierra no se abrió y nada irrumpió de ella.

Temblando, Holly se apartó hacia atrás de la yerba removida y la agrietada tierra sobre la que se encontraba.

Jim la miró horrorizado.

—No era yo. No es posible que lo fuera.

De nuevo en el coche, Jim se desplomó sobre el asiento.

Holly cruzó sus brazos sobre el volante y apoyó en ellos la frente.

Jim miró a través de la ventanilla del coche hacia el parque. Los gigantescos vestigios de aquella excavación subterránea todavía estaban allí. El pavimento estaba agrietado y deshecho. El banco yacía de lado.

No podía creer que aquella cosa subterránea fuera producto de su imaginación. Toda su vida había mantenido el control de sí mismo, llevando una existencia espartana de libros y trabajo, sin vicios ni concesiones —excepto una terrorífica y conveniente falta de memoria— pensó amargamente. Nada de la teoría de Holly era más difícil de aceptar que aquella salvaje y desenfrenada personalidad que formaba parte de él, que sin su control era el único peligro que afrontaban.

Jim experimentaba un miedo que iba más allá de lo normal. Ya no sudaba ni temblaba. Se había apoderado de él un terror primitivo que le dejaba rígido y paralizado.

—No era yo —repitió.

—Sí, lo eras.

Considerando que Holly sabía que había estado a punto de matarla, su tono de voz era sorprendentemente suave. No levantó la voz; una nota de ternura la atenuaba.

—Todavía sigues con la idea de una personalidad múltiple.

—Sí —respondió Holly.

—Así que eso era mi parte oscura.

—Sí.

—Encarnada en un gusano gigante o algo parecido —dijo Jim, tratando de dar inútilmente un tono de sarcasmo a sus palabras—. No obstante, tú dijiste que El Enemigo sólo aparecía cuando yo estaba durmiendo, y ahora no dormía, así que, incluso si yo soy El Enemigo, ¿cómo podía ser esa cosa del parque?

—Nuevas reglas... Subconscientemente estás cada vez más desesperado. No eres capaz de controlar esa personalidad con la facilidad de antes. Cuanto más te acerques a la verdad, más agresivo será El Enemigo para defenderse a sí mismo.

—Si era yo, ¿por qué no se oía el latido alienígena como en las anteriores ocasiones?

— Eso siempre ha sido un efecto teatral, como las campanas que anunciaban la presencia del Amigo. —Holly levantó la cabeza y le miró—. Lo has omitido porque no había tiempo para ello. Yo estaba leyendo la placa, y tú querías detenerme tan rápido como fuera posible. Necesitabas algo que desviara mi atención. Si me lo permites, cariño, fue algo que no esperaba.

Jim miró de nuevo hacia el molino a través de la ventanilla, y al atril que contenía información sobre *El molino negro*.

Holly puso una mano en su hombro.

—Te encontraste sumido en la desesperación cuando tus padres murieron. Necesitabas evadirte. Evidentemente, un escritor llamado Arthur Willott te proporcionó la fantasía que encajaba perfectamente en tus necesidades. De una forma u otra, has estado viviendo inmerso en ella hasta ahora.

Aunque no podía admitirlo ante ella, Jim tenía que reconocer que poco a poco iba comprendiendo, que se hallaba muy cerca de contemplar su pasado bajo una nueva perspectiva que haría que todos los hechos y circunstancias misteriosas adquirieran una forma comprensible. Si aquella amnesia selectiva, sus falsos recuerdos cuidadosamente elaborados, y su personalidad múltiple no eran signos de que estaba loco, sino simples soportes que había utilizado para mantener su cordura —tal como insistía Holly— entonces, ¿qué iba a ocurrir cuando se desprendiera de ellos? Si ahondaba en la verdad de su pasado, si afrontaba las cosas que no había querido afrontar cuando de niño se refugió en la fantasía, ¿le volvería loco la verdad? ¿De qué se ocultaba?

— Escucha —dijo Holly—, lo importante es que detuviste esa cosa antes de que llegara hasta nosotros, antes de que nos hiciera algún daño.

—La espinilla me duele muchísimo —dijo Jim. —Me alegro —respondió Holly. Holly puso el coche en marcha.

— ¿Adónde vamos ahora? —preguntó Jim.

— ¿Adónde podemos ir? A la biblioteca.

Holly aparcó en Copenhagen Lañe frente a la pequeña casa victoriana que había sido habilitada como biblioteca en New Svenborg.

Se alegraba de que no le temblaran las manos, de que su voz sonara segura y tranquila, y de haber sido capaz de conducir desde los jardines Tivoli sin dar bandazos de un lado a otro de la calle. Tras el incidente del parque le sorprendía que su ropa interior estuviera todavía limpia. Se había sentido reducida a un auténtico estado de terror —una sensación intensa y genuina sobre la que no se había superpuesto ninguna otra—. Aunque se había mitigado, todavía la sentía en su interior, y sabía que la seguiría sintiendo hasta que no salieran de aquella terrorífica situación —o hasta que sucumbieran—. Pero estaba decidida a no dejar que Jim se percatara del profundo miedo que tenía, porque él se hallaba aún peor. Después de todo, era su vida la que estaba resultando ser un cúmulo de mentiras. Necesitaba apoyarse en ella.

Mientras Jim y ella recorrían el camino frontal hacia el porche —Jim cojeando—, Holly advirtió que Jim estudiaba con atención el césped, como si creyera que algo iba a empezar de un momento a otro a escarbar un túnel bajo la tierra para luego dirigirse hacia ellos.

«Mejor que no —pensó Holly— o de lo contrario tendrás dos espinillas doloridas.»

Pero al dirigirse hacia la puerta frontal, Holly se preguntó si otra sacudida de dolor funcionaría por segunda vez.

En la entrada revestida de paneles de madera de la biblioteca, un letrero anunciaba NO—FICCIÓN SEGUNDO PISO. Una flecha indicaba una escalera que había a su derecha.

La entrada daba a un pasillo que conducía a dos grandes estancias. Ambas estaban cubiertas por estanterías llenas de libros. La habitación de la izquierda también tenía mesas de lectura con sillas y un gran escritorio de roble.

La mujer sentada al escritorio era un buen anuncio de la vida campestre: cutis perfecto, lustroso cabello castaño y ojos de un avellana claro. Parecía tener unos treinta y cinco años, pero probablemente tenía doce más.

La placa de identificación ponía ELOISE GLYNN.

El día anterior, cuando Holly quiso entrar en la biblioteca para ver si la tan admirada señorita Glynn estaba allí, Jim había insistido en afirmar que se habría retirado, que ya era bastante vieja veinticinco años atrás, cuando de hecho era obvio que en aquella época debía de ser una estudiante recién salida de la universidad que empezaba su primer trabajo.

En comparación a otros descubrimientos previos, aquello era tan sólo una pequeña sorpresa. Jim no había querido que Holly entrara en la biblioteca, así que se limitó a mentirle. Y a juzgar por la expresión de su rostro, estaba claro que la juventud de Eloise Glynn tampoco le sorprendía a él; el día anterior Jim supo que no decía la verdad, aunque quizá no entendía por qué estaba mintiendo.

La bibliotecaria no reconoció a Jim, tal vez porque había sido uno de esos niños que pasan inadvertidos o, quizá, porque no había vuelto a pisar la biblioteca desde que dejó la universidad dieciocho años atrás.

Eloise Glynn se mostraba dinámica y activa como una antigua entrenadora deportiva para chicas que Holly había tenido en sus días de instituto.

—¿Willott? —dijo Eloise en respuesta a la pregunta de Holly—. Oh, sí, tenemos un camión entero de Willott. —Se puso en pie de un salto—. Le enseñaré dónde está. —Pasó junto al escritorio y caminando apresuradamente guió a Holly y a Jim a través del pasillo que daba a la otra habitación—. Es de por aquí, como seguro que ya saben. Murió hace diez años, pero dos terceras partes de su obra aún siguen editándose. —Se detuvo frente a la sección de libros juveniles e hizo un gesto con la mano para indicarles dos estanterías de diez centímetros que agrupaban los libros de Willott—. Era un escritor muy prolífico, Artie Willott, tan trabajador que los castores escondían la cabeza avergonzados a su paso.

Le dirigió una sonrisa a Holly, que se contagiaba. Holly le devolvió la sonrisa.

—Buscamos *El molino negro*.

—Ése es uno de sus libros más populares; nunca he conocido a un muchacho que no lo adorara. —La señorita Glynn extrajo el libro de la estantería casi sin buscar dónde estaba, y se lo entregó a Holly—. ¿Es para su hijo?

—En realidad, es para mí. Leí algo acerca de él en la placa de los jardines Tivoli.

—Yo ya he leído el libro —dijo Jim—. Pero ella siente curiosidad.

Holly volvió con Jim a la sala de lectura y se sentaron a una mesa alejada del escritorio. Poniendo el libro entre ambos leyeron los primeros dos capítulos.

Holly no dejaba de acariciarle suavemente —su mano, su hombro, su rodilla—. De algún modo tenía que procurar que no se desmoronase mientras descubría la verdad y la ayudaba a recuperarse, y el único pegamento en el que podía pensar para que se mantuviera entero era el amor. Estaba convencida de que cada pequeño gesto de cariño —cada caricia, sonrisa, mirada afectuosa o palabra— era una forma de evitar que se hiciera añicos.

La novela estaba bien escrita y cautivaba la atención. Pero lo que revelaba acerca de la vida de Jim Ironheart era tan asombroso que Holly empezó a leer a

toda velocidad, susurrando los pasajes a Jim, buscando con ansia la siguiente revelación sorprendente.

El protagonista principal se llamaba Jim, no Ironheart sino Jamison. Jim Jamison vivía en una granja que tenía una charca y un viejo molino. El molino estaba supuestamente encantado, pero tras presenciar una serie de extraños incidentes, Jim descubría que un ser de otro mundo habitaba bajo la charca en una nave espacial y manifestaba su presencia en el molino. Se revelaba ante Jim con un suave resplandor que brillaba dentro de las paredes. La comunicación entre Jim y el extraterrestre se llevaba a cabo mediante dos cuadernos amarillos apaisados: uno para las preguntas de Jim y otro para las respuestas del extraterrestre, que aparecían como por arte de magia. Según el extraterrestre, era un ser de pura energía y se hallaba en la Tierra para «observar, estudiar y ayudar a la humanidad». Se refería a sí mismo como «El Amigo».

Siguiendo las palabras con el dedo, Holly hojeó el resto del libro para averiguar si El Amigo seguía utilizando aquel complicado método de comunicación hasta el final. Efectivamente, lo hacía. En la historia en la que Jim había basado su fantasía, el extraterrestre nunca vocalizaba sus mensajes.

—Ésa es la razón por la que pusieras en duda que tu extra—terrestre pudiera vocalizar y la causa de que te resistieras a mi sugerencia de que nos negáramos a seguirle el juego con el sistema de los cuadernos.

Jim no podía negar la evidencia. Contemplaba el libro con infinito asombro.

La actitud de Jim dio a Holly ciertas esperanzas. En el cementerio, se había sumido en tal aflicción, su mirada era tan fría y vacía, que Holly había dudado de que Jim pudiera usar su enorme poder para curarse a sí mismo. Y en el parque, por un terrible instante, había pensado que la frágil cáscara de su cordura iba a resquebrajarse y a derramar la yema de su locura. Pero Jim había mantenido el control y ahora su curiosidad parecía sobreponerse al terror.

La señorita Glynn se hallaba ocupada trabajando en las estanterías. Tras Holly y Jim, nadie había entrado en la biblioteca.

Holly volvió a la narración, saltándose párrafos. A mitad del cuento, justo después de que Jim Jamison y el extraterrestre tuvieran su segundo encuentro, el *ET* le explicaba que era una entidad que vivía «en todos ¡os aspectos del tiempo», que podía ver el futuro y quería salvar la vida de un hombre que estaba destinado a morir.

— ¡Que me parta un rayo! —dijo Jim en voz baja.

Sin previo aviso, una visión irrumpió en la mente de Holly con tal fuerza y brillantez que la biblioteca se desvaneció por un momento y su mundo interior se hizo la única realidad: se vio a sí misma desnuda y clavada en una pared, en una obscena parodia de un crucifijo, con la sangre manando de sus manos y sus pies. Una voz susurraba: «Muere, muere, muere». Abrió la boca para gritar pero, en lugar de un grito, un enjambre de cucarachas salió de entre sus labios, y se dio cuenta de que estaba muerta y de que en sus putrefactas entrañas circulaban insectos repugnantes.

Aquella visión odiosa desapareció de la pantalla de su mente con la misma celeridad con que se había aparecido, y volvió a la biblioteca con un sobresalto.

—¿Holly?

Jim la observaba preocupado.

Sin duda, una parte de él le había enviado aquella visión. Pero el Jim que ahora la miraba no era el que lo había hecho. El niño siniestro que había en su interior, El Enemigo, lleno de odio e instintos asesinos, le atacaba con una nueva arma.

—Estoy bien. No pasa nada.

Pero no se sentía bien. La visión le había provocado náuseas y estaba mareada.

Tuvo que hacer un esfuerzo para volver a concentrar su atención en *El molino negro*.

El hombre al que Jim tenía que salvar, le explicó El Amigo era candidato a la presidencia de los Estados Unidos, que pronto iba a pasar por la ciudad de Jim donde sufriría un atentado. El extraterrestre quería que viviera porque «va a llegar a ser un gran estadista y un hombre de paz que salvará al mundo de una gran guerra». Debido a que debía mantener su presencia en la Tierra en secreto, El Amigo quería operar a través de Jim Jamison para detener a los asesinos: «Tú le lanzarás una línea de vida, Jim». La novela no incluía un extraterrestre malévolo. El Enemigo había sido una invención de Jim, la encarnación de su rabia y el odio que sentía hacia sí mismo.

De pronto, otra visión apareció en la mente de Holly, tan intensa que borró el mundo real: estaba en el interior de un ataúd, muerta pero ligeramente consciente; podía sentir cómo los gusanos se agitaban en su interior; podía oler la fetidez que se desprendía de su cuerpo en descomposición; podía ver su rostro pétreo reflejado en la tapa de su ataúd como si fuera un espejo. Ella levantaba las manos, que no eran más que huesos, y golpeaba la tapa; oía cómo los golpes reverberaban en los cientos de metros de tierra compacta sobre ella...

Por fin, volvió a la biblioteca.

—Holly, por amor de Dios, ¿qué te ocurre?

—Nada.

—¿Holly?

—Nada —insistió ella, percibiendo que sería un error admitir que El Enemigo la estaba atormentando.

Terminó de leer por encima *El molino negro*.

Al final de la novela, después de que Jim Jamison salvara al futuro presidente, El Amigo volvía a su refugio bajo la charca; y daba instrucciones a Jim para que olvidara que el encuentro había tenido alguna vez lugar, y hacerle recordar que había salvado al político por su propia iniciativa. Si algún recuerdo surgía en la mente de Jim, el extraterrestre le dijo que «me recordarás tan sólo como un sueño, una entidad de un sueño que una vez tuviste». Cuando la luz alienígena se desvaneció de la pared por última vez, los mensajes del cuaderno se desvanecieron, y con ellos todo vestigio de contacto alguno.

Holly cerró el libro.

Ella y Jim permanecieron sentados durante un rato, mirando la cubierta del libro.

En torno a Holly, miles de lugares y épocas, seres y mundos, desde Marte a Egipto hasta el condado de Yoknapatawpha, estaban encerrados entre las tapas de los libros, como el resplandor atrapado bajo la pulida superficie de una lámpara de latón. Casi podía sentir cómo esperaban el momento de deslumbrar con la primera página, volver a la vida con colores brillantes, olores intensos y deliciosos aromas, con risas, sollozos, gritos y susurros. Los libros eran sueños encuadernados.

—Los sueños son puertas —le dijo a Jim—, y la historia de una novela es una especie de sueño. A través del cuento de Willott, tú encontraste una puerta de salida

a tu desesperación, un escape a la aplastante sensación de que habías fallado a tu padre y a tu madre.

Hasta aquel momento, Jim había estado continuamente pálido desde que Holly le enseñó el cuaderno con las respuestas del Amigo: TE QUIERE HOLLY / TE VA A MATAR HOLLY. Un ligero color había vuelto a su rostro. Sus ojos todavía tenían una mirada fantasmal, y la preocupación se aferraba a él como las sombras a la noche, pero parecía estar asumiendo el hecho de que su vida se hallaba establecida sobre un cúmulo de mentiras, que era lo que temía El Enemigo que se hallaba en su interior.

La señorita Glynn había terminado de ordenar las estanterías. Estaba sentada a su escritorio.

— Pero ¿por qué tienes que sentirte culpable del accidente de tráfico que mató a tus padres? ¿Y cómo es posible que un niño a esa edad tuviera un sentido tan intenso de la responsabilidad? — inquirió Holly bajando aún más su tono de voz.

Jim meneó la cabeza. —No lo sé.

Al recordar lo que Corbett Handahl le había dicho, Holly puso una mano en la rodilla de Jim y dijo:

— Piensa, cariño. ¿El accidente ocurrió cuando conducían por la carretera e iban a actuar en uno de esos números de poder mental?

Jim vaciló, frunció el ceño.

— Sí... en la carretera.

—Tú viajabas con ellos, ¿verdad?

Jim asintió.

Al recordar la fotografía de su madre con un elegante vestido, Jim y su padre vestidos de esmoquin, Holly dijo:

—Tú formabas parte del número, ¿no es cierto?

Algunos de los recuerdos de Jim ascendían a la superficie como los halos de luz habían surgido en la charca. Las emociones que reflejaba su rostro no eran fingidas; se hallaba realmente sorprendido de salir de una vida inmersa en la oscuridad.

Holly sintió que su propia excitación crecía al mismo tiempo que la de Jim.

— ¿Qué hacías en el número? —preguntó Holly. —Era... un número de magia. Mi madre cogía objetos de entre el público. Mi padre trabajaba conmigo, y los dos... Yo sostenía los objetos personales y simulaba tener poderes paranormales. Luego decía a la gente cosas que era imposible que pudiera saber.

— ¿Simulabas? —inquirió Holly. Jim parpadeó.

— Quizá no. Es tan extraño... lo poco que recuerdo a pesar de intentarlo.

—No era un truco. Realmente podías hacerlo. Ésa es la razón por la que tus padres crearon el número. Eras un niño con poderes paranormales.

Jim recorrió con los dedos la sobrecubierta protectora de *El molino negro*.

—Pero...

—Pero ¿qué? —preguntó Holly.

—Todavía hay tantas cosas que no entiendo...

— Oh, a mí me ocurre lo mismo, cielo. Pero nos estamos acercando y tengo que creer que eso es algo bueno.

Una sombra que surgía de su interior cruzó el rostro de Jim.

Tratando de evitar que Jim se sumiera de nuevo en un humor sombrío, Holly dijo:

—Vamos.

Cogió el libro y se dirigió al escritorio. Jim la siguió.

La enérgica señorita Glynn estaba dibujando un cartel con lápices de colores y marcadores mágicos. Las coloreadas imágenes representaban niños y niñas vestidos de astronautas, espeleólogos, marineros, acróbatas y exploradores de la jungla. Había dibujado con lápiz, aunque todavía no había coloreado las letras, el siguiente mensaje: ESTO ES UNA BIBLIOTECA. NIÑOS Y AVENTUREROS BIEN VENIDOS. ¡TODOS LOS DEMÁS FUERA!

—Muy bonito — dijo Holly sinceramente señalando el cartel—. Realmente se nota que ha puesto toda su dedicación en ello.

—Eso me mantiene alejada de los bares —respondió la señorita Glynn con una amplia sonrisa que evidenciaba la razón de que cualquier niño se sintiera cautivado por ella.

—Mi prometido, aquí presente, me ha hablado muy bien de usted. Quizá no le recuerde después de veinticinco años.

La señorita Glynn miró a Jim interrogativamente.

— Soy Jim Ironheart, señorita Glynn.

—¡Claro que me acuerdo de ti! Tú eras el niño más especial que he conocido. — Se puso en pie, salió de detrás del escritorio, y abrazó a Jim. Luego se volvió hacia Holly y dijo—: Así que va a casarse con mi Jimmy. Eso es maravilloso. Por aquí han pasado muchos niños desde que empecé a trabajar, e incluso para ser una ciudad tan pequeña, no puedo pretender acordarme de todos ellos. Pero Jimmy era especial. Un niño muy especial.

Holly oyó de nuevo hablar acerca del apetito insaciable de Jim por las novelas de ciencia—ficción, lo terriblemente callado que había estado durante su primer año en el pueblo, y cómo durante el segundo año, tras la súbita muerte de su abuela, había permanecido totalmente mudo.

Holly se asió a aquella última explicación.

—Sabe, señorita Glynn, una de las razones por las que Jim me trajo aquí era para ver si podíamos vivir en la granja, al menos durante cierto tiempo...

—Es un pueblo más agradable de lo que parece —dijo la señorita Glynn—. Aquí serán felices, se lo garantizo. De hecho, dejen que les dé un par de tarjetas de lectores para la biblioteca.

Se sentó de nuevo y abrió uno de los cajones del escritorio.

Al tiempo que sacaba dos tarjetas y cogía un bolígrafo, Holly dijo:

— El asunto es que para Jim aquí hay tantos recuerdos buenos como malos, y la muerte de Lena es uno de los peores.

— El caso es que —prosiguió Jim— yo tan sólo tenía diez años cuando murió, bueno, casi once, y quizá me obligué a olvidar lo que ocurrió. No estoy demasiado seguro de cómo murió, y me preguntaba si usted podría recordar...

Holly decidió que Jim no era un entrevistador tan malo como creía.

—No puedo decir que recuerde los detalles —respondió la señorita Glynn—. En realidad, no creo que nadie sepa lo que hacía en el viejo molino a aquellas horas de la noche. Henry, tu abuelo, dijo que algunas veces iba a allí para estar tranquila. Era un lugar fresco y tranquilo, donde podía hacer un poco de punto y meditar. Y, desde luego, en aquellos días no era la ruina en que ahora se ha convertido. De todas formas parece extraño que estuviera allí a las dos de la madrugada haciendo punto.

Mientras la bibliotecaria les contaba todo lo que podía recordar de la muerte de Lena, confirmando que el sueño de Holly había sido en realidad un recuerdo de Jim, Holly se sintió afectada por el miedo y las náuseas. Lo que Eloise Glynn no parecía saber, y quizá nadie sabía, es que Lena no se encontraba sola en el molino.

Jim también estaba allí.

Y sólo Jim había salido con vida.

Holly le miró y vio que de nuevo su rostro había palidecido. Su rostro estaba tan gris como el cielo de Svenborg.

La señorita Glynn le pidió a Holly el carnet de conducir para terminar de rellenar su tarjeta, y aunque Holly no quería la tarjeta sacó el carnet.

—Jim —dijo la bibliotecaria—, creo que lo que más te ayudó a superar el dolor y la pérdida fueron los libros. Te aislaste en ti mismo, pasabas el día leyendo, y creo que usaste la fantasía para aplacar el dolor. —Le entregó a Holly el carnet de conducir y la tarjeta de la biblioteca, y dijo —: Jim era un niño increíblemente brillante. Se podía concentrar totalmente en un libro, se convertía en algo real para él.

«Sí —pensó Holly—, desde luego que sí.»

—Cuando llegó por primera vez al pueblo oí decir que jamás había ido antes a una escuela, que había sido educado por sus padres, creí que era algo terrible, a pesar de que tuvieran que viajar todo el tiempo con aquel número que hacían en las salas de fiestas.

Holly recordó las fotografías que colgaban de las paredes del estudio de Jim en Laguna Niguel: Miami, Atlantic City, Nueva York, Londres, Chicago, Las Vegas...

—Pero realmente hicieron un buen trabajo. Al menos fomentaron en él la pasión por los libros, lo que más adelante le sirvió. —Se volvió hacia Jim—. Imagino que no le has preguntado nada a tu abuelo acerca de la muerte de Lena porque crees que podría afligirle hablar de ello. Pero no es tan frágil como piensas, y él lo sabrá mejor que nadie, desde luego. —La señorita Glynn se dirigió de nuevo a Holly—: ¿Le ocurre algo, querida?

Holly se dio cuenta de que se hallaba perpleja con la tarjeta azul en una mano, como una estatua, como uno de aquellos personajes de los libros que esperan con ansiedad ser leídos para volver a la vida. Por un momento se vio incapaz de responder a la pregunta de la mujer.

Jim parecía demasiado estupefacto para poder reaccionar. Su abuelo estaba vivo en algún lugar, pero ¿dónde?

—No —dijo Holly—, no me ocurre nada. Me acabo de dar cuenta de que se nos hace tarde...

Volvió a tener una visión: su cabeza decapitada gritando, sus manos cortadas reptando por el suelo como arañas, su cuerpo mutilado retorciéndose en medio de la agonía; estaba descuartizada pero no muerta, de un modo imposible seguía viva, envuelta en un horror que iba más allá de toda resistencia.

Holly se aclaró la garganta y parpadeó mirando a la señorita Glynn que a su vez la observaba con curiosidad.

—Ah, se nos hace bastante tarde. Y tenemos que ir a ver a Henry antes de comer. Ya son las diez. Todavía no le conozco. — Balbuceaba, sin poderlo evitar—. Realmente tengo muchas ganas de conocerle.

A menos que hubiera muerto cuatro años atrás, como Jim había dicho, y en ese caso no sentía el mínimo deseo de encontrarse con él. Pero la señorita Glynn no

parecía ser una médium que alegremente se dedicara a conjurar la presencia de los difuntos para mantener una pequeña conversación.

—Es un hombre agradable —dijo Eloise Glynn—. Sé que debió de odiar la idea de abandonar la granja después de que sufriera aquel ataque, pero puede sentirse contento de que no le dejara peor de lo que está. Mi madre, Dios la tenga en su gloria, tuvo un ataque que la dejó inválida, incapaz de hablar y ciega de un ojo, y con la mente tan confusa que apenas podía reconocer a sus propios hijos. Al menos el pobre Henry mantiene intactas todas sus facultades, o eso creo. Puede hablar y he oído decir que es el líder de la pandilla que va en silla de ruedas allá en Fair Haven.

—Sí —respondió Jim, con una voz que parecía surgir de un poste parlante—, eso es lo que yo he oído.

—Fair Haven es un lugar tan bonito... —dijo la señorita Glynn—, es un gran gesto por tu parte que lo mantengas allí, Jim. No es un lugar de mala muerte como suelen ser la mayoría de los centros de ancianos.

Las Páginas Amarillas de la cabina telefónica les proporcionaron la información para averiguar la dirección de Fair Haven al final del término municipal de Solvang. Holly se dirigió hacia el Sur y cruzó el valle hacia el Oeste.

—Recuerdo que tuvo un ataque —dijo Jim—. Estuve con él en el hospital, vine desde Orange County, se hallaba en la unidad de cuidados intensivos. Hacía trece años que no le veía, o tal vez más.

A Holly le sorprendió aquello, y su mirada generó en Jim una oleada de vergüenza que le dejó sobrecogido.

—¿Hacía trece años que no veías a tu abuelo?

— Había una razón. —¿Cuál?

Jim miró la carretera que se extendía frente a él durante unos momentos, luego emitió un sonido de frustración y disgusto.

—No lo sé. Había una razón pero no puedo recordar cuál era. No obstante, regresé cuando tuvo el ataque, cuando se estaba muriendo en el hospital. Y lo recordaba muerto, maldita sea.

—Lo recordabas claramente, ¿verdad?

—Sí.

—Pero ¿recordabas haberle visto muerto en la cama del hospital?

Jim frunció el ceño.

—No.

— ¿Recordabas a algún doctor diciéndote que había muerto?

—No.

— ¿Recordabas haber hecho los preparativos para su funeral?

—No.

— ¿Entonces qué es lo que estaba tan claro acerca de su muerte?

Jim reflexionó al respecto mientras Holly conducía el Ford a través de las sinuosas carreteras, entre onduladas colinas sobre las que se erigían pequeñas casas, pasando verdes pastos rodeados de cercas en los que pacían los caballos como en los cuadros de Kentucky. Aquella parte del valle era más exuberante que el área que rodeaba New Svenborg. Pero el cielo había adquirido un gris más sombrío, con un matiz negro azulado en las nubes.

Finalmente, Jim dijo:

—No está claro en absoluto, ahora que lo pienso detenidamente. Era una impresión borrosa..., no un verdadero recuerdo.

— ¿Pagas para mantener a Henry en Fair Haven? —No.

— ¿Heredaste su propiedad?

— ¿Cómo podía heredarla si está vivo?

— ¿Tal vez los usufructos?

Jim estaba a punto de negar también aquello, cuando de pronto recordó la sala de un juzgado y el testimonio de un doctor. El abogado de su abuelo, que testificaba en nombre del anciano para ratificar que Henry se hallaba en plenas facultades mentales y quería que su nieto se hiciera cargo de la propiedad.

— Santo cielo, sí —dijo Jim, asombrado de que no sólo no fuera capaz de recordar hechos de un pasado distante, sino cosas que habían ocurrido cuatro años atrás.

Mientras Holly adelantaba un camión lento y pesado y aceleraba a lo largo de un tramo recto de carretera, Jim le dijo lo que acababa de recordar, lo que vislumbraba en aquel confuso recuerdo.

—¿Cómo puedo vivir así? ¿Cómo puedo haber reescrito mi pasado a mi antojo?

—Autodefensa —dijo Holly, tal como le había dicho ya. Volvió al carril y siguió adelante tras dejar atrás el camión — . Seguro que recuerdas gran cantidad de precisos detalles acerca de tu trabajo como profesor, de los alumnos que tuviste a lo largo de los años, de los compañeros con quienes trabajaste...

Era cierto. A medida que Holly hablaba, Jim podía recordar, sin dificultad, los años de su labor como profesor que parecían tan vivos como hechos ocurridos el día anterior.

—... porque aquella vida no suponía ninguna amenaza para ti, estaba llena de objetivos y tranquilidad. Las únicas cosas que olvidas, que sumerges en lo más profundo del pozo de tu memoria, son los hechos relacionados con la muerte de tus padres, la muerte de Lena Ironheart, y tus años en New Svenborg. Henry Ironheart forma parte de todo esto, así que continúas apartándolo de tu mente.

El cielo estaba cubierto de nubes oscuras.

Jim vio mirlos que pasaban a través de las nubes, más de los que había visto antes en el cementerio. Cuatro, seis, ocho... Parecían seguir paralelamente la misma dirección del coche, siguiéndolo hacia Solvang.

Inesperadamente, recordó el sueño que le había despertado aquella mañana que se dirigió hacia Portland, en la que salvó a Billy Jenkins y conoció a Holly. En la pesadilla, una bandada de grandes mirlos graznaban a su alrededor con una turbulenta agitación de alas, picoteándole con sus picos afilados como instrumentos quirúrgicos.

—Lo peor aún está por venir.

— ¿Qué quieres decir? —No lo sé.

— ¿Te refieres a lo que vamos a descubrir en Fair Haven? Por encima de ellos, los mirlos se deslizaban por las altas y frías corrientes.

Sin la menor idea de lo que aquello implicaba, Jim dijo: —Algo muy oscuro se acerca.

Fair Haven era un gran edificio en forma de U de una sola planta construido a las afueras de Solvang, sin huella alguna de influencia danesa en su arquitectura. Tenía un diseño corriente, funcional y sin excesivas pretensiones estéticas: estuco color crema, techo rectangular, con tejas de cemento, paredes lisas, sin detalles. No obstante, hacía poco que lo habían pintado y se hallaba bien cuidado; los setos habían sido podados con esmero y el césped estaba recién cortado, las aceras limpias.

A Holly le gustó el lugar. Casi deseó vivir allí cuando tuviera ochenta años, mirando un rato la televisión cada día, jugando a las damas, sin mayor preocupación que recordar dónde había dejado su dentadura postiza la noche anterior.

Dentro, los pasillos eran anchos y aireados. Al contrario de muchos centros geriátricos, el aire no estaba enturbiado por el hedor de pacientes incontinentes descuidados por un personal que no se preocupaba de ellos, o por el olor intenso de un aerosol desodorante que pretendía disimular el hedor. Las habitaciones ante las que pasaron parecían atractivas, provistas de grandes ventanas con vistas al valle o a los jardines. Algunos de los pacientes yacían en las camas o estaban desplomados en sus sillas de ruedas con una expresión vacía o afligida en sus rostros. Eran las víctimas de graves ataques o se hallaban en una fase avanzada de la enfermedad de Alzheimer, encerrados en sus propios recuerdos y desconectados del mundo que los rodeaba. Pero los demás parecían felices, e incluso podía oírse sus risas desde lejos, una rareza en sitios como aquéllos.

Según la supervisora que se hallaba de servicio en el puesto de enfermeras, Henry Ironheart llevaba cuatro años como residente en Fair Haven.

La señora Danforth, la administradora a cuya oficina les habían hecho pasar, no se hallaba todavía en Fair Haven cuando Henry Ironheart ingresó. Tenía el aspecto rollizo, cuidado y complaciente propios de la esposa de un pastor encargado de una próspera parroquia. Aunque no entendía por qué Jim y Holly necesitaban que verificase algo que ambos sabían, comprobó el fichero y les mostró que, realmente, la factura mensual de Henry Ironheart había sido pagada diligentemente por James Ironheart, de Laguna Niguel, mediante cheque.

—Me alegro de que por fin se haya decidido a venir a visitarlo, y espero que disfruten de un rato agradable —dijo la señora Danforth con un suave reproche destinado a hacer sentir a Jim culpable por no visitar a su abuelo más a menudo, evitando al mismo tiempo ofenderle directamente.

Después de dejar a la señora Danforth, permanecieron de pie en una esquina del pasillo principal, apartados del ir y venir de las enfermeras y de los pacientes en sillas de ruedas.

—Soy incapaz de verle así —dijo Jim inflexible—. Al menos, después de todo este tiempo. Siento el estómago agarrotado, encogido. Holly, tengo miedo de verle.

— ¿Por qué?

—No estoy seguro.

La desesperación, bordeando el pánico, se asomó a sus ojos de un modo tan inquietante que Holly prefirió evitarlos.

—Cuando eras pequeño, ¿alguna vez te hizo daño?

—No lo creo. —Se esforzó por recordar algo entre las nubes de su memoria, luego meneó la cabeza—. No lo sé.

Principalmente porque temía dejar a Jim solo, Holly trató de convencerle de que sería mejor para ambos visitar al anciano juntos. Pero Jim insistió en que ella fuera primero.

—Pregúntale todo lo que necesitamos saber, de forma que cuando yo vaya no tengamos que quedarnos mucho rato si no queremos... Prepárale para verme, Holly. Por favor.

Ya que parecía dispuesto a echarse atrás si Holly no seguía sus indicaciones, ella finalmente accedió. Pero al ver que Jim salía al jardín para esperar allí, Holly se arrepintió de inmediato al perderle de vista. Si de nuevo empezaba a perder el control, si El Enemigo irrumpía de nuevo, nadie iba a estar junto a él para ayudarle a resistir el ataque.

Una simpática enfermera ayudó a Holly a encontrar a Henry Ironheart cuando vieron que no se encontraba en su habitación. La enfermera le indicó una mesa en el área recreativa del centro en la que jugaban a las cartas; al otro extremo se hallaba una media docena de residentes contemplando un concurso de televisión.

Henry estaba jugando al póquer con sus amigos. Cuatro de ellos estaban sentados a una mesa diseñada para acomodar sillas de ruedas, y ninguno iba vestido con pijama o bata. Al lado de Henry se encontraban dos ancianos de aspecto frágil —uno llevaba pantalón y jersey rojos y el otro una camisa blanca con pajarita— y una mujer con rasgos de pájaro de cabello blanco como la nieve, que iba vestida con traje pantalón de un rosa brillante. Se hallaban inmersos en medio de una animada partida, con un considerable montón de fichas de plástico azules en juego. Holly esperó a un lado, sin pretender interrumpirles. Entonces, uno a uno, demostrando un cierto don dramático, dejaron al descubierto sus cartas, y con un grito de placer la mujer —llamada Thelma— recogió sus ganancias, recreándose de forma teatral mientras los hombres, con sentido del humor, ponían en cuestión su honestidad.

Finalmente, interrumpiendo sus bromas, Holly se presentó a Henry Ironheart, aunque sin identificarse como la novia de Jim.

—Si no le importa me gustaría hablar con usted unos minutos —dijo Holly.

—Jesús, Henry —dijo el hombre del jersey—, ¿tiene menos de la mitad de tu edad!

— Siempre fue un viejo perverso —dijo el de la pajarita. —Oh, vamos, Stewart —dijo Thelma—, Henry es un caballero, y jamás ha sido otra cosa que eso.

— Henry, hoy seguro que sales comprometido de esta habitación.

—Lo que no va a ocurrirte a ti, George —continuó Thelma—. Y por lo que a mí concierne —hizo un guiño—, tratándose de Henry, lo de estar casados no tiene por qué ser indispensable.

Todos se echaron a reír al oír aquello, y Holly dijo:

—Veo que me ganan la partida.

—Thelma consigue casi siempre lo que se propone —dijo George.

Advirtiendo que Stewart había recogido las cartas y se apartaba de la mesa, Holly dijo:

—No quiero interrumpir el juego.

— Oh, no se preocupe —respondió Henry. Sus palabras, aunque ligeramente confusas a causa de su ataque, eran bastante inteligibles—. Descansemos un rato para ir al servicio.

—A nuestra edad —dijo George—, si no coordinamos nuestros descansos para ir al servicio, en la mesa nunca seríamos más de dos.

Los otros se alejaron en las sillas de ruedas, y Holly cogió una silla para sentarse junto a Henry.

No era el hombre de mirada vital y rostro decidido que Holly había contemplado en la fotografía que colgaba del salón de la granja la noche anterior, y sin ayuda quizá no lo hubiera reconocido. El ataque de apoplejía había debilitado su lado derecho, aunque no paralizado, y casi todo el tiempo mantenía el brazo derecho doblado junto a su pecho, del mismo modo que un animal herido encoge su pata. Había perdido un montón de peso y ya no era un hombre fornido. Su rostro estaba bastante demacrado, aunque su piel tenía buen color; los músculos faciales del lado derecho se hallaban relajados de forma antinatural, haciendo que sus rasgos cayeran un poco.

Su aspecto, combinado con cierta confusión que emanaba de cada palabra pronunciada, podría haber deprimido a Holly ante la inevitable dirección a la que tendía la vida humana, pero sus ojos revelaban un alma que no se doblegaba. Y su conversación, aunque algo lenta, era la de un hombre brillante y con sentido del humor que no le proporcionaba al destino la satisfacción de hundirse en la desesperación; si maldecía su maltrecho cuerpo lo haría en la intimidad.

—Soy una amiga de Jim —dijo Holly.

Sus labios esbozaron una mueca que Holly interpretó como una expresión de sorpresa. En un primer momento pareció no saber qué decir, pero luego inquirió:

— ¿Cómo está Jim?

Decidiendo que lo mejor era decir la verdad, Holly dijo:

—No demasiado bien, Henry. Es un hombre con muchos problemas.

Henry apartó la mirada hacia la mesa, en dirección a las fichas apiladas.

—Sí —dijo suavemente.

Holly casi esperaba que fuera un monstruo que abusaba de los niños y en parte responsable del alejamiento de Jim de la realidad. Sin embargo parecía cualquier cosa menos aquello.

— Henry, quería conocerle porque Jim y yo somos algo más que amigos. Le quiero, y él me ha dicho que me quiere, y espero que estemos juntos durante mucho, mucho tiempo.

Para sorpresa de Holly, las lágrimas brotaron de los ojos de Henry, formando brillantes gotas en las arrugas de su rostro.

—Lo siento, ¿le he contrariado?

—No, no, por amor de Dios, no —dijo Henry secándose los ojos con su mano izquierda—. Perdona a este viejo tonto.

—Puedo decirle que es cualquier cosa menos eso.

—Es que nunca creí... Bueno, supuse que Jim iba a pasar el resto de su vida solo.

— ¿Por qué pensaba eso?

—Bueno...

Parecía afligido ante la idea de decir algo negativo contra su nieto, despejando así toda sospecha que Holly pudiera tener acerca de la posibilidad de que en el pasado hubiera sido una especie de tirano.

Holly le ayudó.

—Tiene una forma de ser que mantiene alejada a la gente. ¿Se refiere a eso?

Henry asintió.

—Incluso a mí. Todos estos años lo he querido con toda mi alma, y sé que él me quiere a su manera, aunque siempre ha tenido problemas para demostrarlo, y siempre ha sido incapaz de decirlo. —Holly estaba a punto de hacerle una pregunta cuando Henry meneó violentamente la cabeza y su torcido rostro se contrajo en una expresión de angustia tan intensa que por un instante Holly pensó que iba a sufrir otro ataque—. No todo es culpa suya. Dios sabe que no. —La articulación de sus palabras se hacía más confusa a medida que su emoción aumentaba—. Tengo que admitirlo; parte de la distancia que hay entre nosotros se debe a mí, es por mi culpa, yo le culpé de algo que no debía.

— ¿Culpar?

—Por Lena.

Una sombra de miedo cruzó el corazón de Holly provocando un estremecimiento de dolor similar al de una angina de pecho.

Holly miró por la ventana que daba a una esquina del patio. No era la esquina en que se encontraba Jim. Se preguntó dónde estaba, cómo estaba..., quién era.

—¿Por Lena? No le entiendo —dijo Holly, aunque en realidad temía entenderlo.

—Me parece imperdonable lo que hice, lo que llegué a pensar. — Hizo una pausa, mirándola no a ella sino a través de ella, a un pasado y un lugar distantes—. Pero en aquellos días era tan extraño... No era el muchacho que había sido. Antes de que pueda entender lo que hice, tendría que saber que, después de Atlanta, se volvió un ser totalmente encerrado en sí mismo.

Holly pensó de inmediato en Sam y Emily Newsome, cuyas vidas salvó Jim en aquella tienda de Atlanta, y en Norman Rink, a quien descerrajó ocho tiros en un ataque de ira ciega. Pero era obvio que Henry no hablaba de aquel suceso reciente; se refería a un incidente que había ocurrido antes, mucho antes.

—¿No sabe lo de Atlanta? —preguntó él ante la evidente expresión de perplejidad de Holly.

Un extraño sonido recorrió la habitación provocando la alarma de Holly. Por un instante no pudo identificar el ruido, entonces se dio cuenta de que se trataba de varios pájaros graznando como si estuvieran protegiendo sus nidos. En la habitación no había ningún pájaro y Holly supuso que sus gritos llegaban desde el tejado a través del agujero de la chimenea. No eran más que pájaros...

De pronto sus graznidos se desvanecieron.

Holly se volvió de nuevo hacia Henry Ironheart.

— ¿Atlanta? No, no sé nada de ello.

—Imaginé que no lo sabría. Me habría sorprendido que Jim le hubiera hablado de ello, incluso a usted, incluso si le ama. Nunca habla de ello.

—¿Qué ocurrió en Atlanta?

—Fue en un lugar llamado Dixie Duck...

— Oh, Dios mío —susurró Holly. Había estado allí en el sueño. —¿Entonces sabe algo de ello? —dijo Henry. Sus ojos eran pozos de tristeza.

Holly sintió su rostro contraído por la pena, no hacia los padres de Jim, a quien nunca había conocido, ni hacia Henry, que presumiblemente los quiso, sino hacia Jim.

—¡Oh, Dios mío!

No pudo seguir hablando porque sus palabras se ahogaban tras las lágrimas.

Henry le tendió una mano moteada de manchas hepáticas y Holly la cogió, esperando a poder hablar de nuevo.

En el otro extremo de la habitación se oían campanadas y bocinazos provenientes del concurso de la televisión.

Los padres de Jim no habían muerto en ningún accidente de tráfico. Aquella historia era un modo de encubrir la terrible verdad.

Holly lo había sabido y no había querido reconocerlo.

El último sueño no había sido una profecía de advertencia sino otro recuerdo de Jim proyectado en su mente mientras ambos dormían. En realidad ella encarnaba otra persona: ella era Jim —como había sido Lena en el otro sueño de hacía dos noches—. Si hubiera habido un espejo, Holly habría podido contemplar el rostro de Jim en lugar del suyo, como había contemplado el de Lena en el cristal de la ventana del molino. El horror del restaurante bañado en sangre volvió a ella con unas imágenes tan vivas que no podía apartarlas de su mente, y tembló violentamente.

Miró a través de la ventana hacia el patio, asustada por Jim.

—Tenían que actuar durante una semana en un club de Atlanta —dijo Henry—. Fueron a comer al lugar preferido de Jimmy, que él recordaba de la última vez que estuvieron en Atlanta.

—¿Quién era el hombre de la pistola? —preguntó Holly con la voz temblorosa.

—Un perturbado. Eso es lo que hizo las cosas tan difíciles, tan incomprensibles. No era más que un loco.

— ¿Cuánta gente murió? —Mucha.

— ¿Cuánta, Henry? —Veinticuatro.

Holly pensó en el joven Jim en medio del holocausto, intentando salvar su vida mientras se arrastraba entre los destrozados cuerpos de los clientes, la habitación llena de gritos de dolor y terror envuelta en el hedor de sangre, vómitos, bilis y orina de los cuerpos asesinados. Volvió a oír el pesado sonido del arma automática cargándose, y el «por favor, por favor, por favor» de la joven camarera aterrorizada. Incluso como sueño, iba más allá de la resistencia humana, todo el horror fortuito de la existencia y la crueldad humana se condensaban en aquella devastadora experiencia, un sufrimiento atroz cuya absoluta recuperación psicológica, incluso para un adulto, requería toda una vida de lucha. Para un niño de diez años la recuperación podía parecer imposible, la realidad intolerable, la negación necesaria, y la fantasía el único instrumento al que asirse para hallar un refugio de cordura.

—Jim fue el único superviviente —dijo Henry—. Si la policía llega unos segundos más tarde Jim también habría muerto. La policía mató al hombre a tiros. —Henry apretó ligeramente la mano de Holly—. Encontraron a Jim en una esquina, en el regazo de Jamie, en los brazos de su padre, completamente cubierto de... su propia sangre.

Holly recordó el final del sueño: el hombre loco dirigiéndose hacia ella, lanzando a un lado las mesas y las sillas; ella refugiándose en una esquina, sobre un cadáver, y el loco acercándose, cada vez más, levantando su pistola; Holly no puede soportar la idea de mirarlo como lo miraba la camarera para luego morir, así que oculta su rostro en el cadáver...

Y recordaba haber despertado con un sobresalto, ahogándose por las náuseas.

Si hubiera tenido tiempo de mirar el rostro del cadáver habría visto que era el del padre de Jim.

Los chillidos de las aves volvieron a recorrer la habitación. Esta vez eran más fuertes. Un par de residentes del centro se dirigieron a la chimenea para ver si en su interior había algunos pájaros atrapados.

— Cubierto por la sangre de su padre —dijo Henry quedamente.

Estaba claro que, incluso después de todos aquellos años, el pensar en aquel momento le producía un insoportable dolor.

El niño no sólo había estado en brazos de su padre asesinado, sino que seguramente sabía que su madre yacía muerta entre las ruinas, y que se había quedado huérfano, solo.

Jim estaba sentado en un banco de secoya en el patio de Fair Haven. Estaba solo.

Al ser uno de los últimos días de agosto, la sequía estacional debería haber alcanzado su punto álgido; pero el cielo estaba cubierto de nubes que condensaban la humedad, y parecía como un recipiente de ceniza invertido. Variedades de flores tardías, que caían desde los macizos plantados sobre las aceras de cemento, se veían desposeídas de la mitad de su colorido esplendor debido a la falta de la luz solar. Los árboles se agitaban como si temblaran por aquella suave brisa de agosto.

Algo se acercaba. Algo malo se acercaba...

Jim se aferró a la teoría de Holly, se dijo a sí mismo que nada iba a ocurrir, a menos que él lo provocara. Sólo tenía que controlarse y todos sobrevivirían.

Pero seguía sintiendo que algo se acercaba.

Oyó los chirriantes graznidos de los pájaros.

Los pájaros se sumieron en el silencio.

Holly soltó la mano de Henry, cogió un pañuelo de su bolso, se sonó la nariz, y se secó los ojos. Cuando de nuevo pudo hablar, dijo:

—Se culpa a sí mismo por lo que ocurrió a sus padres.

—Lo sé. Siempre lo ha hecho. Nunca hablaba de ello, pero a veces lo demostraba. Era evidente que creía que debía haberlos salvado.

—Pero, ¿por qué? Sólo tenía diez años, era un niño pequeño. No podía hacer nada contra un hombre armado. Por amor de Dios, ¿cómo podía sentirse responsable?

En aquel momento, el brillo desapareció de la mirada de Henry. Su pobre rostro torcido, ahora más caído en su lado derecho, se torció aún más con una inefable tristeza.

Finalmente, dijo:

— Le hablé acerca de ello en numerosas ocasiones, lo puse en mi regazo y lo abracé, Lena también lo hizo, pero él estaba tan encerrado en sí mismo que no decía por qué se culpaba de ello, por qué se odiaba a sí mismo.

Holly miró su reloj.

Había dejado a Jim solo demasiado tiempo.

Pero no podía interrumpir a Henry Ironheart en medio de las revelaciones que había venido a oír.

—He pensado en ello todos estos largos años —dijo Henry—, y quizá puedo imaginar lo que le ocurrió a Jim. Pero cuando empecé a comprenderlo, Jim ya había

crecido y hacía muchos años que no hablábamos sobre Atlanta. Para serle completamente sincero dejamos de hablar de todo.

— ¿Qué imaginó?

Henry apoyó su débil mano derecha en su mano izquierda y miró las nudosas protuberancias que sus nudillos formaban bajo su fina piel. Por la actitud del anciano, Holly juzgó que no se decidía a revelar lo que necesitaba y quería revelar.

—Le quiero, Henry.

Él levantó la mirada y se encontró con sus ojos.

—Antes dijo que yo estaba aquí para saber lo que ocurrió en Atlanta, porque Jim no iba a hablar de ello, y en cierta forma tenía razón. Vine para averiguar una serie de cosas que él me oculta. Realmente me quiere, Henry, no tengo duda alguna, pero se cierra en banda. Quiero casarme con él y tengo que saberlo todo, o nunca tendremos la oportunidad de ser felices. No puedes construir una vida basada en misterios.

—Desde luego, tiene razón.

—Dígame por qué Jim se culpa a sí mismo. Eso lo está matando, Henry. Si tengo la posibilidad de ayudarlo, tengo que saber lo que usted sabe.

Henry emitió un suspiro y pareció decidirse.

—Lo que voy a decirle le va a parecer absurdo y supersticioso, pero no lo es. Voy a ser breve y simple al explicárselo porque aún le parecerá más absurdo si intento darle un sentido. Mi mujer, Lena, tenía ciertas facultades. Presentimiento, podía llamársele. No es que viera el futuro, o que predijera quién ganaría una carrera de caballos, ni nada de eso. Pero a veces..., bueno, si la invitaban a una fiesta para el siguiente domingo, y sin pensarlo, Lena decía que iba a llover a cántaros. Y por Dios que así era. O si una vecina se quedaba embarazada, Lena empezaba a referirse al bebé como «ella» o «él», cuando no había forma de que supiera lo que iba a ser. Siempre acertaba.

Holly sintió que las últimas piezas del rompecabezas empezaban a encajar. Cuando Henry le dirigió una mirada esperando que dudara de su cordura, Holly cogió su mano y la sostuvo entre las suyas en un gesto de confianza.

Tras observarla unos momentos, Henry dijo:

—Usted ha visto algo especial en Jim, ¿verdad?, algo mágico.

—Sí.

—Entonces quizá sepa adónde voy a parar.

—Quizá.

Los invisibles pájaros empezaron a graznar de nuevo. Los residentes que miraban la televisión bajaron el volumen y observaron a su alrededor tratando de buscar la causa de aquellos chillidos.

Holly miró por la ventana hacia el patio. No había pájaros allí. Pero sabía por qué aquellos graznidos erizaban el pelo de su nuca: de alguna forma estaban relacionados con Jim. Recordó la forma en que él los había mirado en el patio y cómo los había observado en su vuelo cuando se dirigían en coche hacia Solvang.

—Jamie, nuestro hijo, era como su madre —dijo Henry como si no los oyera—. A veces sabía cosas. El hecho es que estaba más dotado que Lena. Y después de que Jamie se casara con Cara, cuando quedó embarazada, Lena un día dijo: «Este niño va a ser especial, va a ser un auténtico brujo».

—¿Brujo?

—Es la forma que tienen en el campo de referirse a alguien que posee algo especial, al igual que Lena y Jamie. Pero ella se refería a algo realmente especial. Así que Jim nació, y cuando tenía cuatro años... bueno, hacía cosas. Una vez tocó mi peine de bolsillo, que yo había comprado en la barbería del pueblo, y empezó a hablar de las cosas que había en el local, aunque nunca había estado allí porque vivía con Cara y Jamie en Los Ángeles.

Hizo una pausa y dio unas profundas bocanadas de aire. La articulación de sus palabras empezaba a ser confusa. Su párpado derecho tembló. El hecho de hablar parecía cansarle tanto como un gran esfuerzo físico.

Un enfermero con una linterna se hallaba junto a la chimenea. Observaba con los ojos entrecerrados el hueco, mirando las grietas alrededor del regulador de tiro, tratando de averiguar si se encontraban atrapados algunos pájaros.

Los graznidos se vieron ahora sobrepasados por el frenético batir de alas.

—Si Jimmy tocaba un objeto sabía de dónde provenía, de quién era y hasta algunos fragmentos de la vida de su dueño. Sabía lo que sabía, eso era todo. Si, por ejemplo, tocaba un objeto personal de alguien, sabía a qué escuela había ido, los nombres de sus hijos... Siempre sabía cosas distintas, no podía controlarlo. Pero siempre surgía en él alguna información cuando lo intentaba.

El enfermero, seguido por tres pacientes que le habían brindado sus consejos, se había apartado de la chimenea y se hallaba con el ceño fruncido junto a los conductos del aire acondicionado. El sonido de lucha de los pájaros todavía resonaba en la habitación.

—Vamos al patio —dijo Holly poniéndose en pie.

—Espere —respondió Henry con cierto apremio—, déjeme terminar, deje que le cuente esto.

«Jim, por amor de Dios —pensó Holly—, aguanta otro minuto, otro minuto más.»

Con relucencia, Holly se volvió a sentar.

—El hecho de que Jim fuera especial era un secreto familiar —dijo Henry—, como el de Lena y el de Jamie. No queríamos que el mundo lo supiera, que viniera a importunarnos y a llamarnos monstruos. Pero Cara siempre había deseado estar metida en el mundo del espectáculo. Jamie trabajaba en la Warner Brothers, donde la conoció, y Jamie quería lo que quisiera Cara. Decidieron que podían representar un número con Jimmy, llamarlo «El niño prodigio de los poderes mentales», pero sin que nadie sospechara que realmente tenía un poder. Representaban la función como si fuera un truco, retando al público a que descubriera cómo conseguían hacer todo aquello, cuando, de hecho, todo era cierto. Se ganaban la vida bastante bien, y el mundo del espectáculo les mantenía siempre juntos. Ya estaban unidos antes de que empezaran a actuar, pero se unieron aún más cuando empezaron a viajar para llevar a cabo sus representaciones. Ningunos padres han amado tanto a su hijo como ellos amaban a Jim, ni recibido más amor a cambio. Estaban tan unidos que era imposible pensar que pudieran vivir separados.

Unos mirlos cruzaron a toda prisa el desapacible cielo. Sentado en el banco de secoya, Jim levantó la mirada hacia ellos. Casi se desvanecieron entre unas nubes situadas al Este; luego, abruptamente, dieron la vuelta y regresaron.

Durante un rato sobrevolaron por encima de Jim.

Aquellas formas oscuras y sinuosas recortadas contra el cielo gris, componían una imagen que podría haber salido de algún poema de Edgar Allan Poe. De niño,

Jim sintió pasión por Poe y aprendió de memoria los versos más macabros de su poesía. La morbidez era fascinante.

El graznido de los pájaros cesó de repente. La tranquilidad que siguió era una bendición, pero Holly se sintió más asustada por el fin de los chillidos que por el inquietante sonido que producían.

—Y el poder creció —dijo Henry Ironheart en voz baja, confusa. Cambió de postura en la silla de ruedas, y su parte derecha se resistió a cambiar de posición. Por primera vez demostró cierta frustración ante las limitaciones de su cuerpo castigado por el ataque—. A la edad de seis años, Jim podía mover a su antojo un centavo sobre la mesa, hacia delante y atrás, levantarlo sobre su canto... A los ocho años, podía levantarlo en el aire, y mantenerlo allí flotando. Cuando tenía diez años, podía hacer lo mismo con una moneda de cuarto de dólar, con un disco, o un molde de pasteles. Era la cosa más asombrosa que uno pudiera contemplar.

«Debería ver lo que es capaz de hacer ahora, a los treinta y cinco», pensó Holly.

—Nunca hicieron uso de ello en sus números —dijo Henry—, siguieron con sus actuaciones de poder mental, cogiendo objetos personales del público para que Jim pudiera decir cosas acerca de ellos. Jamie y Cara tenían pensado incluir levitaciones, pero no imaginaban la manera de hacerlo sin descubrir la verdad. Entonces fueron al Dixie Duck, en Atlanta... y ése fue el final de todo.

En realidad, aquel supuesto final era el oscuro comienzo de otra historia.

Holly se dio cuenta de por qué la ausencia de los chillidos de los pájaros era más inquietante que el sonido mismo. Los graznidos habían sido como el siseo de una mecha encendida conectada a una carga explosiva. Mientras pudiera oír el sonido, la explosión todavía podía prevenirse.

—Y ésa es la razón por la que imagino que Jim creyó que podía haberles salvado —dijo Henry—. Debido a aquellos pequeños ejercicios mentales, mover y levantar cosas en el aire, creyó que debería haber sido capaz de detener las balas de la pistola de aquel loco, bloquear el gatillo, cerrar el seguro para evitar que el arma disparara, algo así, maldita sea.

— ¿Podría haberlo hecho?

—Sí, quizá. Pero no era más que un niño asustado. Para hacer aquellas cosas con centavos, discos y moldes tenía que concentrarse. No tuvo tiempo de concentrarse mientras las balas silbaban a su alrededor.

Holly recordó una vez más el sonido asesino del arma automática.

—Así que cuando le trajimos aquí con nosotros desde Atlanta, apenas pronunciaba una o dos palabras de vez en cuando. Ni te miraba a los ojos. Algo murió en él cuando Jamie y Cara murieron, y no podíamos hacer que lo superara, por mucho que lo amáramos y a pesar de intentarlo con todo nuestro corazón. Al parecer su poder también murió. Nunca más volvió a hacer uso de sus trucos, y años después era difícil creer que hubiera sido capaz de hacer aquellas cosas cuando era niño.

A pesar de su buen humor, Henry Ironheart aparentaba cada uno de los ochenta años que tenía. Incluso parecía más viejo, más anciano.

—Jimmy era tan extraño después de lo de Atlanta, tan inalcanzable y lleno de ira... A veces era posible amarlo y tenerle cierto miedo a la vez. Más tarde, Dios me perdona, sospeché que él...

—Lo sé —dijo Holly.

Los caídos rasgos de Henry se pusieron en tensión, y miró fijamente a Holly.

—Su mujer, Lena —dijo Holly—. La forma en que murió.

Articulando las palabras más confusamente que nunca, Henry dijo:

—Usted sabe muchas cosas.

—Demasiado —respondió Holly—. Es curioso, durante toda mi vida no he sabido casi nada.

Henry posó de nuevo la mirada sobre sus manos culpables.

—¿Cómo pude creer que un niño de diez años, incluso un niño trastornado, la hubiera empujado por la escalera del molino cuando él la quería tanto? Muchos años más tarde, me di cuenta de lo cruel e insensible que había sido con él. Para entonces Jim no me brindó la oportunidad de pedirle perdón por lo que había hecho..., por lo que había pensado. Cuando se fue a la universidad, nunca regresó. Ni una sola vez en trece años, hasta que sufrí el ataque.

«Regresó una vez —pensó Holly—, diecinueve años después de la muerte de Lena, para afrontarlo y poner flores en su tumba.»

—Si hubiera alguna forma de explicarle, de que me diera una oportunidad... —dijo Henry.

—Está aquí —dijo Holly poniéndose en pie de nuevo.

El peso del miedo que tensó el rostro del anciano le hizo parecer aún más demacrado que antes.

— ¿Aquí?

—Ha venido para darle esa oportunidad —fue todo lo que Holly pudo decir—. ¿Quiere que le lleve hasta él?

Los mirlos se agrupaban. Ocho de ellos se habían congregado ahora en el cielo, volando en círculos.

Durante una medianoche triste, mientras meditaba débil y cansado sobre los libros extraños y curiosos de ciencias olvidadas, mientras cabeceaba, casi adormecido, de pronto se oyeron unos ligeros golpes como si alguien suavemente tocara, tocara a la puerta de mi habitación.

A los pájaros reales que sobrevolaban por encima de él, Jim les susurró: «Dijo el cuervo: Nunca más».

Jim oyó un suave crujido rítmico, como el de una rueda girando, y pasos. Cuando levantó la mirada, vio a Holly empujando la silla de ruedas en que se hallaba su abuelo, a lo largo del sendero que conducía al banco.

Habían pasado dieciocho años desde que se marchó a la universidad, y sólo había visto a Henry una sola vez durante todo aquel tiempo. Al principio hubo una serie de llamadas telefónicas, pero Jim pronto las interrumpió y, finalmente, también dejó de aceptar las que recibía. Cuando llegaban cartas, las tiraba sin abrir. Ahora lo recordaba todo, y empezaba a recordar el porqué.

Intentó levantarse. Sus piernas no le sostenían. Se quedó sentado en el banco.

Holly detuvo la silla frente a Jim, y a continuación se sentó junto a él.

—¿Cómo te encuentras?

Asintiendo en silencio, Jim elevó la mirada hacia los pájaros que volaban en círculos recortados contra las nubes grises, en lugar de mirar a su abuelo.

El anciano tampoco podía mirar a Jim. Observaba los macizos de flores con atención, como si hubiera salido fuera para mirar tan sólo aquellas flores.

Holly sabía que aquello no iba a ser fácil. Sentía pena por ellos, y quería hacer lo que pudiera por volverlos a unir finalmente.

En primer lugar, tenía que quemar las enredadas yerbas de una de las últimas mentiras que Jim le había dicho y que, consciente o subconscientemente, él había conseguido creerse.

—No hubo ningún accidente de tráfico, cariño —dijo Holly posando una mano en su rodilla—. No fue así como ocurrió.

Jim bajó la mirada del cielo y contempló a Holly con nerviosa curiosidad. Holly se dio cuenta de que deseaba conocer la verdad y al mismo tiempo se sentía atemorizado ante aquella perspectiva.

—Ocurrió en un restaurante...

Jim movió la cabeza en un gesto de negación.

—Fue en Atlanta, Georgia...

Seguía moviendo la cabeza.

—Tú estabas con ellos...

Dejó de negar con la cabeza y una expresión terrible se dibujó en su rostro.

—Se llamaba Dixie Duck —dijo Holly.

Cuando aquel recuerdo cayó sobre él con la fuerza de un mazazo, Jim se dobló sobre sí mismo en el banco como si fuera a devolver, pero no lo hizo. Dobló sus manos en un puño sobre sus rodillas, y su cara esbozó un gesto de dolor; emitía pequeños sonidos inarticulados que estaban más allá del dolor y el horror.

Holly rodeó sus encogidos hombros con un brazo.

Henry Ironheart la miró y dijo:

—Oh, Dios mío —como si empezara a comprender el estado al que su nieto había llegado. Mientras los estrangulados jadeos de Jim se transformaban en suaves sollozos, Henry Ironheart dirigió su mirada hacia las flores, luego a sus ancianas manos, después a sus pies que reposaban sobre el soporte inclinado de la silla de ruedas; su mirada se dirigía a cualquier lugar para evitar encontrarse con la de Jim y Holly, pero finalmente miró a Holly a los ojos —. Le aplicaron una terapia —dijo Henry, tratando a toda costa de expiar su culpa—. Sabíamos que podía necesitar terapia. Le llevamos a un psiquiatra de Santa Bárbara. Le llevamos allí varias veces. Hicimos lo que pudimos. Pero el psiquiatra, se llamaba Hemphill, dijo que Jim estaba bien, dijo que no había razón para que lo siguiera tratando. Así que después de seis visitas, dijo que Jim estaba bien.

—¿Qué saben ellos? ¿Qué podía haber hecho Hemphill cuando realmente no conocía al chico, ni lo amaba?

Henry Ironheart se echó hacia atrás como si Holly le hubiera golpeado, a pesar de que ella no pretendía, con su comentario, condenarlo.

—No —dijo Holly presurosamente, esperando que él la creyera —, lo que quería decir era que no hay ningún misterio en el hecho de que yo haya llegado más lejos de lo que Hemphill pudiera haber llegado nunca. Es una cuestión de amor. Es el único remedio que lleva a la curación. —Acariciando el cabello de Jim, Holly dijo —: No les podías salvar, cariño. Entonces no tenías el poder que tienes ahora. Tuviste suerte de salir con vida de allí. Créeme, por favor, cree en lo que te digo.

Por unos instantes todos permanecieron sentados en silencio, sumidos en el dolor.

Holly advirtió que más mirlos se habían agrupado en el cielo. Quizás eran una docena. No sabía cómo Jim conseguía congregarlos allí —o por qué— pero sabía que era él quien lo hacía, y empezó a mirarlos con creciente temor.

Holly puso una mano sobre la de Jim, animándole a que se relajara. Aunque lentamente había dejado de sollozar, sus puños estaban tan apretados como los de una piedra esculpida.

Dirigiéndose a Henry, Holly dijo:

— ¡Es su oportunidad! ¡Explíqueme por qué le rechazó, por qué lo hizo!

Aclarándose la garganta, pasándose su débil mano derecha nerviosamente por la boca, Henry habló sin mirarles a la cara.

—Tiene que saber lo que pasó. Pocos meses después de que Jim hubiera venido de Atlanta, apareció aquel equipo de rodaje en el pueblo, para filmar una película.

—*El molino negro* —dijo Holly.

— Sí. Jim se pasaba la vida leyendo. —Henry hizo una pausa, cerró los ojos como si tratara de aunar fuerzas. Cuando los abrió, contempló la cabeza inclinada de Jim y parecía preparado para encontrarse con su mirada si Jim levantaba los ojos — . Te pasabas el día leyendo, ibas a la biblioteca y leías un libro tras otro, y debido a la película leíste el libro de Willott. Durante un tiempo se convirtió en..., demonios, no sé, creo que se convirtió en una obsesión para ti, Jim. Hablar del libro era la única cosa que te sacaba de tu retraimiento, así que te animamos a que fueras a ver el rodaje de la película. ¿Te acuerdas? Tras cierto tiempo empezaste a decir que había un extraterrestre en la charca y el molino, como en el libro y la película. Al principio creímos que bromeabas.

Hizo una pausa. El silencio se alargó.

Había unos veinte pájaros en el cielo, volando en círculo silenciosamente.

—Y aquello empezó a preocuparles —dijo Holly dirigiéndose a Henry.

Henry pasó una mano temblorosa por su rostro profundamente surcado de arrugas, no como si intentara deshacerse de su cansancio, sino como si quisiera apartar de encima todos aquellos años transcurridos y acercarse al pasado.

— Pasabas horas y horas en el molino, Jim. A veces todo el día, y hasta algunas noches. En ocasiones nos levantábamos por la noche para ir al cuarto de baño, y veíamos una luz en el molino. Tú no estabas en tu habitación.

Las pausas de Henry se hacían más reiteradas. No estaba cansado. Lo que ocurría era que no quería desenterrar aquel pasado lejano.

—Si era muy tarde, íbamos al molino a buscarte. Entonces nos hablabas del Amigo que había en el molino. Empezaste a asustarnos, no sabíamos qué hacer, así que..., no hicimos nada. Sin embargo, aquella noche..., la noche en que ella murió, se acercaba una tormenta.

Holly recordó el sueño:

«... sopla un viento frío y ella se apresura por el camino de gravilla...»

— Lena no me despertó. Salió sola hacia la cámara superior...

«... sube por los peldaños de piedra caliza...»

— Era una gran tormenta, pero yo era capaz de dormir en medio de cualquier ruido...

«... un relámpago ilumina el cielo cuando ella pasa frente a la ventana de la escalera, y a través del cristal ve algo en la charca...»

— Imagino, Jim, que estabas haciendo lo que siempre hacías cuando íbamos a buscarte, leer el libro a la luz de una vela.

«... sonidos inhumanos en la habitación de arriba aceleran su corazón, y ella sube la escalera, asustada, pero también con curiosidad y al mismo tiempo preocupada por Jim...»

—Un fuerte trueno finalmente me despertó...

«... ella llega a lo alto de la escalera y le ve allí de pie, con los puños apretados a su costado, una vela amarilla sobre un plato azul en el suelo, un libro junto a la vela...»

—Me di cuenta de que Lena no estaba, miré por la ventana de la habitación y vi que había una tenue luz en el molino...

«... el niño se vuelve hacia ella y grita: "Estoy asustado, ayúdame, las paredes, las paredes!"...»

—No podía dar crédito a lo que veían mis ojos, las aspas del molino giraban después de estar diez o quince años sin funcionar.

«... ella ve una luz ámbar dentro de las paredes, los tonos descompuestos de pus y bilis; la piedra se abulta, y se da cuenta de que hay algo imposiblemente animado en la piedra...»

—Giraban como las hélices de un avión, así que me puse el pantalón y bajé a toda prisa la escalera...

«... con miedo pero también con perversa excitación, el niño dice: "¡Ya viene, y nadie puede detenerlo!"...»

—... cogí una linterna y salí fuera bajo la lluvia...

«... los bloques de piedra se agrietan como la membrana esponjosa del huevo de un insecto; de una esencia corrupta, que se halla en lugar de la piedra caliza, se origina una forma que es en realidad la encarnación de la ira ciega del niño ante el mundo y su injusticia, su odio contra sí mismo materializado, su deseo de morir adquiere una forma corrupta y brutal tan sólida que es una entidad en sí misma, separada de él...»

—Llegué al molino, no podía creer que aquellas viejas aspas giraran.

El sueño de Holly finalizaba allí, pero no le costó mucho imaginar lo que sucedió después; horrorizada ante la materialización del Enemigo, estupefacta ante el hecho de que las fantásticas historias del niño acerca de extraterrestres en el molino fueran ciertas, Lena se echó hacia atrás y cayó por la escalera en forma de espiral, incapaz de detener su caída porque no había ninguna barandilla a la que asirse. En la caída se rompió el cuello.

—Entré en el molino y la encontré al pie de la escalera destrozada, con el cuello roto.

Henry hizo una pausa y tragó saliva con dificultad. No había mirado a Holly ni una sola vez durante el relato que había hecho de aquella noche tormentosa, sólo miraba la cabeza inclinada de Jim. Con una articulación más clara, como si fuera de vital importancia para él explicar el resto lo más nítidamente posible, dijo:

—Subí la escalera y encontré a Jimmy en la habitación de arriba. ¿Te acuerdas? Estabas sentado junto a la vela, sosteniendo el libro entre tus manos con tanta fuerza que no te pude separar de él hasta unas horas más tarde. No hablabas. —La voz del anciano se hizo temblorosa—. Dios me perdone, pero todo lo que podía

pensar era que Lena había muerto, y que durante aquel año tú habías sido un niño muy extraño, e incluso parecías más extraño en ese momento, con aquel libro entre tus manos, negándote a hablar. Creo que en aquel momento me volví loco. Creí que tú la habías empujado, Jimmy. Creí que quizá se había apoderado de ti uno de tus arrebatos y que tal vez la habías empujado.

Como si ya no pudiera seguir hablando, Henry posó la mirada en Holly.

—Aquel año, tras lo ocurrido en Atlanta, se había convertido en un niño extraño, en un desconocido para nosotros. Permanecía en silencio, como ya he dicho, pero en su interior albergaba una furia que ningún niño ha conocido. A veces nos asustaba. Las únicas ocasiones en que demostraba su ira era cuando dormía, cuando soñaba. Le oíamos chillar, y teníamos que ir a su habitación. Él daba patadas a la almohada y al colchón, desgarrando las sábanas, furioso, descargándose en algo que soñaba, y teníamos que despertarle.

Henry hizo una pausa y apartó la mirada de Holly, posándola sobre su mano derecha encogida, que reposaba medio inútil en su regazo.

El puño de Jim, bajo la mano de Holly, permanecía totalmente cerrado.

—Tú nunca nos hiciste sufrir, Jimmy, eras un buen niño, nunca nos diste este tipo de problemas. Pero aquella noche en el molino, te cogí y zarandeé, Jimmy, tratando de que admitieras que tú la habías empujado por la escalera. No hay excusa para lo que hice, para el modo en que me comporté, excepto que estaba loco de dolor por la muerte de todos los que me rodeaban. Sólo quedabas tú, y eras tan extraño que dabas miedo, así que descargué mi ira sobre ti cuando en realidad tendría que haberte acogido entre mis brazos. Me volví contra ti aquella noche, y no me di cuenta de lo que había hecho hasta muchos años después. Era demasiado tarde...

Los pájaros formaban un círculo más estrecho directamente sobre sus cabezas.

—No lo hagas —dijo Holly—. Por favor, no lo hagas.

Hasta que Jim no respondiera, Holly no podía saber si aquellas revelaciones eran beneficiosas o perjudiciales para él. Si se sentía responsable de la muerte de su abuela por el hecho de que Henry había instalado en él la culpabilidad, entonces lo superaría. Si se culpaba porque Lena fue a la habitación superior del molino, vio al Enemigo materializarse de una pared, tropezó y presa del terror cayó por la escalera, todavía existían posibilidades de que se sobrepusiera al pasado. Pero si El Enemigo había surgido de la pared y la había empujado...

—Durante los siguientes seis años, te traté como un asesino, hasta que fuiste a la universidad —dijo Henry—. Cuando te marchaste..., bueno, con el tiempo empecé a pensar sobre todo aquello de forma más clara, y me di cuenta de lo que había hecho. No tenías ningún sitio donde encontrar consuelo. Tus padres habían muerto, tu abuela había muerto... Ibas al pueblo a buscar libros, pero no podías estar con los otros chicos a causa de aquel pequeño cabrón de Zacca, Ned Zacca, era el doble de grande que tú, y nunca te dejaba en paz. No tenías más refugio que los libros. Traté de hablar contigo por teléfono pero tú no aceptabas mis llamadas. Te escribía pero tú no leías mis cartas.

Jim estaba sentado e inmóvil.

Henry Ironheart desvió su atención hacia Holly.

—Vino finalmente cuando sufrí el ataque. Estaba sentado junto a mí cuando me hallaba en cuidados intensivos. No podía hablar bien, no podía decir lo que quería decir, las palabras equivocadas surgían de mis labios, sin ningún sentido...

—Afasia —dijo Holly—. Una consecuencia del ataque.

Henry asintió.

—Una vez, con todos aquellos aparatos conectados a mi cuerpo, traté de decirle lo que había sabido durante trece años: que no era un asesino y que yo había sido cruel con él. —Las lágrimas de nuevo brotaron en sus ojos—. Pero cuando se lo dije, surgieron las palabras que no pretendía decir, y él me malinterpretó, creyó que le llamaba asesino y que estaba asustado de él. Se marchó, y es la primera vez que le veo desde entonces. Han pasado más de cuatro años.

Jim permanecía sentado con la cabeza inclinada.

¿Qué tenía que recordar de aquella noche en el molino, la parte que nadie sino él sabía?

Holly se puso en pie levantándose del banco, incapaz de soportar la espera por más tiempo. Permaneció de pie, sin saber adónde ir. Finalmente se sentó de nuevo. Puso su mano sobre su puño, como antes.

Holly levantó la mirada.

Había más pájaros. Quizá treinta.

—Tengo miedo —dijo Jim, pero eso fue todo.

—Después de aquella noche —dijo Henry—, nunca volvió de nuevo al molino, nunca volvió a mencionar al Amigo o el libro de Willott. Al principio pensé que aquello era un buen indicio, que se olvidaba de aquella obsesión. Pero más tarde me he preguntado si quizá perdió el único consuelo que tenía en aquéllos momentos.

—Tengo miedo de recordar —dijo Jim.

Holly sabía a lo que se refería, sólo quedaba un recuerdo largamente enterrado para ser revelado: si su abuela había muerto por accidente, o si El Enemigo la había matado. Es decir, si él, como El Enemigo, la había matado.

Incapaz de seguir mirando la cabeza inclinada de Jim un momento más, incapaz de seguir soportando la dolorosa mirada de Henry Ironheart llena de culpabilidad y frágil esperanza, Holly levantó de nuevo los ojos hacia los pájaros y vio que venían hacia ellos. Ya eran más de treinta, con sus afilados picos cortando el cielo sombrío, todavía lejos pero dirigiéndose directamente hacia el patio.

—¡Jim, no!

Henry levantó la mirada.

Jim también levantó su rostro, pero no para ver lo que se acercaba. Sabía lo que se acercaba. Levantó su rostro para ofrecer sus ojos a los pájaros.

Holly se puso en pie de un salto, convirtiéndose en un objetivo mucho más visible que Jim.

—Jim, afróntalo, piensa en nosotros, ¡por amor de Dios!

Holly podía oír los chillidos de los pájaros que descendían velozmente.

—Incluso si El Enemigo lo hizo —dijo Holly ocultando el rostro de Jim en su pecho para protegerle—, puedes superarlo, puedes seguir adelante.

Henry Ironheart emitió un grito de sobresalto, y los pájaros se abalanzaron sobre Holly, batiendo sus alas y revoloteando a su alrededor, precipitándose sobre ella, tratando de abrirse paso para llegar a los ojos de Jim.

No le hacían daño, pero Holly sabía que no tardarían mucho en atacarla. Eran, después de todo, El Enemigo manifestándose a sí mismo en una nueva forma, y El Enemigo la odiaba tanto como a Jim.

Los pájaros se alejaron hacia el cielo, como multitud de hojas arrastradas por una violenta corriente de aire.

Henry Ironheart estaba ileso pero asustado.

—Váyase —le dijo Holly.

—No —respondió.

Tendió inútilmente una mano hacia Jim, que no la cogió.

Cuando Holly se atrevió a mirar de nuevo sabía que los pájaros no se habían ido. Habían remontado el vuelo hasta los bordes de las grisáceas nubes, donde otra nueva bandada se había congregado. Ahora eran cincuenta o sesenta, agitándose, hambrientos y veloces.

Holly advirtió que había gente tras las ventanas y tras las puertas de cristal corredizas que daban al patio. Dos enfermeras bajaron por la rampa que Holly había utilizado para llevar a Henry al encuentro de Jim.

— ¡Váyanse! —les gritó Holly, sin estar muy segura del peligro al que se exponían.

La ira de Jim, a pesar de estar dirigida contra él mismo y quizá contra Dios por el hecho de permitir que la gente muriera, podía, no obstante, ir más allá y dañar a inocentes. Su grito de aviso debió de asustar a las enfermeras, porque éstas retrocedieron y se mantuvieron en el umbral de la puerta.

Holly volvió a levantar la mirada. Ahora se acercaba una bandada aún mayor.

—Jim —dijo Holly con apremio, sosteniendo su rostro en sus manos, mirando sus bellos ojos azules, gélidos, inundados de un fuego frío de odio hacia sí mismo—, sólo un paso más, sólo otra cosa más que debes recordar.

Aunque se hallaban separados por unos centímetros de distancia, Holly no creía que Jim la viera; parecía mirar a través de ella como antes había ocurrido en los jardines Tivoli, cuando aquella criatura que se escondía bajo la tierra excavaba su camino hacia ellos.

La bandada de pájaros que descendía emitía unos chillidos diabólicos.

—¡Jim, maldita sea, lo que le ocurrió a Lena quizá no merezca un suicidio!

El ruido ensordecedor que provocaba el roce de las alas llenó el espacio. Holly cubrió a Jim con su cuerpo, y él no se resistió a su protección, lo que dio cierta esperanza a Holly. Holly inclinó la cabeza y cerró los ojos con toda la fuerza que pudo.

Cayeron sobre ellos: plumas sedosas; pulidos picos que les rozaban, que buscaban, fisgoneaban; garras que escarbaban suavemente, luego menos suavemente, aunque sin provocar heridas; revoloteando frenéticamente como ratas hambrientas, arremolinándose, agitándose sobre la espalda de Holly y sus piernas, entre sus muslos, a lo largo de su torso, tratando de introducirse entre su pecho y el rostro de Jim, al que desgarrarían y arrancarían los ojos; golpeaban la cabeza de Holly; y siempre los chillidos, tan escalofriantes como gritos de mujer enloquecida, gritando junto a sus oídos, reclamando sangre sin piedad; de pronto Holly sintió un agudo dolor en el brazo cuando uno de los pájaros desgarró la manga e hirió la piel.

—¡No!

Los pájaros se apartaron y de nuevo se alejaron. Holly no se dio cuenta de que se habían ido porque los latidos de su corazón y su aliento jadeante le parecían tan intensos como el batir de las alas. Entonces levantó la cabeza, abrió los ojos, y vio que volaban en espiral hacia el cielo plomizo para reunirse con una nube de otros pájaros, una masa oscura de cuerpos y alas, tal vez en un número superior a doscientos.

Holly miró a Henry Ironheart. Los pájaros le habían herido en una mano. Tras acurrucarse en su silla durante el ataque, ahora se inclinaba de nuevo hacia delante, extendiendo una mano hacia Jim y pronunciando su nombre de forma suplicante.

Holly miró los ojos de Jim que seguía ausente en el banco situado frente a ella. Probablemente estaba en el molino, la noche de la tormenta, mirando a su abuela un segundo antes de la caída, perplejo, incapaz de hacer que la película de su memoria avanzara una imagen más.

Los pájaros se acercaban.

Todavía estaban lejos, justo bajo las nubes, pero ahora eran tantos que el ruido ensordecedor de sus alas podía oírse a mayor distancia. Sus chillidos eran como los gritos de los condenados.

—Jim, puedes escoger el camino que eligió Larry Kakonis, puedes suicidarte. No puedo detenerte. Pero si El Enemigo ya no quiere eliminarme, si sólo te busca a ti, no creas que yo sobreviviré. Si tú mueres, Jim, yo también moriré, haré lo que hizo Larry Kakonis, me mataré. ¡Me pudriré en el infierno contigo si no puedo tenerte en otro lugar!

Las incontables partes del Enemigo cayeron sobre ella al tiempo que apretaba el rostro de Jim contra su cuerpo por tercera vez. Holly no ocultó su rostro o cerró los ojos como antes, sino que se mantuvo erguida en medio de aquel torbellino de alas, picos, y garras. Sostuvo la mirada de aquellos innumerables ojos pequeños, brillantes, densamente negros que la rodeaban y miraban sin parpadear, cada uno de ellos tan húmedo y profundo como la noche reflejada en la superficie del mar, cada uno tan despiadado y cruel como el universo mismo y el corazón de la humanidad. Holly sabía que al mirar aquellos ojos miraba una parte de Jim, su parte más secreta y oscura, a la que no podía llegar de otro modo, y pronunció su nombre. No gritó, no chilló, no suplicó o imploró, no traslució ira o miedo, sino que pronunció su nombre suavemente una y otra vez, con toda la ternura que sentía hacia él, con todo el amor que le profesaba. Los pájaros batían sus alas golpeando a Holly con tanta fuerza que algunas de ellas se rompieron; abrían sus curvados picos y chillaban en su rostro; picoteaban amenazadoramente sus ropas y su cabello, dándole tirones sin desgarrarla, dándole la última oportunidad de huir. Trataban de intimidarla con sus ojos, los ojos fríos e insensibles de las aves de presa, pero Holly no se sentía intimidada, seguía repitiendo el nombre de Jim, y la promesa de que le amaba, una y otra vez, hasta que... se marcharon.

No se elevaron hacia el cielo como antes. Se desvanecieron. Un momento antes llenaron el espacio con su presencia y sus gritos, de pronto ya no estaban, como si nunca hubieran existido.

Holly apretó a Jim contra ella un momento más y luego le soltó. Jim todavía parecía mirar a través de ella, parecía sumido en un trance.

—Jim —dijo Henry Ironheart con tono implorante, todavía con la mano extendida hacia su nieto.

Tras un momento de vacilación, Jim se deslizó del banco y cayó de rodillas frente al anciano. Cogió su mano arrugada y la besó.

Sin mirar ni a Holly ni a Henry, Jim dijo:

—La abuela vio al Enemigo surgir de la pared. Era la primera vez que ocurría y la primera vez que yo lo veía. —La voz de Jim parecía distante, como si parte de él estuviera en el pasado, reviviendo aquel temido momento, aliviado de que no existieran tantas razones para temerlo como había pensado—. Ella lo vio y se asustó, se echó hacia atrás, hacia la escalera, tropezó y cayó... —Apretó la mano de su abuelo contra su mejilla y dijo—: Yo no la maté.

—Ya sé que no lo hiciste, Jim —dijo Henry Ironheart—. Dios mío, ya sé que no lo hiciste.

El anciano levantó el rostro hacia Holly con un millar de preguntas acerca de pájaros, enemigos y cosas en las paredes. Pero Holly sabía que tendría que esperar hasta otro día, como ella había esperado, como el propio Jim había esperado.

3

Mientras el coche atravesaba las montañas en dirección a Santa Bárbara, Jim se arrellanó en su asiento, con los ojos cerrados. Parecía haberse sumido en un profundo sueño. Holly supuso que necesitaba dormir con tanta urgencia como cualquier otro hombre, porque durante veinticinco años casi no había gozado de un verdadero descanso.

Ya no temía que se durmiera. Estaba segura de que El Enemigo había desaparecido, junto con El Amigo, y que sólo habitaba una personalidad en su cuerpo. Los sueños ya no eran umbrales.

Por el momento, Holly no deseaba regresar al molino, a pesar de que allí habían dejado algunos efectos personales. Ya había tenido bastante de Svenborg. Quería establecerse en un lugar donde no hubieran estado jamás, donde pudieran forjar nuevos comienzos sin rastros del pasado.

Mientras conducía a través de aquella tierra seca bajo el cielo grisáceo, Holly encajó las piezas y estudió la situación resultante:

... un niño con enormes poderes, más de los que él imagina, presencia una matanza en el Dixie Duck, y sobrevive al holocausto con el alma destrozada. Movido por la desesperación de recuperarse, toma prestada la fantasía de Arthur Willott, y usa su poder especial para crear al Amigo, una encarnación de sus más nobles aspiraciones, y El Amigo le dice que tiene una misión en la vida.

Pero el niño está tan lleno de ira y desesperación que El Amigo no es suficiente para curarlo. Necesita una tercera personalidad, algo en donde depositar todos sus sentimientos negativos, toda la oscuridad que hay en él y que le asusta. Así que crea al Enemigo, añadiendo un nuevo elemento a la estructura de la historia de Willott. Sólo en el molino, mantiene estimulantes conversaciones con El Amigo, y descarga su ira a través de la materialización del Enemigo.

Hasta que, una noche, Lena Ironheart aparece en el momento inadecuado. Asustada, tropieza y cae...

Conmocionado por lo que ha hecho El Enemigo, meramente con su presencia, Jim se obliga a olvidar aquella fantasía, como Jim Jamison olvidó su encuentro con el extraterrestre después de salvar la vida al futuro presidente de los Estados Unidos. Durante veinticinco años lucha por mantener encubiertas aquellas personalidades fragmentadas, suprimiendo así los mejores y peores rasgos de su carácter, llevando una vida relativamente tranquila y monótona porque no se atreve a liberar sus sentimientos más fuertes.

Encuentra un objetivo en la enseñanza, lo que hasta cierto punto le redime hasta que Larry Kakonis se suicida. De nuevo sin propósito alguno, sintiendo que le ha fallado a Larry Kakonis, como les falló a sus padres y, aún más profundamente, a su

abuela, anhela subconscientemente revivir la aventura llena de valor y redención de Jim Jamison, lo que significa liberar al Amigo.

Pero al liberar al Amigo también libera al Enemigo. Y tras todos aquellos años de ira contenida, ésta no ha hecho sino aumentar, volverse más oscura y más amarga, profundamente inhumana en su intensidad. El Enemigo es ahora más diabólico de lo que lo era veinticinco años atrás, una criatura de un temperamento y apariencia singularmente criminal...

Así que Jim se convierte en una víctima más del síndrome de personalidad múltiple. Excepto que hay una diferencia. Una pequeña diferencia. Jim crea entes inhumanos que encarnan aspectos de sí mismo, no otras personalidades humanas, y tiene poder para hacer que se materialicen. No es como Sally Field interpretando el papel de Sybil, dieciséis personalidades en un solo cuerpo. Jim posee tres personalidades en tres cuerpos, y uno de ellos es un asesino.

Holly encendió la calefacción del coche. Aunque debían de estar a 21 °C tenía escalofríos. El aire caliente de la calefacción no hizo nada por evitarlo.

El reloj que había tras la recepción indicaba que eran la 1.11 del mediodía cuando Holly registró el nombre de Jim y el suyo en un alojamiento de carretera en Santa Bárbara. Mientras rellenaba la hoja del registro y entregaba su tarjeta de crédito al recepcionista, Jim siguió durmiendo en el Ford.

Cuando volvió con la llave de la habitación, Holly consiguió despertar a Jim lo suficiente para que saliera del coche y fuera a la habitación. Se hallaba sumido en una especie de estupor y se fue directamente a la cama, donde se acurrucó y cayó dormido de inmediato en un profundo sueño.

Holly consiguió latas de soda sin calorías, hielo y barras de chocolate de una máquina que había junto a la piscina.

De nuevo en la habitación, corrió las cortinas. Encendió una lámpara y la cubrió con una toalla para atenuar la luz.

Acercó una silla junto a la cama y se sentó. Bebió la soda y se comió una barra de chocolate mientras observaba a Jim.

Lo peor había pasado. La fantasía había desaparecido, y él se había sumergido completamente en la fría realidad.

Pero Holly no sabía lo que iba a acaecer luego. Nunca había conocido a Jim sin los engaños que él había creado, y no sabía cómo sería sin sus fantasías. No sabía si sería un hombre optimista o sombrío. No sabía si seguiría teniendo los mismos poderes sobrehumanos. Él había conjurado aquellos poderes desde su interior sólo porque los necesitaba para mantener su fantasía y no perder la precaria cordura que poseía; quizás, ahora, tendría los poderes que poseía antes de que murieran sus padres: hacer levitar un molde, hacer flotar una moneda, y nada más. Pero lo peor era que no sabía si la seguiría amando.

A la hora de la cena continuaba durmiendo.

Holly salió y trajo más barras de chocolate. Si no se controlaba terminaría tan gorda como su madre.

A las diez seguía dormido, a medianoche también.

Consideró despertarle. Pero se dio cuenta de que se hallaba en una crisálida, esperando nacer de su antigua vida en una nueva. Una oruga necesitaba tiempo para convertirse en mariposa. Ésa era la esperanza que Holly tenía.

Entre la medianoche y la una de la madrugada, Holly cayó dormida en la silla. No soñó.

Él la despertó.

Holly contempló sus bellos ojos azules, que no eran fríos bajo la penumbra de la lámpara, pero sí misteriosos.

Estaba inclinado sobre la silla, sacudiéndola suavemente.

—Venga, Holly, tenemos que irnos.

— ¿Irnos adónde? —preguntó Holly despertando de inmediato e incorporándose en la silla.

—Scranton, Pennsylvania. —¿Por qué?

Cogiendo una de las barras de chocolate que Holly había dejado, Jim quitó la envoltura y dio un mordisco.

— Mañana, a las tres y media, un conductor temerario de un autobús escolar tratará de llegar antes que un tren a un cruce. Veintiséis niños morirán si no llegamos allí antes.

Levantándose de la silla, Holly preguntó:

— ¿Lo sabes todo, todo absolutamente, no sólo una parte?

— Desde luego —dijo Jim mientras comía un trozo de chocolate. Le sonrió — : Sé este tipo de cosas, Holly. Tengo poderes, por amor de Dios.

Holly le devolvió la sonrisa.

—Vamos a ser algo, Holly —dijo Jim con entusiasmo—. ¿Superman? ¿Por qué demonios pierde tanto tiempo trabajando en un periódico cuando podría estar haciendo el bien?

Con una voz alterada por el alivio que sentía y por el amor hacia Jim, Holly respondió:

— Siempre me he hecho esa misma pregunta. Jim le dio un beso con sabor a chocolate.

— El mundo jamás habrá visto nada como nosotros, cariño. Desde luego tendrás que aprender artes marciales, a manejar un arma, y unas cuantas cosas más. Pero sé que lo harás bien, estoy seguro de ello.

Holly le rodeó con sus brazos y le abrazó con todas sus fuerzas, con una alegría sin trabas.